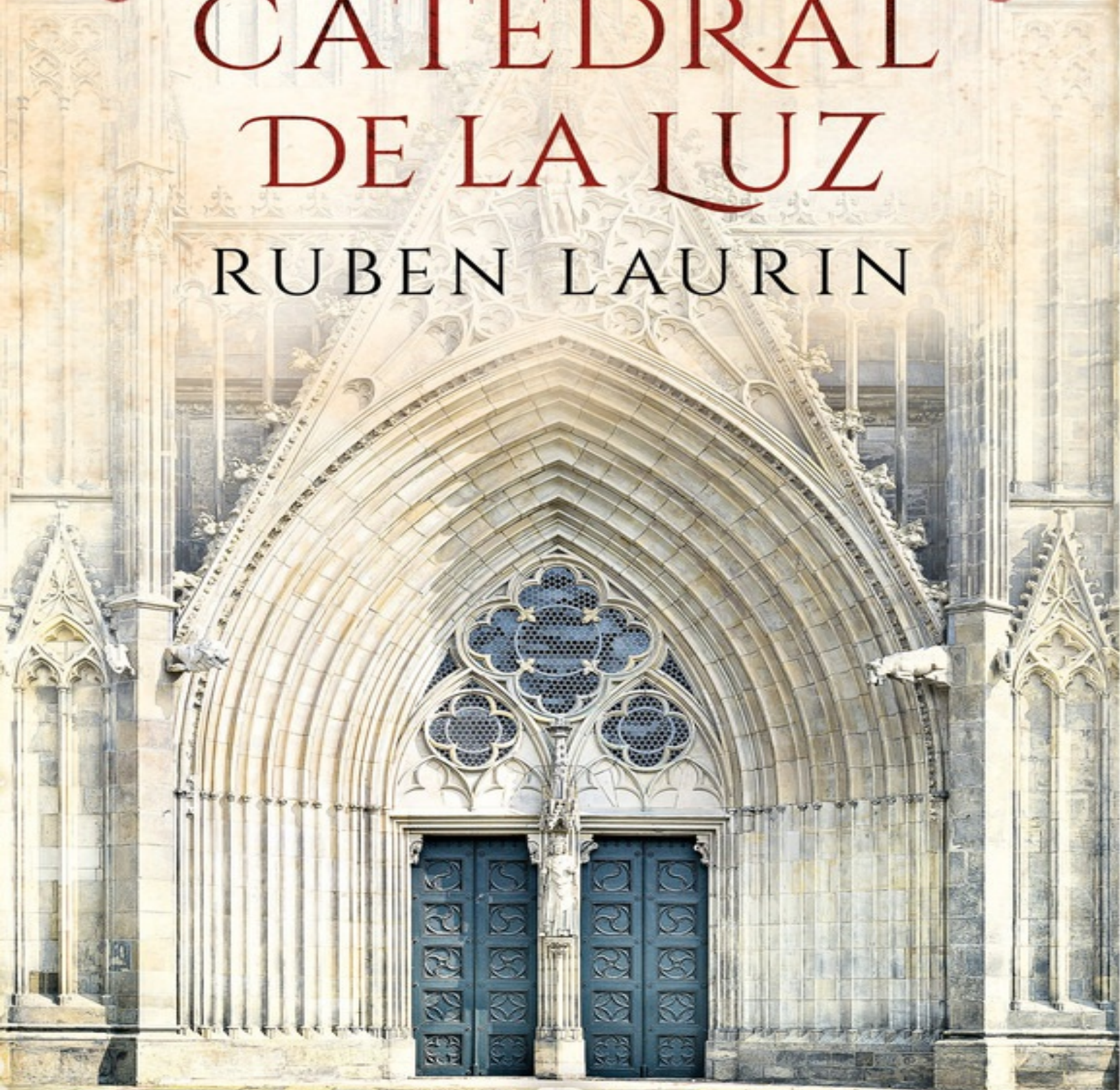


# LA CATEDRAL DE LA LUZ

RUBEN LAURIN



B



LA CATEDRAL  
DE LA LUZ

Ruben Laurin

Traducción de María Dolores Ábalos



SÍGUENOS EN

megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleernovelahistorica



@megustaleer



@megustaleer

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

Quita la luz y todas las cosas permanecerán irreconocibles en la oscuridad.

JUAN DAMASCENO (*en torno a 700*)

Y Dios dijo: «¡Hágase la luz!» Y la luz se hizo. Y Dios vio que la luz era buena.

*Del Génesis 1*

## Dramatis personae

*Los personajes históricos están señalados con un asterisco (\*)*

**Moritz:** Chico huérfano de la tribu de los wendos, esclavo del castillo, cantero y escultor.

**Maestro Bohnsack\*:** Maestro de obras.

**Helena:** Su hija.

**Gotthart de Saint Leonard:** Escultor.

**Hubertus:** Su cantero y criado.

**Wastl:** Su cantero y palafrenero.

**Conrad:** Su secretario.

**Ansgar von Lund:** Caballero.

**Lothar von Magdeburg:** Su escudero.

**Matilde de Magdeburgo\*:** Para unos, una mística; para otros, una enferma mental; autora del libro *La luz fluyente de la divinidad*.

**Mónica:** Nuera del herrero del castillo, amiga de Moritz.

**Benno:** Su marido, herrero y amigo de Moritz.

**Jacques von Strassburg:** «Jakob», escultor.

**Slawomir von Rügen:** Caballero wendo.

**Rochus:** Monje y sacerdote.

**Gabriel:** Monje y sacerdote.

**Botho von Schwerin:** Caballero.

**Dietrich von Dobin\*:** Canónigo de la catedral de Magdeburgo.

**Conde Albrecht von Käfernburg\*:** Arzobispo de Magdeburgo.

**Conde Wilbrand von Käfernburg\*:** Hermanastro de Albrecht, prepósito del cabildo de Magdeburgo; más tarde, arzobispo de Magdeburgo.

**Burchard\***: Burgrave de Magdeburgo.

**Magdalena**: La «sabia»; comadrona.

**Hugo von Meissen**: Caballero y alcaide del castillo.

**Bodo**: Su escudero.

**Mauricio\***: Oficial romano.

**Cándido\***: Oficial romano.

**Inocencio\***: Portaestandarte romano.

**Exuperio\***: Oficial de instrucción romano.

**Maximiano\***: Emperador romano.

## Cuadro cronológico

*Viernes Santo de 1207:* Arde Magdeburgo; la catedral del emperador Otón I sufre grandes destrozos. El arzobispo Alberto II manda derribar las ruinas del incendio.

*En torno a 1207:* Nace Matilde de Magdeburgo.

*1208:* Se pone la primera piedra de la nueva catedral.

*28 de septiembre de 1220:* El arzobispo Alberto lleva la calavera de San Mauricio a Magdeburgo.

*22 de noviembre de 1220:* Federico II es coronado emperador en Roma por el Papa Honorio III.

*1230 o antes:* El arzobispo Alberto decide incorporar las columnas antiguas de la catedral vieja en el coro de la nueva catedral.

*1222 hasta diciembre de 1224:* Frailes franciscanos y dominicos se asientan en Magdeburgo.

*1225 hasta 1235:* Wilbrand, conde de Käfernburg y hermanastro de Alberto, es nombrado prepósito del cabildo de Magdeburgo.

*2 de julio de 1227:* En la batalla de Bornhöved, una coalición de príncipes del norte de Alemania, liderados por el duque Alberto de Sajonia, algunos príncipes wendos y el conde Enrique de Schwerin, vence al rey danés Valdemar II, acabando así con la supremacía de los daneses en la zona del mar Báltico.

*1228 y 1231/32:* El arzobispo Alberto participa en Italia en las Dietas del emperador Federico II.

*1228/29:* Cruzada de Federico II.

*En torno a 1228:* Dietrich, noble procedente de Dobin (también llamado

Teodorico), asume las funciones de canónigo del cabildo catedralicio.

*En torno a 1230:* El maestro de obras Bohnsack, de Maulbronn, es conocido en algunos documentos como *magister operis Bonsac*. La figura —que probablemente le represente— en el modillón de un pilar toral de la catedral es una muestra del reconocimiento a su gran labor.

*1230:* Los franciscanos se mudan al casco antiguo de la ciudad y declaran a Magdeburgo una de sus principales sedes de Alemania. En esta época, la ciudad es un próspero centro cultural y un lugar célebre en materia de educación y enseñanza.

*1231:* Desde París es enviado a Magdeburgo el franciscano Bartholomeus Anglicus para que escriba allí una enciclopedia.

*15/10/1232:* El arzobispo Alberto muere en el viaje de vuelta de Italia.

*1232 hasta 1235:* Burchard von Waldenburg es nombrado arzobispo de Magdeburgo.

*1234:* En el terreno de las obras de la catedral se oficia la primera misa.

*A partir de aproximadamente 1235:* Matilde escribe en Magdeburgo el libro *La luz fluyente de la divinidad*. En él alude a los conflictos con el clero y a su cercanía con el deán de la catedral, Dietrich de Dobin.

*8 de febrero:* El arzobispo Burchard muere durante una Cruzada en Constantinopla.

*31 de mayo:* Su sucesor, Wilbrand von Käfernburg, viaja a Italia para ser consagrado obispo por el Papa Gregorio IV.

*1235:* Wilbrand y sus acompañantes ven en Milán una estatua ecuestre que se asemeja al Jinete de Magdeburgo.

*Verano de 1235:* El emperador Federico convoca una Dieta en Maguncia. Entre su séquito figuran africanos y sarracenos.

*En torno a 1237:* En la ruta del comercio que va de Magdeburgo a Lebus, surge la colonia Berlín.

*En torno a 1240:* Escultores del mismo taller, hoy desconocidos, crean la estatua de San Mauricio (el «Jinete Negro») y la de Santa Catalina, el grupo escultórico de «Las Diez Vírgenes» y el monumento ecuestre del emperador Otón.

*1245:* El 12 de mayo, Dietrich, persona de confianza de Matilde, es elegido



cantor de la catedral. En el año 1262 es nombrado deán de la catedral.

*1248:* Un tal maestro Gerhard empieza a construir la catedral de Colonia.

*1250:* Muere el gran emperador Federico II de Hohenstaufen.

*1253:* En otoño, muere el arzobispo Wilbrand.

*En torno a 1282:* Matilde muere en el convento de Helfta, cerca de Eisleben.

*1520:* Después de más de trescientos años de obras, se termina la construcción de la catedral de Magdeburgo.

***Véase el Glosario***

## Prólogo

*Los Alpes galos, verano de 285 d. C.*

Remontada la cumbre, atrás quedaba la última pendiente. Por fin. A partir de ahora todo era cuesta abajo. Los caballos, aliviados, iniciaron un leve trotecillo. Al borde del camino aparecieron los primeros árboles. El centurión aspiró profundamente el aire, ahora mucho más cálido, y creyó notar la proximidad del valle fluvial y del lago. Aún conservaba el buen humor, todavía abrigaba esperanzas, y ardía en deseos de ir al encuentro de su emperador y general.

El camino conducía a un pequeño bosque. A derecha e izquierda, los campos cubiertos de nieve de las laderas parecían haber retrepado por la montaña, y entre los guijarros tan solo asomaban sus blancas y estrechas lenguas. Aquí la hierba crecía más tupida. El centurión descubrió unas cagarrutas de oveja al borde del camino. A su lado, un cardo ajonjero se había abierto al sol de la mañana.

El portaestandarte detuvo su caballo.

—¡Mirad esto, hermanos! —exclamó, señalando dos cardos ajonjeros con el estandarte.

Todos detuvieron sus caballos para contemplar las níveas flores plateadas de los cardos.

—Qué bonitas —dijo el centurión, a quien llamaban Mauricio—. ¡Qué preciosidad! —Giró en la silla de montar y miró hacia atrás—. Esperemos a los hombres.

Más de la mitad de la columna de marcha ya había coronado la cima. Los legionarios se acercaban a paso ligero; el ruido acompasado de sus pisadas

iba en aumento. Nuevas hileras de puntas de lanza y cabezas protegidas por yelmos traspasaban la cima de la montaña.

La visión de su cohorte enardeció el corazón del centurión. Mauricio amaba a sus soldados. Ya las primeras filas los alcanzaron a él y a los jinetes. El centurión miró sus caras, bañadas en sudor, pero radiantes. La cercanía de la meta animaba a los hombres.

Aún creían que su meta era el campamento imperial de Octoduro; todavía contaban con que pronto podrían servir a Roma en la lucha contra los rebeldes galos. También Mauricio lo creía, en ese momento.

Ya no faltaba mucho para que todo cambiara. Y es que a Mauricio *el Tebano* le esperaban dos noticias. La primera, junto al desfiladero, desde donde la antigua calzada procedente de las altas montañas descendía hasta el valle del río; la segunda, apenas una legua después, al otro lado del desfiladero. Una de las noticias solo la entenderían las siguientes generaciones; la otra le llegaría inesperadamente al centurión.

A esa hora, una radiante y despejada bóveda celeste cubría a la columna de marcha abarcando desde los cardos ajonjeros hasta la cresta de la montaña. Las cumbres nevadas lanzaban destellos a la luz del sol naciente. ¿Acaso no parecía que todo estaba en llamas? Mauricio no se cansaba de contemplar ese magnífico espectáculo de luces.

Al norte ya no se alzaba ninguna cresta; al oeste y al este, sin embargo, los últimos e imponentes macizos de los Alpes galos destacaban entre el cielo azul de finales del verano.

—¡Fíjate en esos macizos, centurión! —El portaestandarte de Mauricio no cabía en sí de entusiasmo—. ¿A que parecen cuernos incandescentes de dragones celestiales? —Inocencio balanceó el águila de la legión romana en todas direcciones—. ¡Mirad eso, hermanos!

Tanta sublime belleza le dejaba sumido en la perplejidad. Inocencio era, por lo demás, de naturaleza fácilmente inflamable.

—¡En el cielo no hay dragones! —refunfuñó Cándido, el segundo centurión, en su habitual tono arisco—. Allí abajo, en cambio, tras el bosquecillo, hay un desfiladero. Nuestro desfiladero, supongo. Calculo que, como mucho, tardaremos media hora en llegar.

Mauricio se llevó la mano a la frente a modo de visera y miró por encima de las copas de los árboles, hacia el norte, donde, tras una suave depresión en el terreno, se distinguía una edificación. Cándido tenía razón: ese era su desfiladero.

Exuperio, el oficial de instrucción, volvió grupas y recorrió las primeras filas de la cohorte.

—¡Pronto llegaremos al desfiladero! —gritó—. ¡Desde allí bajaremos hacia el río y el camino será más placentero!

La noticia se propagó como un reguero de pólvora entre los apenas setecientos legionarios y siervos palafreneros.

Ródano, se llama hoy el río; por aquel entonces se llamaba Rhodanus. En su curso, aproximadamente a medio camino en dirección al lago, se hallaba la población de Octoduro, hoy Martigny. Allí se había acantonado el emperador y general Maximiano con su legión.

Mauricio arreó a su caballo. Tras él, la columna de marcha se puso de nuevo en movimiento. Atravesaron el bosquecillo. El desfiladero quedaba cada vez más cerca; desde la edificación de piedra del camino, Mauricio ya podía ver bestias de carga, ganado menor y personas. La perspectiva de poder acampar esa noche en el más cálido valle fluvial le levantó considerablemente la moral.

—¡Un águila! —El lugarteniente señaló al cielo que cubría el desfiladero, donde una enorme ave rapaz trazaba círculos en el aire—. ¡Menudo animal! ¿Ha visto alguno de vosotros un águila tan grande alguna vez?

—¡Un buen presagio, Exuperio! —gritó desde la primera fila de la marcha el tercer centurión, uno de los pocos legionarios de Mauricio que no estaba bautizado—. ¡El águila romana se cierne sobre el infame rebelde y su maldita caterva! ¡Pronto se lanzará sobre ellos! —añadió, alzando el puño al cielo.

El tercer centurión hablaba del traidor que se había autoproclamado emperador de la provincia de la Galia. Incluso se había atrevido a acuñar monedas. Para aniquilarlo, el emperador Maximiano había mandado que Mauricio y su cohorte tebana cruzaran los Alpes y llegaran hasta el Ródano.

Más tarde, cuando ya había ocurrido lo que en ese momento nadie podía esperar, cuando lo inefable ya se había abierto camino en los relatos de los

conmovidos testigos y en los escritos de los asombrados cronistas, más tarde, la gente empezó a hablar y a escribir de la «Legión Tebana». Pero Mauricio no condujo hasta el Ródano a siete mil soldados, es decir, a una legión, sino solo a una cohorte: seiscientos legionarios, unas doscientas mujeres y siervos palafreneros. Casi todos procedían, como el propio Mauricio, de la región desértica que rodeaba a la Tebas egipcia. Y la mayoría estaban bautizados, igual que su centurión. Esto era muy inusual, pues en aquella época en el Imperio Romano se veneraba todavía a los dioses de la antigüedad.

Llegados al desfiladero, Mauricio hizo una señal al corneta. Este se llevó el lituo a los labios y sopló. El eco retumbó en las laderas de las montañas y la columna de marcha se detuvo. Mauricio ordenó al lugarteniente y al tercer centurión que dejaran acampar a los legionarios al borde del camino para que descansaran en la hierba todavía húmeda por el rocío. Las órdenes fueron dadas y, poco después, las risas y la algarabía inundaron el aire.

Desde la silla de montar, Mauricio miró a su alrededor. La edificación alargada del camino estaba hecha a base de planchas de pizarra apenas desbastadas. Cabía temer que en cualquier momento se desmoronara: tan destartada se la veía entre varios pinos combados por el viento.

Justo detrás, en una pendiente, pastaban unas treinta ovejas. Desde lo alto, una mujer de pelo blanco se apoyó en su cayado de pastor y miró hacia Mauricio. Un perro grande y negro se acurrucaba a sus pies.

Delante de la casa alargada, se apearon de unos carros tirados por burros hombres y mujeres vestidos con prendas deshilachadas en forma de saco. Descargaron cestos, cántaras y odres rebosantes y los acercaron a los legionarios. Andaban con una extraña vacilación, y en sus rostros el centurión leyó desconfianza y miedo. La visión de personas negras parecía desconcertarlos.

—Da la impresión de que quieren vender a nuestros hombres agua de manantial, pan, queso de oveja y vino —dijo Cándido, que se les había acercado un poco para echar un vistazo a sus mercancías.

—Paguemos a los legionarios la comida y el vino. —Mauricio trotó hacia su segundo centurión—. Se lo han ganado, Cándido; la marcha por las montañas ha sido dura.

Cándido asintió con la cabeza, cogió la talega con las monedas que le ofreció Mauricio y luego guio a su caballo hacia los labradores.

—¡Esperad! —les gritó en latín, haciéndoles una seña—. ¡El centurión y yo nos hacemos cargo de la cuenta!

Los legionarios lanzaron gritos de júbilo y la mujer del tercer centurión tradujo las palabras de su marido a los nativos.

La gente se agolpó al borde del camino cuchicheando, señalando a los legionarios y mirando con curiosidad a Mauricio y a su séquito. Nunca habían visto a unos romanos de piel oscura y pelo negro rizado. Ellos eran de piel muy blanca y algunos tenían el cabello rubio.

Mauricio se había cruzado una y otra vez con campesinos tan menesterosos como estos por el camino que atravesaba los Alpes desde el valle de Aosta. Y a menudo se había preguntado cómo podría uno vivir a esas alturas tan gélidas. Guio su caballo hacia los nativos; quería interesarse por su estado de salud y preguntarles si había novedades. Inocencio, Exuperio y los dos siervos palafreneros, que iban a pie, se reunieron con él.

Arriba, donde estaban las ovejas, ladró el perro. La pastora ya no podía ver a Mauricio por ninguna parte. Los campesinos que se hallaban al borde del camino, que para entonces ya serían dos docenas, se apartaron formando un pasillo. Por él se coló una mujer... la pastora de pelo cano.

Al poco, se detuvo y escudriñó a Mauricio con la mirada.

—¿Qué le pasa a la vieja? —murmuró Inocencio.

—Seguramente es la primera vez que ve a unos africanos —dijo Mauricio.

La pastora cogió su cayado y se marchó corriendo. No agachada ni cojeando como una anciana, sino con la misma agilidad y presteza que una mujer joven. Al llegar al caballo de Mauricio, se hincó de rodillas, dejó caer el cayado, levantó los brazos por encima de la cabeza y empezó a hablar a voz en grito. Mauricio no entendía ni una palabra; de entre toda la verborrea solo reconoció su nombre.

Para entonces, Cándido había terminado de negociar con los campesinos y regresó a caballo junto a los suyos. Miró a la anciana pastora con recelo.

—Échala, Mauricio; está loca.

—Pero ¿por qué se sabe el nombre del centurión? —Inocencio, el



portaestandarte, miró asombrado a la vieja.

—A lo mejor, los legionarios de Maximiano le han comprado un par de ovejas y, aprovechando la ocasión, han anunciado a nuestra cohorte. —Cándido se encogió de hombros—. Al fin y al cabo, no somos tan desconocidos. —Y volviéndose a Mauricio, dijo—: ¡Mira qué pinta tiene, hermano! ¿A que parece una bruja? ¡Échala!

La pastora se levantó de la hierba y las piedras, se acercó al caballo de Mauricio y alzó la mano derecha hacia él, mientras no paraba de decir cosas incomprensibles. Con la mano izquierda arrancó de su deshilachado vestido una cadenilla de plata de la que colgaba un crucifijo de madera. Sujetó la mano del centurión y le encasquetó el crucifijo. Una mezcla de dolor y alegría se dibujó en sus marchitos labios, y sus ojos verdes emitieron un destello que conmovió el corazón de Mauricio.

—Es extraño que esté tan exaltada. —El centurión le estrechó la mano—. Alguien debería traducir sus palabras. Quiero saber qué tiene que decirme.

Inocencio llamó a Régula, la mujer del tercer centurión. Régula procedía del valle del Ródano. Cuando todavía era una niña, un legionario la había llevado a Roma como esclava. El tercer centurión la había rescatado y la había tomado por esposa. A diferencia de él, Régula sí estaba bautizada.

Entretanto, los nativos se habían arremolinado en torno a Mauricio y la pastora; también les había entrado la curiosidad a algunos mercaderes y legionarios, que asimismo se acercaron. Mauricio se bajó del caballo y le pidió a Régula que le preguntara a la anciana qué quería de él.

Régula se puso a hablar un rato largo con la anciana y luego tradujo.

—Dice que es una profetisa y tiene un mensaje que transmitirle al centurión romano Mauricio, del desierto tebano.

—¿Qué? —La mirada incrédula de Mauricio se paseó sin descanso entre Régula y la pastora—. ¿De qué me conoce? ¿Qué clase de mensaje?

—Un mensaje de Dios —explicó Régula—. Dice que Dios le ha permitido ver tu futuro, centurión.

Varios legionarios soltaron una risita de conejo. El segundo centurión, en cambio, resopló con gesto despectivo.

—¡Maldita adivina! —Cándido soltó estas palabras como si fueran una

blasfemia—. ¡Que se largue! —dijo con un gesto aún más arisco de lo normal—. ¡Nosotros somos cristianos y no tenemos nada que ver con brujos y adivinas!

—¿Acaso no es ella también cristiana? —Inocencio señaló al pequeño crucifijo que la anciana sostenía en la mano izquierda—. Mira eso, Cándido.

El segundo centurión se encogió de hombros sin saber qué responder.

—Efectivamente, en el valle del Ródano debe de haber una comunidad cristiana —dijo Exuperio, el oficial de instrucción—. Unos hermanos me lo han contado en Roma.

—Y con vuestros propios ojos podéis ver que también aquí arriba, en las montañas, hay cristianos. —De nuevo señaló Inocencio el crucifijo de madera de la anciana pastora.

—Pregúntale quién la ha bautizado —exigió Mauricio.

Régula habló de nuevo con la vieja y luego tradujo su contestación:

—Un sacerdote llamado Faustino, dice. Al parecer, el obispo de Lugdulum le envió hace muchos años Ródano arriba para que predicara el evangelio a los paganos de los valles de la montaña y construyera una iglesia. —A Lugdulum, a orillas del Ródano, lo llamaron las siguientes generaciones Lyon. La anciana pastora seguía hablando mientras Régula hacía de intérprete—. Dice que el tal Faustino bautizó a cientos de personas.

—En Lugdulum debió de haber un obispo cuando el sabio Marco Aurelio todavía era emperador —dijo Inocencio, y Cándido se rascó pensativo su ancho pescuezo.

Mauricio examinó con la mirada la cara afable de la vieja pastora y le sonrió con un gesto de asentimiento. De pronto, se quedó sin palabras. Luego tragó el nudo que se le había formado en la garganta, carraspeó y le preguntó con la voz ronca:

—¿Qué dice el mensaje de Dios que crees estar obligada a darme?

Régula tradujo la pregunta del primer centurión a la lengua de la nativa. Los rasgos de la anciana pastora adoptaron una seriedad casi solemne; ahora habló con una voz más comedida.

—Así habla Dios, el Señor —tradujo Régula—. Tu fe es grande, Mauricio *el Tebano*. Tan grande que superarás todas las tentaciones que te aguardan.

Jamás pondrás un pie en la salvaje tierra de los paganos, al otro lado de esta montaña, y no obstante allí te construirán una casa. Junto a un gran río, en el norte de Germania, te erigirán un suntuoso palacio. En él serás venerado como testigo del Dios viviente, y en él vivirás hasta la eternidad.

Régula enmudeció. Ahora la vieja también guardó silencio. Durante un rato, nadie dijo una palabra. Mauricio intentó comprender lo que acababa de oír. Repitió para sus adentros frase por frase. Cada una de ellas le tocaba una fibra profundamente sensible y, sin embargo, era incapaz de entender una sola.

—¿Y eso cómo es? —Exuperio rompió por fin el silencio—. ¿Vivir en una casa en la que no se entra nunca? ¿Cómo va a vivir allí si ni siquiera puede pisar la tierra en la que está la casa? —El lugarteniente negó con la cabeza—. ¡Qué majadería!

—Pero ¿y si realmente es una profetisa? —dijo qué pensar Inocencio.

—¡Una maldita adivina, eso es lo que es! —gruñó Cándido—. ¿No os lo he dicho nada más verla? ¡Echad a esa perra!

Algunos legionarios hicieron amago de agarrar a la anciana. Pero Mauricio se puso delante de ella para protegerla.

—Solo Dios lee en su corazón. Que el Señor la juzgue, si así lo desea. — Señaló a la pastora con un movimiento de cabeza—. Tráele pan y vino, Exuperio. Y paño para un abrigo. Pronto llegará el invierno.

El lugarteniente envió legionarios hacia las bestias de carga y los campesinos, para que cumplieran la orden del centurión. Mauricio dio media vuelta y se unió a los hombres que estaban en la hierba. Le dieron de beber y de comer, pero no le entraba ni un bocado. La anciana pastora regresó junto a sus animales. Mauricio la observó; sus palabras le ardían en el pecho como espadas en la fragua.

Poco antes del mediodía, profundamente sumido en sus pensamientos, a la cabeza de la cohorte, entre Cándido e Inocencio, iba trotando río abajo hacia el valle del Ródano. De pronto, apareció un jinete entre los árboles subiendo al trote por la senda del bosque: un legionario. Inocencio y Cándido galoparon para salirle al encuentro.

—¡Un mensajero de Octoduro! —gritó Inocencio, mientras escoltaban al jinete hacia Mauricio.

—¿Otro mensaje? —Mauricio frunció el ceño.

—No te preocupes, hermano. —Inocencio esbozó una sonrisa—. Esta vez se trata solo de un mensaje del emperador Maximiano.

Mauricio miró al mensajero a la cara.

—¿Y qué dice el mensaje?

El hombre acercó su caballo al de Mauricio y le entregó un estuche sellado en lacre con una carta.

—Léelo tú mismo, centurión.

Mauricio rompió el sello, extrajo el papiro y lo desenrolló. Mientras leía el mensaje imperial, sus labios se movían en silencio. Cuando alzó de nuevo la mirada, sus ojos se asemejaban a cuchillas y la expresión de su rostro parecía cincelada a partir del basalto.

—Una orden nueva del emperador. —La voz de Mauricio sonaba ronca—. No tenemos que marchar hacia Octoduro, ni combatir a los rebeldes... —Se quedó atascado.

—¿Sino? —Inocencio le miró; tanto la cara como la voz de su centurión parecían asustarle.

Cándido se inclinó sobre la silla de montar hacia Mauricio y le arrebató la orden imperial de la mano, que le colgaba como sin vida.

—De ahora en adelante, debemos perseguir a los cristianos. —Mauricio seguía hablando en voz baja y entrecortada—. Allá donde encontremos hombres o mujeres que profesen la fe de Jesús de Nazaret, tenemos que matarlos.

PRIMER LIBRO  
DE CAMINO HACIA MAGDEBURGO

## Luna llena

*Bosque costero junto al mar Báltico.  
Finales del verano de 1215*

Los gallos cantaban, los perros ladraban sin cesar, y en todas las cabañas se armó un gran alboroto de gritos y peleas. Esa noche, los sajones hacían estragos en el pueblo. Nadie les había avisado de su llegada: ningún centinela, ninguna señal, ningún sueño. Ni siquiera el loco del pueblo.

Moritz, rígido y en cuclillas junto al ventanuco, vio cómo la luna llena arrojaba su sombra sobre el interior de la cabaña... sobre las mantas, las pieles y los jergones de arpillera, sobre las caras pálidas de los otros. Mientras rezaba, le temblaban los labios. No obstante, los sajones irrumpieron en la cabaña familiar.

Primero, un caballero flaco vestido con cota de malla, que con una mano empuñaba una espada y en la otra llevaba una antorcha. Tras él llegó un hombre robusto, de barba gris y cara ancha. Este sostenía un hacha de carnicero justo detrás de la espada. Moritz vio perfectamente que en la espada había sangre, y también era sangre lo que brillaba en el puño del hombre, y a ese puño sanguinolento le faltaba el dedo meñique. Luego asaltaron la cabaña otros cuatro o cinco más.

La madre se lanzó sobre los hermanos pequeños, el padre arrancó el crucifijo de piedra de la pared y se lo mostró a los guerreros.

—¡Estamos bautizados! —exclamó—. ¡Todos! ¡También nosotros somos cristianos! ¡Todos, todos!



El de la barba gris le asestó un hachazo. Los otros agarraron a la madre, ahuyentaron de la cabaña a la vaca, la cabra y el cerdo, cogieron las gallinas y fueron a por los hermanos y hermanas. Al niño que estaba acurrucado en el nicho de la ventana no lo descubrieron.

Moritz cerró los ojos. No quería ni ver aquello. Se tapó los oídos. No quería ni oír todo aquel griterío. Se mordió el labio inferior hasta hacerse sangre; prefería sentir dolor antes que el miedo que le oprimía el pecho y le paralizaba las extremidades. De puro horror, se le hizo un nudo en la garganta y se le secaron los labios.

Seis años tenía Moritz cuando esa noche puso fin a su infancia. Y esta es su historia.

Seis años tenía entonces también Helena, cuya historia habría sido distinta sin Moritz. Muy al sur de los bosques costeros, esa noche Helena estaba sentada con su madre en el banco de piedra del patio del monasterio de Maulbronn. De su madre aprendió a leer y escribir, y también a diferenciar lo bello de lo feo. Su infancia aún duraría seis años.

Sin la historia de Helena también habría sido distinta la historia de Ansgar, hijo de un conde. En esa época, a él ya le brotaban los pelillos de la barba. ¿Acaso había tenido alguna vez una infancia? Ya desde muy pequeño tuvo que abandonar la patria y a su madre.

O la historia del futuro escultor Gotthart. Casi nadie conocía a su padre, y el que lo conocía musitaba el nombre de aquel hombre poderoso tapándose la boca con la mano. A esa hora, cuando Moritz seguía acurrucado en la ventana y Ansgar lloraba de nostalgia en su almohada, Gotthart, a la luz de una vela, se aprendía de memoria el padrenuestro en latín. Al día siguiente tendría que recitárselo al abad en la escuela del monasterio. El abad tenía una mirada fría y una vara recién cortada sobre el escritorio.

Y, por último, la historia de la piadosa niña Matilde, que en esa época vivía en un castillo junto al Elba. Más no se sabe de la infancia de Matilde. Solo una cosa: no mucho después de ese día, vio por primera vez la luz, que le pareció una luz divina, y oyó por primera vez las voces.

Faltaban doce años para que los caminos de todos ellos se cruzaran en Magdeburgo.

Desde el interior de la cabaña, alguien dio un empujón a Moritz por el hombro. El niño perdió el equilibrio y se quitó las manos de los oídos para poder sujetarse. Volcó hacia fuera y cayó en el avellano que había entre el huerto de coles y la fachada de madera. Aunque se golpeó contra las piedras, Moritz no sintió ningún dolor; tan solo un miedo atroz y una angustia delirante.

Oyó pasos que se acercaban. Abrió los ojos de par en par y miró a través de las ramas del avellano bañadas por la luz de la luna. Por la muralla que rodeaba el pueblo vio antorchas que se movían. Entre las cabañas se tambaleaban, corrían o se tropezaban siluetas de personas; algunas permanecían erguidas: los vencedores; otras iban agachadas o se arrastraban por la hierba y los charcos como presas abatidas. Y todo eran gritos, quejas y lamentos. Los pasos se alejaron de él.

En algún lugar cantaban los gallos, ladraban los perros, chillaban los cerdos y berreaban los niños. Un hombre soltó una carcajada como un relincho. Un sajón. Y, de repente, una voz:

—¡Moritz!

¡La madre!

—¡Corre, Moritz! —De esa manera solo pronuncia su nombre la querida voz de la madre. ¿Habría sido ella la que le había empujado por la ventana? —. ¡Huye, Moritz! —gritó desde algún lugar cercano al portón de la muralla —. ¡Corre, mi pequeño! ¡Corre, corre! ¡Dios te asista!

Moritz se irguió con idea de saltar del avellano e ir corriendo hacia ella. Una voz de hombre acalló la voz de la madre. Moritz se dejó caer. De nuevo chilló la madre, gritó como había gritado la hermana mayor cuando el sacerdote le sacó una muela que supuraba pus el día de San Juan. Moritz volvió a apretar los puños contra las orejas y cerró otra vez los ojos.

Allí se quedó, oyendo tan solo los fuertes latidos de su corazoncito. Pero, para sus adentros, la madre aún seguía llamándole por su nombre, el del hacha sanguinolenta aún seguía golpeando a su padre, y el de la cota de malla no

paraba de señalar con su espada a la madre. Moritz notó cómo le subían por debajo de la pernera del pantalón unas hormigas que le cosquilleaban las pantorrillas y los muslos. Había además un pedrusco que se le incrustaba en las costillas. Moritz no se movía; tan solo imploraba a Dios que le convirtiera en un pedrusco.

¿Cuánto tiempo llevaría entre la pared de la cabaña y el avellano? Más tarde, cuando recordaba esa situación, le parecía que había pasado en un suspiro; pero lo cierto era que, cuando volvió a abrir los ojos porque alguien le tocaba, ya no estaba la luna llena en el cielo, y por encima de las cabañas y de la fortaleza alboreaba una nueva mañana.

Una sombra se inclinó sobre él. Alguien le susurró:

—Muchacho. —Moritz no respiraba. Quizá Dios, con su misericordia, le había convertido en un pedrusco. Se puso rígido—. ¿Aún sigues con vida, muchachito? —La cara de la sombra se acercó más a él—. Vamos, espabila.

¿Un sueño? ¿Una aparición? Moritz clavó la mirada en un rostro huesudo cuya boca apenas tenía dientes. Oyó cantar a un gallo; también oyó voces procedentes del portón de la muralla. Le pareció oír que alguien lloraba. Tal vez la madre. ¿No había alguien roncando? ¿Seguirían los sajones en el pueblo? Ahora ya eran dos los gallos que cantaban.

Unas manos huesudas se le acercaron, le cogieron por las mangas y por el cincho del pantalón, tiraron primero de él hasta el huerto de coles y luego lo pusieron de pie.

—Ven conmigo. —Era el viejo sacerdote, a quien le apeataba el aliento—. Deprisa, deprisa. —El anciano le hizo señas para que le siguiera.

Moritz tropezó con una piedra y se cayó cuan largo era. Entonces miró a su espalda y vio una cosa gris blanquecina medio enterrada en la oscura hierba. ¡El crucifijo de piedra de la cabaña familiar! Él mismo lo había esculpido con piedra caliza antes de la última Pascua, bajo la atenta mirada del padre. Moritz alargó la mano para cogerlo y lo apretó contra el pecho.

El sacerdote se agachó y de nuevo lo puso en pie. Ahora el anciano ya no le soltó de la mano, y Moritz iba zigzagueando tras él. Pasaron por las cabañas, junto al estanque y por las dehesas para los caballos, siempre en dirección a la muralla.

Dentro de las cabañas los hombres roncaban, los niños gemían y las mujeres lloraban. En el bosque, más allá de la muralla, los primeros pájaros entonaban su canción de la mañana. Velos de niebla ascendían por la muralla y se introducían en el pueblo.

El sacerdote se agachó entre los caballos y se llevó su retorcido dedo índice a los labios.

—Los que han sobrevivido deben de estar a la espera de su destino en la iglesia —susurró. La iglesia era la cabaña más grande del *Burgwall*, que era como llamaban al recinto amurallado—. Los sajones han debido de pimplarse toda nuestra cerveza; ahora están casi todos como una cuba. Y han puesto centinelas borrachos.

El viejo sacerdote era, a su vez, sajón. De joven, un buen día apareció en los bosques costeros y les habló a los wendos de un nuevo dios, un dios que había muerto crucificado para que quienes creyeran en él se liberaran de toda culpa y se salvaran. El viejo sacerdote había construido la iglesia junto al portón de la muralla y había bautizado en el lago a los cabecillas de los wendos. Moritz lo sabía por su padre, que por aquel entonces todavía era un muchacho.

El viejo se agachó más, tiró de Moritz por la hierba y señaló hacia lo alto de la muralla. Dos hombres recorrían tambaleándose el adarve de la muralla. Sajones. El sacerdote se quedó mirándolos hasta que, justo delante del portón, unos velos de niebla ocultaron parcialmente sus figuras. Entonces se levantó, tiró de Moritz a través de la dehesa y, luego, por los escalones de tierra que subían al adarve. Desde allí le empujó por la empinada pendiente de la parte exterior. Después, él mismo se deslizó por la cuesta, de unas treinta varas de longitud, hasta dar con el culo en la maleza y en las zarzas de fuera.

Al caer gimió de dolor y, como la vestimenta se le había resbalado hasta sus partes íntimas, Moritz pudo ver la sangre que tenía en la cadera.

—¡Al lago! —El sacerdote señaló al sur—. Si logramos llegar al lago, también conseguiremos llegar a Schwerin y al castillo del señor conde. —Fue cojeando hasta las primeras estacas luminosas que, desde las copas de los árboles, perforaban la maleza.

Moritz se quedó como paralizado. ¿Al lago? ¿Lejos de padre y madre? Miró

hacia la muralla en la dirección en la que vislumbraba el portón, y para sus adentros oyó la voz maternal: *¡Corre, mi pequeño! ¡Corre, corre!*

El viejo volvió cojeando hasta él y le arreó una bofetada.

—¡Espabila! —Tiró del chico entre los árboles—. ¿Es que quieres estirar la pata? ¿Acaso quieres convertirte en un esclavo de Sajonia? ¿O de los polacos?

Moritz le siguió a trompicones. Se internaron en la maleza y los matorrales, en terreno selvático y pantanoso, entre los carrizos. Tres veces atravesaron el foso que, en dirección al norte, cruzaba serpenteante el bosque hasta llegar al mar, vadearon grandes charcos con el agua hasta la rodilla y siguieron la senda del bosque que, a lo largo del foso, iba a dar al lago.

Cuanto más alto estaba el sol, más despacio cojeaba el anciano sacerdote. A la luz del sol del mediodía, su piel adoptó un tono macilento. A veces se apoyaba en un roble y respiraba con dificultad. En una ocasión, se hundió entre unos helechos; intentó coger aire, pero ya no podía más. Alzó la cabeza y miró a Moritz a la cara. Su mirada echaba fuego.

—El castigo de Dios, muchacho. —El anciano hablaba en voz baja y entrecortada—. El castigo divino por culpa de que algunos de la fortaleza aún han seguido venerando a los viejos dioses wendos. ¡Yo sé dónde tienen escondidos los ídolos de piedra de Podaga y de Swarog, en sus cabañas y en hoyos que han cavado en la tierra! ¡Y he visto cómo se hincaban de rodillas ante ellos!

Moritz le miró fijamente.

—¿Castigo divino...?

Se le quebró la voz. Ante sus ojos salían llamas de una gigantesca y humeante grieta de la tierra y se abalanzaban sobre él unas criaturas rojas con cuernos. No había misa en la que el sacerdote no hubiera descrito el infierno y al demonio con los colores más estridentes.

El rostro arrugado del viejo hizo una mueca de amargura.

—Sí, sí, el castigo de Dios, muchachito. Tú lo has visto con tus propios ojos. Y si quieres librarte de él sin un rasguño, en lo sucesivo procura servir a Dios y a su hijo Jesucristo, con todas tus fuerzas y todo tu corazón. Al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo has de servir, ¿me oyes? Y a la santa Iglesia

romana, para que la próxima vez no acabe contigo la cólera de Dios.

Este discurso tan largo agotó definitivamente al anciano, y se durmió. Moritz se acordó de su abuela. Había muerto durante el último esquilado de las ovejas. Un día antes de su muerte, había hecho una reverencia ante la imagen de la diosa Podaga. Y sí, el jefe de los cazadores también acostumbraba a rezar a Podaga y a Swarog antes de ir a cazar jabalíes. ¿Pero él? ¡Nunca! ¿Y padre y madre? ¡Jamás!

Entonces ¿por qué la cólera de Dios había descargado contra él y su familia?

Pasaron las horas. Cada vez que Moritz oía un crujido en el bosque, imaginaba que eran perseguidores sajones; con cada graznido del arrendajo intuía la proximidad del castigo divino. Despertó al sacerdote, le ayudó a ponerse de pie y lo sacó de los helechos.

—Sigamos —murmuró el viejo, que parecía mareado—. Tenemos que seguir andando.

—Pero ¿hacia dónde? —indagó Moritz.

—A Magdeburgo; hemos de seguir hasta Magdeburgo.

Más tarde, a la luz vespertina, el viejo sacerdote tenía la frente perlada de sudor, y bajo sus ojos llorosos destacaban las oscuras sombras de las ojeras. Para entonces, ya solo podía avanzar apoyado en una rama a modo de bastón.

Con los primeros arreboles de la noche, por fin, la zona alta del lago de Schwerin se extendía ante ellos. El sacerdote sabía en qué parte del cañaveral escondían los pescadores las barcas. Cuando se puso el sol, encontraron una barca. El sacerdote se montó en ella como buenamente pudo y agarró el remo. Desde las aguas poco profundas de la orilla, Moritz tuvo que empujar la barca hacia el lago y subirse a ella él solo. El viejo estaba demasiado débil como para poder ayudarle.

Sacaron la barca a remo. Moritz estaba calado hasta los huesos. A la luz del sol poniente, vio una mancha brillante en la ropa del sacerdote. Tenía la cadera con mucha sangre húmeda y pegajosa. De nuevo se le representó a Moritz el sajón con el hacha sanguinolenta. ¿O habría sido una estocada? ¿O una flecha? No se atrevió a preguntar.

La neblina cubrió el lago. Enseguida oscureció tanto, que Moritz era incapaz



de distinguir la orilla en ninguna dirección. Cada vez que el anciano sacerdote hundía el remo en el agua, profería un gemido. Llegó un momento en que cayó del banco hacia la proa de la barca y encogió las piernas. Jadeaba y tenía la respiración muy acelerada.

Moritz se arrodilló entre los bancos y se inclinó sobre el sacerdote.

—Rema tú —susurró el viejo—; no pares de remar, ¿me oyes?

Moritz le sacudió con suavidad.

—Quedaos conmigo. ¡No podéis dejarme solo! —Las lágrimas se agolparon en sus ojos.

—Si ves fuego en Schwerin, es que los sajones han llegado también allí —susurró el viejo—. Entonces huye y ve hacia la orilla del este.

—¡No me abandonéis! —Moritz se abrazó a él con fuerza.

—Cuando hayas alcanzado la orilla del bosque, sigue corriendo hacia el sur, sigue hasta que llegues al Elba. No dejes de correr, corre hacia la ciudad... —El anciano se interrumpía una y otra vez; su voz sonaba cada vez más débil—. Corre hacia Magdeburgo, y allí tienes que... —intentó incorporarse para recobrar el aliento—, allí pregunta a la gente por el arzobispo de Magdeburgo. Él fue quien, en su día, me envió de misionero hacia vosotros. Dile que...

La voz del anciano se apagó. Dejó de jadear. Moritz apretó la mejilla contra la cara helada del sacerdote.

—¡No me dejéis solo! —lloró a voz en grito.

Luego lloró por su madre, por su padre, por sus hermanos y por su hogar. Estuvo llorando durante la mitad de la noche. Nadie le oía desde allí fuera, desde la parte alta del lago de Schwerin. Y entre lágrimas se quedó dormido.

En sueños vio de nuevo cómo los sajones irrumpían en la cabaña de su familia. El peor de todos era el del hacha, un hombre fornido, de cara redonda y sin el meñique en la mano derecha.

El más flaco, con la boca desfigurada, se le representó a Moritz como un gigante vestido con cota de malla. Su negra y horrible cabeza de toro asomaba por encima del escudo y la sobreveste. Él indicaba a los otros sobre quién debían abalanzarse, y la madre le escupió en la cara al pelirrojo de la nariz torcida.

La voz de la madre reverberaba en su sueño como un eco que nunca cesa:

*¡Corre, mi pequeño! ¡Corre, corre! ¡Dios te asista!*

Se despertó gritando sobresaltado. La barca se balanceaba. A su alrededor, todo estaba cubierto de neblina. Moritz tiritaba; la ropa fría y húmeda se le pegaba a la piel. Entre sollozos, miró hacia todos lados e intentó en vano distinguir en alguna parte la silueta de las murallas y las torres de Schwerin.

¿Dónde estaba? ¿Hacia dónde se deslizaba la barca?

En pleno llanto, se inclinó sobre el sacerdote, que tenía la cara de color ceniza, y la boca y los ojos abiertos. Ya no respiraba.

Moritz dio unas sacudidas al anciano. El viejo había muerto.

A Moritz se le secaron las lágrimas y se le desplomaron los hombros; notó que se quedaba sin fuerzas. Completamente encorvado, se acurrucó en la barca y se quedó mirando la niebla. Entre la húmeda grisura destacaba la silueta de una pareja de cisnes; estas orgullosas y blancas aves pasaron a su lado sin reparar en él, y de nuevo se sumergieron en los grisáceos velos de niebla.

Oyó un chapoteo en el agua: un pez saltarín. En lo alto resonó el chillido de las grullas; sin que él alcanzara a verlas, emigraban hacia el sur. El frío de principios del otoño se le metió en los huesos; cada vez tiritaba más. En algún lugar, al otro lado de la cortina de niebla, empezaron a cantar unos pájaros. Un gran vacío se apoderó de Moritz. Se sentía infinitamente solo.

En un momento dado, sintió una punzada de hambre en el estómago. Cogió el remo y lo hundió sin fuerza en el agua. Pero ¿en qué dirección quedaba Schwerin? ¿Hacia dónde debía llevar la barca? ¿Qué más daba! El caso era ponerse a remar.

El sol de la mañana pronto atravesó la niebla blanquecina, que poco a poco se fue disipando hasta desaparecer por completo. De pronto, a un tiro de piedra, Moritz divisó la orilla del lago; vio juncos, bosques y hierba. Ninguna ciudad, ningún castillo. ¿Acaso el viento había empujado su barca hacia la orilla del este? Nunca había estado allí con anterioridad.

Encontró arándanos y moras y engulló todos los que pudo. Pegado a la orilla, echó a andar hacia el sur; con la niebla vespertina se desorientó. Entre unos pinos arrancados de cuajo halló una tejonera abandonada y se metió a

gatas en ella. Esta vez durmió sin sueños hasta que el reclamo de las grullas y el gemido gutural de un tejón le despertaron.

Moritz salió de la guarida. La niebla matutina se adhería a los arbustos y a los árboles. Entre la maleza, una cabeza triangular a rayas blancas y negras regañaba los dientes. Moritz pegó un salto y salió corriendo. No paró de correr hasta que se despejó la niebla.

En un claro del bosque halló unas zarzas de moras y mató el hambre. Luego siguió el curso de un arroyo hasta el anochecer. El sol fue secándole la ropa; para dormir se metió bajo las hojas caídas del año anterior. A la mañana siguiente, volvió a tomar bayas. En el riachuelo encontró unos moluscos y se los zampó.

El arroyo no desembocaba en el lago de Schwerin, como esperaba Moritz, sino en un estanque. Como descubrió huellas de lobo, durmió en la copa de un sauce. A la mañana siguiente, buscó en vano la orilla del lago, pero cada vez se adentraba más en un terreno leñoso intransitable.

Durante días estuvo vagando por el bosque; bebía de los arroyos, comía ciruelas silvestres, setas, bayas y, en tres ocasiones, pescado crudo. Uno de los peces se lo encontró muerto en la orilla de un estanque; otro se lo arrebató a una cría de nutria, y el tercero lo dejó caer en un charco un cormorán desde lo alto de un sauce.

En algún momento, llegó a un pueblo. Se puso a mendigar y a preguntar por Magdeburgo y por el arzobispo. Todos se reían de él. Una anciana le dio pan y corteza de tocino y le indicó un camino de herradura que llevaba al sur.

Días más tarde, llegó muerto de hambre a una ciudad, pidió limosna en la plaza del mercado y se dirigió a un campesino en wéndico para preguntarle si estaba en Magdeburgo y si el campesino conocía al arzobispo. También allí se rieron de él.

Moritz no sabía qué les hacía tanta gracia. Pensó que quizá fuera porque mezclaba su lengua materna wéndica con el sajón que había aprendido del sacerdote. Arrugaban la nariz porque olía mal; quizá también porque era un wendo. Al tercer día le echaron de la plaza del mercado y de la ciudad.

Del nombre de la ciudad no se enteraría hasta meses después: Havelberg.

Durmió en el talud del río, fuera de la muralla, y durante el día mendigaba

en el portón de la ciudad. A los pocos días, le subió la fiebre; permaneció tumbado en medio de la polvareda sin poder moverse apenas.

Las personas le parecían sombras sin rostro; el ruido de los cascos y el chirrido de las ruedas de los carros se le asemejaban a timbales y tambores atronando desde los callejones de la Nueva Jerusalén. Moritz oyó la voz de su hermosa madre. Hablaba con ella y se sentía a gusto; su única esperanza era poder cobijarse pronto en sus brazos.

Un carro de bueyes que venía rodando desde el portón de la ciudad se detuvo; el niño oyó pasos que se acercaban, dos sombras se proyectaron sobre él.

—Huele que apesta —dijo uno.

—Aún está vivo —indicó el otro.

—¿Madre? —Moritz creía estar ya en el cielo—. ¿Madre?

Abrió los ojos, los guiñó a la luz del día y se asustó: una cara negra se cernía sobre él. ¿El demonio? ¿O uno de sus criados infernales? No conseguía verle los cuernos ni la barba de chivo, pero sí unos labios abultados, una nariz gorda y carnosa, unos grandes ojos de color oscuro y una frente negra arrugada por encima de la cual crecía un pelo negro y rizado. A Moritz le castañetearon los dientes.

A la otra sombra le hicieron gracia los temores de Moritz.

—¡Al pequeño maloliente le da miedo nuestro negro! —les gritó a los del carro, riéndose con regocijo.

La cara negra inclinada sobre Moritz puso al descubierto unos grandes dientes blancos. ¿Acaso un demonio podía reírse? ¿Y tener una mirada tan afectuosa? El hombre de la cara negra metió sus negros brazos por debajo del tembloroso y extenuado cuerpo de Moritz. Ese hombre, que no podía ser un demonio, lo llevó al carro, lo envolvió en mantas y le dio de beber.

El carro tirado por bueyes se puso en marcha y siguió su camino.

¿Hacia dónde?

## Madre

*Maulbronn, doce años después*

A media mañana, Helena todavía tenía ganas de cantar. Con una canción en los labios, correteaba de un extremo a otro de la enorme cocina del monasterio. Junto a los fogones, dos pinches daban vueltas a los espetones con los faisanes, los patos, las gallinas y las liebres. En una olla grande hervían a fuego lento trozos de ternera, y en una sartén se freían rodajas de lomo de cerdo. ¡Cómo crepitaba la piel de los faisanes! ¡Cómo se derretía la grasa de los patos y chisporroteaba sobre las brasas lanzando incluso llamas! ¡Y cómo rezumaba el jugo de la tierna carne de ternera! ¡Daba gloria olerlo! Helena aspiró profundamente el aroma de los asados.

Esa noche se iba a celebrar un banquete. Del horno salía el olor a pan recién hecho, que inundaba toda la cocina. En otro fogón, se cocía en tres cazos la sémola de trigo. Un joven monje iba cortando verdura y añadiéndola a una carne de entraña mucho menos tierna. En una pila de cinc, junto a la puerta que daba a la despensa, dos muchachos lavaban manzanas, ciruelas y peras. En una mesa alargada que había delante de las ventanas, una criada destripaba las truchas. Varios gatos se paseaban alrededor de sus piernas.

Cantando en voz baja, Helena iba de acá para allá entre los asados, la tina, el pan que se iba cociendo y la avena mondada, vigilando que todo estuviera en su punto. Le encantaban esas horas que pasaba en la cocina del monasterio, cuando todo salía como lo había planeado, cuando la servidumbre e incluso los monjes esperaban sus instrucciones y la comida quedaba sabrosa. A decir

verdad, cuando la supervisión le tocaba a Helena, todos los guisos salían exquisitos. Quedaban igual de buenos que cuando la supervisora todavía era la madre.

El más joven de los pinches, un muchacho de apenas dieciocho años, alargó la mano derecha hacia un pato para arrancarle un jirón de piel que se estaba chamuscando al calor de las brasas. Helena interrumpió su canción y le dio un golpecito en la mano con la cuchara de madera.

—¡Atrévete! —Le amenazó con el dedo índice, y él, de su misma edad, encogió la cabeza mostrándose arrepentido.

La criada mayor trajo una bandeja y se la presentó a Helena para que diera el visto bueno: queso, pan, ciruelas y vino, el desayuno para el padre.

—Añádele una escudilla de sémola de trigo —ordenó Helena—. Y luego ve a cortar la col de Saboya; yo misma le llevaré el desayuno al maestro Bohnsack.

La criada cogió un cuenco del estante de la pared y se acercó cojeando al fogón.

Un monje de elevada estatura y fuerte complexión llevó un carro de adrales hacia la puerta abierta de la cocina, descargó una pila de cestos y los colocó sin decir una palabra encima de la mesa situada junto a la puerta. Allí había mandado poner Helena panecillos, carne, vino y fruta, y todas las sobras del día anterior.

El monje se volvió hacia Helena; sus oscuros ojos lanzaron un destello, y una sonrisa bonachona y paternal ablandó por un momento sus rasgos duros. Le hizo un gesto de asentimiento y, luego, llenó los cestos con los donativos para los pobres.

El fraile Rochus era el maestro limosnero del monasterio. Se encargaba de proveer a los mendigos que pedían ayuda en el portal de la abadía. Había hecho voto de silencio, y Helena hacía años que no hablaba con él. De todos modos, entre ellos había algo cálido y amistoso. Un vínculo invisible. Mientras el fraile Rochus sacaba el último cesto lleno, le hizo otro gesto de agradecimiento a Helena y sonrió tímidamente. Era muy raro verle sonreír.

—Que Dios le bendiga, fray Rochus —dijo Helena, al ver que se alejaba.

Por la ventana observó cómo tiraba del carro de adrales por el patio del



monasterio. Era de porte erguido y paso firme como el de un joven, y eso que ya había cumplido los cuarenta.

Hasta hacía pocos años, aún era el prior de Maulbronn, el vicario del abad; por aquel entonces todavía hablaba. Nadie sabía por qué había tenido que cambiar el alto cargo de prior por el muy inferior de maestro limosnero.

Uno de los halconeros atravesó el patio del monasterio corriendo con sus perros.

Helena salió enseguida de la cocina.

—¡Eh, halconero! —Este se detuvo—. ¿Cuándo vas a echar cuentas conmigo? —Como sus halcones no habían cazado ningún faisán, tuvo que comprar algunos en el mercado—. Te he dado un *groschen*, un faisán cuesta este otoño un *heller*, y has comprado seis. Eso hacen tres *pfennig*, de modo que todavía me debes nueve *pfennig*. ¡Trae para acá el dinero del maestro!

El halconero se acercó y rebuscó en los bolsillos de su jubón.

—Precisamente ahora quería venir a veros a la cocina, doña Helena. —Se ruborizó—. Iba por el patio pensando: tienes que echar cuentas con la maestra de obras. —Era diez años mayor que Helena.

—Eso me ha parecido adivinar.

Cogió los *pfennig* de plata, los contó uno a uno y asintió satisfecha. Uno de los perros del halconero ladró a Helena. Esta le chistó, y el halconero se retiró. La vieja criada añadió una escudilla de sémola de trigo humeante al desayuno del padre.

Helena regresó al horno del pan. ¡Qué bien olía el pan y qué color tostado tan bonito tenía! En la puerta trasera vio al criado del jardinero; llevaba unas flores en la mano y miraba esperanzado hacia Helena.

—Os agradezco que hayáis vigilado el pan por mí —gritó hacia la cocina, mientras ella corría hacia él.

—Ya está casi hecho. Ten cuidado de que no se queme.

—La corona fúnebre —dijo el mozo del jardinero, entregándole las flores: ásteres de otoño de color violeta, matalobos azules, sedos rojos, anémonas blancas, ramas con hojas otoñales y unos cuantos tallos de hermosas hierbas.

—¿Dónde están las rosas amarillas?

—No he encontrado ninguna.

—¿Dónde has buscado?

—Pues... en el jardín de delante del monasterio, donde los monjes nos permiten cogerlas.

—Vaya, vaya, en el jardín del monasterio. —Helena se puso en jarras—. ¡Valiente gandul! ¿Tan lejos está para ti el jardín de las cuadras de caballos? Detrás de las cuadras y de la herrería vi ayer unas rosas amarillas preciosas. Acaban de florecer. —Le quitó al criado del jardinero la corona de flores—. ¡Corre! ¡Y no vuelvas sin traer al menos cinco rosas amarillas!

El criado dio media vuelta, salió a paso ligero de la cocina y cruzó el patio trasero. Helena se quitó el delantal y se alisó el vestido. Conociendo a su padre, sabía que llevaría trabajando desde la salida del sol sin haber comido ni bebido nada.

Helena echó un último vistazo a los cazos de sémola, al horno y a los asados.

—¡El pan ya se puede sacar! —gritó, y por si acaso volvió a amenazar al chico de los espetones con el dedo.

Luego cogió la bandeja con el desayuno y atravesó el patio de la abadía cantando por lo bajo en dirección al nuevo refectorio del Señor.

Helena sonrió a sabiendas de que ahora en la cocina todo el mundo estaría suspirando de alivio. Del mismo modo que antes suspiraban cuando la madre abandonaba por fin la cocina. Como antes respetaban a la madre —la «maestra de obras»—, ahora también le mostraban respeto a Helena, todos ellos, y eso que casi todos eran mayores que ella. Algunos temían sus amenazas con la cuchara de madera; muchos, su lengua afilada.

Dejó la bandeja en la gran fuente de adorno y se inclinó sobre el agua espejeante. Una cara estrecha de rasgos finos y boca grande le devolvió la mirada con sus grandes ojos de color azul oscuro. El pelo castaño rojizo enmarcaba su lindo rostro; como hoy, Helena lo llevaba casi siempre recogido en una trenza gruesa.

Tenía los brazos bronceados cubiertos de un fino vello rojizo. Exactamente iguales eran los brazos de la madre. Helena también había heredado su figura alta y nervuda. Y también la costumbre de no consentir nada feo: ninguna mancha en los vestidos, ningún desgarrón, ningún daño causado por la polilla,

por muy pequeño que fuera; nada que estuviera poco presentable o pareciera vulgar. La madre de Helena había sido hija de un caballero francés.

Se inclinó más sobre el agua, metió las manos y se lavó la cara. Su imagen en el espejo se difuminó. Con las manos mojadas, volvió a coger la bandeja y se dirigió hacia la entrada del edificio de clausura. Se detuvo un momento delante y admiró la magnífica fachada, sus ventanas, columnas y entablamento, así como la bella portada.

¿Quién había construido todo eso? Sin duda, los carpinteros, canteros, escultores y albañiles. Pero ¿quién lo había ideado? ¿Quién les había hecho ver a los carpinteros, canteros, escultores y albañiles, mediante dibujos, maquetas y muchas explicaciones, lo que había planeado y creado su ingenio? ¡Nadie más que su padre, el maestro de obras Bohnsack! Helena se llenó de orgullo.

Entre tanta belleza pétrea había pasado los casi dieciocho años transcurridos desde su nacimiento. Aquí, entre las obras y la *Bauhütte* —la cuadrilla o el equipo que participaba en la construcción—, había nacido Helena; por aquel entonces, su padre y el equipo de este estaban precisamente construyendo el atrio de la iglesia monacal. Aquí, en la abadía y entre los viñedos de Maulbronn, Helena tenía su hogar. ¡Ni se le pasaba por la imaginación otro hogar que no fuera este!

Con el codo presionó hacia abajo la pesada manilla del portón, lo abrió y entró en el recinto de clausura. En efecto, también había heredado de su madre el permiso para entrar en este edificio, que en realidad solo estaba reservado a los monjes, con el fin de atender las necesidades del maestro de obras. Al siguiente domingo, la cosa cambiaría porque, después de la misa, el abad se disponía a consagrar los nuevos edificios.

Helena encontró al padre en el nuevo comedor de los monjes, en el refectorio del Señor. Las paredes de esta magnífica estancia se componían más de vidrio que de piedra, por lo que la luz de media mañana entraba a raudales por las numerosas y altas ventanas ojivales. Justamente la semana anterior había terminado el equipo de su padre las obras del refectorio del Señor.

Helena se detuvo con la bandeja en las manos para contemplar las enormes columnas y admirar las suntuosas bóvedas de lo alto. Sintiéndose pequeña e

insignificante, se estremeció ante tanta solemnidad y tanto boato.

Buscó al padre con la mirada. Ante la columna central, el maestro de obras estaba con un pie apoyado en la basa de otra columna. Sobre el muslo tenía abierto el cuaderno de bocetos. Con la cabeza echada hacia atrás, alzaba la vista hacia las bóvedas. Deslizaba su atenta mirada por los arcos de piedra; de cada columna salían seis o siete arcos que servían para sostener y dar forma a las bóvedas.

Helena dejó la bandeja encima de la gran mesa redonda, ante una de las altas ventanas. Sobre ella había lápices, láminas con dibujos y modelos de columnas y capiteles hechos a base de arcilla y cera.

—¡Buenos días, padre!

Se acercó a él y le besó en la mejilla.

El maestro de obras sonrió.

—Que Dios te bendiga, hija mía.

Luego bajó la mirada y, dentro de la bóveda, trazó un arco cuyo dibujo ya aparecía en su cuaderno de bocetos. *Bóveda de crucería*, había escrito encima con letras gruesas.

Helena sabía leer y escribir, cosa que ni siquiera sabían hacer los hijos varones del gobernador imperial. La madre le había enseñado a leer y escribir incluso en francés. A menudo hojeaba el cuaderno de bocetos de su padre y contemplaba las numerosas reproducciones de columnas, bóvedas, la nervadura arqueada, las arcadas, los capiteles y los ornamentos vegetales.

—Venga a la mesa, padre. Tiene que comer y beber.

—Enseguida voy —murmuró distraído, y siguió absorto en su dibujo.

—El gobernador imperial y su familia le han enviado una misiva al abad. — Helena regresó a la mesa—. Quieren celebrar esta noche con nosotros la conclusión de vuestro trabajo.

—Me lo esperaba.

—A lo mejor Karl quiere pedir mi mano.

—Es posible.

—Quizá también la pida Johannes.

Los dos eran hijos del gobernador.

—Tal vez.

El padre volvió a echar la cabeza hacia atrás y examinó la bóveda y el capitel de la columna central como si los viera por primera vez. Luego dibujó en su cuaderno de esbozos lo que había visto.

¿Por qué lo haría? A Helena le extrañaba. Al fin y al cabo, el monasterio ya estaba terminado.

—¿Tal vez? —Frunció el ceño, enojada—. ¿No tiene nada más que decir?

El maestro Bohnsack se encogió de hombros, guardó el carboncillo y cerró el cuaderno.

—Ya hablaremos de esas cosas después de la fiesta. —Se dirigió a la mesa y acercó una silla a la bandeja del desayuno—. Te lo agradezco, hija mía.

—A lo mejor no me gusta ninguno de los dos. —Helena se sentó encima de la mesa—. Es probable, incluso.

Cogió la jarra de vino y le sirvió a su padre.

—Sí, es probable.

—En el fondo, ninguno de los dos me gusta ni una pizca. Pero con alguno tendré que casarme. —Desde niños, los hijos y las hijas del gobernador habían jugado con Helena—. Algún día poseerán los caballos y las vacas de su padre; algún día heredarán el bosque, las praderas, los viñedos y las casas que rodean a Maulbronn.

—Y tendrán que repartírselo todo con sus hermanos —contestó el padre, sin dejar de masticar.

—¿Cuál le gustaría a usted que fuera mi marido?

—Eso es difícil de decir, mi niña. —Algo parecía preocupar al padre; Helena lo notó por las arrugas de la frente y de la comisura de los labios—. Me parece que todavía eres un poco joven para el matrimonio.

Helena resopló.

—¿Acaso soy demasiado joven para gobernar su casa? ¿Soy demasiado joven para vigilar a su servidumbre y administrar su dinero? —Entre sus oscuras cejas apareció de repente una arruga de enfado—. ¡En enero voy a cumplir dieciocho años, padre! ¿Lo ha olvidado?

—Dejémoslo por ahora, mi niña. —El maestro Bohnsack cogió la copa de vino—. Ya sabes cuánto te quiero.

Alzó la vista hacia ella. Sus ojos grises tenían una mirada viva; multitud de

arrugas surcaban su huesudo rostro; tenía una barba gris y un pelo cano que le llegaba hasta sus anchos hombros. Las manos eran grandes, musculosas y encallecidas. Vestía una túnica oscura de lana ribeteada en piel. Llevaba dieciocho años trabajando en el monasterio de Maulbronn, una tercera parte de su vida.

—Todos los días y todas las noches doy gracias a Dios por tenerte a ti, hija mía. Mañana hablaremos de esas cosas, ¿de acuerdo?

Se volvió y dio un sorbo de vino.

—Ahora voy a ver a madre —dijo Helena, un poco a regañadientes—. Ella por lo menos me escucha y habla conmigo.

—Haces bien, hija mía. —Distraídamente, el maestro Bohnsack cogió la escudilla de la sémola de trigo; de nuevo sus pensamientos parecían estar en otra parte—. Y, por favor, procura que nadie me moleste hasta que lleguen a cenar el abad y la familia del gobernador.

En el cementerio del monasterio, Helena se arrodilló ante la tumba de su madre. Colocó la corona de flores justo al lado de la lápida. Luego se puso en cuclillas y contempló el colorido ramo otoñal. Las rosas amarillas habían sido las flores favoritas de su madre. A ella, en cambio, le gustaban sobre todo las blancas.

—Ya está la cena casi lista, madre —dijo—. La ternera asada ha quedado divina, ¡por no hablar de los faisanes! —Helena afiló los labios y chasqueó la lengua, relamiéndose—. El único que no me gusta cómo está hoy es mi padre. Hace días que terminó el comedor y la sala capitular, y aún sigue correteando de acá para allá entre bóvedas y columnas con su cuaderno de apuntes. Y no para de cavilar. ¿Qué le preocupará?

Suspiró y se quedó mirando la lápida. El nombre de su madre estaba cincelado en la rojiza piedra arenisca. *Marie-Magdalene*. Un rayo la había fulminado. Nadie sabía qué se le había perdido en los viñedos en plena tormenta.

—Supongo que padre no sabe estar sin trabajo. No te preocupes, querida madre; en la jurisdicción del gobernador hay trabajo suficiente para un

maestro de obras. Rezo para que el obispo mande construir una catedral. Lo mejor sería en Pforzheim, Knittlingen o Mühlacker.

La mirada de Helena se paseó por encima de la lápida hacia el muro del camposanto y, de ahí, hasta los viñedos. Allí arriba había encontrado el padre a la madre. En la primavera se habían cumplido ya cinco años desde aquello. El abad había mandado poner en ese lugar un crucifijo y la estatua de un ángel. El ángel más bello que jamás hubiera visto Helena.

—Padre sueña ya con eso, en el poco tiempo que le queda para pensar: con levantar una catedral como maestro de obras. —Volvió la vista hacia la lápida—. ¿No soñaba ya con eso cuando ustedes se conocieron, por aquella época en Chartres, cuando todavía era joven y aprendió de su maestro francés a construir templos? Así me lo ha contado usted, madre, ¿lo recuerda o no?

Repicaron las campanas de la iglesia del monasterio. Helena dirigió la vista hacia la torre. Las campanadas llamaban a los monjes al ángelus, la oración del mediodía. Hasta los que se hallaban en el bosque, en el campo y en los viñedos abandonaron sus ocupaciones, se descubrieron la cabeza y se santiguaron.

—Una catedral en Mühlacker me parecería bien; así podría ir a visitar a mi padre todos los domingos. Y también a usted. —Sonrió ensimismada—. Llevaría conmigo a sus nietos. Y naturalmente la comida y el vino preferidos de mi padre. Al fin y al cabo, entre las fincas del gobernador y Mühlacker hay tan solo unas pocas horas de camino.

Su bello rostro adoptó un gesto de duda.

—Aunque... ¿acaso tengo la certeza de que algún día viviré allí? Creo que tanto Johannes como Karl quieren pretenderme. Hoy vienen a la fiesta. ¡Qué pena que no pueda usted asistir a ella! Viene toda la familia del gobernador. ¿Qué opina, madre? ¿Me caso con Karl o mejor con Johannes? A padre le da igual, me parece. Lástima.

Helena se quedó mirando la tumba y la lápida, primorosamente labrada. Tenía forma de un arco apuntado y era de piedra caliza multicolor. La tumba era el panteón familiar. Dentro de pocos años, el padre yacería allí junto a la madre. Y algún día, ella también. Quizá. Miró a su alrededor. O tal vez en el panteón del hombre de Maulbronn con el que se casara. Tendría que ser

pronto, pues anhelaba la cercanía, la ternura y el roce.

Helena descubrió una margarita tardía entre la hierba, al otro lado de la tumba. Se incorporó sobre las rodillas, se inclinó por encima de la tumba y cogió la florecita. Sentada de nuevo sobre los talones, se quedó pensativa.

—¿Quiere saber cuál de los dos me gusta más, madre? —Soltó una risita, se encogió de hombros y empezó a deshojar la margarita—. Karl es más guapo y más fuerte. Pero Johannes es más inteligente, y sabe escribir y leer con fluidez. Incluso textos en latín.

Una bandada de ánsares silvestres cruzó el cielo. Helena dejó de prestar atención a la flor y los siguió con la mirada. ¿Adónde irían? Tenía que ser doloroso abandonar su país natal un otoño tras otro. ¿Pero acaso tenían algún país natal, los gansos?

—Me alegro de no ser un ave migratoria. —Siguió deshojando la margarita—. Karl tiene unas manos rudas y sucias, mientras que las de Johannes son finas y delgadas. Al fin y al cabo, solo se dedica a escribir. La verdad es que no acabo de imaginarme esas manos tan femeninas en mi mejilla. Lo intento a menudo, de verdad, imaginar sus manos en mi cara, en mis pechos, en mis caderas... Pero no me excito, madre, ¿sabe?

Se representó la imagen del hijo mayor del gobernador e imaginó que la tocaba. Enseguida se sintió excitadísima y notó que algo palpitaba en su regazo.

—Si Karl no tuviera siempre las manos tan sucias... —Helena suspiró, meneando la cabeza—. Entonces podría imaginarme que me besa y me deja embarazada. ¡Ojalá fuera un poco más limpio y un poco más listo! —Tiró hacia atrás la margarita deshojada—. ¿Sabe una cosa? En realidad, me da igual casarme con uno o con otro.

Asustada, como si por primera vez se diera cuenta de lo alto que estaba hablando, Helena miró a su alrededor. Nadie a la vista. Se echó a reír.

—¡Qué cosas le cuento! Ojalá estuviera aquí, querida madre.

Apoyó el torso en las rodillas y se llevó las manos cruzadas a la frente. Así estuvo un rato largo, mientras lloraba un poco. Luego arregló las flores otoñales, se levantó y besó la lápida.

—No quiero pensar en mi padre, en su cara de preocupación, madre. Tengo



miedo de lo que le atormenta. Sí, verdadero miedo.

Desde última hora de la tarde, empezó el trajín de los preparativos para la fiesta en el patio del monasterio. Helena lo veía todo desde la ventana de la cocina. Los bancos que rodeaban la fuente se llenaron de gente. Los hombres de la *Bauhütte* ya estaban tomando vino: canteros, carpinteros, herreros, escultores y albañiles. Entre ellos se habían mezclado ya algunos monjes. Todavía no habían llegado el abad ni la familia del gobernador.

Helena estaba segura de que la noche se prolongaría hasta horas avanzadas, pues para la mayor parte de los hombres del equipo hoy era la última noche en Maulbronn. Ahora que por fin estaba terminado el monasterio, había llegado el momento de despedirse.

Helena se sentía apesadumbrada; a casi todos los artesanos los conocía desde niña. Y ahora se disolvería la *Bauhütte* del maestro Bohnsack y los hombres se marcharían a otro lugar donde se construyeran catedrales en el moderno estilo francés, y donde su experiencia y su destreza fueran valoradas y bien pagadas. De manera que unos se irían a Estrasburgo y otros a Naumburgo o a Colonia.

Helena vio que fuera había muchos hombres jóvenes, unos sentados y otros de pie; algunos eran de Maulbronn y de las villas circundantes. Se quedó observando a todos, uno por uno, con detenimiento. Solo le interesaba alguno que fuera de Maulbronn; de eso no tenía la menor duda, o si acaso alguien de Mühlacker o de Knittlingen. No se planteaba que el lugar estuviera a más de tres o cuatro horas de caminata desde la tumba de su madre y los bonitos y tristes viñedos que la rodeaban.

Aunque... el joven escultor que estaba junto a la fuente, hablando con el monje de la cocina y el hermano jardinero, le parecía guapísimo. Muy rubio, altísimo y con unos rasgos muy varoniles. Estaba soltero y Helena ya se había enamorado de él un par de veces.

La primera vez, cuando el escultor llegó de Bamberg, hacía tres veranos. Allí había esculpido capiteles de columnas, rosetones y figuras para la nueva catedral. Con anterioridad había estado en Estrasburgo, donde desde muy

joven había participado en la construcción de la nueva catedral. Se llamaba Jacques, pero todos le llamaban Jakob.

¿Se quedaría alguien como él en Maulbronn si tenía una buena razón para quedarse? ¿Y acaso una bella doncella no era una buena razón? Además, su padre seguro que querría contratarlo cuando construyera sus catedrales en Mühlacker o en Knittlingen, pues el francés creaba hermosas estatuas y ornamentos. En cualquier caso, no poseía tierras ni dinero.

No obstante, Helena salió de la cocina y fue hacia la fuente. Los dos monjes se apartaron de modo que Helena pudiera tomar asiento junto al apuesto escultor. Al otro lado de la mesa estaban sentados algunos canteros y carpinteros, que la saludaron efusivamente y con una cara radiante de alegría. Helena gustaba a los hombres. Ella lo sabía. Y lo disfrutaba.

Alguien le sirvió vino. Otro le pasó un plato con pan recién hecho y queso. Helena comió y bebió y charló con todo el mundo. Al final de la cena, unos monjes vestidos con túnicas blancas y casullas negras atendieron a los menestrales ambulantes, a los juglares procedentes de Italia y a los pobres de Maulbronn. Entre ellos estaba el fraile Rochus, a quien Helena saludó con la mano.

De repente, entre los canteros y carpinteros, le llamó la atención un hombre al que no había visto nunca. Vestía una sobreveste de buen paño y, debajo, un cinto para la espada que le cruzaba transversalmente el pecho sobre una cota de malla. Cuando Helena miró disimuladamente debajo de la mesa, vio las espuelas plateadas del desconocido.

Parecía cansado y, además, era demasiado mayor para ella, de modo que, en un momento dado, se dirigió a Jacques, el escultor rubio, hablándole en francés.

—Menos mal que al fin está terminado nuestro monasterio, ¿no le parece? —Jacques le lanzó una mirada radiante—. ¡Y qué suntuoso ha quedado todo: el gran comedor con los altos ventanales, la sala de reuniones y el claustro: sublime y maravilloso!

—¡Precioso! —Jacques alzó la copa de vino, que compartía con su vecino de mesa, y brindó con ella—. Los cistercienses están muy satisfechos con nosotros, y supongo que también lo estarán Dios y los santos. —Bebieron.

Al otro lado de la mesa, también alzaron las copas de madera de duela, pronunciaron varios brindis y siguieron bebiendo. A Helena le extrañaba que ninguno tuviera ánimo de despedida; no se les veía nada apenados ni tristes.

—Lástima que nos tengamos que separar todos. —Helena dejó la copa de vino sobre la mesa—. Ahora que nos conocemos desde hace tanto tiempo. —Suspiró y miró hacia los preciosos ojos azules de Jacques—. En todos estos años, la *Bauhütte* se ha convertido en una gran familia. Pero ahora hay que despedirse. —Suspiró más profundamente, se mostró apenada y miró esperanzada al escultor.

—¡Nada de despedirse! —exclamó este en alemán—. Solo unos pocos se marcharán al Reino de Francia. La mayoría de nosotros seguiremos juntos. —Puso su mano sobre la de ella.

Helena estaba tan desconcertada, que apenas notó su roce.

—¿Cómo es eso?

—Porque casi todos nosotros nos iremos con el maestro Bohnsack —dijo uno de los canteros, desde el otro lado de la mesa—. Solo se quedarán aquí el herrero y sus hijos.

—¿Nos iremos? —Helena no entendía ni una palabra.

—¿Ves a este noble caballero? —Un carpintero señaló al desconocido—. Es un mensajero del cabildo catedralicio de Magdeburgo y del arzobispo. Al maestro Bohnsack y a nosotros nos reclaman en el norte. Vamos a continuar con la construcción de la nueva catedral de Magdeburgo.

—No tenemos que despedirnos. —Jacques apretó la mano de Helena—. Casi todos iremos contigo y con el maestro hacia el norte, a orillas del Elba.

Helena se quedó estupefacta. Las lágrimas se agolparon en sus ojos, lágrimas de ira y de dolor. Sin decir una palabra, se levantó, dejó plantados a los comensales y se dirigió tambaleante hacia el portón del recinto de clausura. Lo abrió, entró y siguió andando medio sonámbula, como si tuviera una pesadilla.

Finalmente, entró en la sala capitular y se abalanzó sobre el pupitre para dibujar de pie a su padre, que se hallaba enfrascado en el plano de una bóveda de crucería.

—¡Dígame que los canteros y los carpinteros mienten! —Se puso de rodillas

y se agarró a los ribetes de la túnica de su padre—. ¡Dígame que no es verdad, padre! ¡Dígame que nos quedaremos siempre aquí! ¡Por siempre jamás en Maulbronn!

—No mienten en modo alguno, Helena. —El padre dejó el lápiz encarnado a un lado—. Nada dura para siempre. —Levantó a su llorosa hija y la abrazó—. Iremos a Sajonia, al curso alto del Elba. Albrecht von Käfernburg, el arzobispo de Magdeburgo, está reconstruyendo la catedral del gran emperador Otón. Me ha nombrado su nuevo maestro de obras. —Le secó las lágrimas con sus besos—. Alégrate conmigo, hija. ¡El famoso arzobispo Albrecht cree en mi arte!

## Luna llena

*Castillo de Rudelsburg, margraviato de Meissen,  
otoño de 1227*

El sol estaba cada vez más bajo, las sombras crecían y se iba echando el frío en la cantera. Los hombres cargaban con los bloques que habían extraído ese día de la roca. El carro de bueyes se hundía ya bajo su peso.

Un último bloque de piedra hallábase todavía entre las lascas y el polvo, grande como la cabeza de un toro. Moritz se agachó a cogerlo, lo levantó con tanta facilidad como si fuera un cajón de leña menuda y lo colocó junto a los otros en la superficie de carga. Los restantes canteros cambiaron miradas furtivas.

—¡Basta por hoy! —dijo el primer cantero—. ¡Al castillo! Me rugen las tripas.

Los hombres dejaron sus cuñas y martillos junto a los bloques de piedra, en la superficie de carga; dos de ellos se colocaron delante de los bueyes y tiraron de las sogas, mientras un tercero golpeaba con la fusta a la yunta. Tuvo que arrearles con fuerza hasta que las ruedas empezaron a moverse y los seis bueyes fueron al fin capaces de tirar de la pesada carga.

Dos hombres se sentaron en la pértiga, algo que el mariscal del castillo les tenía rigurosamente prohibido. Pero este se hallaba muy lejos... luchando en Holstein en el bando del alcaide y del margrave contra los daneses.

Los otros iban, como habitualmente, corriendo al lado del carro, charlando, riendo y echando pestes. De Moritz no se ocupaba nadie. Todos sabían que

nunca se había escapado y que hoy tampoco lo haría. El muchacho cargaba sobre los hombros su martillo de mango largo y pesada cabeza de madera e iba trotando tras el carro de bueyes.

Huir... Últimamente, Moritz había pensado a menudo en escaparse.

Doce acciones de gracias por la cosecha habían pasado desde que los saltimbanquis le habían traído al castillo de Rudelsburg. Hasta el principio del invierno habían llevado consigo al huérfano, medio muerto de hambre, por Stendal, Braunschweig, Goslar y Naumburgo, hasta llegar aquí, a orillas del Saale. Como ellos también pasaban hambre y temían el invierno, lo habían vendido al alcaide del castillo, un caballero llamado Hugo von Meissen, que, desde su fortaleza, reinaba sobre seiscientos campesinos, treinta artesanos, dos minas, siete pueblos y tres molinos.

El saltimbanqui negro había llorado al despedirse. Moritz también.

Transcurridas, por tanto, doce cosechas, Moritz se había convertido en un muchacho de fuerte complexión. No era el más alto de los hombres del poderoso caballero Hugo, pero ninguno del castillo podía competir con él en cuanto a fuerza y musculatura. Eso se debía al trabajo en la cantera, en la mina y en el bosque, al que le habían acostumbrado desde el principio en el castillo, desde poco después del primer invierno. En septiembre había cumplido dieciocho años.

Las ruedas chirriaban mientras el carro bajaba traqueteando desde la cantera hasta internarse en el bosque y, de allí, hasta el Saale. Los hombres iban gastando bromas y haciendo conjeturas sobre la cena que les esperaba en el castillo; hablaban de miradas femeninas y de besos que esperaban obtener esa noche. Moritz iba callado, trotando tras ellos y la yunta. De los abedules se desprendían hojas amarillas; rojas eran las que soltaban las hayas. Verlas caer le apesadumbraba el corazón; ni siquiera él sabía por qué.

El camino del bosque desembocaba en el de la ribera. Una bandada de patos alzó el vuelo desde el agua dando graznidos y aleteando río abajo. Moritz tiró el martillo al borde del camino, corrió hacia el talud y bajó a la orilla. Allí se deshizo del calzado agujereado, se quitó el sombrero de su negra cabellera rizada y se desprendió de la ropa sudada. Un vello negro le cubría los brazos y las piernas. Desde el otro lado del río, una pareja de garzas grises le miraba

recelosamente.

—¿Quieres hacer el favor de apartarte del maldito río, wendo granuja? —El primer cantero le amenazó con el puño—. ¡El agua está helada! ¿Quién va a hacer tu trabajo si te da algo y te mueres, eh?

Moritz ya estaba desnudo y metido en el agua de la orilla. Las garzas desplegaron las alas y se elevaron en el aire. Pegadas al talud de la orilla, emprendieron el vuelo río arriba. Moritz se quedó mirándolas hasta que desaparecieron de su campo visual. Qué bonito sería ser una garza, o un pájaro cualquiera.

El primer cantero no dejaba de reñirle. Moritz se adentró más en el río. Tenía unas pantorrillas gruesas como mazas, y sus muslos eran rollizos como columnas. Desde sus posaderas, un entramado de músculos y tendones ascendía por la espalda hasta la nuca y se abombaba al llegar a los hombros y a los brazos. Entre los omoplatos destacaba un lunar grande de color rojizo. Haciendo oídos sordos a los gritos del capataz, se lanzó al Saale.

El otoño anterior le habrían azotado por semejante desobediencia. Pero desde que Moritz, al final del verano, en las obras de la catedral de Naumburgo, había propinado una paliza a dos albañiles y había dejado medio muerto a un joven carpintero que le sacaba de quicio, nadie se atrevía, ni siquiera el mariscal del castillo, a ponerle la mano encima. Y mucho menos el viejo cantero.

Sus impropiedades acompañaron a Moritz mientras nadaba por el río dando fuertes brazadas. Disfrutaba de ellos casi tanto como del agua fría. Le sonaban bien al oído esos insultos tan inofensivos: fortalecían su aún titubeante conciencia de la propia fuerza, que por primera vez había notado tras la paliza de Naumburgo. Y que desde entonces había aumentado un poco cada vez que pillaba a uno de los hombres del castillo mirando su cuerpo con admiración, envidia o temor.

No, no tenía que hacer todo lo que le ordenaban. Podía traspasar límites impunemente, y llegaría un momento en que ni siquiera don Hugo se atrevería a pegarle.

Con la conciencia de la propia fuerza había otra cosa que también se había fortalecido en él: la profunda añoranza que le acompañaba desde que el

mariscal del castillo, doce años atrás, le había arrancado de los brazos del lloroso negro: una nostalgia indefinida, una sed de amor y de vida. Nada más levantarse temprano esta mañana, la había notado de nuevo.

De regreso a la orilla del oeste, se agachó para coger la ropa y el martillo y siguió desnudo al carro hasta que el viento le secó la piel.

El camino subía hacia el castillo. El boyero detuvo a la yunta. Los hombres de la pértiga saltaron del carruaje y se unieron a él y a los demás, que ya se recostaban contra las ruedas y la jaula de madera. Entre todos empujaron el pesado carro el último y empinado trecho, hasta llegar al foso del castillo. Enseguida se bajó el puente levadizo haciendo sonar las cadenas. El tejado piramidal de la torre del homenaje lanzaba destellos bajo el sol vespertino.

Moritz se puso de nuevo la ropa, una túnica raída de arpillera; el severo canciller del castillo había prohibido incluso a los criados de más bajo rango mostrarse desnudos fuera de los baños públicos. Cuando Moritz alzó la vista para saludar a los centinelas de las almenas, de repente se estremeció: en el cielo todavía azul, junto a la torre del homenaje, vio la pálida luna llena; viejos recuerdos se apoderaron de él y le entró el miedo.

—No, por favor, Dios mío —murmuró—. No más saña, por favor.

No se asustaba tanto cada vez que veía la luna llena. Solo durante los días en que revivía el dolor del pasado y le agujoneaba la añoranza. Entonces le pasaba lo mismo que ahora: creía oír la voz de la madre y se le agolpaban imágenes angustiosas.

Moritz temía la noche. Si volvía a perder el juicio, no repararían en darle una paliza y encerrarle. Apretó los puños y pateó con fuerza los tablones al cruzar el puente levadizo. ¡Fuera angustias! ¡Basta de caras! ¡Basta de voces y de olores!

Los bueyes tiraron del carro por las dependencias exteriores del castillo. Aquí solo se veían mujeres con niños, ya que los soldados del castillo —sus maridos y sus padres— habían ido a luchar con el alcaide y el mariscal contra los daneses.

Siguiendo al carro y a los canteros, Moritz atravesó la barbacana y el portón interior y luego recorrió el patio de armas hasta llegar a las obras, donde ya se apilaban dos montones de bloques de piedra. Aquí, entre la torre del homenaje



y la zona palaciega, se estaba construyendo una espaciosa sala señorial con una armería anexionada; algunos la llamaban «la sala de los caballeros». Ya se habían construido tres muros. Uno de ellos lo había levantado Moritz casi solo.

Con un cuaderno bajo el brazo llegó de la zona palaciega el canciller, un hombre flaco con cara de azor y vestido con hábito de monje. Examinó la carga, calculó el número de bloques y apuntó en su cuaderno lo que había visto y calculado.

Moritz le miraba con envidia: ¡cuánto le gustaría saber más sobre el arte de leer y escribir! Solo sabía trazar y nombrar unas pocas letras. Se las había enseñado un escultor en las obras de la catedral de Naumburgo. Siempre se ofrecía voluntario para acarrear piedras hasta la catedral, y una vez al mes le llevaban a Naumburgo a la misa dominical. Y a veces también iba con ellos entre semana, el día que había mercado.

El maestro cocinero tocó una campana para convocar a la cena. De todas partes acudieron los habitantes del castillo. Algunos bajaron por la ancha escalinata, mientras que otros subieron por las escaleras que llevaban a la zona palaciega y desaparecieron en el sótano de la misma, al que llamaban «chimenea» por la gran estufa con la que en invierno se caldeaba toda la zona palaciega.

Desde la escalinata, Moritz vio cómo la alcaidesa salía de sus aposentos con sus hijos adolescentes. La esposa del caballero Von Meissen ejercía el mando durante la ausencia de su marido. Se rumoreaba que también durante su presencia. Tomó asiento en la cabecera de la mesa. El canciller del castillo, un monje, bendijo la mesa. Luego empezó el tintineo de cucharas, platos y vasos, y se alzó un murmullo de voces acompañado del chasqueo de la lengua al beber y masticar.

A los lados de la mesa comían las mujeres de los soldados del castillo, el maestro cazador y sus asistentes, el maestro cocinero y sus criadas, el preceptor, el halconero, la familia del herrero, el primer cantero y una docena de caballeros, junto con sus escuderos, que el señor Von Meissen había dejado al cargo de su mujer para que protegieran el castillo.

Junto a la alcaidesa comía el canciller y, al lado de este, un escudero del

alcaide, un hombre vestido con cota de malla que tenía una mirada furibunda. Se llamaba Bodo y le llevaba, como mínimo, cinco años a Moritz. Este hacía mucho que no le veía y supuso que, en el transcurso del día, habría llegado de Holstein. ¿Acaso había terminado la guerra contra el rey de los daneses? ¿Sería entonces inminente el regreso de don Hugo?

Fuera, en la escalera, se arracimaba en torno a tres grandes fuentes la servidumbre de menor rango: el boyero, dos mozos de cuadra, la familia del porquero, los canteros y un par de sirvientas. Y Moritz. Había sopa de coles con avena mondada y manteca de cerdo. Los de la mesa tenían pan blanco, y los de la escalera pan negro.

En la fuente de los canteros flotaban trocitos de tocino que todos pescaban con sus cucharas de madera. Y a diferencia de lo que ocurría antes de la pelea en las obras de la catedral de Naumburgo, los hombres procuraban que Moritz pescara tanto tocino como ellos. Nadie se metía con él desde entonces; nadie salvo el primer cantero le llamaba ya «wendo granuja» o incluso «wendo de culoapestoso».

Aquellos tres de las obras de la catedral habían sido los últimos en atreverse a tal cosa.

—¡He aquí a Bodo, el escudero de don Hugo! —resonó dentro la potente voz del canciller del castillo—. Trae buenas noticias del condado de Holstein: ¡El rey de los daneses ha sido vencido; su aliado, el duque de Braunschweig, ha sido hecho prisionero y, con él, numerosos caballeros y escuderos e incluso dos obispos daneses!

El canciller se puso en pie, se santiguó y empezó a rezar en latín. Una oración de acción de gracias, probablemente. Muchos corearon «amén», otros lanzaron gritos de júbilo, y otros felicitaron a la alcaidesa.

Moritz se había quedado a la escucha con la cuchara levantada. ¿Holstein? ¿Dinamarca? ¿Braunschweig? ¿Cómo sería aquello? ¿Cómo se podría llegar a esos lejanos y desconocidos lugares? De nuevo se apoderó de él esa añoranza que últimamente le sobrevenía con tanta frecuencia.

De la chimenea salió una joven bajita y rellenita y solo un poco mayor que Moritz. A su lado iba un perro grande de pelaje gris y cara de lobo. La chica se puso en cuclillas al lado de Moritz y le enseñó un trozo de tripa de cerdo —

hervido con las berzas— que llevaba clavado en la punta de un cuchillo.

—Para ti —dijo, con sus risueños ojos verdes.

Mónica era la nuera del herrero y la mujer del único hombre del castillo al que Moritz a veces consideraba un amigo: Benno. Mónica tenía los mofletes sonrosados, las piernas y los brazos cortos y fuertes, y un pecho muy abundante. Su pelo tenía un color parecido al de la corteza del pan blanco.

—Gracias. —Moritz sacó su navaja del ropón y pinchó el trozo de tripa del cuchillo de Mónica. Los canteros le miraron con envidia—. Nikolaus y Benno seguramente vuelvan pronto —dijo Moritz.

—Oh, sí. —Nikolaus se llamaba el herrero, y Benno era su hijo, el marido de Mónica—. Qué ganas tengo. —Mónica se incorporó. Su gorda barriguita abultaba debajo del delantal; estaba embarazada de su primer hijo—. Tengo muchísimas ganas. —Saludó con la mano y se fue—. ¡Vamos, *Lupo!* —El perro lobo la siguió.

Más tarde, Moritz contemplaba el cielo desde el patio de armas. Sobre las murallas, las torres y los tejados se iba tendiendo la noche. La luna llena, con su brillo sombrío, le hablaba de un pasado aciago ya muy remoto, pero que nunca terminaría de pasar. Moritz creyó oír la voz de la madre: *¡Corre, mi pequeño! ¡Corre, corre!*

Tragó saliva, rehuyó la mirada del cielo nublado y corrió hacia las caballerizas, donde dormía en una barraca de madera, entre la pocilga y la boyeriza.

Pensó en Mónica y en el hijo del herrero. Sí, él también se alegraba de que Benno volviera de la guerra. Mónica y Benno eran las únicas razones para que no se escapara. A no ser que volvieran a capturarlo y fueran a matarlo.

Junto a su saco de arpillera, un gato jugaba con un ratón aterrorizado. Moritz apartó al gato y metió el ratón entre sus manos ahuecadas. Así lo llevó al establo de los bueyes, donde desapareció correteando entre la paja.

Detrás de su saco de arpillera, se coló agachado por una puerta que daba a la penumbra de su taller. Encendió las tres velas de sebo y todas las astillas de pino de las paredes que aún le quedaban. La luz iluminó la columna —tapada

con una tela sucia— que ocupaba el centro del cuartito.

En la mesa alargada —cuatro tablas y dos borriquetas— había una figura femenina de barro. Ante ella se desplegaban numerosos pergaminos usados llenos de dibujos al carboncillo. A su lado, dos compases, una espátula, tres macetas y una talega de piel. Moritz desanudó la bolsa y la abrió. En su interior aparecieron cinceles de todo tipo. Benno los había forjado para él.

Con sumo cuidado, quitó el trapo de la columna de piedra, cogió de la mesa de trabajo una vela de sebo y la iluminó. No era una columna, sino una estatua de piedra arenisca. El padre de Benno, Nikolaus, el herrero del castillo, había conseguido que don Hugo le diera el bloque de piedra a cambio de una hoja de hacha. Para él, el «wendo granuja». Jamás se olvidaría Moritz del favor que le había hecho el herrero.

Primero iluminó con la vela el modelo de barro y luego la estatua, a la que Moritz solo le sacaba media cabeza de altura. Los hombros ya se podían reconocer, y también el brazo derecho y dos dedos de la mano derecha adelantada. Se quedó mirando la cara sin terminar de la mujer, observó las primeras líneas de su fina nariz, los altos pómulos y las cuencas almendradas de los ojos. En todo el rostro se vislumbraba ya cierta belleza.

El padre había trabajado en la cantera del conde de Schwerin. Y había sido el cantero de su *Burgwall* o fortaleza natal. Bajo su dirección, Moritz había esculpido sus primeras figuras de animales de piedra. Luego, un muñeco, y después, el mencionado crucifijo.

Siete años atrás, cuando acarreó por primera vez bloques de piedra para la nueva catedral de Naumburgo, había contemplado cómo trabajaban allí los escultores. Y desde entonces había aprovechado cualquier oportunidad para observarlos y hablar con ellos.

Uno de ellos, un inglés, le había enseñado a dibujar y a hacer modelos de barro o de cera. Otro, que antes había colaborado en la construcción de la catedral de Bamberg, le había enseñado a esculpir caras. Un tercero le enseñó a modelar dedos y pies, y un cuarto los pliegues de la ropa y el pelo. Y aún hoy seguían aportándole ideas casi todos los días de mercado y cuando le dejaban ir a la misa de los domingos.

Sin embargo, Moritz no encontró a su principal maestro en ningún mercado,

en ninguna catedral, sino que lo llevaba siempre en lo más hondo de su corazón: el amor a su madre y la nostalgia.

Moritz acarició el rostro de piedra, que todavía no estaba ni mucho menos acabado.

—Hay luna llena, madre —susurró—. Tengo miedo de la noche. —Dejó la vela junto a la figura de barro—. Tengo miedo de mí. —Apoyó su frente contra la de piedra y se quedó con los ojos cerrados.

A los pocos segundos volvió a abrir los ojos, alzó la cabeza y contempló el modelo de barro. Por último, con mucho cuidado, colocó la estatua entre dos vigas longitudinalmente afianzadas al suelo. Luego cogió el cincel más plano y la maceta más ligera y se inclinó sobre la estatua. Aplicó el cincel bajo las cuencas de sus ojos y empezó a trabajar.

¿Huir del castillo y dejar atrás a Benno y Mónica? Tal vez. ¿Huir y dejar la efigie de su madre sin terminar? ¡Jamás!

Moritz estuvo golpeando la piedra hasta que se extinguió la última luz del día. A fuerza de golpes y de trabajo combatía el miedo y la rabia.

De pronto, oyó un ruido en la pared de la barraca, y luego en el empedrado del patio de armas. Moritz se estremeció y permaneció a la escucha. ¿Una lanza? ¿Un hacha? ¿Los sajones?

Fuera oyó pasos que se acercaban. Alguien aporreó la puerta.

—¡Acuéstate de una vez, wendo granuja!

Uno de los centinelas del portón. Sin darse cuenta, Moritz debía de haber lanzado una piedra contra la pared de alguna cabaña.

Moritz dejó caer la maceta y el cincel. Se subió a la estatua y apoyó su frente ardiente contra la pétrea frente de la efigie.

—Luna llena, madre. Reza por mí.

Tapó la estatua con la tela. Se dirigió tambaleante hacia su jergón de arpillera; le flaqueaban las rodillas. Su corazón latía con tal fuerza, que lo notaba en la garganta. Con cada fibra de su vida sabía que volvería a suceder.

## Manos sucias

*Maulbronn, otoño de 1227*

El epitafio de la lápida se desdibujó tras el velo de sus lágrimas: *Marie-Magdalene Bohnsack*. Hacía fresco y el cielo estaba nublado. El viento traía hasta el cementerio las risas y la algarabía del viñedo. Aún no había terminado la vendimia en Maulbronn.

—No me había equivocado, madre. —Helena se enjugó las lágrimas—. Padre va a construir una catedral. —Se arrodilló en la hierba húmeda ante la tumba—. Pero en otra cosa sí me he equivocado: no va a construir la catedral en Mühlacker ni en Knittlingen, sino en una ciudad lejana, muy al norte, a orillas de un río caudaloso. —Imaginó la cara pálida de su madre alzando las cejas en un gesto interrogativo—. Magdeburgo. El nombre del río lo he olvidado.

Helena se había arrodillado delante del padre, llorando, insultándole y amenazándole.

—¡Me meteré a monja! —le había anunciado—. Me escaparé a la Selva Negra, al convento de Frauenalb. Haré votos y tomaré los hábitos, ¡y no tendrás nietos jamás!

—Soy maestro de obras —le había respondido el padre—. Dios todopoderoso me ha hecho así. Para Él y para su Iglesia tengo que construir mientras viva. Tengo que obedecer cuando un hombre de Dios, como el arzobispo de Magdeburgo, me reclama.

Y Helena había contestado que prefería morir antes que abandonar

Maulbronn.

Unas gotas de lluvia salpicaron en la lápida. Helena miró al cielo: el viento traía unos nubarrones negros hacia Maulbronn. En el viñado, un hombre dio una voz para que todos se apresuraran. Rechinaron unas ruedas; un buey tiraba de un carro lleno de uvas cuesta abajo, en dirección al monasterio.

Como si hubiera notado que alguien la observaba, Helena se volvió. Entre las tumbas había un monje de elevada estatura. El fraile Rochus. A menudo se lo encontraba allí. Envuelto por completo en su negro escapulario, permaneció inmóvil como una columna a cincuenta pasos de ella.

Después de suspirar, Helena se volvió de nuevo hacia la tumba de la madre. Entretanto, la lluvia había arreciado.

—El maestro Bohnsack tendrá que ir sin mí a Magdeburgo, madre —dijo, porfiada—. Mi decisión es firme. Desde luego, en un convento no pienso meterme. Y tampoco quiero morirme, así que me casaré. Con uno de Maulbronn. Y a mis hijos los traeré aquí a la tumba. Estoy firmemente decidida: usted verá a sus nietos; mi padre, no.

Helena se sonó la nariz y sonrió para sus adentros.

—El hijo del gobernador ha ido a ver a padre. Karl me quiere por esposa. Padre le ha dicho que deja la decisión en mis manos. Y me casaré con él, con Karl, aunque tenga las manos sucias.

A la mañana siguiente, Helena llevó el desayuno a su padre desde la cocina. No cantaba, ni siquiera tarareaba. Toda la noche la habían atormentado y despertado horribles pesadillas. Soñó con una tormenta que asolaba los viñedos en torno a Maulbronn y con una terrible granizada que caía sobre el monasterio. Soñó que un hombre ciego de manos grandes y sucias la agarraba por el cuello y la estrangulaba.

«El destino —pensó—, el hombre ciego es el destino.»

La figura blanquegra del fraile Rochus apareció bajo el arco del portón que daba al patio del monasterio. Tirando de su carro con adrales, llegó a la fuente, donde se detuvo y miró hacia ella. ¿La estaría esperando? Helena se acercó a él y le deseó un día colmado de bendiciones.

Él se lo agradeció con un afable gesto de asentimiento. Esta mañana había cierta preocupación en su sonrisa. El fraile Rochus se pasó la mano por la cara, hizo una mueca de aflicción y señaló a Helena. «Estás pálida y pareces triste», quería decir. ¿La habría visto llorar junto a la tumba de la madre?

—Estoy triste, sí. —Helena dejó con un suspiro la bandeja del desayuno en el borde de la fuente. El agua de la fuente estaba negra—. He tenido una pesadilla. El destino me quería matar. Y el destino era un hombre ciego con las manos sucias.

Durante unos segundos, la mirada seria del padre se posó inquisitiva sobre ella. Finalmente señaló la fachada del monasterio, de la cocina y de las caballerizas, luego hacia los viñedos y, por último, hacia el lejano noreste.

—Exactamente. Porque padre va a marcharse de Maulbronn es por lo que estoy triste. Pero yo no iré con él a Magdeburgo.

El fraile Rochus inclinó la cabeza hacia un hombro, frunció el ceño y puso cara de incredulidad, al tiempo que meneaba imperceptiblemente la cabeza.

—Me resulta difícil dejar que mi padre se vaya solo al norte, muy difícil. —Helena tomó aire para aliviar la opresión de su corazón—. Sin embargo, ¿cómo voy a alejarme de Maulbronn y de la tumba de mi madre?

Extendió los brazos, giró sobre sí misma y señaló al tilo, junto a la puerta del patio, a la fuente, al establo de las vacas y a las fachadas del convento de clausura.

—Los árboles, los animales, las casas, el banco de allí, todas las columnas, las arcadas y los bonitos capiteles... ¡entre todo esto me he criado! ¡Lo llevo en el alma! ¿Y ahora tengo que dejarlo? —Negó con la cabeza—. ¡No!

El fraile Rochus se la quedó mirando un rato largo. En sus ojos grises había tristeza; le temblaba la mandíbula. Movía sus finos labios como si estuviera rezando para sus adentros. Aunque tenía los ojos hundidos en las cuencas, las mejillas consumidas y muchas arruguillas atravesándole el rostro, curiosamente, su piel aún parecía tersa y no delataba la edad que tenía.

Metió la mano bajo su negro escapulario y tanteó el cinturón y el bolsillo de su sucia túnica blanca. Como no encontraba lo que buscaba, miró a su alrededor y, por último, retrocedió hasta el tilo. Con gestos enérgicos le dio a entender a Helena que le siguiera.



Bajo el tilo se extendía un trozo de tierra en el que las gallinas solían escarbar. Como todavía estaban encerradas y había llovido hasta muy entrada la noche, esa mañana la tierra estaba lisa y húmeda. El fraile Rochus desprendió un trozo de corteza del vetusto árbol, se levantó el escapulario y la túnica y se puso en cuclillas. Luego empezó a escribir en la tierra.

*Tu madre quería abandonar Maulbronn.*

A su espalda, Helena leyó la frase.

—¿Qué? —Negó con la cabeza—. ¿Por qué lo sabes?

El fraile Rochus alzó la cabeza hacia ella y, por medio de unos pocos gestos, le dio a entender que su madre se lo había contado a él.

—A mí nunca me dijo nada al respecto. ¿Cuándo fue eso? ¿Cuándo quería marcharse de Maulbronn?

El maestro limosnero apartó la mirada y escribió: *Tú tenías diez años.*

—Pero ¿adónde quería ir?

*A Francia,* escribió el monje en la tierra.

—¿Con mi padre y conmigo a Francia?

El fraile Rochus se levantó, la miró a los ojos y, muy lentamente, meneó la cabeza a un lado y a otro, mientras señalaba a Helena.

—¿Solo conmigo?

El monje se agachó de nuevo y escribió cuatro palabras en la tierra húmeda.

—Y con... —Helena susurró lo que leía— ...otro hombre.

Presa del pánico, Helena retrocedió y clavó la mirada en el monje. Se sentía como si se tambaleara el suelo del patio del monasterio.

—¡No me lo creo!

El fraile Rochus la miró desde abajo y se llevó el dedo índice a los labios. Luego se levantó, tiró el trozo de corteza y pisoteó lo escrito hasta que ya no se podía leer.

Le flaqueaban las piernas cuando llevó a su padre el desayuno al nuevo refectorio del Señor. Los cubiertos tintineaban porque le temblaban las manos. No le contó ni una palabra de lo que le había revelado el maestro limosnero. No fue capaz de hacerlo; aún estaba demasiado conmocionada.

Además, el padre no se encontraba solo; con el maestro carpintero, el cillerero, el maestro de obras de los monjes de Maulbronn y el escultor Jacques, recorría las columnas, bóvedas de crucería, ventanas y arcadas. El cillerero, que administraba la economía del monasterio, iba apuntando en un cuaderno todo lo que veían. Helena supuso que quería saldar cuentas con el padre. Jacques le guiñó un ojo, pero ella hizo como que no se daba cuenta, dejó la bandeja en silencio y se retiró.

La mitad de la noche la pasó despierta, dándole vueltas a las cosas. ¿Cómo podía ser verdad que la madre hubiera querido abandonar al padre? ¿Por otro hombre incluso? Helena se rebelaba contra esa idea. ¡No podía ser cierto!

¿Acaso no hubiera notado ella que su madre era desgraciada? Helena intentó recordar. ¿Había visto alguna vez a su madre preocupada?

En efecto; cuanto más lo pensaba, más imágenes acudían a su memoria de una madre triste.

En una ocasión, en la cocina, la madre se quedó mirando por la ventana que daba al patio como si estuviera esperando a alguien, y se le quemó el pan del horno. Otra vez, mientras el padre hablaba con el abad y el maestro de obras de los monjes hasta muy entrada la noche, en la nueva sala capitular acerca de los planes del refectorio del Señor, oyó llorar a la madre en la alcoba. A veces, cuando cantaban juntas sentadas en el banco del patio del monasterio, se le quebraba la voz y se enjugaba las lágrimas.

Helena no paraba de dar vueltas en la cama, sin poder conciliar el sueño. Diez años, tenía ella, cuando la madre se quería marchar. Con ella y con el otro hombre. Pero ¿por qué? ¿Estaría enterado su padre? ¿Y tendría eso algo que ver con su temprana muerte?

Descartó la idea por completo; un rayo no podía saber a quién alcanzaba. Dios, en cambio, sí sabía a quién dejaba morir fulminado por un rayo. ¿Y si el castigo divino había recaído sobre su madre?

Ya alboreaba la mañana cuando por fin se durmió Helena.

Al día siguiente, cuando fue a llevarle el desayuno a su padre, todavía no se sintió capaz de hacerle todas las preguntas que la torturaban. Tras el rezo del mediodía, fue él quien quiso hablar con ella. Al salir de la iglesia monacal, el padre la cogió del brazo y la llevó al huerto y, desde allí, hacia el portón del

sur. Dieron un paseo por los campos, el uno al lado del otro. Mientras Helena iba preparando lo que quería preguntarle, el padre miraba al frente sin decir una palabra.

—¿Ya te has decidido? —rompió él finalmente el silencio—. ¿Quieres que envíe un mensajero al gobernador, para que venga Karl y oiga cómo le das el sí?

Helena tragó saliva; no podía contestar. Demasiados pensamientos la asediaban, demasiadas palabras se le amontonaban tras los labios.

—Noto que estás dudosa, mi niña. —El padre se detuvo y le cogió las manos—. La voz de tu corazón te hace dudar. Sientes que Karl no es el apropiado para ti. Y yo también lo noto. —Tomó su cabeza entre las manos y la miró a los ojos—. Por favor, hija mía, no des el sí a cualquiera solo porque quieras quedarte en este monasterio, que tan familiar te resulta. Helena, por favor, ven conmigo a Magdeburgo.

Se quedaron un rato largo mirándose el uno al otro. En la mirada del maestro Bohnsack no había nada artero, ni tampoco nada de alegría. La contemplaba muy serio, con un gesto casi implorante. Y, en ese momento, sus rasgos, normalmente tan austeros y rigurosos, delataban mucha ternura.

—¿Es verdad que mi madre quería marcharse, padre?

Por fin lo había soltado.

Él retiró las manos de su cara y dejó caer los brazos sin fuerza. Se puso pálido y bajó la mirada.

—¿Quién te ha dicho eso? —Helena pensó en fray Rochus y guardó silencio—. ¿Quién?

Él alzó la cabeza. Ahora su cara había adoptado una mueca de rigidez y amargura.

Helena respiró profundamente.

—Se lo he oído cuchichear a los dos viejos monjes en la alfarería.

El maestro Bohnsack le dio la espalda y siguió andando. Helena le dio alcance.

—Entonces es verdad. —Cogió de la mano a su padre—. Cuéntemelo, padre, por favor.

—Lo que los esposos tengan que tratar entre ellos no ha de pesar en el

corazón de una niña. —La voz del padre sonaba inusualmente ronca.

—Pero yo ya no soy una niña, padre, y ustedes ya no tienen nada que tratar porque mi madre yace en el cementerio. —El padre guardó silencio—. ¿Por qué quería marcharse? Por favor, padre.

—Yo he sido siempre maestro de obras. Únicamente maestro de obras. Y solo después me convertí en esposo. Se me ha dado mejor dibujar planos que amar a mi mujer. He sido mejor construyendo maquetas que haciendo reír a tu madre. —Adelantó la barbilla, cerró el puño y añadió en voz muy alta—: ¡He amado las columnas, los capiteles, los arcos apuntados y las arcadas más que a ella! ¡He ahí mi respuesta!

—¿Y otro la ha amado más que usted?

El padre se detuvo abruptamente y la miró.

—¿Eso también lo sabes? —Respiraba con dificultad. Con un meneo de su melena gris, siguió andando—. Yo no me enteré hasta el final. Poco antes de su muerte.

—¿Quién era él?

—Eso no lo sé. Ella nunca mencionó su nombre. No se lo contó a nadie. Quizás en el confesonario. Pero fuera quien fuera su confesor, no le está permitido decirlo.

—¿Quién era el confesor de madre?

—El anciano abad, que murió hace tres años.

Siguieron caminando en silencio. Helena ya no sabía qué decir. En un momento dado, tomó la mano del padre y la mantuvo firmemente agarrada.

—No te cases nunca con un maestro de obras, hija mía —dijo el maestro Bohnsack—. Al menos, no con uno que, como yo, solo sepa hacer templos.

A los tres días, comenzó noviembre. La *Bauhütte* del maestro de obras Bohnsack abandonó el monasterio de Maulbronn. Siete coches tirados por caballos cruzaron el portón del monasterio cargados de mujeres, niños, enseres domésticos, herramientas y maquetas. Los hombres de la cuadrilla que no hallaron sitio en el coche iban corriendo a su lado.

El abad y todos los monjes del monasterio les enviaron sus bendiciones y

les dijeron adiós con la mano desde lo alto del muro de la abadía o desde el borde del camino.

Todos, menos el fraile Rochus, que iba con la *Bauhütte* del maestro Bohnsack. Al parecer, el abad le había encargado que llevara a los cistercienses de Magdeburgo cartas y libros copiados. Y un sustancioso regalo en forma de dinero, para que pudieran reconstruir su nuevo monasterio.

Helena no estaba entre la cuadrilla ni con sus familias. Había ido al cementerio.

Hoy vio el nombre de su madre con otros ojos: *Marie-Magdalene Bohnsack*. Las mismas letras, las mismas sílabas, los mismos tres nombres. Y, no obstante, un nombre diferente. Helena lo leyó dos veces en voz alta. También le sonó distinto de lo normal. Más misterioso. Y más extraño.

Helena depositó el ramo otoñal recién cortado sobre la tumba y lo contempló un rato en silencio.

—No me voy a casar con Karl, madre —dijo finalmente—. Esas manos tan sucias... No me acabo de acostumbrar a ellas.

Ella misma había cortado las rosas amarillas. Las doce últimas flores que había podido encontrar. Una vez le había explicado su padre que las rosas simbolizaban el silencio. Por eso solían tallarse en la parte exterior de un confesonario.

—Me voy con mi padre a Magdeburgo. Ya están saliendo los carruajes del monasterio. Me dolería en el alma separarme de él. Pero también me parte el corazón separarme de usted, madre. —A Helena se le quebró la voz—. No me olvide —susurró, antes de llevarse las manos a la cara y romper a llorar.

## La caída

*Castillo de Rudelsburg, margraviato de Meissen,  
otoño de 1227*

En la oscuridad de su barraca, Moritz no hallaba el modo de tranquilizarse. De nada le servía trabajar: seguía sintiéndose muy alterado. De nada le servía labrar la piedra: su alma herida temblaba bajo la embestida de las imágenes y los sentimientos que le atormentaban. Luchaba por combatirlos, intentaba mantenerse despierto. Fuera, en el patio de armas, cantó un mochuelo. Escuchándolo, Moritz se quedó dormido.

En sueños se vio en el *Burgwall* de su infancia. Acurrucado en el vano de la ventana de la cabaña familiar, los sajones hacían de nuevo estragos por el pueblo, sumido en la noche. Moritz gritó.

«Una pesadilla —susurró una voz en un rincón remoto de su conciencia, todavía aletargada—. Solo ha sido una pesadilla, una visión siniestra.»

Pero era tanta la angustia y la desesperación de su alma, que Moritz se sentía incapaz de atender a esa voz. El corazón le palpitaba desenfrenadamente. Volvió a gritar, mientras tanteaba entre el jergón de arpillera y el suelo de barro. Dio un grito al sacar el crucifijo de piedra y el martillo.

A él mismo le extrañaba haber gritado, pues en aquella ocasión no gritó. Alguien le había empujado desde la ventana hacia fuera, donde cayó encima del avellano. Si en aquella ocasión hubiera gritado, ya no seguiría con vida. Entonces no le habrían encontrado los vagabundos ni le habrían llevado al

castillo ni le habrían podido vender al caballero Von Meissen.

Sin embargo, ahora gritaba, y ocurrió lo que ocurría siempre cuando, en algunas noches de luna llena, se apoderaban de él la furia y el delirio: Moritz se levantó de un salto sin dejar de gritar, se abalanzó sobre la puerta del establo y tiró con violencia del cerrojo. En algún lugar, a su izquierda, gruñían los cerdos; a su derecha, mugían los bueyes; a sus pies, un gato soltó un bufido, y fuera ladraban los perros. Por fin se abrió la puerta del establo.

Antes, cuando Moritz todavía era un chiquillo y acababa de llegar al castillo, le pasaba lo mismo casi todas las noches de luna llena: los sajones, el griterío, la rabia, la congoja en el corazón. Desde que le había brotado la pelusilla de la barba, solo le ocurría cada tres o cuatro meses. Pero no se le terminaba de pasar. Los sajones y los muertos volvían una y otra vez, irrumpían una y otra vez en sus pesadillas.

De modo que se quedó bajo el dintel de la puerta. ¿Sabía dónde estaba? En la mano derecha llevaba el pesado martillo; en la izquierda, su tercera obra de la infancia: el crucifijo de piedra. Y aún seguía gritando. No, no sabía dónde estaba.

La luz de la luna llena arrojaba un resplandor, como un velo de color oro pálido, sobre el patio de un castillo. ¿Y las murallas? ¿Y las cabañas? ¿Por qué no había ninguna? Eso le desorientó. Alguien le llamaba desde una ventana, alguien maldecía desde lo alto de un muro, alguien se le acercó y le habló.

¡Era el del hacha! Moritz guiñó los ojos en la oscuridad y enarboló el martillo.

El del hacha, el hombre rechoncho de barba gris y cara redonda, había sido el peor. Después de haber matado a su padre, le había tocado el turno al hermano mayor. A la hermana mayor la había sacado a la noche bañada por la luna tirándole del pelo.

Moritz le vio perfectamente y alzó el martillo.

De pronto, a su espalda apareció el flaco de la cota de malla, con la cabeza de toro asomándole por encima del escudo y de la sobreveste. El de la boca desfigurada. Los demás se abalanzaban sobre quienes él indicaba con sus férreos dedos, y durante todo el tiempo solo dijo tres palabras en wéndico, al

señalar a la madre: *Esa me pertenece*. Tenía una espantosa voz nasal, como la de un macho cabrío que supiera hablar.

Y más al fondo... Esos solo podían ser los guerreros sajones, que enseguida arrancarían a la madre de sus hermanos pequeños. Unos tipos jóvenes, con barba recién salida, como la suya propia. ¡La madre, la querida madre! A uno le había escupido en la cara, a uno pelirrojo con la nariz partida. Y cornamentas de toro en el yelmo y en la sobreveste.

—*¡Corre, mi pequeño!* —De alguna parte le llegó la voz de su querida madre—. *¡Corre, corre!*

Con el crucifijo en el puño y el martillo dispuesto para asestar un golpe, creyó oírla con toda claridad. Además, estaba seguro de ver a los sajones justo delante de él, a esos tres de los que no se olvidaría en toda su vida: al rechoncho con el hacha, al que daba las instrucciones con voz de macho cabrío y al de la barba pelirroja con la nariz torcida, a quien su madre había escupido.

¿Y los demás? De esos solo guardaba sombras en la memoria. Dando un grito, Moritz esgrimió el pesado martillo y se abalanzó sobre la mayor de las sombras.

La sombra alzó el escudo y retrocedió. El martillo chocó estrepitosamente contra la chapa. Otros asimismo retrocedieron; uno sucumbió a los mortales martillazos de Moritz. Y de pronto... ¿acaso no había uno tendido junto al pozo? Moritz se lanzó sobre él y le golpeó con el martillo y el crucifijo. Y gritó. Lascas de piedra que parecían chispas le alcanzaron la cara. El hierro batía la piedra; la piedra rebotaba contra la piedra.

Alguien le metió un brazo armado bajo la barbilla y la garganta, tiró de él primero hacia atrás y luego hacia un lado. Otros le arrebataron el martillo y el crucifijo.

—*¡Este wendo granuja nos va a destrozar el abrevadero!*

—*¡Estoy bautizado!* —Moritz intentó inútilmente zafarse de quien le sujetaba y casi le estrangulaba—. *¡Soy un cristiano!*

—*¡Tú lo que eres es un canalla!* —le jadeó alguien al oído—. *¡Un wendo canalla poseído por mil demonios!*

Hombres y mujeres se asomaron a las ventanas del castillo profiriendo



gritos de indignación. Pedían que lo mataran de una vez, a ese bastardo lunático. Las voces airadas sacaron a Moritz de su delirio. «Una pesadilla.» Por primera vez, pensó con claridad. «No es más que otra pesadilla, otra visión siniestra.» Solo ahora fue capaz de atender a la voz de su conciencia ya despierta. Demasiado tarde.

—¿Ya está otra vez con sus delirios? —Bodo, el escudero de don Hugo, surgió de entre la penumbra—. ¡No va a dejar nunca de delirar, podéis creerme!

—¡Al pozo con él! —gritó uno—. ¡Tiradlo al pozo!

Moritz miró fijamente el rostro furibundo del primer cantero. «No, por favor», quiso decir, pero solo le salió un graznido de la garganta.

El boyero y dos canteros le abofetearon la cara con el dorso de la mano y le dieron puñetazos en la cabeza. Dos centinelas le agarraron de las piernas con los brazos, el porquero le cogió por el brazo derecho y el criado del herrero por el izquierdo. Así levantaron a Moritz, así lo llevaron en volandas hasta el pozo y así lo alzaron hasta el brocal del pozo.

—¡No! —Por fin, le salían las palabras—. ¡Por favor, no! ¡No lo he hecho a propósito! ¡No!

Pero para entonces ya le habían soltado.

Y Moritz cayó al agua.

## Amoríos peligrosos

*Praga, otoño de 1227*

Un hombre rubio fue nadando hacia la orilla del Moldava y salió del río. Era alto, de fuertes extremidades y hombros anchos. Con un movimiento danzarín, se agachó para recoger su capa, que estaba en la hierba junto a la orilla, y se envolvió en ella. Atravesando el campo del torneo, regresó a su carpa. Iba saludando a diestro y siniestro. No todos le respondían al saludo, y algunos solo de mala gana.

Como se acercaba el séptimo y penúltimo día del torneo, un caballero victorioso como Ansgar von Lund, del Reino de Dinamarca, no solo tenía amigos.

Antes de traspasar la valla de la pradera en la que se asentaba su campamento, miró hacia el gran entoldado del rey. Sobre la cúpula de la tienda ondeaba al viento vespertino un paño rojo con el león blanco: la bandera bohemia. La plaza de delante se llenó de gente; las risas de los invitados y el tintineo de los vasos de vino ya dominaban por encima del ruido que armaba su escudero Heinrich con el martillo y los yelmos.

—Ha llegado el momento más importante del día. —Ansgar arrojó a su escudero más joven, Lothar, la capa mojada—. La hora de los tragones y de los borrachines. —Se envolvió en la túnica de color claro que le alcanzó el joven escudero.

—A esa hora, vos siempre habéis aparecido con puntualidad, don Ansgar. —Rudolphus, el escudero más veterano de Ansgar, llevó el corcel herido a su

caballero—. Siempre con los primeros invitados del rey, quiero decir. —Le pasó a Ansgar un tarrito con un unguento—. Y sois también el último en retiraros todas las noches.

—¡Los primeros serán los últimos! —exclamó el escudero más joven de Ansgar—. Eso pone en la Biblia. ¡Lo ha dicho el sacerdote de Viena! —Entretanto, había extendido la cota de malla de su señor sobre un barril y la estaba limpiando con un cepillo muy basto.

—¿Quieres hacer el favor de cerrar el pico, tiñoso entrometido? —Ansgar observó la herida de los ijares traseros de su valioso caballo de batalla—. Mañana el hierro tiene que brillar. Las damas han de estremecerse cegadas por mi brillo.

—Más bien, solo una dama —replicó el joven escudero Lothar.

—¡Espera y verás, piojoso! —El enorme caballo negro resopló y dio un respingo, cuando Ansgar le tocó la herida con la espátula del unguento—. ¡En cuanto acabe con el corcel, te vas a llevar un guantazo!

Le puso la pomada con cuidado. La punta de una lanza había atravesado la barda metálica del animal. No tenía una herida muy grave, pero el unguento le había costado a Ansgar dos *pfennig* de plata. Con eso se podía alimentar a un caballo de batalla durante semanas.

—Ya vienen también los del castillo viejo. —Heinrich interrumpió sus martillazos mirando hacia el sol, ya muy bajo, con la mano a modo de visera.

Ansgar se volvió y dirigió la vista hacia el Moldava. Unas barcas engalanadas con banderas y pendones de colores atracaron en la orilla, donde desembarcaron hombres y mujeres con trajes y vestidos de fiesta: caballeros, escuderos y damas de la nobleza procedentes del castillo que se levantaba sobre la montaña de la otra orilla. El corazón le latió más aprisa, pues en el viejo castillo se alojaba una noble dama de Polonia de la que estaba prendado. ¿Visitaría ella su carpa?

Miró hacia el este: por el camino que partía del castillo nuevo también bajaban al trote grupos de jinetes que llevaban a sus caballos a la ciudad y al pabellón del rey. Las mujeres se detenían ante las carpas de aquellos caballeros que al día siguiente se disputarían el último combate del torneo. Hasta ahora, las damas de la nobleza y los heraldos habían declarado

vencedores a seis caballeros. Ansgar era uno de ellos.

—Rezad para que los caballeros contra los que he de enfrentarme mañana se cojan hoy una buena cogorza y zampen hasta vomitar —dijo Ansgar, consagrándose de nuevo a su herido corcel.

Heinrich siguió quitando las abolladuras de los yelmos a base de martillazos, y el joven Lothar aclaró:

—Uno no debe desearles nada malo a sus contrincantes, me ha enseñado mi madre. Y también que se dice «comer» y «beber».

—¡Olvida lo que te ha dicho tu madre, tiñoso! Atiende y obedece a lo que yo te diga, si es que alguna vez quieres llegar a ser un caballero —dijo Ansgar.

Luego cerró el botecito del unguento, acarició el cuello de su caballo de batalla y dirigió de nuevo la mirada hacia el Moldava. En efecto, algunos hombres y mujeres se acercaban a su carpa. Y eso tan dorado que resplandecía a la luz del atardecer solo podía ser el cabello de su idolatrada.

—Dale suficiente forraje al negro —le ordenó a Rudolphus—. Y almohaza al caballo de carreras blanco; ese es el que quiero montar mañana. —Para que no se le notara la excitación, se mostraba activo y atareado. Se acercó a un montón de lanzas hechas astillas—. ¡Cuánta madera desperdiciada! ¡Con lo cara que es! —Meneó la cabeza como si aquello le pareciera indignante—. Más de veinte lanzas rotas y, por si fuera poco, un yelmo y dos corazas. Estos torneos cuestan un dineral.

—De todas maneras, cada lanza rota da testimonio de lo bien que sabéis lancear, don Ansgar —dijo Heinrich, su segundo escudero, que ya estaba reparando otro yelmo abollado.

—Eso también es verdad. —Ansgar se mesó su rubia melena—. Hasta ahora, yo diría que nos hemos batido bien.

—¿Solo bien? —se le escapó a Heinrich—. ¡Habéis vencido a cinco caballos! ¡Habéis alcanzado dos armaduras y media docena de espadas! ¡Y además, habéis ganado media libra de plata en concepto de rescate! —El entusiasmo enrojeció la cara de Heinrich—. ¡Habéis luchado como un león, don Ansgar! De los ciento veinte caballeros ya solo quedan seis en el torneo, y uno de ellos sois vos.

—Es cierto. —Sonriendo de satisfacción, Ansgar paseó la mirada por las carpas engalanadas con banderas y pendones multicolores del campo del torneo—. Es completamente cierto. Uno de ellos soy yo, ¡a fe mía! Dios me ayude a que mañana me agasajen ante el entoldado del rey.

—Tenemos visita, don Ansgar. —Heinrich bajó el martillo y miró hacia el pequeño grupo que se acercaba desde el castillo antiguo—. Una visita que os alegrará, en mi opinión.

Heinrich, de diecisiete años, se había unido a él el verano anterior en Milán; a Rudolphus lo había encontrado hacía ya siete años en París, donde el duque de Borgoña acababa de armar caballero a Ansgar. Y el entrometido de Lothar provenía de Magdeburgo y se había unido a él hacía tres años en Londres.

Los tres eran unos escuderos valientes y esforzados, y algún día serían buenos caballeros. Sobre todo Rudolphus. Este le había salvado la vida a Ansgar en Venecia, cuando un conde celoso había encomendado su muerte a tres asesinos. Allí ya no podía aparecer.

Tampoco en Florencia ni en Milán. Ni siquiera en Londres. El motivo era en todas partes el mismo: asuntos de faldas. Y era una lástima, porque en la Italia septentrional siempre había alguna ciudad que luchaba contra otra. A este lado de los Alpes, en cambio, este año no se había librado ninguna batalla de verano, ningún asedio, ni siquiera una pequeña refriega: un verano irrisorio para un caballero que necesitaba urgentemente dinero.

Aunque en la lejana Dinamarca su rey Valdemar libraba una guerra contra los ejércitos alemanes del norte, la fama de este le había llegado demasiado tarde, cuando ya estaba al otro lado de los Alpes. Una pena, porque necesitaba caballos nuevos, lanzas y espadas nuevas, así como cotas de malla nuevas. Ansgar criaba dos caballos de batalla, además de seis caballos de carga y cuatro caballos de montar. Todos ellos sentían la necesidad de comer algo. Por no hablar de sus tres escuderos.

De modo que Ansgar se había marchado a Praga porque allí le había invitado el rey Wenceslao de Bohemia a un torneo. Casi ciento treinta caballeros procedentes de todos los obispados, condados y principados situados entre el Rin y los Cárpatos, entre el mar Báltico y los Alpes, habían aceptado la invitación del rey.

Ansgar se paseaba entre Heinrich y Lothar haciendo como que les miraba cómo trabajaban. En realidad, solo tenía ojos para *ella*. ¡Con qué graciosos andares se acercaba a su carpa! ¡Cómo jugaba la brisa vespertina con sus dorados rizos! Pronto podría mirarla a sus verdes ojos.

Se llamaba Adelaida. Únicamente en los torneos podían contemplarse damas nobles tan bellas como ella. Estas damas examinaban las armas y los caballos, seguían todas las lizas de sus caballeros favoritos y, por último, junto con los heraldos, elegían a los ganadores, a quienes entregaban los premios con sus delicadas manos.

Ya desde el primer día, Ansgar había cambiado muchas miradas e incluso algunas palabras con la noble Adelaida. Desde entonces, ardía de amor por ella. Se quedó escuchando las voces que se acercaban del séquito de la amada. Hizo como que observaba a los caballos de la dehesa y los cuidados que les dedicaba Rudolphus.

Una vez más, Heinrich interrumpió sus martillazos. A su espalda, Ansgar oyó cómo Heinrich y Lothar saludaban a la dama de la nobleza y a su séquito. Se volvió, se acercó a ella y se arrodilló a sus pies.

—¡Qué honor que honréis con vuestra visita a un caballero insignificante como yo, noble Adelaida!

—¿Vos insignificante, Ansgar von Lund? —La dama le tendió la mano—. ¿Cómo podéis decir una cosa así? Os ruego que os levantéis. —Ansgar se puso de pie. Sentir los dedos de ella en su mano le trastornaba; mirar sus ojos de color esmeralda le aceleraba el corazón—. Por favor, enseñadme las armas y el arnés con los que apareceréis mañana en la liza. Y también me complacería ver el noble corcel que montaréis mañana. En todos los almuerzos se habla de él.

Un caballero de pelo cano acompañaba a la dama y a las tres doncellas de su séquito. Ansgar los condujo hacia un bastidor, entre la carpa de los escuderos y la de los caballeros, del que colgaba su arnés y su sobreveste adornada con el blasón. Le mostró sus lanzas, escudos y espadas y la invitó a la dehesa de los caballos, a no mucha distancia de las dos carpas.

El caballero polaco se quedó mirando cómo trabajaba el joven Lothar. Las doncellas se congregaron en torno al rubio Heinrich haciéndole ojitos y

soltando risitas.

Rudolphus, entre los caballos, saludó cortésmente a la noble dama desde lejos. En secreto, le había llevado al castillo de arriba la primera estrofa del poema que Ansgar había compuesto para ella. La tercera se la recitaría Ansgar mañana por la noche, en caso de que venciera y de que ella le recibiera. La segunda llegaría hoy mismo a sus oídos.

Fueron a la dehesa; Adelaida acarició al caballo de batalla herido.

—Desde la tribuna he podido ver cómo le herían. El del blasón con la torre quería derribarlo.

—Jérôme de Tours. Si lo hubiera conseguido, me habría atropellado con el caballo.

—Mañana lo intentará de nuevo. —El caballero de Tours figuraba entre los seis que iban a enfrentarse en el último día del torneo—. Debéis tener cuidado, don Ansgar. Es peligroso —dijo, poniendo la mano sobre su brazo.

—Lo sé. Más peligroso es el sajón. También él está entre los seis últimos, como sabréis.

—¿El del blasón con la cabeza de toro? Ese no es sajón, ese procede del condado de Schwerin. Como su conde es un vasallo del duque de Sajonia, entonces Botho von Schwerin también está al servicio del duque sajón.

—Veo que estáis bien informada. ¿Habéis hablado con el caballero?

De los cinco rivales a los que Ansgar tenía que enfrentarse al día siguiente, el del escudo con la cabeza de toro era para él efectivamente el más imprevisible.

—He oído rumores acerca de él en el almuerzo —dijo Adelaida—. Entonces le he preguntado por él a su dama. Él es quien más preocupada me tiene por vos, mi caballero. —Las dos últimas palabras, susurradas por Adelaida en voz baja, sonaron como un beso—. El de la cabeza de toro ha herido gravemente a docenas de caballeros durante el torneo. Embiste tan despiadadamente, que tres de ellos incluso han muerto.

—Lo he visto. —Durante los siete primeros días del torneo, se habían dividido en dos bandos, habían recreado una batalla campal y, por último, la conquista de un castillo—. Yo personalmente nunca me he enfrentado a él. Era de mi bando.

—La fama de inmisericorde ya le precedía antes de que llegara aquí. Solo el veterano Ulrich von Liechtenstein podría estar a su altura, si me lo preguntáis. —Adelaida le apretó el brazo—. Y vos, mi caballero Ansgar. Yo creo en vos, y rezaré por vos. —Paseó la mirada por la dehesa—. Mostradme vuestro famoso caballo blanco.

Ansgar se sentía tan aturdido por sus palabras, que no supo qué contestar. Sin decir nada, le indicó su caballo de carreras blanco y, en silencio, la acompañó a verlo.

—¡Qué animal tan bonito! —Adelaida acarició los ollares y el cuello de la yegua, blanca como la nieve—. ¡Qué magnífico ejemplar!

—*Fee* procede de Hungría y me ha costado una fortuna. Casi tanto como un caballo de batalla. Es el más hermoso que he poseído nunca. —Ansgar rodeó a la blanca yegua y, cuando *Fee* estaba entre él y la valla delantera de la dehesa, de repente se hincó de rodillas.

—Pero ninguna criatura divina es tan bella como vos.

Luego, en un tono solemne, empezó a hablar en verso. La noble dama se ruborizó y sonrió.

—«Y nada en el mundo anhelo más / Que contemplar la sonrisa de vuestros labios, / El brillo de vuestros ojos y el oro de vuestro cabello. / Y nada será más sagrado para mí / Que la certeza de vuestro amor y de vuestra indulgente merced.»

Ansgar se levantó, tomó la mano que se le ofrecía y exhaló un beso en sus dedos.

—Os lo agradezco, mi caballero. —Los risueños ojos de Adelaida se empañaron de emoción—. Vuestro poema me ha conmovido mucho, mi caballero.

Aunque los hubieran visto las doncellas y el anciano caballero, Ansgar y Adelaida no tenían por qué preocuparse: no era nada inusual que un caballero se arrodillara ante una dama noble.

Muchas mujeres y doncellas jóvenes tenían un caballero que las veneraba, les escribía poemas e iba a la guerra y a los torneos por ellas. Lo peligroso no vendría hasta mañana por la noche, cuando Ansgar apareciera en la alcoba de ella... en caso de que Adelaida le recibiera.



—La tercera estrofa tendré el gusto de cantárosla acompañándome del laúd, adorada dama. —Ahora Ansgar hablaba en voz muy baja—. Mañana por la noche, después del torneo. Si es que queréis concederme ese favor.

—Venced y me veréis, caballero Von Lund. —La bella Adelaida lo atrajo hacia sí—. Venced para mí y cantad para mí. —Tomó su mano y la apretó contra sus pechos—. Aquí dentro, un corazón ardiente y lleno de deseo late por vos. Recibiréis un mensaje para que sepáis dónde poder encontrarme cuando llegue el momento.

Ansgar, que no acababa de creérselo, se quedó petrificado. Una última sonrisa, y luego la dama se volvió y abandonó la dehesa con la falda tan remangada que el danés pudo verle sus níveos tobillos. El anciano caballero se acercó a ella desde la carpa de Ansgar, mientras las doncellas se volvían de nuevo y, entre risitas, se despedían con la mano de Heinrich.

Ansgar siguió con la mirada a su idolatrada dama, hasta que esta se internó con su séquito entre la muchedumbre que se congregaba ante el pabellón real. Él no se fue de la dehesa, sino que salió de ella como flotando entre nubes.

—¿Es cierto lo que han visto mis ojos, don Ansgar? —susurró Rudolphus.

Pero el caballero apenas lo oyó. Era feliz, sencillamente feliz.

Solo logró sacarle de su éxtasis la voz descarada de su joven escudero.

—Quien corre riesgos a la vista de todos, acaba estirando la pata, suele decir mi madre, don Ansgar. —Lothar se atrevió incluso a hacerle un gesto de advertencia con el dedo índice—. ¿O es que vuestra peligrosa manera de practicar el amor no nos ha puesto ya a todos en peligro en Venecia y Milán?

—¡Cierra el pico! —contraatacó Ansgar a la velocidad del rayo—. ¡Toma la bofetada prometida, piojoso! ¡Nunca llegarás a ser un caballero si no aprendes a respetar a las mujeres! ¡Un caballero ha de estar enteramente a su servicio! Por ellas ha de arrostrar incluso el peligro de muerte.

## Caín

*A orillas del Elba, verano de 1227*

Un día fatídico. Hacía tanto calor, que la luz reverberaba sobre los campos de cultivo. El pequeño castillo y el pueblo situado ante sus murallas se hallaban en una colina, por encima del Elba. Hacia el oeste, las frondosas serranías subían hacia el macizo del Harz; al este, los numerosos brazos del Elba serpenteaban por terreno pantanoso. Por el camino de la ribera, allá abajo, ante el castillo, se acercaban desde el norte unos jinetes al galope.

—Vienen los de Magdeburgo —dijo el alcaide—, ¡al fin!

El alcaide, un caballero de una estirpe noble de poco renombre, se hallaba sobre la muralla de la puerta del castillo con el corregidor, dos campesinos libres y un sacerdote. Desde allí arriba, el río Elba, rodeado de terreno cenagoso, se asemejaba a las venas ramificadas del dorso de sus manos.

Los hombres esperaron a que los siete jinetes aparecieran entre las cabañas y los campos, ante el castillo, para poder distinguir el estandarte que llevaba el jinete que los encabezaba.

—Efectivamente —dijo el sacerdote—. El blasón de los de Magdeburgo.

Los otros asintieron con la cabeza. Uno tras otro, fueron subiendo por la escalera que conducía al patio de armas.

—Llevaos a la mujer de la torre —ordenó el alcaide a dos hombres armados—. Que las criadas se encarguen de que esté limpia y bien vestida. Y que no se resista; advertídselo otra vez. —Los soldados corrieron hacia la torre del homenaje y desaparecieron en su interior—. ¡Abrid la puerta! —les

ordenó el alcaide a los centinelas del portón del castillo.

Al poco tiempo, los jinetes de Magdeburgo entraron trotando en el patio de armas: seis piqueros del cabildo catedralicio de Magdeburgo y un clérigo, que era pariente del alcaide. Se saludaron unos a otros y se sentaron a una mesa de piedra situada entre las caballerizas y la zona palaciega, donde el alcaide había mandado llevar el vino y las viandas.

Comieron y bebieron hablando de esto y lo otro: sobre la muerte del Papa Honorio, sobre la guerra contra los daneses, sobre la Cruzada planeada por el emperador Federico, sobre la santificación de Francisco de Asís, sobre la paralización de las obras de la catedral de Magdeburgo, sobre la cosecha y sobre el tiempo.

Y sobre la mujer que llevaba unas cuantas semanas prisionera en la torre del homenaje. A causa de ella había mandado llamar el alcaide a su pariente de Magdeburgo.

—Está loca —dijo el alcaide—. Me tiene trastornados a los campesinos. Ya no sabemos qué hacer con ella.

Los demás asintieron, y cada uno dio su opinión sobre cómo veía el asunto y sobre cómo resolverlo. Después de tanto veredicto, ninguno hacía presagiar nada bueno para la mujer de la torre del homenaje.

Cuando al fin se abrió la pesada puerta de la torre, los hombres enmudecieron. Todos dirigieron la mirada hacia la entrada de la torre del homenaje. Dos hombres armados escoltaron hasta el patio de armas a una mujer menuda con un vestido de lino de color claro. Los seguían una criada y un monje que llevaba una esclavina negra sobre el hábito blanco, un dominico.

—¿Es esta? —preguntó el clérigo de Magdeburgo, un hombre bajito de pelo gris de unos cuarenta años. El alcaide, su tío, hizo un gesto de asentimiento—. No la reconozco. —El de Magdeburgo negó con la cabeza—. Acerquémonos a ella.

Él, el alcaide y el corregidor se levantaron.

—Temo realmente que se haya vuelto loca —dijo el alcaide en voz baja, mientras iban hacia la torre.

—Posiblemente sea algo relacionado con la brujería —declaró, ya por segunda vez, el corregidor.

—No quiero decir directamente que esté aliada con el Maligno. —El sacerdote susurraba porque ya solo los separaban unos pasos de la mujer—. Pero no dudo de que en ella habita un demonio.

—¿Desde cuándo tiene esos... —El clérigo de Magdeburgo dudó; parecía estar buscando las palabras— ...esos ataques?

—Tenía doce años cuando creyó por primera vez haber visto la luz y haber oído las voces —susurró el corregidor.

—Deberíamos acusarla de herejía y quemarla —murmuró el sacerdote—. Eso fue lo que mandó hacer el año pasado el emperador con dos mujeres herejes en Rímini. El arzobispo estuvo presente. Seguro que os lo ha contado.

El clérigo de Magdeburgo asintió sin decir una palabra. La joven del vestido de color claro los miraba sin el menor signo de inquietud. Los hombres armados y la criada se retiraron cuando los hombres se detuvieron ante ella; el dominico se puso al lado de la mujer.

—La última vez que nos vimos, todavía eras una niña pequeña, Matilde —dijo el clérigo—. Soy Dietrich von Dobin, canónigo de Magdeburgo. Nuestras madres eran primas. Probablemente no te acuerdes de mí. También a mí me cuesta reconocerte.

Una tímida sonrisa iluminó el fino rostro de la mujer. Tenía la cara pálida y cubierta de pecas. Y de cardenales. El arañazo de la sien parecía bastante reciente.

—Claro que me acuerdo de vos, Reverendo Padre.

—¿De verdad? —El de Magdeburgo la observó con detenimiento.

La piel de sus brazos también era muy blanca. Su larga melena tenía el color de la paja recién cortada. El brillo de sus ojos era tan intenso como jamás había visto el canónigo en ninguna otra persona, y además tenían un color verde inusualmente claro. Sus turgentes labios estaban hinchados. La mujer parecía fuerte y, al mismo tiempo, frágil.

—Sí, Reverendo Padre Dietrich. Vos fuisteis bueno conmigo. —Matilde le miró a la cara, como si pudiera leer algo en ella—. Y, por lo que veo, habéis conservado ese buen corazón.

Los hombres, inquietos, desplazaban el peso de una pierna a otra.

—Y yo veo que estás herida. —El canónigo de Magdeburgo frunció

preocupado el ceño—. ¿Qué te ha ocurrido?

—En su último ataque se cayó por las escaleras de la torre —se apresuró a decir el alcaide. Su severa mirada taladró el rostro de la joven mujer, que aún empalideció más y agachó la cabeza.

—Me gustaría hablar con ella a solas —dijo con claridad el canónigo.

Los hombres pusieron cara de contrariedad, pero se volvieron y se apartaron unos pasos.

La joven llamada Matilde se agarró de la manga del hábito del dominico.

—Quiero que mi confesor se quede conmigo, padre Dietrich.

El canónigo dio su consentimiento asintiendo con la cabeza y señaló un banco de piedra situado entre la torre del homenaje y la herrería del castillo. Allí tomaron asiento.

El caballero, el sacerdote y el corregidor los observaban desde lejos.

—¿Qué hacemos si ella les cuenta que hemos intentado exorcizarla? —El sacerdote puso cara de preocupación.

—¡Dios nos libre! —se le escapó al corregidor—. Si el canónigo se entera de que hemos azotado a la mujer con la que está emparentado, nos denunciará ante el Tribunal de Escabinos.

—¡No digáis tonterías, dejaos de truculencias! —susurró el alcaide—. Dietrich se ha dado perfectamente cuenta de que está loca. Y ya se sabe que los locos hablan por los codos.

El canónigo, el monje y la mujer estuvieron hablando durante media hora. Al final, el padre Dietrich se levantó y se acercó a los tres hombres que esperaban. Ahora su semblante se había endurecido.

—Enganchad un coche —dijo con frialdad—. Haced que carguen las pertenencias de Matilde. Y ensillad un caballo para ella. Vendrá conmigo a Magdeburgo. En lo sucesivo, yo me ocuparé de ella.

*París, finales del verano de 1227*

Por el callejón se acercaban unos pasos; Gotthart se incorporó en la cama y permaneció alerta. ¿Acaso venían ya? El miedo le erizó el vello de la nuca y

le dejó paralizado.

Sobre la mesa, junto a la ventana, una vela de sebo ardía con una llamita. Por la ventana se deslizó el resplandor de una luz más clara y más potente que iluminaba las fachadas nocturnas. ¡Antorchas! ¿Los esbirros del conde? ¿O serían ya los alguaciles de la Corte? Aunque quizá fueran mensajeros del cardenal. La esperanza se abrió paso en el agitado pecho de Gotthart.

En toda la noche no había pegado ojo. Tenía la camisa sudada y el pelo pringoso adherido a la frente, y ahora, por si fuera poco, el corazón parecía que se le iba a salir por la garganta. A través de la penumbra, miró guiñando los ojos hacia la ventana. Los pasos se acercaban implacablemente. Alguien llamó a la puerta de abajo; Gotthart contuvo la respiración. ¿Habría llegado la hora de su salvación o de su final?

Luego, pasos ante la puerta de la alcoba. La manilla se movió, las bisagras chirriaron.

—¿Voy a ver quién llama? —Su criado Hubertus se asomó a la alcoba.

Gotthart salió de la cama y buscó a tientas el tahalí.

—Baja a ver —graznó; su voz apenas le obedecía.

El criado cerró la puerta de la alcoba. Al poco rato, Gotthart oyó crujir la escalera bajo sus pasos, pues Hubertus era alto y fornido.

Gotthart se echó el manto por encima de la camisa, abierta del todo. Se agachó a coger su tahalí, sacó de él la espada y la daga, se incorporó y se arrimó a la puerta de la alcoba. Tenía la respiración acelerada y la boca seca; no paraba de temblar. Suciedera lo que sucediese, tendría que ser allí, en la alcoba. La decisión de Gotthart era firme como una roca: jamás pondría su cabeza en el tajo del verdugo.

Abajo rechinó la puerta de la casa. Se quedó a la escucha. Voces. Dos: la del criado y otra desconocida. La voz desconocida sonaba amortiguada, en modo alguno tan excitada y hostil como esperaba Gotthart. De nuevo rechinó la puerta, y unos pasos subieron lentamente las escaleras.

Cerró los ojos y respiró hondamente. La tensión le remitió un poco. Los criados del verdugo real o los esbirros del conde ni siquiera le habrían permitido abrir la boca a Hubertus: se habrían limitado a subir atropelladamente las escaleras.

Llamaron a la puerta.

—Mensaje del cardenal, señor Gotthart. —La voz de su criado.

Gotthart arrojó la espada a la cama y siguió empuñando la daga con la mano izquierda. A esas horas tan intempestivas, incluso al cardenal le creía capaz de cometer una traición.

Acercó a la luz de la bujía de sebo la hoja y el puño, que durante dos bocanadas de aire atrajeron su mirada. Giró el puño y la hoja hacia todos lados. No, más sangre no.

Por fin hizo acopio de valor, bajó la manilla y abrió poco a poco la puerta. Ante él vio a dos hombres: su corpulento criado Hubertus con una tea encendida y un caballero ataviado con coraza y guerrera. En el peto de la guerrera destacaba el blasón del cardenal.

El caballero le saludó inclinando la cabeza.

—Todo ha salido bien. Tenéis tiempo hasta el alba. Si os encuentran a la luz del nuevo día todavía en París, estáis perdido.

A Gotthart se le quitó un buen peso de encima.

—¿Y no me condena?

El caballero del cardenal negó con la cabeza. Fue tal el alivio que sintió Gotthart, que se le saltaron las lágrimas. Si el cardenal no le condenaba, tal vez Dios tampoco le condenaría.

—Ve y despierta a los demás —dijo, volviéndose hacia Hubertus—. Recoged nuestras cosas y ensillad los caballos. No olvidéis mis útiles.

El criado hizo un gesto de asentimiento, dio media vuelta y desapareció escaleras arriba.

Gotthart hizo una seña al caballero del cardenal para que pasara al dormitorio y le indicó una mesa y unos taburetes. Tomaron asiento en la penumbra.

—Hasta que amanezca, los esbirros del conde y los alguaciles reales solo rastrearán los callejones y las casas que rodean a las obras. Y naturalmente, la zona en la que vivía la mujer. Hasta entonces no vendrán a vuestro barrio. — El caballero del cardenal hablaba en voz muy baja y eligiendo cada palabra con cuidado, mientras Gotthart se mordisqueaba el labio inferior—. En ese tiempo cruzaréis el Sena por el Puente Grande y, luego, cogeréis la vía

principal hacia el oeste. Los centinelas de la puerta tienen instrucciones para dejaros pasar a vos y a vuestros tres acólitos.

—¡Qué giro más inesperado y benevolente han dado las cosas! —Gotthart tenía la cara de color ceniciento y los ojos humedecidos—. ¿Cómo lo ha conseguido?

—Su Eminentísimo y Reverendísimo Señor ha hablado antes personalmente con el rey. Este le debía un favor a su tío.

—¿Y de verdad que no me condena? —Gotthart no se lo acababa de creer.

—¿Habría intercedido en tal caso por vuestra salvación?

—Alabemos al Señor y démosle gracias a Dios. —Gotthart tragó saliva y se limpió los ojos con la manga de la camisa—. ¿Y si el conde manda que me persigan?

—Por deseo expreso de Su Eminentísimo y Reverendísimo Señor, el rey ha enviado al conde Von Lamotte, junto con sus caballeros y escuderos, al campamento militar de la Bretaña —explicó el caballero del cardenal—. Las obligaciones militares le retendrán allí unos cuantos meses. —El caballero del cardenal bajó la voz—. Y no olvidéis una cosa: esa mujer solo era una concubina de baja extracción. En cuanto pasen unos años, ya nadie preguntará por ella. Y mucho menos el conde Von Lamotte.

Sumido en sus cavilaciones, Gotthart miraba fijamente su puño y la daga. Finalmente, asintió y levantó la vista.

—¿Y qué va a ser de mi condado?

—Las propiedades rurales que Su Eminentísimo y Reverendísimo Señor os ha obsequiado permanecen irrevocablemente en vuestra posesión. —El caballero del cardenal carraspeó—. De eso se hace responsable el rey. Su Eminentísimo y Reverendísimo Señor se encargará de que un ministerial las administre.

—Pero ¿y mi ascenso a la dignidad de conde? —Gotthart se incorporó en el canto del taburete.

—Eso tendrá que esperar —le explicó el caballero del cardenal.

Gotthart se levantó de un salto, se precipitó hacia la puerta y la golpeó con el puño y con la empuñadura de la daga. Su garganta profirió una especie de bufido que sonó como una maldición.



—Queda aplazado, no descartado —le calmó el caballero del cardenal—. De momento, tenéis que conformaros con la garantía que os ofrece el rey sobre las tierras que rodean a Saint Leonard. Y con haber salvado la vida. Aunque esto no será seguro hasta el alba, y solo si os atenéis escrupulosamente a las instrucciones de Su Eminentísimo y Reverendísimo Señor.

Gotthart se volvió.

—¿Y las cartas?

El caballero rebuscó bajo su manto y extrajo una funda de piel de color rojo oscuro.

—Su Eminentísimo y Reverendísimo Señor lo ha previsto todo —dijo, ofreciéndole la funda a Gotthart.

Este regresó a la mesa, dejó la daga y avivó la mecha de la vela de sebo. Cogió la funda que le ofrecía el otro y se desplomó en la banquetta. Abrió apresuradamente la funda de piel y se acercó aún más la candela.

—Seis cartas —murmuró. Cuatro llevaban el sello del cardenal y una el del maestro de obras—. ¿Una del viejo? ¡Alabado sea Dios! Entonces ¿es verdad que el maestro me ha escrito una carta de recomendación?

—La ha mandado escribir. Como es natural, el maestro lamenta mucho perder a uno de sus mejores escultores. —El caballero enarcó las cejas—. Sin embargo, no ha querido desoír el imperioso deseo de Su Eminentísimo y Reverendísimo Señor, si es que me entendéis.

—Lo entiendo. —Gotthart revisó una vez más las cartas selladas—. ¿Incluso una misiva del rey al duque de Sajonia? —Sin dar crédito a lo que veían sus ojos, leyó las rúbricas con los nombres de los destinatarios—. ¿Y una carta al conde Albrecht von Käfernburg? —Miró asombrado al caballero—. ¿Y eso por qué?

—El conde es arzobispo de Magdeburgo —le aclaró el caballero del cardenal—. Su Eminentísimo y Reverendísimo Señor le conoció en una Dieta imperial en Italia.

—¿Acaso he de ir a Magdeburgo? —Gotthart tragó saliva. Tenía amigos en París. Y amigas.

—Así es —le explicó el caballero del cardenal—. Y ninguno que os conozca ha de saberlo.

—Magdeburgo está lejos de París. Muy lejos, a decir verdad.

—Su Eminentísimo y Reverendísimo Señor quiere que os dirijáis hacia allí. No solo estaréis seguro allí, sino que además podréis practicar vuestro arte.

—¿Por qué? —Gotthart frunció el entrecejo.

—El arzobispo Albrecht lleva casi veinte años reconstruyendo la catedral de Magdeburgo, derribada por un incendio. Busca a hombres como vos.

—¿Es eso realmente cierto? ¡Alabemos y demos gracias a Dios! —Gotthart respiró profundamente—. Dadle las gracias al cardenal de mi parte; no sé cómo le podría...

—Su Eminentísimo y Reverendísimo Señor también os envía un mensaje de salutación —le interrumpió el caballero del cardenal—. Me encargó que os dijera que rezará por vos como lleva haciéndolo desde vuestro nacimiento. Y que su bendición os acompañará allá donde vayáis. Y os recomienda que en todo momento penséis en el pasaje del Génesis que reza así: «Y Dios puso una marca a Caín, para que nadie lo matase.»

## Justa

*Praga, otoño de 1227*

Tras oficiarse la misa del domingo, todos se reunieron en el lugar señalado para el torneo: en las tribunas, el rey, sus nobles y las mujeres; en la liza, los heraldos y los seis esforzados varones junto a sus caballos. En las barreras que rodeaban el palenque se agolpaban escuderos, sirvientes, criadas y buena parte del pueblo de la ciudad de Praga. Un murmullo de voces y risas inundaba el aire.

El ganador de todo el torneo se averiguaría a través de una justa. Un jinete retaba a un adversario. El vencido quedaba eliminado. Así, hasta que solo quedaran dos. Al final, uno de ellos ganaba un premio, así como fama y honor y, con un poco de suerte, la mano de una doncella.

Esto último a Ansgar no le importaba demasiado. Alzó la vista hacia Adelaida. La bella estaba sentada en la tribuna central, justo en la primera fila. Durante la misa, Ansgar la había visto con su conde polaco, un hombre con la piel pringosa, pelo gris, mofletes gordos y los ojos rojos de abusar de la bebida. Le había encogido el corazón ver a la hermosa dama noble con ese viejo gordinflón.

Hacía poco tiempo, había repudiado a su segunda esposa por esterilidad y se había casado con Adelaida, la joven viuda de un margrave alemán. Entre los caballeros corría el rumor de que el no apto para la procreación era él mismo y que ni siquiera era capaz de intentarlo. Ansgar se caló la visera.

Llevaba una armadura negra especial para torneos y, como adorno del

yelmo, las alas de un cisne blanco. En su escudo, su sobreveste negra y su gualdrapa negra destacaba el cisne blanco en todo su esplendor y hermosura. El pico y las patas del ave eran de color rojo sangre.

A través de la ranura para los ojos de su visera, observó a sus rivales. También ellos se habían puesto sus más vistosas armaduras de torneo para impresionar a las damas de la nobleza. Buscaba sobre todo detalles que le revelaran algo sobre la forma de luchar que cabía esperar de ellos.

Botho von Schwerin llevaba un yelmo negro macizo con una cornamenta de toro plateada en la cimera. Toda su armadura era negra. Desde la sobreveste, el escudo y la gualdrapa amenazaba con su mirada una cabeza de toro negra con cuernos de plata. Ansgar comprobó atentamente que se disponía a montar un caballo de batalla alto y fuerte y a utilizar una lanza pesada. Así pues, como era habitual en él, el «sajón» se decantaba por el furor y la violencia.

El blasón de Jérôme de Tours, la torre gris con la bandera roja, engalanaba su yelmo, y el mismo emblema destacaba en el escudo amarillo y la guerrera amarilla. También el caballero francés parecía confiar en la fuerza y la violencia de su embestida, pues asimismo se había decidido por un caballo de batalla y por la lanza gruesa y pesada que solo sabía manejar un jinete muy experto en torneos. Ansgar creyó vislumbrar su mirada acechante.

Los otros tres se habían presentado en el campo del torneo, como Ansgar, con caballos de carreras ligeros y lanzas ligeras. El duque Berthold von Zähringen quiso luchar a lomos de un fuerte alazán, y Dankwart von Strassburg montando un caballo ruano. El de Zähringen, con su blasón del águila roja, el penacho rojo y la coraza de color dorado, era el más lujosamente engalanado.

Y Ulrich von Liechtenstein llevaba el atuendo más original. El caballero iba todo de verde: el caballo, el escudo, la gualdrapa... todo verde y cubierto por blasones de losanges rojos y azules. Una hilera de campanillas doradas partía desde las orejas del caballo, cubiertas de verde, bajaba por las crines y el lomo y llegaba hasta la cola. Pero lo más llamativo era el vestido de mujer largo y verde que llevaba el caballero y, sobre el yelmo, la figura de una mujer coronada que sostenía un arco de oro y una antorcha con las llamas rojas.

Esta representaba a la diosa del amor, a Venus, según se contaba en el campo del torneo. Todos sabían que Ulrich, en honor a su adorada dama,

estaba haciendo un recorrido por diferentes torneos al que llamaba «viaje de Venus». Ansgar no cometió el error de subestimarle o incluso despreciarle por su vestimenta, pues durante los últimos días había visto luchar al caballero Ulrich. Quien más o quien menos evitaba el encuentro con él en el palenque.

El rey saludó desde la tribuna. Los heraldos se llevaron la trompeta a los labios y las fanfarrias atronaron por toda la liza.

—¡Da comienzo el último combate del torneo! —gritó un heraldo.

El júbilo estalló entre el público e inmediatamente se montó en su caballo de batalla el del blasón con la cabeza de toro. Lo condujo hasta la tribuna central, donde se hallaban sujetos con clavos, bajo la balaustrada, los blasones de los otros seis caballeros que aún quedaban en el torneo, y golpeó el águila roja del de Zähringen. Luego se fue al trote hasta el otro extremo del palenque.

El desafiado, el joven Berthold von Zähringen, montó en su silla y llevó a su alazán a la liza. El heraldo anunció los nombres de los dos caballeros. Aún no había acabado de pronunciar el nombre del de Zähringen, cuando el de la cabeza de toro arreó a su caballo de batalla. El joven duque también espoleó a su caballo de carreras y salió disparado, lanza en ristre.

Ansgar comprendió: un caballo de batalla necesitaba más tiempo hasta correr a galope tendido. De esta desventaja quería resarcirse el caballero de Schwerin con una salida más rápida y, luego, aprovechar la mayor pujanza de su pesada lanza. ¡Y con qué ímpetu arrancó el astado! El suelo temblaba bajo el ruido atronador de los cascos de su corcel, y como trazó una curva para ampliar el recorrido del arranque, su pesado caballo enseguida alcanzó una velocidad vertiginosa.

Ambos chocaron envueltos en una nube de polvo. El astado golpeó de costado el escudo del de Zähringen con tanta fuerza, que la pesada lanza se astilló. El de Zähringen, que había apuntado al yelmo negro de la cornamenta plateada, erró el golpe. Con el fuerte impacto perdió la lanza y el escudo, se ladeó y solo con mucho esfuerzo logró mantenerse en la silla y sujetar las riendas. Desde la otra punta de la liza, sus escuderos le traían una lanza y un escudo, pero él los rechazó y les dio a entender por gestos que estaba herido y padecía demasiados dolores como para continuar la lucha.

El heraldo proclamó a Botho von Schwerin vencedor del primer combate. El del yelmo con la cimera del toro regresó a trote lento, sin la menor prisa, junto a los otros cuatro caballeros, se levantó la visera y saludó hacia la tribuna. En contra de su voluntad, Ansgar admiró al astuto luchador: al elegir al de Zähringen, había retado en primer lugar al caballero más débil — también en opinión de Ansgar— para demostrarle su fuerza bruta y su destreza en la equitación y, de este modo, impresionar a los rivales que le quedaban.

Jérôme de Tours, el siguiente retador, puso su escarpe en el estribo para cabalgar hasta la tribuna. Ansgar agarró inmediatamente las riendas de su blanca *Fee*, pues estaba seguro de que debía disponerse a luchar. Sin embargo, con una ligereza de la que Ansgar jamás hubiera creído capaz al de Liechtenstein, el caballero vestido de mujer se subió a la silla, se acercó a la tribuna y golpeó el blasón de las torres.

Jérôme de Tours se demoró durante unos segundos y esbozó una sonrisita despectiva. Luego montó en su caballo, se caló la visera y arremetió contra Ulrich von Liechtenstein.

Tres veces se enfrentaron, y en todas ellas sonaban las campanillas de la gualdrapa del de Liechtenstein, que las tres veces consiguió imponer la mayor velocidad de su caballo de carreras frente al más pesado caballo de batalla del caballero de Tours. Dos veces se astilló la lanza de Ulrich; a la tercera, el del blasón de las torres hincó su pesada lanza tan profundamente, que alcanzó al caballo de Ulrich. Pero este hundió impetuosamente la lanza en el peto de Jérôme de Tours y, cuando este pasó a su lado tambaleándose, le dio un empujón con el escudo. Jérôme de Tours se cayó del caballo. Entre el murmullo de la multitud, el heraldo proclamó ganador al caballero vestido de mujer, cuyo caballo pasó cojeando por delante de la tribuna.

Como la espera le impacientaba, Ansgar se montó en el caballo, fue hasta la tribuna y desafió a Dankwart von Strassburg. Cuando trotó hacia el otro extremo de la liza, vio que Ulrich von Liechtenstein cambiaba su caballo de carreras herido por otro caballo. Nada más arrancar, Ansgar logró derribar a su contrincante de la silla. Renunció a la armadura y al caballo del abatido, al que ni siquiera declaró prisionero. Mientras los espectadores le aclamaban y las damas y el rey le aplaudían, Ansgar calculó mentalmente cuánto dinero de

rescate acababa de tirar por la borda.

Aunque ya solo le quedaban dos rivales, se guardó mucho de darse por triunfador: el del yelmo del toro negro y el caballero de Venus eran sin duda los dos más fuertes. Delante de la tribuna, Ansgar se levantó la visera y saludó a las mujeres. Muchas le devolvieron el saludo y le gritaron cosas halagadoras, pero él solo veía a una y su saludo solo iba dirigido a ella. Adelaida intentó sonreír y bajó la mirada de preocupación.

No fue el de la cabeza de toro negra, procedente del norte, el que condujo a su caballo hasta los blasones de la tribuna, como esperaba Ansgar, sino el de Liechtenstein. Esto no le agradó: aun en el caso de que venciera, tendría que combatir tres veces seguidas y enfrentarse al final al astado procedente del condado de Schwerin. Y en cada arranque del caballo se perdían fuerzas.

Pero de nada le sirvieron sus cálculos: Ulrich von Liechtenstein quería medirse con él, de modo que tuvo que hacerle frente. Volvió grupas con la blanca *Fee* y dejó que el retador fuera hasta el otro extremo de la liza. A su nuevo caballo le habían echado la gualdrapa con campanillas del anterior.

El heraldo anunció sus nombres; los dos encajaron la lanza bajo el brazo y se abalanzaron el uno sobre el otro. El de Liechtenstein no logró que su nuevo caballo alcanzara la velocidad de galope tendido tan aprisa como el anterior. Probablemente le puso nervioso el tintineo de las campanillas, y poco antes del enfrentamiento se espantó, de modo que al caballero Ulrich se le desprendió la lanza.

A Ansgar le habría resultado fácil lancearle para que se cayera de la silla... pero prefirió alzar su lanza y pasar a galope junto a su adversario. No quería que la victoria fuera fruto de unas circunstancias propicias, sino de su destreza en el arte de la equitación.

Quienes ocupaban las tribunas y el pueblo, que se hallaba tras las barreras, prorrumpieron de nuevo en aplausos. Ansgar volvió grupas, afianzó otra vez el extremo de su lanza de roble entre el brazo y las costillas y esperó a que su retador ocupara asimismo su sitio. Sin embargo, Ulrich von Liechtenstein se deshizo de su lanza, se quitó el yelmo y, de este modo, declaró vencedor a Ansgar. Se oyeron cuchicheos y exclamaciones de asombro. Ulrich, en cambio, se inclinó en dirección a Ansgar. Que este no se hubiera aprovechado de la

debilidad de su caballo era para el caballero de Venus razón suficiente para respetar a Ansgar como el más fuerte.

El heraldo le declaró vencedor. De nuevo atronaron las trompetas y el heraldo anunció:

—¡En el último combate del torneo se enfrentarán Botho von Schwerin y Ansgar von Lund!

Ansgar llevó a su blanca yegua hasta el borde del palenque. Le dolían los hombros y las muñecas. El de la cabeza de toro negra se puso junto a él con su caballo de batalla, dos palmos más alto que *Fee*, de modo que Botho podía mirar a Ansgar desde arriba, por encima del hombro. Y eso fue lo que hizo... durante dos segundos, tres segundos, cuatro segundos. De repente, se hizo el silencio en toda la liza. Tras las ranuras del yelmo negro, Ansgar vio los ojos de su contrincante.

—¿Qué os ocurre, caballero de Schwerin? —Ansgar se hizo el indiferente, pese a sentir el corazón palpitándole en las sienes—. ¡No me digáis que de puro miedo queréis abandonar antes de que empiece el combate! —Resistió valientemente la mirada acechante de su rival.

Este volvió grupas, arreó a su caballo de batalla y trotó hasta el otro extremo de la liza. Ansgar no le siguió con la mirada. Se levantó la visera de su yelmo engalanado con el cisne y miró por última vez hacia ella. Allí seguía sentada, con una palidez cadavérica, pero bella como la noche. Adelaida.

Los músicos de la fanfarria se llevaron de nuevo los instrumentos a la boca. Ansgar se caló la visera; su rival ya estaba preparado, ya esgrimía la lanza. El heraldo mencionó otra vez sus nombres y Ansgar encajó la lanza bajo el brazo. Y una vez más, el de la cabeza de toro negra salió zumbando antes de que el heraldo terminara de pronunciar su nombre. Pero Ansgar, que ya se lo esperaba, arrancó al mismo tiempo que el otro.

Muy inclinado sobre el cuello de su blanca yegua, bajó un poco la lanza, apretó las rodillas y los tacones contra la gualdrapa metálica y así guio a su *Fee*, que en poquísimo tiempo logró ponerse a galope tendido; aún le separaban algo menos de treinta cuerpos del caballero de Schwerin y su cornamenta de plata.

Dejó de pensar en sus dolores, y también en sus temores; su mirada estaba



únicamente atenta al menor movimiento de su rival, que asimismo echó a correr a galope tendido. Veinte cuerpos. El de la cabeza de toro negra trazó de nuevo una curva con su caballo de batalla, esta vez, una curva más amplia. A todo trance quería lograr un arranque más veloz; a cualquier precio quería que Ansgar probara el mayor peso de su lanza y la mayor fuerza de su caballo de batalla.

Pero el caballero danés estaba prevenido: guio a la blanca yegua hacia el interior y obligó al rival a adentrarse más en la curva. Cuando todavía los separaban dos cuerpos, Botho von Schwerin intentó dar la vuelta a su pesado caballo para no tener que ofrecerle el flanco a Ansgar. Pero entonces Ansgar, con la ayuda de los muslos y los tacones, hizo que su caballo trazara una curva cada vez más ceñida, de modo que al final pudo atacar al de la cabeza de toro casi desde un costado.

El choque fue brutal. Con su escudo, Ansgar apartó a un lado la lanza del rival y, con su lanza de roble, alcanzó el yelmo del de Schwerin. Este se ladeó, pero fue capaz de mantenerse en la silla; solo había perdido el escudo. Como el bufido de un tejón sonaban sus jadeos bajo el yelmo astado. Un murmullo recorrió las gradas de los espectadores.

Ansgar se dirigió hacia la tribuna a trote lento. Si al final el cálculo iba por puntos, la situación le era favorable: un golpe certero en el yelmo contaba como dos normales. Miró a su espalda: un escudero del astado corría hacia el palenque. Ansgar le dio la vuelta a la blanca yegua, pero no la arreó para que fuera cogiendo velocidad, sino que esperó hasta que el escudero recogiera el escudo del suelo y se lo diera a su caballero rival. No los separaban ni treinta cuerpos. Cuando el escudero abandonó la liza y el de la cabeza de toro negra ya había agarrado el escudo y esgrimido la lanza, inmediatamente Ansgar salió disparado.

Antes de que el caballero del condado de Schwerin hubiera logrado que su caballo pasara del trote al galope, Ansgar se abalanzó sobre él a galope tendido.

—¡Adelaida! —gritó su nombre. Nadie le oyó, solo su *Fee*, solo él mismo, solo Dios—. ¡Adelaida! —El nombre de la amada quedó sofocado bajo el ruido de los cascos.

El de la cabeza de toro se acercó a galope, pero no tan aprisa, ni mucho menos, como la primera vez. Ya solo estaban a treinta cuerpos de distancia; ahora todo iba a una velocidad de vértigo. Veinte cuerpos. La protección metálica tintineaba en el blanco cuerpo de *Fee*; el escudo del otro golpeó contra la barda de su yegua. A su espalda se levantó una polvareda, y el ruido de los cascos atronaba como tambores de guerra en plena batalla. Botho bajó la pesada lanza y apuntó a la pancera de Ansgar. Diez cuerpos, como mucho.

Ansgar no perdía de vista el peto negro. Se obligó a apoyar la lanza sobre la capizana de su corcel. Hasta el último momento no quería revelarle al astado dónde le asestaría el golpe. Cinco cuerpos los separaban todavía.

Botho von Schwerin alzó un palmo su pesada lanza. Ansgar se cubrió el pecho con el escudo, levantó la lanza y se inclinó un poco hacia un lado.

—¡Por ti, Adelaida!

¡Arriba la maldita lanza, adelante el condenado escudo! Y luego ¡el choque!: ¡la entrada en el infierno, el fin! ¡O el principio! Ansgar ya solo veía la coraza negra, el yelmo negro. Se quedó sin respiración, balanceándose en la silla.

Un grito de mil gargantas se alzó por todo el campo del torneo. Algo metálico cayó estrepitosamente al suelo. Ansgar agarró las riendas y miró a su espalda: los escuderos de Botho retuvieron al caballo sin jinete del de Schwerin; el propio astado yacía en medio del polvo, negro y pelado como un árbol fulminado por el rayo, con las piernas esparrancadas y los brazos estirados, sin moverse. A su alrededor se fue posando el polvo.

Se acabó. ¡Victoria! Entre los gritos de júbilo, Ansgar creyó oír su voz: la voz de la codiciada Adelaida.

Le dio la vuelta a su blanca yegua y se dirigió hacia su rival. Junto al de la cabeza de toro estaba su yelmo con los cuernos de plata. Ansgar se levantó la visera y dejó caer la punta de su lanza sobre el peto del vencido.

—¡Sois mi prisionero, Botho von Schwerin!

Entornando sus ojos húmedos, el caballero vencido alzó la vista hacia Ansgar. Tenía una cara huesuda y estrecha, una nariz tan torcida como si se la hubiera roto unas cuantas veces, y una larga melena rizada y una barba pelirroja y muy poblada. Musitó unas palabras que sonaban hostiles, pero que Ansgar no llegó a entender.

—¡Más tarde fijaré la cuantía del rescate! —exclamó Ansgar con la voz firme. No tenía sentido apiadarse del de la cabeza de toro negra y querer convertirlo en aliado. Botho von Schwerin ya era su enemigo desde antes de luchar, y el barbirrojo seguiría siendo siempre su enemigo—. ¡A partir de ahora, tu caballo de batalla me pertenece! —Ansgar hizo una seña a Rudolphus y Lothar para que se acercaran al palenque—. ¡Quitadle también la armadura y las armas!

Ansgar volvió grupas y se acercó trotando a la tribuna; de nuevo creyó oír su voz entre el júbilo que volvió a estallar. Detuvo a su caballo y se levantó la visera del yelmo. Los heraldos tocaron la trompeta y uno de ellos proclamó tres veces el nombre del ganador. Desde la tribuna, el rey Wenceslao ladeó la cabeza y le sonrió. Las damas y las doncellas se inclinaron sobre la balaustrada de la tribuna y le saludaron. Ansgar miró hacia ella: el bello semblante de Adelaida, arrebatado de alegría, sonrió tímidamente.

Tras el homenaje al vencedor, cabalgaron hacia el campamento del torneo. Ansgar a duras penas podía sostenerse en la silla. Cada movimiento de su blanca yegua le provocaba unos dolores terribles en todos los huesos. Rudolphus y Lothar tuvieron que ayudarle a apearse del caballo.

—No tenéis pinta de poder bailar esta noche demasiadas piezas, don Ansgar —dijo Rudolphus, frunciendo preocupado la frente.

—Esperemos que al menos sea capaz de levantar la copa de vino cuando el rey brinde por su victoria —murmuró Lothar.

—Dejad ya de chismorrear. —Ansgar fue cojeando hacia su carpa—. Más vale que me preparéis un baño bien caliente. Y ocupaos de mis premios.

De manos de la reina había recibido una cría de jabalí y un enorme lucio, el uno cazado y el otro pescado por el propio rey. Más tarde, cuando Ansgar ya estaba metido en la tina llena de agua caliente y los dolores le iban remitiendo paulatinamente, Lothar preparó el lucio para ahumarlo.

—¡Mirad lo que he encontrado en la boca del lucio! —gritó, acercándose a la tina—. Una bolsita de piel con una carta. —Se la dio a Ansgar.

Este leyó la carta, cerró risueño los ojos y se sumergió en el agua. Un

mensaje de Adelaida. Le esperaba. Esa misma noche. Emergió, se estiró cuando largo era en la tina y entonó una cancioncilla. Los dolores se le habían esfumado.

## Caídas

Y Moritz se cayó al agua.

Otros también se cayeron. Algunos incluso al mismo tiempo.

En un solo momento pasan tantas cosas en diferentes lugares —buenas y malas, bonitas y feas— a tantas personas distintas... Y ninguna de ellas sabe nada de las otras.

Todavía no.

Aquel caballero danés, por ejemplo, Ansgar von Lund: a más de veinte jornadas a caballo de distancia, cayó en una cama y en los brazos de una mujer. Atrás dejaba ocho días de torneo, siete días de batalla campal y asedio, y un día de lanzazos.

Le dolían los huesos. Y también las costillas, las muñecas, los hombros y la cabeza. Había luchado y vencido. Los brazos abiertos de una mujer: ese fue su premio.

Al precipitarse en su interior, ya no sintió ningún dolor.

O la jovencita Helena, en el lejano ducado de Suabia: entre lágrimas cayó sobre la tumba de su madre. Abrazó la lápida, enterró la cara en las doce rosas amarillas y lloró amargamente. Más abajo del cementerio, delante del monasterio, rodaba ya el coche de su padre encabezando a la *Bauhütte*, en dirección al norte. La idea de dejar partir al maestro Bohnsack solo hacia

Magdeburgo le encogía el corazón, a Helena; la idea de abandonar para siempre el lugar de su infancia y la tumba de su madre le partía el alma. ¿Qué podía hacer?

En algún momento, se levantó, besó la lápida y bajó corriendo al monasterio. Porque su madre estaba muerta, mientras que su padre aún vivía. Con el cabello ondeando al viento y los faldones del manto arremolinados, corrió tras los carros de la *Bauhütte*, la cuadrilla de su padre.

Hubo otra que también se cayó casi al mismo tiempo, una mujer piadosa llamada Matilde. La misteriosa voz, a la que obedecía desde su primera juventud, la había despertado y la había enviado hacia donde estaban los bloques de piedra, los montones de escombros, los alpendes y las carretas de remolque, así como fachadas, columnas y pórticos sin terminar.

Aquí, donde se estaba construyendo la nueva catedral, aquí la rodeaba a cada momento una luz resplandeciente, una luz que a ella le parecía divina.

De repente, unas figuras recorrieron las obras, súbitamente iluminadas, unas figuras que a ella le parecían los santos de la catedral. A uno de ellos, a quien tomó por san Mauricio, creyó incluso oírle hablar.

Entonces Matilde se cayó al suelo, se tiró boca abajo y dio gracias a Dios por considerarla digna de contemplar tales apariciones divinas.

Otro, a una distancia de apenas sesenta varas forestales, vio solo un poco más tarde la primera luz del día iluminando las cumbreras y los chapiteles de Magdeburgo. Con gran alivio, sintió el corazón henchido de alegría y orgullo. Porque él, el joven escultor y noble de París, poseía cartas de recomendación de un cardenal y de un conocido maestro de obras. Cartas que convencerían al arzobispo de Magdeburgo. Y que le abrirían a él, Gotthart de Saint Leonard, la puerta que daba a la famosa ciudad imperial y, con ella, también la puerta hacia un futuro seguro y luminoso.

Aquí, a orillas del Elba, comenzaría una nueva vida. Aquí esculpiría para Dios y para el arzobispo las figuras destinadas a la nueva catedral: ángeles,

apóstoles y santos.

¡Cuán embriagado por la emoción se sentía el escultor de París al contemplar esa mañana los tejados y las torres de Magdeburgo! Tan emocionado estaba, que ni siquiera vio a la pareja de cisnes que, justo delante de él, en el puente del Elba, pasó volando por el camino de herradura.

El que sí la vio fue su caballo, que se espantó y lo tiró al suelo.

De modo que Gotthart también se cayó.

A diferencia de Ansgar, Helena y Matilde, Gotthart se cayó involuntariamente.

Igual que Moritz.

## ¡Corre!

*Castillo de Rudelsburg, margraviato de Meissen,  
otoño de 1227*

El pozo era profundo, y el impacto con el agua lo sintió como una caída sobre una cota de malla extendida. El impulso de la caída llevó a Moritz hasta el fondo del pozo. Le escocía la cara, sintió punzadas en el pecho; los tímpanos y las pupilas se le dilataron como si estuvieran a punto de reventar. A base de bracear y patalear, logró emerger a la superficie tosiendo y jadeando.

—¿Se ha ahogado? —oyó que decían arriba. De lo fría que estaba el agua del pozo, a Moritz le lloraban los ojos, pero también se le despejó la cabeza —. ¡Ahógate de una vez, canalla lunático!

Moritz escupió el agua, jadeó, se mantuvo flotando sobre la superficie del agua y miró hacia arriba. La boca del pozo parecía una luna enorme, y las siluetas de numerosos hombros y cabezas junto al brocal se asemejaban a nubarrones.

—¡Sacadme de aquí, por favor!

—¡El puñetero wendo sabe nadar! —dijo alguien arriba.

Moritz reconoció la voz de un centinela.

—¡Por favor, por favor...!

—No es él quien sabe nadar, sino los demonios que lleva dentro.

—¿Para qué tienes una jabalina, Bodo?

—¿Estás loco? ¿Qué crees que me haría don Hugo si el tiñoso de ahí abajo



nos manchara el agua del pozo con su sangre?

—Don Hugo no está. —La voz del boyero.

—¡Dame tu jabalina de una vez, Bodo! —La voz del primer cantero—. Este no escarmienta. Tú mismo lo dijiste.

—¡De eso nada! —Moritz oía cómo se peleaban arriba por la jabalina—. ¡Nos dejaría el pozo perdido si la diña! —dijo Bodo—. En Holstein he visto cómo se cagan y se mean cuando la palman. Lo he visto en una batalla, ¡creedme!

—El wendo no tiene remedio. ¡Tú mismo lo dijiste, Bodo! ¡Hoy, sin ir más lejos, ha vuelto a desobedecer mis órdenes! ¡Trae para acá esa jabalina!

—¡Por favor, por favor! —Moritz soltó un gallo—. ¡Subidme, por favor!

—¡Estoy sangrando! —se quejó ahora uno allí arriba—. ¡Me ha golpeado en la frente y en una oreja con su maldito martillo!

—¡Es verdad, Joseph sangra como un cerdo!

—Ya es la segunda vez desde la cosecha de cereales que enloquece de esta manera, este wendo canalla y chiflado.

—¡Está poseído, el maldito wendo! —gritó el boyero hacia el fondo del pozo—. ¡Lo digo yo! Poseído por mil diablos.

Sin apenas aliento, Moritz escuchaba el parloteo de allí arriba. El agua estaba tan fría que se le congelaban los huesos. Desde la pared del pozo le llegaba el eco de su propio castañeteo de los dientes, que sonaba como un martilleo de pequeños cinceles; sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Ay, madre querida —jadeó—. Madre queridísima...

—¿Estáis oyendo? —se oyó allá arriba—. El bastardo del wendo ya está otra vez gimoteando por su madre.

—Pues vamos a acabar con él para que se reúna con ella. —De nuevo la odiosa voz del primer cantero—. Matémosle. Una oportunidad tan buena no se presenta todos los días.

—No nos está permitido hacerlo. —Una voz distinta se mezcló en la conversación de arriba. El canciller había salido del castillo—. Don Hugo pagó por él.

—Pues sencillamente le decimos que esta vez no hemos podido refrenarle —dijo un centinela del castillo.

—¡No lo hagáis! El venerable hermano Peter tiene razón. —La voz llorosa de Joseph, el que sangraba—. El maldito wendo es el mejor trabajador de don Hugo... en el bosque, en la cantera, en la herrería, ¡en todas partes! El hermano Peter tiene razón.

—Este esclavo es un wendo endemoniado. —Ahora se añadió al parloteo la voz del halconero—. Además, está poseído por los demonios. ¿Acaso eres tan tonto como para ser el único que no se da cuenta, monjecillo...?

—¡Tú a mí no me hablas así! ¡No te lo consiento!

—... y al caballero Hugo ya le conseguiremos otro trabajador igual de bueno.

Moritz ya no era capaz de decir nada. Escuchaba la charla jadeando y tiritando. Oía cómo debatían acerca de su muerte. No había nadie que le ayudara, nadie que estuviera de su parte. El pozo resonaba con el castañeteo de sus dientes.

Arriba ya solo hablaban en susurros. ¿Habría alguno que le defendiera? Moritz tiritaba, le temblaba todo el cuerpo, sentía como si una garra de hielo le atenazara el corazón. ¿Morir ya? ¡Eso no, por favor! Intentó coger aire, pero apenas le quedaba aliento.

¡Ojalá estuviera el caballero de Meissen en el castillo! ¡Ojalá estuvieran Benno y su padre! Pero todos los hombres que se habrían puesto de su parte y que le habrían ayudado estaban en campaña. Todos los demás llevaban ya mucho tiempo hartos de él y de sus delirios.

Y en cualquier caso, a los wendos no podían ni verlos.

Una sombra se le acercó. Moritz dio un respingo y se apretó contra la pared del pozo. Algo chapoteó en el agua junto a él. Una cuerda. ¿Iban a sacarlo?

—¡Agárrate, wendo bastardo! —dijo alguien desde arriba.

Moritz agarró la cuerda, que enseguida se tensó. Y efectivamente: tiraron de él hacia arriba. Pero ¿por qué habían dejado de hablar allí arriba? ¿A qué venía ese silencio de repente?

Moritz se enroscó la cuerda en la muñeca; apenas notaba ya las manos congeladas. Apoyó las plantas heladas de los pies contra la pared del pozo e intentó adaptar el paso a los fuertes tirones de arriba. Fue subiendo poco a poco, vara tras vara. Ya podía distinguir las bocas de los ojos, las barbas de

los mechones de pelo y, al poco tiempo, también las diferentes caras. La del boyero sonreía insidiosamente.

Al momento siguiente, muchas manos agarraron a Moritz y tiraron de él por el brocal del pozo. Cayó sobre el empedrado del patio de armas. Inmediatamente, cinco de ellos se arrodillaron sobre él. Por detrás, uno le tiró del pelo y le echó la cabeza hacia atrás. Ante él apareció la odiosa mueca del primer cantero. La luz de la luna se refractó en la hoja de una daga. Moritz intentó en vano patalear y liarse a puñetazos, pero se lo impidieron poniéndose en cuclillas sobre sus brazos, sus piernas y su pecho.

De repente, se oyó el grito de una mujer. Un perro gruñó furiosamente; una sombra gigantesca pasó por encima de Moritz. La luz brillante de la luna reflejada en la hoja de la daga se extinguió, y el cantero se echó refunfuñando hacia atrás. El perro lobo del herrero se lanzó sobre la garganta del cantero, mientras los hombres de alrededor se levantaron de un salto desde las extremidades y el pecho de Moritz. Todos huyeron, todos se retiraron.

—¡Quieto, *Lupo*! —Mónica se inclinó sobre Moritz—. ¿Estás herido? ¡Pero si estás empapado! —Le dio la mano y le ayudó a levantarse—. ¿Qué ha pasado aquí?

A Moritz no le salían las palabras. Tiritando, dio unos pasos titubeantes hacia un lado, cogió primero su martillo del empedrado del patio de armas y luego el viejo crucifijo de piedra.

—¿Qué le habéis hecho? —gritó Mónica a los hombres.

—¡Otra vez se ha enrabiado con sus delirios! —El boyero señaló al centinela que sangraba—. ¡Mira cómo le ha dejado al pobre Joseph!

—¡Llama al bicho este tuyo, herrera! —El primer cantero jadeaba desesperado—. ¡Virgen santa, como me muerda, acabará matándome! —El perro lobo plantó las patas delanteras en su pecho, sin dejar de gruñir y regañar los dientes sobre su cuello—. ¡Por todos los santos, te lo suplico, Mónica! ¡Quítamelo de encima, quítamelo...!

Mónica silbó entre dientes.

—¡Ven aquí, *Lupo*!

El perro lobo se apartó del tórax del cantero marcha atrás, y siguió marcha atrás y gruñendo hasta regresar junto a Mónica. Esta le puso la mano en el

hocico; el animal se sentó sobre las patas traseras y se quedó tranquilo.

—¿De manera que es cierto que queríais matarle? —Mónica miró acechante a su alrededor.

—Deja de entrometerte en asuntos de hombres, mujer. —El canciller del castillo alzó su aguda voz—. Además, aunque le hubieran matado, habrían tenido motivos más que suficientes.

—Nosotros ya habríamos sabido cómo impedirlo —aseguró Bodo—, el venerable hermano Peter y yo.

Moritz lo veía y lo oía todo y no sabía si estaba viendo visiones y oyendo voces imaginarias o si todo era real.

Fue retrocediendo paso a paso. El corazón le palpitaba en el pecho como un caballo desbocado. Y en su cabeza retumbaba la voz de la madre: *¡Corre, mi pequeño! ¡Corre, corre! ¡Dios te asista!* Le temblaba todo: la mandíbula, las rodillas, los brazos y las piernas. Miró hacia la espalda de Mónica, hacia los hombres que querían matarle y alzó la vista hacia la poderosa silueta de la torre del homenaje. Pero ¿adónde? ¿Adónde?

Moritz dio media vuelta con la intención de echar a correr hacia la puerta del castillo; pero topó con la alcaidesa.

—¿Qué está pasando aquí? —gritó esta.

—Querían matar a Moritz —dijo Mónica.

—¡Porque nos ha atacado con el martillo y una piedra!

—¡Porque el Maligno le ha vuelto a poner furioso!

—¡Porque quería cargarse a Joseph!

—¡Silencio! —reclamó la alcaidesa. Recelosa y con cara de asco, clavó la vista en Moritz—. ¡Encadenad al wendo! En cuanto regrese mi esposo al castillo, decidirá sobre su destino.

*Praga, otoño de 1227*

El trovador punteó el laúd y se puso a cantar. Cantó sobre las sublimes y esplendorosas cumbres de los Alpes durante la puesta del sol; sobre blancos caballos salvajes en la tierra húmeda meridional del Reino de Francia; acerca

de los magníficos ejemplares de grullas que, todos los años en otoño, se daban cita en los lagos y en las praderas de las costas del mar Báltico; del aroma embriagador de la flor del tilo en la llanura de Germania, y del encanto de las mujeres romanas. Y también dijo que todo eso empalidecía al lado de la belleza de su noble dama.

Pero ninguna criatura divina es tan bella como vos / Y nada en el mundo anhelo más / Que contemplar la sonrisa de vuestros labios, / El brillo de vuestros ojos y el oro de vuestro cabello.

La doncella de cámara y confidente de Adelaida había conducido a Ansgar, de noche, por el castillo hasta la alcoba de su idolatrada dama. Sus escuderos esperaban abajo, en el patio de armas, entre los establos, donde cuidaban de los caballos. El joven Lothar iba a imitar el ulular de la lechuza para avisarle en caso de que amenazara peligro. Vestido con el hábito negro de un sacerdote, ahora Ansgar estaba sentado en un taburete cantando al son de su laúd y de una vieja melodía las tres estrofas de la canción que había compuesto para la noble Adelaida.

Y nada será más sagrado para mí / Que la certeza de vuestro amor y de vuestra indulgente merced.

Y ataviada con una túnica de color rojo oscuro, de pie y recostada contra la pared, se hallaba ella: ¡Adelaida! La alumbraban unas teas empapadas en resina y encajadas entre los bloques del muro. Su trémula luz arrojaba un resplandor sobre los rubios cabellos de Adelaida, sobre la blanca piel de sus brazos y sus hombros y sobre su noble rostro. El embeleso que le provocaba la canción de Ansgar se manifestaba en su mirada, en su postura y en su semblante, que la hacían aún más bella de lo habitual.

Ansgar se levantó, se acercó a ella y cantó la tercera estrofa, que había compuesto en la tina tras el victorioso torneo:

¿Acaso el hombre no anhela deleitarse y reposar algún día / En el Jardín Celestial llamado «Edén»? / ¡Muy cierto! Pero paladear el rocío de vuestra

boca, / Deleitarme con vuestros labios en vuestro regazo celestial / y reposar en vuestros paradisiacos pechos / Es algo que anhelo, oh noble dama, desde el primer día que os vi.

Ella se mordió el labio inferior, se llevó las manos al pecho y cerró los ojos. Ansgar rasgó por última vez el laúd y el sonido de las cuerdas se fue extinguiendo. Al resplandor de la luz de las teas, vio arder de rubor el rostro de su amada. Dejó el laúd en la banqueta y se quitó el hábito sacerdotal con el que se había disfrazado. Debajo llevaba la guerrera, una fina camisa y pantalones de piel. Tomó sus manos y le besó los dedos.

—No es justo que cantéis algo así, mi noble caballero —susurró apresuradamente Adelaida, y cerró los ojos—. Debéis anhelar la Jerusalén celestial y el regazo de Abrahán. —Tenía la cara de un tono rojo subido, y Ansgar sonrió satisfecho—. Pero no reposar en mis pechos y en mi regazo.

Adelaida se apartó de la pared, le soltó las manos y se dispuso a entrar a hurtadillas en la penumbra de su alcoba. Al pasar junto a él, Ansgar la cogió por la cintura y la retuvo.

—Ya resulta casi un pecado decir una cosa así, ¿no es cierto?

—Verdaderamente, mi caballero —dijo ella, asintiendo enérgicamente pero sin impedir que él la atrajera hacia sí.

—En ello reconoceréis cómo me he abandonado a vos, noble Adelaida. —Tomó su cara entre las manos—. Soy esclavo de mi deseo y de mi amor. Soy vuestro siervo. —Notó cómo a ella le temblaba el cuerpo. Sin duda, estaba perdida; hacía tiempo que le pertenecía.

—Yo por mi parte jamás osaría manifestar mi deseo con tanta claridad —indicó ella, tragando saliva.

—Por eso lo he expresado yo por vos. —La boca de Ansgar rozó sus labios—. Sin embargo, siento cómo las brasas del amor arden en vuestro cuerpo.

—¡Oh, mi querido caballero! —Le rodeó con sus brazos y recibió su beso.

Se besaron hasta que sus labios quedaron casi entumecidos. Los ardientes dedos de su dama revolviéron el pelo rubio de Ansgar, mientras su lengua buscaba ansiosamente la de él. Bajo la seda roja de su vestido, Ansgar notaba cómo sus omoplatos danzaban hacia arriba y hacia abajo.

Y no solo bailaban la lengua y los omoplatos de Adelaida, sino todo su cuerpo: deslizaba los dedos por la espalda de Ansgar, dejaba que él la estrechara entre sus brazos; arrimaba la cadera contra la de él, la apartaba un momento y volvía a frotarla.

Adelaida se apretó contra Ansgar sin parar de gemir como si estuviera ahogándose. Metió la pierna entre sus muslos, la sacó y volvió a introducirla arrimándose a él.

A Ansgar no le sorprendió la impetuosidad de su deseo. Desde la primera vez que la había mirado a los ojos y, sobre todo, desde que la había visto junto a ese gordinflón medio muerto, sabía que en el cuerpo de esa mujer bullía dolorosamente un hambre no saciada de amor.

Como un potrillo juguetero, Adelaida se plegaba a sus besos y a las caricias de sus manos. Tan pronto soltaba una risita, como gemía o ronroneaba. Ansgar se abandonó a sus muestras de vehemente deseo, la atrajo hacia sí, la sujetó con firmeza y mordisqueó la suave piel de su cuello, besándola una y otra vez.

—Vuestro corazón arde por mí, noble dama —le susurró al oído—. Lo estoy notando. Ahora voy a tomarlo en mis manos y voy a apagar ese fuego antes de que os queme por completo.

—Hacedlo, mi caballero; quiero ser vuestra.

Como si estuviera a punto de desmayarse, se hundió en el pecho de Ansgar. Este la cogió en brazos, la llevó a la cama y depositó la dulce carga sobre las sábanas. Cuando le quitó el vestido por la cabeza, notó la humedad de la seda.

Y luego fue él quien se hundió en sus brazos, en sus besos y en los gemidos de su deseo. El tiempo se detuvo. La noche contuvo la respiración. El aliento se fundía con el aliento; la piel se enardecía con la piel. Ansgar olvidó el torneo, olvidó los dolores, se olvidó de sí mismo.

—Adelaida —susurraba—. ¡Adelaida! —gritó, y derramó todo su amor en el paraíso del cuerpo de su amada.

El frío de la noche se colaba por las paredes de la alcoba. Adelaida y Ansgar se envolvieron en las sábanas. Abrazados y sin dejar de besarse, se susurraban cosas inauditas al oído y se mantenían entrelazados. Entre las

dulces palabras y los dulces besos de su idolatrada, en algún momento, Ansgar se quedó dormido.

Cuando volvió a abrir los ojos, estaba solo entre las sábanas. Se incorporó sobresaltado. En alguna parte de la habitación, Adelaida trasteaba con el vaso en la jofaina.

—¿Qué hacéis?

—No preguntéis, mi caballero.

Ansgar guiñó los ojos en la penumbra. La silueta de ella se movía tras una mampara. Ansgar comprendió: estaba aseándose.

Miró parpadeante hacia el resplandor de las paredes. Las teas estaban casi consumidas y tras las ventanas alboreaba ya la mañana. Sacó las piernas de la cama.

Un pinzón cantaba en el patio de armas. Le pareció oír el aullido ronco y estremecedor de un perro. ¿Un perro? Ansgar permaneció atento. De repente, se puso tieso como un huso en el borde de la cama. ¡No era un perro! ¡Bajo la ventana ululaba una lechuza!

Se agachó para coger las calzas y las botas, se acercó deprisa a la ventana de la alcoba mientras se ponía la camisa y miró hacia el patio de armas. ¡Sus escuderos! Heinrich y Rudolphus ya estaban montados a caballo; Lothar estaba de pie entre la yegua blanca y su propio animal. Mientras sujetaba los caballos, alzaba la vista hacia la ventana de la alcoba e intentaba imitar el reclamo de la lechuza.

Los sonidos que profería en mitad de la noche se asemejaban más a los aullidos de un cachorro de lobo que al reclamo de la lechuza; sonaban desesperados. Heinrich y Rudolphus, al distinguir su silueta en la ventana, le hicieron señas como si estuvieran pidiendo auxilio.

—¿Qué ocurre, mi caballero? —Adelaida apareció a su lado y se arrimó a él.

—¡Amenaza peligro! —Ansgar buscó su guerrera y se la puso. Se colgó el laúd, buscó a tientas la espada junto al lecho del amor y se echó por encima la sotana sacerdotal—. ¡Tengo que marcharme!

Adelaida se quedó junto a la ventana, miró hacia abajo y se llevó asustada las manos a las mejillas.



—¡Corred! —Dio media vuelta, le agarró del brazo e hizo amago de empujarle hacia la puerta de la alcoba—. ¡Huid, mi caballero!

De repente, unos pasos retumbaron en algún lugar del pasillo, al otro lado de la puerta de la alcoba, y abajo, en el patio de armas, Ansgar oyó de pronto gritos y el fragor de espadas que entrechocaban.

Adelaida reprimió un grito. Alguien llamó con los nudillos a la puerta cerrada con cerrojo de la alcoba e intentó forzar la manilla.

—¡Abrid! —La voz del conde polaco—. ¡Dejadme pasar inmediatamente!

Del susto, a Adelaida se le abrieron los ojos como platos, de modo que Ansgar pudo ver el reflejo de las teas en lo blanco de sus pupilas. Adelaida agarró a su caballero del otro brazo y lo empujó tras la mampara. Con la agilidad de un gato, se deslizó hacia la cama y se envolvió en las sábanas.

—¡Abrid! —De nuevo, el aporreo en la puerta de la alcoba y el insistente forcejeo con la manilla—. ¡Abridnos inmediatamente!

—¿Qué ha ocurrido, señor conde? —Adelaida bostezó haciéndose la medio dormida. Ansgar oyó cómo se levantaba de la cama e iba hacia la puerta—. ¿Acaso se ha producido un incendio, señor conde? —Era muy mala actriz.

Ansgar oyó cómo corría el cerrojo de la puerta y la abría.

—¡Apártate, mujer!

Ansgar oyó que se acercaban unos pasos firmes e impetuosos; la mampara fue retirada y ante él apareció el gordinflón del conde resoplando y empuñando la espada en la mano derecha.

## Luz

*Magdeburgo, otoño de 1227*

Gotthart recorría inquieto el vestíbulo del palacio, yendo de acá para allá entre las ventanas frontales. Los altos dignatarios se hacían esperar.

Al otro lado de las ventanas ya iba declinando la tarde, y sobre los tejados y las torres de Magdeburgo el cielo se teñía con los arreboles vespertinos.

Unas veces, Gotthard se detenía ante una de las ventanas septentrionales y contaba las almenas de la muralla, que trazaban una línea divisoria entre la zona de la catedral y Magdeburgo; otras veces, llegaba hasta la escalera que conducía al piso de arriba, alzaba la vista y se balanceaba sobre los pies; y otras veces, como ahora, se quedaba junto a Hubertus ante una ventana meridional contemplando las obras de la catedral.

Un carro lleno de bloques de piedra sin labrar rodaba hacia el edificio en obras; desde el interior de una calandria, dos hombres hacían rotar la alta y pesada rueda para acarrear bloques de piedra hasta la torre del noreste, que estaba en construcción; las grandes se amontonaban de una en una con unas tenazas de piedra, y las más pequeñas se apilaban sobre un palé. Y por todos los rincones sonaban martillazos, gritos y ruido de sierras.

A Gotthart le entró nostalgia de París.

—Echo de menos las obras de Notre Dame, Hubertus. —Al gigantesco muchacho procedente de los bosques del ducado de Baviera se lo había encontrado en París como cantero—. ¿A ti qué te parece?

—Este Magdeburgo no es ni la mitad de grande que París. —Hubertus tenía

una voz profunda que sonaba como un zumbido—. Y las mujeres de aquí, a orillas del Elba, no son ni la mitad de guapas que las de París.

—Lo primero es cierto, por desgracia; lo otro habrá que verlo. —Seguía caminando desde un extremo del vestíbulo hasta el otro.

El vestíbulo del palacio le recordaba a Gotthart a los atrios de todas las iglesias, fortalezas y palacios que, siete años antes, había visto durante su viaje por Italia en Roma, Palermo, Bolonia o Rávena: techumbre baja, pequeñas ventanas con arcos de medio punto, paredes gruesas como en un castillo y capiteles en forma de bloque, sin adornos, entre las columnas y arcadas que sustentaban el techo.

Tenía la impresión de encontrarse en un castillo fronterizo romano: mucha sombra, poca luz, todo muy austero, poca belleza.

Nada menos que el arzobispo de Magdeburgo vivía en este palacio, siempre y cuando no estuviera de viaje por Italia. Gotthart había tenido suerte: el arzobispo Albrecht planeaba partir de nuevo hacia el sur dentro de unas semanas, pero hoy se hallaba presente.

Hacía ya cuatro días que Gotthart había enviado su carta de recomendación al prepósito del cabildo. A ella había añadido algunos esbozos de sus trabajos parisinos. Esta tarde, al fin, los altos dignatarios se disponían a escucharle.

De nuevo se detuvo ante una ventana orientada al sur. La abrió y se asomó a ella. El chirrido de las sierras y los martillazos de los escultores y canteros llegaron ahora más nítidamente a sus oídos.

—¿No te suena a ti también a música celestial, Hubertus?

Su criado se asomó también a la ventana. Las sombras de los pocos muros del edificio en obras se habían alargado. De nuevo giraba la calandria. Los ciudadanos de Magdeburgo se paraban a mirar a los dos hombres que la hacían girar.

—¿No es esa la hermosa mujer de la extraña mirada? —Hubertus señaló hacia la gente que estaba ante la grúa de rueda—. La que vos tomabais por loca y a la que me mandasteis a buscar. ¿Os acordáis?

Gotthart miró más detenidamente... y por fin reconoció entre los mirones la grácil figura de pelo rubio pajizo que, en su segunda visita a las obras, le había llamado la atención por su timidez y su mirada punzante.

—Sí. Y no pudiste averiguar dónde vive.

Por sus ojos y porque no paraba de murmurar para sus adentros, Gotthart había tomado a la mujer por una enferma mental.

—Creedme, señor Gotthart, es una ramera. Por eso parece tímida como un corzo. Y por eso no para de hablar: para atraer a los clientes.

—¿Una prostituta?

Gotthart observó la encantadora figura de la mujer, un poco apartada de los mirones. Se sintió físicamente atraído por ella. Tal vez Hubertus tuviera razón. Los de las obras pronto dejarían de trabajar, y no todos tenían una mujer. Tampoco él la tenía, y el viaje desde París hacia el norte había sido largo.

Se le aceleró la respiración.

—Una prostituta no se atrevería a buscar clientes en el lugar de las obras de un templo de Dios.

—¿Por qué no? —Hubertus se encogió de hombros—. Ahí enfrente todavía no se ha consagrado nada, por lo que he oído. En París también teníamos a veces mujerzuelas delante de la catedral ¿No os acordáis?

Gotthart asintió con la cabeza.

—Entonces ve y habla con ella. —Excitado por la fantasía, hacía tiempo que ardía de concupiscencia—. Si es una puta, tráela a nuestro alojamiento.

—¿Y si no lo es?

—Entonces busca a otra donde sea. ¡Date prisa!

Hubertus recorrió a grandes zancadas el enorme vestíbulo en dirección al portal de entrada y abandonó el palacio.

Gotthart observó a la mujer, que estaba junto a la grúa de rueda. Cuando los hombres dejaron de accionarla y se bajaron de la rueda elevadora, la gente que los miraba se dispersó en todas direcciones. La del pelo rubio como la paja desapareció tras la obra inconclusa de la torre.

Desde su llegada a Magdeburgo, el escultor de París había visitado las obras a diario, y desde un principio se había extrañado de lo poco que se reconocía todavía de la forma habitual de una catedral. Primero habían levantado dos muros a medio terminar de la nave transversal. Aparte de eso, las paredes del coro, el deambulatorio y dos torres en el este; una llegaba hasta la primera cornisa y la torre del noreste alcanzaba una altura algo

superior.

Gotthart se preguntaba si al arzobispo y al cabildo catedralicio se les habría terminado el dinero. Algo así se comentaba una y otra vez de las obras francesas. En tal caso, ¿tampoco estos le podrían pagar?

Cada vez más inquieto, se dirigió hacia otra ventana. Desde aquí se veía a unos obreros ocupados en abrir fosos para los cimientos de los pilares de las naves longitudinales. Por doquier destacaban entre los montones de tierra pilas de bloques de piedra sin labrar. En un erial, junto a una pequeña iglesia que había en el lado sudoccidental de las obras de la catedral, se amontonaban piedras ennegrecidas por el hollín, columnas y vigas carbonizadas. Restos del anterior edificio quemado, supuso Gotthart.

En París, tal día como hoy —a finales de octubre, cuando tras la cosecha también había concluido la vendimia—, habían trabajado en las obras unos trescientos hombres, y algunos días cuatrocientos o incluso más. Aquí, en las obras de la catedral de Magdeburgo, no había ni mucho menos tanto ajeteo. Cuando Gotthart había visitado por primera vez las obras de allí enfrente, había como mucho sesenta obreros trabajando en los nuevos muros. Hoy le pareció que había menos todavía.

En el piso de arriba se abrió una puerta; se oyeron pasos. Gotthart cerró la ventana y se dirigió a las escaleras. Arriba apareció una robusta figura de un hombre con un manto negro echado sobre una túnica blanca ceñida por un cingulo plateado. Un canónigo, sin duda.

—¿Gotthart de Saint Leonard? —gritó el hombre desde allí arriba.

—Soy yo, Señoría Ilustrísima.

—Estamos preparados para recibirle.

La poderosa calandria chirriaba, crujía y rechinaba. Era tan alta que dentro podían caber tres hombres, uno encima del otro. Los dos hombres encargados de la rotación, tras los radios de la rueda, pisaban con fuerza los maderos transversales que tenían a sus pies mientras se agarraban a los maderos transversales que tenían sobre sus cabezas. Aunque no eran demasiado mayores, sudaban y respiraban con dificultad. Atado a una gruesa soga, un

palé con unos cuantos bloques de piedra se balanceaba lentamente hacia lo alto de la torre, que todavía no estaba ni mucho menos terminada. Matilde llevaba desde la tarde contemplando este procedimiento, que siempre era el mismo.

—¿Acaso no es como un reflejo de nuestra breve vida? —murmuró entre susurros—. Seguir pisando y tirando de la rueda de la vida, vuelta tras vuelta, siempre el mismo e ímprobo trabajo. ¡Menuda carga que nos has impuesto!

Un hombre se volvió a mirarla con el ceño fruncido; otros la miraban disimuladamente de reojo.

La calandria se detuvo; desde arriba tiraron del palé hasta la cima del muro y encajaron los bloques en la torre nueva. Los hombres de la rueda se cambiaron al otro lado, pisaron de nuevo un madero y se agarraron al otro, pero ya sin tanto esfuerzo. El palé vacío fue bajando... y vuelta a empezar desde el principio.

Por el otro lado de la calandria asomó el eje de la misma y se introdujo en un torno, lo hizo girar y, de este modo, se puso en movimiento la cuerda de la alta grúa de madera.

—Y ahora otra vuelta más. —Matilde rio para sus adentros—. Y así una y otra vez.

La gente que la rodeaba se apartaba un poco de ella. Algunos la observaban con el rabillo del ojo y chismorreaban entre sí. A Matilde no le importaba. Miró hacia el cielo del anochecer.

Faltaba como mucho una hora para que allí arriba refulgieran las primeras estrellas. Y en el coro nuevo, tal vez —¿quién sabía?—, volvería a brillar para ella la hermosa luz divina. Y quizás incluso oiría hablar a los santos entre sí.

Dos veces lo había experimentado desde que vivía en Magdeburgo. Y tenía ganas de volver a tener esa experiencia que tanto le había gustado.

Arriba, los albañiles acomodaron los siguientes bloques de piedra de la nueva pared de la torre. La calandria rechinó, el palé descendió y golpeó contra el suelo. Los dos hombres jóvenes que estaban en el interior del tambor de la rueda abrieron la reja y se apearon. Pasando junto a Matilde y los demás, tomaron a grandes zancadas la dirección hacia el Camino Ancho.

—Ya pasó —musitó Matilde—. Llega un momento en que se acaba el ímprobo trabajo y la rueda de la vida deja de girar. Y nosotros nos iremos a casa, a tu casa...

—¿No te encuentras bien, mujer? —Un hombre con uniforme de concejal se volvió hacia ella.

— ...o al infierno —dijo Matilde en voz algo más alta. Al concejal se le abrieron los ojos como platos y se estremeció—. Amén —dijo Matilde, santiguándose.

—Déjala. —Una mujer mayor se interpuso entre el concejal y ella—. Pertenece a una orden de mujeres piadosas a las que llaman beguinas. Solo está rezando.

Pasando por la torre nueva, Matilde se dirigió al solar de las obras. El crepúsculo vespertino iba avanzando cada vez más aprisa. Dos hombres encargados de mezclar el mortero acarreaban una cubeta de argamasa hacia el coro, ya casi terminado. Unos carpinteros empujaban un carro lleno de tablas de encofrado hacia el muro meridional. Allí lo dejaron, recogieron sus herramientas y se fueron a casa o a las barracas de la *Bauhütte*. También los albañiles fueron bajando de los andamios y de los muros y abandonaron el solar de las obras de la catedral. De los fosos destinados a los cimientos de las naves longitudinales salieron los obreros, se echaron al hombro palas, picos y azadas y se dirigieron hacia el Camino Ancho.

Matilde oyó voces procedentes del coro nuevo. Junto a la torre también quedaba uno que todavía no quería marcharse a casa. Un hombre alto de hombros anchos. Llevaba un tahalí con daga y espada y un jubón rojo por encima de un largo sobretodo. Matilde dejó de prestarle atención.

Tras cruzar una alta arcada, se internó en la girola del coro. Una corona de cinco capillas ribeteaba su parte exterior. Pasó rápidamente por delante de las dos primeras capillas absidales y, por último, en la capilla axial, la del centro, se puso en cuclillas, con las rodillas abrazadas, tras el sarcófago de la reina Edith. En algún momento, los últimos obreros también se irían a las barracas o a las tabernas o a la ciudad con sus familias. Matilde era una mujer que sabía esperar.

Pronto quedó en penumbra en su pequeña ermita. Los pasos y las voces se

alejaban; los albañiles abandonaron el coro nuevo y el lugar de las obras. Matilde se levantó.

—¿Me lo vas a conceder de nuevo? —Quería ver la luz, quería oír a los santos—. ¿O tengo que esperar más? —Salió de la capilla axial en dirección al deambulatorio.

Un hombre apareció ante ella: el alto de los hombros anchos y el tahalí. Cubría su cabeza de pelo rizado y oscuro con un gorro adornado con unas plumas rojas. Tenía la boca grande, una horrible cicatriz en el cuello y una barba rizada.

—¿Quién eres tú? —le preguntó Matilde.

—Un mensajero de mi señor. —¿Qué voz más grave tenía el hombre!

—¿Un mensajero de Dios? —Matilde le miró extrañada.

El hombre esbozó una sonrisita.

—¿Quién sabe! —Sonreía de una manera que a Matilde no le gustaba—. ¿Estás mal de la cabeza?

—¿Por qué?

—Porque no paras de hablar sin que nadie te escuche.

—¡Oh, ya lo creo que sí! Él me escucha y tenemos muchas cosas que decirnos. De nuevo esa sonrisa desdeñosa.

—Dime cuál es tu precio, mujer.

—¿Qué?

—Ven conmigo; mi señor reclama tus servicios. —El grandullón se volvió y le hizo una seña para que le siguiera—. Vamos, ven y dime cuánto cobras.

Matilde salió de la girola tras él, sopesando sus palabras. ¿Un mensajero del Señor? ¿Su Señor reclamaba sus servicios? A un enviado de Dios no se le podía rechazar. Pero esa sonrisa taimada, esa mueca... ¿era la propia de un ángel?

Al llegar a la torre, Matilde se detuvo.

—¿Qué clase de servicio requiere tu señor? —Ahora su voz sonaba muy distinta: alta, firme y clara—. ¡Habla! —Su voz retumbó en los muros, ya envueltos en la oscuridad.

El hombre alto se volvió.

—No te hagas la tonta. —Le puso la mano en el pecho y lo apretó—.



¿Cuánto cuesta? ¡Dilo de una vez! —Estiró el brazo hacia su vulva.

Matilde retrocedió y alzó las palmas de las manos en un claro gesto de rechazo.

—¡Tú! —gritó, mirándole a la cara—. ¡Ojos muertos! ¡Corazón ciego! ¿Quieres hacer el favor de dejarme sola?

—Hemos leído vuestra carta de recomendación con mucho interés —dijo el hombre desde lo alto de la escalera, con una sonrisa bondadosa.

El prepósito del cabildo Wilbrand von Käfernburg tenía una cara ancha y toscamente huesuda, la nariz bulbosa y la boca pequeña, y rondaría los cuarenta y pocos años.

Gotthart le siguió por la batiente abierta de un portón que daba a una sala grande, en la que a su vez dominaban, en la penumbra, los muros sólidos y las ventanas de arco de medio punto. El techo bajo, de piedra arenisca, estaba artesonado.

Junto a una mesa maciza había un hombre flaco de cara estrecha y angulosa en la que resaltaban una nariz ganchuda y unos ojos muy despiertos. También este llevaba un manto negro, sin cuello, como el del canónigo, y una túnica blanca, el alba; su túnica, sin embargo, iba ceñida por un cingulo dorado. Un solideo cubría su cabeza de pelo gris blanquecino, el así llamado pileolo.

—Su Excelencia Reverendísima el arzobispo Albrecht —le dijo el prepósito del cabildo—. Acercaos. —Gotthart se acercó al arzobispo y besó su anillo episcopal.

La apariencia física de Albrecht era la de un hombre noble: dominio de los gestos, barbilla apuntando levemente hacia arriba, postura erguida. Para asombro de Gotthart, no se parecía nada al prepósito del cabildo, y eso que eran hermanastros.

—Y este es Su Muy Ilustre Señor Dietrich von Dobin. —Wilbrand señaló hacia un canónigo que se hallaba apoyado en la moldura de la pared, entre dos ventanas. Un hombre muy menudo, de pelo cano, que a lo sumo tendría cuarenta años; su aspecto llamaba tan poco la atención, que hasta ese momento Gotthart no había reparado en él—. Su Muy Ilustre Señor Dietrich pertenece al

cabildo catedralicio. En lo sucesivo, supervisará la marcha de las obras de la catedral.

—Y explicará detalladamente a los constructores cómo nos imaginamos nuestra nueva catedral —añadió Albrecht, señalando algunos pergaminos que había sobre la mesa que tenía delante—. Es asombrosa, vuestra carta de recomendación, verdaderamente asombrosa. —El arzobispo fue directamente al grano—. Hombres poderosos y de renombrado prestigio interceden por vos, Gotthart de Saint Leonard. El cardenal parece que os tiene en alta estima.

—Doy gracias a Dios. —Gotthart amagó una reverencia—. Solo se lo debo a su misericordia.

—¿Estáis emparentado con el cardenal? —El arzobispo escudriñó al francés con la mirada.

Gotthart notó cómo le subían los colores a la cara. Agachó la cabeza y confió en que Albrecht no ahondara más en el asunto.

—También eso debo agradecerse a la misericordia de Dios, el cual ha bendecido a su Eminencia Reverendísima con una gran familia.

—Y con una familia noble, por lo que sé. El rey francés es su sobrino. —El arzobispo observó con una atención que no remitía la cara de Gotthart. Este confió en que no se le notara su inquietud—. Y aquí leo que vos estáis a punto de ascender a conde. —Se acercó un poco más a los ojos la carta del cardenal—. ¿Cuándo será eso?

—En los próximos meses, Su Excelencia Reverendísima.

—¿Un escultor de la clase noble? —Meneando la cabeza, el arzobispo Albrecht se dirigió a un sillón, al otro lado de la mesa, y tomó allí asiento—. Eso no lo he oído salvo muy rara vez. Más bien me parece lo habitual que uno de vuestra clase emprenda la carrera de caballero de la Corona. O que tome el hábito monacal y haga votos religiosos.

—Efectivamente, en origen emprendí la carrera de caballero. —El minucioso interrogatorio sorprendió a Gotthart, que se sintió incómodo. Eligió las palabras con cuidado—. Durante tres años cabalgué como joven escudero bajo el blasón del conde Von Lamotte...

—¿De manera que también sois ducho en el arte de la guerra y de las armas? —le interrumpió el prepósito Wilbrand. Este, que hasta entonces había

seguido la conversación con cara de hastío, de repente se mostró muy interesado—. ¡Eso es bueno saberlo!

—Seguid hablando, Gotthart —le ordenó el arzobispo, mirando indignado y de reojo al prepósito del cabildo—. Así pues, habéis adquirido experiencia militar como escudero de un conde francés. ¿Y qué sucedió para que abandonarais el camino emprendido?

—Hace siete años viajé por Génova, Florencia y Pisa...

—¡Oh, habéis estado en Italia! —Ahora fue el propio arzobispo el que le interrumpió. Por primera vez, Gotthart le vio sonreír—. ¡Muy bien! Yo cruzo con frecuencia los Alpes. Con demasiada frecuencia, si hiciera caso de mi médico.

—¡Es un maravilloso trozo de tierra, Su Excelencia! En aquella ocasión viajé en el séquito de Su Eminencia Reverendísima. El cardenal tenía cosas que hacer en Roma. Desde muy joven he practicado la escultura; sin embargo, estando al servicio de mi conde y en el campamento militar sacaba poco tiempo para dedicarme a ella. Y luego, en el viaje a Roma, ¡qué magníficas iglesias tuve ocasión de ver! Me sentí realmente apabullado. Hasta entonces no había visto nada parecido, al norte de los Alpes.

Gotthart le habló de las catedrales y basílicas que había visto en las ciudades de Italia y de lo que le habían entusiasmado sus estatuas y grupos escultóricos. Al arzobispo le brillaban los ojos. Haber encontrado con Italia un tema que a este poderoso hombre le entusiasmaba tanto como su nueva catedral sirvió para que Gotthart se sintiera al fin en terreno seguro. De modo que puso a Italia por las nubes y describió las obras arquitectónicas y las estatuas que había visto en Génova, en Florencia y en Roma. Ya nadie volvió a interrumpirle.

—Esas obras maestras me han llegado al alma, Su Eminencia Reverendísima —concluyó—, y en Roma me encontré con un hombre al que la escultura le había dado fama y cierta riqueza. Quise seguir sus pasos y decidí quedarme en el taller de este maestro.

—¿Y el cardenal os lo permitió?

—¡Sí, gracias a Dios! Pude estudiar allí cuatro años.

—Da la impresión de que habéis aprendido mucho en el taller de vuestro

maestro romano. —El arzobispo cogió un pliego que había ante él en la mesa—. En cualquier caso, el maestro de obras de la nueva catedral de París os pone una buena nota, una nota excelente, diría yo. —Cogió otro pliego de la mesa—. Y los dibujos de vuestras figuras no hacen sino corroborar su calificación. Nos gustan mucho, señor Gotthart.

Durante unos segundos, su mirada aprobatoria recorrió los renglones de la carta de recomendación, así como los dibujos de Gotthart. Por último, dejó las dos cosas sobre la mesa, se inclinó un poco sobre ella y observó a Gotthart, a quien le costó mucho dominarse para aguantar la mirada escudriñadora de Albrecht.

—Como es natural, esto arroja la pregunta de por qué habéis dejado de estar al servicio de ese maestro. —El arzobispo arqueó las cejas y ladeó la cabeza; al menos no preguntaba por el padre de Gotthart—. ¿Por qué habéis abandonado las obras si allí lograbais crear esas figuras que tanto elogia vuestro maestro de obras?

—Pues bien, Su Eminencia Reverendísima, en París no siempre es fácil para un escultor como yo crear mis estatuas siguiendo las reglas de mi arte y con arreglo a la inspiración del Espíritu Santo. —Naturalmente, Gotthart se esperaba esa pregunta y había preparado minuciosamente la respuesta—. Con demasiada frecuencia, al rey de Francia le gustaba aportar e imponer sus ideas.

—Tan malas no parecen haber sido las ideas del rey, tengo entendido. —El preósito del cabildo, que para entonces se hallaba junto a la mesa, al lado de su hermanastro, tomó el pliego con los bocetos y los observó—. Estos demonios con cuernos que aquí hacen la función de gárgolas me gustaría que aparecieran también en nuestra nueva catedral. Es muy bonito también el ángel que expulsa a Adán y Eva del Paraíso; fíjate, Albrecht. O mira este caballero, con qué vigor y realismo abate la espada sobre el cuello del mártir...

—¡Por favor, hermano Wilbrand! —El arzobispo interrumpió indignado al preósito del cabildo—. Aunque así fuera... la autoridad laica no tiene por qué inmiscuirse en la creación de un templo de Dios. Ni siquiera cuando en su interior reposan los restos mortales de un emperador. ¡Una catedral es como una homilía! Ha de dar testimonio del Dios trino y uno, de su omnipotencia y

de la inminente segunda venida de su hijo Jesucristo. Y solo los pastores religiosos de la Iglesia romana están autorizados para dar testimonio de ello.

—Me habláis desde el corazón, Su Excelencia Reverendísima. —Gotthart hizo amago de una reverencia—. Por desgracia, no todos los príncipes lo ven de esa manera.

—Eso nos es conocido.

El arzobispo lanzó a su hermanastro una mirada reprobatoria. Luego dejó las cartas sobre la mesa, tomó el pliego de los esbozos, se levantó y se dirigió hacia la ventana, junto a la que se hallaba el canónigo bajito de pelo gris, a quien le entregó sin decir una palabra los dibujos de Gotthart. Después, se quedó un rato mirando las obras de abajo. Al otro lado de las ventanas ya iba oscureciendo.

—Hay bastantes ciudades en el Imperio en las que últimamente están construyéndose catedrales —dijo en algún momento el arzobispo—. Por no hablar de la obras del Reino de Francia. —Se volvió y miró a Gotthart a la cara—. ¿Por qué nos ofrecéis vuestros servicios precisamente aquí, en Magdeburgo?

—El cardenal os ensalzó, Su Excelencia Reverendísima. A vos y a vuestro audaz propósito de reconstruir la catedral imperial, arrasada por un incendio. Recordando agradecido el encuentro con vos en Roma, Su Eminencia Reverendísima me pidió que colaborara en la reconstrucción con mi arte. Y sus deseos han sido órdenes para mí.

—Eso me honra, señor Gotthart, de verdad. —El arzobispo sonrió con vanidad—. ¡Pero hay una cosa que debéis saber! —Inmediatamente se puso serio—. Yo no quiero en modo alguno reconstruir la catedral del emperador Otón. Incluso he mandado demoler por completo las ruinas del incendio. Quiero construir para san Mauricio y para el gran emperador Otón una catedral completamente nueva. Una que tenga el fascinante estilo que he tenido ocasión de contemplar en París. Quiero construir una catedral de la luz.

—Una catedral de la luz —repitió Gotthart en voz baja.

—Una catedral de la luz, exactamente. Y para ello nos gustaría contar con vuestros servicios, señor Gotthart. —El arzobispo regresó a la mesa y se detuvo ante Gotthart—. Nuestro maestro de obras está enfermo; al nuevo se le

espera, como muy pronto, antes de Navidad. —Señaló hacia el anodino hombre de la ventana—. A nuestro hermano Dietrich von Dobin, el espíritu de Dios le ha mostrado un grupo escultórico que ha de adornar nuestra nueva catedral de la manera más majestuosa. ¿Conocéis la parábola de Jesús de las Diez Vírgenes?

—Un poco. —Gotthart no había oído hablar nunca de semejante parábola.

—El Muy Ilustre Señor Dietrich os explicará todo lo necesario.

Matilde miró fijamente a los ojos del mocetón de mirada abúlica... hasta que este agachó la cabeza y se marchó, sin replicar y sin decir ninguna blasfemia; sencillamente dio media vuelta, dejó atrás la torre y se dirigió al palacio del arzobispo.

¿Al palacio del arzobispo?

Eso despertó la curiosidad de Matilde. ¿Pertenería a la guardia arzobispal? Corrió hacia la torre, subió por una escalera y observó al grandullón a través de una ventana medio terminada de la torre. Efectivamente, el muy desvergonzado subió las escaleras del portal de entrada y desapareció en su interior.

El desagradable encuentro con el desconocido había alterado a Matilde.

—Mi alma está inquieta —susurró, mirando al cielo. Las primeras estrellas ya lanzaban destellos—. Demasiado inquieta como para poder soportar hoy tu luz.

Esperó en la torre hasta que el grandullón volvió a salir del palacio arzobispal. Le acompañaba otro hombre, más joven y mejor vestido. Los dos se dirigieron hacia el portón que, a través de la muralla que rodeaba la zona de la catedral, llevaba directamente a la ciudad. Matilde se bajó de la torre y los siguió sigilosamente.

Por el Camino Ancho, los hombres fueron hacia el portón del norte. Un poco antes de llegar a él, se metieron por un callejón. Matilde los siguió hasta que se detuvieron ante una casa grande de madera pegada a la muralla de la ciudad. Sobre la puerta de la casa ardía una tea dentro de un farol. Llamaron con los nudillos. Matilde se escondió bajo un arco del portón y desde allí los

espió.

—El alto le saca media cabeza al más joven —murmuró. Una melena de color arena asomaba por el gorro rojo del hombre—. Sin embargo, es ancho de hombros y parece bastante robusto. —El hombre tenía una frente despejada, la cara ancha y los labios carnosos—. Pero qué inquieto está; no para de mirar hacia todos lados. Y el grandullón también. ¿Temerán que los estén persiguiendo? ¿O te temerán a ti, mi Dios y mi Señor? —Matilde escondió la cabeza tras el arco del portón.

Alguien les abrió la puerta; Matilde la oyó rechinar. Desde el portón arqueado escudriñó el oscuro callejón. Una mujer apareció en el umbral de la puerta; a la luz de su bujía de sebo, Matilde pudo ver el brillo de su cabello rubio como el oro. Y su sonrisa seductora. Y su vestido amarillo. Pasando a su lado, los hombres entraron en la casa. El alto tuvo que agacharse para caber por la puerta.

Matilde esperó un rato y, luego, se atrevió a abandonar su escondite del portón arqueado. Al otro lado de la calle, se acercó a hurtadillas a la casa del farolillo con la tea. Sobre el farol había un gallo de hierro fundido. En la cresta tenía una varilla, sujeta con una argolla, que servía para que el farol se sostuviera encima de la puerta.

Un vestido amarillo y un gallo... o sea, una casa de putas. Matilde se puso furiosa.

—De manera que el muy grosero me ha tomado realmente por una prostituta. —La ira y la vergüenza le ardían simultáneamente en el pecho—. Huyamos de aquí lo antes posible.

Se volvió con la intención de internarse en la oscuridad de la ciudad. Pero de repente oyó gritos. Se quedó inmobilizada, escuchando atentamente. ¿Qué había sido eso? ¿Quién había gritado?

Era el grito de una mujer. Desde la casa de putas. Profería unos chillidos estridentes, como si alguien le estuviera infligiendo horribles dolores. El miedo atenazó la garganta de Matilde.

En el patio del burdel se abrió una puerta. Matilde vio cómo una mujer desnuda corría gritando por el patio y se metía en un establo. Unas gallinas cacarearon. La mujer cerró la puerta por dentro con pestillo. De los gritos

pasó a un llanto lastimero.

—¡Asístela, Dios mío! —murmuró Matilde, asustada—. ¿Qué le habrán hecho a la pobre?



## Bella como el sol

*Jena, noviembre de 1227*

El pueblo se llamaba Jena; en realidad, era ya casi una ciudad. Ansgar no había oído hablar nunca de él. Con una copa de vino en la mano y apoyado en la puerta de un figón, miraba con indiferencia el hervidero de gente que bullía en la plaza del mercado. Llevaba su tahalí y la guerrera negra con el blasón de los cisnes blancos sobre una camisa de lana no teñida. Blancas plumas de cisne adornaban su gorro rojo. Estaba cansado y preocupado. Y le dolía el trasero de tanto cabalgar.

Dentro de la taberna se acurrucaba uno que bebía vino y que aún estaba más cansado y preocupado que él: Lothar. Llevaba ya varios días sin decir nada impertinente. Ni siquiera seguir con vida le consolaba, a Lothar.

Otro tanto le ocurría a Ansgar. Heinrich y Rudolphus habían muerto bajo los sablazos de los caballeros y escuderos del conde polaco. El gordinflón le había robado a Ansgar todas las armas, los arneses y los caballos que había ganado en el torneo, así como la mayor parte de los suyos propios. Asimismo le habían despojado de las tiendas de campaña y de los carruajes. Y de casi todo el dinero. No le quedaba ni una sola lanza, ni siquiera la cota de malla.

Lo único que no le había robado era la vida, pues Ansgar se había defendido a sablazos, patadas y puñetazos. Y también había salvado la vida de su joven escudero.

Lo había perdido todo, pero aún conservaba la vida. Y la blanca yegua. Y aproximadamente noventa *pfennig* de plata. Y a Lothar y su caballo. Habían

tenido que salir zumbando. Todo ello la misma noche en que se había abandonado al goce del paraíso. De eso hacía ya doce días.

Una hora en el paraíso, y doce días de arrepentimiento. Ansgar daba sorbitos de su vaso de vino.

Seguramente, también había perdido a Adelaida. ¿Cómo se encontraría bajo la férula de su enfurecido gordinflón? ¿Se habría apiadado de ella y solamente le habría hecho poner su hermosa cabeza sobre el tajo del verdugo? ¿O la habría metido el polaco en un convento?

Ansgar no quería ni pensarlo. Aunque se sacudió, la imagen de ella permanecía adherida a su cabeza como la cota de malla al pecho sudado de un caballero.

—Adelaida —murmuró, alzando con un gesto de cansancio la copa de vino—. A la salud de vuestra alma, noble dama. —Bebió.

En ese momento, su mirada recayó en el Hausberg de Jena. «Hausberg» o «Montaña de casa» era como llamaba el tabernero a la cadena de colinas que se extendía al este del pueblo. En sus más altas lomas emergían cuatro castillos. Ansgar dejó el vaso vacío y las contempló con indiferencia. Tal vez uno de los alcaides estuviera librando una bonita guerra y necesitara a un valiente caballero. A lo mejor haría bien en subir y ofrecerle sus servicios a un alcaide. Pero para eso estaba demasiado cansado y demasiado preocupado. Y tampoco poseía una coraza. Ni siquiera una cota de malla.

En origen había planeado cabalgar hacia Italia, hasta la corte del emperador Federico en Rávena. Ansgar quería partir a Jerusalén con el emperador. Pero ¿cómo iba a ir a la Cruzada sin los caballos, las armas, los escuderos y el dinero necesarios? ¡Descartado! Así que no le quedaba más remedio que viajar al Reino de Dinamarca y pedirle a su padre que abriera el cofre condal.

Ansgar se volvió y regresó a la taberna. El sitio en el que había visto por última vez a Lothar estaba vacío, y su vaso de vino volcado. Ansgar le buscó con la mirada por todo el figón. Campesinos, menestrales y comerciantes abarrotaban las mesas. Ni rastro de Lothar.

Dos hombres sentados junto a la ventana, cerca de la puerta, llamaron la atención de Ansgar por sus ropas andrajosas. Los dos llevaban unas camisas polvorientas y a los dos les asomaban los dedos sucios de los pies por la

punta de su calzado agujereado. Uno llevaba una maceta de madera al cincho, el otro un cincel. *Canteros*, pensó Ansgar. Hablaban entre sí en un dialecto muy cerrado. Ansgar tenía que prestar mucha atención para entender lo que decían.

—Ya parece que se le va pasando la nostalgia —dijo el de la almádena.

—Los primeros días la pobre no paraba de llorar en el carruaje —indicó el del cincel.

—Ya se acostumbrará a la nueva ciudad, cuando lleguemos a ella.

—El maestro dice que ella no puede separarse de la tumba de su madre.

El de la maceta se rio con picardía.

—¡Y yo que pensaba que echaba de menos a los hijos del gobernador!

—¿Tiene ese aspecto alguien que echa de menos a un tipo? —El del cincel señaló hacia el mercado—. Mira cómo le hace ojitos al francés.

—¿Crees de verdad que...?

—¡Fíjate en las miraditas que le echa Jacques! He oído decir que al maestro no le importaría nada tenerlo como yerno.

—Lo dudo. —El de la maceta negó con la cabeza—. El maestro Bohnsack busca a alguien de clase noble y con tierras. Jacques no tiene nada, y además es un don nadie.

—Te equivocas, es un buen escultor; de lo contrario, el maestro Bohnsack no lo llevaría consigo a Magdeburgo. —El del cincel miró por la ventana y suspiró profundamente—. Mírala, mira a Helena; ¿acaso no es bella como el sol?

—Ya lo creo. —El otro le acarició la cabeza pelada con una sonrisa burlona—. E igual de peligrosa: si expones demasiado la calva al sol te vas a quemar. Entonces te volverás loco.

Ansgar se dirigió de nuevo al umbral de la puerta para ver de quién chismorreaban los canteros. Descubrió a la doncella de inmediato, al primer golpe de vista. Rodeada de tres hombres, se hallaba junto al carro tirado por bueyes de un campesino. Uno de ellos era un monje.

El campesino había cargado jaulas y cestos de alambre con aves de corral. No eran los hombres quienes llevaban la palabra, sino la joven. Por las voces que pegaba el campesino y los gestos violentos de la mujer solo se podía

sacar una conclusión: estaban discutiendo.

Ansgar regresó al interior de la taberna y dejó el vaso en la barra. El cantinero señaló con un movimiento de cabeza la copa de vino vacía de Lothar. El caballero tuvo que mirar por segunda vez para descubrir a su escudero: Lothar estaba debajo de la mesa durmiendo.

—Llévale a una habitación. —Ansgar dejó dos *heller* en el mostrador—. Nos quedaremos una noche.

El tabernero examinó las monedas con cara de malas pulgas porque le pareció que pesaban poco. El caballero añadió otro *heller*. Por fin quedó satisfecho el cantinero y llamó a un criado.

Ansgar salió corriendo del figón y fue a la plaza del mercado. Aún seguían discutiendo los del carro cargado de aves. A estas alturas, el campesino y la joven estaban insultándose. Para entonces se habían acercado también otros campesinos y unos artesanos, que tampoco paraban de hablar.

—¿Podemos ser de alguna utilidad? —Ansgar se plantó delante del campesino.

Al instante cesó el airado parloteo. Las miradas de los campesinos y de los artesanos se clavaron en su sobreveste y en su espada.

—¡Esta descarada mujerzuela no quiere pagar lo que valen mis gallinas! —El campesino se cruzó de brazos.

Ansgar vio la cara fina de la doncella e inmediatamente le vinieron a la memoria las palabras del cantero: *bella como el sol*. Era de rasgos delicados y tenía la boca grande y los ojos de color azul oscuro. Con un pañuelo blanco se anudaba las largas trenzas de color castaño rojizo en la nuca. Le pareció jovencísima; como mucho tendría uno o dos años más que Lothar.

—Le he comprado nueve gallinas. —La joven señaló tres sacos que sostenían sus acompañantes, dentro de los cuales reinaba el cacareo y el pataleo—. Cuestan un *pfennig* y medio, y le he dado dos. Así que me tiene que devolver un *heller*, ¡el muy palurdo!

—¡Te vas a enterar, mujerzuela descarada! —se encolerizó el campesino—. ¡Nueve gallinas cuestan dos *pfennig*!

—A la mujer del tabernero le ha vendido antes tres gallinas por medio *pfennig* —dijo un hombre rubio de la edad de Ansgar, que estaba

llamativamente cerca de la hermosa doncella—. O sea, por un *hëller*.

—¡Y a mí va y me pide más! —La muchacha no parecía tener pelos en la lengua.

—¡Es que acaban de subir de precio!

—¡Dame inmediatamente mi *hëller*, paletito apestoso! —La mujer cerró los puños y Ansgar tuvo que contener la risa.

—¡Niñata descarada! —El campesino se puso rojo y se abalanzó sobre ella, listo para golpearla. El monje se interpuso entre él y la joven.

—¡Calma! —Ansgar agarró al campesino por las solapas y le retuvo con fuerza—. ¡No te consiento que hables así con esta doncella! —Señaló el cesto de alambre que contenía dos patos—. ¿Qué pides por un pato de esos? —Soltó al campesino, pero se interpuso entre él y la atrevida mujer, acompañada de su protector monacal.

El campesino se alisó su camisa gris de lino, echó primero un vistazo al pato y luego miró al caballero.

—Un *hëller*.

—¿Y por el ganso gordo de esa jaula?

—Un *pfennig*, pero de los buenos.

—¡Pues trae para acá!

El campesino escudriñó a Ansgar con los ojos entornados, y a los tres hombres que estaban junto a la mujer los miró con mayor recelo todavía. Uno de ellos había sacado del cincho su martillo de carpintero; el rubio apretaba los puños, y el monje castigaba al campesino con una mirada severa. Finalmente, este se inclinó sobre la superficie de carga de su carro y acercó la jaula del ganso.

—¿Os queda algún otro saco? —preguntó Ansgar al acompañante rubio de la joven, que supuso que sería el escultor francés.

Este cogió del hombro un saco vacío y lo abrió. Ansgar rebuscó un *hëller* en su sobreveste y lo arrojó al carro. Luego, con la velocidad del rayo, abrió la jaula, agarró del cuello al ganso, que no paraba de graznar, y lo metió en el saco.

—Esto os lo regala el caballero Ansgar von Lund. —Le entregó el saco a la doncella, sonriendo y mirando su precioso rostro—. Pero me debéis un muslo

de ganso.

Ella ladeó la cabeza sobre el hombro y le miró dubitativa.

—Gracias —dijo por fin, dio media vuelta y se marchó. El carpintero, el monje y el escultor la siguieron.

—¡Eso no puede ser, señor! —El campesino empezó otra vez a discutir—. Habíamos quedado en que me daríais un *pfennig* de buena plata, ¡y solo me habéis dado un *heller*!

—Contiene muchísima plata.

—¡Eso no puede ser! —El campesino se iba enfadando cada vez más.

—Ese ganso no valía más que tres gallinas.

—¡Me debéis un *heller*! —Señaló a los otros campesinos, que entretanto se habían congregado en torno a su carro—. ¡Esos de ahí pueden atestiguarlo!

—Tú le debes a la doncella un desagravio por haber hablado despectivamente de ella. Yo en cambio no te debo nada. —Ansgar retrocedió un paso, retiró la sobreveste dejando a la vista la empuñadura de su espada y extendió los brazos—. Si eres de otra opinión, acércate a mí y coge tu *heller*.

El campesino tragó saliva. Su mirada asustada voló entre el gesto resuelto de Ansgar y la empuñadura de su espada. Por último, se volvió hacia su carro. Ansgar regresó a la taberna.

A la mañana siguiente, llamaron a la puerta de su habitación y la de Lothar. Ansgar abrió y ante él apareció uno de los dos canteros que, el día anterior, habían estado chismorreando sobre la doncella.

—Me envía el maestro Bohnsack —dijo el hombre—. Él y su hija van a preparar hoy un asado de ganso. Y vos estáis invitado, señor caballero.

### *Castillo de Rudelsburg, noviembre de 1227*

Las últimas tormentas del otoño anunciaban ya el primer hálito del invierno. Las noches se iban haciendo cada vez más largas. La ventana de la celda del calabozo daba al norte y, además, quedaba a la sombra de la muralla del castillo. Allí dentro no entraba nunca la claridad. Moritz anhelaba la luz.

La mañana del duodécimo día que llevaba encadenado alboreaba sobre las

almenas. Le habían metido en el sótano de la torre del homenaje atado con cadenas. Allí hacía frío; por las noches, incluso un frío insoportable. Poco antes del amanecer, Moritz oyó los anhelados pasos en el patio de armas. Se arrastró con las cadenas hasta la ventana. Tenía tanta hambre que le dolía la tripa.

—Pronto llegarán las primeras nieves. —Mónica apareció susurrando en la ventana de la mazmorra—. Toma esto. —Le metió una piel de oveja por entre los barrotes—. Y este tocino y el pan.

—Gracias. —Moritz cogió a través de los barrotes un paño en el que venía envuelto el tocino cortado ya en trozos pequeños; sus cadenas rechinaban—. Sin ti ya me habría muerto de hambre.

Y no exageraba nada: su robusto cuerpo de dieciocho años reclamaba mucho más alimento que el que solían lanzarle al calabozo los centinelas de la torre.

Mónica dejó en la repisa de la ventana un odre de piel con vino.

—Mañana volveré a primera hora. —Gracias a su intercesión, Moritz no se moría de inanición en la oscura mazmorra de la torre del homenaje—. Rezaré por ti. —Ella tomó su mano encadenada, la apretó y se marchó corriendo. Su perro lobo la adelantó.

—¿Hay noticias de Benno? —le gritó Moritz a su espalda.

—¡Mañana o pasado mañana vuelve a casa!

Con los obsequios de Mónica apretados contra el pecho, Moritz retrocedió hacia el montón de paja que le habían echado doce días atrás. La mayor longitud de las cadenas también debía agradecerse a la intercesión de Mónica ante la alcaidesa. El herrero Nikolaus y su familia gozaban de gran prestigio por parte del caballero Hugo y su esposa.

Moritz se puso a comer ansiosamente el pan con tocino. Cada bocado y cada trago de vino le aliviaban un poco más el dolor de barriga.

Pensó en Nikolaus y Benno. De manera que mañana o pasado mañana regresarían los herreros del castillo. Y con ellos, el caballero Hugo. Y este le juzgaría a él, el furioso granuja wendo. Moritz se temía lo peor.

Después de comer, se puso a pasear de acá para allá por el pequeño calabozo. El ruido de las cadenas le proporcionaba la certidumbre de seguir aún con vida, y el movimiento le hacía entrar en calor. En el patio de armas se

oía el trajín de la rutina diaria: seguían de obras en la sala del Señor, reparaban las cuadras, sacaban agua del pozo, barrían, guisaban y lavaban la ropa en el abrevadero de piedra.

Cada dos por tres, Moritz se detenía junto a la ventana y miraba hacia su barraca, entre la pocilga y la boyeriza. Temía por sus utensilios y su viejo crucifijo de piedra. Y lo que más le preocupaba era la escultura de la madre.

A media mañana, los centinelas de la torre le llevaron al calabozo agua y una escudilla de hojalata con pan duro y una sopa de coles que olía fatal. Moritz ni siquiera se atrevía a ablandar en ella el currusco de pan.

Hacia mediodía, después de que el canciller hubiera llamado con una campanilla al rezo del ángelus en la capilla del castillo, llegó otra vez Mónica al ventanuco de la torre. Desde la muralla del portón, los centinelas echaban ojeadas de desconfianza. Si por ellos fuera, estarían encantados de que Moritz hubiera muerto hacía tiempo. Eso le decían casi todos los días. Sin embargo, delante de Mónica jamás se habrían atrevido a hacerlo.

—Ha llegado un mensajero de don Hugo. —Mónica introdujo dos odres de cuero por los barrotes—. Benno y mi suegro no tardarán mucho. Don Hugo tiene extranjeros en su séquito. Un comandante wendo y sus criados.

A Moritz se le aceleró el corazón al oír esto. ¿Un wendo iba a venir al castillo de Rudelsburg? Abrigó esperanzas: tal vez pudiera hacerle llegar un mensaje al comandante wendo; quizás el hombre intercediera por él ante el alcaide. O a lo mejor incluso le ayudaba a huir.

Mientras devoraba la sémola de trigo que había encontrado en el odre de cuero de Mónica, se imaginó huyendo a Braunschweig. O a Holstein. O a alguna de las ciudades situadas en la costa del mar Báltico o a orillas de Elba. Moritz guardaba en la memoria unos cuantos nombres que había oído en Naumburgo o en el recinto palaciego: Lübeck, Hamburgo, Wolgast, Wittenberg. Y, naturalmente, Magdeburgo.

Más tarde, recostado en la ventana del calabozo, murmuraba para sus adentros:

—Braunschweig, Lübeck, Hamburgo, Wolgast, Wittenberg, Magdeburgo.

El sonido de estos nombres le ayudaba a dominar el miedo y avivaba el rescoldo de sus esperanzas.



A primera hora del anochecer, se oyeron voces en la muralla y en el patio de armas. Tras las almenas se agolpaba más gente de lo normal. Moritz distinguió incluso a la alcaidesa entre la muchedumbre. Los centinelas abrieron el portón. Por el lado del río, Moritz oyó ruido de cascos y voces de hombres. No cabía la menor duda: el alcaide y sus caballeros, escuderos y piqueros cabalgaban ya por el puente levadizo en dirección a la barbacana. Pronto trotarían por el patio de armas.

Moritz vio cómo las mujeres saltaban y saludaban desde la muralla de defensa, y las oyó gritar y llorar. Muchas lloraban de alivio y alegría porque reconocían a sus maridos, hermanos o padres en la comitiva del alcaide; algunas, de horror y tristeza porque sus miradas buscaban en vano a los maridos, hermanos o padres entre los que regresaban a casa.

A la cabeza de sus soldados, el caballero Von Meissen entró al fin por el portón interior en el patio de armas, que se fue llenando paulatinamente de jinetes e infantería armada. Gritos de alegría y lamentos resonaban en los muros y las fachadas. Desde la ventana de la mazmorra, Moritz fue testigo de los abrazos y besos de quienes al fin se reencontraban, y de las quejas y el abatimiento de los otros, que ya debían de estar seguros de que tendrían que seguir viviendo como viudas o como huérfanos.

Moritz distinguió también desde lejos las figuras de los desconocidos, sus banderas y sus caballos. Pero ya reinaba demasiada oscuridad como para poder reconocer los blasones de sus escudos y sus sobrevestes.

Más tarde encendieron fogatas en el patio de armas, y en la gran sala de la zona palaciega humeaba la chimenea. Pronto empezaron a girar sobre las brasas los trozos de asado, cuyo aroma llegaba hasta la celda del calabozo de Moritz. Celebraban la vuelta a casa y el reencuentro. Y, seguramente por décima vez, la victoria sobre los daneses.

Moritz los oyó cantar, oía el tintineo de las copas de vino cuando brindaban, y también sus carcajadas. Enroscado en sus harapos y tapado con la piel de oveja, intentó dormir. La soledad le causaba un profundo dolor a la altura del esternón.

Cuando empezaba a clarear, Mónica y Benno aparecieron ante la torre del homenaje, junto al ventanuco del calabozo. Benno metió los brazos por los

barrotes, agarró las manos encadenadas de Moritz y rompió a llorar. El herrero, que contaba algo más de veinte años, era un hombre robusto con la cara redonda, una fina barba pelirroja y el pelo ralo de color rojizo.

No era la alegría del reencuentro lo que hacía que le afloraran las lágrimas a los ojos.

—Lo siento muchísimo —sollozó—. Intentaremos hacer cualquier cosa por salvarte.

A Moritz se le secó la boca y se le hizo un nudo en la garganta.

—¿Tan mal están las cosas para mí?

—El primer cantero, el jefe de los centinelas y el boyero le han contado a don Hugo los estragos que causaste —dijo Mónica.

—O sea, mis mejores amigos. —Moritz intentó en vano tragarse el nudo de la garganta.

—El caballero Hugo se ha puesto muy furioso —le contó Benno. Y luego, en voz más baja—: El padre, el canciller del castillo, le ha recordado que tiene libre jurisdicción en el castillo y en las tierras de alrededor, y le ha dicho que seguramente lo mejor para todos sería entregarte al verdugo.

Moritz dejó caer la frente sobre la fría repisa de la ventana.

—Sí, claro —murmuró—. El granuja del wendo ha de desaparecer de este mundo. —De repente le temblaban los brazos y las piernas—. Braunschweig, Lübeck, Hamburgo, Wolgast, Wittenberg, Magdeburgo —susurró, y recordó la estatua de la madre en su pequeño taller.

—La alcadesa todavía no ha dicho nada al respecto. —Moritz notó la mano de Mónica en su pelo—. En cuanto se ponga el sol, Nikolaus intentará hablar con ella y con don Hugo. —Le acarició la mejilla.

—Pobre Moritz, haremos todo lo posible por salvarte —sollozó Benno.

Después, se marcharon. Del queso y el pan que le habían pasado por los barrotes, a Moritz no le entraba ni un bocado. Solo se bebió el vino.

Tras la oración del ángelus, hombres, mujeres y niños se congregaron en el patio de armas. Moritz se quedó mirándolos a través de los barrotes. Un viento gélido entró en su calabozo. Había casi cien personas reunidas entre el portón del castillo y la zona palaciega. Pusieron unas tablas encima de los bloques de piedra y así surgió un estrado. Unos criados pusieron encima cuatro sillones.

Don Hugo, su mujer, el canciller y el mariscal del castillo tomaron asiento en ellos.

Dos centinelas de la torre y Bodo, el escudero del alcaide, sacaron a Moritz del calabozo. Cuando salió al aire libre, el viento glacial azotó sus harapos y le alborotó el pelo. Agarrándole por las cadenas de las manos, los centinelas de la torre lo llevaron hacia el alcaide, mientras las cadenas de sus pies rechinaban sobre el empedrado del patio de armas.

Poco antes de llegar al estrado, Bodo agarró las cadenas de los pies, las tensó y Moritz cayó cuan largo era al suelo. Entre la multitud de espectadores brotaron las risas; los centinelas de la torre sonreían maliciosamente y Bodo gruñía de alegría.

Le volvieron a poner de pie, tiraron de él hacia delante y, finalmente, le obligaron a detenerse ante el estrado. Le castañeteaban los dientes, temblaba de frío y de miedo. Moritz veía borrosa la corpulenta figura del alcaide; al mariscal y a la alcaidesa apenas los distinguía.

—Me han informado acerca de tus fechorías —dijo el caballero Hugo—. Has arremetido contra la buena gente con el martillo y el crucifijo de piedra; querías derribarlos a todos.

Ni una palabra sobre sus arrebatos, la furia, los demonios ni su origen wendo.

—Al pobre Joseph casi lo matas. —El caballero Hugo le observó con el gesto petrificado—. No vas a quedarte más tiempo en mi castillo.

Moritz creyó no haber oído bien. ¿No más tiempo en el castillo? Levantó la cabeza y miró la cara inexpresiva del caballero. ¿Acaso le daba la libertad por sus locuras? ¡Eso no podía ser cierto!

—¡Veinte palos! —dictaminó el alcaide—. Y en cuanto nuestro estimado huésped, el muy noble Slawomir von Rügen, emprenda el regreso a casa, le seguirás encadenado y serás su esclavo. —Con un movimiento desdeñoso de la mano, señaló hacia el pozo. Moritz fue arrastrado desde el estrado en dirección al pozo.

¿Encadenado? ¿Como esclavo de un noble wendo? ¡Conque el muy canalla de Hugo le había vendido! Desde luego, Slawomir era un nombre wéndico, y en Rügen se había defendido de los daneses una tribu wenda... ¿A Rügen en

lugar de a Braunschweig o Hamburgo? Moritz intentaba comprender algo. ¿Veinte palos?

Tiraron de él entre la muchedumbre de mirones. Su mirada quedó clavada en un caballero alto y flaco al que no había visto nunca. Por el casco engalanado con unos cuernos le asomaba un pelo largo y gris; una barba cana cubría a medias su boca torcida.

Los centinelas de la torre le ataron a uno de los postes de sección cilíndrica que soportaban el cigoñal. Un copo de nieve cayó lentamente al pozo. Bodo se puso detrás de él con un palo. Moritz se volvió para vez al caballero desconocido. Los cuernos de toro que coronaban el yelmo del caballero desconocido lanzaban destellos plateados; su guerrera ostentaba una cabeza de toro negra con cuernos de plata.

¡Claro que Moritz lo había visto, oh, sí! Se quedó mirándole fijamente sin dar crédito a lo que veía.

Los centinelas de la torre le arrancaron los harapos de la espalda. Uno de ellos se inclinó sobre su oreja y le susurró:

—Que te diviertas, wendo apestoso.

Moritz apenas le oyó; no podía apartar la mirada del desconocido caballero con el yelmo astado.

Los centinelas de la torre se hicieron a un lado y Bodo cogió impulso.

—El que señalaba con el dedo —murmuró Moritz. El primer golpe apenas lo notó—. El de la voz de macho cabrío.

Bodo tomó de nuevo impulso y golpeó con todas sus fuerzas. El segundo golpe alcanzó a Moritz entre los omoplatos y el dolor lo sintió por todos los huesos. Pegó un grito y apartó la mirada del caballero wendo. Al tercer palo, se le reventó la piel de la espalda. Al décimo, perdió la conciencia.

## Asado de ganso

*Jena, noviembre de 1227*

En la casa hacía fresco y reinaba la oscuridad; solo estaba acogedora la sala grande: la chimenea llameaba, en las paredes ardían unas teas y en el centro de la mesa humeaba en una fuente el ganso troceado. Helena había puesto sobre las tablas y las borriquetas un bonito mantel blanco cuyos faldones colgaban por los cuatro lados de la mesa.

Hacía de trinchadora, escanciadora y panadera al mismo tiempo. Con el cuchillo pinchó un muslo y se lo sirvió a su padre encima de una rebanada gorda de pan, y con un cucharón de madera le añadió el relleno de manzana y un trozo del hígado. Al invitado, además del relleno y el hígado, le puso el corazón del ganso sobre su gruesa rebanada de pan. Y el otro muslo.

—Vuestra parte del ganso, señor Ansgar. Que os aproveche.

—Ya casi me siento saciado por vuestra hospitalidad y amabilidad. —El caballeroso invitado la miró con una sonrisa radiante y sacó su cuchillo de la vaina del cinturón.

—No exageréis todavía, señor caballero. —El maestro Bohnsack mordió su muslo de ganso y siguió hablando con la boca llena—. ¡Atacad el asado sin reparo! —Se hallaba sentado a la cabecera de la mesa con la espalda vuelta hacia el calorcito de la chimenea; a su lado se sentaban el caballero invitado y su escudero—. Y espero que vaciéis pronto la jarra de vino. —El maestro Bohnsack se limpió con el dorso de la mano la grasa de su barba gris.

Helena lanzó a su padre una mirada severa. También ella, como antes su

madre, apreciaba los buenos modales en la mesa. Hablar con la boca llena no le parecía bien. A su padre todo eso le daba igual.

—Aquí, en el margraviato de Meissen, tienen un vino realmente exquisito. —El maestro Bohnsack cogió la copa de vino y la chocó con la del caballero.

Este compartía la copa con su escudero Lothar, un joven espigado con el pelo de color castaño, de aspecto taciturno y ojos de tristeza.

En lugar de los habituales vasos de duela, hoy Helena había puesto las copas buenas, las de madera de raíz vetuada. Los monjes cistercienses de Maulbronn se las habían regalado a la madre.

También les sirvió ganso asado en los platos del pan al fraile Rochus, a Jacques, al maestro cantero, al maestro carpintero y al maestro albañil; los cuatro se repartieron un plato para cada uno. Luego sirvió más vino, cortó pan para los hombres y colocó sobre la mesa las fuentes con los nabos y la fruta.

El caballero rubio no podía apartar la mirada de ella, y eso a Helena no le pasó desapercibido. Ya lo había notado desde que se saludaron y se lavaron las manos. Helena no tenía nada en contra; le resultaba fácil devolverle la sonrisa. Su proximidad le causaba una emoción que no había sentido ni siquiera cerca de los hijos del gobernador. Tampoco cerca de Jacques. Este no paraba de lanzar miradas disimuladas y algo avinagradas a ella y al caballeroso invitado.

¡Qué hombre más apuesto, ese caballero danés, y qué buenos modales tenía! No eructaba ni hacía ruido con la boca al masticar, y además se quitaba la grasa de las manos frotándoselas con el pan antes de utilizar los faldones del mantel. Con alguna miradita que otra, daba a entender a su escudero que hiciera lo mismo. ¡Ojalá el padre siguiera su ejemplo!

Por último, Helena se sirvió un trozo de pechuga de ganso y los nabos y se sentó junto a su padre y enfrente del caballero. Brindó con los hombres y, finalmente, con el caballero, que la miró intensamente a los ojos. Helena sintió un escalofrío por el vientre y el pecho.

—Ya me han contado cómo le habéis cantado las cuarenta al grosero del campesino, señor Ansgar. —El maestro Bohnsack lanzó un hueso a su espalda y soltó una carcajada; le brillaban sus ojos grises. Aunque ya había cumplido los cincuenta años, se mantenía fuerte y con mucha vitalidad—. Me ha gustado,

habéis hecho muy bien. ¡Mil gracias! —Helena le miró contrariada, señalando la fuente vacía de hojalata que había puesto para los huesos en la mesa.

—Yo ya estoy saboreando la recompensa; la veo encima de esta mesa. —El rubio dirigió la mirada a Helena—. Y junto a la mesa.

—Helena se las arregla ella sola para regatear con esos paletos campesinos. —El maestro Bohnsack chasqueaba con la lengua al comer, mientras reía con cientos de arruguillas que veteaban su enjuto rostro.

Para satisfacción de Helena, ese día su padre se había puesto el bonito sobretodo de terciopelo azul encima de su jubón de piel marrón. El abad de Maulbronn le había regalado como despedida esa prenda y también un gorro adornado con plumas de pavo real.

—Nadie puede disuadirla, ni siquiera su señor padre. ¿Entendéis lo que quiero decir? —dijo, guiñando el ojo al invitado con cara de guasa.

—Déjelo ya, padre. —Helena frunció el ceño de mal humor.

—Me doy por contento con que permita que unos cuantos campesinos la acompañen al mercado. O a coger setas o bayas. ¿Qué os parece el vino?

—¡Delicioso! —El caballero Ansgar le quitó el vaso de la mano a su escudero, que en ese mismo momento se lo iba a llevar a los labios, y brindó con el padre—. Fluye por la garganta como la miel virgen.

Helena hizo puntería y arrojó un hueso a la fuente de hojalata trazando un arco alto, de modo que todos pudieran oír el ruido que hacía al caer. Todos se la quedaron mirando menos el fraile Rochus, que no le quitaba ojo de encima al caballero danés. A Helena le pareció que le miraba con desconfianza. ¿No le caería bien?

El maestro Bohnsack alzó sus pobladas cejas, sonrió a su hija y extrajo un trozo minúsculo de ternilla de su muslo de ganso. Con un gesto ostentoso, estiró el brazo, puso su mano grande y encallecida encima de la fuente de hojalata y, solo cuando se hubo cerciorado de que todas las miradas iban dirigidas a él, soltó el trozo de ternilla.

—Así se hace en la casa de la doncella Helena, para que lo entendáis todos. —Y luego soltó una sonora carcajada.

El cantero, el carpintero y el albañil se mostraron de acuerdo, e incluso la pálida cara del triste escudero se iluminó con una fugaz sonrisa. El único que

no hizo ningún gesto fue el fraile Rochus. El huésped, caballeroso, sonrió con cortesía y, mirando a Helena, asintió aprobatoriamente con la cabeza.

—Bueno —dijo el maestro Bohnsack, mientras se servía nabos de la fuente—. Y ahora contadnos, señor Ansgar: ¿De dónde venís y adónde vais?

—De la gran ciudad de Praga —respondió Ansgar von Lund—. He participado allí en un torneo que organizó el joven rey Wenceslao de Bohemia. —Helena hizo como si la pechuga de ganso acaparara toda su atención, cuando en realidad solo prestaba oídos al caballero—. Un bello espectáculo, os lo aseguro.

—¿Ah, sí? —El maestro Bohnsack frunció el ceño—. Pues a juzgar por la cara enfurruñada de vuestro escudero, yo diría que no habéis obtenido ni una sola victoria.

Helena vio que el caballero se disponía a dar una respuesta apropiada, pero su escudero se le adelantó.

—El señor Ansgar lo ha ganado todo —aseguró Lothar, con una voz alta y firme que sorprendió a Helena—. Lo que se dice todo.

Los hombres dieron muestras de admiración, y también el rubio caballero asintió con satisfacción. De pronto, su escudero volvió a abrir la boca y, con una voz extrañamente ronca, añadió:

—Y el señor Ansgar lo ha perdido todo. —Se le saltaron las lágrimas y agachó la cabeza hasta rozar la barbilla con el pecho.

Durante unos segundos reinó un silencio de perplejidad. Helena se olvidó de su pechuga de ganso y clavó la vista en el caballero. Este afiló los labios, contempló sus dedos grasientos y levantó las cejas, evitando mirar al sollozante muchacho que tenía al lado.

—Así es. Unos doscientos caballeros se presentaron al torneo. El último día solo quedábamos seis, pero de ellos solamente uno resultó ganador del torneo: yo.

—¡Vaya, os felicito! —exclamó el padre—. A quien Dios ama, también le colma de tales triunfos, me atrevería a asegurar. —Le quitó la copa a Helena y brindó con el caballeroso invitado—. ¡Por vuestra victoria y vuestra salud, señor Ansgar! —El caballero sonrió un poco apesadumbrado y chocó la copa con él.



—¿Y luego lo habéis perdido todo? —Helena casi reventaba de curiosidad—. ¿A qué se refiere vuestro escudero cuando dice eso?

—Muy sencillo, bella Helena. —De nuevo fue capaz de sonreír el caballero Ansgar, y Helena notó cómo le subían los colores a la cara—. Lo que quiere decir mi escudero es lo siguiente: que lo he perdido todo. —Miró a su alrededor como pidiendo disculpas—. Todo. —Se encogió de hombros—. Al final de la noche nos quedamos sin los caballos ganados, sin el dinero del rescate, sin armas, sin carruajes, sin carpas... y yo qué sé cuántas cosas más. —Se limpió los dedos de la mano izquierda primero con el pan, luego con el mantel y después rodeó con el brazo a su lloroso escudero—. También me he quedado sin mis dos escuderos más veteranos. El pobre Lothar no puede consolarse por su muerte.

—¿Los han matado? —se le escapó a Helena.

—Por desgracia, sí.

—¿Vos tuvisteis que huir?

—Sinceramente, de estampida.

—Pero ¿por qué?

—De repente estalló una guerra. —Ansgar hinchó los carrillos, levantó los dos brazos y los dejó caer de nuevo con un gesto de abatimiento—. Estalló una pequeña guerra, ¡eso es! No me preguntéis por qué, doncella Helena. Entre nosotros siempre hay alguna guerra que librar.

—¡No fue por culpa de una guerra, sino por vuestros malditos amoríos! —exclamó porfiadamente Lothar, con cara de malas pulgas—. Vos pagasteis las consecuencias y, de paso, también nosotros.

Le quitó al caballero la copa de vino de la mano, la vació de un trago y la volvió a poner junto a la jarra de vino. Tanto descaro dejó a Helena sin respiración. Notó que el fraile Rochus la observaba.

—¿Y bien? —El maestro Bohnsack rompió el violento silencio con una sonrisa y llenó el vaso del caballero y su escudero hasta el borde—. No me habéis respondido a la segunda pregunta: ¿Hacia dónde os encamináis ahora?

—Hacia Jerusalén, naturalmente. —Ansgar sonrió burlescamente, como si hubiera hecho un chiste.

El padre de Helena estalló en una atronadora carcajada, a la que se unieron

el carpintero, el albañil y el cantero. El fraile Rochus alzó las cejas.

—Jerusalén —dijo Jacques—. He oído hablar de esa ciudad. Pero no sabía que estuviera a orillas del Saale. —Y de nuevo estallaron las risotadas.

Helena no se reía nada. De repente, vislumbró a quién tenía sentado enfrente de la mesa: una persona taimada que estaba de vuelta de todo se escondía tras la bonita sonrisa y los buenos modales de Ansgar von Lund, un pícaro afable y un temerario aventurero. De modo que se consagró de nuevo a su pechuga de ganso.

—Tenemos que dar un rodeo, maestro Bohnsack. —Como su escudero estaba otra vez a punto de vaciar el vaso de vino, el caballero lo atrajo hacia sí y le quitó el vino—. Hemos de cabalgar hacia Jerusalén pasando por el condado danés de Lund. Allí mi padre mandará a su tesorero que abra el cofre, para equiparme con todo lo que necesita un caballero cruzado para ponerse bajo las órdenes de su emperador, el jefe de todos los cruzados.

—Ya entiendo, ya entiendo... —El maestro Bohnsack se mesó pensativo la barba. Helena había visto perfectamente cómo a su padre se le iluminaban los ojos al oír las palabras *condado*, *tesorero* y *cofre*—. Nosotros también partiremos hacia el Elba y, desde allí, queremos continuar hasta el norte. En realidad, solo hasta Magdeburgo.

—¿A Magdeburgo? —Ansgar sacudió a su escudero—. ¿A tu ciudad natal, Lothar! —Y de nuevo se volvió hacia el maestro Bohnsack—: ¿Qué se os ha perdido en Magdeburgo?

—Nada. —El maestro se puso de repente serio—. Pero allí tenemos mucho que ganar. Voy a seguir construyendo la catedral para el arzobispo.

—Nosotros también queríamos ir por el Elba a Hamburgo. —Por fin, Ansgar soltó a su escudero y le dio un golpecito en el hombro. Su mirada risueña se desvió hacia Helena—. Por mí que no quede; me gusta viajar acompañado.

—Entonces uníos a nosotros. —El maestro Bohnsack alzó su copa de vino—. Se lo ruego, señor Ansgar.

Helena miró la cara triste del escudero y se asustó un poco: el tal Lothar la miraba sombríamente, como con recelo.

Su caballero, en cambio, chocó la copa con la del padre y dijo:

—Con mucho gusto, maestro Bohnsack. Es un honor para mí.

Partieron a la mañana siguiente, temprano. Soplaban un viento gélido del norte, y en los tejados y las praderas resplandecía la helada. Ansgar le puso a su blanca *Fee* una protección para las orejas y extendió sobre ella una gualdrapa de lana, antes de ensillarla. A Lothar le pidió que hiciera lo mismo con su caballo y que él se envolviera en una capa. Ansgar se puso un largo manto de piel blanca encima de la sobreveste.

Ese manto era tan antiguo, que todavía en época de Valdemar el Grande había presenciado la estampa de un oso polar. Según la tradición familiar de los de Lund —y de su abuelo, de quien había heredado el abrigo—, su tatarabuelo había atacado y matado a ese oso polar con una daga. Esta versión de la historia le gustaba mucho a Ansgar y, aunque no se la creía, la contaba con deleite.

En el fondo, sin embargo, tendía más a creerse la versión de la que también era partidaria su abuela: al regresar de una travesía por Islandia, de donde procedía la estirpe de los de Lund, el barco de su tatarabuelo chocó contra un iceberg sobre el que yacía un oso polar muerto. Entonces su tatarabuelo había utilizado su famosa daga para arrancar la piel del animal congelado.

Tal y como habían acordado, Ansgar y Lothar se encontraron a orillas del Saale con el maestro Bohnsack y la gente de su *Bauhütte*. Y con la hija del maestro. La caravana de carruajes y la columna de marcha tomaron el camino de la ribera, a lo largo del Saale. Siete coches llevaban las herramientas, los modelos de columnas, arcos y ventanas y los enseres domésticos del maestro y de su cuadrilla. En otros siete coches iban las familias del equipo del maestro. La helada se mantenía incluso al mediodía en la hierba otoñal y en el ocre cañaveral del talud de la orilla.

Ansgar cabalgaba junto al carruaje del maestro de obras, que iba acurrucado junto a su hija en el pescante. Los dos se habían envuelto en unas mantas.

—A ver si llegamos a Magdeburgo antes de la primera nevada. —El maestro Bohnsack oteó con desconfianza el cielo de color plomizo de noviembre—. Este año el invierno va a empezar pronto, según dijo la madre

del alfayate. —En casa de la madre de ese sastre habían vivido en Jena Bohnsack y su hija.

—He estado pensando —dijo Ansgar— que lleváis toda la vida construyendo catedrales y otros templos religiosos. Y ahora os mudáis a Magdeburgo para construir la siguiente catedral. Es un trabajo bien duro, ¿no? Diez días de torneo o incluso una campaña de verano con unas cuantas batallas en toda regla no me parecen ni la mitad de duros. ¿No se le va haciendo un poco cuesta arriba con el tiempo?

—Ahora el trabajo más penoso lo hacen los otros. —Con un movimiento de cabeza, el maestro Bohnsack señaló primero hacia atrás y luego hacia los carruajes y caminantes de delante—. Los canteros, albañiles, carpinteros, mezcladores de mortero y herreros. Yo solo dibujo los planos, negocio con el propietario y me paseo por las obras con la cantonera y el compás para comprobar que el edificio va alzándose hacia el cielo con arreglo a mis medidas. A veces también uso la plomada.

—Mi padre hace el trabajo más difícil y más importante —se apasionó Helena—. Él es quien idea toda la majestuosidad de la piedra, y sus dibujos y modelos sirven para que resulte una gloria contemplar sus muros, ventanas y columnas, tan celestialmente bellos. ¡El maestro Bohnsack es un maravilloso maestro de obras!

El maestro se rio e hizo un gesto de restarle importancia.

—A propósito de «contemplar», en Naumburgo haremos una parada de unos cuantos días. También allí están construyendo una catedral nueva. Mis escultores, canteros y yo queremos contemplarla.

—¿Toda la vida construyendo iglesias? —Ansgar meneó la cabeza—. ¡Vaya una profesión! ¿Y casi siempre en el mismo lugar? Ni aunque se tenga una larga vida basta para construir siquiera media catedral.

—Rara vez, sí —asintió el maestro Bohnsack—. Muy rara vez.

—Mi señor padre dice que construir una catedral es servir a Dios. —De nuevo tomó Helena la palabra—. Del mismo modo que el campesino sirve y honra a Dios mediante la siembra y la cosecha, y vos mediante la lucha y la Cruzada, así también honra y sirve a Dios un maestro de obras cuando construye iglesias.

Aunque las palabras de Helena sonaban un poco pedantes, a Ansgar le conmovieron.

—Asombrosa reflexión —dijo en voz baja. A él nunca se le hubiera ocurrido. Él luchaba por deslumbrar el corazón de las mujeres nobles. Para hacer botín y ver a las hermosas mujeres del Oriente quería ir a Jerusalén con el emperador Federico. Si acaso, también para ahorrarle a su alma unos cuantos miles de años de purgatorio. Pero ¿para servir a Dios?—. Nunca he contemplado mi condición de caballero desde ese punto de vista.

—En fin, construir iglesias es algo más que un servicio a Dios —dijo el maestro Bohnsack pensativo—. Una catedral es una oración que elevo al cielo año tras año, trozo a trozo. Y cuanto más se eleve, más luz irradiará. Mi oración, que se compone de piedras, columnas y ventanas, recibe la luz de Dios y la hace descender a la Tierra, ¿entendéis? —Se golpeó las sienes con los puños—. A medida que voy construyendo, mi cerebro se convierte en un rezo que consta de bóvedas de crucería, torres, columnas, ventanas y arcadas. —Alzó sus callosas manos—. Sigo y sigo construyendo, y mi cuerpo, mi energía y mi vida se van transformando en una oración hecha a base de piedra y vidrio. Una oración que perdurará para siempre. —El maestro Bohnsack dejó caer las manos—. Hasta el Día del Juicio Final. —Con los ojos entornados miró primero a su hija y luego a Ansgar—. ¿Entendéis lo que os quiero decir, caballero Von Lund?

Ansgar vio su expresión seria y sus ojos atentos y no supo qué responder. Se sentía extrañamente inmaduro e insignificante bajo la mirada escrutadora de esos ojos, y por un momento su vida de caballero le pareció un juego ridículo, algo frívolo y banal.

—No sé muy bien qué decirnos —murmuró un poco avergonzado. Dos copos de nieve fueron a parar, uno tras otro, al hombro del maestro—. Me gustaría reflexionar acerca de sus palabras, maestro Bohnsack.

De repente, le vino Adelaida a la memoria. Y las bellas y nobles mujeres por las cuales debía evitar su presencia en Milán, Venecia, Florencia y Londres. Ni siquiera él mismo sabía por qué.

—Hacedlo, amigo. —El maestro Bohnsack descorrió el toldo—. Y yo me voy a echar un sueñecito. —Desde el pescante bajó a la superficie de carga.

Poco después, Ansgar le oyó roncar.

Durante un rato largo siguió cabalgando en silencio junto a Helena y el carruaje. Unos cuantos copos de nieve revoloteaban sobre el coche y los caballos. Ansgar aspiró profundamente el aire frío. Olía a invierno. Había confiado en llegar al palacio del padre antes de la primera nevada.

Junto a su blanca yegua apareció de repente el monje al que había conocido en la mesa del maestro Bohnsack, Peter Rochus. Este alzó la vista hacia él sin decir una palabra. ¿Por qué le miraría con tanta severidad? De pronto, Ansgar se sintió a disgusto dentro de su pellejo y de su abrigo del oso polar. El monje avanzaba más lentamente y se quedó atrás.

Lothar iba todo el rato dos cuerpos detrás de Ansgar. Este notó su mirada en la nuca y se volvió. El joven escudero esquivó su mirada y se rezagó otro poco más.

—Por lo que he oído, administráis la casa de vuestro padre —le dijo Ansgar a Helena.

—La casa, la servidumbre, la contabilidad y, si me apuráis, toda la *Bauhütte*. Mi madre me lo enseñó.

—Entonces ¿no hace mucho que murió?

—Hace seis años. Hablo todos los días con ella.

—¿Todos los días? —Ansgar la miró asombrado—. ¿Así que veis su espíritu ante vos?

—La veo en carne y hueso. —Helena sonrió apesadumbrada—. Mi madre era muy guapa. Era hija de un noble francés.

—¿Ah, sí? —Ansgar bajó la voz—. Yo tenía cuatro años cuando vi a mi madre por última vez.

Helena giró la cabeza y Ansgar miró sus ojos abiertos de par en par. Sus ojos de color azul oscuro.

—Yo nunca he hablado con ella. —El corazón de Ansgar se ablandó y ensombreció, como siempre que hablaba de su madre—. Ni siquiera me acuerdo de qué aspecto tenía.

Helena se llevó la mano a la boca. Ansgar nunca había visto tanta consternación. Eso le hizo sonreír.

—Pero ¿cómo puede ser eso? —preguntó Helena.

—Mi padre es un conde poderoso, habéis de saber. Y un vasallo del rey danés. Ha librado guerras y ha ganado muchas batallas para él, siempre a su lado. Y algunas las ha perdido. Después de una guerra, el perdedor suele negociar una paz con el vencedor. —Ansgar se encogió de hombros y miró risueño su cara aterrorizada—. Como es natural, en tal caso, el perdedor tiene que prometer y ceder más que el vencedor. Y como prueba de que mantendrá su promesa y su palabra con toda seguridad, ha de darle al vencedor una garantía, una prenda. Así fue cómo yo, el hijo menor de mi padre, llegué a la corte del duque de Sajonia. Como garantía, como rehén. Y más tarde fui en el séquito de su hija a Londres, donde esta se casó con un príncipe inglés.

—¡Santo cielo! —Helena, desconcertada, meneó la cabeza—. ¿Quién os ha educado? ¿Quién os ha cogido en su regazo y os ha abrazado?

—Me educaron los monjes, las nodrizas y las criadas de la princesa sajona. ¿Preguntáis si me ha tomado alguien en su regazo? —Ansgar se encogió otra vez de hombros—. No lo recuerdo.

Luego, guardaron silencio durante un tiempo prolongado. El ruido de los cascos de los caballos, el traqueteo de las ruedas de los coches y el chirrido de los ejes era lo único que llenaba el pensamiento de Ansgar; por lo demás, se sentía extrañamente vacío. Ahora la nieve caía más copiosamente y amortiguaba el ruido de los carruajes y los caballos. Al poco tiempo, a duras penas se veía ya el coche que rodaba y se balanceaba delante de uno.

Finalmente, la columna de marcha se detuvo. El maestro cantero y el maestro carpintero corrieron a despertar al maestro Bohnsack.

—Pronto nos quedaremos bloqueados —dijo el maestro carpintero—. Tenemos que refugiarnos en alguna parte.

—¿Cuánto falta para llegar a Naumburgo? —inquirió el maestro Bohnsack.

—Como mínimo, cuatro horas, o más —dijo el cantero—. Sin embargo, a una hora de aquí hay un castillo situado no mucho más arriba del Saale. Hasta allí sí podríamos llegar.

—¡Pues allá vamos! —ordenó el maestro de obras.

Tumbado boca abajo, a Moritz se le clavaba la paja fresca en los oídos. Los

escalofríos le recorrían todo el cuerpo. Mónica le había echado en la espalda despellejada unas gotas de un aceite compuesto por cebollas y hierbas de San Juan. Nadie debía tocar la espalda de Moritz, pues era una pura herida. Mónica le refrescaba la frente calenturienta y las ardientes pantorrillas con agua helada.

Cuatro días habían pasado desde que el alcaide ordenara que le molieran a palos. Desde entonces, Moritz se debatía entre la fiebre, los delirios y el sueño inquieto. Fuera sonó la campanilla del canciller llamando a la oración de mediodía.

—No para de nevar. —Mónica se levantó y fue hacia la ventana del calabozo—. Las almenas ya están coronadas de blanco y el patio de armas está cubierto por una capa de nieve.

Moritz alzó un poco la cabeza y miró hacia ella. Con una sonrisa de embeleso, Mónica contemplaba el exterior mientras se pasaba la mano por su abultada barriga.

Benno y ella se turnaban para acompañar a Moritz en su jergón de paja. A veces enviaban también a una joven criada que el padre de Benno se había traído de Holstein. Estaba al servicio del anciano y viudo herrero del castillo, el gruñón de Nikolaus.

La alcaidesa se había ocupado de que Moritz estuviera, en la medida de lo posible, bien atendido. Incluso había mandado llevar al calabozo un viejo brasero, cuyas ascuas lo caldeaban un poco.

Moritz oyó crujir la nieve en el patio de armas bajo las suelas de unas botas. De nuevo levantó la cabeza.

—¿Quién viene? —El miedo a que vinieran por él los piqueros del noble wendo le encogía el corazón.

—Benno y la nueva criada —dijo Mónica.

Los centinelas de la torre abrieron la puerta; chirriaron las bisagras y algo de claridad entró en el calabozo. Benno se acuclilló a su lado.

—Te he traído un caldo.

Moritz se puso de costado y Benno le fue dando sorbos del caldo. Aunque cerraron de nuevo la puerta de la mazmorra, había más luz que antes. La nueva criada del herrero había llevado unas teas encendidas. Fue metiendo una por



una en las juntas que había entre los bloques del muro.

—¿Eso lo consiente el canalla del caballero? —graznó Moritz, que estaba furiosísimo con el alcaide y su escudero, y asimismo le corroía el odio hacia el wendo del morro torcido y del yelmo de cuernos plateados.

—Lo ha querido así la alcaidesa —dijo Benno—. ¿Él qué va a hacer? Además, no se puede permitir que mueras. El comandante wendo solo paga por un esclavo vivo. —Echó más caldo en un vaso.

—¿Y cuánto paga? —Moritz sorbió el caldo.

—Diez *pfennig* —contestó Mónica.

Moritz dejó el vaso y sonrió con amargura.

—Ya veis lo valioso que soy. Valgo más que cincuenta gallinas. —Nadie se rio.

Más tarde, Moritz se durmió. Cuando volvió a abrir los ojos, solo estaba la nueva criada del herrero junto a su jergón de paja.

—¿Sigue nevando?

—Acaba de empezar otra vez —dijo ella.

—¿Ya ha anochecido?

—Falta poco.

Moritz oyó un ruido como de hachazos. Alzó la cabeza y prestó atención.

—¿Qué pasa en el patio de armas?

—Los canteros están derribando la vieja barraca, entre la pocilga y la boyeriza.

—¿¡Qué!?! —Moritz se incorporó bruscamente. El dolor y la quemazón de la espalda herida se le propagó por todo el cuerpo.

—Parece ser que la madera vieja se va a usar como leña para la chimenea de la zona palaciega.

Moritz miró boquiabierto a la criada. Cuando por fin entendió sus palabras, se agarró a los hombros de ella.

—Ayúdame a llegar a la ventana.

Al levantarse con la ayuda de la criada, gimió de dolor. No tenía otra cosa en la cabeza que su estatua, la efigie de su madre. Nada más.

Junto al ventanuco del calabozo, se aferró a los barrotes y miró hacia el patio nevado del castillo. Y vio que la criada tenía razón. Los canteros estaban

demoliendo la barraca y arrastrando los trozos por la nieve hacia el gran taller del castillo. Allí, junto a la herrería, silbaba ya la sierra.

De repente, apareció delante de la ventana del calabozo un hombre alto y flaco y se le quedó mirando. Una cabeza de toro negra con cuernos de plata le desafió con la mirada desde su guerrera. Tenía la boca torcida y una expresión fría en los ojos. El comandante wendo de Rügen. Moritz había oído decir que estaba al servicio del conde de Schwerin. La llegada repentina del invierno retrasaba su partida. Moritz confió en que nevara con más fuerza todavía. Y en que no dejara nunca de nevar.

Durante un rato largo se escudriñaron con la mirada. Moritz odiaba a ese hombre con todas las fuerzas de su joven corazón. ¿Le habría reconocido él también? Seguro que no; cuando sucedió aquello, Moritz era todavía muy pequeño. Pero entonces ¿por qué espiaba por la ventana de la mazmorra? Moritz gargajeó y le soltó un escupitajo a través de las rejas. Y le dio en la mejilla.

El caballero wendo primero retrocedió, pero luego cogió impulso y metió el puño entre los barrotes. Moritz se tambaleó hacia atrás y fue a parar a los brazos de la criada. El otro se puso a gritar... ¡y ahí estaba otra vez el balido del macho cabrío de su voz, después de tantos años! Esa voz le maldijo, le deseó el infierno y le prometió grandes sufrimientos en cuanto abandonaran el castillo.

Moritz se sorprendió al ver cuántas palabras wéndicas entendía todavía.

—¡Maldito saco de mierda! —le espetó en wéndico—. ¡Miserable carne del diablo!

El caballero wendo enmudeció al instante. El odio con el que era tratado parecía desconcertarle. Entornando los ojos, oteó a través de la ventana. Por último, se limpió el escupitajo de la mejilla, dio media vuelta y se dirigió hacia el patio de armas. Llevaba su largo sable colgado de la espalda.

De nuevo arrastraron vigas y tablas desde la barraca ya medio derruida hacia el taller. El boyero y el primer cantero sacaron una carretilla al patio. En ella había un bulto pesado envuelto en una tela sucia. Moritz se lanzó hacia la ventana. ¡La estatua de su madre!

—¿Qué estáis haciendo? —vociferó.

El primer cantero y el boyero empujaron la carretilla hasta el centro del patio. Se detuvieron delante del caballero wendo, volcaron la estatua en la nieve y la desenterraron de la tela.

—¡Es una orden de don Hugo! —gritó el cantero, riéndose por lo bajo. Un remolino de nieve le ocultó unos segundos.

—¡Es un ídolo, dice el reverendo padre Peter! —voceó el boyero—. ¡Y debemos quitárselo de la vista a don Hugo!

—¡No, por favor! —A Moritz le brotaron lágrimas de los ojos.

—De aquí se pueden sacar como mínimo seis bloques de piedra para la nueva sala del Señor. —El primer cantero se rio—. Pronto la cubrirá la nevisca. ¡Voy por el martillo, el cincel y la cuña al taller!

—¡No hagáis eso! —gritó Moritz—. ¡No, no, no! —El caballero wendo miró la estatua que tenía a sus pies—. ¡Por favor, no! —chilló Moritz.

Se abrieron puertas y ventanas. Hombres y mujeres se asomaron mirando hacia el calabozo. El caballero wendo pisó la estatua, se subió a ella, y allí encima se quedó.

Moritz berreaba como loco. La joven criada retrocedió asustada hasta la puerta del calabozo. En el patio de armas, el primer cantero salió del taller y alzó con aire triunfal el martillo y la cuña. Moritz le maldijo a voz en grito. La criada aporreó la puerta del calabozo pidiendo auxilio. Con una sonrisa burlona, el primer cantero cruzó la nieve cojeando, mientras Moritz bramaba furioso y golpeaba la pared de la ventana con las cadenas.

## Nieve roja

La primera nevada llegaba ya por encima del tobillo; los carruajes amenazaban con quedarse atascados. Los obreros ayudaron a los animales de tiro y, uniendo sus fuerzas, fueron empujando un coche tras otro en el último y empinado tramo hasta llegar al foso del castillo. La nevisca arreciaba tanto, que Helena no pudo reconocer la silueta de la torre del homenaje hasta que su carruaje se detuvo ante el foso y el portón del castillo.

Al principio, los centinelas del portón no querían dejarles pasar. Preguntaban por nombres, querían saber de dónde venían y adónde se dirigían, cuántas provisiones llevaban y si podían pagar. El padre y Ansgar von Lund negociaron con ellos.

En algún momento, por fin abatieron el puente levadizo que salvaba el foso. Ansgar fue el primero en atravesar el portón y llegar a las dependencias situadas extramuros. Helena guio a los caballos tras él y el padre se subió de nuevo al pescante junto a ella. Unos piqueros escoltaron a los siete coches de la *Bauhütte* desde dichas dependencias hasta la barbacana.

—Extramuros viven casi siempre la servidumbre y la guarnición del castillo con sus familias —le explicó el maestro Bohnsack a su hija, que nunca había visto un castillo por dentro. Helena oyó el griterío a través del viento impregnado de nieve.

Pasando por un muro de la altura de un hombre y aún sin terminar, rodaron hacia el portón interior. A derecha e izquierda se apilaban montones de grandes bloques de piedra cubiertos de nieve.

—Aquí están construyendo una barbacana —explicó el padre—. Si un enemigo ha traspasado el muro que da a la barbacana, desde la muralla de defensa se le puede hacer la vida imposible arrojándole piedras y flechas. — El maestro Bohnsack señaló hacia las almenas—. Entonces el enemigo, debido al muro de la barbacana, sencillamente ya no puede retroceder. Así ha fracasado más de un intento de asalto.

Helena apenas le prestaba atención: los gritos la tenían absorta. En el interior del castillo, alguien gritaba como si lo estuvieran quemando vivo. Sonaba tan terrorífico, que le daban escalofríos por la espalda y los brazos.

Se abrió una batiente del portón interior y salió un hombre flaco vestido con hábito de monje. Dos hombres armados le acompañaban. Desde lo alto de su caballo, Ansgar habló con el monje. Helena y su padre se apearon del pescante y se acercaron a ellos.

—¡Santo cielo! —se le escapó al maestro Bohnsack—. ¿Quién grita tan desesperadamente en vuestro castillo, reverendo padre?

—Un loco. —El monje hizo un gesto como de quitarle importancia—. Un loco poseído por el demonio. No os preocupéis por él. ¿Quién sois?

Ansgar y el padre dijeron otra vez sus nombres, su origen y su destino y pidieron asilo. Los gritos, acompañados de un ruido como si alguien golpeará las piedras con unas cadenas, tenían a Helena con el alma en vilo.

El monje, que se presentó como el canciller y sacerdote del castillo, les indicó que lo siguieran a él y a los hombres armados al patio de armas. En su capucha y sus hombros se habían formado montoncitos de nieve; la cara pálida y las mejillas hundidas le recordaron a Helena a un halcón enfermo. La nieve crujía bajo sus pisadas. El fraile Rochus los acompañó en silencio.

Pese a la intensa nevada, mucha gente se hallaba congregada en el patio de armas. Junto a unas obras se alzaban dos pilas de bloques de piedra cubiertos de nieve. No lejos del pozo, Helena vio algo que a simple vista no fue capaz de distinguir. Hombres y mujeres gesticulaban, y encima del bulto que yacía en la nieve reconoció a uno con un sable colgado de la espalda. A nadie parecían molestar los gritos desgarradores.

Helena miró a su alrededor. Esos gritos y el ruido de las cadenas procedían de la torre del homenaje. Tras los barrotes de una ventana del piso bajo,

Helena distinguió una cara que se meneaba de acá para allá; delante de la torre del homenaje, unos piqueros se reían de esa cara y le lanzaban improperios.

El alcaide, un caballero de pelo gris y fuerte complexión, los saludó y les dijo que tanto el noble de Lund como el maestro de obras y su hija por supuesto podían pasar la noche en el interior del castillo. Y naturalmente también el reverendo padre. La cuadrilla del maestro de obras y sus familias, en cambio, debían alojarse en las dependencias de extramuros; preguntó por el número de animales y personas que formaban parte de la *Bauhütte*. El padre se lo dijo y el alcaide puso un precio. De repente, Ansgar espoleó a su blanca yegua y la guio hacia la torre del homenaje. El sacerdote Rochus le siguió a pie.

—¡No os preocupéis por ese bastardo! —les gritó el alcaide a su espalda—. ¡Sus días están contados, si no deja inmediatamente de gritar!

Luego siguió negociando un precio con el padre, que miraba a su hija como implorando ayuda. Pero Helena ya no escuchaba; toda su atención se centraba en los hombres y las mujeres que rodeaban el bulto medio enterrado en la nieve del patio de armas. Todos parloteaban sin cesar y discutían acaloradamente.

—Esta efigie pertenece a Moritz —dijo una mujer joven de pelo claro y cara sonrosada—. Nadie la va a partir en trozos. —Una barriga gorda se abombaba bajo su manto.

—¡Esta estatua es un ídolo wendo! —El de la capucha de monje se acercó a grandes zancadas a los gallos de pelea—. ¡Dios no consiente una cosa tan espantosa en este castillo! ¡Y don Hugo tampoco! ¡Manos a la obra! —Señaló la estatua—. ¡Hacedla pedazos!

Dos hombres se pusieron en cuclillas delante de la efigie. Canteros, supuso Helena, porque tenían macetas, cinceles y cuñas de hierro.

—¡Entonces tendréis que hacerme pedazos también a mí! —La mujer embarazada empujó primero al caballero de la larga espada, apartándole de la estatua, y luego al mayor de los canteros, que cayó en la nieve—. ¿Y bien? ¿Os atrevéis? —Se sentó encima de la estatua—. ¡Vamos, aporreadla, lameplatos!

Helena admiró el valor de la mujer... y, al mismo tiempo, temió lo peor para ella y para la criatura que aún estaba por nacer, porque casi todos los hombres

del patio le parecían unos groseros insensibles. Buscó a Ansgar con la mirada; si alguien podía ayudar a la embarazada, ese era él. Pero el caballero danés se había apeado de su yegua delante de la torre del homenaje y estaba hablando con los centinelas y con el prisionero. Le acompañaba el fraile Rochus. El ruido de las cadenas y los gritos desde los barrotes se fueron atenuando.

En esto, el cantero más joven le dio un bofetón a la embarazada. Esta le escupió, pero el hombre la agarró con la intención de tirar de ella. Un enorme perro lobo gris gruñó de repente y la cadena a la que le llevaba atado un hombre gigantesco de barba gris chacoloteó y se tensó. Helena se asustó y retrocedió.

Un hombre joven y fuerte con un mandil y un pesado martillo de forja agarrado con los dos puños se abalanzó sobre el cantero.

—¡Aparta tus manos de mi mujer, canalla!

Le empujó el pecho con la cabeza del martillo y el hombre cayó de espaldas en la nieve. Otros soldados del castillo agarraron por detrás al joven herrero y le sujetaron. El caballero de la larga espada cogió impulso y le arreó un puñetazo en la cara. El pesado martillo rebotó contra la estatua y el herrero cayó gimiendo de rodillas.

—¿Queréis dejar de pelearos de una vez? —Ahora fue el propio alcaide el que intervino. Su voz atronadora retumbó por todo el patio de armas—. ¡Avergonzaos! —Dirigió su furiosa mirada a la embarazada—. ¡Y tú, levántate inmediatamente de ese ídolo!

La mujer se arrodilló junto a su marido. Apoyado en la nieve, sangraba por la boca y por la nariz. La nieve se tiñó de rojo.

Helena se le acercó, se agachó a coger un puñado de nieve y oprimió con ella el rostro ensangrentado.

—Levántate y echa la cabeza hacia atrás —le pidió. El hombre obedeció. La nevisca fue amainando.

—¡Manos a la obra, canteros! —ordenó el alcaide—. Antes de que la nieve cubra este ídolo, quiero ver en su lugar seis piedras para mi sala de los caballeros.

—No es un ídolo, señor caballero. —El padre de Helena se arrodilló ante la estatua y, con sus grandes manos encallecidas, le retiró la nieve de la

cabeza—. Fijaos en los rasgos bondadosos de su cara y en esta discreta sonrisa solamente insinuada.

El alcaide se acercó al maestro Bohnsack. Con el ceño fruncido miró la cara de la estatua: un rostro de mujer, como también pudo reconocer ahora Helena.

—La cabeza todavía no está ni mucho menos terminada; fijaos en el bloque de la coronilla. ¿Acaso el escultor quería ponerle una aureola de santidad? ¿O una corona? Y mirad también las manos aún sin acabar. —El padre retiró la nieve de los brazos de la figura—. En sus ademanes no se ve nada altivo ni tampoco cruel.

El maestro Bohnsack se levantó, paseó la mirada de un rostro a otro y, por último, la fijó en el alcaide.

—No, don Hugo, esto no es un ídolo, con total seguridad. Yo más bien veo una estatua de la Santísima Virgen María. ¡Y muy bien trabajada! Lástima que no esté acabada. ¿Quién la ha esculpido?

Muchos se acercaron y se inclinaron sobre la estatua para observarla más detenidamente. El alcaide desplazó el peso de un pie a otro. Finalmente carraspeó.

—Me da igual quién la haya hecho; quiero desprenderme de ella. Me es indiferente que sea bonita o fea; tiene que desaparecer.

—Pero ¿quién la ha hecho, don Hugo? —El maestro Bohnsack permaneció testarudo.

Durante dos segundos nadie dijo una palabra. Por último, la embarazada se volvió y señaló hacia la torre del homenaje.

—La ha hecho Moritz.

Todas las miradas se dirigieron ahora a la ventana del calabozo, en el piso bajo. Como ya nevaba menos, Helena pudo distinguir con más claridad el rostro que había tras los barrotes. Era la cara de un muchacho joven. Entretanto, el caballero Ansgar condujo de nuevo su yegua hacia el centro del patio de armas. El fraile Rochus permaneció junto a la ventana de la mazmorra.

—Me la llevo; así os libráis de ella —dijo el maestro Bohnsack—. Os pagaré un *pfennig* de plata.

—Cuatro —exigió el alcaide. Finalmente, llegaron a un acuerdo: dos



*pfennig* y un *heller*.

—No creo que el pobre chillón al que tenéis ahí encadenado quiera vender su escultura. —Ansgar se apeó del caballo—. Ha gritado con toda su alma por miedo a perder su estatua de piedra.

—La opinión de ese no cuenta —le contestó el alcaide.

—Me gustaría rescatarle —indicó Ansgar—. Estoy buscando otro escudero. Y ese de la torre me da la impresión de que es un valiente guerrero. —Esbozó una sonrisa—. Os ofrezco cinco *pfennig* de plata de ley.

—¡De eso nada! —Helena se estremeció al oír la voz perruna y gangosa del caballero de la larga espada—. Ya lo he comprado yo.

A la mañana siguiente volvió a nevar. Envuelto en su piel de oveja y muchas mantas, Moritz contemplaba desde la ventana del calabozo el blanco esplendor de la nieve. Tenía sed y le ardía la espalda. Al menos, le había bajado la fiebre.

La noche anterior, unos desconocidos habían retirado del patio de armas la estatua de su madre. Sabía por Mónica y Benno que el desconocido maestro de obras la había comprado para impedir que la despedazaran. Y que el desconocido caballero había intentado en vano rescatarle.

Los centinelas del portón le habían contado a ese caballero desconocido y al monje mudo sus tropelías y que había estado a punto de matar a unas cuantas personas. Exagerando muchísimo, querían llevarle al descrédito ante el desconocido. Pero habían conseguido todo lo contrario: el caballero le había mirado con ojos de admiración y había cambiado unas palabras amables con él.

Siguió nevando al día siguiente, y al otro, y toda la semana siguiente. Una tarde, los centinelas de la torre dejaron entrar al desconocido maestro de obras en la mazmorra de Moritz.

—He oído que procedes de una tribu wenda —dijo el hombre, mientras Benno le embadurnaba de aceite la espalda desollada a Moritz—. ¿Dónde has nacido?

—En algún lugar de los bosques costeros, junto al mar Báltico —respondió

Benno, porque Moritz permanecía callado—. Ni siquiera él lo sabe; todavía era muy pequeño cuando los juglares lo vendieron al caballero don Hugo.

Benno le contó al maestro de obras lo que sabía de Moritz: los trabajos improbables que había desempeñado en la cantera, en el bosque y en la construcción; la herramienta que él, Benno, le había forjado; y los delirios que le entraban cuando, a veces, con luna llena, le asaltaban malos recuerdos.

El maestro de obras escuchaba en silencio, y a Moritz le pareció que Benno hablaba de un desconocido.

—¿Qué clase de recuerdos son esos? —quiso saber el maestro de obras.

Como Moritz guardaba silencio, Benno dijo:

—De eso, Moritz no habla nunca. Jamás.

—¿Quién te ha enseñado a esculpir, Moritz? —preguntó el maestro de obras.

—Su padre. —Benno aplicó paños frescos en la espalda de Moritz—. Y los hombres que trabajan en la nueva catedral de Naumburgo. Allí le llevaban con frecuencia a misa o al mercado de ganado. —Ayudó a Moritz a ponerse la camisa y el manto.

—En cuanto el invierno se haya desfogado por el momento, partiré con mi *Bauhütte* hacia arriba, a Magdeburgo. —Moritz alzó la vista y miró al maestro de obras a la cara. Tenía una mirada sagaz—. Allí voy a seguir construyendo para el arzobispo Albrecht su catedral, y necesito canteros y escultores. ¿Quieres venir conmigo, Moritz?

Moritz abrió la boca, pero no le salían las palabras. Intentaba comprender lo que acababa de oír. No lo conseguía.

—Mónica y yo también vamos a ir a Magdeburgo con el maestro Bohnsack. —Moritz miró al joven herrero sin dar crédito a lo que oía—. Ya estoy harto de la chusma de este castillo, y el maestro Bohnsack necesita un herrero trabajador. Vamos, ven con nosotros; di solo «sí».

—¿De qué estáis hablando? —Moritz alzó sus cadenas—. Hugo me ha vendido al asqueroso ese de la cabeza de toro negra.

—Lo sé. —El maestro de obras asintió con la cabeza y suspiró profundamente—. Ya nos ocuparemos de eso. —Dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta del calabozo.

—¡Y mi estatua no la vendo! —le gritó Moritz a su espalda.

A principios de diciembre, un frío helador invadió todo el país. Del dintel de la ventana del calabozo colgaban carámbanos, y una capa de hielo cubría la pared. Moritz pasaba un frío horroroso. De nada servían las llamas de las teas en las juntas del muro ni las ascuas del viejo brasero. Moritz se envolvía en todas las mantas y pieles que le habían llevado Benno y Mónica. Y para no congelarse, a menudo saltaba de acá para allá entre las paredes de la mazmorra.

Un día llegó alguien de la *Bauhütte* y le metió entre los barrotes un manto oscuro de lana. Una mujer, casi una niña todavía. Dijo llamarse Helena. Era la misma mujer que había cortado la hemorragia de Benno con nieve. Le preguntó por su madre y Moritz no supo qué contestar.

Esa noche, Moritz soñó con los ojos de la chica. Y a veces, cuando corría de una pared a otra del calabozo citando los nombres de las ciudades, mencionaba también su nombre: *Helena*.

Aunque Moritz no le había respondido, Helena iba luego con más frecuencia a la ventana de la mazmorra y le llevaba pan, carne o un puré espeso de habas. En una ocasión, incluso un trozo de tarta. Su padre, decía la muchacha, no recordaba haber vivido una entrada del invierno tan temprana ni tan intensa. También le hablaba de su madre y de un sitio al que llamaba «Maulbronn». La mayor parte del tiempo, Moritz solo la miraba en silencio y no acababa de entender cómo una criatura terrenal podía tener unos ojos tan bonitos como Helena. Y unos rasgos de la cara tan bellos, y una figura tan bonita.

Solo una vez fue capaz de decir tres palabras. Cuando ella le dijo que le gustaba mucho su estatua y que estaba a buen recaudo en el carruaje del maestro Bohnsack.

—Es mi madre —dijo entonces.

Cuando días más tarde se puso otra vez a nevar, algunos habitantes del castillo salieron al patio de armas para tirarse bolas de nieve. También Helena y el caballero rubio figuraban entre los jóvenes. Moritz los miraba con añoranza desde la ventana del calabozo. La batalla de bolas de nieve pronto se

convirtió en una salvaje pelea en la que todos se confabularon contra el caballero de Dinamarca... todos, menos Helena.

Ella y el caballero, cuando se caían, se ayudaban mutuamente a levantarse de la nieve, se defendían de los otros hombro con hombro y arrojaban bolas o cornisas de nieve a sus adversarios.

Hasta que un trozo grande de nieve le dio a Helena en la cara. La muchacha pegó un grito e inmediatamente se suspendió la pelea. El caballero sacó un pañuelo de su abrigo de piel blanco y limpió la nieve de la cara de Helena, mientras la sujetaba rodeándole el hombro con su brazo.

Moritz contempló a los dos y sintió una punzada en el pecho y el vientre. Se asombró de sí mismo, pues nunca hasta entonces había sentido lo que sentía en ese momento. No sabía cómo llamarlo.

El riguroso invierno retuvo muchas semanas en el castillo de Rudelsburg tanto al repugnante tipo wendo como al maestro de obras y su cuadrilla. Pero poco antes de Navidad sopló un viento más cálido y la nieve empezó a derretirse.

—La *Bauhütte* se prepara para partir —le contó Benno, cuando una noche le llevó queso y vino caliente—. Antes de que en enero vuelvan las siguientes heladas, el maestro quiere estar en Magdeburgo. —Moritz le miró y pensó primero en el caballero wendo y luego en las palabras del maestro de obras. Benno le hizo un gesto de asentimiento—. Haremos lo que podamos.

A la mañana siguiente, el alcaide mandó sacar a Moritz de la mazmorra. Nikolaus le quitó las cadenas en la herrería; luego, uno de los escuderos del caballero wendo le ató con una correa a los arreos de su caballo.

Mónica lloró al despedirse de él.

—Rezaré por ti —le susurró—. Dios te bendecirá y te librarás de la esclavitud, lo presiento. Créeme.

Moritz ya no se creía nada. Miró a Benno a la cara y sintió que le sobrevenía una gran amargura. Benno no dijo ni una palabra; solo le miró fijamente, como si tuviera dolor de muelas o como si estuviera ocultándole un terrible secreto.

El caballero wendo montó en su caballo y fue el primero en dirigirse hacia el portón; le siguieron sus seis piqueros y escuderos. Moritz iba atado al

último caballo.

El caballero Hugo y su mujer no habían salido al patio de armas para despedirse de él. Tampoco el mariscal del castillo ni el canciller ni el primer cantero. Los demás se quedaron mirando embobados desde lo alto de la muralla o desde la escalera de la zona palaciega: Bodo, Joseph, el boyero, el porquero, los canteros, el halconero, los centinelas y los piqueros. Ninguno le despidió con la mano, ninguno le dijo unas palabras de consuelo. Moritz los miró porfiadamente a la cara cuando pasó a su lado. Sin derramar ni una sola lágrima.

Junto al portón interior se hallaban el caballero Ansgar y Helena. Y con ellos, el monje desconocido. Aunque Moritz sabía que nunca más volvería a encontrarse con ellos, no le gustó nada verlos tan juntitos. El caballero lucía una expresión de dureza en la cara. La hija del maestro de obras alzó la mano derecha para despedirle. El monje movió los labios sin decir una palabra. Moritz no miró hacia atrás cuando oyó cómo se cerraba tras él el portón interior.

Moritz pisoteó junto al caballo del escudero wendo la nieve derretida de las dependencias de extramuros y luego cruzó el puente levadizo. Por el camino que descendía al Saale, los jinetes se pusieron a trote ligero y Moritz tuvo que acelerar el paso.

Aún quedaba nieve en el talud del río y en los bordes del camino. Moritz ya no sentía nada, nada en absoluto. Ni se le pasó por la cabeza la idea de volverse a mirar el castillo.

Los jinetes wendos tomaron el camino que llevaba a Naumburgo. Moritz sabía por Mónica que desde allí querían pasar por Leipzig y Wittenberg en dirección al norte, al mar Báltico. Moritz tenía la esperanza de que en Naumburgo no le viera así nadie que le conociera: maniatado y sometido al arbitrio del odiado caballero de la cabeza de toro. También se preguntaba si aguantaría a la carrera hasta Naumburgo. Sus agujereadas botas ya estaban impregnadas de nieve derretida.

A mitad de camino, el villano de la cornamenta plateada miró hacia atrás. ¿Oía jadear a Moritz? ¿Le gustaba su cara colorada? ¿O sencillamente le habían entrado ganas de torturarlo? El caso es que condujo su caballo hacia

Moritz y le golpeó en la espalda.

—¡Más aprisa! —graznó, y volvió a atizarle—. ¡Más aprisa, granuja apestoso! —Moritz gritó de dolor.

En Naumburgo no le reconoció nadie. Pasaron la noche en un caserío, al norte de la ciudad. En un establo de vacas, Moritz cayó en la paja maloliente, temblando de frío, con los pies y las piernas doloridos y completamente exhausto.

Al mediodía del día siguiente pasaron por un hayedo. Moritz apenas notaba ya las piernas. Poco antes de que el camino dejará atrás el bosque en dirección a Leipzig, de repente el caballero wendo detuvo su caballo. Los otros jinetes también se pararon. Moritz espió entre los animales y reconoció la silueta de un caballo justo al final del hayedo. Fuera quien fuese el que lo montara, no podía tener buenas intenciones, pues su caballo estaba en mitad del camino y por encima del jinete asomaba una lanza.

El caballero de la cornamenta de toro se dirigió a dos de sus escuderos:

—Acercaos a él y preguntadle qué quiere.

Los aludidos espolearon a sus animales en los flancos y galoparon hasta la salida del bosque.

El desconocido jinete esperó. Cuando los escuderos llegaron a unos cien pasos de él, de pronto este bajó la lanza, arreó a su caballo y se inclinó sobre sus blancas crines. Los dos escuderos tiraron de las riendas y se detuvieron.

Moritz no había visto nunca hasta ese momento un caballo que tardara tan poco en ponerse a galope tendido. El suelo retumbaba bajo el atronador ruido de sus cascos; la nieve derretida y las hojas mojadas salían disparadas formando un remolino, y no pasaron ni tres segundos hasta que el desconocido jinete pasó volando al lado de los dos escuderos, que no tuvieron tiempo ni de desenvainar la espada.

A uno lo tiró de la silla el asaltante con la lanza al pasar junto a él y, sin mirar atrás, siguió galopando. Cuando Moritz lo vio acercarse a toda velocidad, le entró el miedo.

—¡Atrapadlo! —gritó con un gesto imperioso el caballero wendo a sus otros cuatro piqueros.

Pero antes de que estos pudieran espolear a sus caballos, uno de ellos cayó

al suelo resollando. Tenía una flecha clavada en el cuello. El de la cabeza de toro negra sacó su larga espada de la vaina que cruzaba su espalda y blasfemó.

El asaltante se abalanzó sobre los wendos como una ráfaga de viento huracanado. El de la cabeza de toro intentó esquivarle y despojarle de la lanza con la espada, pero recibió un lanzazo en la cadera, no acorazada, que lo derribó del caballo.

A cierta distancia, salió del bosque un segundo jinete con una lustrosa espada en ristre y atacó al escudero contra el que se había enfrentado el asaltante. De repente, un tercero se acercó por detrás a toda velocidad y, con un martillo de herrero, asestó un golpe en la nuca del wendo a cuyo caballo iba maniatado Moritz.

A Moritz se le cayó inmediatamente la venda de los ojos: ¡Benno! ¡Y el del caballo blanco era el caballero danés, Ansgar! Y su escudero Lothar era el que golpeaba en la salida del bosque al wendo que se había quedado apartado.

Gemidos y lamentos de hombres, tintineo de hojas de espada, ruido de cuerpos al caer sobre el barrizal del camino... Y, de repente, Benno apareció ante Moritz y le cortó la correa de cuero con la que iba maniatado. Sin pensárselo y sin dudarle ni un segundo, Moritz se abalanzó sobre el caballero wendo, sobre el que señalaba a las víctimas, sobre el de la voz de macho cabrío. Moritz golpeó al herido en la cara.

—¿Adónde te llevaste a mi madre? —Volvió a golpearle una y otra vez—. ¿Qué le has hecho, maldito canalla? —Sus tres rescatadores se quedaron mirando sin hacer nada. Aunque el caballero ya sangraba por la nariz y por la boca, Moritz arremetió de nuevo contra él—. ¡Hace doce años! ¡En el *Burgwall*! ¡Junto al gran lago de Schwerin! —Con el trozo de correa que aún le colgaba de la mano le rodeó el cuello y apretó—. ¿Dónde está mi madre? —Oprimió el cuello del hombre hasta que se le puso la cara morada. Se lo apretó con todas sus fuerzas. Lo estranguló hasta que quedó exánime y murió.

A continuación, Moritz se apartó del muerto y cayó rodando por el barrizal. Tenía la respiración entrecortada, jadeaba, le temblaba todo el cuerpo. Los otros tres se congregaron a su alrededor y se quedaron mirándole. Las hojas de las espadas de Ansgar y de su escudero estaban manchadas de sangre.

—¿Le conocías? —preguntó Benno. Moritz cerró los ojos.

—Ya ha pasado todo —oyó decir en algún momento al caballero Ansgar—. Levántate. Nos vamos.

Moritz abrió los ojos y vio la mano que le tendía Benno. La agarró y así logró levantarse sobre sus temblorosas piernas.

—¿Adónde? —preguntó.

—A Magdeburgo —respondió Benno.



## Magdeburgo

*Magdeburgo, febrero de 1228*

Un alboroto demasiado familiar despertó a Moritz: traqueteo de carruajes, fustazos, voces de hombres soltando maldiciones y el mugido de un buey. Se incorporó sobresaltado. ¿Acaso ya se iban a la cantera? ¿Se habría quedado dormido? Alzó las muñecas y las miró fijamente... ¿sin cadenas? Guiñó los ojos en la penumbra: paredes lisas de piedra, jergones de paja, uno al lado del otro, puntales de sección cuadrada bajo la techumbre plana de madera, brasas en una estufa de piedra.

Se agitó para despertarse, miró por segunda vez a su alrededor y por fin comprendió dónde estaba: no en su barraca situada entre la pocilga y la boyeriza, ni tampoco en el calabozo de don Hugo, sino en el cobertizo de Magdeburgo.

Cerró los ojos, respiró hondamente e hinchó las mejillas. Su pecho se llenó de alivio. Se sintió seguro y feliz. ¿Durante cuánto tiempo había olvidado ese sentimiento?

Eso le pasaba a menudo cuando se despertaba: se incorporaba creyendo estar en la mazmorra de la torre del homenaje del castillo de Rudelsburg o en su chamizo del patio de armas. Y cada vez que sus sentidos percibían al fin el nuevo entorno, sentía alivio y felicidad, y el susto y la angustia se desvanecían como un velo de niebla con la primera luz de la mañana.

Moritz se levantó y llegó a tuestas hasta la única ventana del gran dormitorio; los jergones de los otros obreros estaban vacíos. Descorrió la

vieja piel que hacía las veces de cortina. Tras ella, unas tablas cerraban el vano de la ventana. Miró por una rendija. El portón de la muralla de la ciudad estaba abierto, por lo que se veía perfectamente el río. Salvo por un arroyo de unas tres varas de anchura, el Elba estaba congelado entre la orilla y el pequeño islote. En la rueda de aceña del molino flotante y en la barandilla de la pasarela que iba a dar al molino del río colgaban carámbanos.

Moritz se ató su hermosa melena rizada y negra con un cordel de piel y se volvió hacia la estufa. Allí se arrodilló delante de una tina, rompió la delgada capa de hielo con la frente y se lavó la cara y las manos. Fuera seguían mugiendo los bueyes y aún se oían los fustazos.

Y Moritz oyó martillazos procedentes de la cercana herrería. Benno ya estaba trabajando. Cada vez que paraba un momento de dar martillazos, Moritz oía llorar al niño. Se puso su nueva ropa de lana, se caló el gorro grande, se calzó las botas y salió del dormitorio.

De pronto, le vino a la memoria un rostro, un rostro querido de mujer. También eso le pasaba todas las mañanas cuando se despejaba y empezaba a pensar con claridad: pensaba en ella, en Helena. Un bonito pensamiento. Y al mismo tiempo doloroso, pues la hija del maestro de obras jamás repararía en él.

Recorrió el largo taller pasando por unas mesas de trabajo llenas de cinceles, macetas y bloques de piedra inacabados y se dirigió hacia la gran puerta de entrada. Cada tres pasos tenía que esquivar patrones de madera de capiteles, ornamentos de columnas o tracería desplegados por el suelo. Abrió una batiente de la puerta... y le llegó un frío helador.

De camino al monasterio, el carro de bueyes que llevaba la siguiente carga de piedras se había quedado atascado en la nieve congelada. Desde el pescante, un cantero daba fustazos a la yunta de cuatro bueyes mientras soltaba maldiciones; los otros hombres empujaban o tiraban de ellos. Unos monjes acudieron en su ayuda. Moritz salió corriendo de la *Bauhütte* y les echó una mano.

*Bauhütte*: así se llamaba tanto el equipo de un maestro de obras, como las barracas o los talleres en los que trabajaba cuando en el lugar de las obras hacía demasiado frío o llovía o nevaba demasiado. En la época del maestro

Bohnsack, las barracas de los canteros no se hallaban lejos del pequeño puerto del Elba, en el margen oriental de las obras de la catedral y entre estas y el monasterio de Nuestra Señora. Por aquel entonces, el monasterio pertenecía a los monjes de la orden premonstratense.

Moritz corrió por la nieve congelada y dura hasta el carro, se puso detrás junto a los que empujaban y se apoyó contra el borde de la superficie de carga. El vehículo pegó un salto, dio unas sacudidas por los surcos helados de la nieve y, por fin, siguió rodando.

Desde la derecha y la izquierda le llegaron a Moritz unas miradas de asombro y admiración.

—Si no tuviéramos a nuestro fiero Sansón... —El escultor del Reino de Francia esbozó una sonrisa y dio un golpecito en el hombro a Moritz, ocho años más joven que él.

Le llamaban Sansón desde que el día de Navidad había agarrado por los cuernos a un buey escapado y lo había tumbado en la nieve. Fiero Sansón, desde que el día de los Reyes Magos había dado una paliza a dos escuderos del alcaide por haberle llamado a Moritz *wendo de culoapestoso*.

Sansón se llamaba un hombre con una fuerza extraordinaria del que hablaba la Biblia. Eso Moritz lo sabía por Helena. De todas maneras, lo que le confería esa misteriosa fuerza al Sansón bíblico era su pelo largo. Pero su amada se lo cortó mientras dormía y Sansón perdió con el pelo también la fuerza.

Descargaron las vigas y los bloques de piedra del carro y los llevaron al taller. En invierno, en esa barraca se labraban las piedras finas que en primavera se usaban en la construcción.

Moritz llevaba en cada hombro una viga de piedra a un banco de trabajo, donde trabajaba con un cantero experimentado en una tracería para una ventana de arco apuntado. Se sentía orgulloso de que el maestro Bohnsack le hubiera adjudicado esta tarea.

Con sumo cuidado, iba depositando las piedras junto a la plantilla para la ventana de la torre nororiental. Le rugían las tripas de hambre. Durante el largo y duro invierno, había escasez de víveres en Magdeburgo. Uno podía contentarse con que le dieran al menos una comida al día.

Moritz se puso de pie junto a la estatua de su madre, cubierta con un paño. Rodeada de impostas toscamente labradas y capiteles inacabados, la estatua se hallaba pegada a la pared. El maestro Bohnsack le había devuelto la efigie a cambio de que le dejara colocarla en la nueva catedral. El modelo de barro lo había destruido el primer cantero del caballero Hugo. Moritz sintió amargura al recordarle.

Moritz levantó un poco el sucio paño que cubría la estatua y observó las manos, en las que llevaba trabajando desde Navidad. Verdaderamente, le había esculpido unas manos preciosas a su madre. En la mano izquierda quería ponerle su obra de la infancia, el crucifijo familiar de piedra. Aún no sabía qué le iba a poner en la mano derecha, abierta hacia arriba. Volvió a tapar la escultura, dio media vuelta y salió corriendo hacia el carro aún medio lleno.

Rápidamente vaciaron la superficie de carga. Mientras los otros continuaron con el trabajo, Moritz marchó a paso cargado hacia la herrería. Llevado por el hambre, recordó que Benno y Lothar habían ido de caza la noche anterior al otro lado del Elba, en la ribera oriental. Aunque esto estaba prohibido, los piqueros del burgrave y del arzobispo hacían la vista gorda en época de tanta escasez.

En la herrería hacía calor. Moritz se quedó un rato mirando cómo trabajaba su amigo Benno. Este daba martillazos sobre el yunque a la hoja de una sierra. Benno, el herrero, y algunos canteros y carpinteros del maestro Bohnsack, trabajaban durante el invierno también para los monjes y su iglesia. Desde que se derribaron las ruinas del incendio de la vieja catedral, la iglesia de Nuestra Señora servía como sustituta de la iglesia episcopal. Aunque las obras de reforma de la misma tocaban ya a su fin, los obreros seguían necesitando nuevas herramientas. Y Benno se las forjaba.

Junto a la artesa para el agua se apoyaban dos discos de hierro. Cada uno medía una vara de diámetro y, en el centro, tenía una apertura cuadrada de la anchura de un dedo pulgar.

—¿Para qué sirven? —quiso saber Moritz.

—En las obras de la catedral necesitan un nuevo brazo elevador para la grúa de rueda. La calandria aún sigue en buen estado, pero los albañiles ya no se fían demasiado de la vieja grúa. Es de madera mala y lleva ya veinte años

en funcionamiento. —Benno señaló hacia los discos—. Si los untas con una buena capa de grasa, los colocas uno encima del otro y, con un perno bien fuerte, metes por el agujero la viga de palo hasta la plataforma, entonces los discos giran cada uno en sentido contrario y puedes orientar el brazo elevador con el polipasto o aparejo.

Moritz intentó imaginarse lo que le estaba describiendo su amigo. Pero no lo consiguió, porque desde la puerta que daba al interior de la casita olía a carne asada y la boca se le hacía agua. Benno cogió del yunque la hoja terminada de la sierra y la sumergió en una cuba de duela, donde soltó un chisporroteo y una densa humareda.

El herrero sonrió al ver cómo olfateaba Moritz.

—Hemos cazado dos liebres y tres pichones.

Se quitó el mandil y le hizo una seña a Moritz para que le siguiera. Entraron en la gran cocina de la herrería. También allí hacía un calor agradable. Junto a la cuna del niño, *Lupo* se levantó de un montón de harapos, trotó hacia Moritz, le olisqueó y luego volvió a su sitio.

Moritz saludó a Mónica y echó un vistazo a la cuna. El recién nacido dormía. Tenía una cara gordita y sonrosada. Benno y Mónica habían bautizado a su primer hijo con el nombre del abuelo Nikolaus.

Sobre la mesa había una pequeña escudilla con un poco de puré de cebada y un cestito con unos cuantos trozos de pan. Mónica llevó una gran fuente llena de carne de liebre. Se sentaron, sacaron sus cuchillos de los cinchos y pincharon los pedazos de carne. Todos comieron con un hambre canina. A Mónica le dejaron los trozos de carne más grasientos, ya que estaba amamantando. Los huesos se los lanzaron al perro lobo, que seguía junto a la cuna.

Llamaron; Ansgar y Lothar se agacharon para entrar por la puerta. El caballero saludó con una bendición y su escudero asintió sin decir una palabra. El perro lobo se levantó de un salto, gruñó y regañó los dientes.

—Estate quieto, *Lupo* —dijo Mónica—. Son amigos. Ocúpate de tus huesos de liebre y cuida del niño. —El perro husmeó a los recién llegados y obedeció.

Los hombres introdujeron una ráfaga de frío en la cocina. Ansgar se quitó su

abrigo de piel blanco y Lothar su manto de lana. Se sentaron y se abalanzaron sobre el puré y la carne. Benno sirvió vino.

—Ayer estuve hablando con el burgrave —explicó Ansgar. Él y su escudero vivían en el norte de Magdeburgo, en el castillo del burgrave; así llamaban aquí al gobernador—. Ha solicitado mis servicios. Así que a partir del verano le serviré a él y al duque de Sajonia, pues de él depende el burgrave Burchard, no del arzobispo.

—La de cosas que sabes. —Benno vació su vaso de vino. Había hecho amistad con Lothar y Ansgar desde que habían liberado juntos a Moritz de la férula del comandante wendo—. ¿Y por qué esperar hasta el verano?

—¿Cómo voy a prestar mis servicios de caballero sin armadura y sin cierto número de caballos, armas y escuderos? —Ansgar se hizo el ofendido—. ¿Cuánto crees que cuesta todo eso? Tengo que partir a casa de mi anciano señor, a Lund, para que abra el cofre condal y me pague parte de mi herencia.

Moritz prestó atención. Aunque le caía bien el caballero, le gustaba la idea de que se marchara. Porque cada vez que se encontraba con Helena, siempre iba acompañada del rubio caballero. Como se rumoreaba entre los obreros, últimamente Ansgar incluso componía canciones para Helena y luego se las recitaba acompañándose del laúd. Solo con recordarlo, a Moritz se le encogía el corazón. Así que cuanto más lejos cabalgara Ansgar, mejor.

—Ya tienes un escudero, y las armas te las forjo yo. —Benno hizo puntería con un hueso y le dio a *Lupo* en el hocico. Mónica le riñó y le dio un puñetazo en el hombro.

—¿Y con qué voy a pagarles? —Ansgar se limpió los dedos en el pan y le quitó a Lothar el vaso de vino de la mano—. Tengo incluso dos escuderos, pero necesito como mínimo tres, si quiero prestarle un digno servicio militar a Burchard.

—Nunca tiene bastante —murmuró Lothar—. Con todo le pasa lo mismo. —Ansgar alzó la mano para pegarle y Lothar agachó la cabeza.

—¿Dos? —Mónica sacó la cuchara de madera de la escudilla del puré y frunció el ceño—. Yo solo veo a uno. —Con la cuchara señaló a Lothar, que se reía por lo bajo—. ¿Has encontrado un segundo escudero? ¿Quién es?

—Está sentado a tu lado. —Ansgar estiró el brazo con el vaso en dirección

a Moritz—. ¡Brinda conmigo, fiero Sansón! —Moritz levantó la copa y obedeció, aunque no sabía muy bien de qué iba la cosa. Toda su atención estaba centrada en el asado de liebre.

—Serás un buen escudero para mí, ¿verdad? —Moritz no respondió. Le enorgullecía que Ansgar le creyera capaz de llegar a ser un caballero. Pero su corazón le llevaba a otra parte.

—¡Cómo me gustaría llevarte ya en el viaje a Lund! —La sonrisa satisfecha de Ansgar se transformó en un gesto de pesar—. Pero el maestro Bohnsack está en contra. Quiere verte a todo trance en el banco de trabajo y en las obras. Y como estoy pretendiendo a su hermosa hijita, tengo que conformarme. —Esbozó una sonrisa medio burlona, medio afligida, y bebió.

En ese momento, a Moritz ya no le caía tan bien.

—¿Cuándo partes? —Ahora solo quería saber eso de él.

—En cuanto empiece a derretirse la nieve.

—Eso va para largo, este año —dijo Benno, y Moritz, que ya se había hecho a la idea de una inminente despedida, pensó: «Qué pena.»

En adelante, Moritz trabajaba durante horas con mucho entusiasmo, olvidándose incluso de la sed y el hambre. Bajo su cincel surgió un arco ornamentado para la tracería de la ventana de la torre. Un sentimiento de felicidad le invadió cuando cogió del banco de trabajo la pieza redondeada de piedra y la sostuvo en las manos. Y su pecho se llenó de orgullo cuando el viejo cantero que le dirigía elogió su trabajo.

¿Un elogio? Hasta entonces Moritz no sabía lo que era eso.

A última hora de la tarde, el maestro Bohnsack le pidió que le acompañara a las obras de la catedral.

—El arzobispo y el preósito del cabildo me esperan.

Jacques, el fraile Rochus, Benno y tres maestros artesanos también se pusieron con él en camino. Y Helena. Mudo de felicidad, Moritz iba pisando la nieve a su lado sin que ningún caballero rubio le disputara el sitio. Una buena recompensa por el trabajo diario en el taller.

Excepto el fraile Rochus y el maestro Bohnsack, todos llevaban largos

mantos de lana oscura con capuchas. El maestro de obras se había envuelto en un manto de piel marrón. El abrigo de Helena era de color rojo oscuro e iba ribeteado de piel negra. «Qué guapa está, qué bien le sienta», pensó Moritz.

Dieron un rodeo para pasar por el monasterio de Nuestra Señora y por la plaza del mercado. En la iglesia del monasterio, el maestro Bohnsack examinó cómo iban las obras de la reforma. En los despachos de los artesanos que rodeaban la plaza del mercado preguntó por un comerciante que pudiera suministrarle lápices y un cuaderno de dibujo nuevo.

En la propia plaza del mercado, solo tres comerciantes seguían aguantando el frío. Uno vendía venado por cuenta del burgrave a los habitantes de Magdeburgo que pasaran hambre, otro vendía pescado, y en los cuatro carros del tercero se amontonaba la leña. Delante de los cuatro carros hacían cola los magdeburgueses.

—Esta ciudad todavía me marea con sus numerosos callejones, caminos y casas, y con tanta gente —dijo Helena—. Es veinte veces más grande que Vaihingen o Knittlingen.

Moritz contemplaba en silencio su bello rostro. La encontró más pálida y con las mejillas más hundidas que en su cumpleaños, que había tenido lugar el mes anterior. Confió en que no estuviera enferma. Solo de pensarlo, se angustiaba.

—¡Quince mil personas viven aquí! —exclamó Helena—. ¿Te lo puedes creer?

Moritz se sobrepuso a su timidez ante la bella doncella y logró decir unas palabras.

—Tanta gente no puedo ni imaginármela —dijo—. Son veinte veces más de las que viven en el castillo de Rudelsburg y alrededores. Y aproximadamente doscientas veces más que en el pueblo en el que me crie.

—¿Cuántas personas vivían allí? —Helena arrugó la frente en un gesto de incredulidad.

—Unas setenta.

Poco antes de que llegaran los sajones, el sacerdote las había contado y le había dicho la cifra a su padre. Moritz recordaba muchas cosas de lo que había pasado poco antes de la incursión sajona.



Helena le miró de lado.

—¡Qué bien sabes echar cuentas! —dijo.

A Moritz se le puso la cara al rojo vivo. El tono de asombro de Helena ni siquiera lo percibió.

En el despacho de un almacén buscaron resguardo del frío. Allí habló el maestro Bohnsack con dos mercaderes. Uno comerciaba con paños, aceites y especias pecaminosamente caros procedentes de Persia y Egipto; el otro con cera, sebo, tinta y artículos de lana.

—Tengo muy buenas relaciones con un comerciante hamburgués —explicó el hombre—. En cuanto se derrita la nieve, tendrás tu cuaderno y tus lapiceros, maestro de obras.

El maestro Bohnsack le compró dos frascos de tinta y al otro unas cuantas hojas de papiro egipcio. Moritz acarició suavemente la hoja de papiro superior y repitió por lo bajo los nombres desconocidos: *Persia, Egipto*. Jamás había oído hablar de esos países.

—¿Ya sabéis lo que le ha pasado a la pobre mujer? —preguntó el mercader que comerciaba con Persia y Egipto, mientras se embolsaba los *pfennig* de plata del maestro Bohnsack. Este alzó las cejas en un gesto interrogativo—. La han encontrado desnuda en el Elba helado, a dos horas de camino río abajo. — Se llevó la mano a la garganta.

—¿Pobre mujer? —El mercader que comerciaba con Hamburgo frunció el ceño con desdén—. ¡Una sucia prostituta! Dios la ha castigado. —Se santiguó.

El maestro Bohnsack envió a su hija con el fraile Rochus a la pescadería de la plaza del mercado. El monje llevaba consigo una cesta vacía. Como Moritz no se quería separar de Helena, se puso a su lado en la cola de los que esperaban. La gente que los rodeaba, casi todas mujeres, cuchicheaba indignada por lo acaecido a la prostituta magdeburguesa, conocida en toda la ciudad, que había sido degollada por un asesino. Moritz percibió miedo en todas las caras, y Helena se encogió y se arrebujó en su abrigo de lana de color rojo oscuro.

El fraile Rochus, siempre callado, y Moritz llevaron luego entre los dos una

cesta llena de anguilas, lucios y percas por el Camino Ancho y, cruzando la puerta occidental, entraron en el barrio antiguo, en el que vivían los hombres de la Iglesia. El barrio se llamaba Libertad Catedralicia —algunos lo llamaban también Inmunidad Catedralicia— y estaba separado del resto de la ciudad por una muralla.

En dirección al palacio del arzobispo habían despejado de nieve un camino, por el que fueron hasta las obras de la catedral. Por doquier había montones de piedras, tablas y tierra cubiertos de nieve y hielo. De los resaltos de los muros colgaban carámbanos. Se levantó un viento del oeste que se llevó el vaho blanco que salía de sus bocas. En el pelo castaño rojizo de Helena centelleaban unos cristalitos de hielo. Moritz la miraba disimuladamente. A él le parecían piedras preciosas en un joyero forrado de terciopelo rojo oscuro.

A la entrada del enorme solar de las obras se aglomeraban muchos hombres, mujeres y niños. Más de cien magdeburgueses habían acudido a ver al nuevo maestro de obras y al arzobispo. El primero no llevaba mucho tiempo en la ciudad y al último rara vez se le veía.

—¡Dejadnos pasar! —pidió Helena en voz alta.

Se formó un pasillo y avanzaron entre la multitud. Las numerosas miradas de curiosidad no agradaban a Moritz. A Helena no le importaban; ni siquiera parecía darse cuenta de cómo la taladraban con la mirada y cuchicheaban acerca de ella.

Con algunos portadores de antorchas armados y tres hombres vestidos con la «indumentaria sagrada» —así le gustaba llamar a Ansgar a las vestiduras de los clérigos y los monjes—, el maestro Bohnsack y los artesanos se plantaron ante la más septentrional de las dos torres orientales. Alzaron la vista hacia la primera cornisa. Las dos torres aún no alcanzaban una altura mucho mayor.

Hasta entonces Moritz, de entre los religiosos, solo conocía al canónigo Dietrich, un hombre discreto y amable de pelo cano. Los nombres de los demás se los susurró Helena al oído. El corazón de Moritz latió más aprisa cuando ella le exhaló su cálido aliento en la oreja.

—Ya estamos trabajando en el marco de la primera ventana de la torre y en la tracería de su arco apuntado. —El maestro Bohnsack miró en su cuaderno de apuntes, en el que había dibujado las ventanas y las tracerías—. Creo que

podremos colocar las dos cosas en cuanto los albañiles hayan levantado el segundo piso de la torre.

El fraile Rochus y Moritz dejaron la cesta con el pescado.

El arzobispo se volvió y señaló hacia el este, hacia la girola ya terminada.

—Deseamos de ti que nos construyas pronto el coro alto y la galería superior, maestro, la galería episcopal.

Dos recios pilares de unos veinte pies de altura enmarcaban el acceso a la planta baja del coro y lo sobrepasaban en unos tres pies. El coro estaba recubierto de tablas de encofrado y, entre las dos columnas, un tabique de madera impedía ver el interior.

—En cuanto esté terminado todo el coro alto, será consagrado y, ante su altar mayor, será leída la primera misa —dijo el arzobispo—. Luego nos tienes que levantar el segundo piso del coro, maestro Bohnsack, el coro alto con las ventanas del claristorio.

—En tal caso, pronto necesitaremos una segunda grúa de rueda —añadió el maestro albañil.

Benno y el maestro carpintero fueron a ver la vieja grúa de rueda, examinaron la rueda elevadora, la alta viga de palo, el brazo orientable y el polipasto de hierro. Benno tiró de un saliente de la rueda. Inmediatamente se puso en movimiento con un chirrido.

—Para cuando llegue la primavera, mis hombres habrán construido la nueva rueda —dijo el maestro carpintero en un tono que no admitía dudas. Benno asintió con resolución.

—Vamos a echar un vistazo al coro, maestro Bohnsack. —El prepósito del cabildo Wilbrand fue pisoteando la nieve hasta el tabique de madera antepuesto al coro. Todos le siguieron; también el fraile Rochus y Moritz, con la cesta del pescado.

Un hombre de complexión bastante atlética apareció de repente junto a Helena. Los bordes de su gorro de piel gris le llegaban hasta la nuca; su manto, de aspecto caro, era de cuero negro y piel gris.

—Veo que tienes frío —dijo, se quitó el manto y lo abrió delante de Helena de modo que esta solo hubiera necesitado dejarse envolver. Pero en lugar de hacer eso, se quedó mirándole fijamente a su ancho rostro—. Gotthart de Saint

Leonard. —Sus carnosos labios amagaron una sonrisa, pero sus ojos de color azul claro no sonreían.

El hombre aparecía de vez en cuando por la *Bauhütte*. De manera que se llamaba Gotthart de Saint Leonard. Moritz sabía que era escultor y que había participado en París en la construcción de la nueva catedral; hasta ahora no había cambiado ninguna palabra con él.

—Muy amable por vuestra parte, señor Gotthart. —Helena sonrió con frialdad—. Pero no tengo frío. —Dicho lo cual, siguió andando. Moritz, a su lado, se alegró maliciosamente.

—Aquí ha de surgir el leccionario. —El arzobispo señaló a un lado y a otro del tabique de madera—. Irá antepuesto al coro. —El prepósito del cabildo abrió una puerta que había en el tabique de madera.

Primero entraron los portadores de antorchas; los demás les siguieron. Aunque por las ventanas de las capillas absidales del deambulatorio entraba algo de luz, allí dentro reinaba una sombría penumbra. Los hombres armados alzaron las antorchas y el resplandor de las mismas sacó de la penumbra unas columnas, un altar, un sarcófago y dos figuras sin terminar.

El arzobispo se detuvo delante del sarcófago.

—Aquí yace el gran emperador Otón. —El antiquísimo sarcófago era de piedra arenisca de varios colores y estaba enmarcado por una reja primorosamente forjada—. Como tantas otras cosas, lo hemos rescatado de las ruinas del incendio de la catedral vieja —dijo el arzobispo—. En memoria eterna del emperador Otón y, no en último lugar, en su honor debes construirnos la catedral más bella que jamás haya contemplado el Sacro Imperio Romano, maestro Bohnsack.

El arzobispo señaló hacia el este.

—Como verás, maestro de obras, la tumba del emperador está alineada con el altar mayor y con el sarcófago de la esposa del emperador en la capilla axial. El antiguo altar mayor fue pasto de las llamas. Algún día tendremos que sustituirlo.

Moritz se apartó un poco para poder ver, tras el arruinado altar mayor, en el deambulatorio, la capilla axial con la tumba de la reina Edith.

—En el altar mayor guardamos las reliquias de san Mauricio, como todos

sabéis —continuó el arzobispo—. Pero mi nueva catedral no ha de estar consagrada únicamente a san Mauricio, sino también a santa Catalina. De los dos me gustaría tener estatuas. —Se acercó a las dos figuras de piedra—. Porque estas no representan a santos —explicó el arzobispo Albrecht—, sino que son más bien las dos primeras efigies de las «Diez Vírgenes». —Miró a su alrededor—. ¿Conocéis la parábola? —Como salvo Helena y su padre solo asintieron unos pocos, el arzobispo se dirigió al esbelto canónigo—. Por favor, cuéntanosla, hermano Dietrich.

—Nuestro Señor Jesucristo regresará pronto a la tierra, y en su segunda venida todo será como en una boda —empezó el aludido. Y mientras hablaba de un novio que se retrasaba y de sus diez novias, que le esperaron hasta muy entrada la noche con sus lámparas de aceite encendidas, Moritz observó al escultor francés.

Este lanzaba miradas furtivas a Helena, hacia su figura y su rostro, miradas que a Moritz no le gustaban. Con una sonrisa, incluso intentó atraer la mirada de Helena hacia sí. Pero esta se hallaba muy pendiente de los labios del canónigo de corta estatura. Cuando Gotthart de Saint Leonard se dio cuenta de que Moritz le observaba, dirigió él también la atención a Dietrich von Dobin.

—Las lámparas de cinco vírgenes se apagaron —siguió contando este—, pues habían sido tan necias que no habían llevado a la boda suficientes provisiones de aceite. Sin embargo, las vírgenes prudentes, cuyas lámparas aún ardían porque llevaban suficiente aceite, fueron con el novio, cuando por fin llegó, a la cámara nupcial. Las otras cinco tuvieron que quedarse fuera.

Moritz se acercó a las dos estatuas. Medían aproximadamente como dos muchachas adolescentes. Estudió cada detalle con curiosidad. Los brazos y los pliegues de sus vestidos ya estaban terminados, y en una de las figuras ya se reconocía la lámpara de aceite. También se distinguían ya el pelo largo y primorosamente ondulado y las diademas. Solo debajo, donde deberían estar las caras, se veía el bulto de la piedra tosca y aún sin labrar.

—El novio es Jesús —concluyó el canónigo—; las vírgenes son la Iglesia y el aceite es la fe. A quien se le apague la fe antes de la segunda venida del Señor se le cerrará la puerta del cielo.

Benno se acercó a Moritz.

—No entiendo que uno quiera casarse de repente con diez mujeres — cuchicheó, y le dio la risa.

De pronto, Moritz creyó oír en alguna parte la voz susurrante de una mujer. Miró hacia todas partes. La voz parecía venir de la girola. Ahora también la oyeron Helena y algunos artesanos.

—El noble señor Gotthart de Saint Leonard nos creará las diez esculturas — continuó el arzobispo—. Aún está dedicado a dibujar las caras. —El príncipe de la Iglesia señaló hacia el tabique de madera—. Si seguimos el plan del Muy Ilustre Señor Dietrich, entonces las cinco vírgenes necias adornarán la parte izquierda del leccionario. —El leccionario o trascoro, tal y como le había enseñado el maestro Bohnsack a Moritz, separaba al pueblo llano del coro y de los religiosos—. Y las cinco vírgenes prudentes ocuparán el lado derecho. A nosotros, sin embargo, nos gustaría más verlas sobre la suntuosa portada occidental, por la que en su día se entrará a esta catedral. Hasta la segunda venida de nuestro Señor Jesucristo, deben exhortar desde allí a quienes entran a que conserven una fe ardiente en sus corazones.

Ahora todos oyeron la voz. Volvieron las cabezas. Entre las arcadas del deambulatorio, Moritz vio pasar a una mujer. Hablaba con alguien, pero ¿con quién? Moritz solo la veía a ella.

—¿Ya estás aquí otra vez? —dijo el preósito del cabildo Wilbrand, cuando la mujer apareció bajo la siguiente arquería—. ¿Quién te ha dado permiso para pasear por el coro?

La mujer se detuvo y los miró a todos. Llevaba un abrigo negro sobre un vestido claro de lino. Una capucha cubría su pelo rubio pajizo.

—Yo, hermano Wilbrand —dijo el bajito canónigo Dietrich.

—¿Tú? —Wilbrand estaba visiblemente sorprendido y no encontraba palabras.

—Matilde es de mi familia; yo la mantengo y la envío a la escuela catedralicia.

—¡Pero, por favor, hermano Dietrich! —Al preósito del cabildo se le puso la cara de un rojo encendido—. ¡Donde tiene que estar es en un hospital de incurables! ¿No oyes cómo habla consigo misma? ¡Es una enferma mental!

—Matilde habla con Dios, hermano preósito del cabildo —replicó

Dietrich von Dobin—. Y no es ni mucho menos una enferma mental; está inspirada por Dios.

—¿Qué tonterías estás diciendo? —El preósito del cabildo hizo una mueca como si le hubieran obligado a morder la cabeza de un sapo.

—Déjale plena libertad, hermano. —El arzobispo utilizó un tono tranquilizador—. Es devota y no hace daño a nadie. —Se volvió hacia las arcadas e hizo una seña—. Enseñemos al maestro Bohnsack nuestro magnífico deambulatorio.

Al principio todos le siguieron, pero luego se quedaron parados de repente: en el altar mayor salió a su encuentro la mujer llamada Matilde. Su palidez y sus grandes ojos daban miedo. Como siguió andando, los hombres de la primera fila le abrieron paso. Solo se detuvo al llegar donde el escultor Gotthart.

En un principio, este no se enteró, pues de nuevo tenía la vista clavada en Helena, pero cuando se dio cuenta, frunció enojado el ceño y retrocedió un poco.

La mujer llamada Matilde pasó por delante de Gotthart y se detuvo junto a Helena. Sus labios se movían entre murmullos. Luego se paró delante del fraile Rochus, y luego delante de Moritz. Su delgada figura parecía extrañamente fuerte y, al mismo tiempo, frágil. Moritz vio que tenía su pálido rostro cubierto de innumerables pecas. La mirada de sus ojos verdes claros era ardiente. Por último, dio otro paso y al final se detuvo delante de Benno.

Aunque este le sonrió, ni un atisbo de sonrisa iluminó los rasgos de la mujer. Al contrario: miró a Benno llena de preocupación y compasión.

—Tus hijos —susurró—. Tus pobres hijos. —El herrero no sabía qué decir; miró hacia todas partes un poco desconcertado.

La mujer se santiguó y se volvió hacia los religiosos.

—Rezad por nuestro pobre hermano. —Dio media vuelta y regresó rápidamente al deambulatorio.

Durante un rato largo se la siguió oyendo murmurar, mientras el arzobispo le enseñaba lleno de orgullo al maestro Bohnsack el colorido de las bóvedas de crucería y las capillas absidales suntuosamente decoradas.

Más tarde, Moritz se marchó para casa con Benno, que iba muy callado. El

encuentro con la enferma mental había trastornado al herrero. A veces, cuando Moritz le miraba de reojo, veía cómo su amigo se mordisqueaba el labio inferior. Al despedirse, se abrazaron sin decir una palabra.

Moritz durmió mal esa noche. La mirada lasciva del escultor francés no se le quitaba de la cabeza. Y el hermoso semblante de Helena, tampoco.

A la mañana siguiente, se levantó temprano, encendió dos velas de sebo en su banco de trabajo y se puso a dibujar el rostro amado.



## ¡Mira hacia allí!

*Magdeburgo, marzo de 1228*

A la caída de la tarde, Matilde espío a los hombres que salían de la espaciosa taberna de la calle del Cuero. Eran cuatro. En la entrada les interceptó el paso.

—Tengo algo que decirte, Gotthart. —Matilde no hablaba en voz demasiado alta, pero sí con firmeza. Su mensaje iba dirigido únicamente al escultor. Y a su ayuda de cámara—. A ti también, Hubertus.

El mocetón arrugó la frente y la miró enfurruñado. Luego la agarró del hombro para apartarla a un lado. Matilde le quitó bruscamente la mano.

—¡No me toques! —El gigantón cogió impulso para pegarle.

Matilde llevaba mucho tiempo esperando este momento. Durante todo el invierno había evitado encontrarse con los dos hombres. No le había costado ningún esfuerzo, pues Magdeburgo tenía miles de habitantes. Y cuando el escultor y su gigante estaban en las obras pese al frío, sencillamente había dado media vuelta.

Durante esos meses había hecho averiguaciones sobre esos hombres. Vivían en el Camino Ancho, en casa de una viuda. Aparte de su grosero criado, el noble de París tenía un palafrenero al que llamaba Wastl, y un secretario llamado Conrad. Que el noble era escultor y estaba haciendo esculturas para la nueva catedral, lo sabía por el señor Dietrich. A este no le había contado nada sobre el percance del otoño anterior. No había hablado de eso con nadie. Solo con Dios.

—¡No! —El noble sujetó la muñeca de su criado—. Está enferma. —Se interpuso entre él y Matilde y la miró con una mezcla de indignación y curiosidad—. ¿Quién eres tú, mujer, para tener que decirme algo?

—Quise decírtelo hace ya dos semanas, cuando te encontré en el coro de la catedral. Pero como estaba el arzobispo, no lo hice.

—¿Qué forma de dirigirte a mí es esa? —El noble la observó con los ojos entornados—. ¿Tan mal de la cabeza estás que no conoces el tratamiento debido?

—Pertenezco al mismo estamento que tú, Gotthart. Mi abuelo era conde, y mi padre fue caballero y vasallo del duque.

Gotthart de Saint Leonard solo le sacaba media cabeza. Lucía un pelo castaño claro, del color de la arena, que le tapaba la frente y la nuca. Tenía los labios abultados, la cara ancha y los rasgos de un hombre fácilmente irritable que, además, se consideraba alguien importante. Su nariz era de un tamaño colosal, mientras que sus ojos presentaban un color azul acuoso. Matilde sabía que tenía veintisiete años.

—¿Quién demonios te envía, mujer?

—Me envía mi Señor —dijo ella.

—¿Tu señor? —La sonrisa de Gotthart oscilaba entre la burla y el desprecio.

—Oíd su mensaje: «Veo con una luz deslumbrante lo que vosotros habéis hecho a oscuras, Gotthart y Hubertus. Los gritos de la mujer atormentada han llegado a mis oídos. Resarcidla de los dolores que tuvo que padecer por vuestra culpa. Os lo ordeno. Luego id en busca de un sacerdote y cumplid con el sacramento de la confesión y de la penitencia. Si dejáis de hacer una sola cosa de lo que os digo, descargaré mi cólera contra vosotros.»

Gotthart se puso pálido. Sus ojos y sus labios se estrecharon hasta quedar reducidos a una línea. A su espalda, Hubertus esbozó una sonrisita de perplejidad y, al mismo tiempo, de desdén. El secretario de Gotthart, que aún seguía en el umbral de la taberna, arrugó la nariz y gritó:

—¿Qué sandeces dice esa mujer? ¿Acaso está loca?

Y su palafrenero añadió:

—¿Le doy una buena tunda?

En ese momento, Gotthart tomó impulso para golpearla.

De pronto, como caído del cielo, un hombre se interpuso entre Matilde y Gotthart. Paró el golpe de este con el brazo y le sujetó fuertemente la muñeca.

—No quiero que la golpees.

Gotthart escudriñó al joven como si se tratara de una aparición. Parecía fuerte y decidido. Pelusilla negra en la cara, barbilla ancha, largos rizos negros... Le conocía de las obras y del taller. Por unos instantes se quedó petrificado. Por último, logró que el otro le soltara la muñeca.

—¿Quién te crees que eres, wendo?

Matilde tiró de su rescatador para apartarle de Gotthart y de los hombres que estaban tras él, al tiempo que él la empujó hacia el callejón. Hombro con hombro, corrieron hacia el Camino Ancho. Cuando miraron atrás, Gotthart y sus criados seguían delante de la taberna. Los cuatro hombres los seguían con la mirada.

—Gracias. —Matilde miró al hombre de refilón; era muy joven; a decir verdad, solo un muchacho. Llevaba un manto de lana oscuro sobre unos pantalones también de lana. Una pelusilla negra le cubría la barbilla y las mejillas. Era alto y de complexión inusualmente fuerte—. Dios te bendecirá por ello. —El muchacho guardó silencio, echó otra ojeada hacia atrás y luego la miró con timidez—. ¿No eres magdeburgués, verdad? —Sus ojos le gustaron a Matilde—. También a ti te he visto hace poco en el nuevo coro de la catedral.

—He venido a la ciudad con la *Bauhütte* del nuevo maestro de obras —dijo él—. Te he reconocido enseguida. Un día te vi en el mercado. Y te seguí porque quería preguntarte una cosa.

—¿Formas parte del equipo del maestro Bohnsack? ¿Ese que por fin va a seguir construyendo la catedral del emperador Otón? —El muchacho de pelo oscuro asintió con la cabeza—. ¿Cómo te llamas?

—Moritz.

La mujer se detuvo abruptamente. A la última luz de la tarde contempló sus rasgos, sus ojos, su estampa.

—Has recorrido un largo camino. —Él no reaccionó, sino que agachó la cabeza con timidez—. Como ya le ocurriera hace mucho tiempo a Moisés,

también a ti te han salvado de la muerte.

El chico alzó la vista y la miró a la cara, como acechándola.

—¿Quién eres tú? —Su voz sonaba ahora más ronca que antes.

—Soy Matilde, la amiga de Dios. Y tú tienes un tocayo aquí, en la ciudad.  
—Matilde rozó su mano—. Ven conmigo; te lo enseñaré. —Efectivamente, Moritz se fue con ella—. ¿Qué querías preguntarme?

—¿Por qué miraste a Benno con tanta compasión?

—¿Al herrero? ¿Eso hice?

—¿Por qué les pediste a los sacerdotes que rezaran por él?

—Dios lo sabrá. Con eso basta.

Moritz dejó de preguntarle más cosas. El uno al lado del otro, bajaron por el Camino Ancho. Como la nieve estaba derritiéndose, evitaban pisar los hoyos embarrados y los grandes charcos que se habían formado. El portón occidental, que daba a la Libertad Catedralicia, aún se hallaba abierto. Los centinelas conocían a Matilde y la saludaron amablemente. Atravesaron la plaza de la catedral. Desde el palacio del arzobispo, se desviaron hacia las obras de la catedral. Se cruzaron con unos carpinteros que iban charlando de camino a casa; un cantero sacaba de las obras una carretilla llena de herramientas; aún seguían trabajando en las zanjas de los cimientos.

—Gotthart te ha llamado wendo.

—Es que lo soy.

—¿Estás bautizado?

Por un momento, el rostro del joven se ensombreció. Finalmente, asintió con la cabeza. Luego se detuvo y miró a su alrededor. Todavía había suficiente claridad como para distinguir en los muros las juntas entre los bloques de piedra. Los últimos albañiles descendieron del nuevo edificio de la torre meridional; en un charco lavaron sus paletas.

—¿Mi tocayo vive entre piedras apiladas, montones de tierra y albañiles sucios? —Moritz la miró de reojo, frunciendo el entrecejo—. No me lo creo.

—Espera y verás. —Tiró de él hacia la girola del coro y luego hacia la capilla absidal del centro, la capilla axial. Allí se sentó Matilde en el suelo al lado de un sarcófago—. Este es el féretro de la reina Edith —dijo—. El emperador Otón la quería tanto, que le donó Magdeburgo como regalo de

tornaboda.

—¿Se puede regalar una ciudad? —Moritz arrugó incrédulo la frente.

—Se refiere a todo lo que se pudiera recaudar en la ciudad y alrededores en cuanto a grano, animales y plata. Cuando murió Edith, él sintió mucho su pérdida. Era tan joven... Primero mandó enterrarla en el monasterio de San Mauricio y luego en su catedral. —Matilde señaló hacia el sarcófago del emperador en el coro—. Y ahora él yace a su lado esperando la resurrección de los muertos.

—Cuántas cosas sabes. —Moritz la miró con perplejidad.

De alguna de las bóvedas de la girola se desprendió un carámbano y se hizo pedazos en las losas. ¿Estaría subiendo ya la temperatura? Matilde empezó a murmurar para sus adentros.

—Algunos dicen que siempre hablas con Dios —susurró Moritz.

—Tienen razón.

—¿De qué hablas con él? —Moritz desplazó el peso del cuerpo de un pie a otro.

—De ti, del maestro Bohnsack, de su hija, del pobre francés...

—¿Pobre? —El joven se soliviantó—. ¡Es un arrogante! ¡Quería pegarte!

—Y de este edificio. —Matilde no hizo caso de su comentario—. Porque yo también pertenezco a la *Bauhütte*, aunque en secreto. Yo también participo en la construcción de la catedral de la luz. A través de mis oraciones.

—Bueno, ¿y dónde está el otro Moritz? —El wendo se iba impacientando.

—A él le llaman con la forma de su nombre derivada del latín. —Le hizo una seña a Moritz para que se sentara a su lado. El muchacho obedeció—. *Mauricio*, que viene del latín *Mauritius*. Es un santo. ¿Has oído hablar de él alguna vez?

—Sé que la nueva catedral va a estar consagrada a san Mauricio y a santa Catalina. —Aunque ya reinaba tanta oscuridad que no se podía reconocer la expresión de su cara, Matilde sabía que la miraba dubitativo—. ¿Y cómo me vas a enseñar a uno que ya está muerto desde hace tiempo?

—Una parte de su cabeza está en el altar mayor. El arzobispo y su hermano han conservado muchas reliquias también ahí enfrente, en la clausura catedralicia. —Matilde señaló hacia el sur, donde la clausura con el antiguo

claustro y con la escuela catedralicia lindaba con las obras—. En la vieja sacristía. Pero san Mauricio se me aparece con frecuencia aquí, en el coro.

—¿Qué? —Entornando los ojos y con la frente arrugada en un gesto de duda, Moritz observó fijamente a la mujer de pelo rubio pajizo. La naturalidad con la que, en una sola y escueta frase, había expresado lo inconcebible, le dejó desconcertado—. ¿Se te aparece?

—Sí. Dentro de un halo de luz resplandeciente. Él, san Inocencio, santa Catalina y otros santos cuyas reliquias custodian aquí el arzobispo y el cabildo catedralicio.

—A mí a veces también se me aparece gente. Pero solo cuando hay luna llena. Entonces me da por delirar y me pongo hecho un basilisco. —Aspiró profundamente el aire por la nariz—. Dios se apiade de mí.

—Ahí —susurró Matilde—. Mira hacia allí, al coro. —Se levantó, tiró de él para que se pusiera de pie y, entre los pilares de una arcada, señaló hacia el coro—. ¿Ves el resplandor? Ya vienen. —Matilde vio la hermosa luz y oyó las voces de los santos.

—¿A ti también te da por ponerte furiosa y delirar?

Matilde se llevó el dedo índice a los labios.

—¿Ves la luz? ¿Ves a los santos?

—Yo solo veo las siluetas de los pilares y de los arcos.

—¿Oyes las voces?

—No oigo nada.

—Están charlando entre ellos.

—¿Es posible que dentro de un rato te pongas a hacer locuras?

—Escucha, Moritz —susurró Matilde, cogiéndole de la mano—. Están comentando el destino de cada uno. Hablan de la época en la que se convirtieron en mártires. —Moritz guiñó los ojos en la oscuridad y meneó decepcionado la cabeza—. Mauricio cuenta cómo tuvo que comparecer ante el emperador. —Matilde le apretó la mano—. ¡Mira hacia allí, escucha!

## Intermezzo I

*Los Alpes de la Galia, verano de 285 d. C.*

El aire estaba impregnado del rumor del río que descendía hacia el valle. Entre las paredes a pico, el centurión se volvió por última vez desde su silla de montar: las tiendas de campaña de su cohorte cubrían la pequeña altiplanicie que había a su espalda. No había ni un solo legionario que se hubiera quedado en el campamento: todos estaban junto a la orilla del caudaloso río o al borde de la pendiente, mirando cómo se alejaban Mauricio y sus compañeros. Incluso los esclavos palafreneros. Muchos decían adiós con la mano.

Mauricio y sus oficiales respondieron brevemente al saludo, luego espolearon a sus caballos y galoparon valle abajo. Inocencio iba delante con el estandarte.

Hacía siete días que les había llegado la abominable orden del general y emperador. Acto seguido, Mauricio no había llevado a su cohorte a Octoduro, sino que habían remontado el Ródano hasta la garganta del valle, por la que el río que bajaba de la montaña iba a dar al desfiladero. El pueblo se llamaba Agauno. Posteriores generaciones lo llamaron San Mauricio. Entonces constaba de unas cuantas cabañas y establos donde se recogían las cabras. El centurión y sus compañeros lo dejaron atrás.

Cabalgaron a lo largo del río. El sol de la mañana se desprendía ya de las cumbres del este. El valle fue ganando rápidamente en anchura. Ninguno de ellos decía una palabra; todos iban sumidos en sus pensamientos. Pensamientos sombríos. ¿Volverían a ver alguna vez a sus legionarios?

Días atrás, nada más salir el sol, Mauricio había mandado formar a la

cohorte y les había leído la orden imperial. Y a todos los que querían rendir obediencia al emperador Maximiano les había dado libertad para dirigirse al campamento imperial de Octoduro. Él, sin embargo, así lo había declarado Mauricio, nunca perseguiría ni mataría a sus correligionarios.

Tras esta declaración, ninguno de sus legionarios se había insurreccionado, ninguno había abandonado la cohorte.

Al atardecer, tras varias horas de reflexión, Mauricio había vuelto a convocar a su cohorte y les había anunciado que cabalgaría él solo hacia Octoduro, con el fin de exponerle al emperador y general su decisión de desobedecer la orden. Si no regresaba, los legionarios debían huir a Germania. O, si les era posible, volver a casa.

Mauricio cosechó fuertes protestas. Media cohorte insistió en acompañarle a Octoduro.

Después de mucho deliberar, Mauricio se declaró dispuesto a llevar consigo a tres oficiales al campamento imperial: al segundo centurión, pues Cándido gozaba como senador militar de mucho prestigio también en Roma; al portaestandarte, pues Inocencio era un hombre afable siempre dispuesto a la conciliación; y al oficial de instrucción Exuperio, pues era un veterano con mucha experiencia y tenía buenas relaciones en el Senado romano.

De modo que los cuatro siguieron el curso del Ródano en dirección al sur. El río empezó enseguida a discurrir más mansamente, dando acogida a afluentes del este y del oeste y ensanchándose. Cada vez que los jinetes remontaban y dejaban atrás las crestas de las montañas, la siguiente cumbre nevada surgía ante los ojos de Mauricio. Octoduro solo distaba de Agauno unas catorce millas romanas; tres o, como mucho, cuatro horas a caballo.

Mauricio pensaba con gran preocupación que pronto tendría que comparecer ante Maximiano. Iba recordando todo lo que había oído contar acerca del emperador y general. Pero no se le ocurría ni una sola palabra que pudiera calmarle a él y a sus taciturnos compañeros.

Debido a disturbios de política interior en el Imperio Universal Romano, por aquel entonces gobernaba una tetarquía compuesta por cuatro emperadores. Uno de ellos era Maximiano. Nada más comenzar su reinado, el primer emperador propiamente dicho, Diocleciano, denominado «augusto»,



había nombrado para compartir el cargo a Maximiano, compañero de armas, y le había otorgado el título de «César».

Maximiano era hijo de unos campesinos pobres y estaba considerado como cruel e intransigente. En círculos cristianos, algunos decían que por su naturaleza bárbara e incluso bestial se asemejaba al propio Diocleciano y que, al igual que este, era un adepto fanático de los dioses paganos de la antigua Roma, y que, sin embargo, su despótica brutalidad no era propia del linaje romano. En cualquier caso, para reafirmar el poder imperial y el bienestar de Roma —y esto lo había oído contar Mauricio a muchos que le conocían—, Maximiano no tenía escrúpulos de ninguna clase.

Cuanto más pensaba en el hombre al que pronto tendría que enfrentarse, más se desanimaba el centurión. Para sus adentros, se puso a rezar.

Después de tres horas de camino, ante él y sus compañeros se abrió una vaguada bañada por una serena luz de mediodía, llana y repleta de cultivos agrícolas y de húmedos prados a derecha e izquierda del Ródano, cuyas aguas se mecían ya sosegada y perezosamente.

Pronto se acercaron a los muros de una colonia; a su lado, Mauricio reconoció enseguida las tiendas de campaña del campamento militar imperial. Hacía pocas semanas que Maximiano había llegado allí cruzando los Alpes con una legión entera.

—Qué paisaje más idílico —dijo Inocencio.

—Pues a mí no me gustaría que me enterraran aquí —respondió Cándido con una expresión sombría.

—Ninguno de nosotros va a ser enterrado aquí —intervino Exuperio con los dientes apretados.

—Ninguno... Quiéralo Dios —indicó Mauricio.

En el campamento militar preguntaron por el emperador. Una unidad de legionarios los escoltó hasta el interior de la colonia, donde Maximiano se había acantonado en la casa más grande. Con sus tres pisos y una balconada sostenida por columnas sobre la ancha escalinata exterior, el edificio se asemejaba más a un palacio que a una casa.

Hallándose ante las escaleras que daban a la residencia del emperador y con el Ródano a su espalda, Mauricio no pudo evitar acordarse del vaticinio de

aquella anciana pastora: «Junto a un gran río, en el norte de Germania, te erigirán un suntuoso palacio.» El pelo de la nuca se le erizó.

Al parecer, en ese momento el emperador estaba tomando un baño, por lo que tuvieron que esperar tres horas hasta que por fin los recibió Maximiano.

En el gran atrio de la casa, el emperador se hallaba sentado en un sillón algo elevado. Le flanqueaban doce soldados de su guardia de corps, todos ellos pertrechados de coraza y armas. A Mauricio se le secó la boca cuando se acercó a él con sus oficiales; sentía las pulsaciones del corazón en la garganta. Alzaron el brazo y le transmitieron sus saludos: *¡Salve!*

Maximiano hizo un breve gesto de asentimiento. Tenía un cráneo redondo y llamativamente descomunal y una cara muy ancha; era de compleción hercúlea.

—¿Y bien, centurión? ¿A cuántos cristianos has descubierto y sacado de sus guaridas? —El emperador hablaba arrastrando las sílabas y con una voz ronca. Sin el menor comedimiento, se recostó en el respaldo del sillón; en la mano derecha sostenía una copa de vino y con la izquierda abrazaba el reposabrazos—. Espero que además te encargues de que todos ellos tengan una muerte lenta.

Mauricio alzó de nuevo el brazo derecho.

—¡Ave, César, y gloria a nuestra insigne Roma! Y muerte y calamidades a todos tus enemigos y a los enemigos de Roma. Pero has de saber una cosa, César: los cristianos no figuran entre los enemigos. Nosotros cuatro somos cristianos y, con nuestras armas y nuestros cuerpos, servimos lealmente a la gloriosa Roma y a sus emperadores.

La cara del general se ensombreció.

—¿A santo de qué viene eso, centurión? ¡Te he preguntado una cosa! ¡Responde y déjate de trivialidades!

Mauricio bajó el brazo.

—Somos cristianos, mi César. —Tragó saliva y respiró profundamente—. Salvo por unas pocas excepciones, todos los hombres de mi cohorte están bautizados. Todos ellos están dispuestos a morir por ti, mi César, y por Roma en la batalla. Pero ninguno de nosotros alzaré jamás su espada contra otro cristiano.

—¿Qué?! —Maximiano se incorporó inclinando el cuerpo hacia delante, de

modo que se derramó algo de vino de su copa—. ¿No has matado todavía a ningún cristiano, centurión? ¿Te he entendido bien?

—Todos los legionarios de la Cohorte Tebana están dispuestos a morir por ti y por Roma, mi César. —Mauricio sintió como si su pecho estuviera relleno de plomo; a duras penas conseguía articular las palabras. Temía que en cualquier momento se le quebrara la voz—. Pero ninguno alzaré su espada contra un correligionario. Por lo que estamos aquí es para comunicarte esta decisión de mi cohorte.

Maximiano se levantó de un salto y arrojó la copa de vino hacia Mauricio. La copa se estrelló contra las baldosas de piedra arenisca, justo delante de la punta de las sandalias del centurión, y rodó salpicando de vino sus piernas desnudas.

—¿Tú y tu chusma africana desobedecéis la orden del emperador? —gritó Maximiano—. ¡Por Júpiter! ¡Di inmediatamente que eso no es cierto! —Descendió del pedestal sobre el que se asentaba su sillón, se dirigió hacia Mauricio esparrancando las piernas al andar y puso su cara ancha y desfigurada por la ira tan cerca de la del centurión, que este olió su aliento a vino—. ¡Vamos! ¡Dilo!

Mauricio miró sus ojos enrojecidos, tragó saliva y se esforzó por encontrar las palabras adecuadas.

—Es doloroso tener que denegar algo a tu César —tomó de repente la palabra Inocencio—. Pero no nos queda más remedio, mi César. Te rogamos que nos eximas de esa orden. Tenemos que obedecer más a nuestro Dios que a los hombres, por lo que nos resulta completamente imposible alzar la espada contra los cristianos.

—¿Debo entonces contar con que, en breve, la alzaréis contra los romanos? ¿Es así? —Resoplando de cólera, el emperador se puso a andar de acá para allá, delante de los oficiales de la Cohorte Tebana—. ¿Vais a comportaros como ese miserable rebelde que hoy acuña monedas con su cabeza imprimida y que mañana perderá esa cabeza? ¿Eh?

—Hemos jurado lealtad a Roma y al emperador, mi César —dijo ahora Exuperio—. Ninguno de nosotros levantará nunca la espada contra un romano.

—¡Pues demostradlo! —El emperador señaló hacia la puerta—. ¡Marchaos

y obedeced mi orden!

Mauricio se quedó indeciso unos segundos. El emperador le miraba acechante, sin dejar de señalar la puerta. Mauricio le sostuvo la mirada y de nuevo intentó encontrar las palabras apropiadas. De repente, Cándido alzó su voz.

—Enemigos de Roma como ese rebelde son nuestros enemigos y han de morir —dijo—. Los cristianos, en cambio, no son en modo alguno enemigos de Roma. Al contrario: rezan todos los días por el bienestar del Imperio.

Maximiano desenvainó la espada, saltó hacia él y se la puso en la garganta.

—¿Quieres callarte de una vez, senador? —Le temblaban la mano y la espada, y con el rabillo del ojo Mauricio vio cómo el segundo centurión se ponía pálido como la tiza.

El emperador se dio la vuelta, soltó una blasfemia y arrojó su espada al suelo. Entre maldiciones, regresó a su sillón. Se desplomó en él, apoyó su pesada cabeza en el puño y se quedó pensando con la mirada extraviada.

—En tal caso, quiero ver rezar a los cristianos de la Cohorte Tebana —dijo finalmente, y dirigió de nuevo su furibunda mirada hacia Mauricio—. ¡Tráeme mi espada, centurión!

Mauricio se agachó a recoger la espada imperial y, agarrándola por la punta, se la entregó al emperador de modo que este pudiera cogerla por el puño y el arriaz.

Maximiano dudó un momento y luego se la arrebató al centurión de la mano.

—Dentro de tres días tienes que comparecer aquí, en el campamento militar de Octoduro, con tu cohorte. —De nuevo hablaba arrastrando las palabras y en voz baja—. Tenéis que demostrarme a mí y a Roma vuestra lealtad consumando una ofrenda a los dioses romanos y a mí. Y después debéis ir a la caza de cristianos. —Se levantó y alzó la voz—. De lo contrario, ordenaré diezmar a la Cohorte Tebana.

Esa misma tarde, Mauricio y sus compañeros regresaron a Agauno. Durante mucho tiempo, nadie dijo una palabra. Todos iban sumidos en sus cavilaciones, más sombrías aún que en el camino de ida.

El sol vespertino arrojó pronto las largas sombras de las cumbres de las montañas sobre los cuatro jinetes. Cuando el camino empezó a empinarse y el Ródano a estrecharse y a fluir más aprisa, el más joven de ellos, Inocencio, el portaestandarte, rompió el silencio.

—¿Diezmar? —Se volvió en la silla de montar hacia Mauricio—. ¡Por todos los ángeles del cielo! ¿Eso qué es, centurión?

—Explícaselo tú, Exuperio —dijo Mauricio—, que para eso eres el mayor de nosotros y el que más tiempo lleva sirviendo en el ejército; seguramente lo hayas vivido alguna vez.

—No lo he vivido nunca —respondió al pronto Exuperio—, ¡y quiera Dios que nunca tenga que vivir semejante desgracia!

—¿Qué tipo de desgracia, por san Pedro?! —Inocencio detuvo su caballo y esperó a que le alcanzara el oficial de instrucción—. ¿Qué es lo que no quieres vivir jamás, Exuperio? ¡Venga, dímelo!

Exuperio se volvió hacia Cándido. Su noble y enjuto rostro parecía de basalto cincelado.

—Díselo tú, senador. Ninguno de nosotros conoce el derecho romano mejor que tú.

—Existe una ley antiquísima que prevé en el ejército romano un severo castigo en caso de sedición y rebelión. —Cándido no miraba a ninguno a la cara mientras hablaba—. La *decimatio* o diezmando. —Se acercó a Inocencio con su caballo—. En los cien últimos años no conozco ningún caso en que se haya aplicado.

—Pero ¿qué significa? —Inocencio arreó a su caballo y se puso al lado del segundo centurión—. ¡Quiero saber qué castigo nos espera!

—En caso de diezmando se castiga por la rebelión a todo el manípulo o también a toda la cohorte —explicó Cándido—. Para nosotros, la Cohorte Tebana, significa que uno de cada diez de nosotros perderá su cabeza si dentro de tres días no consumamos una ofrenda al emperador y a los dioses de la Antigüedad y si, después, no aniquilamos a nuestros correligionarios en el valle del Ródano.

—¡Eso no me lo creo! —exclamó Inocencio—. ¡No puede ser verdad! —Se dio la vuelta y señaló con el estandarte hacia Mauricio—. ¡Dime que eso no es

cierto, centurión!

—Es cierto —dijo Mauricio—. Si desobedecemos las órdenes del emperador y general, hará que nos corten la cabeza a uno de cada diez de nosotros.

—Qué horror —aseguró Inocencio con un hilillo de voz.

—Es aún más horrible —indicó Cándido—. Porque si después seguimos sin obedecer, también perderá la cabeza uno de cada diez de los restantes.

SEGUNDO LIBRO  
LOS ESCULTORES

## Caras

*Magdeburgo, a comienzos del verano de 1228*

El canónigo se acercó a la ventana y sostuvo a la luz del sol de la mañana el pergamino de piel de ternero. Se quedó un rato largo examinando el dibujo a carboncillo: el boceto de una cara de mujer cuyas facciones estaban desfiguradas por el dolor y el miedo. Asintió meditabundo. Demasiado meditabundo para el gusto de Gotthart.

Gotthart cerró los puños mientras observaba la cara del esbelto canónigo. Las uñas ennegrecidas por los lapiceros carbonizados se clavaron en el pulpejo de sus manos. No se hacía muchas ilusiones: el dibujo estaba bien, la cara de la mujer era muy expresiva... pero demasiado rústica y aldeana como para pasar por una de las Vírgenes Prudentes de la parábola. El arzobispo Albrecht no quería ver en su catedral nada burdo ni desagradable.

Albrecht llevaba en Italia desde principios de abril. Antes de partir de viaje, le había encargado a Gotthart que esculpiera de la piedra también a san Mauricio y santa Catalina. Gotthart, que siempre había deseado poder hacer un San Mauricio, pasó unos días como si estuviera en una nube. Todavía ahora, cuando lo pensaba, se llenaba de orgullo. Pero si las dos primeras esculturas de las Diez Vírgenes no convencían al arzobispo, seguramente anularía ese encargo.

En el ala meridional del taller, una barraca alargada, hallábase un escultor rubio sentado sobre una columna de mármol rescatada de las ruinas provocadas por el incendio de la antigua catedral. Con una gradina o cincel



dentado y a base de suaves golpecitos con la maceta, tallaba en la piedra el drapeado de una vestimenta.

En la parte septentrional de la barraca, Hubertus y Wastl metían largos bloques de piedra a remolque, uno tras otro, por la puerta abierta. En la cantera ya habían desbastado los bloques que necesitaba Gotthart para las Diez Vírgenes. A Conrad, su secretario, le había enviado a la herrería para que encargara nuevas herramientas.

Dietrich von Dobin volvió a dejar el dibujo encima de la mesa, cogió el siguiente y fue con él a la ventana. Gotthart compartía taller con el escultor Jacques von Strassburg. La alargada barraca tenía dos accesos y estaba situada al este del solar de las obras de la catedral, entre el coro nuevo y la muralla de la ciudad, emplazada por encima de la orilla del Elba. El sol de la mañana entraba por el vano de dos ventanas.

De nuevo asintió meditabundo el canónigo; era un gesto mitad circunspecto, mitad dubitativo. Gotthart clavó la vista en sus sucias manos; sus músculos masticatorios se pusieron en marcha.

Cómo le habría gustado dibujar y modelar la cara de la codiciada hija del maestro de obras. Pero no acababa de conseguir trasladar los bellos rasgos de Helena al pergamino. La veía con poca frecuencia, y cuando la veía, era por muy poco tiempo.

A veces la imaginaba con tanta nitidez, que creía poder retener su rostro en la memoria. Pero en cuanto empezaba a dibujarla, su cara se volatilizaba de inmediato. Y no se le quitaban de la cabeza las dos caras de las muertas. Solo esas, ninguna más. Como si en el mundo no hubiera más que esas dos mujeres. ¿Por qué?

Él sabía perfectamente por qué; le remordía la conciencia.

El canónigo volvió al banco de trabajo, dejó el dibujo al lado de los otros y se inclinó sobre los modelos de las dos primeras Vírgenes Necias. También las examinó minuciosamente. Gotthart había tardado dos días en trasladar el dibujo a las figuras de cera.

—Qué momento más terrible —murmuró Dietrich von Dobin—. Se acaba el aceite, se apaga la lámpara, el novio desaparece con las cinco Vírgenes Prudentes en la cámara nupcial y la puerta se queda cerrada con llave.

Las palabras de Dietrich asustaron a Gotthart. De nuevo le remordía la conciencia y se le hizo un nudo en la garganta. ¿No era precisamente por eso por lo que no avanzaba con el trabajo de las Vírgenes Necias? ¿Por su mala conciencia y el miedo al castigo divino? Intentó tragarse el nudo de la garganta, pero no lo consiguió.

El canónigo se incorporó y señaló hacia las figuras de cera.

—Y tienen que quedarse fuera para siempre. Es natural que de ellas se apoderen la angustia, el miedo y la desesperación. —Hizo un gesto aprobatorio—. Muy bien representado, señor Gotthart, realmente bien. —Suspiró, y Gotthart notó perfectamente que no encontraba las palabras—. Y, no obstante, no obstante, señor Gotthart..

—¿Sí, Muy Ilustre Señor? —Gotthart intentó que su voz sonara con firmeza.

Dietrich aspiró profundamente.

—También los fracasados deben representar a la Iglesia que espera la venida del Señor —dijo finalmente—. También los fracasados tienen derecho a lucir cierta belleza cuando, en su día, la luz entre en la catedral acabada y recaiga sobre sus rostros. —Indicó el modelo de cera con el rostro de la querida del conde Von Lamotte—. Es bella, no hay duda; y sin embargo, algo lascivo desfigura sus tristes facciones, algo impuro. Y lo mismo cabe decir de la segunda Virgen Necia. —Señaló el modelo con la cara de la rubia del burdel—. Tampoco ella es fea, pero lo que tiene de burdo y de vulgar su cara de sufrimiento no me parece del todo apropiado para ilustrar la parábola ni para adornar una catedral de estilo francés.

Gotthart se levantó, se mesó la punta de la barba y contempló sus modelos y los dibujos a carboncillo. La decepción y la rabia se adueñaron de su pecho. Se volvió, guiñó los ojos hacia el sol de la mañana e intentó que no se le notara nada de lo que sentía. ¿Se le daría mejor el boceto de una Virgen Prudente? Sin apenas flexionar las piernas, caminó hacia la ventana; había mandado traer vidrio de Hamburgo para poder cerrar el vano de las ventanas. ¿Debería intentar de nuevo dibujar el rostro de la hija del maestro de obras? Probablemente, los finos rasgos de Helena se ajustaban mejor a una Virgen Prudente que a una Virgen Necia.

—No debéis tomármelo a mal, señor Gotthart. —Dietrich von Dobin se le

acercó—. Pero tened en cuenta que estamos trabajando juntos en una obra de Dios, estamos reproduciendo una Nueva Jerusalén. De manera que cada detalle ha de ilustrar la luz de la belleza divina. —Con un gesto paternal, el canónigo le puso la mano en el hombro—. ¿Entendéis lo que quiero decir?

—Desde luego, Muy Ilustre Señor. Sé perfectamente a qué os referís. —Gotthart miró a Dietrich a la cara y se esforzó por sonreír—. En el fondo, yo tampoco estoy del todo satisfecho con los dos dibujos. Llevo ya un tiempo trabajando mentalmente en nuevos bocetos.

—Me alegro mucho de oír eso. —El canónigo miró hacia la puerta abierta y una sonrisa distendió sus facciones—. ¡Hombre, ya estás aquí, Matilde! Me buscabas, ¿verdad?

A Gotthart se le cortó la respiración. ¡La loca! ¿Cómo se atrevía a venir a su taller?

—Seguro que a nuestro escultor Gotthart von Saint Leonard ya lo has visto en las obras o durante la misa. —Dietrich señaló a Gotthart—. Nos va a esculpir las Diez Vírgenes y a san Mauricio.

La mujer de pelo rubio pajizo saludó a Gotthart con la cabeza y se acercó. Tenía la cara seria. Ni siquiera se tomó la molestia de parecer amable o incluso de sonreír. Un vestido de lino de color claro envolvía su delgada figura y una especie de cofia blanca cubría sus cabellos. Enseguida se acercó al banco de trabajo. ¡Santo cielo! ¡Esos ojos verdes claros, esa mirada punzante! Gotthart la eludió.

—Mira esto, Matilde. —De nuevo cogió el canónigo los dibujos—. Son los primeros esbozos de las Vírgenes Necias. Y estos son sus modelos de cera.

Gotthart se quedó otra vez sin respiración. Durante unos segundos el horror le dejó paralizado; luego se acercó rápidamente al banco de trabajo y le quitó al canónigo los dibujos de la mano.

—Perdonad, Muy Ilustre Señor, pero quiero examinar de nuevo mis bocetos a la luz del sol.

Antes de regresar a la ventana, cogió el modelo con las facciones de la prostituta rubia fallecida y se lo llevó a la ventana. Allí les dio la espalda al canónigo y a la desvergonzada mujer e imitó la pose del artista pensativo.

—Las Vírgenes Necias; ¿has oído eso? —A su espalda empezó a cotorrear

otra vez la loca con una voz susurrante, como si estuviera medio narcotizada—. ¿Quién le habrá servido como modelo? Solo tú lo sabes. —¿Hablaban con el canónigo o consigo misma? Esa mujer cada vez le perturbaba más, a Gotthart.

—¿Cómo lo voy a saber, Matilde? —Hasta Dietrich parecía confuso con su parloteo—. Me alegro de que hayas venido.

Obviamente, él y la loca se habían citado en el taller. ¡Con qué familiaridad hablaban entre sí! Que un hombre tan instruido y sensato como Dietrich von Dobin tuviera trato con semejante loca... A Gotthart no le cabía en la cabeza; se sentía indignado y horrorizado.

—El domingo, después de la misa, me pasaré otra vez a veros, señor Gotthart —dijo el canónigo—. Hasta entonces os deseo la bendición de Dios y la inspiración del Espíritu Santo para vuestra obra. —Por fin se despidió. Junto con la enferma mental, abandonó el taller.

Gotthart se quedó como si le hubiera alcanzado un rayo, mirando fijamente hacia la puerta abierta de la barraca. De pronto, recordó el encuentro con la loca en el coro nuevo. Y cómo Dietrich la había defendido frente al preósito del cabildo. La mujer era pariente suyo, vivía a su costa y asistía, también a su costa, a la escuela catedralicia. Gotthart meneó la cabeza sin terminar de creérselo. ¿Una mujer en una escuela catedralicia? ¿Dónde se había visto eso?

Wastl, bajito pero robusto, se coló en su campo visual cuando salía, con su peculiar balanceo, en dirección a la carreta. Hubertus, en cambio, miró hacia su señor. Él sí sabía perfectamente de quién eran las caras de las figuras de Gotthart.

Jacques dejó un momento la gradina y el martillo y miró hacia Gotthart.

—¿No le ha terminado de gustar al de la sotana? —El polvillo del mármol le cubría el pelo, la cara y la ropa—. No te preocupes, hermano. —Señaló hacia su banco de trabajo, sobre el que había un modelo de cera de la Virgen María con el Niño—. Para mi Santísima Virgen tuve que hacer siete dibujos hasta que se mostró satisfecho. —Gotthart asintió con la cabeza y Jacques siguió golpeando el cincel dentado con la maceta.

Hubertus se acercó a Gotthart.

—¿Ha visto la loca los dibujos? —preguntó en voz baja—. ¿Y ha

reconocido la cara de la prostituta? —Gotthart se encogió de hombros—. Tal vez lo sospeche desde hace tiempo —susurró Hubertus—. A lo mejor solo ha venido para espiar.

Gotthart se mesó su cuidada barba y se volvió. Se asomó a la ventana cavilando e intentando reconocer al canónigo y a la loca por el camino de la orilla. Pero por allí solo rodaban tres carros tirados por bueyes del otro taller de canteros. Iban cargados con las vigas para la nueva grúa de rueda. La rueda elevadora la habían ensamblado los carpinteros en las obras.

Pensó en la prostituta rubia. Y en su muerte. Y de nuevo ardieron en su pecho los remordimientos de conciencia. Había sido un accidente. Tragó saliva y se frotó los ojos. Igual que en el caso de la querida del conde Von Lamotte. Una adversidad no deseada por él.

Sin duda, su manera de amarse no carecía de peligro. Y luego sencillamente se habían olvidado, la joven querida y él. En el caso de la rubia, sin embargo, solo él la había olvidado. Gotthart le había pagado por sus servicios... muy bien, además. Y luego fue cuando sucedió todo.

Ahora sí que aparecieron el canónigo y la loca en el camino de la orilla. ¿Cómo podía ser que la mujer le hubiera parecido tan fuerte, pese a tener un cuerpo tan delgado y tan frágil? De pronto, le vino de nuevo a la memoria su mirada ardiente. Era como si pudiera ver a través de la frente y del esternón y mirar directamente al corazón.

—Tiene que desaparecer —murmuró Gotthart.

¿Y si utilizaba su cara como modelo para una de las Vírgenes Necias? Cuando estuviera muerta, podría dibujarla. Igual que había dibujado a la querida del conde Von Lamotte. Y a la rubia. Cuando estaban muertas.

Dirigió la mirada hacia el de Estrasburgo, que seguía dando imperturbablemente martillazos y muy concentrado en su trabajo. Gotthart se volvió hacia Hubertus.

—Esa mujer tiene que desaparecer —le susurró—. Pero deja que lo haga Wastl. Si tú te acercas a ella, enseguida concebirá sospechas. Y Wastl ha de ser muy precavido, pues está emparentada con el canónigo Dietrich.

Desde el patio de la iglesia, el fraile Rochus tiraba de un carro con adrales cubierto de arpillera. A su lado iba Helena. Las campanas de la iglesia de San Sebastián tocaban a misa de difuntos. Lucía el sol, soplaba un viento cálido del sur. El canto de los dominicos salía por las ventanas de la casa que los monjes ocupaban en el Camino Ancho, y un grupo de monjas pasó en dirección al norte, hacia la puerta de la fortaleza de Krökentor.

Todo eso lo percibió Helena solo fugazmente. Sus pensamientos giraban en torno a la carta que le había llevado a media mañana un mensajero a caballo.

Acababa de poner un pie en el Camino Ancho, cuando chocó contra el brazo estirado del fraile Rochus y se sobresaltó. Se acercaba un ruido de cascos; cinco jinetes pasaron a galope. Uno llevaba una bandera roja en la que destacaba la cabeza negra de un toro. Tras este cabalgaba un hombre con yelmo y coraza negra. Una cornamenta plateada de toro coronaba su negro yelmo.

Helena se asustó. Observó cómo las monjas se apartaron protestando. Sin dignarse a mirar a las devotas mujeres, los jinetes pasaron a su lado a toda velocidad.

Fray Rochus bajó el brazo y cruzaron el Camino Ancho. Desde el otro lado de la calle, ya se veía el palacio del arzobispo, las obras de la catedral y, junto a la pequeña iglesia situada en el lado occidental de la catedral, el taller de los carpinteros. Unos niños que azuzaban a una recua de gansos se cruzaron con ellos corriendo hacia el sur, hacia la puerta de Sudenburg. Dos carros tirados por bueyes y cargados de troncos de árboles giraron hacia la plaza de la catedral, pasando por delante del monje y de la hija del maestro de obras.

La carta había recorrido un largo camino; parecía manchada y manoseada. Pero por el cisne del sello, Helena había reconocido inmediatamente quién le había escrito: el caballero Ansgar von Lund.

Le contaba que le iba bien, que hasta en Dinamarca hacía bueno en verano, que su padre el conde le había provisto de mucho dinero y de armamento de caballero, que como muy tarde regresaría a Magdeburgo en agosto, y que a ver si ella, Helena, había tomado ya una decisión. Porque él, decía Ansgar al final de su larga carta, ardía en deseos de recibir una respuesta.

Helena no sabía de qué decisión hablaba ni a qué tenía que responderle. De

todas maneras, algo intuía, pues Ansgar von Lund le enviaba también una canción que había compuesto para ella. Una canción de amor. Cuando pensaba en esos versos, a Helena se le aceleraba el corazón y se ruborizaba.

No había mucha distancia desde el patio de la iglesia de San Sebastián hasta las obras de la catedral: como mucho, cincuenta varas. La casita que ocupaban, junto al patio, pertenecía al cabildo catedralicio. Al igual que el palacio episcopal, las obras de la catedral, algunos conventos y la parte meridional del Camino Ancho, se hallaban dentro de las murallas de la Libertad Catedralicia. El padre de Helena ocupaba la planta baja, y ella el piso de arriba.

El fraile Rochus se había instalado al lado, en la casita de la servidumbre. Tres órdenes monacales de la ciudad le habían ofrecido una celda, pero él había insistido en quedarse cerca de Helena. Junto con ella se ocupaba del gato, las cabras, los dos cerdos y la docena de gallinas, que pertenecían al patio de la iglesia. Y del huerto.

En las obras se oían martillazos, el crujido de la vieja rueda elevadora y el chirrido de una sierra de piedra, ruidos que emocionaban a Helena. También resonaban desde los nuevos muros y las zanjas de los cimientos gritos de hombres y carcajadas, así como el arrastre de bloques de piedra empujados e izados hasta lo alto de los muros.

El fraile Rochus tiró del carro de adrales en dirección al taller. Una de las tres barracas destinadas a los carpinteros la había mandado construir el maestro Bohnsack no cerca de la muralla oriental y de la orilla del Elba, junto a los otros talleres, sino aquí, junto a una pequeña iglesia cercana al Camino Ancho. De este modo, los carros que, desde los bosques del sur y del oeste de la ciudad, acarreaban la madera necesaria para los encofrados no tenían que recorrer un largo camino. La madera más valiosa destinada a las cimbras de las bóvedas de crucería se traía por el Elba y se trabajaba enfrente, en el lado oriental de las obras.

Montones de madera destinada a la construcción, mesas, cajas de herramientas, borriquetas y tajos de los carpinteros ocupaban el lugar comprendido entre el taller y la pequeña iglesia. Esta se llamaba iglesia de San Nicolás y databa de los tiempos en que, al este del Elba, todavía reinaban

los wendos y les hacían la vida imposible a los magdeburgueses. El pequeño edificio de planta circular servía sobre todo como baptisterio y como almacén para las valiosas columnas que habían sobrevivido al incendio. A veces también se oficiaban en él misas de difuntos.

Aparte del maestro Bohnsack, nadie trabajaba entre el baptisterio y el taller. Llevaba la misma ropa de trabajo que Helena conocía ya desde Maulbronn: un sombrero estrujado, un mono largo y, encima, un mandil de cuero marrón con un solo bolsillo por delante. Con un compás en la mano derecha y un jalón en la izquierda, se hallaba delante de una de las mesas pergeñando el plano del nuevo coro alto. Helena lo sabía porque hablaba con frecuencia de ello. En realidad, su padre ya no hablaba de ninguna otra cosa. Eso, si es que alguna vez hablaba. Helena le besó en la mejilla.

—Ya está terminado el plano para la galería episcopal —dijo el maestro Bohnsack—. Esperemos que el arzobispo regrese pronto de la Dieta que se está celebrando en Barletta. Una vez que dé el visto bueno a mi proyecto, podemos empezar con la construcción del coro alto.

El fraile Rochus retiró el paño de arpillera del carro de adrales y colocó un barril de vino encima de la mesa. Al verlo, el maestro Bohnsack alzó las cejas.

—Un regalo del preósito del cabildo, padre —indicó Helena. El monje Rochus puso media docena de vasos de duela junto al barril—. Para celebrar la inauguración de la nueva rueda elevadora. —Sacó el desayuno del carrito y lo desplegó ante él sobre la mesa: sémola de trigo con tocino, huevos cocidos, cerezas frescas y un poco de pan.

—¿Qué nos regalará cuando, dentro de cuatro o cinco años, celebremos la fiesta de inauguración del coro alto? —El maestro Bohnsack se acercó la fuente con las cerezas—. Gracias, mi niña.

A Helena no le gustaba que la llamara así. Al fin y al cabo, hacía seis meses que había cumplido dieciocho años. Pero no dijo nada; optó por verter vino en un vaso y dárselo a su padre.

Mientras este tomaba cucharadas de sémola acompañadas de cerezas, ella se sentó en el banco junto al fraile Rochus, que daba sorbitos a su vaso de vino contemplando el trajín de las obras. Casi cien hombres y mujeres



trabajaban allí esa suave mañana de junio. Algunos habían llevado a sus hijos adolescentes para que ayudaran en las obras. Casi todos cavaban fosos para los cimientos de los muros y los pilares de las naves longitudinales. Muchos trabajaban en los andamios de los muros de la nave transversal y en la torre sudoriental.

Los encargados de mezclar el mortero se afanaban entre montones de tierra, sacos de cal, cubos de agua y cubetas de mortero. La vieja rueda elevadora giraba tranquilamente junto a la torre del nordeste subiendo palés llenos de piedras y cubos de mortero a los albañiles. A los carpinteros que estaban detrás del coro Helena no podía verlos, pero oía sus gritos. Entre el taller del francés y la fachada de la girola, ensamblaban la nueva grúa de rueda.

Helena sacó de la manga de su vestido la carta de Ansgar y la leyó. Por cuarta vez.

¿Qué decisión sería la que tenía que tomar? ¿Y cuál era esa respuesta que él ardía en deseos de recibir? ¿Le habría escrito antes otra carta que se hubiera perdido? Leyó las cuatro estrofas de la canción que él había compuesto, mientras movía los labios en silencio.

*Divino el día que me obsequió  
Con verte por primera vez:  
Arca del tesoro de un futuro venturoso.*

*Pero ahora, lejos de ti y de tu amorosa mirada,  
Sin respuesta a mi solicitud de amor,  
La separación me trastorna como una tormenta.*

*Si mi amor hubiera sido solo una llamita,  
Créeme: la tormenta la habría apagado.  
Pero una llama fogosa ha sido mi amor.*

*Desde un principio, y la tormenta de la separación  
La ha avivado y convertido en un fuego abrasador.  
Ojalá estuvieras aquí.*

A Helena se le aceleró el corazón. Al retirar la carta, le temblaba un poco la mano. ¡Qué versos más maravillosos! Para sus adentros, vio la bella estampa del rubio varón.

No cabía duda: el caballero la amaba. ¿Acaso se podían interpretar esos versos de otra manera? «Un fuego abrasador»: ¿lo diría Ansgar en serio? Rio para sus adentros. ¿O estaba exagerando una vez más? Porque ya le conocía...

Aunque Helena no sentía un fuego abrasador en su pecho, de todas manera le gustaban esas palabras. Y la conmovían. Y la enardecían.

—¿Has recibido una carta? —preguntó el maestro Bohnsack. Helena alzó la cabeza. ¿Habría estado su padre observándola todo el rato? Asintió—. ¿Del señor caballero Ansgar? —De nuevo asintió. ¿Por qué sabría eso su padre?—. ¿Y qué dice?

—Que le va bien. Pronto regresará del Reino de Dinamarca a Magdeburgo. Además, quiere que le dé una respuesta, pero no sé a qué pregunta.

El maestro Bohnsack bajó en silencio la mirada, desmenuzó el pan y el huevo en la sémola y siguió comiendo. Helena le examinó y, por el gesto, notó que algo se guardaba. ¿Sabría él más que ella?

Mónica corría por las obras entre los montones de tierra y las zanjas de los cimientos. La mujer del herrero llevaba a su hijito en brazos e iba saludando con la mano. Nacido en enero, poco antes del cumpleaños de Helena, el enano ya tenía para entonces seis meses. Helena se derretía cada vez que contemplaba su carita mofletuda.

Mónica, sin apenas aliento, se detuvo ante la mesa del padre.

—Los hombres quieren saber dónde exactamente queréis que se ponga la grúa de rueda, maestro Bohnsack —dijo.

Había adelgazado desde el nacimiento de Nikolaus. Su vientre se abombaba bajo el delantal. Solo un poco, pero Helena de todas maneras lo notó. Mónica estaba otra vez embarazada.

Helena observó la figura redondeada de la mujer, el color saludable de su cara, las tersas protuberancias de sus pechos bajo el delantal y su barriga. En su propio vientre se despertó una ternura desconocida y un deseo que ya había sentido con frecuencia en Maulbronn.

Se levantó, se acercó a Mónica y cogió a Nikolaus en brazos. «Qué cosita

más rica.» Para sus adentros hablaba con su propia madre. «¿Cuándo daré yo a luz a mi primer hijo?»

—Ya voy. —El maestro Bohnsack rebañó lo que quedaba en la fuente, se metió una plomada en el bolsillo de su mandil de cuero y cogió un compás de obra y un largo jalón.

Helena le acompañó a las obras detrás de Mónica.

—¿Qué clase de respuesta espera el caballero Ansgar? ¿Sabe usted más que yo, padre?

—Me ha pedido tu mano.

—¿Qué me está diciendo?! —Esta vez, el calor que le subió a Helena a la cabeza era de indignación—. ¿Y hasta ahora no me lo cuenta? —El niño se puso a llorar. Helena se lo pasó a la madre. Procuró contenerse—. ¿Cómo ha podido hacer una cosa así?

El maestro Bohnsack se detuvo ante la zanja de unos cimientos y miró hacia su interior. Su expresión no era la de un hombre contento. Helena se puso a su lado en jarras.

—¿Por qué no me ha contado nada de eso, padre?

Los obreros les miraban guiñando los ojos. El maestro Bohnsack apartó a Helena del foso.

—Por tu bien, mi niña.

—¡No me llame «niña»! —Se dirigieron hacia el coro—. ¡Soy una mujer adulta! Y si alguien solicita mi mano, tengo derecho a enterarme.

—Quería protegerte, Helena.

—¿Protegerme de qué?

—De tus sentimientos. —El maestro Bohnsack se detuvo de nuevo; su mirada se paseaba entre los zócalos o pedestales de los dos nuevos pilares torales y la torre septentrional—. Y de los sentimientos de él.

—¿Qué quiere decir con eso, padre?

El maestro Bohnsack se dirigió al primer zócalo. Los albañiles y los canteros se hicieron a un lado, mientras el maestro de obras examinaba el pedestal y la primera capa de piedra con la plomada y el jalón.

—¡Quiero saber a qué se refiere usted!

Sin cejar en su empeño, Helena siguió a su padre hacia el más meridional de

los dos nuevos pilares torales; los otros dos, los orientales, ya estaban medio terminados y enmarcaban la parte delantera del coro.

El maestro Bohnsack examinó en silencio los zócalos y las piedras. Al medirlas con la plomada, dos piedras de sección semicircular de los boceles, en la base, no quedaban como quería el maestro de obras. Imperiosamente, exigió a los albañiles que rompieran las piedras y pusieran unos boceles nuevos.

—Escúchame, Helena. —El maestro Bohnsack llevó aparte a su hija—. Con el entusiasmo de esa emoción que todo el mundo llama «amor» se cometen toda clase de desvaríos y es fácil tomar decisiones equivocadas. He notado cómo en su presencia se te altera la sangre. Y desde luego, a él la suya: al caballero Ansgar le calienta la sangre y la cabeza la proximidad de cualquier mujer hermosa.

—¡Eso no es cierto!

—¡Haz el favor de escucharme! —El padre miró hacia todas partes, pues algunos obreros los miraban cuchicheando—. Una cosa son los sentimientos bonitos, que tan pronto están en plena efervescencia como se enfrían. Y otra cosa es una decisión que se toma para toda la vida. Ansgar es un caballero. Da igual que se ponga al servicio del burgrave, del arzobispo o del duque; en cualquier caso, irá a guerras, sitiará ciudades y viajará a torneos. Dicho brevemente: rara vez estará contigo. Y conocerá a otras mujeres a las que compondrá poemas y canciones y por las que luchará. Y yo no quiero que un hombre haga desdichada a mi querida hija.

La soltó y se volvió hacia la torre del norte.

—¿Así es como le ves? ¡Él no es así! —Helena corrió a su lado y le agarró del brazo—. ¡Jamás pensaré que él es así!

El maestro Bohnsack se detuvo ante la calandria de la antigua grúa de rueda.

—¿Lo ves, Helena? Para eso me tienes a mí, a tu padre, para que yo piense por ti y para que yo, ajeno al delirio pasajero que todo el mundo llama «amor», tome por ti una decisión acertada.

Quiso soltarla, pero Helena le retuvo y se pegó a su oído.

—¿Y si resulta que le quiero de verdad? —susurró.

—¿Crees que le quieres de verdad? ¿O más bien te encandilan su apuesta

figura, sus bonitos ojos, sus encantadoras palabras y sus canciones de amor? —La miró a la cara, y su mirada estaba llena de bondad y, al mismo tiempo, de compasión y burla. Helena no supo qué contestarle—. Piensa con calma en todo esto, hija mía, en todo lo que te he dicho. Cuando lo hayas hecho, hablaremos otra vez.

El maestro de obras se agachó para entrar por la puerta de la torre y subió la escalera.

Helena permaneció inmóvil. Las palabras de su padre le reverberaban como un eco entre las sienas. «¿Crees que le quieres de verdad?» A su lado, rechinaba la calandria; sobre su cabeza, un palé lleno de piedras ascendía balanceándose hacia la torre. «¿O más bien te encandilan su apuesta figura, sus bonitos ojos, sus encantadoras palabras y sus canciones de amor?» Cada palabra era como una punzada en el pecho.

Unos hombres la llamaron por su nombre. Uno le rozó el brazo señalando la carga de piedras que se izaba sobre ella.

—Más vale que os apartéis de la zona del brazo giratorio.

Helena se metió en la torre y subió por la estrecha escalera. De repente, le pesaban las piernas. Olía a cal, a mortero y a madera. En la manga de su vestido, palpó la carta de Ansgar. «El delirio pasajero que todo el mundo llama “amor”.» ¿Qué sabría de amor el vejstorio de su padre? Seguro que su madre no había planeado abandonarle sin motivo.

Los escalones hacían una curva. Helena miró hacia el techo de la estrecha caja de la escalera, cubierto con tablas de encofrado. De repente, la escalera terminaba. Un carpintero estaba arrodillado ante el encofrado de madera de otros peldaños, estudiando un plano. Helena se detuvo a su lado, ante un resalto de la pared de dos pies de altura. ¿Cómo habría subido allí su padre?

—Los últimos peldaños que dan a la tribuna del coro aún no están terminados —dijo un hombre, tendiéndole la mano—. Ven, yo te ayudo a subir.

Helena alzó la vista... y vio una cara amable y risueña y unos ojos de color azul claro. El escultor de París. ¿Cómo se llamaba? Gotthart de Saint Leonard... eso es.

Sin pensárselo dos veces, le dio la mano y permitió que la ayudara a subir al suelo del futuro coro alto. Las manos del escultor, cubierto de arriba abajo por

el polvillo de la piedra, le parecieron cálidas y fuertes.

—Gracias —dijo escuetamente Helena, y miró a su alrededor.

Allí arriba, en la tribuna, surgiría alrededor del proyectado coro alto una suntuosa galería episcopal. Helena ya soñaba con todas las bóvedas, columnas y arcadas, de las que tanto le hablaba su padre.

No lejos de ella, enfrente, destacaba ahora uno de los dos pilares torales delanteros medio acabados. Si miraba hacia la derecha, veía abajo los zócalos de los arcos torales traseros, la enorme y vieja calandria y las zanjas de los cimientos. Su padre estaba muy a la izquierda, en el otro extremo del techo de tablas con el que se había protegido de la nieve y la lluvia el nuevo coro y la girola.

Evidentemente, el padre ya había dado instrucciones sobre dónde debía emplazarse la nueva grúa de rueda, pues bajo él, entre un taller y la fachada del absidiolo, los carpinteros ya estaban montando la nueva rueda elevadora. El mástil de la grúa con el brazo articulado y el polipasto ya lo habían afianzado en la plataforma.

A la izquierda, en el lado meridional, una junta de bueyes y ocho hombres tiraban de unas cuerdas que llegaban hasta un armazón de unos veinte pies de altura y que, en el lado norte del coro, iban atadas a la nueva rueda elevadora. Un hombre daba órdenes marcando el ritmo y, poco a poco, se iba levantando la ancha rueda. Desde la cercana muralla de la ciudad, los piqueros observaban la maniobra con curiosidad.

Acompañada de Gotthart, Helena iba pisando las tablas hacia donde se encontraba su padre. El francés no le desagradaba, con su acento dulce y melodioso, sus labios carnosos, sus ojos claros y misteriosamente centelleantes y su enorme estatura.

Por otra parte, había oído que sabía hacer bellos retratos esculpidos en la piedra. Y, naturalmente, tampoco se le escapaba con qué simpatía, incluso admiración, la miraba cada vez que se lo encontraba. Desde que una vez, en invierno, le había ofrecido su manto, siempre procuraba acercarse a ella. A veces, notaba que no le quitaba ojo de encima. Helena estaba segura de que algún día hablaría con el padre para pedirle su mano.

De repente, el escultor la agarró del brazo y se detuvo. También Helena se

quedó parada y mirándole inquisitivamente. Él sonrió con una mirada que tenía algo de escudriñadora.

—¿Por qué me miráis así, señor Gotthart?

—Tus rasgos faciales, tu figura, tus ojos, tu pelo castaño rojizo... nada de eso reconozco en el aspecto físico de tu padre. Toda la belleza has debido de heredarla de tu madre.

Helena notó que se ruborizaba.

—Es posible, señor Gotthart. Pero me estáis abochornando. —Le quitó el brazo y siguió andando. Sus palabras la halagaban y, al mismo tiempo, le hacían sentirse insegura.

—Háblame de tú y llámame sencillamente Gotthart, ¿de acuerdo? —El escultor no se apartaba de su lado. Helena no respondió. «¡Allá vamos!», pensó. «Ahora empezará a cortejarme.»

Desde el borde exterior del techo del coro, Helena vio al maestro carpintero correr alrededor de la rueda elevadora. De vez en cuando, desplazaba la viga en forma de cuña con la que se impedía que resbalara la pesada rueda. Y entre los hombres que la izaban junto con los bueyes, distinguió al marido de Mónica, el herrero Benno. Y a su lado, al joven wendo Moritz, al que llamaban Sansón por lo fuerte que era.

Él también era uno de los que la miraban disimuladamente. Pero el tal Moritz lo hacía con más disimulo que nadie porque era tímido. Y un poco rudo. A veces Helena se reía de él. Su padre, en cambio, le tenía en muy alta estima.

—¿Puedo preguntarte una cosa? —El noble señor Gotthart se inclinó sobre su oído.

Ella se apartó un poco.

—¿Qué cosa? —De nuevo miró sorprendida su cara manchada.

—¿Posarías para mí como modelo de una figura?

## Beso

*Magdeburgo, verano de 1228*

La figura de cera medía de longitud aproximadamente lo mismo que el antebrazo de Moritz y se hallaba elevada sobre tres bloques de piedra. Unos hilos unían los puntos destacados de la parte de la boca con los mismos puntos destacados de la parte planeada de la boca de la escultura de piedra. Moritz había apilado las piedras en el banco de trabajo para que el modelo de cera y alambre llegara aproximadamente hasta un punto intermedio entre la cintura y la cabeza de la escultura. Con un carboncillo fue marcando en la piedra de la parte de la boca planeada los puntos principales y, luego, quitó los hilos.

La figura de piedra arenisca, que ni siquiera estaba a medio terminar, le llegaba a Moritz hasta la raíz de la nariz, de modo que tenía más o menos el tamaño real de la mujer que algún día representaría dicha figura. Se limpió la tinta y la grasa adhesiva de los dedos e inclinó la escultura entre dos maderas escuadradas que estaban firmemente atornilladas al suelo del taller.

En dos candeleros, que colocó a derecha e izquierda de la cabeza de piedra, encendió todas las velas, que eran seis; faltaba como mucho una hora para que anocheciera. Por último, cogió la gradina más pequeña y la maceta más ligera, se sentó a horcajadas sobre el pecho de piedra y empezó a labrar el pétreo rostro.

Fuera, el sol de la tarde aún bañaba el Elba, el islote y la ciudad con su luz reverberante, la más bonita del día. Moritz tenía el taller para él solo; todos los demás se habían ido a pescar o a la ciudad, a casa de sus familias. Quien



tenía mujer e hijos, en la mayor parte de los casos, vivía en una casa de Magdeburgo o de la Neustadt —Ciudad Nueva—, que es como llamaban allí a la colonia situada ante la muralla septentrional de la ciudad.

Moritz sabía que todos los maestros de la *Bauhütte* todavía se encontraban en las obras de la catedral. El maestro Bohnsack les estaba explicando los distintos pasos que debían seguir para la construcción del coro alto y de la galería episcopal. Aunque el obispo todavía no había dado el visto bueno al proyecto, gran parte del armazón ya estaba lista. El maestro Bonhsack ardía en deseos de poder empezar al fin con las obras de verdad.

La puerta del taller se abrió, un hombre robusto entró, dijo el nombre de Moritz y saludó. Benno.

El herrero se acercó a toda prisa. Moritz dejó caer las herramientas y cogió el paño con el que cubría la estatua de día. Rápidamente tapó la cara incompleta. Nadie debía saber de quién era el retrato que estaba labrando en la piedra.

—¿Aún sigues trabajando? —Benno se fijó en la escultura cubierta, se apoyó en el banco de trabajo y cruzó los brazos ante su ancho pecho.

Moritz se levantó de un salto.

—Solo mientras haya luz. —Pescó el modelo de cera de entre las piedras y lo puso boca abajo en el banco de trabajo.

—Viendo las seis velas esas, se diría que piensas trabajar toda la noche. — Benno tocó la figura de cera e hizo amago de darle la vuelta, pero Moritz le sujetó el brazo. Benno le miró extrañado—. ¿Secretos? —Soltó una risita, pero dejó la figura en su sitio—. En fin. ¿Por qué no? Yo también tengo mis secretos. Incluso ante Mónica.

Moritz no sabía qué decir. Deseaba que Benno se marchara pronto para poder seguir trabajando. No contaba con demasiadas horas de soledad.

—Por ejemplo, Mónica no sabe que he ahorrado unos *heller* porque, para su cumpleaños en septiembre, voy a regalarle un barreño de piedra.

—¿Un barreño? —Moritz mostró curiosidad—. ¿Para el perro?

—¡Qué va! Un barreño de piedra muy hondo para que pueda lavarse los pies. Con agua caliente, quiero decir. Siempre tiene los pies helados, ¿sabes? Y tú, amigo, serás quien me labre el barreño y te ganes los *heller* que he

ahorrado.

—¿Y por qué no coges un cubo de hojalata sin más, o un recipiente de arcilla?

—Porque se caen con facilidad. —Benno echó un vistazo por todo el banco de trabajo—. Además, mi barreño ha de durarle toda la vida a Mónica. ¿Lo entiendes? —El herrero cogió un trozo de carboncillo que había descubierto encima de un pergamino—. Te voy a dibujar cómo me imagino el barreño para los pies de Mónica.

Extrajo una tabla de un montón de piedras, limpió el polvillo de la piedra con la manga de su mandil, la puso encima del pergamino superior y aplicó el carboncillo.

De repente, se detuvo.

—¿Y esto? —Se acercó el pergamino—. ¿Has dibujado a la hija del maestro de obras? —Moritz notó cómo le subía la sangre a la cara; del dibujo ni se había acordado. Benno lo observó detenidamente—. Efectivamente, ¡es Helena! ¿Quién si no? —Con la velocidad del rayo, cogió el modelo de cera y lo levantó—. Helena. —Moritz se rindió; su amigo le había calado. Benno se agachó a ver la figura de piedra y le quitó el trapo de la cabeza—. ¡Helena! ¡No me lo puedo creer! ¡En todas partes está Helena! —Meneó la cabeza con incredulidad—. ¿Cómo es posible que esa orgullosa damisela haya posado para ti? —Benno se incorporó de nuevo y miró asombrado a Moritz—. El francés también quería dibujarla, pero ella se negó rotundamente.

—No ha posado para mí; ni siquiera se lo he pedido. No debe enterarse bajo ningún concepto.

—¿La has dibujado de memoria? —La escéptica mirada de Benno se paseó entre el modelo de cera y el dibujo—. No me lo creo.

—¿Por qué no? —Moritz cerró los ojos—. Solo tengo que cerrar los ojos y pensar en Helena; entonces la veo ante mí con toda claridad.

Con una expresión medio burlona, medio compasiva, el herrero miró a Moritz a la cara.

—Y ahora quieres esculpirla en piedra, ¿no? —Moritz bajó la vista y asintió—. La amas, ¿no es cierto? —Benno le agarró de los hombros y lo acercó a su pecho—. Ay, pobre amigo mío. El amor puede ser tan doloroso... Sobre todo

cuando se tienen tantos rivales como tú.

Moritz se zafó de su abrazo.

—No debes decírselo a nadie, ¿me oyes?

—¿Que estás enamorado de la hija del maestro de obras? —Benno soltó una carcajada—. ¡Si lo sabe todo el mundo desde hace tiempo! —Le dio un golpecito en el hombro—. No puedes ocultarlo. En cuanto aparece ella, hasta el más tonto se da cuenta de que la taladras con la mirada.

—Yo no la taladro con la mirada —respondió Moritz, testarudo.

—¡Pero si no le quitas el ojo de encima! Estás loco por ella. —Benno le dio un puñetazo en el pecho—. ¡No piensas en nada más que en ella, admítelo!

—¡Eso no es verdad! —Moritz alzó la voz—. ¡Pienso en mi trabajo!

—De acuerdo, amigo, de acuerdo. —Benno sonrió sardónicamente—. A veces seguro que piensas también en tu trabajo. Pero casi siempre estás pensando en Helena. ¿Tengo razón? —Moritz volvió a tapar la escultura sin decir nada—. Entonces deberías superar la timidez cuando la tengas cerca. Y hacerle la corte.

—¿Para qué? Si, de todas formas, Helena ama al caballero danés.

—¿A Ansgar? —Benno parecía muy extrañado—. Pues aprovecha ahora que no está. Por otra parte, el escultor francés le está tirando los tejos. Pero no creo ni por asomo que ella entre al trapo. Y mientras Ansgar no regrese de Dinamarca, deberías aprovechar la oportunidad.

—Soy incapaz de hacer eso —dijo Moritz en voz baja.

—¿Cómo que eres incapaz de hacer eso? —Benno le lanzó una mirada medio de reproche, medio de incredulidad—. ¿Tú? ¿El tío más fuerte de las obras? —Boxeó contra su caja torácica—. ¡Pero hombre, si te llaman Sansón! ¡Vamos, vence la timidez y hazle la corte!

—Pero ¿cómo? —Moritz extendió los brazos en un gesto de desvalimiento. En el fondo estaba contento de poder hablar por fin con alguien sobre sus sentimientos hacia Helena—. ¿Qué tengo que hacer?

—Dile cosas bonitas. Dile que es guapa, que ninguna otra tiene unos ojos tan cautivadores como los suyos, ni un pelo tan brillante. Dile que te sientes muy a gusto a su lado, ese tipo de cosas.

Moritz no apartaba la vista de los labios de Benno; cada palabra de su

amigo le desencadenaba una catarata de sensaciones.

—Ya me lo he propuesto unas cuantas veces, pero cuando estoy delante de ella, de repente me faltan las palabras.

Benno señaló la escultura del suelo.

—Pues entonces practica con su imagen de piedra.

—Si ni siquiera está terminada —dijo Moritz, dándose cuenta al instante de lo absurda que era su respuesta.

Benno se limitó a reír.

—O regálale algo. —Señaló las herramientas y las piedras del banco de trabajo—. Hazle una figura bonita y llena de colorido, o un barreño. Coge unas flores para ella, roba unas cerezas o una manzana, qué sé yo. A mí siempre se me ocurría qué podía regalarle a Mónica.

¿Hacerle un regalo a Helena? Esa idea jamás se le hubiera ocurrido a Moritz, nunca se hubiera atrevido a hacer tal cosa. Se acarició la barba, para entonces ya poblada.

—¿Lo dices en serio? —murmuró.

—¿Y quieres que te diga lo que más le gustó a Mónica? Seguro que no caes en la cuenta. —Benno se rio por lo bajo.

—¿Qué?

—Adivínalo.

—Dímelo.

—De todas maneras, eso sí que tendrías que ensayarlo antes con su imagen. —Benno soltó una risotada.

—Venga, dímelo.

El herrero se agachó junto a la cara de Moritz y le susurró:

—Sencillamente, abracé a Mónica y la besé. Eso la desarmó por completo. —Benno se rio como un niño grande que acaba de hacer una travesura—. Simplemente la besé —dijo riendo—, ¡y ahora está a punto de tener a nuestro segundo hijo!

Casi siempre era el gallo el que despertaba a Helena. Ese día, sin embargo, ya estaba despierta e incorporada en el jergón cuando fuera, en el patio de la

iglesia, cantó el gallo. Un sueño la había despertado antes de que saliera el sol. No era un sueño bonito.

Ansgar von Lund había vuelto de la guerra a Magdeburgo gravemente herido. En el sueño, ella lo tenía entre sus brazos, en su regazo, con mucha fiebre. Él le imploraba que le besara una sola vez, porque entonces sus heridas seguro que se curaban y él podría seguir con vida. Helena se inclinaba sobre él y le besaba en la boca. El beso le supo a gloria.

—Ya se están curando mis heridas —decía Ansgar en el sueño, cuando los labios de Helena se separaron de su boca—. En cuanto me recupere del todo, dejaré la coraza y la espada y nunca más volveré a ser un caballero. —De todo el sueño, lo que más recordaba Helena era su sonrisa encantadora—. ¡Te lo juro, Helena! Te lo juro por lo que todo el mundo llama amor.

Nada más decir eso, Ansgar se levantó y salió a la oscuridad. Y Helena se despertó.

Ahora cantaba el gallo. Apoyada contra la pared de su dormitorio, leyó la carta de Ansgar. La canción la leyó en voz alta.

—«Divino el día que me obsequió con verte por primera vez: Arca del tesoro de un futuro venturoso.»

Pensó en cuando se vieron por primera vez en la plaza del mercado de aquel pueblo cuyo nombre no olvidaría jamás: Jena. Recordó cómo de repente apareció a su lado y cómo la había defendido frente a los campesinos estafadores. Pensó en la comida del ganso, en los días que pasaron en el castillo de Rudelsburg y en el viaje que hicieron a Magdeburgo.

—¿Recordaría todo esto con tanto placer si no le amara, madre? ¿No es amor lo que siento?

Siguió leyendo.

—«Pero una llama fogosa ha sido mi amor. La tormenta de la separación la ha avivado y convertido en un fuego abrasador. Ojalá estuvieras aquí.»

A Helena se le aceleraron los latidos del corazón. Retiró la carta y pensó en el beso del sueño. Desde el regazo notó que le subía el calor al pecho y a todo el cuerpo.

—¿Acaso no es amor anhelar y desear con tanta intensidad los labios y las manos de un hombre, madre? —Helena se sentía agotada de tantas dudas y

preguntas—. ¿Qué le pasaba a usted con ese hombre desconocido? —Suspiró—. Me gustaría tanto saberlo...

Las palabras de su padre no se le quitaban de la cabeza: «Una cosa son los bonitos sentimientos, que tan pronto están en plena efervescencia como se enfrían. Y otra es una decisión que se toma para toda la vida.» No podía dejar de pensarlo. Y de enfadarse.

A veces odiaba a su padre por estas palabras. ¿Habría hablado igual con su madre? Helena arrimó la carta a su rostro, cerró los ojos y aspiró el aroma del pergamino. E imaginó ante ella a Ansgar, el rubio y apuesto caballero. No, lo que sentía no era un breve arrebató, no era un sentimiento fugaz y pasajero. ¡Era amor! ¡Tenía que ser amor!

—Le echo mucho de menos, madre. Y es amor de verdad. —Abrió los ojos, suspiró más hondamente y dejó caer la carta—. Esto es lo que se siente cuando hay amor, ¿o no?

El gallo de fuera no quería dejar de cantar. A Helena se le hizo raro. También las gallinas cacareaban nerviosas. ¿Qué estaría pasando ahí fuera, en el patio?

Helena se levantó y se acercó a la ventana. El prepósito del cabildo, Wilbrand, había mandado poner vidrio justo antes de que la *Bauhütte* llegara a Magdeburgo. Helena se asomó. El cielo estaba despejado. Miró hacia el patio de abajo. Las gallinas aleteaban, mientras el gallo perseguía a tres de ellas llevándolas hasta la entrada del corral. Algo inquietaba a los animales.

Helena se quitó el camisón. Desnuda ante el palanganero, se acarició la tripa. Y pensó en Mónica. ¿Cuántos años le llevaba la mujer del herrero? ¿Un año? ¿Dos años? ¿Cuántos años tendrían que pasar hasta que ella también tuviera un niño en la barriga?

Se subió los pechos. Un agradable hormigueo le recorrió todo el cuerpo. ¿Cuánto tiempo tendría que pasar hasta que un hombre la acariciara? ¿Años? ¡No, eso no lo aguantaría! Y de nuevo pensó en Ansgar.

Mientras se lavaba y se vestía, las molestas palabras del padre se impusieron sobre la imagen del hombre deseado. «¿Crees que le quieres de verdad? ¿O más bien te encandilan su apuesta figura, sus bonitos ojos, sus palabras encantadoras y sus canciones de amor?»

—¡Cállate! —dijo Helena, pateando el suelo con un pie—. ¡Déjame en paz de una vez!

Enfadada con su padre, volvió a la ventana. En el patio de abajo se habían congregado entretanto muchas gallinas que aleteaban ante la entrada del corral. Todas querían colarse por el agujero lo más aprisa posible. El gallo perseguía por el patio a las restantes gallinas e intentaba meterlas asimismo en el corral. Pero ¿por qué? Normalmente, a esa hora las aves de corral solían estar esperando a que les dieran de comer.

¿Un zorro, quizá? La mirada de Helena se paseó por todo el patio. Hallábase este cercado por un muro de ladrillos. Otro muro de la altura de un hombre rodeaba la casa, los establos, el taller, el lavadero y la cabaña de la servidumbre. El viejo edificio de la vivienda figuraba entre los mejores de Magdeburgo. Unos religiosos habían vivido allí y explotado la finca en época del arzobispo Gero.

Arriba, en la ventana de la torre de la iglesia de San Sebastián, entre las columnas de la ventana de arco de medio punto, vio algo negro. Un azor. De repente, Helena entendió todo el alboroto del gallinero.

Salió corriendo del dormitorio y bajó precipitadamente por la estrecha escalera. Helena tuvo que forcejear unas cuantas veces con el cerrojo de la puerta de la casa, hasta que por fin logró correrlo. Abrió la puerta que daba al patio. Allí vio a la negra rapaz deslizarse, muy pegada al suelo, hacia el muro: en sus garras pataleaba un pollo. El gallo y las gallinas graznaban asustadísimos.

Helena sacó una estaca del montón de leña que había junto a la puerta de la casa y lo lanzó hacia el azor. Pero la rapaz volaba ya pesadamente hacia lo alto del muro y la estaca se estrelló contra la piedra arenisca. El azor remontó el muro; poco después, apareció de nuevo ante la torre de la iglesia y, con su presa, sobrevoló los tejados de los vecinos en dirección al oeste.

—¡Maldito ladrón! —le insultó Helena. El gato, un animal fuerte y blanco, salió de detrás de la leñera—. ¡Menudo gandul estás tú hecho! —le increpó Helena—. ¿Para qué sirves, si ni siquiera sabes mantener al azor alejado de las gallinas?

La ventana del piso bajo se abrió.

—Vamos, mujer, tranquilízate. —El padre de Helena se asomó con una camisa de noche igual de arrugada que su cara—. Así es la vida, hija. Y el gato no es lo suficientemente fuerte para un azor de ese tamaño.

—¿Cómo que no es lo bastante fuerte? —Helena ahuyentó al gato de la leñera con un gesto enfurecido—. Entonces ¿por qué va siempre arrastrando ratas muertas, a cada cual más grande?

—En adelante, tenemos que cerrar mejor la puerta del corral —dijo el maestro Bohnsack, y volvió a cerrar la ventana.

Helena regresó a casa echando pestes, sacó de la despensa el lebrillo de grano protestando y dio de comer a las gallinas refunfuñando.

Solo cuando alguien abrió la puerta del patio dejó de refunfuñar. Se encajó el lebrillo en la cadera, frunció el ceño y miró de malas pulgas hacia la puerta. ¿Quién demonios se permitía molestar al maestro de obras a estas horas de la mañana? ¿O acaso venía el siguiente ladrón de gallinas?

Le daba igual; a Helena todavía le quedaba suficiente rabia en el cuerpo como para enfrentarse a quien la importunara.

La robusta figura del wendo apareció de pronto en el patio. Tenía sus negros rizos llenos del polvillo de la piedra y completamente alborotados. Su larga vestimenta gris y sus piernas también estaban polvorientas.

Para sorpresa de Helena, Moritz sonreía como si acabaran de pagarle el doble de su salario. Torpe como era, cerró la puerta con la espalda.

—¡Te deseo una mañana colmada de bendiciones! —gritó.

—¿Eres tú, Moritz? —Helena se asombró no poco—. ¿Tan temprano?

—Quería ser el primero al que saludaras hoy. —¿Por qué hablaría tan alto? —. ¿Has dormido bien? —Y su sonrisa burlona tampoco tenía ni rastro de la timidez a la que estaba acostumbrada Helena.

—Pues llegas tarde, mi querido Sansón. Ya he hablado con mi madre y con mi padre, y me he enfadado con el gato y con el azor, el maldito ladrón de gallinas.

—¡Oh, qué lástima!

Moritz se separó de la puerta del patio y se acercó a ella. ¿Por qué llevaría las manos a la espalda? Helena nunca había visto en esa postura al joven muchacho. ¿Y por qué hacía eses como si estuviera bebido?



Helena arrugó la frente en un gesto de desagrado.

—¿Qué escondes detrás de la espalda, Moritz?

El joven dejó ver sus brazos.

—Quiero regalarte una cosa. —Con las manos sucias, le puso una fuente ovalada delante de la cara, tan cerca que Helena tuvo que retroceder medio paso para poder contemplarla. En cambio, el aliento a vino lo olió enseguida. Moritz estaba efectivamente borracho. ¡A esas horas de la mañana!

El regalo, sin embargo, atrajo la atención de Helena más que su pestazo a vino.

—¿Para mí?

Helena no daba crédito a sus ojos: la fuente, pintada de color rojo oscuro, era de piedra y no mediría ni una vara de longitud. Unos ornamentos florales de color azul claro la adornaban por dentro y por fuera, y en los bordes de los lados estrechos tenía dos asas de piedra: a un lado una manzana azul clara y al otro una pera del mismo color. La fuente contenía unas cerezas negras. Esas eran de verdad.

—¡Es preciosa! —Helena le quitó la fuente a Moritz y la contempló por todos lados—. ¡Realmente preciosa!

—¡La he hecho yo! —gritó el joven cantero—. ¡Puedes utilizarla como frutero o para guardar los cepillos con los que te peines!

—No estoy sorda, Moritz.

Atentamente y con un poco de recelo, observó la cara del wendo cubierta por una pelusilla negra y enmarcada de rizos negros. ¿A qué venía ese regalo? ¿Acaso quería hacerle la corte? ¿Igual que el escultor Gotthart? A ese le había dicho tajantemente, hacía tres días, que no se dejaría dibujar por él. Desde entonces se mostraba ofendido y no se dignaba ni a mirarla. ¿Y ahora también Moritz, ese bruto forzado?

—¡Esa fuente me ha llevado dos días y una noche! —De nuevo hablaba Moritz tan alto, que podían oírle todos los vecinos. Incluido su padre—. Y toda la noche la he pasado pensando en ti.

—¿¿Qué?! —Helena soltó una risita, entre perpleja y asustada.

—Y además quiero decirte otra cosa, Helena. —Moritz le volvió a quitar la fuente, la colocó encima de la leñera y se volvió hacia ella—. Eres... —Cogió

carrerilla, mientras se tambaleaba considerablemente—. ¡Eres la mujer más guapa de todo Magdeburgo!

Nada más pronunciar estas palabras, Moritz abrazó a Helena, la estrechó contra su pecho y la besó en la boca. Todo fue tan rápido, tan sumamente sorprendente, que Helena se sintió completamente desconcertada. Indefensa y medio aturdida, permaneció dos segundos entre sus fuertes brazos, notó los ásperos labios de Moritz en los suyos, y los fornidos brazos y las manos del cantero recorriéndole el cuerpo. ¿La había abrazado alguna vez alguien tan violenta e impetuosamente?

Solo cuando oyó que su padre abría la ventana de su dormitorio, logró sobreponerse a la situación y tener las ideas claras. Apartó a Moritz de un empujón y miró furiosa su cara esperanzada y beatíficamente sonriente. Luego, con todas sus fuerzas, le arreó un bofetón en la mejilla izquierda.

—¿Es que has perdido el juicio?

Se abrió la puerta de la casa de la servidumbre, y el fraile Rochus salió al patio con los ojos como platos y cara de asustado. Se acercó con una estaca en la mano derecha.

Pero Helena se las arregló sola, dándole otro sopapo en la mejilla derecha.

—¿Otra vez estás con tus delirios? —Señaló hacia la puerta del patio—. ¡Lárgate de aquí, wendo granuja!

Helena vio que Moritz empalidecía. El wendo corrió hacia la puerta del patio, tropezó, se cayó cuan largo era, se volvió a levantar y salió a toda prisa del patio.

El fraile Rochus se acercó a ella, se agachó y ahuyentó a las gallinas, haciendo un gesto para espantarlas. Con la estaca escribió en la arena: *Olvídate del caballero. El hombre que Dios ha destinado para ti es otro.*

—¿Cómo? —dijo Helena, enojada. Era lo último que quería leer—. ¿Qué otro hombre?

El fraile Rochus se agachó de nuevo sobre la arena y escribió: *El...* Pero cuando su estaca empezó a trazar la siguiente letra, el padre de Helena abrió la puerta de casa e irrumpió en el patio.

—¡Se va a enterar! —despotricó—. ¡A ese granuja y desvergonzado wendo le voy a cantar las cuarenta!

## 1.150 *pfennig* de plata

Al principio, no sintió nada más que vergüenza. Era como si le hubieran desgarrado la ropa del cuerpo, como si le hubieran arrancado la piel del tronco; como si tuviera miles de ojos clavados en su desnudez, miles de miradas airadas taladrándole como agujas el pecho herido y el corazón. Miradas que le espiaban desde todas partes: desde las fachadas del Camino Ancho, desde las copas de los árboles que flanqueaban la plaza de la catedral, desde las obras, desde las ventanas del palacio episcopal, desde el cielo. ¿Cómo podría eludir todas esas miradas acechantes?

En el palacio de enfrente, en el lado oriental del coro, se abría el portal de entrada, y Moritz se arrimó a la sombra de la puerta cochera que daba al patio. Un grupo de hombres con sotana salió y bajó las escaleras. Moritz reconoció al prepósito del cabildo Wilbrand y al canónigo Dietrich von Dobin.

Esperó a que los religiosos desaparecieran entre las obras y la parte meridional del palacio. Solo entonces siguió andando.

Y solo entonces sintió el dolor.

¿Realmente le había pegado? ¿Realmente le había llamado Helena «wendo granuja»? El recuerdo le dolía como una patada en la boca del estómago. El dolor suplantó a la vergüenza e hizo llorar a Moritz.

Evitó pasar por delante de las obras, donde ya giraban las ruedas elevadoras, y los primeros obreros cavaban, daban martillazos, serraban, mezclaban el mortero y desplazaban bloques de piedra. Pegado a la fachada norte del palacio episcopal, se deslizó a lo largo de ella hasta el Camino del

Monasterio. Sonaron las campanas del monasterio de Nuestra Señora.

Moritz se apretó contra la fachada, pues, precedidos por Wilbrand y Dietrich, se dirigían hacia el Camino del Monasterio unas tres docenas de personas pertenecientes a la iglesia monacal: canónigos, monjes y alumnos de la escuela catedralicia. Tras ellos iba un puñado de mujeres. Moritz descubrió entre ellas la melena rubia pajiza de su nueva amiga Matilde.

Recostado contra la fachada, cogió aire. Se encontraba mareado. Se sentía agotado, completamente agotado y borracho. Le temblaban las manos, le flaqueaban las rodillas; los edificios pegados a la muralla, entre la ciudad y la Libertad Catedralicia, se le desvanecían ante los ojos. Los cerró.

Mentalmente todavía estaba delante de Helena, aún veía su rostro iracundo, sentía sus golpes. Todavía le ardían las mejillas y le chirriaban sus palabras al oído: «¡Wendo granuja!»

¿Quién le había jugado esa mala pasada? ¡Benno, con sus consejos! Moritz aporreó con el puño la fachada del palacio. Poco a poco, el dolor iba dando paso a una cólera desenfrenada.

Esperó hasta que los religiosos hubieran pasado por delante del taller y de la herrería. Luego oteó hacia la derecha, hacia los talleres situados delante del coro de la catedral. Allí daba vueltas la rueda de la nueva grúa. Y los boyeros llevaban tres carros llenos de bloques de piedra a las obras. Moritz se acordó de que, la noche anterior, había atracado un buque carguero procedente de Dresde con piedras nuevas extraídas de las montañas de piedra arenisca del Elba.

Moritz esperó hasta que las yuntas de los boyeros desaparecieran entre el palacio episcopal y el nuevo edificio de la catedral; no quería que le viera nadie. Luego se apartó de la fachada y recorrió el Camino del Monasterio haciendo eses.

Benno tenía la culpa de esta desgracia, de las palabras poco apropiadas, del beso, los sopapos y la bronca. Benno le había aconsejado besarla y que antes bebiera para darse valor.

Mucho valor había necesitado para presentarse ante Helena con el regalo. Y muchísimo valor para elogiar su belleza, abrazarla y besarla. Moritz había tenido que beber mucho vino antes de atreverse a coger el camino que llevaba

al patio de la iglesia de San Sebastián.

Benno le había convencido. ¡Benno era el culpable! Moritz apretó los puños.

Pasó a grandes zancadas junto al taller. Quería ir directamente a la herrería. A cada paso que daba, aumentaba su furia contra Benno. Se paró a ver si oía martillazos en la herrería, pero no oyó ninguno. ¿Todavía no se había puesto a trabajar Benno? Le daba igual: si era necesario, irrumpiría en el dormitorio de Benno y Mónica para desfogar su corazón.

Delante de la herrería había tres caballos; uno lo montaba un hombre con coraza, espada y yelmo. Una cabeza de toro negra con cuernos plateados adornaban la rodela del hombre y la gualdrapa roja del caballo.

Moritz se quedó tan quieto como si hubiera chocado contra un muro invisible.

Retrocedió tres pasos y se arrimó al tabique del taller. El jinete no había notado su presencia. Los otros dos debían de estar con Benno en la herrería.

¿Una cabeza de toro negra con una cornamenta plateada? Seguro que la borrachera le estaba jugando una mala pasada. Moritz se asomó por la esquina de la barraca. No eran imaginaciones suyas. Efectivamente era ¡una cabeza de toro negra con las astas plateadas!

La vergüenza, el dolor y la rabia se disiparon al instante. ¿Serían caballeros de Rügen? ¿Tal vez secuaces del comandante wendo? Cesó el tañido de las campanas de la iglesia monacal; entonces, los religiosos y las mujeres beatas entonaron las horas canónicas de la mañana. De la herrería salían voces.

Moritz dio la vuelta al taller y, por el lado que daba al Elba, junto a la muralla de la ciudad, se dirigió sigilosamente hasta la casa de piedra contigua en la que vivía y trabajaba Benno. Desde una ventanita situada en el lado norte de la herrería, escuchó voces que salían de allí.

—Dos espadas y un peto sí te puedo hacer —oyó decir a Benno—. Pero tardaré bastante. ¿Cómo decías que te llamabas?

—Soy Botho, un caballero del conde de Schwerin —respondió una voz ronca y gutural—. ¿Cuánto tiempo tengo que esperar a que lo termines todo?

Moritz oyó cómo Benno resoplaba hinchando los mofletes.

—¿Diez días? ¿Veinte? Has de saber que trabajo para la *Bauhütte* del

maestro Bohnsack. Día tras día, hacen falta clavos y herramientas. Eso tiene prioridad.

—Yo pago bien, herrero, ¿entendido? —El caballero hablaba como alguien que no está acostumbrado a que le lleven la contraria.

—No lo pongo en duda, pero...

—No hay «pero» que valga. ¡Quiero mis cosas para dentro de tres días! ¿Entendido, herrero? Di tú el precio.

Moritz oyó cómo Benno y el caballero negociaban precios y plazos. Al final, llegaron a un acuerdo: trescientos *pfennig* y cuatro días de espera para las dos espadas y ochocientos cincuenta *pfennig* y siete días de espera para la coraza.

¿Mil ciento cincuenta *pfennig* de plata? ¡Benno no ganaba tanto ni en diez años! Mil ciento cincuenta *pfennig* de plata por catorce días de trabajo: ¿podía ser eso cierto? Moritz creyó que el exceso de vino les estaba haciendo alguna jugarreta a sus oídos.

—En las tabernas se cuenta que el año pasado serviste al caballero Hugo von Meissen en el castillo de Rudelsburg. —De nuevo, la voz del caballero; Moritz contuvo la respiración.

—Mi padre aún sigue sirviendo allí —oyó que respondía su amigo Benno—. Es el herrero del castillo, y yo también lo era.

—Tu padre y tú, por lo que dicen, debéis de ser unos herreros especialmente buenos.

—Confía en ello, caballero Botho.

—El invierno pasado llegaste aquí con ese maestro de obras y su *Bauhütte*, ¿no es cierto? Con ese tal Bohnsack, de Maulbronn.

—Es muy cierto. —De repente, la voz de Benno sonó un poco ronca.

—Un caballero danés acompañó al maestro de obras; se llama Ansgar von Lund. ¿Puedes decirme dónde puedo encontrarle a él y a su escudero Lothar?

—Moritz se asustó. ¿Por qué conocía el de Schwerin sus nombres? ¿Conocería también el suyo?

—Sí, puedo decírtelo. —La voz de Benno sonaba ahora más aguda y más forzada. ¿Le pasaría a su amigo lo mismo que a él? ¿Se habría apoderado también de él el miedo? —Puedes encontrarle en el Reino de Dinamarca.

Hacia allí se marcharon los dos en febrero.

—¿Tenía el danés intención de regresar? —De nuevo la voz acuciante del caballero—. Se dice que está cortejando a la hijita del maestro de obras.

—De eso no sé nada.

—¿Y sabes algo de un joven cantero wendo? Se llama Moritz. —Moritz se hizo trizas el labio inferior, mientras oía cómo el caballero llamado Botho von Schwerin lo describía con pelos y señales—. Es que el caballero del castillo de Rudelsburg vendió ese muchacho a un amigo mío.

—No sé nada de ningún wendo —oyó Moritz que decía Benno—. Tampoco sé de nadie que responda a esa descripción ni que se llame así. ¿Por qué no le preguntas por él a tu amigo?

—Porque está muerto. —De pronto, el caballero bajó la voz y adoptó un tono amenazante—. Y quiero preguntarle a ese maldito wendo de mierda si sabe quién le ha matado.

Durante unos segundos se instaló el silencio en la herrería, hasta que de nuevo tomó la palabra el desconocido caballero.

—Si oyes algo acerca de ese wendo rastrero y miserable, o si le ves, avísame sin falta, herrero. Te pagaré cinco *pfennig* de plata de propina.

—Vaya, eso suena muy bien —dijo Benno, haciéndose el interesado—. ¿Y dónde puedo encontrarte? A lo mejor me entero de algo antes de que vengas a recoger tus espadas.

—En el castillo del conde de la ciudad.

Moritz notó los fuertes latidos de su corazón en la garganta y en las sienas. Le buscaba a él. Y buscaba a Ansgar y a Lothar. Menos mal que el de Schwerin, al parecer, no sabía que Benno también estaba presente cuando, entre todos, lo liberaron.

El caballero de Schwerin salió de la herrería con un joven escudero y se dirigió hacia los caballos. Llevaba una armadura negra. Sus largos rizos pelirrojos asomaban por debajo del borde de la cofia de malla que complementaba al yelmo. Y cuando se montó en la silla de su caballo, Moritz pudo ver también su cara. Era estrecha y huesuda, y tenía la nariz muy torcida, como si se la hubieran partido más una vez.

En ese momento, Moritz creyó ver salir la luna llena por el cielo de la

mañana. En ese momento, oyó gritos que llevaba mucho tiempo sin oír y que solo resonaban en su cabeza. Y vio imágenes que no había visto desde hacía tiempo y que solo existían en su cabeza: la madre arrojándose sobre los hermanos pequeños; un hombre vestido con cota de malla y con una cabeza de toro en el escudo y la sobreveste, señalando a la madre; y un hombre con una cornamenta de toro plateada en el yelmo negro, a quien la madre escupía en la cara.

Al hombre de los rizos pelirrojos y la nariz torcida.

Desde la herrería, los tres jinetes guiaron a sus caballos por el Camino del Monasterio y cabalgaron en dirección al monasterio de Nuestra Señora. Moritz seguía acurrucado tras el saúco. De tanto como temblaba, no era capaz de moverse. Le entraron ganas de vomitar.

Benno, que salió a la puerta para ver marcharse a los de Schwerin, por fin le descubrió.

—El vengador del comandante wendo está en la ciudad —dijo.

Moritz miró fijamente a su amigo.

—El asesino de mi familia está en la ciudad —susurró.



## Astas de toro

*Magdeburgo, principios de septiembre de 1228*

Un enorme bloque de piedra arenisca ocupaba el lugar en el que se cruzarían la nave transversal, ya en construcción, y la proyectada nave principal. Matilde se recogió su vestido blanco y se sentó encima. Aquí, justo en el centro del cuadrado que algún día formaría el cruce de la nave transversal y la nave principal, se sentaba como mínimo una vez al día. Casi siempre, cuando iba desde la escuela catedralicia hasta la casa de las mujeres devotas, las beguinas, con las que vivía desde comienzos del verano. Aquí, en el futuro crucero, era donde más le gustaba rezar por el maestro de obras y su cuadrilla.

—Se está bien, aquí —dijo en voz baja—. Gracias por este lugar. ¡Cuánta vida, cuántas personas, cuántos corazones laten por tu catedral!

Algún día destacarían cuatro columnas muy altas en las esquinas del cuadrado del crucero, a fin de sostener la bóveda que lo cubriría; el maestro de obras las llamaba pilares torales. Ante Matilde, dos de estos pilares, que ya medían más de veinte pies de altura, ribeteaban el coro. Justo a su espalda, otros dos se elevaban en las alturas hacia la futura bóveda de la catedral. Matilde miró a su alrededor.

Mientras tanto, dos ruedas elevadoras rechinaban y gemían en las obras, por doquier se oían martillazos y chirridos de innumerables sierras; unos doscientos obreros seguían trabajando, pese a que el sol ya estaba muy bajo, en las zanjas de los cimientos, en los andamios de los muros del crucero, en las torres, cada día más altas, y también fuera, delante de los talleres.

—Poco a poco se va elevando hacia el cielo. —Matilde se puso de pie, subió al bloque, giró en torno a sí misma y alzó la vista hacia el cielo vespertino—. Ya me la puedo imaginar, ya me la imagino perfectamente.

La naturaleza había dotado a Matilde de una imaginación desbordante. En cuanto cerraba los ojos, veía ante sí la catedral terminada, con sus bóvedas de crucería, las arcadas de las naves laterales, las recias columnas de la nave principal y las cuatro torres.

Los planos de la obra alentaban su fantasía. Matilde los conocía todos: los nuevos del maestro de obras Bohnsack, los antiguos de su predecesor y los originales de los años en los que se colocó la primera piedra. El canónigo Dietrich se los había enseñado y explicado.

El maestro Bohnsack insistía en que la catedral tenía que ser más grande de como la habían planeado sus antecesores. Sin embargo, la decisión la tomarían el arzobispo y el prepósito del cabildo. Y el arzobispo Albrecht no regresaría de la Dieta imperial de Italia hasta esta noche o mañana en el transcurso del día.

—Tiene razón el maestro Bohnsack —murmuró Matilde, mientras giraba y giraba—. Tu catedral de la luz ha de convertirse en algo grandioso. —El dobladillo de su largo vestido daba vueltas en torno a los tobillos y las rodillas, a la manera de una rueda blanca—. Tu templo celestial ha de ser majestuoso.

No le molestaban las miradas burlonas o despectivas que le echaban. Y los hombres y las mujeres de las obras no le hacían demasiado caso. Hacía tiempo que se habían acostumbrado a la piadosa Matilde y a su extraña conducta.

Matilde se quedó quieta. Miró hacia el techo de madera del coro. Canteros y carpinteros apilaban allí tablas para el encofrado y piedras redondas para las columnas, ventanas y arcadas proyectadas. Otros izaban los andamios exteriores. Y otros demolían el tabique que ocultaba a la vista el coro y el sarcófago del emperador Otón. Y algunos tiraban de dos carretas de las que asomaban las distintas partes del nuevo leccionario. Matilde rezó por los obreros que trabajaban en el techo del coro.

Miró a su espalda. Los nuevos pilares torales habían alcanzado ya la altura de un hombre. Unos carpinteros construían un andamio sobre el que mañana

seguirían trabajando los albañiles en los pilares. Unos canteros preparaban piedras redondeadas para los boceles de los sólidos pilares de las esquinas. Matilde rezó por ellos.

Un hombre robusto, bajito y de facciones rudas se quedó observándola. En cuanto Matilde le miró, apartó rápidamente la vista. Reconoció al hombre: era el palafrenero del escultor francés Gotthart. Y junto a él, el gigantón, el criado Hubertus de Gotthart, que hizo como si no la hubiera visto. La proximidad de los dos hombres dio escalofríos a Matilde.

—Espero que me protejas de esos hombres —murmuró, y rezó por los dos.

A continuación, saltó desde el bloque de piedra y corrió hacia la torre meridional... tan aprisa que su amplio vestido de lino blanco revoloteaba a su espalda. Los carpinteros y los albañiles estaban colocando andamios por toda la fachada de la torre. Aseguraban con cuñas unos puntales de sección redonda metiéndolos oblicuamente en los agujeros del muro, y luego unían dichos puntales con rollos de madera encajados horizontalmente sobre ellos, que sobresalían de los agujeros del muro. Encima colocaban unas tablas. Y ya estaba listo uno de los andamios.

Los encargados de la rotación, de pie sobre una plataforma, giraban la manivela de un huso de madera. A su izquierda se izaba un palé lleno de tablas y rollos de madera hasta el siguiente andamio; a su derecha descendía un palé sin carga hacia el suelo; allí esperaban ya los carpinteros para cargarlo con otros montones de tablas.

—Así es la vida —indicó Matilde—. Unos ascienden hacia la fortuna y otros descienden hacia el infortunio. Unos suben hacia ti y otros descienden al infierno y al purgatorio. —Sonrió—. Arriba y abajo, arriba y abajo.

Los hombres del cabrestante y de los andamios la oyeron, pues hablaba muy alto. Algunos sonrieron, unos cuantos la saludaron; otros se santiguaron porque sabían que en ese momento Matilde rezaba por ellos.

—¿Has oído hablar de la bronca que le ha echado el maestro de obras al cantero wendo? —le preguntó uno de la grúa de rueda. Matilde negó con la cabeza—. ¡El muy granuja ha besado a su hija, figúrate! —Los hombres que rodeaban a Matilde rieron por lo bajo—. El maestro de obras le ha propinado una buena paliza, utilizando incluso la plomada y el jalón. —Los hombres se

echaron a reír. Matilde rezó por Moritz.

Uno de los encargados de mezclar el mortero dejó la carretilla con la cubeta de argamasa y se acercó a ella.

—Mi mujer está con fiebre por el sobreparto —dijo en voz baja—, y mi recién nacido ya no puede mamar. —Su mirada delataba angustia—. Por favor, rece por ella, piadosa mujer.

—Lo haré, hermano. ¿Dónde vives?

El hombre mencionó un callejón de la Neustadt y Matilde le prometió que iría a hacerles una visita a la mujer y al recién nacido.

Al otro lado, entre la torre septentrional y la pared de la nave transversal, Matilde descubrió al maestro Bohnsack. Correteaba de acá para allá bajo la rueda elevadora de la vieja grúa, colocando aquí el jalón o la cantonera y sosteniendo allá la plomada. Con una voz grave y acostumbrada a dar órdenes, voceaba instrucciones hacia lo alto de la torre y del muro, o mandaba que se acercara un maestro albañil o un maestro carpintero. Matilde rezó por él mientras iba a su encuentro.

Esta noche, el maestro de obras parecía cansado. Su rostro arrugado le pareció a Matilde más consumido de lo habitual; su largo pelo gris tenía un aspecto más greñado y sus anchos hombros no estaban tan erguidos como de costumbre. Algo le preocupaba. Probablemente, la discusión con Moritz.

El prepósito del cabildo y Dietrich llegaron a las obras. Entre su séquito, a Matilde le llamó la atención un caballero pelirrojo vestido con cota de malla. En su guerrera destacaba una cabeza de toro negra con cuernos plateados. El caballero se llamaba Botho von Schwerin y llevaba cuatro días en la ciudad. Como tantos otros, también él esperaba el regreso del arzobispo.

Todo esto lo sabía Matilde por Dietrich von Dobin, pariente suyo y hombre de confianza. Y otra cosa sabía de él: el caballero de Schwerin venía como emisario de su conde y tenía malas noticias que darle al arzobispo. A saber: los margraves brandeburgueses ya estaban de nuevo preparándose para la guerra contra la archidiócesis de Magdeburgo.

—El arzobispo regresa esta noche, maestro Bohnsack —le dijo el prepósito del cabildo Wilbrand al maestro de obras—. Los monjes del monasterio de Berge ya han avistado su barco. —El antiguo monasterio benedictino de Berge

se hallaba en la loma de un pueblo que lindaba al sur con Magdeburgo. Formaba parte de los dominios del arzobispo—. El abad me ha enviado a un mensajero.

La noticia se propagó a la velocidad del viento, primero en las obras y luego en la ciudad. La gente empezó a reunirse. Al cabo de media hora escasa, con el primer crepúsculo, ya eran cientos de personas las que recorrieron con Matilde el camino de la orilla, río arriba, hacia el sur. Todos querían saludar al arzobispo Albrecht y celebrar su venturoso regreso a casa: los canónigos, los piqueros condales, los obreros, los alumnos de la escuela catedralicia, los monjes y todos los hombres, mujeres y niños de la gran ciudad de Magdeburgo.

A su espalda, a poca distancia, Matilde descubrió al palafrenero del escultor francés. Podía ser una casualidad que la siguiera tan de cerca, pero Matilde se dio perfectamente cuenta de cómo la observaba el hombre, y eso la inquietó.

¿Qué querría de ella? ¿Le habría enviado el escultor Gotthart para infligirle algún mal? Ciertamente, ella había reconocido las facciones de la pobre prostituta en su dibujo, de la mujer a la que el pasado invierno hallaron muerta en el Elba helado. Pero Matilde todavía se resistía a pensar que el noble francés fuera un asesino. Pero ¿y si lo era su palafrenero? Desde luego, tenía pinta de ser bastante bruto. De pronto, le entró el miedo.

—Dejo en tus manos mi cuerpo y mi vida, Señor —murmuró—. Nada me puede ocurrir que tú, en tu bondad, no hayas decidido.

El miedo fue remitiendo y Matilde se sintió de nuevo fuerte y segura. Respiró profundamente... y se volvió hacia el palafrenero francés. Quiso hablarle en tono imperioso, quiso ahuyentarlo... pero ya no lo vio por ninguna parte. Era como si se lo hubiera tragado la tierra. Mejor así. Matilde siguió andando.

Irrumpió la noche y se encendieron las antorchas. La multitud se detuvo porque abajo, por el Elba, se deslizaba el barco del arzobispo. Apoyado en su báculo, Albrecht iba en el castillo de popa saludando con la mano a sus magdeburgueses. La multitud lanzó gritos de júbilo y regocijo.

De repente, todos se dieron la vuelta y corrieron río abajo, siguiendo la

estela del barco, hacia la ciudad. La pequeña galera de un solo mástil atracaría en el puerto, al pie de las obras, y la gente confiaba en poder tocar al pastor de la Iglesia o incluso besar su anillo episcopal cuando desembarcara. Matilde se encontró de pronto al final de la alborozada multitud. Ya era noche cerrada.

Alzó la vista hacia la muralla de la ciudad; no se veía a ningún centinela. Miró a su espalda: ni rastro del palafrenero del escultor.

—Confío en ti, oh Señor —dijo en voz alta—. No tengo miedo.

En ese mismo momento, alguien salió de los arbustos del talud de la orilla, la agarró y tiró de ella hacia el Elba.

Un día perdido; ya era el tercer día consecutivo. Gotthart rasgó el dibujo a carboncillo. Otro rostro fallido, otro modelo de cera inutilizable. ¿Y quién tenía la culpa? ¡La hija del maestro de obras, ella y nadie más que ella! Su ánimo estaba lleno de amargura, pesadumbre y melancolía. Soltó una maldición, cogió los trapos del banco de trabajo y tapó con ellos las esculturas que algún día formarían parte del grupo escultórico de las Diez Vírgenes.

Pues no, mucho no había avanzado, la verdad. La plantilla para el capitel en forma de capullo de una columna no la había terminado ni a medias. Y el maestro Bohnsack la necesitaba para la proyectada galería episcopal. Gotthart llevaba ya dos días tallándola en madera con arreglo a un dibujo del maestro de obras.

Al menos, ese trabajo le había hecho olvidar las caras de las muertas y su mala conciencia... de manera pasajera... y también el rostro de la orgullosa hija del maestro de obras. Pero aún quedaba pendiente que el padre de esta aceptara su trabajo.

Gotthart recogió las herramientas del suelo y las arrojó descuidadamente al banco de trabajo. Desde la parte posterior del taller llegaban los martillazos del de Estrasburgo. Completamente concentrado en su trabajo, Jacques se hallaba acucillado sobre su virgen de mármol. Y día tras día iba perfeccionando los rasgos sagrados al tiempo que humanos de la Madre de

Dios. Gotthart envidiaba al de Estrasburgo. A veces también le odiaba.

Jacques, a sus treinta y pocos años, solo algo mayor que Gotthart, era un escultor magistral; eso lo había notado Gotthart desde hacía tiempo. Sus maestros de obras en Estrasburgo y Bamberg debían de haber sido unos instructores excelentes.

Se quitó el gorro, los zapatos y el mandil de trabajo, salió del taller y bajó descalzo por el gran portón que daba al puerto en dirección al Elba. Aunque ya estaba anocheciendo, todavía soplaba una brisa suave. Gotthart se desprendió de los pantalones y del jubón y se metió en el río.

Se sumergió en el agua para quitarse de la barba y del pelo el polvillo de la piedra. Nadó a espalda hacia el islote. En las formas de las nubes del cielo vespertino creyó reconocer los rasgos de la hija del maestro de obras.

¡Orgullosa! ¡Descarada!

¡No quería que la dibujara por nada del mundo! Había rechazado rotundamente su petición. ¡Sin explicaciones, ni pretextos, ni disculpas, nada! Le había mirado descaradamente a la cara y se había limitado a decir *¡no!*

Tenía esa espina clavada en lo más hondo de su corazón.

¿Cómo se atrevía a hacerle eso? ¿Acaso no sabía que era de clase noble? ¿Es que no sabía que él, Gotthart de Saint Leonard, había trabajado para el rey francés y había esculpido efigies para la catedral de París? Al fin y al cabo, ella solo era la hija de un humilde maestro de obras. ¿Por qué no se sentía entonces halagada cuando un artista le pedía que posara como modelo para él?

La espina se le clavaba cada vez más adentro.

Al otro lado, en la orilla del islote, Gotthart se quedó un rato tumbado en la hierba, mirando al cielo de la noche y pensando en ella. Y muy enfadado. No, no pensaba conformarse con su arrogante *no*. Ninguna mujer podía permitirse rechazar una petición cortésmente solicitada nada menos que por Gotthart de Saint Leonard. Y menos la descarada hijita de un miserable maestro de obras.

En la otra orilla, alguien saltó al Elba. Gotthart se incorporó. Hubertus venía nadando hacia él. A su palafrenero y a su secretario no se los veía por ninguna parte. Al sur de los talleres, una multitud inusualmente numerosa salía de los portones de la muralla de la ciudad. Por el camino de la ribera avanzaban río arriba en dirección a Sudenburg. ¿Qué estaba pasando allí? ¿Sería una

procesión?

Hubertus salió del agua y se sentó a su lado.

—Van al encuentro del barco del arzobispo. —El gigantón señaló a la muchedumbre de la otra orilla.

—De manera que al final sí ha regresado esta noche. —Gotthart pensó en sus dos estatuas sin terminar—. Qué fastidio.

Las Diez Vírgenes figuraban entre las estatuas favoritas de Albrecht para su nueva catedral. El arzobispo preguntaría por ellas. Mientras Gotthart no le presentara ninguna Virgen Necia o Prudente acabada, no podía estar seguro del encargo de San Mauricio y santa Catalina. Y deseaba crear las estatuas a cualquier precio, los dos santos y las vírgenes. A lo mejor así Dios le perdonaba, tal vez entonces Jesucristo le abriera algún día las puertas del Paraíso... aun siendo como era.

—La loca está con la gente de allí arriba —dijo Hubertus—. Y Wastl también.

Gotthart prestó atención.

—¿Lo hará por fin esta noche?

—Cuando salga el sol, ella habrá desaparecido de la faz de la tierra. Y esta vez nadie encontrará su cadáver.

—¿Y eso por qué?

—Cuando la haya matado, Wastl piensa llevarla al bosque, donde el carbonero. Y meterla en la carbonera. A ella y también al carbonero, para que no pueda contar nada.

Gotthart respiró aliviado.

—Muy bien. Una preocupación menos. Vamos a nadar hasta la otra orilla. No quiero estar aquí cuando el arzobispo pise tierra.

Cruzaron el Elba a nado, fueron a la ciudad y se vistieron. La casa de la viuda en la que vivían se hallaba en el casco antiguo, junto al Camino Ancho, muy cerca del mercado. En su alojamiento se cambiaron de ropa y cenaron en compañía de la viuda.

Gotthart no tuvo que hablar mucho, ya que por suerte la viuda era muy parlanchina. Asentir a sus palabras con la cabeza o mostrarse asombrados o indignados con un *¿Ah, sí?* o con un *¡Oh!* satisfacía los requisitos de la mujer



en cuanto a modales en la mesa. Casi siempre era Hubertus el que adoptaba ese papel en la conversación, pues Gotthart no dejaba de pensar en la hija del maestro de obras ni siquiera durante la cena.

La veía ante sí todo el rato: su porte altanero, su manera irrespetuosa de hablar, su mirada desvergonzada. Jamás había conocido Gotthart a una mujer que faltara tanto al respeto a quienes estaban por encima de ella. Se quedó pensando en las posibilidades de quitarle el orgullo y humillarla.

¿Podría conseguir seducirla? La idea le vino como caída del cielo. Y enseguida le cautivó. Gotthart le dio varias vueltas... hasta que el deseo de poseer a la orgullosa hija del maestro de obras se volvió tan ardiente, que suplantó al resquemor que ella le había provocado.

Más tarde, cuando de nuevo salió con su criado del Camino Ancho, ya reinaba la oscuridad. Gotthart llevaba unos pantalones estrechos de dos colores: el de la izquierda azul y el de la derecha rojo. Sobre su larga túnica amarilla con dibujos rojos se había echado un capote azul oscuro, en cuya espalda destacaba el blasón de Saint Leonard: dos herraduras de plata ribeteadas por tres lirios amarillos. Un elegante sombrero de terciopelo cubría los mechones de su pelo castaño claro.

Pasaron dos horas en una taberna de la plaza del mercado. Unos hombres hablaban allí sobre el regreso del arzobispo, sobre la Cruzada a la que había partido el emperador Federico nada más terminar la Dieta, y sobre un joven wendo que, al parecer, había besado a la hija del maestro de obras. Gotthart prestó atención y preguntó qué había pasado.

Así se enteró de que la mujer había abofeteado al granuja y de que el padre le había leído la cartilla y le había dado unos bastonazos hasta hacerle sangrar. De todas maneras, se decía que no pensaba llevarlo ante el Tribunal de Escabinos.

—¿Un joven wendo besando a la hija del maestro Bohnsack? —dijo Hubertus, extrañado, cuando salieron de la taberna en dirección a la muralla septentrional—. Solo puede haber sido ese cantero apestoso de pelo negro, que últimamente se interpone en nuestro camino. Como cuando quise pegar a la loca. ¿Os acordáis?

—Le llaman Sansón. —Gotthart asintió con la cabeza—. En realidad, se

llama Moritz. —Su gesto se ensombreció—. No conozco a ningún otro wendo en la *Bauhütte* de Bohnsack.

Por una parte, le gustaba oír que la hija del maestro de obras le hubiera abofeteado al wendo; por otra, envidiaba al muchacho por su descarado. Pero, claro, un noble no podía comportarse de una manera tan burda si quería seducir a una mujer.

—No sabía que él también figurara entre quienes le hacen la corte. — Gotthart tomó el camino que llevaba a la Krökentor. Quería ir a la Ciudad Nueva y al burdel. Después de un día tan agitado, necesitaba relajarse y consolarse.

—¿Estáis pensando en el tal Jakob de Estrasburgo?

—Sí, también en Jacques. Pero sobre todo pienso en ese caballero del Reino de Dinamarca. —Por lo que sabía Gotthart, Ansgar von Lund quería regresar a Magdeburgo y ponerse al servicio del burgrave. Y deseaba que se lo impidiera una guerra o algo más grave.

—He oído contar que el joven wendo es un buen escultor —dijo Hubertus. Saludaron a los centinelas de la Krökentor, que les abrieron la puerta y les dejaron entrar en la Ciudad Nueva.

—¿Moritz? Dicen que a semejanza de Jacques von Strassburg, él también trabaja al estilo de la *Bauhütte* de Bamberg. Solo el demonio sabrá dónde lo ha aprendido.

—Es probable que el maestro Bohnsack no pueda prescindir de uno como él —sugirió Hubertus—. De lo contrario, le habría acusado ante el Tribunal de Escabinos, sin duda.

La silueta de la iglesia de Santa Catalina, a medio terminar, apareció ante ellos recortada en el cielo de la noche. Poco antes de llegar a las obras de la iglesia, se desviaron del Camino Ancho y cogieron el Callejón de los Pescadores.

—¿Por un beso? —Gotthart lo puso en duda.

—Por un beso en contra de la voluntad de la chica —le corrigió Hubertus—. He conocido wendos a los que les han ahorcado por mucho menos.

En el patio de la casa de putas había dos caballos. Estaba demasiado oscuro como para distinguir los blasones de sus gualdrapas. Se detuvieron bajo el

farolillo con la tea y el gallo de hierro fundido. Hubertus llamó a la puerta con los nudillos. Desde la torre de la nueva iglesia de Santa Catalina, ululó una lechuza.

Una mujer con un vestido amarillo y el pelo rubio platino abrió la puerta. Se esforzó un poco por sonreír cuando reconoció quién estaba ante la puerta. No hacía demasiado tiempo que había llegado a Magdeburgo desde Hamburgo. Unos piratas nórdicos la habían vendido a un burdel de Hamburgo. Originariamente, ella procedía de Islandia.

Hizo un gesto a los hombres para que pasaran y cerró la puerta con cerrojo.  
—¡Mavra! —gritó con una voz ronca.

La puerta de una habitación se abrió una rendija; un par de ojos castaños oscuros asomaron por el cuarto en penumbra. La islandesa cogió del brazo a Hubertus y desapareció con el gigantón tras una cortina.

—¡Date prisa! —En algún lugar de la casa se oyeron risotadas de hombres y el tintineo de vasos de duela entrechocando—. ¿Cuánto tiempo tengo que seguir esperando? —dijo Gotthart.

La puerta de la habitación se abrió un poco más y, por fin, salió una mujer de pelo negro vestida de blanco. Llevaba un vestido largo tan ajustado, que Gotthart pudo reconocer todas las curvas de su figura. En los brazos, los hombros y el escote, la blanca tela dejaba ver gran parte de su piel, que tenía el color de la arcilla.

La mirada de Gotthart se deslizó por el cuerpo de la mujer hasta que, finalmente, se detuvo en su cara angulosa.

—Me alegro de volver a verte. —Gotthart sonrió.

La prostituta se hizo a un lado y señaló primero una cómoda y luego una habitación en penumbra.

—Dejad primero la daga, señor. A continuación, podéis entrar conmigo.

Mavra era una viuda mora. Su marido, un caballero inglés, la había liberado de la esclavitud española. Tan solo un año después, murió en un torneo celebrado en Colonia. Era la única del burdel que todavía estaba dispuesta a acostarse con Gotthart. Pero solo a cambio de mucho dinero. Le gustaban las mismas cosas que a Gotthart. Por sus años de esclavitud y por su breve matrimonio, estaba acostumbrada a las palizas.

Gotthart arrojó su daga sobre la cómoda. Las putas se lo exigían desde lo que le había pasado a la rubia. Al pasar, agarró del brazo a Mavra, a quien a duras penas le dio tiempo de cerrar la puerta. Le pegó una bofetada en la cara y la arrojó a la cama. Luego estampó contra la mesa el dinero de la puta, se tumbó encima de ella y le arrancó la ropa del cuerpo.

Mientras la tomaba, pensaba en la hija del maestro de obras. Veía ante sí su cara altanera, y en el cuerpo desnudo de la prostituta mora intentó ver el de Helena. La odiaba. Y la deseaba.

Más tarde, Mavra se despidió de él con un beso. Tenía la mejilla derecha ardiendo y el labio superior hinchado.

A diferencia de otras veces, Hubertus no le esperaba delante de la puerta del cuarto. Un hombre vestido de negro pasó fugazmente a su lado. Se puso la capucha de su manto de modo que le tapara la cara y abandonó rápidamente la casa.

Pese a todo, Gotthart le reconoció. A veces, cuando acudía a las oraciones matinales de la iglesia del monasterio, lo veía en la sillería del coro. Y en la misa de los domingos, ese hombre oficiaba de vez en cuando en el altar.

Gotthart le entendía bien: también a él le habría gustado embozarse ahora la cara con una capucha negra; también él sentía un nudo en la garganta y en el pecho por la vergüenza y el arrepentimiento cuando pensaba en lo que acababa de hacer.

—¿Señor? —susurró alguien a su espalda.

Gotthart se dio la vuelta. Hubertus. El gigantón se llevó el dedo a los labios y le hizo una seña para que se acercara y le siguiera hacia el patio. Gotthart siguió a su criado por la puerta trasera. Fuera era de noche.

Los dos caballos estaban atados a un abrevadero, junto a la puerta. Como de la ventana de la cuadra salía un resplandor de luz, Gotthart pudo reconocer ahora el blasón de las gualdrapas rojas: una cabeza de toro negra con la cornamenta plateada.

Es decir, secuaces del conde de Schwerin.

Hubertus se acurrucó bajo la ventana iluminada del establo. Gotthart se acercó sigilosamente a él. Dentro se oían unos susurros. Alguien gemía, y el hierro tintineaba contra la hojalata. Su criado le animó a que echara un vistazo

por la ventana. Gotthart se empinó pegado a la pared de madera del establo.

Lo primero que le saltó a la vista fueron los dos hombres tumbados en la paja del suelo de la cuadra. De los postes de madera colgaban unos faroles con velas que arrojaban un resplandor sobre ellos. El más joven gemía y movía la cabeza de acá para allá. El mayor permanecía completamente inmóvil; era pelirrojo. Salvo por las camisetas, los taparrabos y los calcetines, los hombres estaban desnudos.

Tres mujeres muy ligeras de ropa se hallaban arrodilladas a su lado en la paja. Una robaba monedas de un saquito de cuero y las contaba echándolas a un cofrecito de hojalata. Las otras metían ropa de hombre, cotas de malla, botas, corazas y similares en un arca de mimbre del que sobresalían dos empuñaduras de espadas.

Gotthart comprendió: las putas habían emborrachado o drogado o ambas cosas a los dos caballeros, y ahora les robaban todo cuanto poseían. ¿Y después? ¿Matarían a los hombres? Gotthart conocía a esas mujeres; las creía capaces de hacer cualquier cosa.

La puerta trasera se abrió con un chirrido. La rubia platino salió de la casa y se acercó a los caballos. Gotthart saltó hacia ella, la cogió del brazo y tiró de ella hacia el establo. Hubertus se había metido ya dentro a toda velocidad.

Gotthart arrastró a la islandesa y la arrojó a la paja, junto a los hombres aturcidos. Hubertus ya había abofeteado a la que contaba el dinero y ahora amenazaba a las otras dos con su espada.

—¿Drogáis a vuestros caballerosos pretendientes y luego los desvalijáis?  
—gritó Gotthart. Las mujeres le miraron con los ojos abiertos de par en par; una era más pálida que la otra—. ¡Pues os merecéis la muerte y el infierno!

—¡No, por favor, señor Gotthart! —La rubia platino se le acercó de rodillas—. ¡Tened piedad, señor Gotthart! ¡Os lo suplico! —le imploró con las manos cruzadas—. ¡No nos delatéis a nadie, no queremos morir todavía!

—Pero esos dos de ahí iban a morir, ¿no? —Gotthart señaló a los caballeros desmayados. Ninguna de las prostitutas le respondió.

—El juez os impondrá el suplicio de la rueda a todas vosotras. —Hubertus soltó una risita maliciosa—. Con un poco de suerte, quizás os envíe antes al verdugo para que os corte vuestras lindas cabecitas.

Una profirió un grito, otra se tapó la cara con las manos, y la rubia platino se arrojó a la paja ante Gotthart y arrimó la boca a la punta de sus botas.

—Por favor, señor Gotthart —imploró—. Os lo suplico. —Abrazó sus piernas, mirándolo desde abajo.

Fuera se oyeron unos pasos que se acercaban; Mavra entró en el establo. Aterrorizada, miró a su alrededor. ¿La asustaba ver a los hombres atontolinados? ¿O se asustaba porque habían pillado a sus compañeras de oficio con las manos en la masa?

Gotthart la agarró del brazo y tiró de ella. Luego fue mirando una por una a las mujeres. La angustia y el horror les había petrificado las facciones. Disfrutó de esa visión; disfrutó del poder que en esos momentos tenía sobre ellas.

—¡Por favor, señor! —suplicó también la puta que estaba en cuclillas junto al arca que contenía las espadas, los yelmos y los tahalíes de los caballeros de Schwerin—. ¡Por lo que más queráis, no nos delatéis!

—Piedad, señor Gotthart. —La rubia platino volvió a besar sus botas—. Podéis venir a vernos gratuitamente siempre que queráis, pero no nos entreguéis al juez ni al Tribunal de Escabinos.

Gotthart contempló a los hombres aletargados y se lo pensó. El caballero respiraba profunda y regularmente. Tenía una buena cogorza. Su escudero daba vueltas sin parar y balbuceaba como si tuviera fiebre. Los dos sobrevivirían.

Por último, dirigió de nuevo la mirada a los pálidos rostros de las prostitutas, que temblaban por su vida.

—Bien —dijo en voz baja—. No hemos visto nada. —Se volvió hacia su criado—. ¿No es cierto, Hubertus? —El gigantón puso cara de no entender nada, pero asintió—. ¿Y hemos oído algo, Hubertus? No estoy seguro...

—Yo desde luego no he visto ni oído nada, señor.

Gotthart se volvió de nuevo hacia las mujeres.

—Y vosotras... —Se interrumpió, estiró el brazo y el dedo índice y fue señalando a una tras otra, hasta llegar a la mora, que estaba su lado—, vosotras tampoco habéis visto ni habéis oído nada. En ningún momento. ¿Entendido?

El alivio se reflejó en las caras de las mujeres, cuyas facciones se

distendieron. Todas asintieron con la cabeza.

—Consigue una yunta de bueyes, Hubertus —le ordenó Gotthart a su gigantón—. Vamos a llevar a los caballeros y sus pertenencias a nuestro alojamiento, para que allí terminen de dormir la mona. —Sonrió con frialdad y bajó la voz—. Y para que se nos muestren agradecidos de por vida.

## Muerte a orillas del Elba

Una mano dura y callosa le taponó la boca. Matilde quiso gritar, pero solo consiguió proferir una especie de estertor. El pánico atenazó su corazón.

Esa mano que tenía en la boca apestaba a caballo, a sudor y a orines. Su propietario arrastró a Matilde cuesta abajo, por el talud de la orilla. Matilde le oía jadear, oía el murmullo del río, oía el graznido y el aleteo de los patos. Y a mucha distancia, oía gritos de júbilo.

Renunció a gritar, aceptó que nadie la oiría. Nadie, excepto Dios. Y este no necesitaba ningún griterío para saber que alguien estaba perdido sin su ayuda.

Matilde dejó de oponer resistencia a la fuerza hercúlea de su asesino, a la mano que le tiraba del pelo, a los despiadados rodillazos en sus costillas, a la presión de sus apuestos dedos en la boca.

Pensó en la luz fluyente que tendría el coro de la futura catedral, mientras su asesino la arrastraba por la hierba húmeda y por los abrojos hasta llegar al río, donde la empujó contra el suelo. Pensó en san Mauricio, que había hecho frente al despiadado emperador y a la inevitable muerte, y su asesino le metió la cabeza en el agua de la orilla del Elba.

Con los brazos estirados, Matilde se apoyó en el barro y entre las piedras. Hizo fuerza para evitar que la hundiera. Pero su asesino le apretó la cara contra el fondo lodoso. Matilde notó que quería quitarle los dedos de la boca para poder hacer más fuerza con las dos manos y sumergirla bajo el agua.

Con todas las fibras de su cuerpo frágil y, al mismo tiempo, sediento de vida, notó que la presión de sus dedos remitía. Y en el mismo momento en que



los retiró, Matilde le dio un mordisco.

Le mordió con todas las fuerzas que aún le quedaban, y ni ella misma sabía por qué lo había hecho. Sencillamente mordió hasta que algo se rompió entre sus dientes. Le entró agua en la nariz y en la boca. Le zumbaban los oídos.

Notó el sabor a sangre. Alguien gritaba en algún lugar indeterminado de la lejanía. Matilde mordió más fuerte todavía, y no dejó de morder. La boca se le llenó de sangre, barro y agua. Bajo sus manos notaba la dureza de las piedras en el fango.

Como el asesino tiraba de ella para sacar el dedo mordido de su boca, Matilde consiguió girar un poco. Entonces se agarró a una piedra con cada mano bajo el agua. El asesino le clavó la rodilla en la nuca y le apretó la cara contra el barro.

Por fin, Matilde abrió la boca, soltó el dedo roto y cogió dos piedras con los puños. Con la cabeza todavía debajo del agua y en el barro, golpeó con una de las piedras hacia atrás; de lejos oyó un golpe seco.

El asesino le soltó por fin el pelo. Ella golpeó de nuevo hacia atrás, esta vez con las dos manos y las dos piedras.

La presión del asesino en su nuca cedió y Matilde logró sacar la cabeza del agua. Escupió sangre y lodo, cogió una profunda bocanada de aire, tosió y jadeó. Cerca de ella, en algún lugar, un hombre gritaba.

Matilde salió del agua, se arrojó a la hierba y avanzó a rastras hacia el talud. El que quería matarla soltaba maldiciones y aullaba de dolor. Matilde lanzó una piedra hacia él.

Si le dio o no le dio, no lo sabía ni tampoco quería saberlo; solo quería irse, largarse de allí. Logró arrodillarse, llegó al talud, se puso de pie y subió tambaleante hacia la muralla de la ciudad.

El que quería matarla la siguió. Matilde miró a su espalda. Por su figura rechoncha reconoció al palafrenero del escultor.

También él llegó al camino de la orilla al mismo tiempo que Matilde, solo que unos pasos más al sur. Como le cortó el camino de vuelta hacia el casco antiguo de la ciudad, Matilde huyó en dirección norte, hacia la Ciudad Nueva. A su espalda oía su respiración jadeante y sus pasos apresurados. Siguió corriendo; apenas notaba ya las piernas.

El ruido de los pasos y del jadeo pareció haberse mitigado. Matilde no se atrevía a mirar atrás. Siguió y siguió corriendo.

La silueta del castillo condal se fue acercando. ¿Acaso no había en lo alto de la muralla unos piqueros del conde haciendo guardia? Todos no podían haberse ido al casco antiguo de la ciudad para recibir al arzobispo.

Matilde quiso pedir auxilio, pero tropezó con una piedra y se cayó.

De nuevo se acercaban a su espalda el jadeo y el ruido de las pisadas. Matilde quiso levantarse, pero ya no le quedaban fuerzas. Y entonces cayó sobre su espalda todo el peso del cuerpo de un hombre, que la arrastró de nuevo hacia el polvoriento camino de la orilla.

El palafrenero la agarró y la tumbó boca abajo. Sus encallecidas manos le rodearon el cuello y lo apretaron. Matilde cerró los ojos y se abandonó a la voluntad de Dios. Ya todo había terminado. Por alguna razón, Dios quería que ocurriera lo que estaba ocurriendo en ese momento. Rezó para sus adentros la última oración.

De repente, un golpe seco, como si el hacha de un carnicero cortara el pescuezo de un carnero. Las manos del asesino soltaron su cuello.

Matilde abrió los ojos y, entre jadeos, inhaló aire fresco. Tieso como una vela, el palafrenero seguía sentado sobre ella, con los dos brazos a la espalda. Tenía la boca abierta de par en par, pero de sus labios no salía ningún sonido. Matilde extendió los brazos y los dedos estirados hacia él.

Por último, poco a poco, muy lentamente, el palafrenero volcó hacia un lado y fue a dar a la hierba, en el borde del camino de la orilla. Aún dio un par de respingos y, tras soltar un estertor gutural, por fin quedó exánime.

Matilde no se lo podía creer. Alzó la cabeza y miró con detenimiento: algo largo y delgado asomaba por la espalda del palafrenero.

—Te doy las gracias. —Tosió y se atragantó—. Aún no quieres llevarme contigo. —Soltó una especie de graznido y jadeó—. Todavía quieres que siga viva. Hágase tu voluntad.

Desde la puerta del castillo condal que daba al Elba, llegó un hombre corriendo por el camino de la orilla. Le seguía otro con una antorcha. Matilde guiñó los ojos en la oscuridad; solo veía bultos.

—¿Sigues con vida, mujer? —Un hombre rubio vestido con cota de malla se

acuclilló a su lado—. No tengas miedo; ya ha pasado todo. —Se inclinó sobre ella—. ¿Te ha herido ese miserable sicario? —La agarró por los hombros y la sentó—. ¡Estás empapada! —Metió las manos bajo sus brazos y la levantó—. Te voy a llevar al castillo; necesitas ropa seca.

El trémulo resplandor de la antorcha recayó sobre Matilde.

—Un ángel —susurró esta. Palpó la cara del hombre que la había levantado, un rostro bien proporcionado—. Me has enviado a un ángel. —Al fin, recuperó la sonrisa.

—No está en sus cabales; ha debido de pasar mucho miedo —dijo el otro hombre, más joven, que se hallaba con las piernas esparrancadas por encima del palafrenero muerto.

—Arráncale mi jabalina del cuerpo, Lothar —ordenó el rubio—. Más tarde recogeremos el cadáver. Antes tenemos que ocuparnos de la pobre mujer.

## Planos

*Magdeburgo, septiembre de 1228*

Un fuerte viento del este soplaba por el Elba. Nada más salir el sol, los pájaros se pusieron a cantar y los peces a saltar; los cormoranes se zambullían bajo el agua y las libélulas revoloteaban por encima del río y del talud. Y Moritz golpeaba la piedra. Ya era la tercera noche que no dormía. La luna llena aún seguía grande y pálida en el cielo matutino.

Para dominar la angustia y la desesperación, Moritz no había dejado de trabajar desde la puesta del sol hasta ahora. Como no quería molestar a los demás con sus martillazos, había colocado la estatua de la madre en un carro con adrales y la había acarreado hasta la orilla del Elba. Aquí, bajo el portón que daba al puerto y junto a un embarcadero, trabajaba arrodillado en la ropa de la efigie.

Unas barcas atracaron. Los pescadores llevaban en unas cestas lo que habían capturado esa noche en dirección al portón. Al otro lado del Elba, el sol de la mañana se desprendió del horizonte. Mujeres y niñas con cestos llenos de ropa sucia bajaban a la orilla del Elba; ráfagas de viento ahuecaban sus vestidos. Tras unas nubes errantes se extinguió definitivamente la luna llena. Las velas de sebo y las teas que rodeaban a la estatua de la madre se habían consumido por completo.

Moritz no se enteraba de nada. Ni siquiera se dio cuenta de que despuntaba un nuevo día.

—El drapeado te ha quedado fantástico —dijo una voz de hombre.

Moritz se sobresaltó. Benno apareció su lado. Su mandil de cuero marrón oscuro brillaba como si estuviera recién engrasado. Por la camisa sin mangas y muy desabrochada asomaba el vello oscuro de su pecho.

—Me has asustado. —Moritz dejó la maceta y la gradina—. ¿Es que no sabes saludar?

Se quedó mirando la pétrea túnica que le había puesto a su madre. Efectivamente, el drapeado era precioso.

Benno se le quedó mirando. Su ancha frente se llenó de arrugas de preocupación.

—Ayer *Lupo* vomitó una rata.

Moritz guardó los cinces dentados en la funda de cuero, recogió las macetas y se puso de pie.

—¿Y qué?

—Pues que la rata se parecía a ti. Después de ser vomitada, quiero decir. —Benno observó al más joven meneando la cabeza—. ¿Cuándo has dormido por última vez?

Moritz depositó las herramientas y el modelo de cera en su carro con adrales.

—¿No se te ocurre nada mejor que hacerme preguntas estúpidas?

—Sí. Ir a las obras de la catedral. El arzobispo va a supervisar esta mañana todo lo que ya se puede ver de su nueva catedral. Eso y el plano de edificación del maestro Bohnsack.

—Pues vete.

Moritz se quitó la ropa de trabajo y el gorro y se metió desnudo en el Elba. El viento ondulaba la superficie del río y las olas desfiguraban la imagen de Moritz reflejada en el agua. Aunque no hubieran sido las olas, de todos modos Benno le habría encontrado raro: se había rapado la cabeza y afeitado la cara. El mismo día que había estado escuchando la conversación en la herrería. Por miedo al de la cabeza de toro. Se arrojó al agua.

Benno seguía observándole impertérrito.

—¿A qué esperas? —le preguntó Moritz, y se sumergió.

Cuando salió a la superficie, su amigo todavía seguía de pie en la hierba de la orilla.

—A ti. —Benno encajó los puños en la cintura—. El maestro Bohnsack quiere que estés presente.

Moritz se zambulló una y otra vez para quitarse de la piel el polvillo de la piedra.

—Bueno, está bien. Entonces iré contigo.

Salió del agua y se vistió.

Un buque carguero procedente de Dresde atracó. Las piedras con las que venía cargado no iban destinadas a la catedral. En aquella época, por doquier había obras en Magdeburgo: en dos iglesias nuevas, en la ampliación de la muralla septentrional de la ciudad, en la vieja iglesia monacal y en las últimas ruinas que quedaban del incendio de la ciudad, que se había producido veinte años atrás.

—¿Te has enterado de que Ansgar le ha pedido la mano de Helena al maestro Bohnsack? —inquirió Benno.

—No. —Moritz sintió una punzada en el corazón—. Ni tampoco me importa. —Señaló hacia la estatua, que estaba en la hierba—. Échame una mano.

Colocaron la estatua de la madre en el carro con adrales y juntos subieron por el Camino del Monasterio hacia el taller. Allí Moritz la puso en su sitio y la cubrió.

—¿Te has enterado al menos de que el asesino de las mujeres está muerto? —preguntó Benno, mientras Moritz se cambiaba de ropa y se ponía otra limpia.

—No. —Moritz se metió al cinto un martillo con cabeza de hierro y una daga.

—¿Estás al tanto de algo de lo que pasa a tu alrededor? —Benno frunció el ceño, enojado—. Le ha matado Ansgar. Pero a lo mejor tampoco te has enterado de que el danés ha vuelto a la ciudad.

—Sí, de eso sí me he enterado; vino a verme. —Pese al calor que hacía, Moritz se embozó en su capote gris.

—¿Y no te contó nada?

—No le presté atención. Creo que quería saber cuándo voy a empezar con las prácticas de lucha a espada.

—El asesino de mujeres era un palafrenero del séquito de Gotthart de Saint Leonard. Ansgar lo atrapó cuando estaba a punto de cargarse a la loca.

—¿A Matilde? —Moritz miró asustado a la cara de su amigo—. ¡Pobre mujer!

Hombro con hombro, abandonaron el taller. Moritz se puso la capucha. Mientras tuviera alguna posibilidad de encontrarse con el de la cabeza de toro, no quería bajo ningún concepto ser descubierto por él. Codo con codo, fueron a las obras de la catedral. Por última vez.

—¿Se han cruzado ya alguna vez el de Schwerin y Ansgar? —preguntó Moritz. Disimuladamente, iba mirando hacia todas partes, por si acaso veía a un caballero con una armadura negra y una cabeza de toro en la guerrera.

—Aunque Ansgar vive ahora también en el castillo condal, desde hace unos días el caballero y uno de sus escuderos han desaparecido sin dejar rastro. En el castillo tampoco saben nada de ellos.

—Pues si siguen sin aparecer, tú saldrías perdiendo. Esa cantidad de *pfennig* de plata no la vuelves a ganar así como así. —El viento arremolinó el capote de Moritz, que se ciñó la capucha a la cara.

—Y tú saldrías perdiendo si vuelven a aparecer, porque el de Schwerin no vacilará en darte una buena tunda.

—Que lo intente. —Moritz palpó el martillo y la daga bajo su capote—. Le mataré. —Pasaron por la parte trasera del palacio episcopal. Se iba acercando el ruido de las obras. Moritz volvió a mirar hacia un lado y otro.

—Tienes miedo de él, Sansón; reconócelo.

—Le tengo miedo y le odio. Le mataré.

El viento zumbó por las copas de los tilos, de camino hacia el monasterio. Moritz estaba tan cansado, que apenas podía seguirle el paso a Benno. Iba pensando en Matilde, tan digna de compasión.

—Si de verdad quieres matarle, únete a Ansgar y Lothar —dijo Benno en voz baja—. Te lo aconsejo.

Moritz no contestó. Un carromato cargado de bloques de piedra arenisca pasó rodando a su lado en dirección al Camino Ancho. De los talleres que había entre el puerto del Elba y la grúa de rueda salían los que trabajaban en la catedral a afrontar la nueva mañana. Iban recorriendo la fachada del coro en

dirección a las obras. Moritz reconoció entre ellos a Jakob y al francés con su gigantesco criado.

—¿Qué tal vas con la coraza del de Schwerin?

—Ni siquiera la he empezado. —Benno suspiró e hizo un gesto de contrariedad—. Los ejes y la corona giratoria para el brazo orientable de la vieja grúa de rueda me han tenido muy ocupado. En cuanto esté montado en la grúa el nuevo brazo orientable me pondré con las espadas y la coraza de ese maldito caballero. Como muy tarde, mañana por la noche; eso es al menos lo que tengo planeado.

—Entonces esperaré a que lo termines todo y hasta que el de la cabeza de toro te pague hasta el último *heller* de ese dineral. Lo necesitarás cuando nazca vuestro segundo hijo.

—¿A qué vas a esperar? —Benno miró al más joven de reojo.

—¿Es que no me escuchas? —preguntó Moritz—. Voy a matarle.

Saludaron a la gente de las obras que había junto a la torre septentrional. Dos hombres se montaron en la rueda elevadora de la vieja grúa y empezaron a pedalear. El brazo giratorio rechinó y crujió; a su cable de tracción iba sujeto un tablón lleno de piedras que subía balanceándose hacia la torre. El viento lo meneaba de acá para allá.

Benno lo observó preocupado.

—La vieja viga del mástil ya no está tan firme como debiera. Va siendo hora de cambiarla por otra.

—Yo no sabía que supieras forjar incluso una coraza.

—Yo tampoco —contestó Benno con una sonrisa—. Pero siempre hay una primera vez.

Moritz pensó en el beso que le había estampado a Helena.

—Y siempre hay una última vez. —Se frotó las mejillas y Benno se echó a reír. ¿Le habría adivinado el pensamiento?

El maestro carpintero los adelantó y les hizo una seña para que le siguieran.

—¡El maestro Bohnsack ya está con el arzobispo en el baptisterio! —gritó.

Moritz y Benno tuvieron que apresurarse para seguirle el paso. Moritz se rezagó un poco. El viento le desprendía la capucha de la cabeza rapada. Con un ágil movimiento, se la volvió a encajar en la nuca y las orejas.



Pasando por el taller de los carpinteros, corrieron hacia la pequeña iglesia de San Nicolás. Moritz notaba el cansancio en todo el cuerpo, como si tuviera los huesos de plomo. Los nervios, en cambio, los tenía a flor de piel, y en su cabeza giraba a una velocidad de vértigo una rueda de molino llena de imágenes: la estatua de la madre, el maestro de obras, su hija, el de la cabeza de toro y, de nuevo, la estatua de la madre.

—Me quedaré a tu lado —le susurró Benno, poco antes de entrar tras el maestro carpintero en la pequeña iglesia de planta circular—. Al fin y al cabo, no le has visto desde que te castigó.

—*Castigó...* ¡cómo suena eso! —Moritz hizo una mueca de obstinación mientras inflaba los carrillos—. Me gritó y me golpeó tres veces en la cabeza con el jalón; eso fue todo.

Naturalmente, el maestro de obras le había echado una buena bronca y le había amonestado muy severamente. Había dicho que los vecinos le habían visto a él y a Helena, y también el fraile Rochus. Que en las obras y en el mercado no habían parado de hablar durante varios días del wendo, borracho ya desde por la mañana, y del beso que le había estampado a Helena. Y que, en realidad, él, Bohnsack, debería llevarle ante el Tribunal de Escabinos.

Moritz se había disculpado. Quería ir a ver a Helena para disculparse personalmente ante ella, pero el maestro de obras se lo había prohibido. Que ya le transmitiría él las disculpas de Moritz a Helena, había afirmado con rotundidad.

«Helena...» Moritz tampoco la había visto a ella desde el beso y las bofetadas. «Helena...» Solo de pensar en su nombre, se ponía triste y, al mismo tiempo, contento.

Helena estaba entre su padre y el francés, cuando Moritz la descubrió entre los canónigos, monjes, maestros artesanos y escultores. Además de la abadesa de las cistercienses y la noble devota que en Magdeburgo dirigía la orden de las denominadas beguinas, Helena era la única mujer entre tantos hombres. Ver al francés a su lado contrarió a Moritz. Y tampoco le gustó reconocer tras ella al monje, el fraile Rochus, que aquel día aciago a punto estuvo de liarse a estacazos contra él.

Todos se habían congregado en torno a la pila bautismal para escuchar las

palabras del arzobispo. Benno, Moritz y el maestro carpintero ocupaban la última fila de las aproximadamente veinte personas allí reunidas.

Jakob von Strassburg saludó y guiñó un ojo a Moritz. Este hizo un gesto de asentimiento y luego bajó la cabeza: quería evitar un cruce de miradas con el maestro de obras. O incluso con Helena.

En ese momento, el arzobispo Albrecht estaba contando su viaje; hablaba como un hombre que no podía estar de mejor humor. Su cara estrecha y angulosa, bronceada por el sol de Italia, sonreía continuamente. Un pileolo rojo —un solideo— se asentaba sobre sus grises cabellos y un fajín también rojo ceñía a modo de cinturón su sotana negra. Con la mano izquierda sostenía el báculo pastoral y con la derecha gesticulaba animadamente.

Habló de una misa en la catedral de San Pedro, en la que el nuevo Papa Gregorio había santificado a un monje mendicante llamado Francisco; describió un baño en la laguna de Venecia y el asedio de una ciudad rebelde en Lombardía. Y describió con especial detalle la Dieta imperial de Barletta, donde él, Albrecht, había bendecido personalmente al emperador Federico, antes de que este partiera hacia su Cruzada en el Oriente.

Moritz no sabía lo que era una laguna. El nombre de Venecia le sugería un palacio de oro rodeado por un bosque de tejos, y Barletta le sonaba al nombre de una perra de las que muestran sus habilidades en las funciones de los titiriteros. Guardó los nombres en la memoria y se propuso preguntar por ellos a Matilde. O a Ansgar.

A diferencia de Moritz, los dos sabían leer y escribir. Y también el escultor, que en ese mismo momento se inclinó sonriente sobre el oído de Helena. ¿Es que ese hombre no guardaba respeto al arzobispo? Por alguna razón, Moritz le tenía manía.

El arzobispo siguió contando cosas mientras Moritz observaba a Gotthart y Helena. El francés parecía estar susurrándole algo. Y no poco, pues sus labios no paraban de moverse pegados al pelo castaño rojizo de Helena. Y a ella parecía que no le importaban esos susurros.

Ver a los dos tan juntitos le crispaba los nervios a Moritz. A lo mejor Helena se habría dejado besar por él si supiera leer y escribir como ese francés.

—En la plaza de San Marcos, en Venecia, hemos visto columnas y figuras antiquísimas —contaba el arzobispo—. Y todas eran expolios de un palacio de Constantinopla. —Con el báculo señaló la pila bautismal de color rojo oscuro—. Esta bonita pieza tiene mil años de antigüedad y, en otro tiempo, sirvió como peana de una columna en un palacio romano. Vuelta del revés y consagrada, se utilizó luego, en tiempos del emperador Otón, como pila bautismal de la vieja catedral.

—¿Qué son expolios? —musitó Moritz al oído de Benno.

—Ruinas que todavía se pueden aprovechar de edificios antiguos —susurró Benno.

El arzobispo se volvió a derecha e izquierda indicando con el báculo algunas columnas de mármol y piedra roja que estaban apiladas sobre vigas de madera delante de una capilla lateral.

—Lo mismo ocurre con estas magníficas columnas. Hace más de doscientos años, el emperador Otón las trajo desde Rávena, cruzando los Alpes, hasta aquí, a orillas del Elba. A partir de entonces, en su catedral, los antiguos elementos constructivos paganos sirvieron para venerar a Dios. —Miró a su alrededor, extendió los brazos y sonrió complacido—. ¿Acaso no tuvo una buena idea?

Todos los que se hallaban reunidos junto a la pila bautismal asintieron solícitamente. Todos menos el preposición del cabildo. Wilbrand, el hermano del arzobispo, cambiaba continuamente de postura, paseando la mirada de un lado a otro con cara de aburrimiento. Tampoco asintió el maestro Bohnsack; a Moritz le pareció que estaba impaciente.

—Esta pila bautismal y las columnas rojas son de pórfido rosa —explicó el arzobispo—, una piedra preciosa muy cara, digna de un emperador. En tiempos del antiguo Imperio Romano, se extraía de las canteras egipcias.

Su cara adoptó una expresión solemne, y en tono igualmente solemne continuó:

—Hemos decidido que estos antiquísimos y nobles expolios adornen también pronto nuestra nueva catedral. —Se volvió hacia el maestro de obras—. ¿Qué te parece este plan, maestro Bohnsack?

—¡Una idea magnífica, Su Excelencia Reverendísima! —estalló literalmente

el maestro de obras. A Moritz le pareció que se alegraba de que por fin fuera al grano—. Todo lo que sirva para honrar a Dios, a sus santos y al gran emperador Otón deberíamos llevárnoslo a la arquitectura de la nueva catedral. —El arzobispo asintió satisfecho; su hermano, el prepósito del cabildo, se miró los zapatos y se rascó la nariz.

El maestro Bohnsack desenrolló un rollo de pergamino y lo desplegó encima de la pila bautismal.

—Solo tenemos que planear minuciosamente dónde colocar los expolios de las ruinas del incendio. Ya he reflexionado al respecto y les he adjudicado un posible emplazamiento.

—¿De verdad has dibujado un plano? —El arzobispo Albrecht no salía de su asombro—. ¡Eso es magnífico!

Moritz sabía por el maestro Bohnsack que los planos de construcción solo habían empezado a ser habituales hacía pocos años, al menos al este del Rin. El propio maestro Bohnsack había aprendido a dibujar planos con su maestro de obras francés, en Chartres.

—¡Claro que sí! —dijo el maestro Bohnsack—. ¿Puedo rogaros que echéis un vistazo al nuevo plano de construcción, Su Excelencia Reverendísima?

—Para eso hemos venido.

El canónigo Dietrich sostuvo el plano por un extremo y Gotthart, a quien el maestro Bohnsack hizo una seña para que se acercara, por el otro extremo. El maestro de obras y el arzobispo se inclinaron sobre el pergamino. Maestros artesanos, abades, canónigos, abadesas y el prepósito del cabildo se hacinaron en torno a la pila bautismal.

Moritz se alegró de no tener que seguir viendo al francés al lado de Helena. Como por casualidad, miró hacia Helena... y sus miradas se cruzaron.

Al fin tuvo que separarse de su lado el desvergonzado francés; el padre de Helena le había mandado que se acercara a la pila bautismal para que sostuviera el plano de construcción. Como si se hubiera dado cuenta de lo mal que se sentía ella junto a él. Helena respiró aliviada.

En lugar de escuchar el relato del viaje del arzobispo, el escultor había

estado susurrándole palabras francesas al oído. Frases de un poeta de su tierra, como le explicó a continuación. Y por si fuera poco, luego le había traducido los versos: *Tu aroma a flores me indica a mí, la mariposa, el camino, oh bella rosa. El perfume de tu belleza me resulta embriagador. Ojalá me permitieras posarme en ti y saciarme con tu néctar.*

O algo parecido. Helena resoplaba desesperadamente. Bonitos versos, sin duda. Se miraba las puntas de los zapatos y se mordía los labios. ¡Qué descaro, susurrarle al oído! Y además, en presencia del arzobispo y de tantos religiosos. Helena notó que se iba poniendo furiosa.

¿Acaso ese escultor pretendía hacerle la corte en toda regla? ¿Es que no sabía que el caballero Ansgar acababa de pedirle el día anterior al padre, de nuevo, la mano de su hija? ¿Y que ella le daría el sí casi con total seguridad?

Helena se había encargado de que enseguida se hablara de ello en las obras. Y no mucho después, también en la plaza del mercado. ¡Por todos los santos! ¿Qué quería ese francés de ella? Se propuso cantarle las cuarenta.

Dos profundas inspiraciones y se acabó el enfado. Alzó la vista.

Y miró al wendo a la cara.

Lo vio al otro lado de la vieja pila bautismal, en la última fila, junto al herrero. Apenas lo reconoció, pues ya no llevaba barba. Incluso el cuero cabelludo, parecía haberse rapado. Helena quiso eludir su mirada, pero de repente cayó en la cuenta de que la noche anterior había soñado con él. Con su vigoroso abrazo, con su beso. Tan repentinamente le vino el recuerdo, que se olvidó de apartar la vista.

¡Cómo la miraba! Con timidez y consciente de su culpa. Y, en cierto modo, con tristeza. A uno como él le era completamente ajena la encantadora sonrisa de un Ansgar. Y no digamos ya la jactancia y la sonrisa de satisfacción de un Gotthart. ¿Acaso no era en el fondo un buen chico, ese wendo? Y además, honrado. Y si daba crédito a su padre, incluso un escultor extraordinariamente bueno.

—La pila bautismal tiene que estar aquí. —El arzobispo señaló el plano—. Debe estar a la vista cuando, en su día, se entre a nuestra catedral por la proyectada portada occidental. Únicamente el sacramento del sagrado bautismo justifica la entrada en la catedral de la luz. Y con ella, en la Nueva

Jerusalén. La pila bautismal ha de recordárselo a todos los que entren.

—Entonces propongo colocar las columnas antiguas en el lugar más sagrado de la catedral, Su Excelencia Reverendísima, es decir, donde también reposan los restos del gran emperador Otón. —El maestro de obras señaló el plano—. Aquí. En el coro; concretamente, detrás del altar mayor y delante del lado interior de la girola y del futuro coro alto. Las colocaré en el coro alto, en lugar de estas columnas de aquí. —Dio dos golpecitos con el dedo en el pergamino.

—¡Un plan soberbio! —tomó la palabra el canónigo Dietrich. A Helena le pareció muy entusiasmado, ese hombre que normalmente pasaba tan desapercibido—. Y sobre las dos columnas de pórfido rosa podríamos colocar las dos estatuas que nos va a esculpir el señor Gotthart. La de san Mauricio y la de santa Catalina.

El preósito del cabildo balanceó su pesada cabeza de un lado a otro, como si le costara mucho esfuerzo imaginárselo. El arzobispo, en cambio, alzó la vista hacia la bóveda de la iglesia, se santiguó a modo de aquiescencia y exclamó:

—¡Dios os bendiga!

Helena vio que el wendo sonreía. No estaba mirando mientras sonreía al entusiasmado arzobispo, sino a ella. Helena desvió la vista a toda velocidad; no quería darle falsas expectativas.

Como Ansgar no estaba cerca, dirigió la mirada a Gotthart, que sostenía el plano de construcción haciéndose el interesado. Aunque quizá lo estuviera. ¡Cuánto más noble y elegante era su aspecto exterior que el del wendo! Si no se comportara de una manera tan descarada y no estuviera tan seguro de sí mismo...

Al lado de Gotthart, Moritz era un zoquete y un palurdo, sin duda. Era salvaje e iracundo, carecía de instrucción y no sabía comportarse. Y como todos los wendos, probablemente bebía demasiado vino, incluso cuando no se proponía robarle a alguien un beso. Pero ¿acaso tenía él la culpa de ser así?

No. Había pasado la infancia en un bosque salvaje y se había criado en cautividad. ¡Pobre hijo! Y aun y todo, todavía era capaz de hacer figuras que impresionaban a su padre. Una persona muy peculiar.

—¡Ni hablar! —De repente, junto a la pila bautismal, alzó la voz el preósito del cabildo—. ¿Cuánto te crees que cuesta eso, maestro Bohnsack? —Negó con la cabeza tan porfiadamente, que se le menearon los carrillos y la papada.

—¡Créame, por favor, Su Excelencia; el plan original es demasiado insignificante para la catedral! El transepto ha de ser ampliado, la nave central habría que ensancharla, y el número de arcadas de dicha nave y de las laterales convendría duplicarlo.

El padre de Helena no era de los que renunciaban tan pronto a un plan que previamente había considerado acertado. Ni siquiera cuando se le resistían sacerdotes de la talla del preósito del cabildo. Helena estaba orgullosa de él.

—El maestro Bohnsack no va muy desencaminado —se inmiscuyó el canónigo Dietrich, toqueteando el pergamino con el dedo—. Con arreglo a su nuevo plan, la catedral tendría también más ventanas por las que podría entrar más luz.

—Demasiado caro. —El preósito del cabildo meneó testarudo la cabeza.

—¿Más arcadas y más ventanas? —El arzobispo se inclinó aún más sobre el plano de construcción del padre. Helena no dudaba de que le daría la razón, pero ahora se mostraba pensativo—. ¡Entonces, las proyectadas torres occidentales llegarán hasta donde ahora están el muro oriental y las puertas de San Nicolás!

—Demasiado caro, hermano Albrecht. Ya te lo decía yo.

—Naturalmente, podría pedir al nuevo Papa que emitiera nuevas bulas de indulgencias para la construcción de nuestra catedral. —El arzobispo se incorporó, se apoyó en el báculo con ambas manos y miró a su alrededor—. Como sabréis, ahora ocupa la Santa Sede el conde de Segnia bajo el nombre de Papa Gregorio. Y los más viejos de vosotros tal vez recordéis que, hace veinte años, estuvo presente durante la colocación de la primera piedra de la nueva catedral.

En torno a la pila bautismal, Helena vio cómo asentían algunos viejos canónigos y monjes.

—Por aquel entonces todavía era cardenal —dijo uno.

—Le tiene mucho apego a Magdeburgo —indicó el canónigo Dietrich—. No

nos rechazará la petición.

—¿Y qué hacemos entonces con san Nicolás? —El preósito del cabildo Wilbrand lanzó a su hermano una mirada de perplejidad y, al mismo tiempo, de reproche.

—La derribamos —dijo el maestro Bohnsack, como si la demolición de una iglesia antigua fuera lo más natural del mundo. Helena contuvo la respiración.

Para su asombro, al preósito del cabildo no le dio ningún ataque de ira, sino que ladeó pensativo la cabeza.

—No es mala idea —continuó—. El Camino Ancho es la principal ruta de comercio del norte del Imperio. Desde hace tiempo, me molesta que todos los que pasan por él tengan que ver esa pequeña capilla un tanto deslucida. ¿Qué imagen de Magdeburgo se llevará la gente al resto del mundo?

—¡Y qué imagen de Magdeburgo se llevarán si desde el Camino Ancho se divisa la suntuosa portada de nuestra catedral! —corroboró Dietrich.

Ahora todos dirigieron sus esperanzadas miradas al arzobispo. Albrecht guardó silencio durante un rato.

—Rezaré a Dios por esa idea —dijo finalmente—. Y ahora vayamos a ver las obras.

Él y el maestro Bohnsack, seguidos de todos los demás, se dirigieron hacia la puerta de la iglesia. La multitud se agolpó en la salida. Por un momento, el wendo se encontró al lado de Helena. De nuevo se cruzaron sus miradas. Y esta vez ella no la desvió.

Pero tampoco sonrió. Contempló muy seria su cara bien afeitada. ¿Qué ojos más oscuros tenía, cuánta pasión y tristeza había en ellos! ¿Qué se ocultaría en el corazón que latía en esa ancha caja torácica? Helena notó que ya no podía estar enfadada con él por el beso. La muchedumbre la apartó de Moritz y Benno.

Durante un rato, siguió viendo su cabeza rapada unas filas por delante de ella. De repente, se acordó de los momentos que pasó en aquel horrible castillo delante de la ventana de su mazmorra, y de cómo ella le hablaba de su madre. En esa época, él le había confesado que la escultura que el maestro Bohnsack había salvado de la destrucción era un retrato de su propia madre.

¿Cuánto dolor y cuánta nostalgia tenía que sentir alguien para aprender el



arte de la escultura casi por sí mismo, con el único fin de crear la imagen de su querida madre?

Helena salió a la calle rodeada por la multitud. Una ráfaga de viento ondeó su pelo suelto. Gotthart apareció de nuevo a su lado. Pasando por los fosos de los cimientos, todos siguieron al arzobispo hacia el coro.

Los albañiles saludaban con la mano desde los andamios y desde las zanjas de los cimientos. Algunos proclamaban bienaventuranzas, otros descendían del andamio o salían de la zanja y corrían hacia el arzobispo Albrecht para besar su anillo y recibir su bendición.

Helena notó que Gotthart la observaba.

—Escúchame bien —dijo, mirándole sin miedo a la cara—. Te prohíbo que me hagas declaraciones de amor encubiertas.

—¿He hecho yo eso? —Gotthart intentó sonreír, pero Helena se dio perfectamente cuenta de que se le habían petrificado los rasgos de la cara.

—Oh, sí, ya lo creo que sí. Y en lo sucesivo ya no lo voy a consentir porque estoy prometida con otro hombre. El caballero Ansgar von Lund ha pedido mi mano y, en cuanto mi padre dé su consentimiento, le daré el sí. De modo que en lo sucesivo trátame con cortesía y con la decencia que merece una mujer.

Gotthart se puso pálido, pero no contestó nada. Sin embargo, no se apartó de su lado.

Pasando por los andamios que rodeaban a los nuevos pilares torales, siguieron al arzobispo. Este bendijo a los canteros, a los carpinteros, a los encargados de la rotación de la grúa de rueda y a los mezcladores del mortero, elogió los boceles de los pilares torales y se alegró de cómo avanzaban los muros del transepto y de cómo, día tras día, iba elevándose a las alturas la torre meridional.

También admiró el suntuoso nuevo leccionario de delante del coro. La gran talla de madera sobresalía unos pasos de la pared del coro y llegaba casi hasta el centro del cuadrado que formaban los pilares torales.

Albrecht señaló la entrada meridional del deambulatorio y se volvió hacia su comitiva.

—¡Cómo echaba de menos en Italia nuestra hermosa girola nueva! — exclamó, haciendo una seña a los monjes, canónigos y maestros artesanos para

que le siguieran hasta el deambulatorio.

Allí alabó los soberbios capiteles de las columnas de las arcadas, se asombró ante las capillas absidales y sus ventanas, como si nunca las hubiera visto hasta entonces, y no pudo contener su alegría ante la belleza de la bóveda de crucería pintada de azul y rojo.

A Helena le sorprendió el arzobispo, pues su padre se lo había descrito como un hombre frío y sobrio, como alguien que revestía cargos políticos en el Imperio, siendo incluso margrave de Lombardía, y que libraba guerras. Sin embargo, allí, en medio de la soberbia magnificencia de su catedral en construcción, allí parecía convertirse en un niño entusiasmado que no se cansa de contemplar toda la belleza y excelsitud de la piedra y del precioso colorido.

—¿No es maravilloso? —decía cada tres pasos, y también—: ¡Cómo lo he echado de menos! —Y todos parecían felices de ver tan contento a su arzobispo.

Como el viento soplaba con fuerza entre las arcadas, Helena se ajustó al cuerpo su ondeante vestido. ¿Empezarían ya las tormentas del otoño? Cuando pasaron por la capilla axial de la girola, Helena vio la figura de una mujer acurrucada entre la ventana lateral y el sarcófago de la reina Edith. Estaba pálida, con las mejillas hundidas y unas ojeras muy marcadas. Tenía la nariz amoratada e hinchada.

Helena reconoció a la devota, a quien muchos consideraban una loca y otros una iluminada por el espíritu divino. A ella, Matilde no le desagradaba. Al pasar, la oyó hablar con alguien. Helena no pudo reconocer con quién.

Desde el lado septentrional del deambulatorio, la muchedumbre invadió de nuevo la nueva construcción de la nave transversal. Junto a la torre del norte, que para entonces sobrepasaba en altura a la torre del sur, el arzobispo se detuvo y señaló hacia el coro.

—¡Y ahora explícanos tu plan para el coro alto y la galería episcopal, maestro Bohnsack! —dijo en voz alta.

A su espalda, no muy lejos, giraba la rueda elevadora de la grúa. Una carga de piedras se izaba zarandeada por el fuerte viento. El wendo y el herrero se acercaron a la plataforma, por la que asomaba la viga del mástil con el brazo

orientable. El herrero señaló hacia arriba, hacia el polipasto. Se veía que tenían que hablar de alguna cosa.

Así que Helena se volvió y prestó atención a su padre. El maestro Bohnsack desenrolló de nuevo su plano de construcción ante el arzobispo y el prepósito del cabildo. Llamó otra vez a Gotthart para que sujetara un lado del pergamino. Los maestros artesanos y los religiosos se agolparon en torno al maestro Bohnsack y las dos máximas autoridades eclesiásticas de la ciudad.

—Sugiero que las arcadas que dan al coro las hagamos más pequeñas de lo originalmente previsto. —El padre de Helena señaló hacia el coro alzando la vista—. Para ello construiremos allí arriba, en la parte interior de la galería episcopal, dos pequeñas arcadas encima de cada gran arcada del piso de abajo. —Una fuerte ráfaga de viento revolvió sus grises cabellos y dejó al arzobispo sin el pileolo que le cubría la coronilla.

De repente, sonó un crujido y un chasquido como de madera rota. A espaldas de Helena se alzó un griterío. Alguien la llamó por su nombre. Cuando se dio la vuelta, se quedó petrificada del susto, sin dar crédito a sus ojos: un palé se ladeó; unos bloques de piedra resbalaron; el mástil de la grúa, el brazo orientable y la rueda elevadora volcaron hacia Helena.

## Ángeles

Cerró los ojos para poder retener mejor la imagen de la mujer. Una mujer hermosa: cara estrecha, rasgos nobles, boca grande y grandes ojos de color azul oscuro. Acababa de pasar por la capilla axial con otros muchos, siguiendo al emocionado arzobispo. Matilde había observado muy detenidamente esa cara. La tenía tan presente, que estuvo tentada de estirar la mano y tocar el pelo castaño rojizo que la enmarcaba.

Algo misterioso leyó en esas bellas facciones, algo que la inquietaba: una añoranza, un conflicto interno, unas ansias de vida que se le antojaron peligrosas.

Abrió los ojos y se le borró la imagen. A cambio, le vino a la memoria el nombre de la mujer: Helena. Dietrich la había mencionado una vez, cuando hablaba del nuevo maestro de obras. Y efectivamente, la pelirroja acastañada era su hija.

El ruido se fue alejando. Matilde se levantó y salió de la capilla axial. Con la cabeza echada hacia atrás, se dirigió hacia la salida septentrional de la girola. Matilde sabía que hoy el maestro de obras iba a enseñarle al arzobispo sus planos para el coro alto y la galería episcopal. Y quería estar presente.

De manera que fue paseando desde una capilla del coro hasta la siguiente y contempló los capiteles de sus columnas y las pinturas de los mismos. Ante una columna se detuvo, pues las imágenes del capitel le llegaron al alma; eran escenas del Libro de Daniel: los tres varones en el horno ardiente, Daniel en el foso de los leones. Matilde no se cansaba de contemplarlas.

El rey de Babilonia había metido a los jóvenes en el horno ardiente y los había arrojado al foso de los leones. Dentro del horno había unos ángeles divinos, de modo que ninguna llama quemó a los varones; en el foso de los leones, unos ángeles de Dios apaciguaron a los leones, de tal manera que se volvieron mansos como corderos y se les quitó el hambre de carne humana.

Matilde se detuvo, agachó la cabeza y se puso las manos cruzadas en la frente. Pensó en la horrible noche que había pasado a orillas del Elba y de nuevo se apoderó de ella el miedo. Un calor abrasador le recorrió las extremidades y el pecho.

Qué noche tan espantosa. La noche de su muerte y de su renacimiento. Tan espantosa y con un final tan increíblemente feliz como las historias del horno ardiente o del foso de los leones.

Respiró profundamente, miró hacia la bóveda de crucería y observó los ángeles del horno ardiente y del foso de los leones.

—El caballero Ansgar ha sido mi ángel. Qué ángel más fuerte y más guapo me has enviado. —Una fuerte ráfaga de viento barrió el deambulatorio y abombó su vestido blanco. Retiró de la cara las manos cruzadas y siguió andando.

Fuera, en las obras, se armó un alboroto tremendo. De pronto, temblaron las baldosas de la girola con el rebote de objetos pesados. En algún lugar del deambulatorio se cayó algo. Y luego uno gritó. Y después otro más. Y luego muchos. Matilde aceleró el paso.

¿Por qué gritan de repente ahí fuera, en la nave transversal?

Matilde echó a correr dejando atrás columnas y arcadas, corrió dando saltos bajo la última bóveda y llegó a las obras de la nave transversal. Allí se detuvo sin saber adónde mirar primero.

La vieja rueda elevadora se inclinó, la grúa volcó.

La gente corría hacia todos lados gritando. Unos bloques de piedra cayeron desde un palé que colgaba torcido del brazo orientable. Y cayeron encima de la gente. Y también cayeron las personas. Cuerpos, piedras, vigas de grúa, calandria... todo se derribaba.

Y debajo, como paralizada, la mujer del pelo castaño rojizo, cuyas facciones reflejaban ansias de vivir y añoranza, la hija del maestro de obras.

¿Por qué no huía?

Otros que estaban a su lado retrocedieron, tropezaron y cayeron. Y otros ni siquiera se dieron cuenta de que una pared de madera pesada se estrellaría contra ellos.

Tampoco la hija del maestro de obras.

—¡Helena! —Matilde gritó su nombre—. ¡Apártate, Helena!

Solo entonces se volvió la del pelo castaño rojizo hacia la grúa de rueda que se volcaba.

Matilde vio a uno que corría bajo la pared que estaba a punto de caer. ¿Un ángel? ¡Solo podía ser un ángel! El ángel agarró a Helena y a otro más y se los llevó consigo. El ángel empujó al arzobispo y al maestro de obras, hasta que todos tropezaron y cayeron. Luego cogió una carretilla llena de piedras y la colocó debajo de la rueda que estaba volcándose.

La calandria cayó estrepitosamente cubriendo a todos, incluido el ángel; la tierra temblaba bajo los pies de Matilde. Los mástiles de la grúa y el brazo elevador se estrellaron haciéndose añicos. Contra el suelo y contra los cuerpos de las personas. Entretanto, se levantó una nube de polvo.

Se instaló el silencio. Un silencio mortal que duró un rato largo. Luego, alguien se lamentó. Después, alguien pidió auxilio. Luego, otro gritó como padeciendo fuertes dolores. Matilde oyó gemidos y estertores. Uno daba órdenes a voz en grito, otro llamaba a alguien a gritos por su nombre. Muchos susurraban, algunos lloraban.

Hasta ahora no reaccionó Matilde. Recorrió la zona del accidente dando traspies. Uno yacía junto a la plataforma de la grúa; hacia él se dirigió. A derecha e izquierda yacían otros que no se movían, pero su instinto la llevó hacia el de la plataforma.

Pasó al lado de otros muchos. Saltó vigas, trepó por bloques de piedra, rodeó a personas que se retorcían en el suelo, pero no podía apartar la mirada del que había elegido.

En torno a ella, había hombres que se levantaban y miraban a su alrededor. Muchos gemían, otros se llevaban las manos a sus doloridos huesos. Algunos hablaban entre sí en voz baja, como si temieran despertar a los inconscientes y a los muertos.

—Que Dios se apiade de nosotros —susurró uno—. La vieja grúa de rueda; siempre lo he sabido.

—No ha sido la grúa de rueda, sino el viento —murmuró otro—. Una ráfaga huracanada ha tirado la carga de piedras.

—Yo también lo he visto —susurró el siguiente—. El tablón con los bloques se ha puesto de repente a oscilar como una campana. No ha podido aguantar tanto desequilibrio, el viejo mástil. El balanceo de la carga lo ha derribado.

Matilde se arrodilló junto a un hombre de fuerte complexión. Completamente inmóvil y distendido, parecía que estaba durmiendo. De no ser por la sangre que impregnaba su camisa sin mangas. Y de no ser por la sangre que brillaba en su mandil de cuero. Y por sus ojos abiertos mirando fijamente al cielo.

Matilde le cerró suavemente los párpados.

## Enemigo mortal

*Magdeburgo, septiembre de 1228*

Soplaban ráfagas de un viento cálido. Y tañían las campanas. Al principio, Ansgar no las oyó. Entre las dependencias de extramuros y las caballerizas del castillo condal, llevaba un barril rodando de acá para allá. A cada vuelta, el interior del barril tintineaba, chacoloteaba y emitía una especie de murmullo. Lo llevaba rodando hasta la entrada de las dependencias de extramuros, donde vivían él y Lothar, daba la vuelta y retrocedía con el barril hasta la fachada de un edificio de piedra plano y alargado que albergaba el arsenal y alojaba a los caballos. Cuantas más rondas hacía, más se irritaba por tener que hacer él ese trabajo.

¿Limpiar armas y armaduras? En realidad, esa era la tarea de un escudero. Pero Ansgar seguía teniendo solo uno, pues el joven Moritz prefería picar piedras y tragarse todo el polvillo antes que conseguir la fama de un héroe y conquistar los corazones de las mujeres. ¡Era inconcebible que alguien, pese a su origen humilde, desaprovechara la ocasión de convertirse en un caballero! En lugar de con la espada, prefería agradecer su libertad a Dios con la maceta y el cincel, le había contado el wendo. De manera que a Ansgar no le quedaba más remedio que encargarse él del trabajo de un escudero.

Y es que a Lothar le había enviado al palacio del conde con un encargo demasiado peligroso para hacerlo él mismo. Y mañana, todo lo que llevara el noble caballero Ansgar tenía que estar brillante y reluciente, para que la gente quedara deslumbrada y tuviera que cerrar los ojos. De modo que siguió



haciendo rodar el barril... desde la cuadra hasta la fachada del castillo, y desde la fachada del castillo hasta la cuadra, una y otra vez.

El barril relleno de salvado de avena contenía su cota de malla y las distintas partes de su costosa armadura. Cuanto más tiempo se hiciera rodar de acá para allá esa mezcla de cereal y hierro, más a fondo pulían las cascarillas del grano la coraza y la cota de malla, y mejor engrasadas quedaban las dos cosas por el aceite de la avena. Y, de este modo, se protegía de la herrumbre la vestimenta de caballero.

Ansgar quería hablar al día siguiente con dos señores que le parecían de suma importancia para su carrera: el arzobispo Albrecht y el maestro de obras Bohnsack. Así que tenía que ir hecho un pincel.

En la fachada de una de las dependencias de extramuros, se sentó encima del barril y se enjugó el sudor de la frente. En las postrimerías del verano había empezado a hacer tanto calor como al final del estío. Hacía un viento tan bochornoso, que no refrescaba. Mirando hacia la muralla, Ansgar se preguntó a qué venían tantas campanadas.

Se agachó de nuevo sobre el barril y lo hizo rodar de vuelta hacia la cuadra. En la torre fortificada, junto al arsenal, subió hacia la muralla de defensa. Iba pensando en la reluciente armadura que llevaría mañana cuando le ofreciera sus servicios al arzobispo y le exigiera una respuesta al maestro de obras. De uno esperaba obtener ingresos, y del otro a la hija.

¡La dulce Helena!

El primer día, nada más regresar, la había visitado. Y había hablado con ella en presencia de ese sacerdote tan silencioso. De buenas a primeras, le había preguntado si le quería o no. La respuesta de ella había sido que su padre tenía que dar el consentimiento. Si no hubiera estado presente ese fraile — presumiblemente, su confesor—, Helena le habría dado el sí besándole en la boca; de eso no dudaba Ansgar ni por un momento.

Una ráfaga de viento enmarañó su rubio cabello. Se apoyó entre dos almenas y miró hacia la Ciudad Nueva. En las dos iglesias repicaban las campanas, en la de San Pedro y en la de Santiago.

Dirigió la mirada hacia el otro lado de la muralla de la ciudad, hacia el casco antiguo de la misma. Desde allí atronaban las campanadas como en

Navidad o en la Pascua. Ansgar estaba desconcertado. ¿Qué diantre estaba ocurriendo en Magdeburgo?

En ninguna parte vislumbró humaredas de algún incendio. ¿Acaso se acercaba algún ejército enemigo? ¿O habrían vuelto a elegir a un nuevo Papa?

Algo había pasado.

Ansgar se bajó de la muralla. Personalmente, no tenía nada que objetar a una guerra. Así podría demostrarle de una vez al arzobispo lo feliz que debía sentirse por contar con un caballero como él entre sus filas.

Ansgar von Lund ya no quería seguir sirviendo al burgrave Burchard. Había oído que Botho von Schwerin estaba en la ciudad y le había ofrecido a Burchard sus servicios militares. ¡Completamente descartado cabalgar en el mismo ejército que el de Schwerin y vivir entre los muros del mismo castillo!

Desde su victoria en el torneo de Praga, Botho era su enemigo mortal; en eso, Ansgar no se andaba con chiquitas. No le apetecía ni pizca volver a encontrarse con ese caballero en Magdeburgo cuando menos lo esperara.

Siguió haciendo rodar el barril con su armadura entre las caballerizas y las dependencias de extramuros. Las campanas no paraban de sonar. En la entrada al interior del castillo, se abrió una puerta. Ansgar alzó la vista: Lothar regresaba. El caballero se sentó en el barril y miró hacia su escudero.

—¿Tú sabes por qué tocan las campanas? —le preguntó.

—¡No! —gritó Lothar desde lejos—. Pero traigo buenas noticias. Pronto habrá guerra. Los margraves de Brandeburgo quieren invadir la archidiócesis.

—¿Cuándo?

Lothar se detuvo ante él.

—Quizás este mismo otoño, tal vez la próxima primavera: eso no lo sabía ni el de Schwerin.

En el palacio del burgrave, Lothar se había escondido en una estancia que lindaba con la sala de los caballeros. Llevaban días sin ver a Botho von Schwerin en la ciudad... hasta esta mañana. Al parecer, el de Schwerin había vuelto a aparecer y había sido invitado por el burgrave a una entrevista en la sala de los caballeros.

Ansgar le había ordenado a Lothar que espicara el encuentro de los dos señores. Quería saber qué era exactamente lo que le traía por Magdeburgo al

peligroso Botho von Schwerin.

—¿Dónde se ha metido estos días el de la cabeza de toro?

—En Quedlinburg, supuestamente. Dicen que en el monasterio de esa ciudad entregaron una misiva de su conde.

—¿Lo pones en duda?

—¡Pues claro que sí! —Lothar asintió enérgicamente—. ¿Por qué no se llevó consigo a su segundo escudero? ¿Por qué este no tenía ni idea de dónde se había metido su caballero? Le ha buscado por todas partes.

—¿Ha preguntado el de la cabeza de toro por mí?

—Sí, lo ha hecho. —Lothar arqueó las cejas y arrugó la frente—. Quería saber cuántos escuderos tenéis y en qué ala del castillo os alojáis. —Durante unos segundos, se miraron en silencio a los ojos—. El de Schwerin busca venganza —continuó por fin Lothar—. Si me lo preguntáis, señor Ansgar, lo que le ha traído por Magdeburgo es la sed de venganza, y nada más. La misiva del conde de Schwerin podría haberla enviado perfectamente otra persona.

A Ansgar se le ensombreció la cara.

—¿Venganza por haber perdido en una justa? —Negó con la cabeza en un gesto de incredulidad—. ¡Eso no te lo crees ni tú, muchacho!

—No lo hago, señor Ansgar. Creo que sobre todo quiere vengar al comandante wendo, ese tal Slawomir von Rügen. En la herrería se refirió a él como «su amigo» y preguntó por el esclavo de este, por Moritz.

Ansgar contempló sus nervudas manos. En la frente le salieron arrugas de preocupación. Aún recordaba la lucha encarnizada en aquel bosque invernal, a orillas del Saale. Y la saña con la que el wendo había arremetido contra el caballero de Rügen hasta estrangularle. «Era uno de los asesinos que me robaron a la familia», le había contado Moritz de camino a Magdeburgo.

—¿Por qué iba a saber el de la cabeza de toro que matamos a su compañero de armas y a sus hombres? —preguntó. Lothar se limitó a encogerse de hombros—. ¿Y sigue decidido a cabalgar en el futuro bajo la bandera del burgrave?

—Eso me ha parecido entender.

—Vaya, hombre. —Ansgar percibió de nuevo el tañido de las campanas—. Tenemos que ser precavidos, Lothar. Abre bien los ojos y aguza el oído.

—Por lo menos, el arzobispo irá pronto a la guerra. —Lothar se frotó las manos.

Ansgar se levantó del barril.

—Ocúpate de la armadura y de la cota de malla. Voy a la ciudad. Quiero saber por qué tocan a rebato.

Fue a la cuadra, ensilló él mismo su blanca yegua y cogió la espada y la guerrera. Montado a caballo, pasó junto a Lothar, que estaba haciendo rodar el barril, recorrió el tramo que había entre extramuros y la muralla de defensa, en dirección al puente levadizo. Allí saludó a los centinelas de las torres del portón.

—¿Sabéis por qué tocan las campanas?

—Ha debido de ocurrir una desgracia en la Libertad Catedralicia. —Los piqueros del burgrave levantaron el portón y bajaron el puente levadizo.

El tintineo y el chirrido de las pesadas cadenas del puente acalló el ruido atronador de las campanas. De repente, Ansgar oyó ruido de cascos a su espalda. Tres jinetes detuvieron a sus caballos junto a él. Por encima de ellos ondeaba la bandera con la cabeza de toro.

Ansgar se volvió y se topó con una mirada hostil. Esa mirada fría y centelleante procedía de una cara estrecha y huesuda cuya nariz tenía cicatrices de varias roturas. Aunque Botho von Schwerin era solo algo mayor que él, tenía ya algunos mechones plateados en su larga y rizada melena pelirroja y en su hirsuta barba.

Los dos se miraron a los ojos en silencio. Ninguno quería eludir la mirada del otro. El puente levadizo se asentó con un ruido sordo en la otra orilla del foso del castillo.

—Me alegro de volver a verte, Ansgar von Lund —rompió el silencio el de Schwerin—; incluso me alegro mucho. —Sonó como una amenaza; la voz le temblaba de frío. Ansgar no respondió nada—. ¿Tú qué opinas, Ansgar? —continuó el de la cabeza de toro—. ¿Puede un esclavo maniatado matar a siete hombres armados sin la ayuda de nadie? —Ansgar permaneció en silencio—. Dímelo. Siete hombres armados. Dos caballeros y cinco escuderos. Un solo esclavo maniatado y sin ayuda. ¿Puede o no puede hacerlo? Me gustaría oír la opinión de un caballero con experiencia.

—No sé de qué me hablas, Botho von Schwerin.

—Sabes muy bien de qué estoy hablando. —Una sonrisa repelente desfiguró el rostro de Botho, que adoptó una mueca aborrecible—. Lo sabes perfectamente. —Arreó a su caballo. Sus dos escuderos le siguieron hacia el puente levadizo. Allí se volvió de nuevo el de Schwerin—. Pronto nos encontraremos, calculo yo. Y entonces hablaremos con tranquilidad, Ansgar. De caballero a caballero.

Ansgar los vio alejarse, hasta que la bandera del toro desapareció entre las ruinas y los edificios nuevos del sur de la ciudad. «Nos encontraremos»: eso era una clara amenaza. «De caballero a caballero»: eso era casi un desafío.

Ansgar pasó por debajo del portón y cruzó el foso del castillo. No se hacía ilusiones: el próximo duelo con Botho era inminente. E inevitable. No tenía nada que objetar. A quien había vencido una vez, volvería a tirarle del caballo por segunda vez. Y cuanto antes se decidiera el asunto, mejor.

De todas maneras, tenía que avisar al herrero. Y a Moritz. Los dos amigos eran fuertes —el wendo incluso tan fuerte, que entre ellos ya le llamaban Sansón—, pero ninguno de los dos tenía experiencia en la lucha a espada. Ansgar decidió enseñarles a los dos a manejar la espada y el escudo.

En la Krökentor había un tumulto de gente. Verduleras, artesanos, campesinos y centinelas charlaban con gran alboroto.

—¿Qué pasa? —preguntó Ansgar—. ¿Por qué suenan las campanas?

—¡Un accidente! —Una mujer se llevó las manos a la cara—. ¡En las obras de la catedral! —Otros se tiraban del pelo.

—La grúa de rueda se ha caído —le explicó un cantero—. Dicen que ha matado a muchos.

—También al arzobispo lo ha sepultado la rueda elevadora. —Una lavandera no paraba de santiguarse—. ¡Y al nuevo maestro de obras y a su hija!

*¡No!*

Ansgar se quedó pálido como la cera. Arreó a su yegua y bajó a galope por el Camino Ancho hasta la Libertad Catedralicia.

El corazón le latía apresuradamente, los accesos de tos la atormentaban. Quiso incorporarse y dio con la cabeza contra una viga de madera. Hacia delante le cerraban el paso trozos de madera y cuerpos de personas. Algunos se movían, otros yacían completamente inertes. Helena siguió a uno que iba avanzando. Le siguió atravesando polvo, escombros y restos de madera. Cada vez que le daba la tos, escupía polvo y lascas de piedra.

«Respiro —pensó—, luego aún estoy viva.»

Alguien la cogió de la mano, la sacó del armazón de madera y la ayudó a ponerse de pie. El fraile Rochus. La abrazó con fuerza. ¿Estaba llorando el sacerdote? El corazón de Helena palpitaba como si se hubiera vuelto loco; le faltaba el aliento, y dentro de su cabeza parecía que zumbaba un enjambre de abejas.

Por encima del hombro del fraile Rochus contempló las ruinas y a la gente que había tumbada por todas partes: unos se retorcían y otros pedían socorro. La calandria rota y algunas piezas de la viga de la grúa se apilaban de cualquier manera sobre montones de piedras. La gente salía a gatas de allí abajo, y casi en el centro de la calandria, entre bloques de piedra, descubrió la cabeza rapada y llena de sangre del cantero wendo.

Helena tiritaba. Ahora el enjambre de abejas le producía un hormigueo en las extremidades, y a sus oídos taponados solo llegaba algo parecido al rumor de una cascada. De todo el zumbido de su cabeza solo extrajo una idea clara: «¿Dónde está mi padre?» Apartó al monje de su lado y, en medio del caos, se puso a buscar a su padre con la mirada.

El fraile Rochus señaló hacia el pilar toral de delante; allí, su padre y el preósito del cabildo ayudaban a ponerse de pie al arzobispo Albrecht, que tenía el pelo y la cara ensangrentados.

El padre se acercó corriendo a ella; cojeaba.

—¡Estás viva! ¡Demos gracias al Todopoderoso! —A través del zumbido, su voz llegaba a oídos de Helena como de muy lejos. El padre le palpó los brazos y le acarició la cabeza y la espalda—. ¿No estás herida? —La abrazó y la besó—. ¡Gracias, Dios Todopoderoso! Ve al convento de las beguinas. —El padre la empujó un poco. Cuéntales lo que ha pasado a esas devotas mujeres. Diles que vengan, que hacen mucha falta para echarnos una mano. —Agarró al

fraile por el hábito—. Ven conmigo, Rochus.

Fueron rápidamente donde la gente sangraba, se retorció y pedía auxilio.

Helena dio media vuelta y echó a andar. Pasó por la torre, atravesó la multitud que se agolpaba, siguió a lo largo del absidiolo, dejó atrás el taller y la nueva grúa de rueda y, por el Camino del Monasterio, se dirigió hacia el portón del puente. ¿Sabía adónde iba? El hormigueo le recorría las extremidades, hasta llegar a la punta de los dedos de los pies.

¿Qué puente era ese sobre cuyos tablones arrastraba las piernas que tanto le pesaban? Ráfagas de viento enmarañaban sus cabellos. ¿Cómo llamaban al río que, a sus pies, se bifurcaba en dos brazos? ¿O eran dos ríos?

El zumbido en los oídos le impedía pensar con claridad. Ahora se le propagó por todo el cuerpo... hasta que le entraron náuseas. Se detuvo, se inclinó sobre la barandilla del puente y vomitó. Todo le daba vueltas: los brazos del río, el islote, el puente, el cielo, el talud de las orillas. En la ciudad atronaban las campanas.

Más tarde, se encontró sentada muy cerca del río, en la alta hierba. No sabía que estaba en la orilla occidental del Elba. El sol atravesaba ya su cénit. Helena no sabía cómo había ido a parar al talud del río. Se dejó caer de espaldas y contempló el cielo. El paso de las nubes apaciguó un poco su atribulada alma.

En algún momento se levantó y caminó con inseguridad río arriba, a lo largo de la orilla del Elba. Poco a poco fue adquiriendo conciencia de lo que había sucedido.

—Podría estar muerta, madre —murmuró—; y padre también podría estar muerto. Sin embargo, seguimos con vida. —De alguna parte, uno la llamó por su nombre—. Dios nos ha salvado. El wendo nos ha salvado, Moritz.

—¡Helena!

Esta se detuvo, se volvió hacia quien la llamaba y se asustó al ver en la otra orilla lo lejos que quedaban las torres y las murallas de la ciudad.

Un hombre descendió por el talud de la orilla y le hizo señas con la mano.

—¡Helena, estás ahí! ¡Al fin! —Una larga cabellera rubia ondeaba tras él—. ¡Te he buscado por todas partes!

—Es el caballero Ansgar, madre. Me ha buscado por todas partes.

Helena se arrojó en sus brazos, enterró la cara en su pecho y, por fin, se desahogó del tremendo susto que se había llevado llorando a lágrima viva.

Dejó que la abrazara, que la sentara en la hierba, que la acariciara y que le besara las lágrimas de la cara y de los labios. Su corazón empezó a latir más despacio, respiraba con mayor regularidad, el hormigueo de las extremidades cesó y pronto dejaron de zumbarle también los oídos. Las lágrimas de Helena se secaron.

Ansgar le susurró cosas bonitas al oído: que todo iría bien y que daba gracias a Dios por verla ilesa y aún con vida. Y Helena susurró:

—Cómo me alegro de que estés aquí.

Era bonito estar tumbados tan juntos en la hierba, reposar tan segura en los fuertes brazos de Ansgar. Le hacía tanto bien oír su voz... Helena estaba infinitamente agradecida por no tener que estar sola después del susto. Se sentía protegida y arropada por el calor de su abrazo.

En algún momento, Ansgar se incorporó.

—Ven, vamos a bañarnos. Eso te ayudará a despejarte. —Sus ojos azules emitían un cálido resplandor. Se quitó la ropa.

Helena solo se atrevió a mirarle cuando Ansgar corría hacia el río por la alta hierba. Su figura era delgada y musculosa; tanto sus anchas espaldas como sus muslos lucían una fuerte musculatura, y a cada paso que daba sus músculos se tensaban bajo la blanca piel de sus posaderas. Helena se emocionó tanto, que se asustó y bajó la mirada.

Lentamente se dirigió a la orilla. Solo cuando el agua le llegaba hasta las rodillas, se quitó por la cabeza el vestido, la ropa interior y el blusón, y lo arrojó todo a su espalda, hacia la hierba de la orilla. Rápidamente se zambulló en el agua.

El frescor del agua la espabiló. Pero lo que de repente le ardía en el pecho y en sus entrañas no lo habría podido apagar ni el agua más gélida. Asombrada, se preguntó si no sería esa la emoción que llevaba tantos años añorando.

La cabeza de Ansgar emergió de repente ante ella, y Helena se asustó. Tenía el pelo mojado pegado a la cara y a los hombros. Se echó a reír y la abrazó. Sentir la desnudez de Ansgar contra su propia desnudez extrajo de las profundidades de su alma un torrente de sensaciones.



Los labios de él sellaron su boca abierta por el sobresalto. Y, de repente, sus lenguas se entrelazaron. Nadie le había revelado a Helena lo mucho que una boca puede anhelar otra boca, y una lengua otra lengua. Su madre había muerto demasiado pronto. La corriente los llevaba hacia el islote y hacia la ciudad; el deseo llevaba a Helena hacia los brazos de Ansgar, hacia los besos de Ansgar.

Aún dominada por el deseo, de repente se apoderó de ella el miedo. Imaginó la cara inquisitiva del padre y le entró mala conciencia.

Helena se separó de los labios de Ansgar y se deshizo de su abrazo. Nadó hasta la orilla y salió del Elba. Por la alta hierba de la orilla corrió en busca de su ropa. A su espalda oyó los pasos de Ansgar, la risa de Ansgar, la respiración de Ansgar. Se agachó a recoger el blusón.

Por detrás, Ansgar abrazó su cintura y, entre risas, la tumbó sobre la alta hierba. Sus labios besaron el cuello de Helena, mientras le palpaba los pechos. Helena se resistía sin demasiada convicción. Cuando los labios de Ansgar le besaron los pechos y sus dedos se deslizaron por el vientre, Helena ya no ofreció la menor resistencia. El miedo se desvaneció, la mala conciencia se esfumó. Ahora sus labios recorrían el ombligo de Helena y sus dedos le acariciaban el vientre hasta llegar finalmente a esa parte que ella solo se había tocado a oscuras y con la cara ardiendo.

Helena no habría sabido decir qué le causaba mayor confusión: que él la explorara más profundamente de lo que ella jamás se había atrevido, o que eso fuera exactamente lo que quería y con lo que gozaba. Algo ardía en esas profundidades que palpaban sus delicados dedos, algo que llevaba demasiado tiempo anhelando en vano. Y ahora sencillamente había ocurrido.

«Al fin ha ocurrido, madre —pensó, y al mismo tiempo—: Qué extraño que ahora me acuerde de usted. ¿Ha experimentado también usted algo parecido? ¿Tal vez con el hombre por el que quiso abandonar a mi padre?»

Ansgar se puso a canturrear mientras se incorporaba entre los muslos de Helena.

—Dichoso el día en que te conocí. —La agarró por las caderas y la atrajo hacia él—. Dichoso el día en que te vi por primera vez. —Se inclinó sobre ella.

Y lo que pasó a continuación embargó de tal modo a Helena que temió por su vida. Un torbellino de sensaciones salvajes y vertiginosas le hizo perder la conciencia de sí misma, la llevó con una fuerza irresistible a un reino del que no sabía nada. ¿Era bonito o feo? ¿Quería huir muy lejos o quedarse allí para siempre? ¿Deseaba más de ese cúmulo de placeres o no volver a disfrutarlos nunca?

Un dolor agudo le recorrió de repente todo el cuerpo. Helena se quedó completamente agarrotada; todo el deseo se desvaneció en la nada. Solo quería huir, marcharse lejos de allí... pero ya era demasiado tarde: Ansgar la sujetó por la cabeza y las caderas, y la fuerza con la que derramó su amor en el cuerpo de Helena la dejó sin respiración y casi sin sentido.

Finalmente, cuando se tumbó sobre ella respirando agitadamente y su peso le robó el aire de los pulmones, Helena se echó a llorar. Le volvió el miedo. Y con el miedo, la mala conciencia.

El escultor salió precipitadamente de casa y bajó por el Camino Ancho en dirección a la Ciudad Nueva. A Hubertus le costaba esfuerzo seguirle el paso. Mavra había mandado a su criada llevar una misiva a su pretendiente: que Gotthart fuera a la casa de putas tan pronto como pudiera.

—El de Schwerin —dijo su criado—, el maldito canalla, no cumplirá lo acordado, ya veréis, señor Gotthart.

Probablemente Hubertus tuviera razón. Pero incluso peores noticias no habrían logrado inquietar a Gotthart. ¡No en un día como ese!

Se apresuraron hacia la Krökentor y, desde allí, a las obras de la iglesia de Santa Catalina. La noche se iba cerniendo sobre ellos. Gotthart se sentía ligero y animado. ¿Cuándo había albergado por última vez su pecho tanta alegría y confianza? No lo recordaba.

Ya llevaba casi dos días con ese ánimo tan exaltado: desde el día anterior, cuando Gotthart se había levantado entre bloques de piedra, muertos y heridos, había contemplado la desolación que reinaba a su alrededor y había oído las lamentaciones y los gritos que llegaban de todas partes.

Desde que se miró incrédulo a sí mismo y comprendió que aún respiraba,

que todavía se tenía en pie y podía mover los dedos y los brazos.

Había sobrevivido.

Un par de arañazos en la frente y en la rodilla era lo único que tenía, porque alguien le había empujado al suelo. Por lo demás, nada.

«¡He sobrevivido!»

Ni siquiera el recuerdo del descaro con que la hija del maestro de obras le había puesto en evidencia poco antes del accidente podía enturbiar su buen estado de ánimo. Tampoco los más recientes rumores que corrían por las obras, según los cuales el caballero Ansgar había pedido esa mañana abiertamente la mano de Helena al maestro de obras.

Gotthart sonrió. ¿Y bien? ¿A quien Dios había salvado de las fauces de la muerte, a ese no podía detenerle ninguna damisela por muy obstinada que fuera, y ningún apuesto danés por mucha sangre noble que llevara!

—El de Schwerin seguro que ya está descargando su ira contra las prostitutas —dijo Hubertus—. Ya veréis, señor Gotthart.

—Es muy posible. Vayamos un poco más aprisa.

Doblaron por el Callejón del Gallo. Gotthart no podía dejar de sonreír: ¡Dios le había salvado de las fauces de la muerte! ¿No significaba eso también que Cristo le había perdonado? ¿Que en su día, cuando tocaran las trompas del Juicio Final, Gotthart sería acogido por las Vírgenes Prudentes?

Esa noche estaba casi seguro de que así sería.

A cambio de que la viuda y Hubertus les hubieran curado a él y a su escudero, Botho von Schwerin había prometido perdonar a las prostitutas. Ese era el trato. La razón por la que Gotthart exigía de él ese precio no se la había revelado al caballero.

¡Que se cargara a esa panda de putas pecadoras! En el fondo, a Gotthart le era completamente indiferente. Si acaso, le daría un poco de pena por Mavra. Tal vez. Una sola preocupación le hizo obedecer a la llamada de auxilio de Mavra: aunque solo sobreviviera al acto de venganza del de Schwerin una de las mujeres, seguramente le delataría a él, a Gotthart.

Y eso no podía ser. Sobre todo ahora, cuando toda la ciudad creía que el asesino de mujeres era Wastl, su palafrenero muerto. Nadie debía nunca asociarle a él, Gotthart, con la muerte de la prostituta rubia.

Esperaba o, más bien, estaba seguro de que incluso a la loca que hablaba con Dios, tras el ataque mortal que había sufrido, se le disiparía la sospecha de que él pudiera tener algo que ver con el asunto.

En el patio del burdel había tres caballos, en cuyas gualdrapas Gotthart reconoció la cabeza de toro. En el farolillo situado bajo el gallo de hierro fundido no ardía ninguna tea. Hubertus llamó a la puerta con los nudillos.

«He sobrevivido —pensó Gotthart. No abrió nadie; en la casa no se oía ningún ruido. Fueron por el patio hasta la puerta trasera—. Estoy ileso y he sobrevivido —celebraba Gotthart para sus adentros—. Dios me tiene preparado algo grandioso.»

Bajó la manilla: la puerta del patio no estaba atrancada. Entraron en el burdel.

Desde la escalera, Mavra les hizo una seña. La siguieron al piso de arriba. Allí las llamas de unos candelabros de pared arrojaban una luz tenue. Tras una puerta abierta, Gotthart vio a la rubia platino de Islandia. Maniatada y amordazada, estaba en cuclillas delante de una cama, mirándole con cara de reproche.

—Suéltala —ordenó Gotthart a su criado.

Mavra señaló con la cabeza hacia el fondo del pasillo. Su cara tenía el color de la argamasa vieja. Pasando a su lado, Gotthart se dirigió hacia la última puerta, preguntándose por qué el de Schwerin no habría maniatado y amordazado a Mavra. Tal vez porque sabía que era la favorita de Gotthart.

Detrás de la puerta sonaban latigazos.

—¡Soy yo, Botho! —Gotthart abrió la puerta de golpe, entró en la alcoba del amor y se interpuso entre el de Schwerin y la mujer, tumbada medio desnuda en el suelo—. ¡Quieto, Botho! —Gotthart le sujetó el brazo que empuñaba el látigo—. Acuérdate de lo que hemos pactado.

—¡La voy a matar! —El de Schwerin echaba fuego por los ojos, tenía la cara tan roja como el pelo; la ira le hinchaba las venas de las sienes—. Esta fue la última con la que estuve. —Intentó apartar a Gotthart—. ¡Esta es la que me dio a beber el vino con el veneno!

—¡No lo hagas, Botho! —Gotthart le agarró y lo atrajo hacia sí—. Podrían perjudicarme —le susurró al oído—. Podrían hacerme mucho daño, aunque

solo mates a una de ellas.

—Entonces matemos a todas.

—¡Ni hablar! —Gotthart empujó al de Schwerin hacia la puerta abierta, mientras miraba a su espalda: la medio desnuda se retorció gimiendo en el suelo; le sangraban los cardenales y las heridas. Los escuderos de Botho la sujetaban por los brazos. Las otras dos prostitutas se hallaban maniatadas y amordazadas junto a la cama.

—Escúchame. —Pasando junto a Mavra y Hubertus, Gotthart empujó al energúmeno sanguinario primero hacia el pasillo y luego hacia una de las otras alcobas—. Ya ha recibido suficiente castigo; déjala en paz.

—¡Me la pienso cargar! —Botho quiso soltarse, pero Gotthart le sujetaba con mano firme—. ¡Déjame! —Botho respiraba con dificultad.

—¡Te digo que me escuches! —Gotthart le empujó contra la pared. Por la puerta abierta solo entraba un poco de luz—. ¡Yo te he salvado! Estás en deuda conmigo. —Por fin, el otro dejó de oponer resistencia—. Si matas a una, las otras te llevarán ante el Tribunal de Escabinos. Y a mí también.

—¿A ti por qué?

—Tienen sus motivos; puedes estar seguro.

—¿Y si las matamos a todas?

—Una se salva siempre, créeme. —Gotthart aflojó el agarro al notar que el otro cedía—. La que te dio el veneno padece dolores. Seguirá padeciéndolos durante unos días y, no obstante, estará a tu entera disposición. Aprovecha y disfrútala.

El de Schwerin se dejó llevar de mala gana hasta la cama, donde Gotthart se sentó tirando de él hacia el jergón.

—Yo te proporcionaré una venganza.

A Gotthart le vino una especie de inspiración repentina. La inspiración de un superviviente.

—Te proporcionaré una venganza más dulce que la de la prostituta.

¡Dios le había salvado ayer de las fauces de la muerte! ¡Ya nada sería imposible para él!

En la penumbra, Gotthart pudo distinguir la mirada inquisitiva del de Schwerin.

—¿La venganza de quién? —La luz trémula del pasillo se reflejó en lo blanco de sus ojos.

—Del caballero Von Lund.

Botho le había contado muchas cosas sobre Ansgar. Le había hablado del torneo en el que había resultado vencedor, de la lucha con el conde polaco, de su infancia como rehén y de sus historias de faldas en Italia. El de Schwerin había hecho indagaciones durante varios meses en Milán, en Praga y en el castillo de Rudelsburg. ¡La cantidad de cosas que había podido contarle a Gotthart acerca de Ansgar von Lund! Eso era motivo más que suficiente para hacerle la vida imposible al danés en Magdeburgo.

—Yo le haré caer en una trampa —susurró Gotthart— y tú le liquidarás.

## Misa de acción de gracias

*Magdeburgo, septiembre de 1228*

Los monjes se alzaron en la sillería del coro y entonaron un canto polifónico. Unos escalofríos perlaron la nuca y los hombros de Helena. Cogió la mano de su padre, cuyos dedos se cerraron en torno a los suyos. Poco a poco, la gente que abarrotaba la iglesia de Nuestra Señora fue mezclando su voz con la del coro.

Tres sacerdotes vestidos con casullas subieron cantando los escalones que daban al altar mayor: el arzobispo, el preósito del cabildo y el canónigo Dietrich. Escuchando los cánticos, Helena reconoció un salmo de acción de gracias. Algunas de las palabras latinas que le había enseñado su madre nunca las olvidaría.

Como el arzobispo cojeaba, tenía que apoyarse en su báculo. Su hermano Wilbrand le sujetaba por el codo. A cada escalón que subía el arzobispo, se le resbalaba la manga de la casulla por la venda de la muñeca. Bajo su mitra asomaba el vendaje de la cabeza.

Había sufrido una fuerte caída. Pero seguía vivo. Y no le quedaría ninguna secuela.

A otros sí. Incluso a Helena también. ¿O acaso no fue una consecuencia del accidente lo que había pasado a orillas del Elba? También ella había sangrado. No por el accidente, sino por lo que había ocurrido después junto al río. ¿Acaso la pérdida de la virginidad no era una secuela?

Helena dirigió por tercera vez la mirada hacia las filas de delante. Había

muchos con vendajes en la cabeza y en las extremidades. Algunos llevaban el brazo en cabestrillo, otros se apoyaban en muletas. Y a más de uno le temblaban los hombros de tanto como lloraba.

Para los que lloraban, la misa de acción de gracias, que había convocado el preposición del cabildo por la supervivencia del arzobispo, era una misa de difuntos.

Por tercera vez, Helena constató que el hombre al que todos debían la asistencia a esa misa de acción de gracias —incluidos ella y su padre—, que ese hombre, Moritz, no se hallaba entre la gente que ocupaba las naves de la iglesia. ¿Se habría malherido tanto en su hazaña de rescate? Helena quería darle sin falta las gracias. Y el maestro Bohnsack también.

A lo mejor solo había llegado tarde a misa. Volvió la cabeza y escudriñó las filas de atrás. No, allí tampoco pudo localizar Helena al joven escultor. Desde la desgracia, ocurrida tres días atrás, no le había vuelto a ver. Tal vez fuera motivo de preocupación.

Ansgar ocupaba la primera fila. Al ver Helena su figura y su rubia coleta, se le cortó la respiración. La noche siguiente a lo sucedido no había pegado ojo.

También vio en la primera fila a la mujer que muchos consideraban loca. Y entre el caballero y Matilde había una con la cabeza inclinada que, de tanto llorar, no podía entonar el salmo de acción de gracias. Helena cerró los ojos; no podía mirarla.

El canto de los monjes dominicos lo inundaba todo y envolvía a Helena en un suave y armonioso tejido policromado. ¡Qué alivio le procuraba! Cerró los ojos y se dejó envolver, se dejó llevar...

Hacia Ansgar. Aún en el recuerdo, la abrumaba lo que había ocurrido. ¿Había sido bonito? Sí. ¿Había sido feo? Sí. Hasta el puente del Elba habían vuelto cogidos de la mano. En silencio. Luego habían regresado a la ciudad por caminos distintos. Al anoecer. El fraile Rochus la había esperado en el patio de la iglesia de San Sebastián.

Ahora tenía al fraile a su lado, con los ojos cerrados y moviendo los labios en silencio.

Ayer mismo, Ansgar había pedido por segunda vez a su padre la mano de Helena. El maestro Bohnsack le había dicho que todavía estaba muy afectado



por la horrible desgracia, que aún le dolía la cabeza por el golpe que se había dado contra el pilar toral y que hiciera el favor de volver dentro de una semana para que pudiera pensarlo con tranquilidad.

Realmente, Helena no podía tomarse a mal la respuesta elusiva de su padre. En el fondo, lo agradecía: desde el accidente sus pensamientos también giraban solo en torno a los muertos y los heridos. Y en torno a lo que había ocurrido a orillas del Elba. Sus sentimientos oscilaban entre el alivio y el horror, entre el agradecimiento y la tristeza, entre el miedo y el deseo.

Los besos de Ansgar aún le quemaban en el cuerpo; todavía sentía sus caricias tan claramente como si se las estuviera haciendo en ese mismo momento. Y enseguida le palpitaba el corazón en la garganta. ¿No llamaba la gente a eso «lascivia»? ¿Y no acababa de enterarse de que el Tribunal de Escabinos de Magdeburgo había condenado a muerte el verano pasado a una pareja por algo parecido?

Habían descubierto a los dos en un granero del Callejón del Cuero. Entre la paja. No estaban casados. Lascivia. El verdugo los había decapitado.

El canto de los monjes resonaba en las suntuosas bóvedas de la iglesia monacal. Alguien sollozaba. Helena abrió los ojos. La devota Matilde abrazó a la mujer sollozante con los dos brazos. Otros también empezaron a llorar. Pero nadie con un llanto tan desgarrador como Mónica, que desahogaba su dolor en el pecho de Matilde.

Benno, el herrero, había muerto en el acto. Unos bloques de piedra lo habían aplastado. También hubo un cantero y un albañil que murieron en el lugar del accidente. Y luego, dos días después, un monje, un carpintero y un canónigo. Tres obreros estaban tan gravemente heridos por los bloques de piedra, que por el momento no podían seguir trabajando. El arzobispo había pedido limosnas para las familias de las víctimas, y él mismo les había entregado mucho dinero, así como grano, carne y vino.

Ahora rezaba una oración desde el altar mayor. Helena miró hacia la izquierda. De los ojos cerrados de su padre brotaban lágrimas; movía los labios en silencio. A su lado, Gotthart le hizo un gesto amable y sonrió. Helena apartó rápidamente la vista.

Desde la severa advertencia de Helena, poco antes de la desgracia, el

francés había dejado de decirle palabras lisonjeras y de cortejarla. De todos modos, aún no podía evitar lanzarle sonrisas.

A decir verdad, desde el día del accidente no paraba de sonreír. En realidad, no había nada extraño en ello, pues Gotthart de Saint Leonard también figuraba entre los afortunados que le debían la vida y la integridad física a la sangre fría del escultor wendo.

A Helena le habían descrito una docena de veces los pormenores del accidente. Ella solo había visto cómo volcaban lentamente hacia ella la rueda elevadora y la viga de la grúa. De no ser porque Matilde la llamó por su nombre, ella no se habría vuelto hacia la grúa de rueda.

Según contaba la mayoría de los testigos, una ráfaga de viento había hecho que se tambaleara el palé con la carga de piedras y la grúa de rueda. La carga, después de balancearse de acá para allá, una y otra vez, había tirado tan violentamente del brazo orientable y de la viga del mástil, que esta perdió su amarre a la plataforma de la grúa y volcó junto con la calandria.

Moritz, en cambio —también en esto se mostraban de acuerdo casi todos los testigos—, había echado a correr al primer crujido de la madera de la plataforma y la había agarrado a ella, Helena, y a su padre, empujando al mismo tiempo con tal fuerza al arzobispo Albrecht, al canónigo Dietrich y al escultor Gotthart, que los cinco habían caído al suelo.

Y después Moritz había hecho una cosa que incluso el propio arzobispo no se lo acababa de creer, hasta que todos los testigos oculares se lo confirmaron dos o tres veces: a la velocidad del rayo, Moritz había agarrado los mangos de una carretilla cargada con un montón de bloques de piedra y la había empujado hasta colocarla debajo de la calandria, que ya estaba cayéndose. Y él se había lanzado junto a la carretilla poco antes de que se estrellara la calandria.

La carretilla y su carga de piedras amortiguaron el violento impacto de la pesada calandria, de tal modo que sus vigas, aunque hirieran a alguno —como, por ejemplo, al arzobispo o al propio Moritz—, no llegaron a matar a nadie.

Cada vez que Helena lo pensaba o se lo oía contar a alguien, se estremecía.

Ante el altar mayor, el arzobispo rezó el padrenuestro; alrededor de Helena, los hombres y mujeres que se lo sabían en latín unieron sus voces a la oración.

Helena también rezó.

Después de decir «amén», el coro de dominicos entonó el *Aleluya*. Como un ondeante tapiz de sonidos primorosamente entretejidos, el canto polifónico inundó de nuevo las naves de la iglesia. Helena sintió su corazón profundamente conmovido, pese a que apenas entendía lo que cantaban los monjes. Cerró los ojos para contener las lágrimas.

Un grupo del coro de voces graves y otro de voces agudas iban alternando en la entonación de unas solemnes y melodiosas secuencias musicales, hasta que el canto de los dos grupos se fusionó y, a la manera de una sublime fuente sonora, se alzó hasta las bóvedas de la nave central. A Helena le pareció como si, surgiendo de la nada, se elevara hacia el cielo una catedral compuesta por bellas notas armoniosas. Por último, las voces se condensaron en un *Aleluya* colmado de júbilo y alborozo. Helena se agarró al brazo de su padre y lloró silenciosamente en su hombro.

Poco después, el arzobispo Albrecht impartió la bendición. A continuación, muchos se agolparon en la nave transversal para besar su anillo y ser personalmente bendecidos por él, antes de que abandonara la iglesia monacal a través del claustro. También acudieron Helena y su padre. La multitud abrió un pasillo para permitir que se acercaran primero al arzobispo quienes, por el accidente, se habían quedado viudas y huérfanos. Ansgar y Matilde acompañaron a Mónica hasta Albrecht.

Más tarde, el maestro de obras y Helena, codo con codo, se dejaron empujar por la muchedumbre hasta la portada principal y hasta el Camino del Monasterio. Allí, en un momento dado, apareció Ansgar junto a ellos. El caballero dejó a Mónica en manos de la piadosa Matilde, que quiso acompañarla a casa. La herrería quedaba a un tiro de piedra.

Ansgar se detuvo junto a Helena y su padre. Esta miró la furtiva sonrisa de su cara. A ella, en cambio, no le apetecía nada sonreír. En el fondo, ¿no se había aprovechado él de su debilidad? ¿De su aturdimiento tras el susto del accidente? ¿Y qué pasaría si la hubiera dejado embarazada? Una dolorosa nostalgia se apoderó de ella. Nostalgia de su madre.

El maestro carpintero, el maestro obrero y Jacques se unieron a ellos. Y, poco a poco, también otros trabajadores. Hablaron de los heridos y de las

viudas, calcularon cuánto tiempo haría falta para que estuviera construida una nueva grúa de rueda o un huso accionado mediante una manivela, y quién se encargaría en el futuro de los trabajos de la herrería para la *Bauhütte*. Alguien creía haber oído que Mónica había enviado a un mensajero a orillas del Saale para pedirle a su suegro Nikolaus que fuera a Magdeburgo.

Ansgar no se apartaba ni un momento de Helena. Aseguraba que estaba muy contento de que ella y su padre siguieran con vida y hubieran resultado más o menos ilesos; que el wendo Sansón era un muchacho estupendo y que ahora había que seguir viviendo, y cosas por el estilo. Helena solo le escuchaba a medias.

En algún momento, los religiosos salieron del patio del monasterio.

—¿Dónde está nuestro valiente escultor? —dijo el arzobispo. Alguien había oído que estaba en la herrería, cuidando del niño de pecho—. ¡Pues entonces vayamos allí! —exclamó el arzobispo Albrecht—. Queremos volver a darle las gracias. Con todo el revuelo que se ha armado después del accidente, apenas nos ha dado tiempo.

La multitud le abrió paso para que pudiera ir a la herrería con su séquito. Muchos le siguieron. Entre otros, el maestro Bohnsack, Helena y Ansgar.

De repente, Gotthart de Saint Leonard se plantó delante de ellos y les cerró el paso. Tenía la expresión dura y la mirada de un hombre enojado.

—¿He oído bien, Ansgar von Lund? —Todos se detuvieron—. ¿No te da vergüenza haberle pedido al maestro Bohnsack la mano de su hija? —Al ponerse en jarras, Helena vio que llevaba una espada bajo el capote—. ¿No te importa sacrificar en el ignominioso altar de tu insaciable apetito mujeriego incluso a una joven pura y virgen?

Helena bajó la mirada y tragó saliva. *Una joven pura y virgen*. Al principio, no sabía si el francés estaba gastando alguna broma pesada a su costa. Pero al levantar la cabeza, vio la mirada acechante de su padre y la cara de pocos amigos del caballero danés y cómo Ansgar se llevaba la mano a la empuñadura de su espada.

—¿Se puede saber qué te pasa? —le espetó este.

—Tenéis que perdonarme, señor maestro de obras, y tú también, hermosa damisela. —Gotthart hizo una reverencia ante Helena y ante su padre—. Pero

es mi deber como cristiano advertiros de ese de ahí. —Señaló a Ansgar—. El caballero Von Lund habrá ganado algún torneo y se habrá batido con arrojo en alguna batalla, seguro. Sin embargo, en Praga también tuvo que batirse con un conde polaco que le pilló cometiendo adulterio con su esposa. Como un ladrón tuvo que huir de Moldavia para al menos salvar el pellejo. En Milán poseyó a la prometida de un noble lombardo, en Venecia manchó incluso el lecho nupcial de un conde y en Londres rompió el corazón de una princesa...

—¿Quieres callarte de una vez? —Ansgar desenvainó la espada—. ¡Maldito lameplatos! —Hizo amago de lanzarse sobre Gotthart, pero el maestro albañil, Jacques y dos canteros lo sujetaron. Helena se quedó como si se hubiera convertido en un témpano.

—Lo siento mucho, preciada damisela y respetado maestro de obras. —De nuevo Gotthart hizo una reverencia—. No me resulta fácil hablar sin tapujos de los pecados de este caballero, pero lo he hecho para advertiros. Es preferible un final con sobresalto que un sobresalto sin fin. Porque eso sería un matrimonio con este hombre tan mujeriego, creedme... un sobresalto sin fin.

Después de otra inclinación, dio media vuelta y se unió a la gente que seguía al arzobispo.

—¡Has ensuciado mi honor! —le gritó Ansgar a su espalda—. ¡Exijo un desagravio! —Y volviéndose hacia Helena, añadió—: ¡No le creas, querida Helena! ¡Ni una palabra de lo que ha dicho es verdad!

Dicho lo cual, dio media vuelta y corrió en busca de su corcel. Su escudero a duras penas pudo darle alcance.

Primero sumergió la punta de un pañuelo en un tarro de miel, luego en un vaso de vino y después en la boquita abierta del niño de pecho, que no paraba de berrear. Los labios y la mandíbula de la criatura, de apenas siete meses, se cerraron en torno al dulce y húmedo gurrúño. El niño enmudeció y se puso a succionar con los ojos abiertos de par en par.

Moritz se respaldó en su silla y meció la cuna mientras escuchaba el chupeteo. Cerró los ojos: al fin, unos segundos de tranquilidad.

Ante la puerta de entrada, *Lupo* estaba tumbado, aullando. ¿Esperaría el

perro lobo a Benno? ¿O estaría esperando a Mónica, igual que Nikolaus? Benno ya no traspasaría nunca más esa puerta. Ninguna puerta. Estaba en el cielo. O en el infierno. O en el purgatorio. ¿Habría puertas en esos sitios tan inimaginables?

Moritz también estaba esperando a que llegara Mónica. Había sido muy bonito estar a solas con el lactante, pero ya tenía suficiente. Cuidar a un niño pequeño era más agotador de lo que creía. Se quedó atento para ver si oía voces y pasos fuera, en el Camino del Monasterio.

El pequeño escupió el pico del pañuelo y empezó otra vez a berrear. Moritz se inclinó sobre la cuna, cogió el pañuelo y repitió toda la operación: tarro de miel, vaso de vino, boca del niño. Y de nuevo los chasquidos y el chupeteo, y la tranquilidad.

Junto a la puerta, *Lupo* se levantó. Dejó de dar aullidos y empezó a ladrar: un ladrido áspero, grave y leal. Y por fin se oyeron voces y pasos en el Camino del Monasterio. Moritz se levantó, fue a la puerta y la abrió. El perro lobo saltó a la calle y, meneando el rabo y ladrando de alegría, salió corriendo al encuentro de Mónica y Matilde.

—¿Está dormido? —preguntó Matilde, cuando entró en casa y pasó al lado de Moritz.

Estaba pálida, con las mejillas hundidas y con cara de haber llorado mucho. Moritz pegó la oreja a la cuna: ni chasquidos, ni chupeteos, ni lametones. Efectivamente, el niño de pecho dormía.

Mónica abrazó y besó a Moritz, y Moritz abrazó a Matilde. A continuación, salió por la puerta y fue corriendo al taller.

Allí desarrolló la estatua de su madre, echó un vistazo al dibujo y al modelo, colocó la gradina en los labios de piedra y empezó a tallar su sonrisa. Sabía perfectamente cómo sonreiría cuando la terminara. Le faltaban veinte días o, como mucho, veinticinco.

A Moritz le dolían el cuello, la espalda y la corva de la rodilla derecha. A pesar de los dos montones de piedra, le habían alcanzado varios trozos de madera. Tenía una herida alargada en su rapado cuero cabelludo que todavía le escocía un poco. Nada grave. Un anciano monje del monasterio de Berge se la había suturado.

Con sumo cuidado iba tallando en la cara de la madre esa sonrisa que tan a menudo le venía a la memoria. Cada vez iba quedando mejor. Enseguida se concentró por completo en su trabajo.

Desde las ventanas occidentales que daban al Camino del Monasterio, se oyó un bullicio de voces y el ruido de unos pasos. La gente regresaba de la misa de acción de gracias. Moritz no hizo ni caso. Él no tenía nada que agradecer: Benno estaba muerto.

Miró el dibujo y el modelo, aplicó el cincel dentado al hoyuelo de la barbilla y martilleó con tanto cuidado como si únicamente quisiera rascar de la piedra la cagada de una mosca.

Alguien abrió la puerta del taller y dijo:

—¡Aquí está! ¡Está trabajando! —La voz del de Estrasburgo.

Moritz dejó la almádena y la gradina y miró hacia la puerta. ¿Qué quería toda esa gente? Jacques, que iba en cabeza, hizo una seña a un hombre que cojeaba tras él. Uno con un tocado alto y puntiagudo, la mitra, y un báculo. ¡El arzobispo Albrecht! Moritz no daba crédito a sus ojos.

Y el prepósito del cabildo Wilbrand y el canónigo Dietrich, y Helena, Gotthart y el maestro Bohnsack y todos los obreros y los ciudadanos de Magdeburgo... ¿Qué se les había perdido a todos ellos en el taller?

Con la gradina en la mano izquierda y la maceta en la derecha, Moritz se quedó como si hubiera echado raíces delante de la estatua de su madre. El arzobispo adelantó cojeando a Jacques y se dirigió hacia él. Le dejó el báculo pastoral a Wilbrand, cogió a Moritz por las muñecas y le miró a los ojos.

Moritz no entendía lo que estaba pasando allí.

—Salvo por unos pocos arañosos y esguinces —dijo el arzobispo, en cierto modo, conmovido—, nos hemos salvado. Y la herramienta con la que el Todopoderoso nos ha salvado y protegido has sido tú, cantero. —El arzobispo Albrecht le tendió la mano a Moritz con el anillo episcopal—. ¡Qué valiente fuiste! ¡Qué fuerte! Te damos las gracias.

Para no cometer ninguna equivocación, Moritz le besó el anillo. Y mientras lo hacía, Albrecht le puso la mano en la nuca y murmuró unas cuantas palabras en latín. ¿Sería una bendición?

Acto seguido, como imágenes de un sueño, fueron apareciendo todos ante su

atónita mirada: Dietrich von Dobin le estrechó la mano y le dio las gracias; Wilbrand von Käfernburg incluso inclinó un poco su pesada cabeza en señal de agradecimiento; Moritz no sabía por qué; Helena le cogió la mano, se la apretó, movió los labios en silencio y, sin motivo aparente, derramó un par de lágrimas; y el maestro Bohnsack, con una mirada extrañamente enfurruñada que asomaba por su sobretodo azul, le estrechó la mano y le dio las gracias con un susurro.

Incluso el francés Gotthart de Saint Leonard, normalmente tan reservado, le dio un breve apretón de manos y farfulló una palabra en francés, antes de retirarse al banco de trabajo junto al arzobispo.

Poco a poco, Moritz fue comprendiendo por qué habían ido todas esas personas a verle al taller. Y como de pura timidez no sabía adónde mirar, fue a dar con los ojos de Helena. ¡Qué guapa era! ¡Y cómo sonreía de agradecimiento! Ya no había ningún reproche en su mirada, ni rastro de desprecio. Una agradable sensación de felicidad recorrió el cuerpo de Moritz.

—Pero ¿qué es esto? —oyó exclamar al arzobispo—. ¿Qué es lo que estoy viendo? —Apoyado en su cayado, Albrecht miraba embelesado la estatua de la madre—. ¡Así es como me imagino yo a santa Catalina! Solo le faltan la corona, la espada y la rueda.

«Mi madre no se llamaba Catalina», tenía Moritz en la punta de la lengua, pero de sus labios no salieron las palabras. Notó que Helena seguía mirándole.

—¡Un bello trabajo! —exclamó el arzobispo—. Mira, hermano Dietrich. ¿No te parece a ti lo mismo?

Enseguida se congregaron los religiosos en torno a la estatua de la madre: el arzobispo, el preósito del cabildo, el canónigo y algunos monjes de los dominicos. También Gotthart de Saint Leonard contempló la escultura... con el ceño fruncido y una mirada de desdén.

—Santa Catalina era la hija de un rey egipcio —le susurró el maestro Bohnsack a Moritz al oído—. Por eso se la solía representar con corona y espada. Y la rueda recordaba el tipo de martirio que padeció.

Moritz le escuchó, pero no le entendió. ¿Qué querían los sacerdotes de la estatua de su madre?



—¿Quién ha esculpido esta hermosa figura? —preguntó Dietrich von Dobin. Y el arzobispo se volvió hacia el maestro Bohnsack y también quiso saberlo:

—¿Quién?

—Moritz von Schwerin —dijo el maestro de obras, y a Moritz le extrañó su nuevo nombre—. Lleva años trabajando en ella. —El maestro Bohnsack se acercó a él y le echó el brazo por el hombro. Moritz no sabía dónde meterse.

También el arzobispo se acercó a él.

—¿Tú? —Moritz asintió con la cabeza—. ¿Sabes que san Mauricio y santa Catalina son los santos titulares de nuestra nueva catedral? —Moritz asintió—. ¿Sabes también que los dos, esculpidos en piedra, ocuparán un lugar destacado en la catedral? —Moritz asintió. Su mirada se cruzó con la del escultor parisino. Gotthart de Saint Leonard le acechó con una mueca hostil. ¿Qué estaba pasando allí?

El arzobispo asimismo asintió con la cabeza, solo que más lentamente. Al mismo tiempo, miraba la cara de Moritz como si la estuviera estudiando con detenimiento. Por último, se volvió y se acercó de nuevo a la estatua de la madre.

Se quedó contemplándola un buen rato, un rato muy largo.

—¿Qué opinas, hermano Dietrich? ¿Es esta nuestra santa Catalina o no lo es?

—Es mi madre —musitó Moritz—. No la vendo.

—Lo es, efectivamente —respondió Dietrich von Dobin al arzobispo.

—Lo es —dijo también el preósito del cabildo Wilbrand, a quien nadie le había preguntado—. Solo le faltan la espada, la corona y la rueda.

La mano del maestro Bohnsack se aferró al hombro de Moritz. Atrajo hacia sí al escultor y le dio un leve apretón.

—Eso tiene fácil remedio —afirmó.

—Por supuesto que lo tiene —indicó también Jacques von Strassburg.

Con el rabillo del ojo, Moritz vio cómo Gotthart de Saint Leonard abría la boca como si quisiera gritar. El francés se había quedado de repente pálido como la ceniza, y con una mirada extrañamente fría.

—Dios, en su misericordia, te ha concedido que nos esculpas la estatua de

Santa Catalina —aseguró el arzobispo, volviéndose de nuevo hacia Moritz—. También te concederá que nos talles en la piedra a san Mauricio.

## La feria del Señor

*Magdeburgo, 22 de septiembre de 1228*

Ansgar detuvo a su blanca yegua delante del patio de la iglesia. Espió por encima del muro del patio. Unas gallinas escarbaban en el estiércol. Delante del establo, dos cerdos se revolcaban en los restos de fango de un charco. Debajo de un membrillero pastaba una cabra. Encima de la leñera, al lado de la puerta de entrada, dormitaba un gato.

Tal vez Helena abriera en ese momento la puerta, quizá saliera ahora mismo de la casa.

Una esperanza sin sentido. Ansgar arreó a su yegua y volvió grupas.

Helena participaba en una de las tres procesiones que, en ese día de fiesta, recorrían de arriba abajo Magdeburgo y los pueblos circundantes. Ansgar llevó a *Fee* hacia la iglesia de San Sebastián. Miles de personas iban a esas horas en pos de toda clase de reliquias: tras la placa craneal de san Mauricio, tras el dedo de santa Catalina, tras el brazo de san Vital.

Por esa razón, entre otras cosas, reinaba tanta tranquilidad en la ciudad. Ansgar se apeó de la silla de montar y ató su yegua al rollo de madera que había en el lado sur de la iglesia. Por eso había elegido también esa hora para confesarse; así no tendría que esperar ante el confesonario.

El reloj de la torre dio la hora; Ansgar escuchó las campanadas. Las dos. Todavía faltaban siete horas. Ansgar llevaba ya puesta la cota de malla y los guardabrazos.

Entró en la iglesia. Una anciana estaba arrodillada en la nave central;

Ansgar la oyó bisbisear. Entre las columnas de las naves laterales había dos mujeres jóvenes. Una de ellas, vestida toda de blanco y con el cabello negro azulado, parecía una mora. De pie y con los ojos cerrados, estaba como petrificada. La otra llevaba en brazos a un niño muy pequeño y rezaba en voz alta. Por lo demás, no había un alma en la iglesia, excepto un sacerdote, invisible en algún confesonario. Eso esperaba al menos Ansgar. Y naturalmente, tampoco había colas delante de los confesonarios.

Después de la fiesta, que tendría lugar dentro de una semana, la cosa cambiaría por completo, pues durante siete días las borracheras y el ambiente festivo proporcionarían numerosas ocasiones de cometer un pecado tras otro.

Justo en el primer confesonario, Ansgar descubrió la silueta de un hombre tras la rejilla. Se arrodilló en el estrecho escalón. El confesor le recibió con las habituales palabras, a las que Ansgar respondió con las habituales palabras. Y luego se confesó.

En la caballería del Imperio se consideraba una buena costumbre comulgar y confesarse antes de partir a una batalla o a un torneo. O a un duelo.

La sagrada comunión ya la había recibido Ansgar el día anterior, durante la solemne misa con la que el arzobispo Albrecht había inaugurado la fiesta de San Mauricio, que duraría varios días, la denominada *Herrenmesse* o Feria del Señor. A ella había asistido Ansgar aquí, en la iglesia de San Sebastián, con la esperanza de encontrar a Helena. En vano.

No había hablado ni una palabra con ella desde la misa de acción de gracias, dos semanas atrás; desde que Gotthart de Saint Leonard le había avergonzado delante de ella y de su padre y de otros muchos. Ni una sola palabra. Y ella no le había contestado a ninguna de sus cartas. La última, de anteayer, se la había devuelto a Lothar sin abrirla siquiera.

Esa culpa tenía que expiarla, el escultor de París.

Ansgar confesó sus maldiciones contra Gotthart, su ardiente deseo del cuerpo de Helena —no mencionó su nombre, claro—, la envidia que le tenía a Botho von Schwerin, que disponía de dos escuderos más que él, y sus improperios contra el maestro Bohnsack, de quien todavía esperaba una respuesta. Luego rezó un par de avemarías, un par de padrenuestros y recibió la absolución.

Cuando abandonó el confesonario y salió de la iglesia, no se sentía ni pizca de aliviado; al contrario, se sentía aún más desalentado. Ansgar no se reconocía a sí mismo tan poco optimista, tan poco alegre.

La mujer de blanco estaba junto a *Fee*, acariciándole los ollares y el cuello.

—Qué yegua más bonita —dijo, y su acento confirmó la sospecha de Ansgar: una mora—. Mi marido tenía un animal así de noble; era caballero de la Corona inglesa.

El viento arremolinó su blanco abrigo. Debajo llevaba un vestido blanco ceñido y, por un momento, Ansgar vio las torneadas formas de su cuerpo de mujer. El deseo le brotó como una llama bajo la lengua. La mora sonrió y se fue. Ansgar se la quedó mirando hasta que dobló por el Camino Ancho.

Se subió a la silla de montar y arrancó. En el Camino Ancho vio la figura de la mora desde atrás. ¿Y si la seguía? Lo dudó tres segundos, pero luego guió a la blanca yegua hacia la plaza de la catedral.

Aquello estaba abarrotado de tenduchos, carros, puestos de venta, verduleras, juglares, comerciantes, sacamuelas, campesinos, curanderos, barberos y saltimbanquis, esperando a que dieran la vuelta las procesiones. Porque entonces el arzobispo inauguraría la feria anual.

Ansgar cabalgó hacia el Camino del Monasterio y dejó atrás el palacio y las obras de la catedral. Tampoco se oían los habituales ruidos en el taller situado junto a la herrería. Eso le extrañó al caballero, ya que normalmente Moritz aprovechaba cualquier momento libre para adelantar en el trabajo de sus efigies. El arzobispo le había dado permiso para que utilizara la maceta y el cincel también los domingos y los días festivos; al fin y al cabo, crear estatuas para la catedral de la luz era un servicio a Dios.

Ansgar llevaba dos semanas enseñándole al escultor wendo el manejo de la espada y el escudo. Y cada día tenía que ponerse más severo con él, hasta que por fin se mostraba dispuesto a abandonar su trabajo y bajar a hacer ejercicios de espada a las praderas del Elba.

Al otro lado de la muralla de la ciudad, Ansgar oyó cánticos religiosos y, cuando dejó atrás el monasterio de Nuestra Señora, los primeros asistentes a la procesión ya salían por la puerta del monasterio que, a través de la muralla de la ciudad, conducía a la orilla del Elba.

Ansgar entró por una puerta de esa muralla, que entonces todavía separaba la Libertad Catedralicia de la ciudad, y luego atravesó el casco antiguo septentrional en dirección al ayuntamiento. La plaza del mercado también estaba atestada de tenderetes y puestos de venta, pero tampoco había un alma. Ni de las casas ni de los patios salía el menor ruido de martillos, sierras o molinos. Nadie trabajaba en Magdeburgo. Por segundo día consecutivo.

Amarró su blanca yegua a la entrada de una taberna. En una mesa había solo un hombre. Tenía la cara roja y guiñaba los ojos mirando su vaso de vino como si estuviera medio borracho.

El posadero se acercó a la mesa de Ansgar y le nombró todo lo que en ese momento se estaba guisando en la cocina. Ansgar pidió un pollo y un trozo de pan. De ningún modo quería cabalgar hacia la cantera con el estómago vacío. Y pidió cerveza floja en lugar de vino. Quería enfrentarse a Gotthart con la cabeza despejada.

El reloj de la torre de San Juan dio la hora. Ansgar contó las campanadas. Las cuatro. Aún faltaban tres horas. La cota de malla le hacía sudar.

Mientras despachaba el pollo, la plaza del mercado se llenó de gente. De todas partes venía un alboroto de voces, pasos y música. Y, al poco tiempo, también campanadas que no paraban de sonar: el arzobispo había inaugurado oficialmente la Feria del Señor.

Más tarde, Ansgar trotó un poco por la ciudad contemplando el animado trajín. Por doquier, tocaban música, bailaban, regateaban, tomaban vino y se atiborraban de comer. En todos los callejones, en todas las plazas. El caballero detenía aquí y allá a su blanca yegua, intentando participar de la alegría. Pero no lo conseguía.

En lugar de ir hacia la Krökentor y hacia la cantera, optó por acercarse, a media tarde, otra vez a las obras de la catedral; ni él mismo sabía por qué. Entretanto, también había ambiente de fiesta en la plaza de la catedral, entre las barracas y los puestos.

Ató a *Fee* a la nueva grúa de rueda. Contempló pensativo las primorosas fachadas del absidiolo y sus bonitas ventanas. Lentamente recorrió las capillas rozando el muro, hasta que por último se detuvo ante la torre nororiental. Para entonces, la torre ya asomaba por encima de la segunda cornisa.

Con la vista alzada, a Ansgar le vino a la memoria lo que había dicho el maestro Bohnsack sobre su trabajo durante el viaje que hicieron en invierno al castillo de Rudelsburg: «Sigo y sigo construyendo, y mi cuerpo, mi energía y mi vida se van transformando en una oración hecha a base de piedra y vidrio. Una oración que perdurará para siempre.»

Se preguntaba qué altura alcanzaría esa catedral en el cielo de Magdeburgo, una vez que muriera el maestro Bohnsack. Y cuántas torres, columnas, arcadas y paredes horadadas por altos ventanales se podrían ver entonces.

Y de repente, como una punzada en el corazón, se le pasó por la cabeza la siguiente pregunta: ¿En qué se convertiría su propia vida cuando muriera? ¿Qué quedaría entonces de ella?

Con la mirada clavada en el suelo, Ansgar siguió andando y, por el otro lado de la torre, se internó en las obras.

Tampoco aquí se movía ningún martillo ni zapapico ni paleta de albañil ni polipasto. De fuera, en cambio, llegaba un batiburrillo de voces, música y risas de los miles de personas que celebraban la Feria del Señor en la plaza de la catedral.

La campana de la iglesia de San Sebastián dio las seis cuando se hallaba ante el deambulatorio. Aún faltaba una hora.

En la parte interior de la torre septentrional, su mirada recorrió el leccionario, aún sin concluir, y ascendió al coro alto y a la proyectada galería episcopal. Dando al coro, ya se veían las primeras columnas y se curvaban las primeras arquerías. Desde el lado de la torre, un fragmento del muro exterior de la ventana avanzaba ya hacia el este. Los carpinteros también habían empezado ya a construir el encofrado de la primera bóveda de crucería.

Ansgar admiró la rapidez con la que iba tomando forma y creciendo el plan del maestro de obras Bohnsack. Y se preguntó qué crecía y tomaba forma en su propia vida.

Pasando por debajo de la arquería situada entre la torre y el coro, entró en la girola y recorrió lentamente las capillas absidales. Se detuvo ante la capilla axial, a través de cuya arcada escudriñó el coro.

Se acordó de Helena. En lo débil, encantadora, hambrienta y curiosa que se había mostrado. Sin embargo, a la hora de la verdad, había adoptado una

actitud un poco renitente. Probablemente, la habría espabilado el agua fría; a lo mejor se había apoderado de ella el miedo.

—¿En qué piensas, Ansgar von Lund? —El susto se le metió en los huesos; dio media vuelta. Una joven se encontraba tras el sarcófago de la reina Edith, rubia y envuelta en un vestido de lino blanco—. ¿Estás pensando en ella? —Las puntas de sus dedos rozaron la losa sepulcral de la reina, mientras se acercaba a él—. Piensas en ella, ¿verdad?

Era la mujer a la que había rescatado de manos del asesino. Matilde. Salió de la capilla axial. Sin mirarle, pasó a su lado y, bajo la arcada axial, se dirigió al coro.

—Desde que pasó aquello, he rezado todos los días por ella. Y por ti también.

—Desde que pasó ¿qué? —Ansgar la siguió.

—Desde que la encontraste en las praderas del Elba. —Entre el altar mayor y el sarcófago del emperador Otón, Matilde se volvió—. Desde que Gotthart de Saint Leonard te puso en evidencia delante de ella y de todo Magdeburgo. —Se encogió de hombros y le miró a la cara. En la mirada escudriñadora de sus ojos verdes ardía algo que le tocó la cuerda sensible a Ansgar y le obligó a callar. Y de repente se sintió aún más abatido.

Tragó saliva.

—¿Nos viste? —¿Por qué de pronto le pareció que era capaz de leerle el pensamiento y de ver su alma? ¿Por qué de repente le remordía la conciencia?

—No.

—Entonces ¿por qué sabes...? —Las palabras se le quedaron adheridas a la lengua. ¡A él, que siempre sabía replicar!

—Sus ángeles os han visto. Y yo los conozco bien, ¿sabes, Ansgar von Lund?

—¿Qué estás diciendo? —La miró atónito—. ¿Me tomas por loco o qué? —Recordó que no eran pocos los que tenían a esta mujer por una demente, lo cual le alivió un poco.

—Ten cuidado con Gotthart, Ansgar. Su pecho alberga una insaciable crueldad, una ira irrefrenable. Sin embargo, lo que pregonó sobre ti delante de todo el mundo es cierto, ¿no?



—¿Qué fue lo que pregonó? —A Ansgar le flaqueaban de repente las rodillas.

—Pues eso, lo que se comenta desde hace dos semanas en las plazas y callejones de Magdeburgo. Es la verdad, ¿tengo razón?

Ansgar sintió la necesidad de sentarse.

—¿La verdad? —Se acercó a Matilde y se sentó a sus pies, en un escalón del altar mayor—. ¿Eso también lo sabes por los ángeles? —Ansgar quiso sonreír sarcásticamente, pero solo le salió una mueca torcida. Se quedó mirando fijamente la punta de sus botas.

Guardaron un rato de silencio.

—¿Adónde vas? —preguntó Matilde en un momento dado.

—¿Qué? —Ansgar levantó la cabeza—. A hablar con ella —dijo en voz baja—. Quiero contarle la verdad.

—¿La verdad?

Ansgar suspiró y enterró la cara entre las manos.

—Es un deseo tan fuerte, ¿sabes? Todo mi ser desea siempre a las mujeres.

—Tuviste que prescindir muy pronto del amor de tu madre, ¿no es cierto?

Con la cara oculta entre las manos, Ansgar suspiró profundamente.

—Veo a una mujer, me recuerda a algo a lo que no soy capaz de ponerle un nombre, y empiezo a componer versos. Luego les canto, las echo de menos y creo que las amo.

—¿Eso fue lo que pasó también en Milán? —Matilde hablaba en un tono bajo y con una cadencia como si nada humano le fuera ajeno, como si le comprendiera perfectamente.

—En Milán, en Venecia, en Londres, en Praga, en todas partes. —Ansgar ya solo hablaba en susurros—. La mujer del conde polaco... no te imaginas lo hermosa que me parecía...

—¿Tan hermosa como Helena?

—... ni te imaginas cuánto la deseaba.

—Su marido la llevó a los tribunales. —Matilde se puso ante él en cuclillas, le cogió del pelo y le levantó la cabeza para obligarle a que la mirara a los ojos—. Y los jueces la mandaron a la hoguera.

Ansgar adoptó una palidez cadavérica; le temblaba la mandíbula.

—¿Por qué lo sabes?

—Unos emisarios del arzobispo regresaron en la primavera de Cracovia. Ellos lo contaron.

Ansgar pegó un grito y le apartó la mano. En cuestión de segundos, se le derrumbó todo su aplomo, toda la seguridad en sí mismo, todo su optimismo.

—¿Qué es lo que hecho? —exclamó, y las lágrimas rodaron por sus mejillas—. ¿Cómo he desperdiciado mi vida? —En un instante se había vuelto a convertir en el niño rehén de un príncipe muy poderoso.

Levantó la cabeza entre sollozos.

—De mi vida solo quedará un rastro de sangre y lágrimas, nada más. ¿Qué puedo hacer?

—Reza, Ansgar. —De repente, la voz de Matilde parecía venir de muy lejos—. Arrepiéntete y reza y empieza otra vez desde el principio.

Ansgar se incorporó, miró a su alrededor... y ya no vio a Matilde en cuclillas a su lado, ante el altar mayor. ¿Dónde se había metido? Se apoyó en las rodillas para levantarse y aguzó el oído. Hasta que oyó sus pasos y su voz en el deambulatorio. Se puso de pie y fue hacia ella.

—Quiero ir a ver a Helena. Quiero confesarle que todo lo que dijo Gotthart responde a la verdad. Quiero pedirle perdón. —Matilde musitaba para sus adentros, mientras Ansgar iba de acá para allá—. ¿Tú qué crees? ¿Me perdonará?

—Seguro, siempre que seas sincero.

—Pero ¿me seguirá queriendo?

—El amor lo cree todo, el amor lo perdona todo, el amor nunca cesa. —Matilde se detuvo y alzó la vista hacia las bóvedas de la girola. Una luz vespertina deslumbrante entraba por las ventanas de las capillas del coro, haciendo que las policromadas pinturas de sus bóvedas de crucería lanzaran destellos.

—Entonces iré a su casa ahora mismo —dijo Ansgar, y su voz sonó como la de alguien que se ha rendido.

—¿Y no vas a la cantera?

—¿Estás enterada de eso? —Agarró a Matilde por los hombros—. ¿Quién te lo ha dicho?

—Los ángeles lo saben. Has desafiado a Gotthart a batirse en duelo; quieres lavar tu honor con su sangre. ¡Qué disparate!

—Él no es solo un escultor, sino también un caballero. De lo contrario, no le habría desafiado. Ha aprendido el oficio de la caballería en la Corte francesa.

—Lo sé.

—¿Por los ángeles?

—¡No te burles, Ansgar von Lund! Sé también que es el hijo de un cardenal. —Le apartó las manos y se encaminó hacia el otro lado de la girola—. ¿Y de alguien como él exiges un desagravio? ¿Quieres matar a alguien de esa calaña? ¡No tienes ni idea de con quién te enfrentas! —La hermosa luz de la tarde arrojó la sombra de Matilde sobre las columnas de las arcadas y hasta muy al fondo del coro.

Durante unos segundos, Ansgar se quedó sin habla.

—¿Por qué sabes todas esas cosas?

—Los ángeles lo saben todo.

—¿Y también saben cuándo me tiro un pedo, no? —Ansgar fue tras ella. Su risa de loco no solo delataba ironía, sino también amargura—. ¿Los ángeles también saben que al maestro de obras le he deseado que tenga sarna en la barba? ¡Y a Gotthart en los cojones!

—Ya no sabes ni lo que dices, Ansgar von Lund.

—Tengo que marcharme.

—¿A casa de ella? —Ansgar no respondió—. ¿O por fin vas a la cantera?

—Voy a regalar la espada y la armadura. Voy a renunciar a la orden de caballería.

—Nadie puede renunciar a su orden —aseguró Matilde con voz firme.

—¿Ah, no? —Ansgar se plantó delante de ella con las piernas esparrancadas, cortándole el paso—. ¿Y qué me dices de san Agustín? ¿No era orador y profesor? ¿Acaso no era un filósofo y un amante de las mujeres y el vino? ¡Y sin embargo, se convirtió en el más célebre Padre de la Iglesia! —Matilde se limitó a pasar a su lado—. ¿Y Francisco de Asís? —Ansgar corrió tras ella gesticulando—. ¿Acaso no era hijo de un comerciante en paños? ¿No era un borracho y un caballero? ¡Pues se convirtió en monje y en predicador, y hoy le llaman San Francisco y su orden de los hermanos minoritas está

extendida por todo el Imperio!

Matilde le rehuyó, dobló hacia la capilla axial y, apoyándose en la pared, debajo de la ventana, se deslizó hasta quedar sentada sobre las baldosas. En silencio, alzó la vista hacia él.

—Oh, sí, ya lo creo que se puede cambiar de orden —susurró Ansgar—. Solo hay que quererlo. —Se arrodilló delante de Matilde—. Si hago eso, si le pido perdón y renuncio a la orden de caballería, ¿me tomará entonces por esposo? Si renuncio a componer canciones de amor, ¿me aceptará entonces? ¿Qué opinas tú, mujer piadosa? ¡Dímelo!

—Sí. —Matilde hizo un gesto de asentimiento.

—Así pues, ¿crees que sí? —Una sonrisa distendió sus rasgos—. Entonces, lo haré. —Se levantó.

—¿Adónde vas?

—A su casa.

—¿No vas a la cantera?

Ansgar salió del coro, atravesó a toda velocidad las obras y montó en su caballo.

—Dios te bendiga —oyó que le decía Matilde desde la ventana de la capilla axial—. ¡Y ten cuidado con Gotthart de Saint Leonard!

El caballero llevó a su blanca yegua por los tenderetes, las parrillas de asar, los puestos de venta y los carros de los titiriteros, a través de la muchedumbre que celebraba la fiesta. Se sentía aliviado y lleno de confianza en sí mismo.

Miró hacia el oeste: el sol ya rozaba el remate de los tejados. Dentro de poco, se pondría. A la puesta del sol le esperaba Gotthart en la cantera.

Se volvió a mirar otra vez las obras de la catedral e intentó imaginársela terminada, tal y como se la había descrito el maestro Bohnsack: con cuatro torres, con una suntuosa portada occidental, con el atrio, al que llamaban «paraíso», y con su portada delante de la torre septentrional... y la verdad es que, durante unos segundos, lo consiguió. Detuvo a la yegua, cerró los ojos e intentó retener la magnífica imagen de la catedral concluida durante otros dos segundos.

A continuación, *Fee* le llevó a la Krökentor. Según lo acordado, Lothar le esperaba allí. La espada de Ansgar le asomaba por el hombro; el escudo de

Ansgar iba colgado de su caballo, junto a él; y en el otro lado del caballo, Ansgar llevaba el resto de la armadura.

—¿Se puede saber qué os pasa, señor Ansgar? —Su escudero le miró asustado—. ¿Es que no vais a ir a la cantera? —Enfrente, en la Ciudad Nueva, en la torre de San Pedro, sonó la campana. Ansgar fue contando las campanadas. Las siete.

Apartó del fuego la olla de hierro fundido con agua hirviendo y la vertió en una jarra de arcilla, encima de las flores de manzanilla. A continuación lo removió todo con una cuchara de hierro.

La olla se la había forjado Benno, la jarra de arcilla la había comprado en el mercado, y la cuchara la había hecho él, junto con otras muchas, golpeándola en su yunque con el martillo.

Las flores de manzanilla también las había llevado a casa Benno. Un jardinero del arzobispo se las había regalado, y el arzobispo había traído la planta de Italia. Ahora crecía por doquier, entre la herrería y la muralla la ciudad, y cada vez que Moritz pasaba por allí y las veía, se acordaba de Benno.

Mónica hablaba del llanto nocturno de su niño de pecho; contaba que le estaban saliendo los primeros dientes; que don Hugo von Meissen le había escrito una carta dictada por su suegro, y que a ella se la había leído Matilde.

—Tal vez venga el padre de Benno antes del invierno a Magdeburgo —dijo—. Quizás el maestro Bohnsack cuente ya con un nuevo herrero para las Navidades.

—Eso sería un regalo de Dios —dijo Moritz.

Mónica puso un colador encima de un vaso de arcilla, vertió la infusión de manzanilla y le pasó el vaso a Moritz por la mesa. Hacía pocas semanas, Benno había utilizado ese mismo vaso.

*Benno.* En todas partes estaba presente. En el fogón, en la olla de hierro fundido, en la cuchara de hierro, en el vaso de arcilla. Moritz lo cogió, sopló un poco y sorbió la infusión.

—Creo que deberías alegrar un poco esa cara, Sansón. —Mónica sacó de la

cuna al niño, que lloriqueaba. Su barriga se abombaba bajo la ropa como una bola enorme; le costaba respirar aún más que en el entierro de Benno y se movía con mayor lentitud. Se desplomó en una silla enfrente de Moritz—. Al fin y al cabo, hoy estamos de cumpleaños.

«Y Benno no está presente», pensó Moritz, pero no lo dijo; evitaba todo lo que pudiera hacer revivir el dolor de Mónica.

—Me falta un dibujo y un modelo —dijo en cambio—. Sencillamente han desaparecido. No hago más que pensar dónde más podría buscar.

Mónica puso cara de asustada.

—¿No será el dibujo y el modelo para san Mauricio?

—No. —Moritz vaciló—. Para la figura de una Virgen. —Era mentira, pero no quería que Mónica supiera que había dibujado y modelado a Helena.

El niño lloriqueaba, el perro lobo gemía y en el fogón crepitaba el fuego. Mónica sacó el pecho y dio de mamar al pequeño Nikolaus. Moritz se esforzó por no mirar.

También en el niño estaba presente Benno; él lo había engendrado y le había puesto el nombre de su abuelo. En el sitio vacío de la mesa se hallaba presente, en el gran pecho de Mónica que él había acariciado y en la mirada triste de Mónica. Y en el barreño que ahora sacó Moritz de una bolsa; lo colocó encima de la mesa y se lo pasó a Mónica.

—Para ti. Ahí podrás lavarte los pies fríos dentro de poco, cuando llegue el invierno.

—¡Oh, Moritz! —Mónica sonrió conmovida—. Qué bueno eres conmigo. ¡Gracias! Lo voy a probar enseguida.

Moritz hizo tintinear en el barreño dos *pfennig* de plata y dos *heller*.

—Esto lo pagó Benno para ti. Quería regalártelo hoy por tu cumpleaños. Ahora te lo regalo yo.

Mónica posó la barbilla en el pecho y lloró en voz baja. Desde sus grandes ojos brillantes, el lactante la miró desde abajo.

Moritz se mordió el labio inferior. Con lo que se había esforzado por no mencionar a Benno, ahora había hecho llorar a la valiente Mónica.

Miró tímidamente su infusión, dio unos sorbos y, por último, dejó el vaso encima de la mesa. Alargó la mano para coger el gorro de lana que le había

tejido Mónica.

—Gracias —dijo, y se lo puso sobre su corto e hirsuto pelo—. Me está estupendamente.

—Claro que te está bien. —Mónica sorbió por la nariz y se enjugó las lágrimas.

Le había regalado el gorro porque tanto Moritz como ella cumplían años el mismo día de San Mauricio.

Moritz cogió las nueces que Mónica había puesto encima de la mesa y cascó unas cuantas. De cada una le daba la mitad a Mónica, y la otra se la comía él.

—Dividiremos mi salario en tres partes. —Dirigió la mirada a su barriga—. Y después en cuatro. Hasta que Nikolaus padre reciba su primer salario.

«Si es que algún día consigue venir a Magdeburgo», añadió para sus adentros. Porque al herrero del castillo ya le molestaba la gota antes de ir a la guerra contra los daneses con el caballero Von Meissen.

—Dios te premie por tu bondad, Moritz. —Mónica le sonrió entre lágrimas. Pero esta vez eran lágrimas de emoción. ¿Tal vez incluso de alegría?—. A mí se me da bien hacer punto y coser. Con eso puedo ganarme algunos *heller* en el mercado.

—He hablado con el señor Dietrich —le contó Moritz—. Le va a pedir al arzobispo que en lo sucesivo me suba el salario. —*Lupo* se levantó de un brinco y aguzó las orejas—. Al fin y al cabo, ahora tengo que esculpir una estatua muy importante. —*Lupo* corrió hacia la puerta de casa y ladró. En ese momento, alguien la abrió.

Matilde entró precipitadamente en la cocina.

—Deprisa, Moritz. ¡Tienes que venir conmigo!

Moritz se levantó rápidamente de la silla.

—¿Qué ha pasado?

—Creo que el caballero Ansgar va cabalgando hacia la cantera. Allí se dispone a luchar con Gotthart de Saint Leonard. Pero a este le he visto cruzar la Krökentor en compañía del caballero de Schwerin. Tengo un mal presentimiento.

Moritz pasó un momento por el taller de Benno y encontró lo que buscaba. Cogió un pesado martillo de forja y salió a todo correr de la casa.

El crepúsculo vespertino bañaba el bosque y la cantera. Todavía había suficiente claridad como para reconocer los andamios en la pared de roca, los escombros de abajo y los dos polipastos. Ansgar pudo ver incluso que Gotthart tenía muchísimo miedo, y eso que el otro estaba, con su gigantesco criado, a más de veinte pasos de distancia. Parecía que el criado hacía ahora las veces de escudero. Al menos, le llevaba la espada y el escudo.

—¿De qué estarán hablando esos dos? —Lothar comprobó por última vez el ajuste del peto y el yelmo—. Lo que no se haya dicho hasta ahora, ya no hay tiempo de decirlo.

—Tiene miedo. Mira cómo gesticula, mira cómo levanta los hombros. Hasta en su mirada puedo leer el miedo desde aquí.

—Yo en su lugar también tendría miedo. —Lothar se hizo a un lado—. Vos estáis entrenado; él, en cambio, seguro que lleva meses sin ponerse una armadura. Si es que no son años.

—¡Tonterías! Habrá practicado. —Ansgar se caló la celada—. Hace ya más de dos semanas que le desafié. —Su voz sonaba amortiguada bajo el barbote en forma de hocico, que le cubría la boca y la nariz—. ¡Allá vamos! Quiero luchar mientras quede algo de luz. —Renunció a su escudo, pues quería llevar la larga espada con las dos manos.

—Dios os proteja y os bendiga, señor Ansgar. —Lothar se santiguó.

Luego, el joven escudero caminó hacia el retado y su criado. No llevaba ni espada ni coraza.

A medio camino entre Ansgar y Gotthart de Saint Leonard había dos antorchas ardiendo clavadas en el suelo. Allí se detuvo Lothar y sacó una de ellas. Y entonces Gotthart se caló también su yelmo, adornado con un gran lirio rojo. A diferencia de Ansgar, él sí quería combatir con el escudo. Su criado Hubertus se puso en camino hacia Lothar y la segunda antorcha. Tampoco él iba armado.

Con las llamaradas de las antorchas asomando por encima de los hombros, ambos escuderos retrocedieron siete pasos. Ansgar apoyó la espada en el hombro y salió al encuentro de su destino. Su última lucha. Se lo había jurado a sí mismo. Mañana, al salir el sol, estaría ante la puerta del patio de Helena, le pediría perdón y le declararía de nuevo su amor. Si no atendía a su ruego,



tomaría el hábito. La decisión de Ansgar era firme.

Aunque Gotthart arrancó más tarde, llegó antes donde Ansgar y el escudero. Ansgar sonrió tras su visera. También eso era una señal del miedo que tenía Gotthart: el francés quería acabar con el duelo cuanto antes.

—Ahora vamos a celebrar nuestra particular Feria del Señor, ¿no te parece?  
—le dijo Gotthart.

Ansgar no respondió; renunció a todo altercado previo, alarde físico o insultos al adversario. Cuando solo les separaban cinco pasos, alzó la espada y arremetió contra él.

Al primer golpe de espada, hizo trizas el escudo de Gotthart; el segundo alcanzó su peto con tal ímpetu que el francés se quedó ladeado, y el tercero le dio con tal fuerza en las rodilleras, que lo tiró al suelo.

Inmediatamente, se abalanzó sobre él y levantó la espada para cortarle a Gotthart la cabeza o, al menos, rajarle el cráneo. Pero, de repente, notó un duro golpe en la espalda, de manera que tropezó con Gotthart. El peso de su espada le hizo caer al suelo. De pronto, un atronador ruido de cascos llenó la gran hondonada de tierra que había delante de la cantera. Lothar le avisó a gritos, y Ansgar levantó la cabeza cubierta con el yelmo.

Cuatro pasos más allá, el gigantón empuñaba la espada de Gotthart. Hubertus ayudó a levantarse a su señor. Desde la parte del bosque, un caballero se acercaba a galope con la lanza en ristre. Su armadura era negra y en su yelmo lucía una cabeza de toro negra con los cuernos plateados.

El susto paralizó a Ansgar durante tres segundos. Por fin logró levantarse apoyado en la espada. Tras su negra visera, el de la cabeza de toro bramaba todo su odio. Muy agachado sobre las crines de su recio caballo de batalla, apuntó con la lanza al pecho de Ansgar.

Ansgar alzó su espada y chocaron violentamente.

Por el oeste, el cielo presentaba un color rojo sangre. El prado del río estaba cubierto por un velo de niebla. Corriendo por el camino de la orilla, Moritz salió de la muralla de la ciudad en dirección al norte para sortear el tumulto de la muchedumbre en fiestas. Miles de forasteros de los alrededores

abarrotaban Magdeburgo.

Cuando por fin dejó atrás también las últimas casas de Sudenburg, ya estaba oscureciendo. Moritz miraba a su espalda por encima del hombro. Matilde se había quedado rezagada más de treinta varas.

Cogió la bifurcación hacia Rabenstein y allí, a pocas varas del patíbulo, se internó en el bosque y se dirigió hacia las hondonadas de la cantera. De vez en cuando, cambiaba de mano el pesado martillo de forja. Sin él podría haber corrido más aprisa, pero sin él habría ido completamente desarmado.

Pronto le rodeó el fresco del otoñal bosque vespertino. A derecha e izquierda del camino, la niebla cubría la maleza. Entre los arbustos otoñales y el crujido de las hojas amarillas y rojas, Moritz luchó contra el impulso de ir más despacio, de recorrer las últimas varas que faltaban hasta la cantera andando en lugar de corriendo. Notaba punzadas en los pulmones, jadeaba sin aliento.

De repente, oyó voces y se detuvo a prestar atención. Las voces llegaban a sus oídos desde la cantera, y también el ruido de cascos y de ramas astilladas, así como el crujido del follaje. Moritz lo oyó todo perfectamente.

Todo ese ruido venía del bosque; Moritz se desvió del camino, se metió entre la maleza y corrió hacia donde se oían las pisadas, las voces y el ruido de cascos. Entre la densa vegetación reinaba una oscuridad mayor que en el camino.

Un caballo blanco como la nieve galopaba entre troncos de árboles y arbustos. Moritz puso rumbo hacia allí. Pese a la creciente oscuridad, inmediatamente reconoció que no era Ansgar el que iba sentado en la silla de montar del corcel, sino Lothar. Cuando iba a llamarle, salió de repente de los matorrales una figura enorme, agarró los arreos del corcel y atacó a Lothar con la espada.

Moritz pegó un grito y echó a correr lo más aprisa posible. Lothar se dejó caer del caballo... o bien para esquivar los golpes de espada o bien porque el agresor le había alcanzado. Apenas veinte pasos separaban a Moritz de este último. El caballo blanco se adentró en el bosque trotando y el gigantesco agresor se plantó con las piernas esparrancadas encima de Lothar y alzó la espada para asestarle un golpe.

Moritz se detuvo, cogió impulso y le arrojó el martillo de forja. Haciendo un ruido espantoso, el martillo se estrelló contra una cabeza. El gigante se inclinó hacia delante y cayó de bruces en la maleza.

Aunque le flaqueaban las rodillas, Moritz se arrastró hacia él. Le faltaba el aliento y el corazón le palpitaba a la altura del esternón. Niebla, troncos, maleza y dos cuerpos se desvanecieron ante sus ojos.

Las piernas de Lothar quedaron atrapadas bajo Hubertus; Lothar tiró de él y le liberó de la pesada carga. El criado de Gotthard estaba muerto. Lothar avanzó a rastras hasta el tronco de un árbol y se apoyó en él. A pesar de la oscuridad, Moritz pudo ver la profunda herida que tenía en la frente.

—¿Dónde está Ansgar? —preguntó.

Con la mano temblorosa, Lothar señaló hacia la cantera. Moritz le extrajo al muerto la espada del puño y fue en la dirección que le había indicado el escudero.

Al principio, en la cantera únicamente distinguió la silueta de una sola persona, un caballero. Apoyado en su espada, estaba sentado sobre un montón de piedras. Moritz respiró aliviado.

Al acercarse, vio que el caballero se había levantado la visera del yelmo. Debido a la oscuridad, sin embargo, no pudo reconocer la cara.

El caballero se puso de pie y fue cojeando hacia él.

—¿Dónde está el enterrador? —gritó—. ¿Por qué no te lo has traído?

No era la voz de Ansgar. Moritz se quedó quieto, como si hubiera topado con un muro invisible. Era la voz de Gotthart.

Este dio dos docenas de pasos, se detuvo y señaló con su espada algo que había en el suelo, no lejos de él.

—¡Él fue quien me desafió! ¡Él se empeñó en luchar! Pues bien, esta ha sido su última lucha.

Moritz se acercó a él lentamente, hasta que pudo distinguir lo que había en el suelo delante de Gotthart, entre las piedras: el tronco de Ansgar. Y al lado, su cabeza.

## Robo

*Magdeburgo, noviembre de 1228*

Tras las ventanas ya era de noche. Un copo de nieve aislado flotaba en el aire frío bañado por la luna llena. En el dormitorio berreaba el niño. Junto al umbral de la puerta de casa, el perro lobo se levantó una vez más de su manta y trotó gimiendo hacia su dueña, que respiraba con dificultad. En el fogón chisporroteaban las brasas. En el barreño de arcilla colocado delante de la silla de parto humeaba el agua, y en las paredes de alrededor tremolaban las llamitas de las teas.

*Lupo* metió el morro en la mano estirada de Mónica. La madre del maestro alfayate lo espantó y envolvió en paños calientes a la mujer, agotada por las contracciones del parto.

Matilde le pasó a Helena los paños usados.

—Cuélgalos delante del fuego para que se sequen y se calienten. —La pálida Helena asintió y obedeció. Había adelgazado, tenía las mejillas rehundidas y se acercó tan despacio y tan rígida al fogón, que parecía que estaba haciendo equilibrios encima de un lago recién congelado—. Y echa más leña —dijo Matilde. Se volvió a sentar en la banqueta, junto a la silla de parto, y siguió susurrando oraciones al oído de Mónica.

—Respira profundamente —ordenó la madre del maestro sastre—. Respira muy hondo. —Mónica obedeció—. Buena chica. —La mujer de pelo blanco se arrodilló ante ella, se inclinó sobre el barreño de arcilla y se lavó las manos con agua caliente. Luego, metió la mano bajo los paños que envolvían a

Mónica. La parturienta dio un respingo y la anciana exclamó—: ¡Gracias a la Virgen María! Ya está bien colocada la cabecita.

En la ciudad llamaban a la anciana «la sabia Magdalena». El maestro alfayate le había contado a Matilde que su madre tenía más de ochenta años. La edad exacta no la sabía, ni tampoco el número exacto de sus hermanos. La mujer de un cruzado viejísimo de Sudenburg, sin embargo, le había asegurado a Matilde que la sabia Magdalena, entre los dieciséis y los cuarenta años, había dado a luz a dieciocho niños.

Mónica se puso otra vez a lanzar quejidos. Empezaban las siguientes contracciones.

—¡Respira como el perro! —La anciana imitó cómo debía hacerlo—. ¡Tienes que jadear como *Lupo*! Así, muy bien. —Palpó el vientre de Mónica y de nuevo tocó bajo los paños, en los muslos—. Ya está a punto. —Le hizo una seña a Matilde; de tantos años como había estado expuesta al sol, tenía una cara que parecía cuero arrugado.

*Lupo* gimoteó, se levantó otra vez de la manta y olfateó a su dueña. En el dormitorio lloraba el niño. Con un gesto imperioso, Matilde le ordenó al perro lobo que se quedara donde estaba.

—Nikolaus está despierto —le dijo a Helena—. Entra en su habitación, cámbiale de pañales y cántale algo.

Helena obedeció, cogió una tea ardiendo de la pared y desapareció con ella tras la puerta del dormitorio.

—Apiádate de ella —murmuró Matilde—. Haz que su alma se ilumine de nuevo.

Lo que se le decía a Helena, lo hacía como es debido. Pero si no le decían nada, se sentaba encogida en una banqueta o se tumbaba pensativa en un jergón. Desde las primeras nieves, es decir, desde hacía dos semanas, la hija del maestro de obras vivía en casa de Mónica para echarle una mano. Dormía poco y se pasaba horas mirando por la ventana.

«El accidente de las obras», decían unos. «La muerte de su caballero», decían otros.

El jadeo de Mónica derivó en gritos acompasados. Se recostó en el respaldo de la silla de parto y echó la cabeza atrás. Tenía la frente perlada de grandes

gotas de sudor. Los paños ya estaban otra vez húmedos. La sabia Magdalena metió ahora las dos manos por debajo de ellos.

—No empujes —graznó—. ¡No empujes todavía!

—Tranquila; te ayudaremos —susurró Matilde al oído de la parturienta—. Piensa que la anciana es un ángel. Él te ayudará; pronto lo habrás conseguido. Y tu hijo también. —Mónica asintió con la cabeza entre jadeos.

«Pobre criatura. Apiádate de ella —siguió rezando Matilde para sus adentros—. Vendrá a este mundo y no tendrá padre. Tú tienes que hacer de padre y alimentarle, ¿me oyes? Y consolar a la pobre mujer. Y traer pronto al abuelo del Saale.»

De Nikolaus, el padre de Benno, no se tenía noticia alguna. ¿Venía o no venía a Magdeburgo? Nadie lo sabía. Al menos estaba en la casa Lothar, el escudero de Ansgar, para hacerle a la embarazada, en avanzado estado de gestación, las tareas de hombre. Aquí, en la herrería, lo mantenían escondido del de la cabeza de toro desde la Feria del Señor.

Este había buscado al escudero entre sus familiares magdeburgueses. Y después, en el patio de la iglesia, en casa del maestro Bohnsack, en las obras, en los talleres y en los bosques que rodeaban la ciudad. ¿Por qué no había mirado en la herrería? Cada vez que Matilde se hacía esta pregunta, se santiguaba y daba gracias a Dios y a sus ángeles.

A principios de octubre, el de la cabeza de toro y sus escuderos habían vuelto a Schwerin. También habían estado buscando a Moritz. Pero este se las había arreglado para rehuir a los esbirros y para camuflarse. Durante unos días, Matilde lo había escondido en la escuela catedralicia y en el pequeño convento de las beguinas. Desde que los de Schwerin habían abandonado la ciudad, Lothar se atrevía de nuevo a recorrer los caminos y las callejuelas. A la herrera le había arreglado la casa de modo que fuera resistente al invierno; también iba para ella al mercado y le traía leña, carbón o pescado fresco. Además, ayudaba a Mónica con el dinero del fallecido señor Ansgar. Y con Moritz practicaba a diario la lucha a espada.

A su caballero le habían enterrado en el cementerio de la iglesia de San Juan. Pero sin la cabeza; nadie sabía dónde había ido esta a parar.

Naturalmente, el arzobispo y el preósito del cabildo habían reprendido a

Gothart de Saint Leonard. Pero nadie en Magdeburgo había acusado al francés ante el Tribunal de Escabinos por la muerte de Ansgar. Tampoco Lothar. Al fin y al cabo, todos sabían que quien había desafiado al escultor era el caballero danés. Algunos, sin embargo, dudaban de que hubiera muerto abatido por la espada del francés.

Mónica pegó un grito y luego otro, y después ya no paró de gritar.

—¡Empuja, empuja! —dijo ahora la sabia Magdalena. Matilde la sujetó y le rezó el avemaría al oído. Algo cayó con un chapoteo al suelo; los paños que cubrían los muslos de Mónica se tiñeron de rojo—. ¡Empuja, empuja!

Durante un par de segundos, la anciana desapareció literalmente entre los paños sanguinolentos. Cuando surgió de nuevo, sostenía en las manos a la criatura, empapada de sangre y mucosidades.

—¡Una niña! —Con la gracia y la agilidad de una joven, dio un salto levantando a la recién nacida en lo alto. ¡Y qué radiante de alegría se la veía!—. ¡Es una niña!

Con la palma de la mano golpeó a la criatura en la espalda y, cuando echó a llorar, la colocó en el pecho de Mónica. Luego cogió unas tijeras y le cortó el cordón umbilical. Mónica lloraba a lágrima viva. *Lupo* ladraba y gemía.

Matilde soltó a la madre de la niña y se levantó. Sonriendo melancólicamente, miró a la recién nacida, que succionaba ansiosamente el pecho de la madre. Matilde pensó en su padre. Y en el caballero Ansgar.

—Unos vienen y otros van —murmuró—. Así lo has dispuesto. —Se santiguó—. En tus manos está la vida de esta recién llegada y las almas de los que se han ido.

—¿Cómo se va a llamar? —quiso saber la sabia Magdalena.

—María. —Mónica, con la niña al pecho, sonrió tan feliz que Matilde sintió calorcito en el corazón—. Quiero bautizarla con el nombre de mi madre... María.

—¡Se va a llamar como la madre de Dios! —anunció la sabia Magdalena, como si Matilde no lo hubiera oído. Su rostro, con una sonrisa casi tan radiante como la de Mónica, ahora parecía la cara de una joven surcada por mil arrugas.

Del dormitorio vino Helena con Nikolaus, que no paraba de berrear, en los

brazos. Las mujeres le enseñaron a su hermanita, y la sabia Magdalena enseñó a Helena cómo se bañaba a un niño de pecho. A continuación, llevaron a Mónica y a los niños al dormitorio; para entonces, ya quedaba muy atrás la medianoche.

Más tarde, limpiaron la cocina, lavaron los paños y lo recogieron todo.

—Pobre mujer. —La anciana suspiró—. ¿Qué será de ella y de los niños? —Fuera gritó alguien, y Matilde se quedó escuchando—. Su leche materna no alcanzará para dos —dijo la anciana—. Veré si encuentro una nodriza.

El perro lobo se puso delante de la puerta gruñendo y con las orejas tiesas. Matilde y Helena se acercaron a la ventana para ver si oían algo. No muy lejos, alguien chillaba como si le fueran a quitar la vida.

—Es Moritz —susurró Helena, asustada.

Matilde cogió el abrigo y el pañuelo de cabeza del gancho de la pared, desatancó la puerta y salió a la fría noche. El griterío venía del taller de al lado. Corrió hacia el Camino del Monasterio. Primero la adelantó *Lupo*; luego Lothar. La luna llena brillaba tanto, que arrojaba la sombra de los dos sobre el camino espolvoreado de nieve reciente.

Delante del taller, tres obreros retrocedían ante los gritos de Moritz. Lothar trazó una curva a su alrededor y se acercó a Moritz desde un lado. Los obreros parecían aturdidos. Seguramente vinieran de empinar el codo, porque se tambaleaban. Moritz cimbrecaba una espada —la espada de Ansgar— y sostenía un crucifijo de piedra en la mano izquierda.

—¡Maldita patulea de sajones! —gritó.

—¡Somos nosotros, Sansón! —exclamó uno de los tres, que regresaban a casa de noche—. ¿Es que no nos reconoces?

—No reconoce nada —dijo otro—. Está delirando, ¿no os dais cuenta? No está en su sano juicio.

—¡Moritz, soy yo, Jacques! —gritó el tercero—. ¡Mírame a la cara!

—¡Maldito hombre del hacha! —Moritz levantó la espada hacia él; Jacques retrocedió asustado y soltó un taco—. ¡Maldito cabeza de toro! —vociferó Moritz—. ¡Miserable pandilla de asesinos! ¡Os voy a matar a todos!



Lothar se acercó a Moritz de un salto y quiso arrebatarse la espada, pero este le golpeó con el crucifijo de piedra y Lothar cayó a la nieve recién caída. Moritz fue hacia él y alzó la espada para golpearle. Desde el suelo, Lothar levantó su espada y paró el golpe. El hierro chocó con el hierro, y Matilde vio que saltaban chispas.

Matilde se acercó a Moritz, que de nuevo tomaba impulso, y le puso las manos en los hombros.

—Moritz —indicó con toda serenidad—. Estamos en Magdeburgo; hace tiempo que todo pasó. Vuelve en ti.

Moritz dejó de berrear, bajó la espada y se volvió hacia ella. Con unos ojos abiertos como platos, se la quedó mirando fijamente.

—¿Tú? —Giró la cabeza hacia todas partes—. ¿Magdeburgo? —Por fin, dejó caer la piedra y la espada—. ¿Matilde? —Se abrazó a su cuello y empezó a llorar.

—Toma su pobre corazón en tus bondadosas manos —susurró Matilde—. Mira cuán herido lo tiene. —Moritz estaba empapado en sudor y le temblaba todo el cuerpo. Matilde lo mantenía firmemente abrazado.

—Mató a golpes a mi padre —sollozó Moritz en el hombro de Matilde—. El del hacha; le encontraré. Y al de la cabeza de toro también. Ese mató a mi madre. Y ahora también a Ansgar.

*Magdeburgo, diciembre de 1228*

Los trabajos de encofrado en las torres cerraban los accesos al coro alto, de tal modo que subían por una escalera de mano. En cabeza iba Jacques von Strassburg, luego el maestro Bohnsack y los religiosos, detrás los maestros de la construcción y, finalmente, los escultores y algunos carpinteros, canteros y albañiles. Gotthart de Saint Leonard y el wendo agarraron uno de los travesaños al mismo tiempo. Durante unos segundos se quedaron junto a la escalera mirándose a la cara. Hasta que el wendo apartó a Gotthart a un lado y subió.

Gotthart se quedó como fulminado por un rayo. Naturalmente, esperaba que

Moritz, diez años más joven y un escultor muy inferior a él, le hubiera cedido el paso. ¿Qué se había creído ese granuja? Gotthart apretó los labios y se volvió hacia los otros. Los rostros de los albañiles y los carpinteros eran impenetrables.

Un albañil de barba gris, sin embargo, se rio para sus adentros.

—A nosotros también nos gustaría subir al coro alto, si no tenéis nada en contra, señor escultor —dijo.

Gotthart notó que le subía el calor a la cara. Se volvió bruscamente y trepó por la escalera. Se quedó con la cara del de la barba gris. Y con su nombre: Otto.

En el coro alto, un viento inusualmente flojo soplaba con más fuerza que entre los muros de la nueva construcción. Hacía tiempo que había pasado San Nicolás y ya no faltaba mucho para la Navidad, pero daba la impresión de que había terminado el invierno. Ya no quedaba nieve en ninguna parte; casi nadie llevaba ya abrigo. En los tilos, ante la muralla oriental, cantaban los pájaros, y en las praderas del Elba reverdecían los sauces.

Ese tiempo tan cálido y agradable llevaba instalado desde hacía días, y el maestro Bohnsack había convocado en las obras de la catedral a todos los obreros que, tras las primeras heladas, no habían regresado con sus familias a sus ciudades o pueblos natales.

De todos modos, casi cincuenta hombres trabajaban en las obras en las postrimerías de diciembre. Aprovechaban esos días de buen tiempo para cerrar las zanjas de los cimientos de la nave principal, para levantar los muros de la nave transversal hasta el nivel de la proyectada galería episcopal y para trabajar en la fachada con ventanas de dicha tribuna. Aparte de eso, al maestro Bohnsack le corría prisa que terminaran con todos los trabajos de encofrado pendientes antes de que cayeran las siguientes nieves.

En todas las obras, hasta lo alto del coro, olía a estiércol. Ante la torre meridional, dos carros llenos de estiércol exhalaban vapores. El maestro albañil también había mandado acarrear a las obras una carga de paja. Las coronaciones de los muros, que no seguirían levantándose hasta la próxima primavera, fueron cubiertas con paja y estiércol para que las heladas no resquebrajaran el mortero antes de que estuviera completamente seco.

En los últimos días, los albañiles habían vertido el soldado de yeso en el coro alto. Aunque entretanto el suelo se había endurecido, el maestro Bohnsack había mandado colocar unos tablones anchos a modo de pasarelas. De pie bajo el encofrado de la primera bóveda, miraba hacia arriba gesticulando. A su lado estaban el arzobispo Albrecht, el preósito del cabildo Wilbrand y el canónigo Dietrich; los demás, a su alrededor. La mirada fría de Moritz se dirigió a Gotthart cuando se mezcló entre ellos.

Desde que se había arrodillado en la cantera ante el cadáver decapitado del caballero danés, el wendo le detestaba, aunque a Gotthart le traía sin cuidado. A veces veía el destello del odio en sus ojos oscuros. Que en las facciones del joven wendo no hubiera ni rastro de miedo cuando se cruzaban en el camino, le desconcertaba un poco. Y ahora también: Gotthart desvió la mirada.

—Quiero que las claves de las bóvedas de crucería se diferencien unas de otras en cuanto a la forma —explicó el maestro Bohnsack, y el arzobispo asintió satisfecho—. Esta ha de ir adornada por una doble corona de capullos con una cruz en el centro. —El maestro de obras señaló a Gotthart y Jacques—. Nuestros escultores ya están trabajando en ello y luego nos enseñarán sus proyectos. —Gotthart se forzó a esbozar una sonrisa y asintió con la cabeza.

El maestro Bohnsack y el arzobispo verían luego otros proyectos muy distintos. Y no solo proyectos: Gotthart se había preparado a fondo para ese día. ¡Tenía que convencer a los señores a cualquier precio! Solo la obra de las Vírgenes podría procurarle la paz interior que tanto anhelaba.

Había pasado unas semanas muy duras. No pocos magdeburgueses le tomaron a mal la victoria sobre el querido caballero danés y su muerte. Algunos incluso aseguraban que había hecho caer a Ansgar von Lund en una emboscada y le había matado con la ayuda de un desconocido armado.

A dos obreros que simpatizaban con el wendo, Gotthart les había acusado de difamación ante el Tribunal de Escabinos y había obtenido una indemnización. Desde entonces, ya nadie se atrevía a acusarle públicamente.

Una pequeña victoria a la que Gotthart no concedía demasiada importancia. Más le pesaba, mucho más, la derrota como escultor que había tenido que encajar frente al wendo. Ya era bastante grave que el arzobispo y el maestro de obras permitieran al wendo hacer de la estatua de su madre la escultura de

Santa Catalina. Pero lo que le resultaba insoportable era que Albrecht le hubiera retirado a él, Gotthart, el encargo de San Mauricio y hubiera confiado al wendo la creación de esta importante estatua.

La ira hervía en su pecho cada vez que se cruzaba con el anciano de la mitra y el báculo.

Y a Moritz le odiaba por esa razón.

Desde aquel mal rato que pasó después de la misa de acción de gracias, Gotthart dormía mal. Y no paraba de darle vueltas a cómo podía aniquilar a su rival. Entretanto, sus planes habían ido tomando paulatinamente forma.

—Detrás de vos, señor arzobispo, veréis cómo va surgiendo una escalinata —dijo el maestro Bohnsack. Los religiosos se dieron la vuelta y contemplaron los peldaños intercalados que, desde la entrada septentrional del coro alto, entre dos columnas, ascendían hacia un vano de la fachada exterior—. A partir de aquí construiremos el puente abovedado y techado que llegará hasta vuestro palacio, como siempre habéis deseado.

El arzobispo sonrió como un niño con zapatos nuevos. Por el proyectado puente podría ir directamente desde su palacio hasta la galería episcopal. En el futuro quería seguir desde aquí la misa y tomar la palabra cuando así lo dictara la liturgia. Parecía contentísimo.

Gotthart confiaba en que se mostrara igual de contento más tarde, cuando viera las caras de las dos primeras Vírgenes; a decir verdad, no dudaba de ello.

El maestro Bohnsack dio un paso hacia el interior del futuro coro alto. Con todo detalle, describió cómo se imaginaba la galería episcopal: la pared horadada de ventanas, el altar de arriba, las cornisas, las columnas y las arcadas que darían al coro interior, así como las bóvedas de crucería y sus claves. No se había traído ningún plano del coro alto, pero lo recordaba todo perfectamente. Gotthart le admiró.

—El mismo criterio de las claves ha de valer también para los capiteles. — El maestro Bohnsack se dirigió hacia la doble arcada, a medio terminar, que frente a los escalones intercalados se abría hacia el coro interior—. Quiero ver una galería episcopal adornada con numerosas y suntuosas columnas que tengan capiteles distintos. —Señaló las tres primeras columnas acabadas—.

Con ornamentos de flores, hojas, capullos, tallos o de estilo griego... Los ojos de las futuras generaciones no se cansarán nunca de contemplar estas columnas y arcadas.

—¡Muy bien, maestro Bohnsack! —Al arzobispo le brillaban los ojos, el canónigo Dietrich hizo un gesto de reconocimiento y el prepósito del cabildo se acarició pensativo la barbilla, mientras contemplaba el capitel que había esculpido de la piedra el propio Gotthart con arreglo a un modelo del maestro de obras. Probablemente, a Wilbrand se le pasara por la cabeza lo que costaría toda esa belleza planeada con tanto despilfarro.

El maestro Bohnsack relató cómo se imaginaba las ventanas y las columnas que las separarían. Describió las partes de la arcada alta tan detalladamente como si ya estuviera viendo sus arcos terminados y sus columnas acabadas. Por último, explicó cada detalle del altar de arriba que, en su día, quedaría enfrente de la pared con ventanas. El arzobispo había dado instrucciones precisas para dicho altar; al fin y al cabo, en el futuro quería rezar ante este altar y participar desde allí en la misa.

Rara vez interrumpían el arzobispo Albrecht o Dietrich von Dobin al maestro de obras para intercalar algunas sugerencias o indicar algunos cambios.

—Esta galería episcopal será la más bella que haya entre el Rin y el Elba. —El arzobispo Albrecht parecía totalmente convencido—. ¿Tú qué crees, maestro Bohnsack? ¿Estará terminada después de nuestro siguiente viaje a Italia?

—¿Cuándo tenéis pensado volver a Italia, Su Excelencia Reverendísima? —preguntó el maestro de obras.

—Tan pronto como hayamos metido en cintura a los desvergonzados margraves de Brandeburgo. Como muy tarde, en la primavera de dentro de año y medio.

—Entonces, regresaréis, como muy pronto, en el verano del año siguiente —dijo el canónigo Dietrich—. Quizás incluso dentro de cuatro años, pues vuestras obligaciones en Italia son múltiples. —Con las cejas levantadas en un gesto interrogativo, se volvió hacia el maestro Bohnsack—. ¿Se podrá conseguir?

—¿Para el año 1232? —El maestro de obras balanceó la cabeza de acá para allá—. Mi equipo y yo haremos todo lo que podamos, señor arzobispo. —Su expresión dubitativa revelaba más de lo que estaba dispuesto a decir. Se dirigió a la arcada alta y señaló hacia abajo, hacia la tumba del emperador y el altar mayor—. Para entonces quizá consigamos haber avanzado tanto en el coro y en la galería, que ya se pueda celebrar ahí abajo la primera misa.

—¡Eso sería un regalo de Dios! —exclamó el arzobispo—. Y ahora enseñanos las plantillas y los dibujos de los capiteles y las claves.

Bajaron del coro alto, abandonaron las obras por la torre del norte y, pasando por la fachada exterior del deambulatorio y por la grúa de rueda, se dirigieron al primer taller de los canteros. Y una vez allí, pasaron hasta el fondo, hasta el lugar de trabajo del de Estrasburgo.

—Primero, Jakob nos enseñará sus dibujos y sus plantillas —explicó el maestro Bohnsack.

Los religiosos miraron detenidamente los proyectos de capiteles del de Estrasburgo. La mitad la había dibujado y transferido a plantillas de chapa el propio Jacques; la otra mitad la había hecho junto con el maestro de obras. Pasaron casi una hora admirando sus trabajos, llamándose unos a otros la atención sobre ornamentos que les parecían especialmente bonitos y sugiriéndole al escultor los cambios que deseaban.

Gotthart a duras penas podía contener la impaciencia.

A los religiosos les hizo especial ilusión la Virgen de mármol de Jacques. Se recrearon sobre todo en la ternura con la que la madre de Dios y el Niño Jesús arrimaban sus cabecitas. Finalmente, el arzobispo bendijo al de Estrasburgo y le dio las gracias por su trabajo.

A continuación, todos siguieron al maestro Bohnsack hacia el lugar de trabajo de Gotthart. A este se le aceleró el corazón. El maestro de obras dio a entender a Gotthart con un movimiento de cabeza que mostrara sus trabajos. Hoy tenía la mirada un poco escudriñadora, y una expresión fría y ausente.

Gotthart procuró no tenerlo en cuenta. Desde los días posteriores al duelo, el maestro Bohnsack se mostraba un tanto hermético con respecto a él. Gotthart sospechaba que le echaba a él la culpa de que su hija llevara ya tantas semanas sumida en la melancolía. Cerró los puños; le sudaban las manos.

—Con mucho gusto, señor maestro de obras —dijo Gotthart con una sonrisa.

Cuanto más distante se mostraba Bohnsack, más amable era la actitud que adoptaba Gotthart. En realidad, sin embargo, estaba muy enfadado con el maestro de obras. ¿No podría haber intercedido Bohnsack para que le retiraran al wendo el encargo de San Mauricio y se lo devolvieran a él? En cambio, lo que hizo fue apoyar a Moritz en todo momento e incluso darle consejos para la creación del modelo de cera.

Gotthart se volvió hacia las esculturas de sus dos Vírgenes. A sus pies y a derecha e izquierda de ellas había dispuesto ordenadamente sus dibujos, modelos y plantillas, de tal modo que las miradas del maestro de obras y de los religiosos recayeran inevitablemente en las esculturas. Y también las miradas de los demás. ¿Cómo reaccionarían? Estaba muy pendiente sobre todo de la cara que pondría su rival wendo.

Gotthart cogió del banco de trabajo la plantilla y el dibujo de la primera clave.

—La triple corona de la victoria de la fe —explicó.

El arzobispo y el canónigo se concentraron en el proyecto, asintieron aprobatoriamente y quisieron ver el siguiente. Gotthart cogió la siguiente plantilla del banco de trabajo. Le temblaba la mano de nerviosismo.

Por fin, el maestro Bohnsack fue el primero al que le llamaron la atención las nuevas caras de las Vírgenes. Apartó a Gotthart mientras este mostraba su plantilla del capitel con ornamentos florales.

—Pero si esta es... —Se detuvo delante de las esculturas meneando la cabeza—. ¡Es Helena! —Se volvió hacia Gotthart y sonrió. Era la primera sonrisa que le dedicaba desde hacía semanas—. ¿De verdad que le habéis puesto la cara de mi hija a las Diez Vírgenes?

—Sencillamente me decidí por el rostro más hermoso que conozco, y lo dibujé de memoria —mintió Gotthart—. Poner a cada una de las Diez Vírgenes los mismos rasgos faciales fue idea de Jacques —añadió, dándoselas de modesto.

—¡Qué maravilla! —El arzobispo aplaudió. Se arrimó al maestro Bohnsack y observó minuciosamente las caras de las mujeres, sin dejar de proferir exclamaciones de admiración.

Gotthart se puso contentísimo. Si el arzobispo aceptaba su obra, también Dios la aceptaría. Y le perdonaría y le abriría las puertas del cielo.

—¿Una sola cara para las Diez Vírgenes? —Dietrich von Dobin le hizo un gesto de aprobación al de Estrasburgo—. ¡Una idea excelente, maestro Jakob! —Y a Gotthart le dio un golpecito en el hombro y le susurró—: Lo habéis hecho muy bien, señor Gotthart.

El elogiado disfrutó a sus anchas del reconocimiento y la admiración por parte de todos. Solo uno no mostraba ni rastro de admiración: el wendo. Este clavó la mirada en Gotthart con los ojos entornados, la mandíbula temblorosa, el gesto impertérrito y los labios fruncidos.

Gotthart no se inmutó: había destruido los dibujos originales y el modelo original. ¿Quién iba a ponerle en evidencia? Inclino la cabeza mirando con una sonrisa triunfante al escultor wendo. Moritz dio media vuelta y salió precipitadamente del taller.

En el taller no quedaba ningún cantero. Moritz recorrió los bancos de trabajo vacíos, los montones de piedras y los cestos de las herramientas. Todos estaban trabajando en las obras de la catedral. O admirando al embustero del francés y las caras robadas de sus Vírgenes. Moritz quitó de un manotazo el paño que cubría su figura de Helena. Y vio cómo le miraba con una leve sonrisa en sus preciosos labios. Su Helena. LA SUYA. El miserable francés se la había robado.

—¡Maldito canalla! —Tiró el trapo al suelo y lo pisoteó mientras insultaba a Gotthart de Saint Leonard—. ¡Lameplatos! ¡Perro miserable! —Cogió del banco de trabajo una maceta, tomó impulso y la arrojó contra la pared del taller—. ¡Hijo de puta! ¡Maldito ladrón! —gritó, sin dejar de lanzar contra la pared todos los mazos y cinceles que tenía a su alcance.

Por último, agarró el martillo de forja de Benno, salió a todo correr del taller y lo arrojó hacia un tilo. Aunque el árbol estaba ante la muralla de la ciudad, a casi diez varas de distancia del taller, la cabeza del martillo alcanzó el tronco. La corteza salió disparada hacia todas partes.

Moritz fue corriendo y gritando hasta el árbol, alzó el martillo y se puso a



golpear el tilo una y otra vez. Agotado por la ira, la tristeza y los martillazos, por fin dejó caer el pesado martillo de forja. Contempló la profunda muesca que había hecho en el tilo la cabeza del martillo al ser lanzada. Tenía la respiración acelerada.

Se secó los ojos, bajó la mirada y levantó la temblorosa mano que sostenía el martillo de Benno. Mónica le había regalado la herramienta para que tuviera un recuerdo de su amigo. Con ese martillo había matado a Hubertus. Desde aquel día, no se separaba de él. Moritz dio media vuelta y regresó trotando al taller.

Allí permaneció un rato largo, con los puños cerrados, ante su Helena. Le temblaba la mandíbula. Rompió a llorar y la cara se le llenó de lágrimas que fueron resbalando hasta llegar a su negra barba. Le templaba todo el cuerpo.

—Me las pagarás —susurró.

Recordó aquel día de septiembre en que, tras la misa de acción de gracias, muchas personas acompañaron al arzobispo hasta su taller. Gotthart también se hallaba entre ellas. Moritz recordaba perfectamente a Gotthart de pie junto al banco de trabajo, en el que se encontraban el dibujo y el modelo de Helena. ¿Y acaso no había sido el francés uno de los últimos, entre el séquito del arzobispo, en abandonar el taller?

Y después de ese día, Moritz había buscado como loco el dibujo y el modelo de Helena. Sencillamente, habían desaparecido. Nadie, excepto Benno, los conocía. Y Benno estaba muerto.

Moritz se apoyó en la pared del taller con los puños cerrados, delante de su escultura de Helena.

—Me las pagarás —murmuró.

## Guerra

*Magdeburgo, finales del verano de 1229*

Las campanadas de la iglesia de San Sebastián anunciaban la misa del domingo. Helena se quedó observando el balanceo de las campanas. Aunque Matilde le había metido unos tapones de cera hasta el fondo de los conductos auditivos, oía el crujido del armazón de la campana. La última grajilla daba saltitos en el ventanuco de la torre, hasta que desplegó las alas y echó a volar.

Habían vuelto a extender la vieja gualdrapa en el polvo y entre las cagadas de pájaro, justo debajo de las campanas. Helena estaba otra vez tumbada boca arriba sobre la gualdrapa, mirando la oscilación pendular de las campanas; sentada una vez más a su lado, Matilde movía los labios cogiéndola de la mano. «Habla más a menudo con Dios que yo con usted, madre —pensó Helena—. No sabía que hubiera gente capaz de rezar continuamente.»

Naturalmente, pese a los tapones de cera, le retumbaban todas las campanadas en los oídos y en la cabeza. Pero ninguna la molestaba tanto como la primera vez, cuando lo habían intentado sin tapones. Los graves y metálicos sonidos rompían contra su cuerpo como ráfagas de viento o como olas en la pleamar. Sin embargo, esa rompiente sonora no batía contra su cuerpo, ni siquiera lo movía, sino que penetraba en él a través de la cabeza, la piel, la sangre y los huesos. Helena notaba por todo el cuerpo esa vibración y ese bramido.

La sabia Magdalena había aconsejado a Matilde que expusiera a Helena al sonido de las campanas. En sus años jóvenes, la propia curandera había

subido a los campanarios con gente desesperada, afligida y apesadumbrada para curarla mediante el tañido de las campanas.

En agosto, poco después de que el arzobispo y el burgrave, con sus caballeros y piqueros, partieran a la guerra contra los de Brandeburgo, Matilde había acompañado por primera vez a Helena hasta el campanario de la iglesia de San Sebastián. El propio padre de Helena había insistido en que lo hiciera. Ya desde la tercera vez, en el negro muro de tristeza paralizante que había en su pecho se abrieron las primeras grietas. Hoy era ya la duodécima vez que estaban allí.

Helena se abandonó a las oscilaciones de las campanadas. El aire vibraba, su cuerpo vibraba, y el suelo de madera sobre el que estaba tumbada también vibraba. Se sentía como si le entrara por todas partes una nueva energía vital.

Recordó aquel agradable día de verano en que el arzobispo y el burgrave salieron de la ciudad con su ejército por la puerta de Sudenburg. A esa hora tocaron todas las campanas de Magdeburgo. Los margraves brandeburgueses habían remontado el río Havel con sus tropas y ya habían devastado algunos pueblos pertenecientes a la archidiócesis de Magdeburgo. Moritz, Lothar y Gotthart de Saint Leonard también pertenecían al ejército con el que el arzobispo había salido de la ciudad para enfrentarse a sus enemigos.

—Doy gracias a Dios por no ser hombre, madre —murmuró Helena—. Por no tener que seguir a ningún príncipe a la guerra. —Las campanas y los badajos se balanceaban de acá para allá, una y otra vez, y Helena creía estar flotando entre ráfagas sonoras y sumergiéndose en oleadas acústicas—. Ojalá todos regresen sanos y salvos.

El joven wendo aún no había luchado en ninguna guerra. El padre de Helena, al ver que no tenía experiencia, le había insistido en que se quedara en Magdeburgo trabajando en sus esculturas. En vano. Moritz no quería por nada en el mundo dejar que su amigo Lothar fuera solo a la guerra.

—¿Por qué tendría tantas ganas de ir a la batalla, madre? —susurró Helena—. No le comprendo.

Helena se preocupaba por Moritz. Desde que la había salvado de la grúa de rueda, sentía en su interior un vínculo que la unía a él. Desde que Matilde le había contado cómo se había lanzado para salvar a Ansgar, ese vínculo se

había estrechado aún más. Cada vez que pensaba en que pudiera pasarle algo, notaba una punzada en el corazón. Ni ella misma sabía por qué lo sentía tanto.

—Si Ansgar aún estuviera vivo, también habría ido alegremente a la guerra, madre. —Hacía un año y pico que Ansgar la había seducido a orillas del Elba y la había desvirgado—. Cuando ahora lo recuerdo, me siento reconciliada con mi pasado, madre. —Hacía un año que Gotthart había matado a su caballero en la cantera—. Hoy ya puedo pensar en ello sin llorar, madre.

Los recuerdos aún le hacían daño: el miedo a quedarse embarazada, la desilusión que sintió al enterarse de que Ansgar era un mujeriego y su muerte. Sí, todo eso aún le dolía, pero ya no le paralizaba el alma.

Cesó el tañido de las campanas; el sacristán que estaba bajo ellas en el campanario ya solo tiraba de una cuerda: la de la campana que daba la hora.

Cuando Helena se aseguró de que no estaba embarazada —y de haberse librado del hacha del verdugo y no haber arruinado la buena fama de su padre —, cuando se cercioró de todo ello, a veces lamentaba no haber tenido un hijo de Ansgar. No le cabía en la cabeza volver a entregarse algún día a otro hombre.

Sonaron nueve campanadas. Helena permaneció tumbada hasta que la campana dejó de moverse y la última resonancia se extinguió en su cuerpo. Matilde la ayudó a sacarse los tapones de cera de los oídos. Desde abajo, desde la nave de la iglesia, llegaban los cánticos de los monjes dominicos.

Sacudieron la gualdrapa, la doblaron y la metieron detrás de un montón de tejas. Luego, cogidas de la mano, bajaron del campanario. Desde la tribuna, asistieron a la santa misa.

Los cánticos y los rezos, con los que tan familiarizada estaba Helena, eran un bálsamo para su alma. El olor a incienso, contemplar el altar y las vestimentas de los sacerdotes y los monaguillos, y la sensación de recogimiento que le proporcionaba sentirse parte de la feligresía, fortalecían su conciencia de haber recobrado la salud.

Más tarde, bajó con Matilde a la nave de la iglesia y fue al altar para recibir la sagrada comunión. Matilde también se encargaba desde hacía semanas de que comulgara con regularidad. «El cuerpo del Señor es la medicina más eficaz», había dicho la piadosa mujer, y Helena la creía.

Después de la misa se quedaron a las puertas de la iglesia con los monjes, los novicios y los peregrinos y charlaron con algunas novicias del monasterio cisterciense. Más de la mitad de las personas que había en la plaza de la iglesia llevaba el hábito de monje, de sacerdote o de canónigo. Y es que la mayor parte de los habitantes de Magdeburgo vivía fuera de la Libertad Catedralicia e iba a misa a la iglesia de San Ulrico o a la iglesia de San Juan.

Los hombres y mujeres vestidos de seglar en la plaza de la iglesia eran los piqueros del arzobispo, que se habían quedado de guardianes en la ciudad, y sus familias, o bien los criados y criadas de los canónigos y constructores, que vivían dentro de las murallas de la Libertad Catedralicia. En aquella época, toda la ciudad estaba en obras.

El padre de Helena y el fraile Rochus conversaban con el abad de los dominicos. Cuando el maestro Bohnsack descubrió a Helena, se despidió y se acercó a ella y a Matilde. Todo sonriente, agarró a Helena por los hombros y la miró a la cara. Desde que ella se sentía mejor, le habían desaparecido de la frente las arrugas de preocupación y otra vez parecía tan contento y equilibrado como siempre.

—De día en día floreces un poco más —dijo—. Ven conmigo; quiero enseñarte algo.

Helena le cogió del brazo y, junto con Matilde, enfilaron el camino hacia las obras de la catedral.

Por el Camino del Monasterio se cruzaron con mucha gente que había celebrado la misa con los monjes del monasterio de Nuestra Señora, en su iglesia: muchos alumnos de la escuela catedralicia, algunos señores del cabildo de la catedral y unos cuantos miembros del equipo del maestro Bohnsack. Entre ellos iba también Jakob von Strassburg.

—Quiero enseñarle a Helena las Vírgenes —le dijo el padre.

Desde que el de Estrasburgo había terminado su virgen, Bohnsack ayudaba a Gotthart en el trabajo de las Diez Vírgenes. Le siguieron hasta la barraca que estaba ante la girola y la nueva grúa de rueda.

—Gracias a Dios que la guerra en el monasterio de Berge ha demorado la guerra contra los brandeburgueses —dijo el escultor, mientras les mantenía abierta la puerta—. De este modo, Gotthart y yo hemos podido retocar los

rasgos faciales de las Vírgenes número tres y cuatro.

Al hablar de «la guerra en el monasterio de Berge», el maestro Jakob se refería a los altercados que se habían producido allí entre los benedictinos viejos y los jóvenes. El arzobispo había tenido que intervenir a mano armada. Pasó muchos días en el monasterio de Berge para castigar a los culpables y restablecer la paz entre una y otra generación. De ahí que solo pudiera emprender la campaña contra los brandeburgueses dos semanas después de lo planeado.

—Aquí están. —El escultor retiró los paños polvorientos de cuatro esculturas—. El color no se lo daremos hasta que estén terminadas las diez. —Lleno de orgullo, señaló las efigies de piedra.

—¿Y bien? —El padre la rodeó con el brazo, sonriéndole esperanzado—. ¿Qué me dices?

Al principio, Helena no dijo nada. Contemplaba las esculturas sin dar crédito a sus ojos. Se quedó tan boquiabierta, que incluso se olvidó de respirar.

Una de las Vírgenes se llevaba la mano izquierda al pecho, y la derecha, con la lámpara de aceite vacía, le colgaba como sin fuerza. Tenía la cabeza levemente inclinada hacia abajo y, por las facciones de la cara, parecía pensativa y entre malhumorada y sorprendida.

Helena reconoció su propio rostro.

La escultura de al lado presentaba un semblante igualmente triste y abatido, tal y como Helena se había sentido durante demasiadas semanas. Esta Virgen tenía la mano izquierda en la cara y parecía como si la desesperación la hubiera llevado a golpearse la frente. La mano derecha con la lámpara de aceite vacía colgaba asimismo exánime, y también esta estatua presentaba los rasgos de Helena.

Desconcertada, Helena meneó la cabeza.

Era evidente que estas dos efigies femeninas figuraban entre las Vírgenes Necias. A su izquierda había dos Vírgenes Prudentes. Las dos sonreían: la primera con cierta perplejidad y la segunda como si estuviera a punto de soltar una carcajada. Ambas sostenían sus lámparas de aceite todavía llenas a la altura del pecho, y en la sonrisa de las dos Helena reconoció su propia

sonrisa.

—¿Es que no te gustan? —le preguntó su padre, y Jakob frunció ya indignado el entrecejo.

Helena buscaba las palabras, pero no encontraba ninguna. Su mirada recayó en un montón de dibujos polvorientos que estaban en el banco de trabajo, al lado de las estatuas. Se acercó y cogió dos de los pergaminos.

Los dibujos que vio en ellos reproducían su rostro. Hojeó todos los pergaminos... y en todos encontró sus propios rasgos faciales. Unas veces se la veía triste, otras feliz, y siempre en distintos grados de tristeza o de alegría.

Matilde le quitó las hojas de pergamino y las observó.

—¿Y todos estos dibujos los ha hecho el señor Gotthart? —Su mirada delataba una extraña seriedad.

—Casi todos —dijo Jacques—. Los últimos los hemos hecho entre los dos. —Y dirigiéndose a Helena—: ¡Di que no te gustan y ya está!

—Sí que me gustan —replicó Helena, y al escultor se le puso una cara radiante de alegría. Desde la muerte de Ansgar, de nuevo tenía esperanzas de conquistarla—. Sí me gustan, pero... —Helena se volvió hacia su padre—, pero entonces mi cara estará para siempre a la vista de todos en la nueva catedral.

—En cinco versiones tristes y en cinco alegres —explicó Jakob von Strassburg lleno de entusiasmo.

—A mí la idea me hace muy feliz. —De repente, al padre se le puso la voz ronca.

—Es tu contribución a nuestra obra —dijo el escultor—. Nosotros ponemos la fuerza y tú tu rostro.

«A mí nadie me ha consultado nada», tenía Helena en la punta de la lengua, pero no llegó a decirlo.

Más tarde, recorrió la plaza de la catedral entre Matilde y su padre, en dirección al Camino Ancho. Aún seguía conmocionada por el asombro. ¿Cómo podía alguien labrar en la piedra sus rasgos faciales con tal exactitud? Eso solo podía conseguirlo un hombre que la hubiera observado detenidamente. Un hombre que la encontrara guapa y que tal vez la amara.

—¿Fue de Gotthart la idea de ponerles mi cara a las Vírgenes?

—Él hizo el primer dibujo, el primer modelo y la primera estatua con tu cara —dijo el padre—. Ponerles a todas las Vírgenes tu cara, con distintas expresiones, fue idea del maestro Jakob.

«Probablemente a los dos les parezca hermosa —pensó Helena—. Es probable que los dos me amen.» No estaba segura de la opinión que eso le merecía.

El padre se inclinó sobre su oído.

—Te habrás dado cuenta de que Gotthart de Saint Leonard te ha echado el ojo —susurró—. Cuento con que algún día me pida tu mano. —El maestro Bohnsack se encogió de hombros—. Por desgracia, la fama que tiene en la ciudad no es de las mejores.

Helena pensó en el fraile Rochus. Recordó lo que había escrito en la arena del patio de la iglesia el verano del año anterior, después del beso de Moritz: *Olvídate del caballero. El hombre que Dios ha destinado para ti es otro.* Desde entonces, se había preguntado unas cien veces qué más habría escrito en la arena, si su padre no hubiera salido en ese momento al patio echando pestes.

### *A orillas del Havel, finales del verano de 1229*

Los dos margraves brandeburgueses irrumpieron en la archidiócesis con algo más de mil hombres armados. Atrás dejaron un rastro de asolamiento. Los niños y las mujeres que lloraban entre las ruinas del incendio y sus padres, maridos y hermanos muertos le recordaron a Moritz dolorosamente al asalto nocturno de su *burgwall* natal. Después de ver la calamidad, estuvo tres noches sin pegar ojo.

Al cabo de seis días, atacaron al ejército brandeburgués cuando este cruzaba el río Havel. Antes de que los caballeros y los soldados de infantería enemigos pudieran formar en orden de batalla, los caballeros y escuderos acorazados del arzobispo y del burgrave se lanzaron sobre ellos a galope tendido.

En esta primera batalla, Lothar peleó como un león. Moritz, a pie y armado



con la espada de Ansgar y el martillo de Benno, se mantenía siempre a su lado junto con unos cuantos campesinos magdeburgueses, pues Lothar, montado en el caballo blanco como la nieve de Ansgar, llamaba demasiado la atención. Rechazaron a la infantería enemiga, que atacaba a los jinetes con porras y lanzas. Con una furia inusitada, Moritz mató aproximadamente a una docena de brandeburgueses.

No muy lejos descubrió a Gotthart de Saint Leonard, que combatía en el segundo asalto. Junto a él luchaban Botho von Schwerin y sus escuderos. El de la cabeza de toro y los suyos dejaron un reguero de sangre en las filas enemigas.

A Moritz no le había sorprendido verlos en el ejército del burgrave Burchard. En el campamento y durante la marcha, Lothar y él habían evitado cruzarse con los de Schwerin. Se habían reservado el enfrentamiento con ellos para la batalla que tarde o temprano se presentaría. Y esta tendría que terminar con la muerte... de Lothar y Moritz o de los de Schwerin.

Cuando los caballeros brandeburgueses reconocieron que perderían en el choque, volvieron grupas. Sus soldados de infantería los siguieron dando trompicones. Lothar atropelló a unos cuantos con el caballo y persiguió a los caballeros rivales. Moritz y sus compañeros de armas, los campesinos, querían perseguir a los que huían, pero de repente se oyó un silbido en el aire y una lluvia de flechas cayó sobre ellos: los arqueros y ballesteros brandeburgueses aseguraban la retirada de sus hombres.

Unos cuantos magdeburgueses fueron alcanzados y cayeron en la hierba. Moritz vio cómo Gotthart alzaba los brazos y se caía del caballo. Corrió hacia él. Una flecha le asomaba al francés por el cuello, y un virote de ballesta por el pecho. El pesado proyectil sencillamente le había atravesado la cota de malla.

Moritz oyó sus jadeos detrás de la visera y se la levantó. La cara de Gotthart tenía el color de una ciruela sin madurar. Le temblaban los labios; las gotas de sudor que perlaban su frente eran grandes como los ojos de una carpa.

—No quiero morir todavía —gimió—. Ayúdame, Moritz; tengo tanto miedo de ir al infierno... —Moritz se incorporó y miró hacia la orilla del río: montado en su blanca yegua, Lothar derribó de la silla a un caballero

brandeburgués; la infantería magdeburguesa le rodeó—. Ayúdame, Moritz, te lo suplico...

Moritz miró hacia el otro lado y divisó en el tumulto la bandera del conde de Käfernburg. El arzobispo Albrecht acaudillaba a un grupo de caballeros dispuestos a luchar. Detrás, a cien varas escasas, rodaban los primeros carros con la impedimenta.

—Dios se apiade de mí —resolló Gotthart—. Dios, no me condenes por mis numerosos pecados...

Moritz miró al hombre que respiraba con dificultad y se lamentaba a sus pies. Pensó en la noche de la cantera, pensó en su Helena robada, y un odio cervical le oprimió las entrañas. Miró a su alrededor y alzó el martillo de forja.

—Dios se apiade de mí, pobre pecador. —Unas lágrimas se deslizaron por la cara amoratada de Gotthart y se mezclaron con las gotas de sudor—. Jesucristo, no me cierres tus puertas...

Moritz vaciló. Ante su inminente muerte, de repente el francés le dio pena, y bajó el martillo.

Gotthart no parecía enterarse de nada.

—No tengas en cuenta mis grandes pecados, querido Jesús; sálvame y así te serviré para siempre...

Moritz pensó en las Diez Vírgenes y en lo significativas que serían para la catedral de la luz de Magdeburgo. No, el francés no moriría a manos suyas. De modo que echó a correr en busca de un carruaje y un cirujano sangrador.

Una hora más tarde, todo había terminado, y los brandeburgueses habían huido por el Havel o río arriba. Lothar había matado a tres caballeros y siete escuderos, y había hecho prisioneros más o menos a otros tantos. Esa misma noche, el burgrave Burchard le nombró caballero.

El destino había concedido de nuevo al escultor Moritz y al caballero Lothar otra prórroga para su enfrentamiento con los de Schwerin.

A los dos días, se enfrentaron a los brandeburgueses en un pequeño pueblo situado a orillas del Havel. Y de nuevo participó Lothar en el primer ataque de la caballería, y otra vez luchó Moritz acompañado de un grupo de campesinos

y artesanos magdeburgueses, todos ellos a pie.

Esta vez, los caballeros y la infantería de los margraves se mostraron prevenidos y recibieron a los hombres del arzobispo formando filas ordenadas. Al arremeter contra ellos, no pocos caballeros magdeburgueses cayeron al suelo cuando la infantería enemiga enarboló sus largas lanzas y los arqueros enemigos lanzaron sus flechas al cielo.

Lothar no figuraba entre ellos; las flechas rebotaban contra su escudo y su coraza. Dando un salto temerario, logró que *Fee* no reparara en la primera fila de lanceros, y su espada se abatió imperiosamente a derecha e izquierda sobre las cabezas de los brandeburgueses. Lothar combatió con el ardor y el entusiasmo de un caballero recién nombrado. Respaldado por Moritz y sus compañeros de armas, se internó hasta el fondo de la posición enemiga.

Sin pensárselo demasiado, Moritz daba lanzazos y martillazos a diestro y siniestro. De nuevo le salió toda la rabia acumulada, todo el odio atesorado. Olvidado por completo de sí mismo, solo pensaba en golpear y aniquilar.

Como es natural, no solo corrió el rumor de su osada e implacable manera de luchar en el ejército magdeburgués, sino también entre los enemigos. Si al principio de la batalla todavía le atacaron cuatro jinetes brandeburgueses acorazados para liquidarle, al final, cuando los cuatro yacían en la hierba de la orilla heridos o muertos, la mayoría de los brandeburgueses, en cuanto veían que se acercaba, buscaban su salvación dándose a la fuga.

Al cabo de menos de tres horas, la batalla estaba más o menos decidida: los piqueros y caballeros del arzobispo y del burgrave acorralaron a los enemigos en un recodo del río en el que el talud de la orilla estaba muy escarpado y la maleza y la fronda del bosque eran casi intransitables. Muchos se rindieron; solo unos cuantos grupos dispersos de brandeburgueses siguieron oponiendo resistencia.

Un jinete acorazado salió trotando del bosque fluvial; sobre él se balanceaba el escudo de Schwerin: la cabeza de toro negra. El jinete iba extrañamente torcido sobre la silla de montar y, cuando su caballo le llevó hasta Moritz, este reconoció al escudero al que había visto el verano anterior ante la herrería de Benno. Por el muslo le asomaba una lanza rota. A su espalda, tumbado en el caballo, yacía muerto un segundo escudero del de la

cabeza de toro.

Moritz dejó que siguiera trotando y dirigió la mirada hacia el camino por el que había venido, que conducía hacia el interior del bosque.

Un caballero llegó galopando en un corcel blanco como la nieve: Lothar montado sobre *Fee*.

—¿Has visto por alguna parte al de Schwerin? —gritó, antes de tirar de las riendas y detener a la blanca yegua junto a Moritz. De la visera abierta de Lothar y de su coraza manchada de sangre salía vapor—. ¡Se ha escapado, el muy canalla; es como si se lo hubiera tragado la tierra!

—Creo que ha perseguido a varios brandeburgueses hasta el interior del bosque fluvial. —Moritz señaló hacia el camino que salía de la linde del bosque—. Por ahí acaban de venir dos de sus escuderos. Uno muerto y el otro, herido. —Apenas había terminado de decirlo, cuando Lothar volvió grupas y fue galopando hacia la linde del bosque—. ¡Espérame! —Moritz corrió tras él—. ¡Que me esperes!

Pero Lothar no le oyó —¿o no quiso oírle?— y se adentró en el bosque. Poco después, también Moritz recorría a paso cargado el bosque por el que había llegado el escudero de Schwerin. Aún se resentía del esfuerzo de la batalla; le dolían todos los huesos y le pesaban las piernas.

El camino se estrechó y se convirtió en un sendero, hasta que este se perdió entre matorrales. *Fee* estaba atado entre tres abedules; Lothar se había adentrado más en la espesura a pie. Moritz se fue abriendo camino con la espada a través de la maleza. Enseguida oyó ruido de gente que luchaba.

Entre un puñado de luchadores, en un pequeño claro situado a orillas del Havel, Moritz reconoció a Botho von Schwerin.

El de la cabeza de toro luchaba entre dos sauces contra un caballero de Brandeburgo y tres soldados de infantería vestidos de campesinos, que le agredían con mazas y lanzas. Su coraza negra estaba muy abollada y arañada, y por su yelmo negro ya solo asomaba un cuerno de toro plateado.

Al menos siete muertos y heridos yacían o se retorcían en el claro del bosque, sobre la hierba teñida de sangre. Moritz descubrió también al tercer escudero del de Schwerin entre los caídos y, a su lado..., a Lothar.

*¡No!*

Moritz se quedó como si hubiera echado raíces. Lothar no se movía. Por su yelmo partido asomaba media hoja de un hacha de carnicero. Como agua de una fuente manaba sangre del yelmo hendido. ¡Pero si acababa de estar hablando con él! Aunque Moritz sudaba, de repente le entró el frío.

Los cuatro brandeburgueses acorralaron a Botho y, seguros de su victoria, le gritaron que se rindiera de una vez. Y efectivamente, el de la cabeza de toro tuvo que retroceder paso a paso hasta la escarpada orilla.

Moritz apartó por fin la mirada del fallecido Lothar. No perdió de vista al de la cabeza de toro. Pensó en su madre y en cómo esta le había escupido al guerrero de la nariz partida. Pensó en la cabeza cortada de Ansgar, llevada por él a su banco de trabajo la misma noche de la muerte de Ansgar para dibujar su cara.

Finalmente, logró sacudirse de encima la rigidez provocada por el susto. Moritz alzó el martillo y la espada.

—¡Maldito asqueroso! —gritó entonces. Salió de la maleza y se lanzó hacia la espalda de los brandeburgueses.

El de Schwerin aprovechó la confusión de estos y derribó primero al caballero y luego a uno de los campesinos. Al tercer enemigo le partió Moritz el cráneo con la espada. El cuarto se salvó saltando al Havel.

Moritz clavó su espada manchada de sangre en el suelo, agarró el martillo de forja y se recostó contra el tronco del sauce. El agotamiento causado por tres horas de combate le afectaba a todos los huesos. A doce pasos de distancia, el de la cabeza de toro se levantó la visera y, respirando con dificultad, se apoyó en su espada. Así pasaron un rato largo, el uno frente al otro, mirándose a los ojos.

—Fue Ansgar von Lund el que te liberó, ¿verdad? —rompió en algún momento el silencio el de Schwerin, cuya estrecha cara tenía un aspecto aún más demacrado que por aquel entonces, en aquella noche aciaga.

Moritz asintió con la cabeza.

—Él, su escudero y el herrero.

El de Schwerin miró hacia el muerto Lothar y asintió lentamente.

—¿O sea, que también el herrero? —Su rostro esbozó una sonrisa amarga—. Podría habérmelo imaginado. ¿Es ese su martillo, el que sostienes en la

mano?

Moritz hizo un gesto afirmativo y señaló la hoja que asomaba por la hierba.

—Y esta es la espada del caballero Ansgar von Lund.

—Tírala; trae mala suerte. —Moritz no contestó nada. Botho sorbió por la nariz y lanzó un escupitajo sanguinolento—. Y ahora dime quién mató a golpes a Slawomir von Rügen y a sus compañeros de armas y escuderos.

—Entre Ansgar von Lund, Lothar de Magdeburgo y Benno, el herrero. Quién mató a golpes a quién, eso no lo sé.

—¡Pero si estabas con ellos! Tienes que saber quién mató a palos a Slawomir.

—Nadie mató a golpes al caballero de Rügen. —Moritz no quiso ensuciarse la boca con su nombre—. ¡Lo estrangulé yo!

—¡¿Tú?! —La figura nervuda del de Schwerin se tensó—. ¡Maldito perro! —Agarró la espada e hizo amago de abalanzarse sobre Moritz—. Pero de repente se lo pensó, se detuvo y volvió a apoyarse en su arma—. En fin —dijo—, ahora estamos a la par. —Con el dorso de la mano, se limpió la boca y la nariz—. Como acabas de salvarme el pellejo, respetaré yo el tuyo. —Con un movimiento de cabeza señaló hacia la senda del bosque por la que había venido Moritz—. Y ahora lárgate de una vez. —Se echó la espada al hombro, dio media vuelta y, con las piernas esparrancadas, se dirigió hacia la linde del bosque.

—¿El del hacha también combate en el ejército del arzobispo? —le gritó Moritz a su espalda.

El caballero se volvió.

—¿Qué? ¿Quién?

—El gordo de la barba gris, el del hacha; ¿estás sordo o qué? Le falta el meñique en la mano derecha; tú le conoces. Y los otros, los que entonces asaltaron contigo el *burgwall* en el bosque costero, ¿siguen siendo tus compañeros de armas? ¿Luchan también bajo el blasón de Schwerin?

Los ojos de Botho se estrecharon de repente. Durante tres segundos, se quedó rígido como un palo, mirando a Moritz como se mira a un enemigo al que se creía muerto.

—¿Tú por qué sabes eso, muchacho?

—El del hacha mató a golpes a mi padre, el de Rügen pretendía quedarse con mi madre y tú querías arrebatársela. Entonces ella te escupió.

Ahora al de Schwerin se le quedó la boca abierta; las cicatrices del puente de la nariz partido parecían más pálidas que nunca. De repente le vino el recuerdo; Moritz lo notó por su gesto relajado: lo reconocía fríamente y con cierta satisfacción.

—¿A quién de mi familia mataste tú? —Ni una palabra afloró a los labios del de la cabeza de toro, que se limitó a mirar a Moritz en silencio—. Al de Rügen lo estrangulé en el penúltimo invierno, y ahora te tengo a ti delante, Botho von Schwerin. Dime dónde puedo encontrar al del hacha del pelo gris y a los demás, antes de que te mande al infierno.

El de Schwerin, sin embargo, no decía nada. Agarró la espada con las dos manos y se acercó a Moritz. Este sacó la suya de la hierba, tomó impulso y la lanzó hacia el de la cabeza de toro. Botho la esquivó y desvió la espada, que volaba en espiral, con la suya propia. Entonces, Moritz tomó impulso con el martillo de forja y lo arrojó hacia el de Schwerin.

Emitiendo un horrible crujido, la cabeza del martillo alcanzó la frente de Botho. Moritz saltó hacia él y cogió la espada de Ansgar de la hierba. Con un golpe rápido y enérgico, le cortó la cabeza al de Schwerin.

A la mañana siguiente, llevaron a los dos margraves brandeburgueses y a sus condes y caballeros capturados ante el arzobispo. Los margraves eran solo un poco mayores que Moritz. Junto con sus vasallos se arrodillaron ante Albrecht y pidieron clemencia.

El burgrave echaba espumarajos de rabia porque había perdido a más de veinte hombres. Sobre todo le dolía muchísimo que el joven caballero Lothar hubiera caído. En venganza, quería decapitar a los caballeros y a los condes y llevarse a los jóvenes margraves a Magdeburgo para encerrarlos en el calabozo de su castillo, hasta que sus familias estuvieran dispuestas a pagar un alto rescate. Pero el arzobispo se lo impidió.

—Ya ha corrido bastante sangre —dijo Albrecht.

Luego ordenó a los dos margraves que se levantaran. Una vez puestos en pie

y con la cabeza agachada, les gritó y les increpó por haber irrumpido en su archidiócesis y por haber causado tanto dolor y tanta desgracia.

Después de reñirles durante un rato largo, cuando al fin desahogó su ira, dijo en voz baja:

—Os perdono gracias a vuestra juventud. Prometedme no volver a alzar la espada nunca contra mi archidiócesis.

Los dos margraves se lo juraron al arzobispo por Dios y por la Virgen Santísima. A continuación, ellos y sus caballeros prometieron solemnemente pagar una determinada cantidad para la construcción de la catedral de Magdeburgo. Acto seguido, cabalgaron con el arzobispo y el burgrave hasta la iglesia más próxima y celebraron una misa de reconciliación.



## Crecimiento

*Magdeburgo, septiembre de 1229*

Al tercer día de la Feria del Señor, el arzobispo y el burgrave regresaron a Magdeburgo. Desde todas las torres de las iglesias sonaron las campanas. Matilde estaba con Mónica, Jacques, Helena y el fraile Rochus en el Camino Ancho, entre la jubilosa multitud, cuando Albrecht y Burchard, a la cabeza de sus caballeros y soldados de infantería, cruzaron la puerta de Sudenburg e hicieron su entrada triunfal en la ciudad. La noticia de la victoria había llegado hacía unos días a Magdeburgo. Y que Albrecht había perdonado a sus enemigos, también. Matilde le bendijo por ello.

Al poco tiempo, los primeros gritos de alegría acallaron el júbilo: las mujeres reconocían a sus maridos, hijos o hermanos entre los que regresaban a casa. Y un poco más tarde, se oyeron también los primeros gritos de dolor. No todos descubrieron a sus seres queridos en el ejército.

—Esto es un ir y venir —murmuró Matilde—. ¿Por qué has dispuesto las cosas de modo que amar y vivir puedan hacer tanto daño? —Se santiguó—. Pero ¿quién soy yo para darte instrucciones?

De repente, Mónica pegó también un grito. Matilde la miró y vio que se llevaba la mano izquierda a la boca, vio sus ojos de espanto y vio cómo señalaba con la mano derecha hacia la comitiva. Hacia un caballo blanco montado por uno que iba con los hombros caídos.

No era Lothar, sino Moritz, el que montaba la blanca yegua. Helena le saludó aliviada, radiante de alegría: todavía no había entendido la situación.

El sombrío semblante de Moritz apenas se iluminó al devolverle el saludo.

Matilde observó cómo Mónica se abría paso hacia la comitiva, paraba a un soldado de infantería y hablaba con él, un campesino de la Ciudad Nueva. El rostro de este se ensombreció al contestarle, y ahora Mónica se tapó la boca con las dos manos.

—A unos los entregas a la muerte —murmuró Matilde—; a otros los proteges ofreciéndoles tu mano. ¿Quién soy yo, mísera de mí, para pedirte explicaciones? —Sonrió con melancolía y siguió a Moritz con la mirada—. Hace dos días ha cumplido veinte años —susurró—. ¿Qué será de él? Solo tú lo sabes.

Más tarde, acompañó a las monjas cistercienses, al cirujano sangrador y a un curandero de Magdeburgo al hospital del Espíritu Santo. Allí habían llevado a los heridos. Entre ellos figuraba también el señor Gotthart. Este había perdido mucha sangre, se le habían infectado las heridas y tenía tanta fiebre que se le nublaba la conciencia.

Matilde cogió una banqueta y se sentó a los pies de su lecho.

—Dale un par de años de vida —susurró—; dale tiempo para que se convierta.

En sueños, Gotthart de Saint Leonard hablaba en francés. No obstante, Matilde entendió que invocaba a Dios y a la Virgen Santa. A veces, llamaba a su padre. Eso le extrañó a Matilde porque casi todos los moribundos llamaban a su madre. A menudo se protegía la cara con los brazos, o meneaba la cabeza de acá para allá, o gritaba dando manotazos. De vez en cuando, hablaba en susurros con gente que solo él podía ver. A algunos de los invisibles quería echarlos de su lecho, a otros les pedía y les suplicaba perdón; eso sí lo entendía Matilde. Seguramente, Gotthart no sabía lo que decía.

El secretario Conrad, el último criado que le quedaba, estaba sentado en el jergón del febril herido, meneando desconsolado la cabeza. Gotthart no le reconoció.

—Fíjate cuántos demonios le asaltan —susurró Matilde—; mira cómo tiene el alma de desgarrada. Tómala en tus misericordiosas manos y sálvala.

Pronto llegaron también el maestro Bohnsack y el arzobispo Albrecht a la cama de su escultor. Gotthart no reconoció a ninguno de los dos.

El cirujano lo examinó y le curó las purulentas heridas. Luego se incorporó y miró en silencio primero al arzobispo y luego al maestro de obras. Por último, se encogió de hombros y negó con la cabeza. Los hombres pusieron cara de contrariedad y abandonaron el hospital.

—¿Se preocupan por él o por las Diez Vírgenes? —musitó Matilde—. Solo tú puedes ver sus corazones. —Se quedó toda la noche y todo el día siguiente junto al lecho del señor Gotthart, rezando por él.

En las semanas que siguieron a las primeras nieves, iban creciendo —capa de piedra tras capa de piedra— las torres, los pilares torales, los muros del transepto y, en el coro alto, las paredes y arcadas de la galería episcopal. Todos los días, después de las clases en la escuela catedralicia, Matilde hacía su peregrinaje por las obras y admiraba los progresos. Y es que la escuela catedralicia, en el edificio de clausura de la catedral demolida, solo distaba unos pasos de las obras.

Para entonces, los carpinteros ya habían encofrado la segunda bóveda de la galería episcopal. Con la grúa de rueda izaban ya hacia el coro alto los encofrados arqueados para la tercera bóveda, la cimbra, como la llamaban. Esta mantenía unidos los ladrillos de bóveda de cada una de las nervaduras con la clave, y solo se retiraba de nuevo cuando ya se había secado el mortero. Antes de las primeras nieves tenía que estar acabado el esqueleto de la tercera bóveda de crucería.

Jakob von Strassburg, Moritz y un escultor nuevo que había venido de Bamberg trabajaban en los fustes y los capiteles de las columnas de la arcada. Y el maestro Bohnsack, con su sombrero arrugado, su mono polvoriento y su mandil, recorría las obras a la velocidad de una comadreja. El maestro de obras parecía estar en todas partes, aplicando aquí la cantonera y allí la plomada, y ningún albañil, cantero o carpintero, podía estar seguro de su trabajo antes de que él utilizara su jalón y su compás de obra. A veces los elogiaba, otras los reprendía y otras les gritaba tanto que su voz grave retumbaba por todas las obras. Y siempre les metía prisa.

—Consérvanos al maestro Bohnsack —murmuró Matilde—. Él sabe con

exactitud cuánto ha de crecer la catedral antes de que irrumpa el invierno.

Matilde vio crecer también a los hijos de Mónica. A principios de octubre estaba en la herrería cuando Nikolaus dio sus primeros pasos de la mano de su abuelo, el viejo Nikolaus. Para entonces, este había venido desde el Saale con una joven criada de Holstein y un carro tirado por bueyes cargado con sus pertenencias, para poder alimentar a su nuera y a sus nietos con el trabajo que desempeñaba en la herrería de la *Bauhütte*.

Del castillo de Rudelsburg se había traído a un joven al que le enseñaba el arte de la forja. Se llamaba Bodo y cojeaba mucho.

Y Moritz también creció. En cuanto a honor, rango y posesiones.

Desde la batalla contra los brandeburgueses, se había vuelto meditabundo. Y más cerrado todavía que antes. Un cantero le contó a Matilde que su modelo de San Mauricio se parecía al caballero Ansgar.

El domingo posterior a la acción de gracias por la cosecha, el arzobispo y el preósito del cabildo fueron cabalgando con él a la Ciudad Nueva. Matilde y Dietrich los acompañaron en el coche del canónigo. El arzobispo poseía bosques y terrenos en los alrededores de Magdeburgo, así como algunas casas y quintas en el interior de las murallas de la ciudad. También le pertenecía una pequeña granja situada junto al muro occidental, todavía en construcción, de la Ciudad Nueva.

Los últimos inquilinos de la granja, una familia de campesinos, se habían mudado a un pueblo emplazado en la orilla oriental del Elba para hacer del terreno pantanoso un campo cultivable. El arzobispo le regaló a Moritz la granja y, además, uno de sus bosques, al oeste de la Ciudad Nueva.

—Por habernos salvado de males peores en el accidente del año pasado y por haber combatido con tanto arrojo en la guerra contra los brandeburgueses —dijo.

Moritz no sabía dónde meterse, y a duras penas encontró palabras adecuadas para expresar su agradecimiento. El arzobispo sonrió con indulgencia y le

bendijo. Y Dietrich von Dobin le explicó al escultor wendo que, a partir de ahora, podía ser elegido para el ayuntamiento de la ciudad de Magdeburgo o incluso ser llamado a ocupar un puesto en el Tribunal de Escabinos.

—Hay tantos que han luchado con valentía, ¿verdad? —susurró Matilde—. Sin embargo, Albrecht le ha tomado apego al wendo. De eso te has encargado tú.

Le dio las gracias de todo corazón por el afecto del arzobispo y por el inesperado regalo. Si alguien se lo había merecido, pensaba, ese era Moritz. Todo el salario que le pagaba el maestro Bohnsack lo repartía con la viuda del herrero y sus hijos. Incluso ahora, cuando el suegro de Mónica llevaba la herrería; pero este tenía que pagarle a su aprendiz.

Durante los últimos y agradables días del otoño, Matilde iba con frecuencia a pasear por las praderas del Elba con Moritz y con Helena. Casi siempre los acompañaba Mónica con sus hijos, y a veces también el fraile Rochus y el escultor de Estrasburgo; parecía que el rubio Jakob le había echado el ojo a la viuda. Y siempre se quedaban un poco rezagados Moritz y Helena. A Matilde le habría gustado saber qué tenían que contarse esos dos.

Gotthart se libró de la muerte por los pelos, pero se libró. Y a lo largo de noviembre, creció en él la certidumbre de que no le quedarían secuelas de sus heridas de guerra ni de su larga enfermedad.

—Ojalá dedique su vida a agradeceréte —rezó Matilde, cuando a finales de noviembre el francés salió del hospital del Espíritu Santo y volvió a la casa de la viuda, en el Camino Ancho. Poco después, cayeron las primeras nieves.

Después de Navidad, Helena le contó a Matilde que el señor Gotthart iba a trabajar con Jakob von Strassburg en la sexta de las Diez Vírgenes.

El Año Nuevo empezó con nieve y heladas. En la última semana de enero, Helena festejó su vigésimo cumpleaños. El maestro Bohnsack mandó matar un cerdo y escanciar vino de Turingia.

Entre otros muchos, ese día fue también Matilde a la casa del maestro de

obras, junto al patio de la iglesia de San Sebastián, para agasajar a Helena. Entre los invitados también figuraban hombres que le hacían la corte: Moritz, el de Bamberg y Gotthart de Saint Leonard. Moritz le regaló a Helena un espejo de mano plano de mármol negro y cristal taraceado.

En esa época también creció la propia Magdeburgo hasta alcanzar un tamaño solo superado entonces por Colonia, la famosa ciudad del Rin.

La ampliación de la muralla de la ciudad hacia el norte se terminó en otoño. El arzobispo Albrecht otorgó a la colonia de Neustadt (Ciudad Nueva) el fuero urbano, de tal modo que en lo sucesivo pertenecía a Magdeburgo.

La orden de San Francisco —los denominados «hermanos minoritas»— se trasladó desde la Ciudad Nueva al casco antiguo, e hizo de Magdeburgo su sede principal en el Sacro Imperio Romano. Los mercaderes fundaron establecimientos comerciales en la ciudad, y los monasterios enviaron eruditos para impulsar los estudios e impartir clases en la escuela catedralicia.

En el año 1231, el abad parisino de los hermanos minoritas envió a Magdeburgo al célebre erudito Bartholomeus Anglicus. El inglés debía escribir un libro sobre todas las cosas y todos los seres conocidos del mundo y registrar todo cuanto se supiera en la época sobre ellos. En Magdeburgo había muchos libros, infolios y manuscritos que el erudito monje necesitaba para su enciclopedia.

Matilde se ganó rápidamente su confianza. Le ayudaba en su trabajo, pidiéndole a cambio que enseñara a Moritz a leer y escribir.

Bartholomeus Anglicus estudiaba y escribía en el *scriptorium* de los hermanos minoritas, y como Matilde entraba y salía de allí cuando quería, se enteró de que el monje se había traído de París un mensaje secreto de un cardenal. Un mensaje para Gotthart de Saint Leonard.

En la Corte italiana del emperador Federico, el nombre y la fama de la ciudad del Elba estaban en boca de todos, pues el arzobispo Albrecht de

Magdeburgo figuraba entre los hombres de confianza del emperador. Este le invistió en Italia de varios cargos políticos. Esa era la razón por la que el arzobispo Albrecht viajaba allí con tanta frecuencia.

A principios del verano de 1231, emprendió de nuevo un viaje al sur a través de los Alpes. Este sería su último viaje.

### *Principios del verano de 1231*

Por la mañana zarpó el barco del arzobispo y, remontando el río, se dirigió hacia el sur. Matilde había ido al pequeño puerto a despedirle junto con cientos de magdeburgueses. Durante un rato largo, todos dijeron adiós con la mano a la pequeña galera, hasta que se perdió de vista.

Por la tarde, Matilde encontró a Moritz en las obras de la catedral. Cuando, a la espera del crepúsculo, deambulaba por la girola, lo vio en el coro. Sentado sin moverse en los escalones del altar mayor, el wendo observaba una escultura grande y oscura que se hallaba ante una columna de la arcada. Un candelabro con cinco lámparas de aceite ardía en el banco de trabajo, junto a la escultura.

A través de la arcada axial, Matilde se acercó al coro y saludó a Moritz.

—¿Qué haces ahí? —quiso saber.

—Estoy estudiando esta efigie de san Mauricio.

—¿Tu Mauricio ya está terminado? —preguntó Matilde, asombrada.

—Acabo de empezar a labrar el tosco macizo de piedra. Llegó hace un par de días en barco desde Dresde. —Con un movimiento de cabeza, Moritz señaló la gran escultura—. Este Mauricio de aquí tiene ya sesenta años. Hasta que se incendió la ciudad, estuvo en la antigua catedral.

—Yo no conozco esta figura. —Matilde se detuvo ante la efigie de piedra. Representaba un caballero, pero uno de tiempos muy remotos: el escudo era alargado y en punta, la armadura parecía de la Antigüedad; el caballero sostenía la espada con la hoja hacia arriba y el yelmo se asemejaba a una corona. Pero lo que más raro se le hizo a Matilde fue el rostro—. Qué cara más rara tiene —dijo—; parece un hombre del Oriente.

—Es un hombre del Oriente —dijo Moritz—. San Mauricio y su Legión Tebana procedían de Egipto. Esa parte de África muchos la atribuyen todavía al Oriente.

—¿Por qué sabes todo eso?

—Por el padre Bartholomeus.

—Lo he visto hoy en el mercado. Me ha parecido que estaba muy triste.

—Es que lo está —dijo Moritz—. Hace unos días, un mensajero trajo al monasterio de los hermanos minoritas una triste noticia: su fundador ha muerto.

—¿San Francisco está muerto? —De eso no se había enterado Matilde.

—Sí. También él debía de tener la piel bastante oscura... de la vida al aire libre y del sol meridional. El inglés dice que en Egipto la gente tiene la piel bronceada. —Moritz señaló la escultura—. Como este.

Solo ahora reparó Matilde en el modelo de cera que Moritz tenía delante, sobre un pergamino. Se inclinó sobre el banco de trabajo y lo miró más detenidamente. Un dibujo a carboncillo, ya empaldecido, cubría el pergamino: la cara de Ansgar. Cogió el modelo y lo observó con atención. Representaba un caballero con lanza y espada: Ansgar con toda su armadura.

—El arzobispo no está del todo satisfecho con mi modelo —dijo Moritz con el gesto enfurruñado—. Quiere un san Mauricio al que se le note su lejana procedencia. Dice que, en su día, la gente tiene que comprender ante la nueva escultura de san Mauricio que la misericordia y gloria de Dios alcanza hasta los confines del mundo. Y no solo hasta Dinamarca.

—Pues entonces haz un Ansgar de piel oscura.

—Ya lo había pensado yo también. —Moritz asintió pensativo—. Cuando era muy pequeño, conocí a un hombre de piel muy oscura. —Se acordaba del moro que le había salvado de morir de hambre—. Era un buen hombre. Tal vez debería representar a san Mauricio de moro.

—¿Un santo negro? —Matilde abrió los ojos y la boca de par en par—. ¡Imposible! ¡Ningún escultor ha hecho nunca nada semejante!

—En tal caso, yo sería el primero. —Moritz se encogió de hombros—. Creo que Ansgar era para el arzobispo demasiado ruidoso y demasiado frívolo. No quiere que alguien como él encarne a san Mauricio. Al propósito del cabildo,



en cambio, le gusta mi Mauricio.

—Al hermano Wilbrand le gusta todo lo que lleve lanza y espada.

—Puede que tengas razón. —Una sonrisa fugaz iluminó las facciones angulosas de Moritz, y Matilde cayó en la cuenta del tiempo que hacía que no le veía sonreír—. Pero este otro tampoco le gustaba al arzobispo Albrecht. — Señaló la antigua figura de san Mauricio, la del hombre del Oriente—. No lo considera suficientemente natural. Lo ve más como una efigie en piedra que como un ser humano real.

—Tu Ansgar parece una persona real. —Matilde volvió a colocar el modelo en el banco de trabajo—. Entonces ¿qué vas a hacer?

—Cuando Albrecht regrese de Italia, quiere ver un nuevo modelo. Y antes me dijo que examinara más detenidamente las figuras de la antigua catedral. Sobre todo a ese de ahí. —Moritz señaló con la barbilla al hombre procedente del Oriente—. Ya no puedo ni verlo.

—Hoy saldrá de nuevo la luz.

Moritz frunció el entrecejo.

—¿Qué luz? —El repentino cambio de conversación le desconcertó.

—La hermosa luz de Dios. —Matilde miró sonriente hacia todos lados. Tras las ventanas del deambulatorio se iba haciendo de noche—. Ya puedo sentirlo.

—¿Te va a dar otra vez uno de tus leves delirios?

—Ven conmigo. —Matilde no hizo caso del suave tono de burla que había en la voz de Moritz—. Quizás esta vez se te aparezca también a ti san Mauricio. —Volvió a la arcada axial e hizo una seña a Moritz para que la siguiera—. Es posible que esta vez Dios te obsequie con una visión de su figura o incluso de su cara, para que puedas hacer un modelo mejor.

—Qué cosas dices. —Moritz se puso de pie—. A veces me pregunto si la gente no tendrá razón.

Un poco en contra de su voluntad, la siguió hacia la capilla axial. Allí se sentaron en el sarcófago de la reina Edith. Matilde no quiso saber en qué podría tener razón la gente.

Durante un rato largo no cambiaron una palabra; estuvieron sentados en silencio mientras, poco a poco, iba oscureciendo tras las ventanas del coro. Moritz seguía sumido en sus pensamientos y Matilde movía los labios rezando

para sus adentros. Moritz no veía una luz por ninguna parte, ni se le aparecieron san Inocencio o santa Catalina o incluso san Mauricio. Tampoco se lo esperaba.

—El francés le ha pedido al maestro Bohnsack la mano de Helena —dijo Moritz en algún momento—. ¿Lo sabías?

—Me lo ha contado Helena. —Matilde cerró los ojos—. ¿Y tú? ¿Qué haces tú para ganártela?

—Ya lo sabes. Le hago regalos y voy a pasear con ella.

—Contigo se muestra distinta que antes, ¿no? —Matilde rezó en silencio.

—Eso creo yo también. No, lo siento.

—Te tiene mucho respeto. Como tantos otros.

—Yo no necesito respeto.

—Todo el mundo lo necesita. Y tú te lo has merecido de verdad. —Matilde hablaba en voz muy baja—. Pero Helena no solo te aprecia, sino que te quiere. —Abrió los ojos y miró la cara meditabunda de Moritz—. ¿Sabe lo que sientes por ella?

—¿Crees que debería decírselo? —Moritz suspiró y se pasó la mano por su melena rizada, que ya le llegaba hasta los hombros—. No se me da muy bien lo de hablar. Si supiera escribir mejor, le escribiría una carta.

—Inténtalo de todas maneras.

Moritz se quedó ensimismado, revolviéndose el pelo y rascándose pensativo la barba.

—Gotthart ha recibido una carta de París. Dicen que el rey de Francia le va a ascender a conde dentro de poco. ¿Tú te lo crees?

Como Matilde no respondió, Moritz siguió dándole vueltas a sus sombríos pensamientos.

Pronto se instaló la noche cerrada en la girola.

—Probablemente, el maestro Bohnsack se la entregue como esposa —continuó Moritz en voz baja y en un tono melancólico. Matilde abrió los ojos y se incorporó—. No querrá dejar escapar a un conde para su hija. —Moritz hablaba como si pensara en voz alta—. Además, está muy impresionado porque Gotthart les ha puesto a las Diez Vírgenes el rostro de su hija. Por cierto, esa cara me pertenece. Semanas antes del accidente, ya había empezado

a esculpir a Helena. Y mucho antes ya la había dibujado.

—Me lo imaginaba —susurró Matilde. Moritz entornó los ojos para ver la silueta de Matilde, que seguía sentada como si esperara oír algo en la oscuridad del coro.

—¿Me estás escuchando? El francés me robó el dibujo y el modelo. Ojalá se hubiera muerto.

—Chis... —Matilde palpó su mano y se levantó.

—Con toda sinceridad, después de la batalla del Havel me habría gustado...

—Chisss... —Matilde tiró de él hacia arriba y lo condujo hacia el coro—. Ya vienen. Fíjate bien en la luz; ya están ahí.

—Sí —dijo Moritz—. Ha salido la luna y su resplandor llega hasta el coro.

—La luz de Dios. ¿Ves cómo se pasean por el coro? —Matilde le agarró del hombro y lo atrajo hacia sí—. Ahí, junto a la tumba del emperador. Mira bien. Están hablando entre ellos de su martirio. Presta atención a lo que dicen.

## Intermezzo II

*Los Alpes galos, verano de 285 d. C.*

Hacia mediodía del día siguiente, los tres oficiales de más alto rango salieron de la tienda de campaña del primer centurión. Entre los cuatro habían preparado la carta al emperador. Mauricio la había redactado y puesto por escrito.

Se dirigieron hacia el centro del campamento. A Mauricio le pesaban las piernas. Nadie había pegado ojo: la mitad de la noche habían estado hablando con los legionarios y la otra mitad devanándose los sesos con la carta. ¿Qué les depararía el futuro? El centurión no quería ni pensarlo.

Cándido llamó al corneta, cuando los primeros legionarios ya se levantaban de las fogatas. Entre las tiendas de campaña apareció el corneta y, con su instrumento en la mano derecha, corrió hacia los oficiales. Inocencio le ordenó que tocara el lituo para que se reuniera la cohorte. El legionario se llevó el instrumento a los labios y sopló tres veces. El sonido metálico rebotó contra las escarpadas paredes, a derecha e izquierda de la garganta del valle.

Ahora también se levantaron de las fogatas y se acercaron los últimos legionarios. Los que aún seguían en las tiendas de campaña se asomaron y corrieron hacia el centro del campamento. Los que todavía tenían algo que hacer en la dehesa caballar se acercaron con los esclavos palafreneros. Poco a poco se fue reuniendo toda la cohorte y los cuatro oficiales en el centro del campamento. Entre las tiendas de campaña, las mujeres se congregaron formando pequeños grupos. Mauricio descubrió también a algunas en medio de sus legionarios.

—¡Silencio! —pidió Cándido—. ¡Va a hablaros vuestro centurión,

legionarios!

Mauricio alzó la voz.

—La carta dirigida al emperador, cuyo contenido elaboramos entre varios ayer por la tarde y anoche, ya está escrita. Antes de que Inocencio os la lea en voz alta, nuestro oficial de instrucción Exuperio va a explicaros de nuevo con toda claridad lo que significa «diezmado». —El centurión miró a su alrededor. Sus legionarios le escuchaban tan en silencio, que se oía el rumor del Ródano —. Oídle bien, legionarios, pues quiero que cada uno de vosotros sepa perfectamente cuál es la decisión que toma. —Mauricio señaló al oficial de instrucción—. Por favor, Exuperio.

Exuperio se colocó con las piernas separadas entre el centurión y la cohorte y se puso en jarras.

—¡Os lo repetiré, legionarios! —gritó—. ¡«Diezmado» significa que uno de cada diez de vosotros perderá la cabeza! ¿Entendido?

Se volvió hacia todos lados y repitió tres veces la frase. Luego describió detalladamente cómo se consumaba, según el derecho militar romano, el castigo.

—Así es, legionarios —concluyó—. Y aquellos de vosotros que, tras el diezmado, yazcan en la hierba sin cabeza, tendrán la suerte de no enterarse de si luego los otros obedecen o no la orden del emperador. Porque si los restantes siguen sin obedecer, todo el baile empezará otra vez desde el principio: ¡uno de cada diez perderá su cabeza! ¿Entendido? Y ahora ya podéis estrujaros el cerebro y calcular cuántos de nosotros quedarán después de la segunda ronda.

Mauricio bajó la mirada. Un escalofrío le recorrió la espalda. Había elegido a propósito al oficial de instrucción para que explicara de nuevo el castigo. Conocía a Exuperio y sabía que dominaba el lenguaje sencillo del legionario y que le encantaba expresarse de una manera drástica y vulgar. Mejor; de este modo, hasta el más tonto de sus legionarios entendería el lío en el que se metía.

—¿Y con eso queda luego liquidado el asunto? —preguntó un viejo legionario desde la última fila. Por las caras de los hombres, Mauricio vio que todos tenían la misma pregunta en la punta de la lengua.

—Veo que has calculado tus posibilidades, ¿eh? —Exuperio soltó una carcajada no exenta de amargura; Mauricio se estremeció—. Con arreglo al derecho militar romano, ahí termina todo. Sin embargo, ¿qué ocurrirá si los que queden de nosotros siguen negándose a cumplir la orden? —El oficial de instrucción miró hacia todos lados y se encogió de hombros—. ¿Acaso soy un profeta? Pero todos vosotros sabéis lo que se cuenta acerca de nuestro querido César. ¿O no lo sabéis? —Exuperio hizo otra pausa y de nuevo paseó la mirada por los legionarios—. Pues entonces, por si acaso, os lo digo yo: Maximiano es un animal.

Los legionarios se miraron entre sí. Se oyeron susurros. Alguien rezaba. Entre las tiendas de campaña, las mujeres lloraban a lágrima viva.

—¡Silencio! —exigió Cándido.

Mauricio esperó a que se calmaran los murmullos y los llantos; luego le hizo un gesto de asentimiento a Inocencio.

—¡Y ahora vais a escuchar el contenido de nuestra carta! —gritó.

Inocencio cogió el pergamino y leyó en voz alta:

—«El centurión Mauricio, sus oficiales Cándido, Exuperio e Inocencio y la Cohorte Tebana, al insigne general y emperador Maximiano. Te deseamos salud y gloria. Somos tus soldados, emperador, pero también somos siervos de Dios y de su hijo Jesucristo. A ti te debemos el cumplimiento de nuestro deber como soldados, pero a Dios le debemos una vida que está libre de toda culpa. De ti recibimos la paga para cumplir con nuestra misión militar, pero de Dios hemos recibido, antes que nada, nuestra vida. Nunca podremos obedecer una orden que nos obligue a renegar de Dios y de Jesucristo. Nos resulta imposible rezar a otros dioses, y menos a una persona, y consumir sacrificios por ellos. En lugar de nuestros rezos y sacrificios, te ofrecemos nuestras manos para combatir a todo enemigo. Pero manchárnoslas con la sangre de los inocentes lo consideramos un ultraje. Nosotros, tus soldados, nos declaramos cristianos y, por lo tanto, no podemos perseguir ni matar a ningún cristiano.»

Inocencio apartó la carta y concluyó con la fórmula de despedida, que recitó de memoria.

Ahora se hizo el silencio, un silencio tenebroso. Mauricio se tragó el nudo de la garganta y se acercó a sus legionarios. Sin decir una palabra, recorrió

sus filas mirándoles a la cara.

—¿Hay alguno de vosotros que no haya entendido una palabra o una frase de esta carta? —Nadie respondió—. ¿Queda alguno de vosotros que no tenga claro lo que significa «diezmado»? —Siguió andando, a la espera de que alguien dijera algo. Pero ninguno de los legionarios tomó la palabra.

Mauricio se detuvo y asintió lentamente con la cabeza. Luego regresó junto a los otros oficiales. Allí alzó de nuevo la voz.

—¿Hay alguno de vosotros al que esta carta dirigida al emperador no le haya quedado clara, legionarios? —Esperó a que la pregunta surtiera efecto—. ¿Hay alguno de vosotros que prefiera hacer sacrificios al emperador y a los dioses romanos y obedecer la orden del emperador, antes que arriesgarse a perder su cabeza? Si hay alguno, que dé un paso al frente, para que podamos escribirle al emperador su rango y su nombre y quede libre del diezmado.

El tercer centurión salió de las filas de la cohorte. Y tras él, otros siete legionarios.

—Nosotros no estamos bautizados —dijo el tercer centurión—. Hemos jurado obediencia al emperador, no a un Dios cristiano. De manera que iremos a Octoduro y haremos lo que exige Maximiano.

Miró a su espalda y a derecha e izquierda, pero aparte de los siete legionarios, no encontró a ningún otro que quisiera unirse a él.

Por último, se volvió de nuevo hacia la cohorte y buscó a su mujer con la mirada.

—Ven de una vez, Régula —gritó, al verla entre las pocas mujeres de los legionarios—. Partiremos inmediatamente.

—Yo no pienso ir a Octoduro —dijo Régula—. No voy a dejar en la estacada a mis hermanos y hermanas cuando llegue la hora fatídica.

Al principio, el tercer centurión se quedó como fulminado por un rayo. Pero luego, con un gesto autoritario, gritó:

—¡No digas tonterías y ven de una vez! —Pero Régula se negó.

Surgió una pelea verbal entre el matrimonio, hasta que el tercer centurión se puso hecho una furia. Ninguno de los oficiales de rango superior intervino. Por último, el tercer centurión maldijo a Mauricio y le insultó llamándole perro testarudo. Lleno de ira y amargura, se fue dando zancadas hacia la dehesa

caballar. Los otros siete legionarios le siguieron. Al poco tiempo, abandonaron el campamento y remontaron a galope el río Ródano.

—Intentará interceder por Régula ante Maximiano —dijo Exuperius.

—Probablemente —respondió Cándido—. La cuestión es si servirá de algo.

A la mañana siguiente, Mauricio envió a un mensajero a Octoduro con la carta dirigida al emperador. Al día siguiente, hacia mediodía, miles de legionarios se acercaron desfilando por el camino de la orilla. Mauricio y los legionarios se reunieron al borde de la pequeña altiplanicie que había junto a la garganta del valle, donde el camino descendía hacia el Ródano.

—Ha llegado la hora —dijo Cándido.

—Sí. —Mauricio se volvió hacia los legionarios. No vio más que caras pálidas. Muchos movían los labios rezando en silencio—. Preparaos, hombres. Os agradezco vuestra lealtad como soldados. Dios os premiará a su manera su lealtad hacia él.

Media legión, tres mil soldados, emprendieron la subida al campamento de la Cohorte Tebana y lo cercaron. Protegidos por los escudos y con las lanzas y las espadas desenvainadas, avanzaron hacia Mauricio y sus hombres.

Ante una señal del centurión, los legionarios de la Cohorte Tebana arrojaron sus armas al suelo. Las escarpadas paredes de la garganta retumbaron con el tintineo de las espadas y el chacoloteo de las lanzas. Una orden resonó por todo el campamento; los manípulos que se acercaban se detuvieron y bajaron lanzas y escudos.

Poco después se abrió un pasillo en el cerco de los legionarios de Maximiano; el emperador y dos de sus oficiales entraron cabalgando en el valle encajonado. Maximiano detuvo su caballo ante Mauricio. Con un gesto duro y hostil miró primero al centurión y luego a sus oficiales. Sus labios parecían trazados con tiralíneas.

—¡Haced que formen una fila! —gritó luego Maximiano—. ¡Sacad a uno de cada diez! ¡Y luego, al río con ellos! Hoy mismo tienen que teñirse de rojo las aguas de Octoduro.

Legionarios con espadas relucientes y lanzas amenazadoramente alzadas



obligaron a la Cohorte Tebana a formar una fila. Un oficial empezó a contar. Mauricio se quedó sin aire; era como si una argolla de hierro le oprimiera el pecho.

TERCER LIBRO

EL CABALLERO NEGRO

## Tentación

*Magdeburgo, otoño de 1232*

Un día caluroso, tal vez el último del año. Hasta ayer había llovido, pero ahora el cálido sol de octubre atravesaba las multicolores copas de los árboles, ya medio deshojados.

—Qué agradable es ver cómo centellea la trémula luz del sol en la maleza, madre. —Helena se paró a contemplar el juego de luces.

Estaba buscando setas. La sabia Magdalena conocía los sitios del bosque cercano a la orilla donde, en esta época, brotaban ya boletos bayos, cantarelas, hongos y boletos de abedul. Los niños trasteaban entre Mónica y la anciana, cogían arándanos olvidados de los arbustos ya amarillentos o perseguían a los renacuajos. Nikolaus cazó uno, y María se lo metió en la boca y se lo tragó. Mónica se enfadó; a la anciana, en cambio, le entró la risa.

Helena divisó un brillo naranja y amarillo en una arboleda de pinos jóvenes y rebollos. Entró agachándose y apartando las ramas, subió por un abedul arrancado de raíz y se arrodilló delante de una zona cuajada de setas.

—¡Cantarelas! —exclamó. Dejó el cesto en el suelo, clavó el cuchillo en la húmeda tierra del bosque y comenzó la cosecha—. ¡Tantas a la vez no he encontrado nunca ni siquiera con usted, madre!

Ya tenía el cesto medio lleno, cuando se encontró con Matilde entre los pinos y los rebollos.

—Qué bien que hayas venido —dijo Helena—. ¡Fíjate en esto! —Radiante de alegría, señaló hacia todas partes—. ¡Cuántas cantarelas! ¡En un solo cesto

no cabe todo este tesoro!

—Alabado sea Dios. —Matilde sacó con su cuchillo una carta sellada del delantal—. No te la he querido dar delante de Mónica y Magdalena. Moritz dice que nadie ha de saber que te ha escrito.

—¿¿Qué?! —Helena arrebató a Matilde la carta de sus dedos—. ¡¿Una carta de Moritz?! —Se echó a reír cuando vio su nombre y el de Moritz escritos en el pergamino con mala letra—. ¿De verdad que ha aprendido a escribir?

—El inglés es un buen profesor; Dios le bendiga. Y Moritz es un alumno aplicado.

Helena se guardó la carta en la manga de su vestido y siguió cortando cantarelas del suelo boscoso, como si no hubiera pasado nada; intentó no pensar en nada más que en las cantarelas. Se extrañó de que súbitamente se le acelerara el corazón.

Entre las dos cosecharon todo el campo de setas charlando de esto y de lo otro, de todo menos de Moritz. Cuando ya no quedaba ninguna cantarela a la vista, Matilde regresó por los arbustos al bosque de fronda. Helena, en cambio, sacó la carta de la manga de su vestido.

Miró el sello: una maceta cruzada con un cincel.

—Madre, ya tiene un sello; se siente como un escultor famoso. —Helena rompió el sello, desplegó el pergamino y se asombró de encontrar tan pocas frases. Leyó a media voz y atascándose, pues muchas palabras estaban mal escritas—: «Es cierto: Eres la mujer más bella de todo Magdeburgo. Y yo te quiero. Si me dices “no”, estaré contento hasta el fin de mis días por haberte besado al menos una vez.»

Helena frunció el ceño, clavó la mirada en la mala letra y volvió a leer la carta una y otra vez. No se lo podía creer.

—Este chico... —Arrimó la carta al pecho y soltó una carcajada.

Tenía delante la séptima Virgen, entre el banco de trabajo y la ventana meridional; el sol de mediodía iluminaba su cara... la cara de la hija del maestro de obras. Una cara de preocupación, de desilusión. ¡Bien empleado le estaba!

Gotthart se arrodilló, encajó la escultura entre dos maderas escuadradas y las acuñó en el suelo. Una vez más, se quedó un rato mirando el rostro de Helena. Iba a hacer un año que había pedido su mano y aún seguía sin obtener una respuesta. Con un gesto de reproche, volvió a mirar la pétrea cara de pena. ¡Le estaba muy bien empleado! Se levantó, abrió el cesto de las herramientas y las ordenó en el borde del banco de trabajo en dos filas: los mazos con los mazos y los cinceles con los cinceles.

¿Cuántas veces había ido a casa del maestro de obras para ver si por fin le daba una respuesta? ¿Cuatro veces? ¿Cinco? El viejo siempre le había dado largas. Que su hija estaba indispuesta... que Gotthart tenía que entenderlo... que después de haber estado tanto tiempo enferma, a una mujer joven le resultaba difícil tomar tales decisiones vitales... que él, su padre, no quería decidir nada sin haber obtenido la aprobación de ella. Y que Gotthart hiciera el favor de volver dentro de dos meses.

Y así, cada vez que iba.

Gotthart se encontraba solo en el taller; Jacques y su compañero de Bamberg estaban izando al coro alto un cargamento de capiteles toscamente labrados. El nuevo escultor era un amigo de Jacques de sus tiempos en Bamberg. Jacques le había escrito diciendo que en Magdeburgo se pagaba mejor que en Bamberg. A su nuevo criado lo había enviado Gotthart al coro alto para que ayudara a los dos escultores.

Eligió la maceta más ligera y la gradina más pequeña, se colocó sobre el vientre de la estatua y se aplicó de nuevo a la parte de los ojos. El dolor que había en los rasgos de la Virgen Necia seguía sin gustarle. Se puso a trabajar la piedra con sumo cuidado.

¿Cómo se atrevía la hija del maestro de obras a darle tantas largas? ¿Acaso ese mezquino aplazamiento de una respuesta no era peor que un claro no? Gotthart golpeó la piedra con más fuerza. Una vez más iría a ver al maestro de obras, una sola vez, y si el viejo volvía a darle largas, entonces...

Las facciones de la Virgen Necia —los rasgos de la cara de Helena— se le desvanecieron y, en lugar del semblante preocupado que tenía delante, se le aparecieron las facciones de otra mujer: las de la querida del conde Von Lamotte.

Gotthart se asustó. Se irguió, meneó de acá para allá el cincel dentado en el aire y se quedó mirando a la Virgen Necia hasta que de nuevo reconoció los rasgos de Helena. Con cautela, aplicó de nuevo la gradina.

El conde Von Lamotte estaba muerto. Eso ponía en la carta de París. Ninguna espada, lanza o flecha lo había matado, sino el colmillo de un verraco. El conde Von Lamotte no había caído en la batalla, sino estando de cacería.

Un inglés le había traído la carta a Gotthart, un monje erudito de la orden de los hermanos minoritas que investigaba en el *scriptorium* de la ciudad. Una carta del cardenal. El rey estaba dispuesto a olvidarse del asunto de la querida, ponía en la carta, de modo que Gotthart podía regresar cuando quisiera y el ascenso a la dignidad de conde era ya una pura formalidad.

Gotthart había leído la carta unas diez veces hasta poder creérselo.

La querida del conde de Lamotte... qué guapa era... guapa y salvaje. Gotthart pensaba a menudo en ella, tal vez con demasiada frecuencia.

Aspiró profundamente por la nariz y luego sopló el polvo que había en las cuencas de los ojos de la escultura. Satisfecho, contempló la parte de los ojos. Sí, esa mirada era la de alguien que acababa de sufrir una gran desilusión. Sin embargo, la boca... ¡su forma aún no expresaba suficiente dolor! Gotthart aplicó el cincel a la comisura derecha. A la comisura de la boca de Helena.

Le sacaba de quicio tener siempre ante los ojos a la mujer que deseaba. Le traía continuamente el recuerdo de su humillación.

—¡Un año ya! —dijo al ritmo de sus cinceladas—. ¡Un año entero, niña presumida! —Se sentía dolorido, ofendido; la amargura se le infiltraba en la sangre como si fuera veneno, y la rabia le hacía dar golpes cada vez más fuertes—. ¿Quién te has creído que eres?

Con las arremetidas cada vez más intensas, de nuevo se le borrarón de los ojos las facciones de la hija del maestro de obras. De repente, su cincel dentado taladró la boca de la prostituta muerta, y cuando alzó la maceta para dar el siguiente golpe, vio a la mora.

—¡Mavra! —exclamó, y aporreó la piedra con tal fuerza, que se le resbaló el cincel y se desprendió un trozo de piedra del labio inferior.

Gotthart dejó caer la herramienta, se inclinó sobre la estatua con la respiración agitada y apoyó los puños en el suelo. Poco a poco fueron

empalideciendo los rasgos de Mavra, hasta que la cara de la Virgen Necia recuperó el rostro de Helena. Ahora era un rostro desfigurado.

—¡Te está bien empleado! —farfulló.

—¿Qué te pasa, Gotthart? —La voz de Jacques le sacó del trance. Gotthart se sobresaltó: su criado y el de Estrasburgo aparecieron a su espalda. Los dos le miraban como si le hubieran descubierto pústulas en la frente—. ¿Se puede saber que ha pasado? —Entonces Jacques descubrió el estropicio—. ¡Por todos los santos! —Se puso en cuclillas con la cara entristecida—. ¡Qué pena!

—Se me ha resbalado. —Gotthart se levantó—. ¡Maldita gradina! —Arrojó el cincel dentado contra la pared del taller—. Iré a ver al herrero para que me haga pequeñas gradinas nuevas.

—¿Quieres que intente arreglar la cara? —El de Estrasburgo palpó la boca desfigurada de la Virgen Necia y buscó el trozo de labio por el suelo.

—Déjalo, Jacques, ya lo haré yo. —Gotthart tiró el mandil al banco de trabajo—. Más vale que te ocupes de tu Bautista. —Como le había gustado tanto la Virgen María de Jacques, el arzobispo quería que le hiciera también una figura de San Juan Bautista.

Gotthart salió a grandes zancadas del taller y le hizo una seña a su nuevo criado para que le siguiera. Se lavaron abajo, en el Elba. No podía quitarse a Mavra de la cabeza. El día anterior a la campaña había estado con ella por última vez; desde entonces, nunca más.

En su lecho de enfermo se había jurado a sí mismo y a Dios no volver nunca más al burdel para verla. Después de curarse, incluso había hecho una promesa en el confesonario: ¡no volver a ser esclavo de sus apetitos sexuales nunca jamás! Sin embargo, ahora se le despertaron de una manera febril.

Gotthart subió por el camino de la orilla. Dentro de la muralla de la ciudad, se dirigió a paso rápido hacia el norte. No quería encontrarse con nadie del taller. El percance le había amargado aún más. ¿No era todo por culpa de Helena? Su renqueante criado a duras penas podía seguirle. Gotthart se volvió hacia él.

Bodo había sido escudero de un caballero de Meissen. Desde que se cayó del caballo por un lanzazo y se partió las dos piernas, cojeaba. Tuvo que abandonar la carrera de caballero. Había venido a Magdeburgo con el viejo

herrero; quería aprender el oficio del forjador. Pero luego se había peleado con el viejo Nikolaus y ahora estaba aprendiendo a cuidar el guardarropa de Gotthart, limpiar sus botas y satisfacer sus deseos. Gotthart se detuvo a esperarle.

Por la puerta del puente llegaron al casco antiguo de la ciudad y al mercado. Bodo hablaba todo el rato de su pueblo natal, de la gente del castillo de Rudelsburg y de una famosa batalla contra los daneses. Era muy parlanchín.

Gotthart solo le escuchaba a medias. Lo que más le habría gustado era seguir por el Camino Ancho hacia el norte y luego doblar por la Ciudad Nueva. La casa de putas del Callejón de los Pescadores le atraía con una fuerza inusitada. Pero logró vencer la tentación y se desvió hacia el sur, hacia la casa de la viuda.

Comieron fiambre con pan y lo acompañaron de un poco de vino. Luego se cambiaron de ropa. Gotthart le mandó a su criado ensillar los caballos y le ordenó llevarse el arco de caza. Por el portón de Sudenburg cabalgaron hacia el sur y luego se internaron en los bosques del cabildo catedralicio. Gotthart entró a galope tendido; solo quería alejarse lo más posible de la Ciudad Nueva y del Callejón de los Pescadores. Bodo se quedó muy rezagado.

Muchos cientos de varas al sur de Buckau, llegaron a un claro en el bosque. Un arroyo llamado Sülze lo atravesaba poco antes de desembocar en el Elba. Gotthart había abatido aquí a unas cuantas liebres y a algunos corzos. El propio preósito del cabildo Wilbrand le había dado permiso para cazar en este bosque.

Se apearon de los caballos, tensaron el arco y, a diez varas de la orilla y entre viejos saúcos, se pusieron al acecho. La hierba y los arbustos aún seguían húmedos por la lluvia de los últimos días. Cuanto más esperaban a que apareciera alguna pieza de caza, con mayor ímpetu le ardía a Gotthart la fiebre del deseo.

«Solo ella tiene la culpa —pensaba—, solo la hija del maestro de obras.» Si ella hubiera atendido a sus ruegos, él no habría caído de nuevo en la perversa tentación. «¿A qué estás jugando conmigo, mujer orgullosa?» Cuanto más se enfurecía con ella, más la deseaba.

Con la puesta del sol, un corzo salió del bosque. Olfateó el aire y miró a su



alrededor. Gotthart tensó una flecha en el arco. El corzo corrió hacia la orilla del río, se metió en el agua, donde solo cubría un poco, y bebió. Gotthart apuntó.

Enfrente, en la linde del bosque del otro lado de la orilla, un arrendajo se puso a graznar y salió aleteando de las copas de los árboles. El corzo regresó al claro de un brinco, lo recorrió en zigzag... y la flecha falló su objetivo. Gotthart bramaba de ira.

En el crepúsculo vespertino, regresaron cabalgando a Magdeburgo. Esta vez Gotthart no tenía prisa. Cuanto más se acercaban a la muralla de la ciudad, más ardía en deseos: de amor, de Helena; de venganza, de Mavra.

Bodo iba pegado a él, contando cosas sobre la gente del castillo de Rudelsburg.

—¿Sabéis que el wendo, ese tal Moritz, también vivió allí? —Gotthart asintió con la cabeza—. Pasó allí media vida. Me asombra que aquí sea un hombre de tanto prestigio y que incluso se haya hecho con una hacienda. En mi castillo era un esclavo; estaba obligado a partir piedras. Una vez por poco se ahoga en el pozo, pero en el último momento logramos sacarle.

—Qué lástima —se le escapó a Gotthart, que iba pensando en si la mora aún seguiría en la ciudad.

Bodo se le quedó mirando boquiabierto, con cara de pasmado. Luego se dio un manotazo en el muslo y soltó una carcajada.

—¡Es verdad, qué lástima! Si por mí hubiera sido, hoy no estaría esculpiendo estatuas para la catedral de Magdeburgo. De eso podéis estar seguro, señor Gotthart.

Gotthart imaginó que los soldados del castillo le hubieran ahogado. Entonces Albrecht le habría encargado a él, además de las Diez Vírgenes, las estatuas de San Mauricio y de Santa Catalina. Se imaginó que primero llevaría a la hija del maestro de obras ante el altar y luego al dormitorio. Se imaginó besándola, castigándola... y poseyéndola.

Por más cosas que imaginara, solo le servía para ponerse de peor humor y para agravar su desazón.

Cruzaron el portón de Sudenburg, desde donde ya se veía la casa de la viuda.

—Sigue cabalgando hasta la Ciudad Nueva —le ordenó a Bodo—. Cuando llegues a las obras de la iglesia de Santa Catalina, dobla hacia el Callejón de los Pescadores. Allí encontrarás una casa con un gallo de hierro fundido encima del farol de la puerta. Pregunta por una mora llamada Mavra. Si está en casa, salúdala de mi parte. —Bodo asintió y espoleó a su caballo.

Gotthart solo quería saber si Mavra aún seguía en la ciudad, nada más. Eso estaba permitido, ¿no? Al fin y al cabo, hacía mucho que no la veía en misa.

En el patio esperó con el corazón palpitante a que regresara Bodo. La noche iba cerrándose cada vez más. Bodo volvió, y sí, Mavra todavía vivía en el Callejón de los Pescadores.

Gotthart pasó la mitad de la noche sin pegar ojo. De vez en cuando se levantaba, se arrodillaba ante la hornacina de la Virgen María de su dormitorio, y rezaba contra la tentación de salir precipitadamente de la casa e ir a toda velocidad a la Ciudad Nueva. Resistió la tentación hasta el alba. Luego, se dio por vencido.

Cogió el caballo. Mavra se asustó cuando lo vio ante la puerta de su alcoba, abierta solo una rendija. Quiso cerrar la puerta, pero él puso la bota en el umbral y le ofreció mucho dinero. Por fin, Mavra le dejó entrar en la habitación y en su cama. Y allí se sometió a él por completo, obedeciéndole a todo lo que Gotthart tenía por costumbre pedirle.

Más tarde, trotó entre los puestos del mercado y los carros llenos de fruta, verdura y aves de corral, en dirección a la puerta oriental de la Libertad Catedralicia. Hurgando en lo más hondo de su pecho, todo eran inmundicias, pura escoria.

Un grupo de gente arracimada le cerró el paso; detuvo su caballo. Todos rodeaban un carro tirado por un burro desde el que predicaba un monje con un hábito de color marrón.

—¿Tenéis pobres en la ciudad a los que no alimentáis? ¡Pues iréis al infierno! —gritaba.

El monje tenía una figura corpulenta. Agitaba el puño con la cara roja y acalorada de indignación, y la tonsura de su copete gris brillaba de sudor. Un

cordel ceñía su hábito.

—¿Tenéis afligidos en la ciudad y no los consoláis? ¡Pues iréis al infierno!

Gotthart reconoció que el predicador pertenecía a la misma orden que el erudito que le había traído de París la carta del cardenal, a los hermanos minoritas. La gente le escuchaba con atención.

—¿Tenéis enfermos en la ciudad y no los visitáis? ¡Pues entonces iréis al infierno! —El monje braceaba, agitaba los puños y pateaba el suelo—. ¿Os entregáis a los placeres de la carne y al deseo pecaminoso? ¡Pues entonces iréis al infierno! —Gotthart sintió una punzada abrasadora en el pecho—. ¡Yo os digo que iréis al infierno si no os apartáis de vuestro pecaminoso camino! —El monje agitó su carnosos dedo índice—. Pronto regresará Jesucristo y hará justicia. Vendrá de noche como un ladrón, cuando menos lo esperéis, y ¡ay de vosotros, si para entonces se os ha extinguido la luz de la fe! ¡Ay de vosotros, si en la segunda venida del Señor no os encuentra junto a los pobres, las viudas, los huérfanos y los enfermos, y luchando contra los pecados y los placeres de la carne!

El terror y el remordimiento de conciencia se apoderaron de Gotthart. Tiró de las riendas de su caballo, le hizo dar la vuelta y enfiló el Camino Ancho. Pasó por la casa de la viuda a galope. Por la puerta del Camino Ancho llegó a la Libertad Catedralicia. Allí se dirigió a toda velocidad hacia su taller.

Su criado todavía no había llegado, pero el de Estrasburgo ya estaba trabajando en su San Juan Bautista. Jacques le saludó feliz y contento, como siempre, pero cuando se volvió hacia Gotthart y le miró a la cara, desapareció toda alegría de su rostro.

—¿Qué te pasa? ¿Estás enfermo?

—Un poco. —Gotthart intentó hacerse el indiferente.

Se puso el mono de trabajo, se abrochó por encima el mandil y miró hacia su séptima Virgen. La cara afligida de la hija del maestro de obras parecía censurarle su conducta; con la boca desfigurada, aún daba más pena.

¿Cómo iba a reparar el daño? La figura ya podía darla por perdida, al menos como una de las Diez Vírgenes. Tal vez aún se podría aprovechar para hacer un ángel. Gotthart cogió la maceta más pesada y el cincel dentado más grande y salió a la calle; en el camino que iba a la puerta del Elba, entre las

barracas, había bloques de piedra toscamente labrados para hacer esculturas.

Extrajo uno del montón, lo apartó un poco y le tomó la medida. Después de marcar en la piedra la altura de las Vírgenes, se puso a aporrear como loco el bloque alargado.

No oyó las campanadas que daban la hora en la iglesia de San Sebastián y en la de Nuestra Señora; no sintió el hambre que le roía las tripas, y tampoco sintió el dolor en las muñecas. Gotthart trabajaba tan salvaje y encarnizadamente como si en ello le fuera la vida, como si quisiera salvar su alma.

En algún momento, se quedó desconcertado al ver cómo los obreros salían en masa de las obras de la catedral y de los talleres. Del edificio de clausura aflúan los alumnos de la escuela catedralicia, y del palacio episcopal los piqueros y los amanuenses. La gente se reunía formando pequeños grupos, sin parar de hablar y mirar a su alrededor. Hasta ahora Gotthart no se había dado cuenta del tañido de las campanas. En la iglesia de San Sebastián, en la iglesia monacal, en la de San Juan, en todas partes sonaban sin cesar.

Se incorporó y prestó atención. Algo había sucedido.

La noticia de la muerte del arzobispo llegó a Magdeburgo a finales de octubre. El padre de Helena fue el primero en contárselo al prepósito del cabildo Wilbrand, justo después de que un mensajero a caballo le trajera la noticia de la muerte de su hermano. Por su padre se enteró luego Helena de la triste novedad. Todavía estaba contándose el maestro Bohnsack cuando empezaron ya a repicar todas las campanas de la ciudad.

Albrecht había muerto en el viaje de vuelta a Magdeburgo, antes de que su comitiva pudiera atravesar los Alpes. El mensajero informó de que habían embalsamado su cadáver, que ya iba de camino hacia el Elba, para que pudieran enterrarlo en la nueva catedral antes de que irrumpiera el invierno.

Con mucha tristeza se recibió en Magdeburgo la noticia de su muerte, al menos entre los magdeburgueses, en la *Bauhütte* del maestro Bohnsack, entre los monjes de las órdenes y entre los canónigos más jóvenes. Los religiosos mayores en edad —sobre todo, los del cabildo catedralicio— no derramaron

demasiadas lágrimas por él: Albrecht von Käfernburg había sido contra su voluntad, primero, prepósito del cabildo y, más tarde, arzobispo. Aparte de eso, le reprochaban que pasara más tiempo en Italia que en Magdeburgo. Y lo que menos le perdonaban era que hubiera mandado demoler las ruinas del incendio de la antigua catedral imperial.

Naturalmente, durante su entierro, a finales del otoño, nadie rehistó. Hasta los más acérrimos enemigos de Albrecht se mostraron ese día tan desconsolados como si se hubiera muerto su propia madre.

La misa de difuntos se ofició en la iglesia de Nuestra Señora; el cadáver de Albrecht recibió sepultura en la catedral inconclusa. Esa había sido su última voluntad. Su hermano Wilbrand encabezó el entierro. Entre los cánticos del coro de dominicos, inauguró el acto solemne.

Fue una ceremonia con mucho boato. Helena asistió a ella junto a su padre y al fraile Rochus en la primera fila del cortejo fúnebre. Varios miles de personas se congregaron en las obras, entre la girola, el leccionario y las paredes de la nave transversal, por un lado, y los primeros pilares de las naves longitudinales, que tan solo sobresalían unos pocos pies de sus cimientos, por otro lado.

«¿Ha visto usted alguna vez a tanta gente reunida? —habló en silencio con su madre—. ¿Y gente procedente de tantos reinos y ducados?»

Desde el sur de Italia había llegado una legación del emperador; de Lombardía, un duque con su séquito; de Polonia y Bohemia, arzobispos, abades y obispos; del reino de Francia, abades y eruditos. El Papa Gregorio, que veinticuatro años antes había asistido como cardenal a la colocación de la primera piedra de la nueva catedral, envió una legación desde Roma. Además del duque de Sajonia, se hallaban presentes muchos príncipes y condes de los ducados alemanes, y desde la costa del mar Báltico habían llegado a Magdeburgo a caballo dos príncipes wendos.

Ante las obras y en la plaza de la catedral se agolpaba media ciudad y muchos vecinos de los pueblos de alrededor. La mayor parte de los obreros siguieron el sepelio del célebre hombre desde las arcadas y los accesos aún abiertos del coro alto. Helena descubrió también a Jacques allí arriba. Y junto a él, a Moritz.

El corazón se le aceleró cuando al fin divisó su fuerte figura y su cabeza de rizos negros. «¿Cómo ha podido ocurrir que, de repente, le tenga tanto cariño, madre? ¿Que de pronto no me parezca solo un rústico wendo, sino también un hombre?»

Efectivamente, cada vez que veía a Moritz de lejos, o solo con que oyera hablar de él, algo se le reblandecía por dentro. Y cuando paseaba a su lado por los prados del Elba, a veces notaba una oleada de calor por todo el cuerpo. Lo que Helena siempre había considerado imposible era precisamente lo que le estaba pasando ahora: el profundo anhelo arraigado en su cuerpo y en su alma se iba encauzando cada vez más hacia él, hacia Sansón, el salvaje wendo.

No era un sentimiento tan fuerte ni tan apremiante como cuatro años atrás, con Ansgar —todavía no—, pero sí cien veces más seguro que antaño, con los hijos del gobernador de Maulbromm.

Hacía mucho que Moritz la había reconocido abajo, entre la multitud. Había pasado una semana desde que Matilde le había entregado su carta en el bosque. Primero, se había echado a reír, luego había pasado dos noches en blanco y, finalmente, había escrito tres respuestas y las había roto. La declaración de amor de Moritz la hacía feliz, pero al mismo tiempo estaba hecha un lío, cosa que la extrañaba y la asustaba. «¿Qué me está pasando, madre?»

El entierro duró muchas horas. Ardían numerosas velas, olía a incienso, el coro de dominicos no dejaba de cantar; muchos altos dignatarios pronunciaron solemnes discursos, y un canónigo recién admitido en el cabildo catedralicio, cierto caballero de Tuchheim, recitó un himno de alabanza al fallecido compuesto por él.

El arzobispo Albrecht fue enterrado en una fosa, entre los pilares torales y junto al altar de la Santa Cruz, recién instalado. Este altar existía ya en la antigua catedral. Helena miró a su padre de reojo y en su cara creyó leer lo orgulloso que estaba por ser la primera vez que se celebraba una ceremonia eclesiástica en su catedral, que poco a poco iba creciendo.

¿Y si le contaba lo de la carta de Moritz? La mirada de Helena buscó de nuevo la negra cabeza rizada del wendo en el coro alto. ¡Tenía que contestarle

de una vez a su carta! A veces se sorprendía a sí misma evitando ir a las obras y a la herrería para no encontrarse con él. Se sentía demasiado confusa con su petición de matrimonio. «Porque se trata de una petición de matrimonio, ¿no, madre?»

Desde anoche llevaba dándole vueltas al cuarto intento de una respuesta. En el pergamino solo ponía una frase: «Yo también te quiero.» ¿Y qué más? «En realidad, Moritz debería pedir mi mano a padre. Alguien debería decírselo, madre.» ¿Qué tal Matilde? ¿O Mónica? Con las dos tenía confianza Moritz.

Desde el antiguo altar de la Santa Cruz, Wilbrand rezó la última oración y dio la bendición final. A su espalda, junto al leccionario, el prepósito del cabildo había mandado colocar para el entierro de Albrecht las figuras favoritas de este: las seis primeras de las Diez Vírgenes. Tres Vírgenes Prudentes a la derecha del altar, y tres Vírgenes Necias a la izquierda. Y cada vez que Helena miraba hacia allí, veía su propio rostro. Tan raro se le hacía, que siempre agachaba la cabeza y se ceñía a la cara los picos de la cofia.

Ya estaba anocheciendo cuando terminó la ceremonia. Un abad francés de la orden cisterciense, desconocido para Helena, se puso a hablar con su padre. Mucha gente intentaba abandonar al mismo tiempo las obras y la plaza de la catedral. Pero era casi imposible que la multitud avanzara.

Un brazo se encajó en el suyo. El de fray Rochus. Este tiró de ella sin vacilar hacia el viejo edificio de clausura. Como allí no quería ir casi nadie, el camino estaba despejado. Cuando Helena se volvió por última vez, vio a Gotthart de Saint Leonard con el maestro Bohnsack y el abad de Francia. «¿Qué tendrá que decirle otra vez el escultor a mi padre?» Un angustioso presentimiento se apoderó de Helena.

En el Camino del Monasterio se encontró con Mónica. El de Estrasburgo no se despegaba de su lado; llevaba a hombros a María. Y el pequeño Nikolaus iba montado sobre el perro lobo. Se pararon a charlar un rato. *Lupo* olisqueó a Helena y a Rochus; quería que le acariciaran.

Cada uno contó sus impresiones sobre el entierro del arzobispo. Luego se desearon las buenas noches y cada cual siguió su camino. Helena envidió a Mónica y a Jakob: lo que desde el inicio de los tiempos solía ocurrir entre un hombre y una mujer, en ellos parecía ocurrir sin la menor complicación.

Ya estaban encendidas las lámparas de aceite en el cuarto de trabajo de su padre, cuando Helena y el fraile Rochus llegaron a casa. Habían venido a cenar unos monjes de la vecindad: dos dominicos y uno de la orden de San Francisco. Este, que era nuevo en la ciudad, bendijo la mesa con una oración demasiado larga y, después de la cena, pronunció un sermón un tanto fogoso que asustó a Helena y le dio mala conciencia.

—Tengo que hablar contigo —dijo el padre, cuando por fin se fueron el fraile Rochus y los otros monjes—. Gotthart me ha pedido que tengamos una conversación.

—¿Y qué quiere?

—Probablemente quiera saber si estoy de acuerdo en que seas su esposa o si no lo estoy. —Helena puso los ojos en blanco y se acordó de la carta de Moritz. La llevaba guardada en el pecho, cosa que a ella misma le extrañó—. Cuando el arzobispo partió para Italia, Gotthart me pidió ya tu mano. ¿No es comprensible que quiera oír al fin una respuesta?

—Desde luego. Pero yo no lo acepto como esposo, padre.

—¡Pues yo quiero que lo aceptes! —Helena miró asustada el rostro enojado de su padre. Nunca se había expresado con tanta claridad—. Le he dicho que el domingo, después de misa, venga a vernos a casa. Entonces oírás una respuesta.

—¡Yo no le quiero, padre! —exclamó Helena—. Y me extraña su actitud. ¿No fue usted mismo el que nos habló de la mala reputación que tiene Gotthart en Magdeburgo?

—Es hijo de un cardenal.

De nuevo logró desconcertarla su padre.

—¿Por qué lo sabe?

—Nuestro futuro arzobispo Wilbrand me lo contó bajo el sello de la discreción. Y ahora tú tampoco debes contárselo a nadie, Helena.

—Dicen que Gotthart va con regularidad al burdel del Callejón de los Pescadores.

—De eso hace ya tres años. —El padre hizo un gesto de quitarle importancia al asunto—. O incluso más.

Helena hizo acopio de valor.



—Moritz me ha escrito una carta. Me ama. Quiere casarse conmigo. — Aunque no había escrito eso precisamente, ¿de qué otro modo podía interpretar Helena sus palabras?

—¿Qué se ha creído ese? —El padre se puso furioso—. ¡A mí es a quien tiene que consultarme antes sus intenciones! ¡Ya tuvimos a un escritor de cartas!

—¿Cómo puede hablar sin ton ni son, padre? —Helena dio un manotazo en la mesa—. ¡Ansgar no tenía nada que ver con Moritz!

—¿Ah, no? ¿Por qué lo sabes con tanta seguridad?

—Le quiero.

—¿No he oído algo parecido ya una vez? ¡Quítatelo de la cabeza! El wendo viene de la nada, no tiene familia, no tiene nada, ¡y no es nada!

—¡Es su mejor escultor!

—Yo doy trabajo a varios buenos escultores, pero solo de la escultura, a largo plazo, no se puede alimentar a una familia. De Gotthart, en cambio, el preósito del cabildo sabe que pronto ascenderá a conde.

—¿Cómo? —Helena no daba crédito a sus oídos—. Eso seguro que solo es un rumor.

—El preósito del cabildo lo sabe a ciencia cierta. Tiene contactos en París. Unas tierras y un pequeño castillo en la localidad francesa de Saint Leonard pertenecen a Gotthart.

—En tal caso, no sería escultor.

—Es asombroso, sí. Pero algunos toman extraños derroteros. —El padre se encogió de hombros—. Me he informado bien: el padre de Gotthart, el cardenal, es medio hermano del rey francés.

Ahora Helena se quedó sin habla. Bajó la vista y pensó en su madre. Ella procedía de una familia noble, era hija de un caballero francés. Y ahora a ella, a su hija, la pretendía un noble francés. ¿Acaso no se cerraba con ello una especie de ciclo? ¿No sería mejor que considerara la petición de mano de Gotthart como una señal de Dios? Helena suspiró y puso cara de afligida.

—¿Lo ves? Poco a poco vas entrando en razón. —El padre parecía leerle el pensamiento, y se le notaba aliviado.

Helena se imaginó viviendo en un castillo. ¿No la llamarían entonces

condesa? ¡Qué bonitos vestidos podría llevar entonces como condesa! Podría disponer de una doncella de cámara. Y también de criados, cocineros, palafreneros, jardineros... Se lo imaginaba todo tan maravilloso, que hasta se mareó un poco.

Alzó la vista y contempló la mirada serena de su padre. La tentación de decir que sí era enorme.

El padre se inclinó sobre la mesa, le cogió la mano y se la apretó un poco.

—Entonces, le diré al señor Gotthart que aceptarás ser su esposa, cuando venga a casa el domingo.

Helena respiró profunda y ruidosamente.

—Pero yo no le quiero —dijo, y al padre le desapareció de nuevo la sonrisa de alivio de la cara—. Le hizo caer a Ansgar en una emboscada.

—¡Falsos rumores! —exclamó el maestro Bohnsack, irritado—. ¿Cómo puedes creerte una cosa así?

—Me lo ha contado Moritz. Gotthart citó al caballero de Schwerin en la cantera para que matara a Ansgar.

—¿Acaso Moritz vio al de Schwerin en la cantera? —El padre se levantó de la silla de un salto; se le iba agotando la paciencia.

—No. Pero Lothar sí le vio.

—¿Y se puede saber quién te lo ha dicho? —El maestro Bohnsack no paraba de ir de un lado a otro de la ventana—. ¡Lothar está muerto!

—Mónica.

—¡Rumores! Lo que yo decía.

—No quiero casarme con Gotthart.

—¡Mira que eres cabezota! —Ahora el padre se enfadó de verdad—. ¡Pues yo sí quiero! —Se detuvo y se golpeó el pecho—. Yo, que soy tu padre. ¡Y tienes que obedecerme!

—Pero si no le quiero...

—¿He de enseñarte otra vez los diez mandamientos?

—¡Madre me los enseñó!

—Entonces espero que recuerdes el cuarto mandamiento: «Honrarás a tu padre y a tu madre.» Y «honrar» significa «obedecer».

—Pero si yo no...

—¡No me repliques! —Se acercó a la mesa, apoyó en ella los puños y miró severamente a la cara de Helena—. ¡Uno solo se casa una vez en la vida! —gritó—. ¡Y esa decisión no se toma basándose en rumores ni en sentimientos! ¡Yo soy tu padre! Soy responsable de tu futuro y quiero que hagas una buena boda, que te cases con un hombre que pueda cuidar de ti. ¡Quiero que te cases con el señor Gotthart! —Dio un puñetazo en la mesa—. ¿Me has entendido? ¡Y no se hable más!

Helena se levantó de un salto.

—¡Antes me meto a monja que casarme con Gotthart!

—¡Ja! —El padre rio de forma odiosa—. ¿Tú meterte a monja? Con eso ya amenazaste cuando lo de Ansgar.

—¡Esta vez lo digo en serio! —Helena dio una patada en el suelo—. ¡Esta vez me encerraré de verdad en un convento! —Llorando desconsoladamente, salió a todo correr del cuarto de trabajo y subió a su habitación.

## Demasiado tarde

*Magdeburgo, en vísperas de las Navidades de 1232*

Colocaron la estatua de la madre en la parte septentrional del coro, entre dos arcadas. Por encima de ella asomaba la primera de esas antiquísimas columnas que, trescientos años antes, el emperador Otón había mandado traer, cruzando los Alpes, para su antigua catedral. Sobre esa columna de mármol se pondría en su día la gran efigie del apóstol san Pablo, una vez que estuviera terminado el coro alto. Así lo había dispuesto el arzobispo Albrecht antes de partir hacia Italia.

Ahora la madre se llamaba «Santa Catalina». Jacques le había puesto encima una corona, y en las manos, una rueda y una espada. Para Moritz seguía siendo la estatua de su madre. Con mucho cuidado, comprobó si estaba bien sujeta al pedestal y al bocete que tenía a la espalda. Después, retrocedió unos pasos para reunirse con los demás. Desde arriba, desde el coro alto, llegaban voces y martillazos de algunos canteros.

—Ha quedado francamente bien —dijo Moritz, y todos excepto Gotthart asintieron. La corona de la estatua de la madre era dorada y llevaba la reproducción de una esmeralda en la diadema. Vestía ropa de color turquesa y, por encima, una capa dorada por dentro y roja con cuadraditos negros por fuera—. Y está mirando directamente a la tumba del emperador. —Saber que la estatua de su madre se hallaba cerca del gran emperador Otón era algo que le gustaba especialmente a Moritz.

—Seguramente no sea el sitio definitivo que ocupe Santa Catalina —explicó

Dietrich von Dobin, a quien el cabildo catedralicio le había traspasado oficialmente la dirección de las obras. Hasta entonces les había servido al maestro Bohnsack y a los canteros, sobre todo, como una especie de intérprete que les traducía con palabras sencillas las ideas de Albrecht y les enseñaba el significado religioso de las esculturas, los frisos, los relieves y las formas arquitectónicas.

Dietrich se volvió hacia Moritz.

—El nuevo arzobispo decidirá qué lugar ocupará, en cuanto esté terminado también el segundo santo de la catedral: tu San Mauricio, Moritz.

—Qué ganas tengo de que llegue el día en que pueda verle aquí, en la catedral —indicó Moritz. Gotthart le miró de reojo, pero ni siquiera con cara de envidia o de hostilidad. Algo raro le pasaba.

—Aquí queda estupendamente Santa Catalina —dijo el maestro Bohnsack—. Y si colocamos la escultura del caballero de Moritz enfrente de ella, en el lado sur del coro, entonces los dos estarán mirando hacia el emperador.

—Pero según la voluntad de Albrecht, ahí se debe colocar, sobre un expolio, el antiguo San Mauricio —dijo qué pensar Moritz—. ¿Dos estatuas de San Mauricio tan cerca?

—En realidad, más adelante, los dos santos de la catedral deberían quedar suspendidos sobre la portada principal —precisó Gotthart—. Eso fue lo que hicimos con los santos en París. Y en Chartres han hecho algo parecido.

El maestro Bohnsack balanceó pensativo la cabeza.

—Ese sí que sería un sitio apropiado. Pero la construcción de la portada occidental seguramente no la vivamos ninguno de los dos. —Últimamente, el maestro de obras y Gotthart parecía que se entendían bien. En cualquier caso, a Moritz le llamaba la atención la amabilidad con la que se hablaban de repente. Y, sobre todo, cuánto hablaban.

—El arzobispo también sopesó la idea de poner a los santos en la portada principal —recordó Jacques.

—La portada occidental todavía ni siquiera la hemos planeado. —Dietrich quiso zanjar la discusión—. Como ya he dicho, el nuevo arzobispo decidirá dónde estarán finalmente los santos. —Se volvió hacia las arcadas y abandonó el coro. Todos le siguieron.

El arzobispo nuevo se llamaba Burkhard von Waldenburg, hasta entonces prepósito del cabildo en Hildesheim y pariente de Wilbrand y del fallecido Albrecht. Se rumoreaba que Wilbrand le había dado prioridad para evitar peleas en el cabildo catedralicio. Y porque Burkhard era un anciano y de todas formas moriría pronto. Hasta ahora ni siquiera había estado en Roma para jurar el cargo y recibir del Papa la bendición y el palio. Moritz había hablado con religiosos que dudaban de que el nuevo arzobispo lograra llegar algún día hasta Magdeburgo.

Desde la girola, salieron hacia la estructura de la nave transversal. Un fuerte olor a estiércol impregnaba todas las obras. De todos los muros colgaba el estiércol. Aunque las primeras nieves aún se hacían esperar y nadie contaba ya con unas Navidades blancas, pocos obreros trabajaban en las obras, tan solo los carpinteros y los canteros. Casi todos los albañiles se habían ido a pasar el invierno a su pueblo o ciudad natal con sus familias. La mayor parte del ruido de trabajo venía del coro alto, que para entonces ya se había cubierto con un tejado provisional hecho a base de maderos y tiras de tela alquitranada.

Jacques señaló una séptima figura de las Vírgenes, que Gotthart y él habían colocado el día anterior a la izquierda del leccionario. Todos se reunieron en torno a la nueva escultura y todos la admiraron. Todos menos Moritz.

—Ojalá pudiera haberla visto el difunto Albrecht —suspiró el canónigo Dietrich.

Era una Virgen Necia, y parecía especialmente triste y decepcionada. Sus rasgos faciales —eso lo reconocía también Moritz en silencio— eran los de una mujer que había llegado demasiado tarde y ahora estaba desesperada ante la puerta cerrada.

—Esta la ha hecho Gotthart él solo —explicó el de Estrasburgo, dándole una palmadita en el hombro al francés—. Y además, en menos de ocho semanas.

Todos menos Moritz felicitaron a Gotthart por su trabajo. El maestro Bohnsack lanzó a Moritz una mirada de censura. Probablemente considerara descortés su actitud con respecto a Gotthart. A Moritz le traía sin cuidado.

Dietrich se volvió hacia la torre del sur y hacia la así llamada «tonsura»: la nueva capilla de entrada que, en su día, conduciría al edificio de clausura y al

claustro de la antigua catedral. Miró bien toda la nave transversal y luego le lanzó una mirada aprobatoria al maestro Bohnsack.

—Me alegro de que las obras avancen tan bien y tan aprisa. —El maestro Bohnsack no contestó, se limitó a sonreír satisfecho para sus adentros.

Moritz se despidió. Quería volver lo antes posible a su San Mauricio. Jacques le acompañó.

En la plaza de la catedral había unos niños y unos perros jugando. Unos cuantos monjes los miraban. El viento soplaba fresco y a ráfagas; unos nubarrones cruzaron el cielo de diciembre. Quizá nevara, después de todo. A Moritz no le importaba porque la cubierta de su casa, en la Ciudad Nueva, por fin la habían retejado. Nikolaus, Jacques y un vecino le habían ayudado.

Por el Camino del Monasterio les salieron al encuentro unos alumnos de la escuela catedralicia que llegaban tarde a clase. Moritz no los envidió: los profesores de dicha escuela eran famosos por su severidad. Al llegar al taller, el de Estrasburgo se despidió de él. Sesenta pasos más allá, dobló hacia la herrería. Mónica guisaba regularmente contando con él. Moritz se preguntó si de vez en cuando también se acostaría con ella.

En el taller no quedaba nadie. Los pocos canteros que permanecían en Magdeburgo trabajaban en la galería episcopal y en el coro alto. Los bloques de los capiteles que hoy colocarían allí sobre las columnas los habían labrado ya toscamente ayer en el taller. Los siguientes días estarían dedicados al trabajo artístico y de precisión. Moritz quería volver a colaborar en la galería episcopal en verano, cuando hubiera terminado con su San Mauricio.

Retiró el paño de la estatua, cogió la maceta más ligera y una gradina pequeña muy afilada que utilizaba para la labor de filigrana de la cota de malla. El viejo Nikolaus le había forjado una docena de estos finos cinceles, pues se rompían con mucha facilidad.

Moritz miró a la cara del caballero de piedra, sonrió y dijo:

—Espero que te vaya bien allá donde estás ahora, viejo amigo.

Luego aplicó la gradina y empezó a trabajar el trozo del hombro izquierdo de la cota de malla. Labrar en la piedra una de esas cotas de malla, con sus miles de eslabones, era una tarea que requería una paciencia infinita. Esa prenda le llevaría más tiempo que todo el resto de la escultura.

Como el arzobispo Albrecht no había regresado vivo a Magdeburgo, tampoco había podido reclamar ningún otro boceto nuevo para el San Mauricio. A diferencia de su difunto hermano, Wilbrand siempre había apreciado al caballero Ansgar y nunca había puesto ninguna pega a que San Mauricio llevara la armadura de Ansgar y tuviera su figura y sus facciones. Así que Moritz seguía trabajando con arreglo a su boceto original.

Si al principio Moritz, cada vez que aplicaba su cincel dentado, se sentía muy conmovido ante su caballero, a estas alturas ya se había acostumbrado a la cara de Ansgar, y hasta hablaba con él de vez en cuando.

Una sombra pasó fugazmente por la ventana del taller; al poco tiempo, alguien llamó a la puerta con los nudillos. Esto no era habitual, la mayoría entraba sin más.

—¿Quién es?

La puerta se abrió y entró Helena. Moritz dejó la maceta y la gradina.

—¿Tú? —Helena cerró la puerta y se acercó a él. Estaba pálida y con mal aspecto—. ¿Estás enferma?

Helena negó con la cabeza. Se quedó dos segundos frente a él mirándole a los ojos. De pronto, Moritz sintió el corazón en la garganta. La vio triste, se le notaba en la mirada. En las obras contaban que Helena se había peleado con su padre. De esto hacía ya varias semanas.

Ella le tocó el brazo, sonrió y luego pasó por delante de Moritz y su San Mauricio, hasta llegar al banco de trabajo. Allí dejó su bolsa de piel y se sentó al lado, en el polvillo de la piedra.

Desde que él le había escrito, se habían visto muy poco, casi siempre en casa de Mónica o en los paseos con Matilde y Jacques por la vega del Elba. Todas las veces, Helena le había prometido responder pronto a su carta. ¿Le contestaría hoy al fin?

—Iba a casa de Mónica —dijo ella— y de repente te he visto por la ventana en tu banco de trabajo. —Metió la mano en la bolsa y sacó dos pelotitas de colores del tamaño de un puño—. Las he hecho para el pequeño Nikolaus y para María. Se las regalaré en Navidad. Están rellenas de mijo.

Sin previo aviso, le lanzó una. Moritz dejó caer sus herramientas y atrapó la pelota. Helena se echó a reír. ¿Había oído Moritz alguna vez una risa más



bonita?

—¡Oh! —La mirada de Helena recayó en la escultura—. De manera que este es el San Mauricio del que tanto habla mi padre.

—Acabará siéndolo. —Moritz le devolvió la pelotita lanzándosela.

Helena la pescó.

—La cara se reconoce ya con toda claridad... la cara de Ansgar.

—¿Te entristece verla? —Moritz se agachó a recoger la maza y el cincel. Cuando se incorporó, ella le volvió a lanzar la pelota. Y de nuevo Moritz tuvo que tirar las herramientas para poder atraparla.

—No. —Esta vez Helena no se rio—. Lo que me entristece es verte con tan poca frecuencia.

—¿Es esa la respuesta a mi carta? —Moritz le lanzó la pelota—. ¿Que en lo sucesivo quieres verme más a menudo? —Pescó la pelota y se la devolvió—. ¿Que quieres seguir viéndome siempre, durante toda tu vida? —Atrapó la pelota y se la volvió a lanzar—. ¿Que quieres ser mi mujer?

Ella atrapó la pelota con una mano y se la devolvió en silencio. Moritz también la pescó con una mano y se la devolvió. Así pasaron un rato y, por lo callada y triste que la vio, Moritz intuyó que la respuesta a su carta le haría daño.

Helena arrojó la pelota con más fuerza, de modo que voló más aprisa y Moritz tuvo que seguirla atentamente con la vista para poder cogerla. Se la devolvió con la misma fuerza. De repente, unas lágrimas rodaron por las mejillas de Helena, y lanzó la pelotita con todas sus fuerzas. No obstante, Moritz la atrapó, hizo amago de lanzarla y, cuando Helena echó mano al vacío, la lanzó suavemente a su regazo. De un salto, se acercó a Helena y se sentó a su lado en el banco de trabajo.

Helena apoyó la cabeza en su hombro y lloró sosegadamente. Moritz la rodeó con el brazo y la atrajo hacia sí. La sujetó con el mismo cuidado con que se sujeta a un niño enfermo, y la meció como se mece a un niño enfermo. Como no tenía pañuelo, le secó las lágrimas con sus besos.

—Tu carta es tan bonita... —susurró ella—, tan sencilla y tan bonita... Pero deberías ir a ver a mi padre y decirle que me quieres.

—Ya lo sé, es lo que me han dicho también Mónica y Matilde. Sin embargo,

Benno me contó que él se limitó a besar a Mónica sin consultarlo con nadie. Y el caballero Hugo incluso raptó a su mujer de un castillo de Bohemia sin pedirle permiso a ningún padre.

—Sí, eso te pegaría mucho. Pero las buenas costumbres van por otro lado, ¿lo sabías? —Sollozó y, entre lágrimas, le miró sonriente—. Menudo wendo salvaje que estás tú hecho.

—Ahora ya lo sé. Entonces iré hoy mismo a ver al maestro Bohnsack y le diré que quiero casarme contigo.

Ella se echó a llorar a lágrima viva y se apretó más contra su ancho pecho. Parecía inconsolable.

—Demasiado tarde —sollozó—. Demasiado tarde.

—Nunca es demasiado tarde. —Moritz la sujetó con fuerza y le acarició la espalda, sin poder creerse la suerte de tenerla tan cerca. Ni siquiera en sueños podía habérselo imaginado.

Helena estuvo un rato largo llorando en su pecho. En algún momento, se apartó de sus brazos, se incorporó y se enjugó las lágrimas con el dobladillo de su abrigo de lana.

—Hace tiempo que Gotthart le pidió mi mano a mi padre, ¿sabes? Hace unas semanas, mi padre no quiso seguir dándole largas y le dio su consentimiento. Desde entonces, padre y yo discutimos todos los días. Porque yo no quiero casarme con Gotthart. Pero mi padre me lo ordena. Estoy obligada.

—Conque Gotthart, ¿eh? —Moritz suspiró amargamente. Ya le extrañaba a él que todo hubiera tenido un final tan feliz como en sus sueños. Se deslizó por el banco de trabajo, se acercó a su estatua de Helena y le retiró el paño que la cubría—. Gotthart, el que me robó esta cara.

—¿Qué? —Helena miró asombrada la estatua—. ¿Es una de la Diez Vírgenes?

—No. Es sencillamente la hermosa Helena, a la que amo. Tanto la amo, que no pude evitar labrarla en la piedra. Benno lo sabía. Solo él la ha visto. —Moritz tiró el trapo al suelo—. ¡Y el francés me la robó y la utilizó para sus Vírgenes!

—¿Qué me estás diciendo? —Helena se levantó del banco de trabajo, se acercó a él y miró de cerca la escultura con sus rasgos faciales—. ¿Es

realmente cierto lo que dices?

—Al día siguiente del accidente, me robó el dibujo de tu cara, nada más terminar la misa de acción de gracias. Fue cuando vino con el arzobispo. Demasiada gente se agolpó en torno al banco de trabajo. El dibujo y el modelo: las dos cosas las eché en falta al día siguiente.

—Pero... —Helena le miró meneando la cabeza—. Pero ¿por qué no has dicho nunca nada? Tendrías que haber denunciado a Gotthart ante el Tribunal de Escabinos, o ante el arzobispo y mi padre.

—¿Y cómo lo iba a demostrar? Benno estaba muerto. Y el maestro Bohnsack y el arzobispo estaban entusiasmados con las Vírgenes de Gotthart que llevan tu cara.

—Eso es verdad. —Helena se tapó los ojos con las manos—. ¿Y ahora qué? Yo no quiero a Gotthart, pero mi padre me obliga rigurosamente a casarme con él. Hace poco, estuvo a punto de pegarme por no querer obedecerle. —De nuevo se puso a sollozar—. ¿Qué puedo hacer?

—Y si yo fuera Gotthart, ¿querrías entonces?

Helena alzó su llorosa cara.

—Sí. —Le acarició la mejilla y le pasó la punta del dedo por los labios—. ¡Oh, sí!

Eso era lo que quería oír Moritz desde hacía mucho tiempo. Esa palabra, y nada más. *Sí*. De modo que se irguió y dijo:

—Entonces te raptaré.

—Cómo eres... —Helena sonrió melancólicamente—. Mi salvaje wendo Sansón. —Metió la mano entre sus rizos, le acercó la cara a la suya y le besó.

En ese momento, cuando sus labios se rozaron, Moritz se sentía como si se hubiera parado todo: el mundo, su vida, el fluir de sus pensamientos y el tiempo. El beso de Helena le supo tan dulce y tan tierno, que creyó hundirse en él. Fuera, el sol del mediodía asomaba por un cielo más bien nublado y, no obstante, era como si de repente todo se hubiera vuelto más luminoso en torno a él. Como si acabara de salir el sol.

## Miedo atroz

*Magdeburgo, marzo de 1233*

La viuda murió un domingo. Para su entierro del día siguiente, Gotthart se puso la guerrera más noble y el tahalí y se echó por encima el sobreveste. Tras el banquete funerario en casa de su hijo mayor, Gotthart compró con un apretón de manos la casa de la viuda; así lo había dispuesto ella. Esa misma tarde envió a su secretario Conrad, en compañía de su criado armado Bodo, para que le pagara al hijo: una talega llena de *pfennig* de plata. El contrato lo firmarían en los próximos días.

A la mañana siguiente, un mensajero procedente de París entró a caballo en el patio. Una carta del cardenal: Que Gotthart se presentara en París como muy tarde a finales del mes. Que en una ceremonia solemne el rey de Francia quería ascenderle al rango de conde. Que, a continuación, él, el cardenal, tenía intención de ir con él, Gotthart, a Saint Leonard para que este pudiera echar una ojeada a sus tierras y ver el estado en que se encontraba su castillo.

—Alabado sea Dios —susurró Gotthart. Pagó y despidió al mensajero y le dijo a Bodo que le preparara una habitación. Cuando se quedó solo, dobló la carta y se sirvió vino—. ¡Alabado sea Dios! —exclamó brindando con la carta, y vació el vaso de vino de un trago.

En realidad, hubiera preferido casarse en primavera con la hija del maestro de obras, antes que cabalgar hasta París y Saint Leonard.

—Eso, por una parte —susurró, cogiendo otra vez la jarra de vino.

Por otra parte, a su regreso podría presentarle al maestro Bohnsack los

documentos que recibiría del rey y del cardenal.

—Otras dos buenas razones para planear de una vez la boda —murmuró, mientras se llenaba la copa de vino. Y tal vez esos documentos con el sello de un cardenal y de un rey de Francia pudieran incluso hacer que la obstinada hija de Bohnsack entrara en razón.

Aparte de eso, durante su ausencia, quizá se limaran asperezas en casa del maestro de obras. El tiempo lo curaba y lo arreglaba todo.

Gotthart dejó la jarra encima de la mesa y dio sorbitos al vino. Pensó en la orgullosa mujer a la que deseaba. En toda la ciudad ya se veía con malos ojos la desobediencia de la hija del maestro Bohnsack. En cualquier callejón se criticaba que esa joven se opusiera tan descaradamente a la voluntad de su padre y se negara a contraer matrimonio con un hombre tan noble como el señor Gotthart de Saint Leonard.

—¡Bien empleado te está! —En el mercado y en las calles todo el mundo se ponía de parte de Gotthart—. ¡Te está muy bien empleado!

Con la copa de vino en la mano, se acercó a la ventana.

—¡Mujer testaruda! —farfulló, y la indignación le encogió el estómago. En el patio observó a Bodo desensillando el caballo del emisario y llevando luego el animal a la cuadra—. ¡Pero de nada te servirá! —dijo Gotthart, y dio otro trago—. Ni tu cabezonería ni tu obstinación ni tu aversión. ¡Al final serás mía! —Vacío el vaso.

Hacia el anochecer, en la casa de putas, se desfogó con Mavra. Y por unas horas se olvidó de la orgullosa y testaruda Helena.

Durante los dos días siguientes, fue con el hijo de la viuda a casa de un jurista que vivía en un pueblo de las afueras de Magdeburgo. El hombre formaba parte del Tribunal de Escabinos y gozaba de una reputación excelente en la ciudad. Extendió un contrato de compraventa y lo legalizó.

Por la noche, de nuevo poseyó a Mavra.

Al día siguiente, cuando la casa ya estaba pagada, le escribió una nota al maestro de obras y envió a Bodo a su casa.

—Nos vamos a Francia —le comunicó a su secretario esa misma noche—. Bodo llevará los caballos al herrero y el coche al carretero. Y tú, Conrad, haz mi equipaje y todos los preparativos necesarios para el viaje. Hasta mayo

estaremos fuera. Quiero salir dentro de tres días.

Cuando regresó Bodo, le preguntó que cómo había reaccionado el maestro de obras ante su misiva.

—Te manda saludos y lamenta mucho no contar contigo en las obras precisamente en las semanas de la primavera. Te desea buen viaje y la bendición de Dios para todos tus asuntos.

—¿Y no ha dicho nada más? —Bodo lo negó—. ¿Ni una sola palabra de la boda? —Bodo negó con la cabeza—. ¿Y su hija? ¿La has visto? —De nuevo Bodo meneó la cabeza.

A Gotthart le carcomió la desconfianza. ¿Habría cedido el maestro de obras a la voluntad de su hija? ¿Estaría encantado de poder librarse de él, la manzana de la discordia, durante una temporada?

Cuando se hizo de noche, ordenó a Bodo que ensillara su caballo y cabalgó hacia el burdel.

—Mavra ya no está aquí —le comunicó la rubia platino, la islandesa—. Ha huido. Se fue anteayer, justo después de haber estado con vos.

Gotthart se puso hecho una furia.

Desde el beso de Helena, todo era distinto. Moritz ya no era el mismo hombre que había sido hasta entonces. El mundo ya no era como había sido antes. Ya nada era igual que antes.

El mundo había adquirido más colorido. La idea del mañana se presentaba más emocionante, dormía muy inquieto y la comida no le acababa de entrar. En todas partes creía reconocer el rostro amado: en las vetas de una piedra, en la silueta de la copa de un haya en capullo, en una nube al pasar, y a veces incluso en la forma de unas gachas de mijo.

Dejó la maceta y el cincel, apoyó la frente en la piedra fría y cerró los ojos. Sus labios blandos, su dulce aroma, su cálido aliento, su tierna lengua... El beso de Helena estaba tan presente como si se lo acabara de dar.

Moritz se sentía como embrujado. Era como si Helena le hubiera besado en el corazón o en el cerebro. Estaba como enfermo, medio loco, por su beso.

—¡Eh, hermano! ¿No te estarás quedando dormido? —Moritz abrió los ojos

de par en par y miró hacia abajo: Jakob estaba ante su escalera y alzó la vista con una sonrisita—. ¿Qué te pasa, Sansón? ¿Bebiste demasiado vino anoche? ¿No deberías estar trabajando en tu San Mauricio?

—Es que... —Moritz no encontraba palabras—. No avanzo con él. Más me vale hacer primero unos cuantos capiteles. —Señaló las líneas y las superficies toscamente trazadas del bloque de piedra en el que estaba trabajando. El maestro Bohnsack, Jakob y el de Bamberg ya habían marcado en el capitel el abultamiento de los capullos y del follaje—. Así, por lo menos, sé lo que tengo que hacer.

—¡No hay razón para trabajar descuidadamente! —Desde la curva meridional de la galería episcopal, apareció el maestro Bohnsack. En la mano derecha llevaba el jalón y en la izquierda la plomada—. Quiero que todos los capiteles sean una obra de arte. ¿Entendido? ¡Todos!

El mango de una maceta asomaba por el bolsillo de su mandil. Miró enojado y severamente a Moritz, e inmediatamente desapareció por el lado septentrional.

—¿Por qué tiene siempre tanta prisa el maestro de obras, como si le persiguiera alguien? —susurró Moritz.

—Está de mal humor, el viejo —susurró el de Estrasburgo—. Su hija le está haciendo la vida imposible.

—O él a ella. —Moritz alzó la almádena y aplicó la gradina al siguiente capullo.

A decir verdad, no le resultaba fácil trabajar, últimamente. Y le faltaba la paciencia y la atención necesarias para hacer la cota de malla de San Mauricio. La culpa la tenía el beso de Helena.

Después del trabajo, corrió hacia el portón del Elba y, por el primer puente, llegó al islote. El aire olía a primavera. Los últimos bordes helados, ya a mediados de febrero, los había arrancado de la orilla la corriente y los había arrastrado hacia el norte.

De las dos jóvenes con las que se cruzó en el puente, una le pareció Helena. Pero cuando se acercó más, vio que no era ni la mitad de guapa. Las mujeres bajaron la mirada al pasar a su lado. En unos cestos llevaban a la ciudad hojas tiernas de argentina anserina y los primeros pétalos de diente de león.

Moritz se quedó un rato largo en la orilla del islote. Procedente del sur, se acercaba deslizándose por el agua una gabarra. El sol vespertino le daba a Moritz en la cara. Las líneas y las superficies que el viento dibujaba en la hierba le recordaron a las facciones de Helena. Y el dibujo que el agua había dejado en la arena de la orilla, también. Moritz se sentía como si tuviera fiebre. La echaba tanto de menos, que le dolía.

Se desnudó y se acercó al Elba. Eso lo hacía con frecuencia en los meses posteriores a que se derritiera la nieve y antes de las primeras heladas. En las estaciones frías del año, al menos una vez a la semana; en las cálidas, a diario. Se agachó, se salpicó primero la tripa y el pecho con el agua gélida y, finalmente, se sumergió del todo.

El shock causado por el frío le dejó primero sin respiración. El agua helada le quitó inmediatamente el calor del cuerpo y de la sangre. Nadando hacia el brazo del Elba, poco a poco el frío le iba sentando bien; hoy, especialmente bien. De repente, su cerebro enfebrecido adquirió una serena claridad de ideas, y el recuerdo del beso de Helena se difuminó. Brazada a brazada, Moritz nadó hasta la mitad del brazo del Elba. Allí se dio la vuelta porque el gélido frío del agua se le metía hasta los huesos.

La gabarra pasó por delante, a unos diez pies de distancia. A bordo, ya arriaban las velas. Moritz sabía que el buque velero de dos palos traía de Dresde la primera piedra arenisca del Elba del año. El maestro Bohnsack esperaba el cargamento, destinado a los pilares de la nave central. Desde la borda, los marineros señalaban al valiente bañista, le gastaban bromas y le saludaban.

La primera ola formada por la proa saltó por encima de Moritz. Nadó más aprisa, no se había dado cuenta de que se había acercado demasiado al velero. La siguiente ola explotó contra él, y luego otra más. Nadó con todas sus fuerzas hacia la orilla.

De repente, notó como si le atrapara un recial, una corriente fuerte e impetuosa que le hacía dar vueltas sobre sí mismo, sin poder moverse del mismo sitio. Algo tiraba de él, algo más fuerte que Moritz le hundió literalmente bajo el agua. ¡Un remolino!

En cuestión de segundos, se apoderó de él un miedo atroz. Empezó a braccar



y a patalear, intentando volver a la superficie del agua. El pánico y el frío helador le paralizaron, se quedó sin fuerzas, tragó agua.

Y luego llegó un momento en el que reconoció con toda claridad que iba a morir. Se acabó, no le cabía la menor duda. Moritz dejó de nadar, de bracear y de patalear; se abandonó a la muerte, que por una vez era más fuerte que él. Moritz se convirtió en un trozo de madera a la deriva, sin voluntad.

De pronto, inesperadamente, el remolino le soltó, sencillamente dejó de tirar de él, como si ya no tuviera ganas de jugar con su cuerpo, con su vida. Moritz salió a la superficie del río, escupió agua, tosió, cogió aire.

No sabía bien dónde estaba. Solo al ver la gabarra, dio media vuelta y reconoció la orilla del islote. Echó a nadar. Apenas notaba ya los brazos y las piernas.

La orilla, su salvación, se iba acercando; el pánico fue cediendo. Era como si la muerte lo hubiera vomitado.

Por fin, notó unas piedras por debajo. Por ellas fue rodando hasta la orilla y la hierba. Se puso de pie tiritando. A cien pies de distancia, la gabarra se deslizaba en dirección al puerto. Aún seguían los marineros en la borda. Moritz les oyó dar palmadas. Estaban aplaudiéndole. ¿Oía bien?

Sí, los marineros le aplaudían. Creían que se había sumergido a propósito en el agua. Creían que había llegado a la orilla por su propio esfuerzo. Se equivocaban.

Helena abrió los ojos, todavía era de noche. La lluvia arreciaba contra el tejado. Abajo, en el patio, alguien llamó con los nudillos a una puerta. Helena se levantó, se acercó medio dormida a la ventana y miró hacia abajo.

Las siluetas de unas figuras oscuras se agolpaban ante la puerta de la casa de la servidumbre. Una sostenía una lámpara de aceite a la altura de los ojos; otra llamaba a la puerta. Helena tuvo que pestañear unas cuantas veces para reconocer que allí abajo unas monjas llamaban a la puerta del fraile Rochus.

¿Tan temprano? Helena miró hacia el este. En el horizonte tan solo se veía una franja de color lechoso. Como mucho serían las cinco.

En el patio, Rochus abrió la puerta de su casita. Las monjas hablaron con él.

Helena podía oírlas desde la ventana de su habitación. Traían malas noticias: alguien estaba muriéndose o, al menos, gravemente enfermo.

Helena dio media vuelta y volvió a su jergón. Ya no contaba con conciliar el sueño. Había tenido pesadillas, y las peleas con su padre la descorazonaban. Tres veces había ido Moritz, en el transcurso del invierno, a ver a su padre, y las tres veces le había puesto el maestro de obras de patitas en la calle. Le decía que Helena ya estaba prometida, que ya no se encontraba disponible. Y a ella la apremiaba para que fijara de una vez la fecha de la boda.

Helena no había imaginado nunca que su padre pudiera ser tan intransigente. ¿Se debería todo a la dignidad de conde, al castillo y al dinero? Helena no se lo podía creer.

Pasos en el patio, voces, el crujido de la puerta de casa. Helena se levantó y se vistió. Con la llama de una tea en la mano derecha, bajó a tientas la estrecha escalera. Tras la puerta del cuarto de trabajo del padre hablaba una mujer. Helena llamó con los nudillos y, sin esperar una respuesta, sencillamente entró. Con su padre y el fraile Rochus, tres monjas se hallaban sentadas en torno a la mesa redonda, unas monjas cistercienses. Una era la abadesa de la orden.

Helena se sentó con ellos, respondió a la mirada ardiente de fray Rochus asintiendo con la cabeza y prestó atención a las palabras de la abadesa. Lo que esta tenía que contar no era especialmente complicado: el abad de Maulbronn estaba gravemente enfermo, contaba con morir y deseaba volver a ver al fraile Rochus. Y mandaba sus bendiciones y un cariñoso saludo al maestro Bohnsack y a su hija. Y lamentaba que vivieran tan lejos de Maulbronn.

Fray Rochus escribió en un trozo de pergamino viejo que, según su leal saber y entender, hoy a mediodía zarparía una gabarra cargada de lana, lúpulo y lino hacia el sur y llegaría a Dresde. Esa quería coger. Luego alzó la mirada y la dirigió hacia Helena.

El padre se quedó dándole vueltas al asunto. Tras el saludo del abad de Maulbronn se ocultaba sin duda el deseo de volver a ver también al constructor de su monasterio. Helena observó a su padre; sabía exactamente lo que pensaba. Al año siguiente debía celebrarse la primera misa en el coro de la nueva catedral. Para entonces tendría que estar terminada al menos la

estructura de la galería episcopal. Quedaba, pues, descartado viajar a Maulbronn en primavera, es decir, durante la mejor época del año para construir.

Helena pensó en la amenaza del día de su boda... y vio una manera de rehuirla.

—No hace falta que usted abandone las obras, padre. Yo iré con fray Rochus a Maulbronn. —No era más que un aplazamiento, pero ¿quién sabía lo que podía pasar hasta que ella regresara?

—Ni hablar. —El padre gruñó como un perro grande y malhumorado, sin levantar siquiera la cabeza.

—Ya sabe cuánto respetaba el señor abad a madre y cuánto me quería a mí. Iré yo y le transmitiré su mensaje y le representaré a usted en su lecho de muerte.

—Ni hablar.

—Le diré que le habría gustado mucho ir, pero que le resulta imposible debido a la construcción de la catedral.

—No.

—¿Quiere de verdad ir usted? ¡Eso le llevaría muchas semanas, padre! — Helena intentaba quitarle la idea de la cabeza—. ¡Piense en la catedral! Y la primavera acaba de empezar. La mejor época para las obras. Los primeros albañiles ya están volviendo de sus casas.

El maestro Bohnsack meneó en silencio la cabeza.

—¿Le preocupo yo? —No formaba parte de la naturaleza de Helena darse tan pronto por vencida—. Fray Rochus estará conmigo. Déjeme ir, por favor, padre. Por fin tendré la oportunidad de visitar la tumba de madre.

El fraile Rochus asintió con un gesto de aprobación, señaló a Helena y se levantó. Era de la opinión de que Helena debía acompañarle. Todos los de la mesa lo comprendieron, y en el fondo su padre también. Pero probablemente contemplaba como una derrota tener que volver a decirle al francés que todavía no se podía fijar la fecha de la boda.

De lo que su padre sabía desde hacía tiempo por un mensaje de Gotthart, Helena no se enteró hasta seis horas más tarde, cuando ya iba a bordo de la gabarra.

## Despedida

Antes de que saliera el sol, Helena sacó un caballo de la cuadra y lo ensilló. Ya desde niña, había aprendido a montar en Maulbronn con los hijos del gobernador. Se subió a la silla. Hacía mucho frío y el aire de marzo olía a helada.

El padre la observó desde la puerta abierta de la casa.

—¿Adónde vas, Helena?

—A la herrería. Voy a despedirme de Mónica y de los niños. — Normalmente, nunca mentía a su padre, pero esta vez tuvo que contarle, al menos en parte, una mentira; y efectivamente, él se conformó con su respuesta.

Ciertamente, Helena cabalgó luego hacia la herrería, pero enseguida pasó de largo porque no vio luz tras las ventanas. Mónica y los niños seguían dormidos. Más tarde se despediría de ellos. La gabarra con destino a Dresde no zarparía hasta dentro de unas horas.

Guió el caballo hacia su verdadero destino: atravesó la plaza del mercado, retrocedió hacia el Camino Ancho y luego se dirigió hacia el norte, hacia la Ciudad Nueva. Poco después de cruzar la Krökentor, se puso la capucha del abrigo bien ceñida a la cabeza.

Al otro lado del Elba, el sol ya despuntaba por el horizonte, cuando Helena llamó a la puerta del patio de Moritz. Tenía los dedos enrojecidos por el frío. Miró a uno y otro lado; no vio a ningún vecino en el patio ni en el huerto ni en las ventanas. Mejor así. Helena quería evitar que la vieran en la finca de Moritz.

Por fin se abrió la puerta de la casa. A continuación, se oyeron unos pasos arrastrando los pies en el patio. Moritz abrió. Tenía ojos de sueño y una cara tan arrugada como su larga camisa, y tan pálida que Helena se asustó.

—¿Te he despertado? —Pasó a su lado tirando del caballo para meterlo en el patio.

—¿Tú por aquí? —En cuestión de segundos, Moritz parecía despejadísimo—. ¿Qué ha pasado?

—Dios me ha concedido un aplazamiento.

—¿Eso qué quiere decir? —Helena le entregó las riendas para que llevara el caballo a la cuadra—. ¿A qué te refieres con aplazamiento? —Moritz abrió el cerrojo de la puerta de la cuadra y metió el caballo de Helena.

—Voy a acompañar al fraile Rochus a Maulbronn. —Hombro con hombro, entraron en la casa—. Su abad está gravemente enfermo y le ha pedido que vaya.

Moritz cerró la puerta.

—¡Pero entonces me quedo sin verte varias semanas! —Miró asustado a la cara de Helena.

—Eso es cierto, por desgracia. —Helena le abrazó por el cuello. Era la primera vez que entraba en casa de Moritz y estaba un poco nerviosa—. Pero ¿quién sabe por qué Dios lo ha dispuesto así? A lo mejor, gracias a esas semanas, no tengo que casarme con Gotthart. A lo mejor se muere Gotthart, o tal vez cambie de parecer mi padre. —Le besó.

Así permanecieron un rato largo, sumidos en los brazos del otro, besándose sin pensar en nada. Hasta que a Helena empezó a temblarle todo el cuerpo; tenía frío. Moritz encendió la lumbre y puso a hervir un cazo con agua.

—Voy a hacer una infusión.

—Hace frío en tu casa. —Helena se frotó las manos heladas.

—Espera. —Moritz desapareció en su dormitorio y volvió con un abrigo de piel de color claro—. El abrigo de Ansgar. —La ayudó a ponérselo—. Está hecho con la piel de un oso polar.

Desde la muerte de Lothar, Moritz utilizaba ese abrigo. Hasta entonces no había llegado ninguna carta de Dinamarca reclamándolo. Hasta el momento, la familia de Ansgar tampoco había reclamado a la yegua *Fee*, que ahora estaba

en la cuadra de Moritz.

Helena se ciñó la piel al cuerpo. Pegada a la lumbre, se arrimó a Moritz. Este la besó y de nuevo se olvidaron del tiempo y del espacio. Hasta que dos gatos les acariciaron las piernas.

—Unas monjas del monasterio cisterciense han venido antes del amanecer y han despertado a Rochus —contó Helena, mientras Moritz preparaba la infusión—. Al principio, mi padre no quería que yo le acompañara, pero le he insistido hasta hacerle callar. —Se encogió de hombros y se frotó los brazos—. A pesar de la piel, no acabo de entrar en calor.

Moritz la abrazó con fuerza, le besó la coronilla, la frente y las mejillas. Y de nuevo la besó en la boca. Helena oía los latidos de su corazón... ¿o era el suyo propio, el que palpitaba como loco? Oyó cómo a Moritz se le aceleraba la respiración. Cuando abrió los ojos, su mirada recayó en la puerta abierta del dormitorio.

—Tu edredón de plumas y tu jergón seguro que siguen calientes —dijo—. Vamos a meternos bien juntitos, hasta que se me pase el frío.

Se quitó la piel y su propio abrigo y, delante del dormitorio, también los zapatos.

Moritz llevó a la alcoba un vaso de infusión. Envueltos en el edredón y con dos mantas en lo alto, se sentaron en el jergón y fueron dando sorbitos, alternativamente, de la infusión caliente. Se miraban el uno al otro y les daba la risa. Helena notó enseguida que Moritz estaba cortado y no sabía bien qué hacer.

Helena colocó el vaso sobre un cajón que había junto a la cama, se metió debajo del edredón y tiró de él hacia sí.

—Los dos tenemos ganas de estrecharnos el uno al otro, ¿no? —De nuevo se abrazaron—. Será una forma de despedirnos. Así siempre podré recordarlo cuando esté de viaje, y también después, en Maulbronn. Hasta que nos volvamos a ver.

—Me entristece que te marches. —Moritz la atrajo más hacia sí—. Más vale que te secuestre y huyamos juntos.

—¿Adónde?

—Muy lejos. Al reino de Dinamarca. O al reino de Francia.

—No, Moritz. Dios nos mostrará un camino mejor. —Se acurrucó en él y arrimó la frente a su garganta—. Le he rezado para que nos ayude, y Matilde también reza por nosotros. Dios oirá nuestras plegarias, lo sé perfectamente.

Cerró los ojos, le abrazó con fuerza y escuchó los latidos de su corazón. Pronto notó su cálido aliento y sus labios de nuevo en la coronilla. Moritz tomó su rostro con sus grandes manos y le besó las sienes, los ojos y los lóbulos de las orejas. Helena se quedó quieta, mientras él le acariciaba los hombros y la espalda.

Helena sabía perfectamente lo que sucedería a continuación, y quería que sucediera. Pero ¿cómo? Quizás él tuviera aún menos experiencia que ella.

—¿Te has acostado alguna vez con una mujer, Moritz? —Tomó su mano y se la llevó al pecho.

—No. ¿Y tú con un hombre? —Ella asintió tragando saliva—. ¿Con Ansgar? —De nuevo asintió Helena, al tiempo que apretaba su fuerte mano contra sus pechos.

—Esto me gusta —susurró ella, moviendo la mano de Moritz por sus pechos, hasta que empezó por fin a acariciárselos él solo. ¿Se atrevería a soltarle las cintas de su vestido? Optó por soltar ella misma los nudos, le sonrió para animarle y, cogiendo su mano, la metió debajo de la tela del vestido y de la ropa interior. Al fin le notaba en su piel.

Con algo de torpeza, Moritz le pasó las puntas de los dedos por los hombros hasta llegar al cuello. A ella se le puso la carne de gallina en la espalda y en los brazos. Cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás... y Moritz hizo lo que ella esperaba: besarla en el cuello.

Le dejó que siguiera mientras disfrutaba del agradable cosquilleo que le recorría todo el cuerpo. Su lengua daba tiernos lametones en la piel de su cuello, bajo sus oídos y luego en la nuca. Eso le resultaba tan placentero, que su padre y la amenaza de la boda con el francés empalidecieron hasta convertirse en un simple rumor.

Helena se apretó tan fuerte contra Moritz como si quisiera meterse en su interior. Bajo su larga camisa, notó algo grande y duro; lo sintió a través de la tela de su ropa, en su bajo vientre. Y, al notarlo, aumentó su excitación.

Respiró profundamente y apretó la pelvis contra la dura erección. Las

caderas se sustraían a su voluntad, y su pelvis empezó a moverse en círculo y a frotarse contra él. Moritz lanzó un suspiro, e inmediatamente se rompieron todas las barreras.

Moritz se incorporó, se inclinó sobre ella y le quitó toda la ropa que cubría sus caderas y sus pechos. Antes de que Helena se diera cuenta de lo ocurrido, ya estaba desnuda. Y él también.

Como un viento huracanado, se puso encima de ella, enterró la cara entre sus pechos y la cogió de la cintura, de los muslos y de las posaderas. De repente, sus fuertes manos parecían estar en todas partes, y en el vientre de Helena algo hervía hasta rebosar. El calor le bajó por las piernas hasta los dedos de los pies, y le subió al pecho y hasta las raíces del pelo. Creía que se derretía.

Los pezones de sus pechos se hincharon y se endurecieron bajo los besos de Moritz. Su cuerpo empezó a balancearse y a mecerse como en un baile. El ardiente deseo acumulado durante tantos años se iba abriendo paso e inundando el cuerpo de Helena. Al notar que algo bullía en su seno, se entregó por completo a la fuerza y a la impetuosidad de Moritz.

Medio aturdida, y como a través de un velo húmedo, vio que Moritz se incorporaba y se internaba entre sus muslos. Cogiéndola por las caderas, se introdujo en ella con un profundo suspiro. Con tanta fuerza y tan profundamente la penetró, que Helena se asustó, pero cuando se abandonó a su apremiante vigor respondiendo a sus movimientos, sintió una felicidad y un placer que hasta entonces no conocía y que jamás hubiera podido imaginar.

Pasaron casi tres horas el uno al lado del otro, susurrándose palabras tiernas al oído, sin poder parar de besarse, de acariciarse, de amarse.

Más tarde, se ayudaron mutuamente a ponerse de pie. Helena estaba mareadísima. También se ayudaron a lavarse, a secarse y a vestirse, y cuando, ya en la puerta, se abrazaron por última vez, los dos lloraron a lágrima viva.

—Por favor, por favor, vuelve —sollozó Moritz.

—Espérame, por favor —susurró Helena—. ¡Te lo ruego!

Uno a otro se enjugaron las lágrimas con sus besos. Moritz le sacó el caballo de la cuadra y, una vez montada, Helena se marchó tan aprisa como



pudo, sin mirar ni una sola vez hacia atrás.

Hacia mediodía, Helena, a quien le pesaban las piernas, pasó zancajeando por las obras de la catedral, flanqueada por su padre y por Rochus. El fraile tiraba de un carro con adrales cargado con el equipaje de Helena. Lo que se llevaba Rochus para el viaje le cabía en una pequeña mochila que llevaba a la espalda. Los caballos de montar y la bestia de carga los había atado al carro con adrales.

El sol del mediodía arrojaba sus sombras sobre la plaza de la catedral. Tres sombras, contó Helena: la del medio era sin duda la suya. De manera que, pese al mal rato de la despedida, ella realmente se encontraba allí, ante el coro de la catedral y entre esos dos hombres.

Lo que de verdad sentía era algo muy distinto: se sentía lejos, muy lejos, de allí. Únicamente su cuerpo iba andando entre los dos hombres, y solo su cuerpo pasaría enseguida junto a la grúa de rueda y a los talleres, en dirección al puerto y a los embarcaderos; su alma aún se hallaba en brazos de Moritz, aún seguía prendida de su corazón.

Los obreros escogían las piedras toscamente labradas que había traído la gabarra dos días antes desde Dresde. Un poco más apartados, entre la muralla de la ciudad y el Camino del Monasterio, los canteros labraban los bloques procedentes de las montañas de piedra arenisca del Elba. El maestro albañil había desplegado un plano en un banco de trabajo, lo miraba de vez en cuando y marcaba en cada piedra un signo para que sus albañiles supieran dónde tenían que colocarla.

Entre la grúa de rueda y el primer taller, el maestro Bohnsack divisó al escultor Gotthart de Saint Leonard. Este parecía desconcertado y les lanzaba miradas inquisitivas. Helena apartó la vista.

—Seguid andando —dijo el padre—, enseguida bajaré al puerto. —Se acercó a Gotthart y habló con él. Helena no quiso mirar.

A mitad de camino hacia la puerta que conducía al puerto, pasaron junto a un carro vacío tirado por un burro. No lejos de allí, entre dos talleres, docenas de obreros rodeaban un montón de bloques de piedra, de unos cuatro pies de

altura, contra el que se apoyaba una escalera de mano. Escuchaban el sermón de un anciano monje que, desde lo alto de la pila de piedras, gesticulaba como loco. Como Rochus se detuvo, Helena también prestó atención a lo que decía.

—«... y a los que estén a su izquierda les dirá: ¡Apartaos de mí, malditos, y sufrid el fuego eterno! Pues he pasado hambre y no me habéis dado de comer. ¡He pasado sed y no me habéis dado de beber...!»

El monje era robusto, más bien rollizo, y tenía una cara muy ancha. Helena le echó unos pocos años más que a su padre. Su hábito marrón lo ceñía una cuerda. Así iban vestidos los monjes de la orden de San Francisco, los hermanos minoritas.

—«... ¡he sido un forastero y no me habéis dado alojamiento! ¡He estado desnudo y no me habéis dado ropa! ¡He estado enfermo y preso y no habéis venido a visitarme! Verdaderamente, yo os digo: Lo que le habéis negado al más humilde de mis hermanos, me lo habéis negado a mí. Por lo tanto, ¡apartaos y padeced el suplicio eterno! ¡Los justos, en cambio, venid conmigo a disfrutar de la vida eterna!»

Las palabras del monje conmovieron profundamente a Helena. Jamás había oído a un predicador que hablara con tanta pasión. Hablaba del pecado y de la culpa, del perdón y de la penitencia. Prevenía enérgicamente contra la envidia, la gula, la codicia, la impudicia y los placeres de la carne.

Al oír estas últimas palabras, el alma de Helena regresó íntegramente a su cuerpo. El discurso del monje le traspasó la piel y le hizo daño.

Miró a su alrededor al público, compuesto casi exclusivamente por hombres. Muchos estaban inclinados y con la cabeza agachada, algunos no podían dejar de santiguarse y otros se limpiaban disimuladamente las lágrimas de los ojos.

—Vámonos. —El padre se unió de nuevo a ellos—. Un fanático —dijo, mirando fugazmente al predicador—. Se hace llamar hermano Gabriel. Solo sabe alterar el orden en los monasterios y en la ciudad. El prepósito del cabildo no sabe cómo deshacerse de él.

Helena y Rochus le siguieron por el portón que iba a dar al puerto del Elba. El camino estaba surcado por las ruedas de los coches y pisoteado por las suelas de las botas; lascas de piedra y polvo lo cubrían por entero. La gabarra

se hallaba fondeada en el embarcadero central. Unos carreteros subían a bordo las últimas balas de tela, los marineros ya izaban las velas. Rochus llevó los tres caballos y el equipaje a bordo.

—Gotthart parte mañana de viaje a Francia —dijo el maestro Bohnsack—. Su padre le llama para que pueda recibir el título de conde y tomar posesión de sus tierras. —Soltó un suspiro de alivio—. En ese sentido, no importa demasiado que te ausentes unas semanas de la ciudad, Helena. El día de la boda, de todos modos, no se fijará hasta que regrese Gotthart.

Helena se quedó muda. ¿Iba a hacer entonces un viaje tan largo en vano? ¿Dejaría de ver tantas semanas a Moritz inútilmente? No se lo podía creer, pero ya no había marcha atrás. El padre la abrazó y le susurró unas bendiciones de despedida. Helena le besó superficialmente en la mejilla. Rápidamente se volvió y, por la pasarela de embarque, subió a bordo de la gabarra.

Media hora después, el capitán mandó levar anclas; la gabarra zarpó. Los remeros de la cubierta baja arrancaron a todo remo y el barco surcó las olas río arriba. El padre dijo adiós con la mano. Helena agitó también la suya, aunque brevemente.

«Gotthart se va a Francia —habló para sus adentros con su madre—. Quizás encuentre allí a una más guapa y más rica que yo. Ojalá. A lo mejor se pone enfermo y se muere. Tal vez le maten unos salteadores de caminos.» Helena se acordó del fogoso predicador llamado Gabriel y se avergonzó de sus pensamientos. Tendría que confesárselos al fraile Rochus.

El viento aún soplaba a favor. Las torres, los tejados y las murallas de Magdeburgo fueron encogiéndose paulatinamente hasta desaparecer por completo del paisaje fluvial.

Bajaron por el Elba hasta la desembocadura del Saale. Allí abandonaron al día siguiente la gabarra, y al otro día embarcaron en un buque más pequeño que los llevó por el Saale, río arriba.

Un temporal con lluvia persistente los retuvo casi una semana en Halle. Una gabarra que había cargado sal los llevó finalmente hasta Dürrenberg. Más allá,

el Saale ya no era navegable, por lo que Helena y Rochus tuvieron que continuar el viaje a caballo.

El tiempo cambió y se volvió más suave y más seco. Enseguida salió el sol en un cielo completamente despejado. Helena dio gracias a Dios por ello.

Por fin, a principios de abril, llegaron al pueblo en el que, varios años atrás, ya habían pernoctado camino de Magdeburgo: Jena. El aire suave estaba impregnado del aroma de la primavera.

La madre del alfayate los reconoció inmediatamente. Se mostró contenta de volver a verlos y los acogió en su casa, en la plaza del mercado. La anciana les asignó los mismos dormitorios que la otra vez.

Cuando partieron a la mañana siguiente, Helena y el fraile Rochus fueron testigos de una aglomeración de gente en la plaza del mercado. Detuvieron los caballos y contemplaron cómo dos hombres tiraban de una joven, que iba montada en un carro tirado por bueyes, y la arrastraban hacia un estrado que había en medio de la plaza del mercado.

La mirada de Helena recayó en una taberna, e inmediatamente recordó cómo, unos años atrás, Ansgar salió de ese mismo figón a la plaza del mercado para defenderla del desvergonzado regateo de unos campesinos. Y al día siguiente comieron todos juntos el ganso asado.

¡Cuánto tiempo hacía de aquello! ¡Y qué cantidad de cosas habían pasado desde entonces! Helena se quedó pasmada al recordarlo.

Desde los callejones y los patios, las casas y las tabernas que rodeaban la plaza del mercado, afluyeron los habitantes del pueblo y se congregaron en torno al estrado. En él destacaba una picota; hacia allí llevaron los dos hombres a la joven. Helena la oyó llorar.

Se dio cuenta de que estaba presenciando el trabajo del verdugo y de su criado. Al parecer, la joven era culpable de un delito, y ahora debía recaer sobre ella el castigo al que la había condenado el juez o el burgrave.

En el estrado, los dos hombres le quitaron el abrigo a la mujer y la ataron de cara al poste. Uno le arrancó el vestido y la ropa interior desde los hombros y los bajó hasta la cintura; el otro sostenía de repente un bastón en la mano.

En la primera fila de espectadores, un hombre bien vestido y con un sombrero adornado con lujosas plumas hizo una seña... El del bastón cogió

impulso y golpeó. Una vez, dos veces, y otra, y otra más. Helena daba un respingo a cada bastonazo.

Entretanto, también habían salido de casa la madre del sastre, su criada y algunos de sus nietos. Se detuvieron a pocos pasos de fray Rochus y Helena para contemplar el cruel espectáculo. Sin embargo, Helena no vio en sus caras ni rastro de horror o compasión. Parecían incluso disfrutar del castigo infligido a la joven.

—¿Por qué la castigan con esa paliza? —preguntó Helena a las mujeres—. ¿Qué delito ha cometido?

—Fornicación. —La anciana madre del alfayate hizo una mueca de desprecio, y poco le faltó para escupir.

Helena notó que se le hacía un nudo en la tripa.

—¿Fornicación?

—Sí, exactamente. —La anciana echó un vistazo a sus nietos, unos ya adolescentes y otros todavía muy pequeños, se acercó más al caballo de Helena y bajó la voz—. Ha parido a un niño, pero no tiene marido. —Señaló a la quejumbrosa mujer atada a la picota—. Tampoco quiere desembuchar quién es el padre.

Helena se quedó sin habla. De reojo atisbó la mirada fulgurante de fray Rochus.

Para entonces, la joven gritaba desde el estrado a cada golpe que recibía. Tenía la piel reventada, y Helena vio cómo le fluía la sangre por la espalda desnuda.

—Pues ha tenido suerte de haber cometido el delito aquí, en Turingia —dijo la madre del sastre—. Con tan solo veinte bastonazos sale bien librada, me parece a mí. En el lugar del que vos venís, doncella Helena, allí arriba, en Magdeburgo, está vigente otra ley. Allí se hace justicia con arreglo al Espejo de Sajonia. Allí a las fornicadoras se les corta directamente la cabeza.

A Helena se le puso un nudo en la garganta y le costaba respirar. Sin mirar siquiera a la mujer que tenía al lado, arreó a su caballo, lo sacó de la plaza del mercado y lo llevó por el callejón más próximo en dirección al sur. Los gritos de la mujer apaleada la acompañaron durante muchas docenas de varas. A su espalda oyó ruido de cascos: fray Rochus la seguía.

A partir de ahora, el miedo a quedarse embarazada no la abandonó.

## Voto

*Magdeburgo, verano de 1233*

Los días se iban haciendo cada vez más largos. El crepúsculo vespertino irrumpía tarde, y el trabajo no terminaba hasta muy tarde. Pero ya por fin los mezcladores de mortero podían lavar sus cubetas, palas y carretillas. Atrás dejaban más de doce horas de arduo trabajo. ¡Qué día más largo! Matilde rezó por ellos.

Los albañiles bajaron de las torres y los andamios, los carpinteros clavaron de prisa unos cuantos clavos más en la cimbra destinada a la penúltima bóveda de crucería de la galería episcopal, los canteros recogieron las macetas y los cinceles y sacudieron el polvillo de la piedra de sus batas y mandiles. Junto con tres jóvenes herreros, Nikolaus comprobó si en el suelo de las obras quedaban clavos torcidos y otros objetos de hierro ya inservibles.

El pequeño Nikolaus correteaba entre ellos y, cada vez que su abuelo le dejaba tirar el siguiente trocito de hierro fundible en un cesto, se reía a carcajadas. A Matilde también le daba la risa. Y rezaba por todos y cada uno de ellos.

Estaba acurrucada en el vano de la ventana del nuevo muro, entre la nave transversal del norte y el coro alto. Veinte pies por debajo de ella, uno tras otro iba abandonando las obras en dirección a la plaza de la catedral o a la *Bauhütte*. A estas alturas, era raro que Matilde descubriera entre los obreros a alguno cuyo nombre no conociera. De muchos sabía también los nombres de sus mujeres y sus hijos, incluso de sus padres.

Cuando se rezaba por la gente, se la conocía también más a fondo. A diario acudían a Matilde tres o cuatro, le contaban sus penas y sus preocupaciones y le rogaban que intercediera por ellos.

Pronto cesaron los últimos martillazos y se alejaron los últimos pasos y voces. Matilde se encaramó desde el vano de la ventana al coro alto y paseó rezando bajo las bóvedas de crucería. Salvo las dos últimas bóvedas del lado sur, todas estaban asentadas y moldeadas. Y a la mitad de ellas ya no la sustentaba ningún encofrado.

Aún quedaban unos cuantos capiteles a la espera de la labor de filigrana; todavía se estaba levantando el muro horadado por ventanas; en la parte interior del coro, entre las arcadas, aún faltaba labrar los baldaquinos de piedra, a partir de los cuales, en su día, las columnas de las ventanas se alzarían hasta el claristorio. Y con el trabajo del puente o pasarela que llevaría a la galería episcopal, todavía ni siquiera había empezado el maestro Bohnsack. No obstante, en pocos meses estaría terminada la estructura de la galería episcopal. Matilde contemplaba con admiración cada columna, cada arcada, cada capitel, y entonaba un salmo de acción de gracias tras otro.

La galería episcopal inconclusa le parecía como si no fuera de este mundo. Incluso ahora, aún sin pintar ni ornamentar, esta amplia y alta arcada desprendía tal aire de excelsitud y dignidad, que a Matilde le daba la sensación de ser una niña pequeña que se disponía a hollar la antesala del palacio celestial de Dios. Iba de arcada en arcada, de columna en columna, daba vueltas sobre sí misma y disfrutaba de la creciente oscuridad. Porque con esa oscuridad —y Matilde lo sabía por haber pasado tantas horas crepusculares en la catedral— se alargaban las sombras, tremolaban los ornamentos de los capiteles, se fundían las columnas con los pilares y los arcos y, de este modo, este suntuoso espacio se llenaba de una vida casi sobrenatural.

Cuando esto daba comienzo, cuando de repente todo parecía movido por una mano invisible, normalmente ya no faltaba mucho para que, en el coro, irrumpiera la luz divina y los santos iniciaran sus conversaciones nocturnas.

Matilde se detuvo ante la arcada central y miró abajo, hacia el coro. Al oeste, en el horizonte, tras la torre de San Sebastián, aún fulguraban los



últimos arreboles del día bajo el cielo ya oscuro de la noche.

Matilde esperó.

Y, efectivamente, enseguida vio un trémulo resplandor de luz delante del leccionario. Voces que se alzaban, pasos que se acercaban. A diferencia de otras veces en que aparecían la luz de Dios y los santos, Matilde vio que abajo la luz pasaba de largo por la girola. Por un breve espacio de tiempo, desapareció de su campo visual... hasta que volvió a resplandecer justo debajo de ella, en el coro y en la parte trasera del altar mayor. Tres hombres se acercaron al coro; uno de ellos llevaba una antorcha.

No, esa no era la luz divina, ni tampoco eran los santos: Dietrich von Dobin, el prepósito del cabildo Wilbrand y el maestro de obras recorrieron el coro, debajo de Matilde, como si buscaran algo.

—¡Aquí está! —exclamó Dietrich, que llevaba la antorcha, y se acercó deprisa al altar mayor.

—Gracias a Dios —dijo el maestro Bohnsack—. Tengo tantas cosas en la cabeza, que olvidé el plano en los escalones.

—Claro, es que tu situación no es nada fácil —opinó el prepósito del cabildo—. La galería episcopal va tomando forma y requiere toda tu atención. Las medidas de los pilares de la nave central tienen que cuadrar, los escultores no siempre avanzan como debieran, y luego está la preocupación por tu hija. Todos los días te incluimos en nuestras oraciones; en eso puedes confiar.

—Lo sé. —Un profundo suspiro del maestro de obras resonó por todo el coro—. Y os lo agradezco, señor prepósito del cabildo.

Matilde se recostó en el pilar cercano a la arcada y prestó atención. ¿Se trataba de Helena? Eso no se lo podía perder.

—¿Está tu hija por fin dispuesta a casarse con el noble señor Gotthart? —Era la voz de Dietrich.

—No lo sé, Su Muy Ilustre Señor. —Al maestro de obras se le notaba preocupado—. Todavía no he recibido ni una sola carta de ella desde Maulbronn. El que sí ha escrito es el fraile Rochus. Helena se ha retirado hace muchas semanas a un convento de monjas en la Selva Negra. —Matilde aguzó el oído—. Rochus sospecha que quiere hacerse novicia. —Nunca había oído

hablar al maestro de obras con una voz tan triste.

—¿A un convento? Vaya, vaya. —El preósito del cabildo carraspeó—. Si toma el hábito y hace votos, entonces se le perdona todo. Pero eso también debería ella hacérselo saber cuanto antes a Gotthart de Saint Leonard. Es un pecado darle tantas largas a un hombre como él —afirmó Wilbrand, convencido e indignado—. Para alivio nuestro, Dios, en su infinita sabiduría, ha dispuesto que Gotthart, debido a la muerte de su padre, tenga que permanecer más tiempo en el Reino de Francia. El cardenal ha fallecido de manera completamente inesperada, según escribe Gotthart.

—A mí también me ha escrito. —De nuevo, la voz de preocupación del maestro de obras—. Quiere estar de vuelta en Magdeburgo antes de que irrumpa el invierno.

—No es más que un aplazamiento. —De nuevo tomó la palabra Dietrich—. Me temo que perderemos a Gotthart como escultor, si tu hija sigue pisoteando su honor.

—¡Ni hablar! —Matilde oyó dar una palmada al preósito del cabildo—. ¿Quién nos hará entonces las dos Vírgenes que todavía faltan?

—Las Diez Vírgenes podrían también completarlas Moritz y el de Estrasburgo —dijo Dietrich.

—¡No obstante, quiero conservar a Gotthart! Es un buen escultor. ¡Cuánta pasión y cuánta vida hay en sus esculturas! ¡Procura que tu hija no nos espante a ese hombre, maestro Bohnsack!

—¿Qué puedo yo hacer, Reverendísimo Señor? —La voz del maestro de obras tenía un tono sombrío y desconsolado—. Mi hija sencillamente no quiere casarse con Gotthart, no quiere obedecerme. Y la voluntad del ser humano es libre. —Al oírlo, Matilde pensó en Helena y sonrió.

—¡De eso nada, señor maestro de obras! —contestó el preósito del cabildo Wilbrand con voz de mando—. ¡Ella ha de obedecerte! A no ser que se meta a monja. De lo contrario, el padre es quien manda sobre una soltera. Los magdeburgueses se pasan el día despotricando no solo contra ella, sino también contra ti, Bohnsack. Y tienen razón: ¿Qué padre consiente tantos caprichos?

Ahora se impuso el silencio en el coro, un silencio de perplejidad. Matilde

se preguntaba con curiosidad cómo acabaría esa reunión nocturna y a puerta cerrada.

—El Reverendísimo Señor preposito del cabildo tiene toda la razón, maestro de obras —tomó de nuevo la palabra Dietrich von Dobin—. Tienes que actuar, pues la conducta de Helena y los rumores de la gente te perjudican a ti. Y también a tu trabajo.

—Y por lo tanto también a nos —afirmó Wilbrand—. ¿No va a cumplir Helena ya veintitrés años? ¡Ya va siendo hora de que la cases! ¿O es que al final vas a meterla en el convento de penitentes?

El preposito del cabildo se refería al asilo para hijas solteras de los ciudadanos de Magdeburgo, que se había construido junto al castillo del conde. Su hermano Albrecht lo había fundado antes de morir.

—Desde luego que no —dijo el maestro de obras lamentablemente abatido—. En cuanto regrese, fijaré la fecha de la boda.

—¡Fíjala antes, maestro de obras! —El consejo de Wilbrand sonaba como una orden—. Y en cuanto vuelva a casa, enfréntala a unos hechos consumados. Y elige una fecha a corto plazo. Cuanto antes contraiga matrimonio, menos tiempo le quedará para todas esas patrañas que tiene en la cabeza.

—¿Y qué hago con el wendo? Moritz también ha pedido su mano. Y Helena le ama; eso lo sé.

—¡Bah, amor! —A Matilde le sonó como si Wilbrand inflara los carrillos—. ¡El cantero wendo no pinta nada como esposo de la hija de un venerable maestro de obras! ¿Sabe siquiera leer y escribir? ¿Posee algo? ¡Pero si solo tiene esa casita que le regaló mi hermano! Nada más lejos de mi voluntad.

—Bartholomeus, el inglés, lleva dándole clases desde hace algún tiempo. —Dietrich von Dobin parecía pensativo—. Creo que Moritz se aferrará a tu hija tan testarudamente como ella a él. Le conozco un poco.

—¡Razón de más para que actuemos con rapidez! —exclamó Wilbrand—. En cuanto sepas cuándo van a volver ella y Gotthart, tienes que fijar una fecha para la boda, maestro de obras. Así, los jóvenes no tendrán tiempo de andarse con pamplinas. Encierra a tu hija, si es necesario.

Una amarga risotada del maestro de obras resonó por todo el coro y llegó hasta arriba, donde estaba Matilde.

—¿Encerrar a Helena? —dijo Bohnsack.

—Y desde luego, a Moritz no hay quien lo encierre —dijo Dietrich—. Ya sabes, hermano Wilbrand, cómo le llaman: ¡Sansón!

—No os preocupéis, de ese me encargo yo. —El prepósito del cabildo hablaba con total convicción—. Ya sé lo que haré con el tal Sansón. Confiad en mí. Vámonos.

Los hombres abandonaron el coro. El resplandor de la antorcha y los pasos se alejaron. Ahora sus voces venían de la girola.

—Hoy ha llegado una carta de la Corte imperial —oyó Matilde que decía el prepósito del cabildo. Más no pudo entender, pues las restantes palabras se mezclaron con el ruido de los pasos.

Matilde rezó por ellos. Sobre todo, por el prepósito del cabildo. Entre los religiosos de la ciudad, casi nadie dudaba de que, en un plazo no demasiado largo, se convertiría en el arzobispo de Magdeburgo. ¿Y acaso un arzobispo no necesitaba mucha sabiduría e inspiración? Matilde no había dudado nunca de que Albrecht poseía las dos cosas.

Se sentó sobre la cornisa de la arcada central, miró hacia abajo, hacia la oscuridad del coro, y siguió esperando la luz divina. Y rezó por las tres personas de las que acababan de hablar allí abajo.

—Maulbronn, París, Magdeburgo —susurró—. ¡Qué separados viven el uno del otro en la actualidad! Y, no obstante, ¡cómo van acercándose ya sus destinos! Protégelos, Señor.

### *Maulbronn, otoño de 1233*

El abad murió la víspera de la fiesta de acción de gracias por la cosecha. El fraile Rochus estuvo velándole día y noche junto a su lecho, hasta que le llegó la hora de la muerte. Helena no sabía que el abad y Rochus fueran tan íntimos amigos.

Pero ahora que estaba muerto, ya no había ninguna razón para prolongar la estancia en Maulbronn. Fray Rochus quería partir hacia el Elba a principios de la semana siguiente. Helena sentía miedo y, al mismo tiempo, alegría cuando

pensaba en el viaje de vuelta.

Miedo a que su padre siguiera insistiendo en que se casara con Gotthart, y alegría de volver a ver a Moritz.

Después de la misa de acción de gracias por la cosecha, subió al cementerio para llevar unas flores otoñales a la tumba de la madre. Desde su regreso del convento de monjas de Frauenalb, siete días atrás, aún no había visitado la tumba.

Helena arrancó la mala hierba y adornó la sepultura con el ramillete de flores que llevaba preparado.

—¿Le habría gustado recluirse en un convento, madre? ¡Seguro que no! Y menos, teniendo un amante como tenía usted. —Plantó unas hortensias, que a su madre le gustaban especialmente—. A mí tampoco. Mi cuerpo y mi alma anhelan demasiado. Probablemente me llevó a Frauenalb el miedo a estar embarazada. Cuando supe que no lo estaba, se me pasaron las ganas de ser novicia. —Por último, limpió la lápida.

Desde que Helena abandonara Maulbronn seis años atrás, ya no necesitaba la tumba de la madre para poder hablar con ella. Conversaba con ella en cualquier parte, siempre que quería: en misa, en la soledad de su habitación, y para sus adentros cuando trabajaba en la cocina, en el establo o en la *Bauhütte*. Siempre tenía presente a su madre desde aquella dolorosa partida del lugar de su infancia y juventud, hacía seis años.

Todo lo que había ocurrido y lo que la preocupaba, lo había comentado con ella hacía tiempo: que los amigos y los lugares de su juventud ahora le resultaban extraños, por qué había jugado con la idea de retirarse a un convento, que el fraile Rochus le había escrito en la arena que no lo hiciera, que este incluso le había escrito una carta al convento de Frauenalb rogándole insistentemente que regresara con él a Magdeburgo.

Y, naturalmente, que amaba al wendo Moritz. Y que su padre quería casarla con Gotthart.

—Pasado mañana abandonaremos de nuevo este entrañable lugar, madre. Justo después del entierro del abad. Tengo que volver a ver a Moritz. Con la separación aún le echo más de menos. ¿Lo entiende, madre? —Contempló por última vez la querida tumba—. Seguro que lo entiende. Usted también ha

amado.

Se guardó en la memoria cada detalle: la lápida, el epitafio, las flores. También la valla del cementerio y la línea ondulada de la loma del viñedo bajo el cielo otoñal. Por alguna razón, estaba segura de que nunca más volvería a esa tumba.

—Tengo un poco de miedo, madre. Por Gotthart. Pero el Todopoderoso nos abrirá un camino a Moritz y a mí, ¿no cree?

Cerró los ojos y se grabó mentalmente la imagen de la tumba. Así estuvo hasta que fue capaz de reconocer para sus adentros todos los detalles. Solo entonces se marchó.

Por la tarde, le entraron ganas de ir a los viñedos. Como era domingo, nadie trabajaba allí. Buscó el lugar en el que la madre había caído fulminada por el rayo. De eso hacía ya casi doce años. Cuando Helena se acercó a la cruz, vio a un monje sentado en la hierba, junto al ángel de piedra.

—¿Tú? —Hasta que se acercó al monje, no le reconoció. Había cambiado su viejo y sucio hábito gris por uno nuevo blanco como la nieve—. ¿También tú has sentido ganas de venir aquí, fray Rochus?

Este asintió y Helena se sentó a su lado en la hierba.

—Después de misa he ido a ver la tumba de mi madre en el cementerio.

—Lo sé.

—Creo que no me resultará difícil ir pasado mañana a Magdeburgo y abandonar la tumba de... —Se interrumpió y miró extrañada al fraile Rochus. Solo ahora se dio cuenta de que había hablado.

—También sabía que vendrías aquí, Helena —dijo Rochus con toda seriedad—. Te esperaba.

—¿Vuelves a hablar? —Helena sonrió incrédula—. ¿Qué ha pasado?

—El hermano abad me ha exonerado de mi voto. —Rochus no la miraba a ella, sino que todo el rato tenía la mirada absorta en el valle, el pueblo y el monasterio. A Helena le pareció que su espíritu estaba en otra parte. Con el fallecido, supuso.

—Debíais de ser grandes amigos para que te llamara desde su lecho de muerte y para que le hayas velado tan lealmente.

—Nos hemos querido hasta la hora de su muerte. —Rochus hablaba bajito y

con la voz ronca—. Antes habíamos sido también amigos. Sí, antes...

—No lo entiendo. —Helena le miró con el ceño fruncido—. ¿Os queríais, pero al final ya no erais amigos? Eso suena un tanto confuso, fray Rochus.

—Entramos en este monasterio siendo amigos. Entonces apenas teníamos veinte años. Entre esos muros hemos estudiado, trabajado, rezado e impartido clases como amigos. —Señaló el monasterio de abajo—. Hasta que llegó tu padre. Después, ya solo fuimos frailes.

—¿Qué?! —Helena le taladró con la mirada, intentando comprender—. Eso no es cierto, ¿verdad?

Rochus volvió la cabeza y, por primera vez, la miró a los ojos.

—Tienes razón —dijo—. Eso no es cierto. Hasta que llegó tu madre, debería haber dicho. Cuando ella entró en nuestra vida, se rompió nuestra amistad. La amábamos los dos. La deseábamos los dos. Pero ella solo me correspondía a mí.

Helena cerró los ojos e intentó asimilar sus palabras. Tenían demasiado peso, no logró comprenderlas. Abrió los ojos... y todo le daba vueltas: las cepas, la cruz, el viñedo, el ángel y el monje con su blanquísima túnica. Meneó la cabeza y movió los labios, pero no fue capaz de proferir un solo sonido.

—Cuando ella murió, el hermano abad me impuso un voto de silencio: no hablar hasta que él muriera y no separarme nunca de tu lado hasta que te casaras y formaras una familia.

—Entonces tú... —A Helena solo le salió un susurro—. Tú eres el hombre... —Fray Rochus asintió— ... con el que ella quería marcharse. —Él volvió a asentir una y otra vez—. Por eso el abad mandó esculpir este ángel. —Se volvió hacia la estatua.

—¿Nunca te ha llamado la atención que tuviera los hermosos rasgos de tu madre? —Ella asintió con la cabeza—. Él lo pagó de su propio bolsillo. La cruz de bronce fue un obsequio mío.

Helena se tapó la cara con las manos e intentó entender lo que acababa de oír.

—Tu madre era una mujer inteligente y hermosa, ¿sabes? Se parecía mucho a ti. Albergaba en su interior una gran añoranza y esperaba mucho de la vida.

De la vida y del amor. Tu padre no supo calmar su sed. Estaba casado con la arquitectura más que con ella.

—¿Y tú habrías sabido? —musitó Helena.

—Tal vez.

—¿Adónde queríais ir?

—Al Reino de Francia. A su país natal.

—¿Y a mí pensabais llevarme con vosotros?

—Naturalmente.

—Eso le hubiera destrozado el corazón a mi padre.

—A menudo lo he pensado yo también, después. Probablemente no habría sido capaz de crear ningún edificio tan soberbio como nuestro refectorio. O como la galería episcopal de Magdeburgo.

A Helena se le cruzó una idea por la cabeza que la hizo estremecerse.

—¿No se quitaría mi madre la vida, verdad?

—No. Nunca pensó en eso.

—¿Y qué se le había perdido entonces aquí arriba, en el viñedo, durante una tormenta?

—La tormenta nos sorprendió a todos —le contó Rochus—. Tu madre y yo estábamos citados aquí arriba. Para hablar sobre los detalles de nuestra fuga. Para que no nos vieran juntos, ella salió antes del monasterio y subió aquí. Luego, cuando yo me disponía a salir también, ya se había desencadenado la tormenta. Yo vi caer el rayo... —Tragó saliva y respiró hondo.

—Aún seguiría viva si vosotros no... —Helena se mordió el labio inferior.

—Sí. Dilo tranquilamente. Si lo quieres ver así, fue culpa mía que perdieras a tu madre.

—¿Entonces no fue mi padre el que la encontró aquí? —A Helena le temblaba la voz.

—No. Yo fui en busca de tu padre. Le encontré en las obras del refectorio del Señor. Trabajando. Le dije que alguien había visto a su mujer yendo a los viñedos, y si eso no le preocupaba. Salió disparado. Ni siquiera se dio cuenta de mis lágrimas.

Siguieron sentados el uno al lado del otro en silencio. Helena, con la cara enterrada en las manos; el fraile Rochus, con la mirada perdida en la lejanía.



Se puso el sol y en el cielo apareció la estrella de Venus. En algún momento, Helena se levantó.

—Me alegro de que me lo hayas contado, Rochus —dijo—. Gracias. Ahora que sé todo eso de mi madre, me siento mucho más cerca de ella todavía. —Se volvió hacia el ángel y lo abrazó. Así permaneció mucho tiempo.

Hasta que el fraile también se levantó.

—Todo lo que tu madre hubiera hecho por ti, lo haré yo por ti. —Rochus le echó el brazo por el hombro—. Hasta que tengas una familia. O hasta que yo muera. Eso se lo he prometido no solo a Dios, sino también a tu madre, cuando aún estaba viva.

## Misa

*Magdeburgo, noviembre de 1233*

Era a primera hora de la tarde y una bonita luz iluminaba los bancos de trabajo. Todavía no hacía falta encender teas ni velas de sebo. Los martillazos resonaban por todo el taller. A la espalda de Moritz, el maestro cantero golpeaba la última clave destinada a la bóveda de crucería de la galería episcopal. A su lado, el de Bamberg trabajaba en la gran figura del apóstol san Andrés. Y en todos los bancos de trabajo perfeccionaban las plantillas o pulían las dovelas, la tracería o los capiteles.

El invierno era la época en que preparaban y dejaban listas las piedras que luego, a partir de la primavera, serían montadas en las arcadas, las columnas y los nervios cruceros.

Moritz retrocedió tres pasos y contempló su escultura de San Mauricio. Vio un caballero vestido con cota de malla y guerrera y armado con una espada, un escudo y una daga al cincho: un caballero danés. Pero ¿veía a san Mauricio?

—¿Quién eres? —murmuró.

Las facciones del caballero eran serias. Rara vez solía estar Ansgar tan serio. En la escultura parecía más o menos tan serio como cuando, seis años atrás, Moritz pasó junto a él y a Helena dando traspiés y salió del patio interior del castillo de Rudelsburg.. maniatado y sujeto al caballo del comandante de Rügen. El recuerdo le encogió a Moritz las tripas.

Y casi tan serio como al día siguiente, cuando Ansgar miraba cómo Moritz se ensañaba con el de Rügen, abatido desde hacía tiempo.

No obstante, tras esa seriedad había un leve rastro de esa sonrisa burlona tan característica de Ansgar. Eso era precisamente lo que no le agradaba a Moritz de su escultura de San Mauricio. Todo lo que había oído decir Moritz sobre San Mauricio a Dietrich, a Matilde y a su profesor Bartholomeus, no acababa de cuadrar con esa sonrisa solapada y levemente sarcástica de un hombre que hacía gala de no tomarse nada en serio. Y tampoco cuadraría cuando pintara de oscuro la piel del caballero Ansgar.

El San Mauricio que le describía Matilde, cuando le dejaba a Moritz participar de sus visiones luminosas en el coro de la catedral, irradiaba una profunda dignidad y una firme resolución. Siempre se lo describía a Moritz como un oficial romano que, incluso enfrentado a la muerte, se aferró inflexiblemente a su lealtad para con Dios; como un hombre cuyo porte y ademán daban claramente a entender: «Soy así; no puedo obrar de otro modo.» En ese sentido, estaba fuera de lugar una sonrisa tan ladina, y no digamos ya el gesto burlón.

—¿En quién te quieres convertir? —Moritz aplicó el cincel dentado junto al ojo derecho, donde más claramente destacaba la sonrisilla de Ansgar. Luego esgrimió la maceta con sumo cuidado.

No acababa de terminar su San Mauricio. La escultura se le resistía a Moritz desde hacía meses. Entretanto, incluso había abandonado por completo el trabajo y había empezado a retocar su estatua de Helena. Se la había enseñado a Dietrich. Este se había mostrado tan conmovido por ella, que quería verla en la catedral representando al ángel que anunciaba a la Virgen María el nacimiento del Hijo de Dios.

A estas alturas, Moritz intuía por qué se le resistía la figura de San Mauricio. No se debía a la ostentosa cota de malla, ni a su preocupación por Helena, ni tampoco al trabajo en la galería episcopal, donde el maestro de obras le necesitaba más de lo originariamente planeado. Se debía, en efecto, a esa sonrisa solapada. Se debía, por lo tanto, a su modelo, a Ansgar.

¿Tenía razón, por consiguiente, el difunto arzobispo Albrecht cuando le mandó hacer otro modelo? El creciente reconocimiento de la opinión del arzobispo hacía daño a Moritz. Sin embargo, aún no quería darse por vencido, todavía creía en su San Mauricio danés.

Se abrió la puerta de un tirón y Matilde irrumpió en el taller. Moritz alzó asombrado la vista: Matilde no solía abrir una puerta de esa manera ni entrar tan impetuosamente en una habitación. Los demás también levantaron la vista desconcertados. Para entonces, la piadosa mujer ya era conocida en toda la *Bauhütte*.

Matilde parecía sorprendida de ver a tantos hombres mirándola. Aminoró el paso, sonrió apocadamente a todos y los saludó con timidez. A este taller no venía con frecuencia, si acaso, cuando había unos pocos canteros trabajando o cuando Moritz estaba solo.

Cuando llegó hasta Moritz, se inclinó y le susurró al oído:

—Ella ha vuelto.

Moritz arrojó inmediatamente la maceta y la gradina al banco de trabajo y cubrió con un paño su reacio San Mauricio.

—¿Dónde puedo encontrarla?

Matilde se lo susurró al oído.

Moritz arrancó del clavo de la pared su abrigo de piel de oso de color gris blanquecino y, juntos, salieron del taller. Matilde se despidió de todos tímidamente. A Moritz, las miradas de los otros le eran indiferentes. Helena había vuelto a la ciudad, todo lo demás no le importaba.

—El de Estrasburgo se la ha encontrado en el camino que sube del puerto —dijo Matilde, cuando ya iban por el Camino del Monasterio—. Helena le ha dado ese recado para ti. Él se lo ha dicho a Mónica, y Mónica me lo ha dicho a mí.

Bajaron juntos por el Camino del Monasterio hasta la escuela catedralicia. Moritz le dio las gracias a Matilde por sus servicios de mensajera y echó a correr por las obras, por la plaza de la catedral y por el Camino Ancho hasta llegar a la iglesia de San Sebastián.

En la nave de la iglesia no había un alma. En esta estación del año cabía esperar que no hubiera nadie; seguramente, por eso habría elegido Helena este lugar.

Moritz se arrodilló ante el altar, rezó para sus adentros un padrenuestro y paseó una mirada inquisitiva por todas partes. Solo cuando se aseguró de que tampoco había nadie en los confesonarios, en las naves laterales y en la

sacristía, se levantó, subió las escaleras hasta el coro alto y, desde allí, continuó hasta el campanario.

Como Helena ya estaba en lo alto de la escalera, Moritz subió los peldaños de tres en tres. Ella se le lanzó al cuello y él la abrazó, la atrajo hacia sí y la besó.

Este primer beso después de tanto tiempo bastó para que se quedara completamente aturdido. Sus manos se enredaron en el pelo de Helena y le echaron la cabeza hacia atrás. La besó en el cuello, en el arranque de los hombros, en los dedos. Ella susurraba su nombre, mientras le ofrecía sus manos, sus labios y su garganta.

Moritz tenía que cerciorarse con todos los sentidos de que había regresado, de que realmente estaba allí. Hundió la cara en su cuello, en sus pechos, y aspiró profundamente su olor. Sus grandes manos recorrían todas las curvas de su cuerpo. Como si estuviera borracho, se abandonó al goce de su cuerpo flexionado, de sus labios abiertos de par en par. Se sentía involuntariamente entregado a su deseo, al deseo de ella... como atrapado en un remolino cuya fuerza no pudiera contrarrestar.

Porque ¿acaso no se parecían estos momentos a los que había vivido en primavera en el Elba, cuando aquel remolino tiraba de él hacia el fondo del agua y estuvo a punto de morir?

—Ay... —Helena se separó de él—, si supieras cómo te he echado de menos... —Cogió aire, y le dio la risa—. Quería ser monja, ¿te imaginas? —De nuevo se abrazó a él, se echó a reír y le besó apasionadamente.

—Mi padre todavía no sabe que he vuelto —susurró entre dos besos—. Y Rochus ha ido a ver a las cistercienses para informarles de la muerte del abad. —Y otra vez ansió sus labios, jugueteó con su lengua y se abrazó a su cuello. Se frotó contra él con un deseo tan febril como el suyo propio.

—Espera —susurró, se acercó a la pared de la torre y sacó una gualdrapa que había entre un montón de tejas y la pared—. Ayúdame. —Extendieron la manta bajo el armazón de la campana, echaron encima sus abrigos y se arrodillaron sobre el lecho improvisado. Helena se bajó el vestido y la ropa interior hasta las rodillas.

—Te quiero tanto... —Moritz la atrajo hacia sí—. No nos vamos a separar

nunca más. —La besó en el cuello, le desabrochó el vestido y besó su piel hasta el principio del pecho.

—¿Está Gotthart en la ciudad? —susurró ella, apretándole la cara contra sus pechos.

—No. Y mañana mismo voy a ver otra vez a tu padre para decirle... —Las palabras se disiparon bajo al ardor de los besos de Helena.

Besándose, se tumbaron en la manta. Besándose, se entrelazaron y se restregaron sus cuerpos, y uno a otro se quitó la ropa y la camisa de la piel. Helena ofreció sus pechos desnudos a los besos de su boca, y Moritz sintió de repente su mano deslizándose profundamente entre los muslos anhelantes de su amada.

Por un momento, Moritz se quedó sin respiración: ¡Qué piel más suave! ¡Cuánto había añorado esa suavidad de sus muslos, sus caderas y su seno!

Sin perder un minuto más, los dos se entregaron a su deseo tanto tiempo aplazado. Moritz le subió la ropa muy por encima de la cintura, Helena cruzó las piernas a la altura de sus riñones y le atrajo la cara hacia sus pechos.

Moritz se olvidó por completo de sí mismo. Qué maravilla sentir el calor y el salvaje deseo de ella, notar cómo su pelvis basculaba y cedía a su propia fuerza. Los movimientos de Helena se fundieron con los suyos. Era como si los dos echaran a volar, cada vez más alto, cada vez más lejos.

Más tarde, Moritz le besó las lágrimas de alegría de los ojos y los suspiros de los labios. Helena se acurrucó en él como si quisiera desaparecer para siempre en su vigoroso cuerpo.

—Nunca más te dejaré marchar —susurró Moritz, tapándola con su abrigo de piel de oso para que no tuviera frío—. Nunca más.

Durante las siguientes semanas y meses, sus cartas de amor fueron más frecuentes que los momentos en que se veían y se besaban. Cuando Helena escribía, le daba la carta a Mónica. Esta se la pasaba a Jacques, y el de Estrasburgo se la entregaba a Moritz cuando este iba a verle al taller, o bien —tras el regreso de Gotthart— cuando visitaba a Moritz en su taller. Y a la inversa: Moritz le daba sus cartas al de Estrasburgo y, a través de Mónica,

llegaban luego a Helena.

Más tarde, cuando llegó la primavera y los trabajos continuaron en las obras, Moritz y Jacques se cruzaban como por casualidad en el deambulatorio, casi siempre por la mañana. Luego, en la capilla axial, por encima de la tumba de la reina Edith, se intercambiaban las cartas.

No, Helena y Moritz no encontraban demasiadas oportunidades para verse a solas; tenían que ser precavidos. Helena le había contado a Moritz lo de aquella pobre mujer que había sufrido una brutal paliza en la plaza del mercado de Jena, por quedarse embarazada sin estar casada. También le dijo que el Espejo Sajón castigaba una conducta así con la decapitación de la culpable. Y que en el Tribunal de Escabinos de Magdeburgo solo estaba en vigor el Espejo Sajón.

Moritz hizo sus indagaciones con la ayuda de Bartholomeus, su profesor inglés. Y efectivamente: allá donde se administraba justicia con arreglo al Espejo Sajón, se decapitaba a los fornicadores.

Al principio, por el miedo al castigo y por el sentimiento de culpa ante Dios, desistían de hacer el amor. Pero eso no duró mucho: su amor y el deseo del uno al otro sencillamente eran superiores a sus fuerzas.

Aproximadamente a partir de las Navidades, hacían el amor siempre que podían. A veces, en casa de Moritz; otras veces, en un pabellón de caza abandonado que Moritz había descubierto hacía tres años durante una cacería; y a veces, en el dormitorio de Mónica, cuando la viuda tenía que hacer una gran colada en el Elba y Helena se quedaba al cargo de los niños. Mónica sabía que entonces Moritz entraba a hurtadillas en la herrería, pero no ponía ningún reparo.

En ocasiones, también se amaban en el dormitorio de Helena. Esos días — no más de cuatro—, el maestro Bohnsack había navegado con Dietrich y el preósito del cabildo a Wittenberg y a Stendal, para dictaminar allí sobre los daños sufridos por algunas iglesias. De lo contrario, no se habrían atrevido.

En cada encuentro amoroso aprendían algo nuevo, descubrían cosas el uno del otro y se entregaban más intensamente a los placenteros secretos del juego erótico.

De Mónica aprendió Helena cómo evitar una concepción. De todas maneras,

de vez en cuando le entraba tanto miedo de quedarse embarazada que rechazaba a Moritz, en ocasiones durante semanas. Pero en algún momento volvía a vencer el ardiente deseo.

Con el año nuevo, poco antes de la fiesta de los Reyes Magos, Gotthart regresó de Francia. El maestro Bohnsack fijó la fecha de los esponsales de Gotthart y Helena para el Domingo de Ramos, que ese año caía a mediados del mes de abril. Helena logró disimular su espanto: Moritz y ella llevaban mucho tiempo forjando planes de fuga. Y estos ocupaban los pensamientos y sentimientos de Helena mucho más que el día de la boda, que se acercaba inexorablemente.

A finales de febrero se casaron Mónica y Jacques. El de Estrasburgo se fue a vivir a casa de Mónica con el suegro y los niños de esta y, esa misma semana, empezó a ampliar la casa hacia el sur. Moritz le ayudó en la obra.

Tres semanas después de la boda de Mónica, el arzobispo y el prepósito del cabildo consagraron el coro, el altar mayor y la galería episcopal, pese a que el leccionario aún no estaba pintado de colores. Ese mismo domingo se celebró la primera misa en la catedral inconclusa.

### *Magdeburgo, finales de marzo de 1234*

El sol de la mañana atravesaba las ventanas de vidrio coloreado de la girola, inundaba el coro con una luz rojiza y azulada y se abría paso a través de los ornamentos del leccionario. Matilde, cegada por tanta luminosidad, cerró los párpados.

Completamente inmerso en la cromática luz matinal, el arzobispo Burkhard consagró el altar mayor en el coro. Agitando el incensario, rezó las pertinentes oraciones litúrgicas. A continuación, sin dejar de balancear el incensario y apoyado en su báculo, se dirigió a la torre septentrional y subió al coro alto. Todo un ejército de religiosos se agolpó tras él, junto a la torre.

Matilde calculó que serían más de cien: obispos de toda la archidiócesis, abades de todos los monasterios de Sajonia, canónigos de todas las ciudades de la archidiócesis, todos los monjes de Magdeburgo y muchos de los



alrededores. Incluso dos cardenales habían llegado desde muy lejos. Y un nuncio papal procedente de Roma.

Todos llevaban unas suntuosas vestiduras sagradas. Todos ellos, rezando y cantando, siguieron al arzobispo, al prepósito del cabildo y al señor Dietrich por la galería episcopal, bañada por la luz del sol de la mañana. Tras el gran ventanal central, el sol se internaba lentamente en el cielo y se reflejaba en el dintel del ventanal.

Matilde cerró de nuevo los ojos y se imaginó el magnífico colorido de la luz matutina que entraría en la nueva catedral, una vez que los vanos de las ventanas se llenaran de pinturas de vidrio multicolor.

La procesión de los religiosos volvió a bajar por la torre meridional hasta la inacabada nave transversal. Desde las arcadas del coro alto descendía un velo de incienso que cubría el leccionario, y pronto se depositó también una nube de incienso sobre la multitud que había acudido a la consagración del nuevo coro y a la primera misa en la inconclusa catedral.

Matilde estaba muy emocionada. ¡Qué día! Involuntariamente, buscó con la mirada a san Mauricio, san Inocencio, santa Catalina y todos los otros santos, cuyas reliquias ya reposaban en el coro y eran invisibles para la mayoría de la gente.

Aunque a ella, a Matilde, se le aparecían a determinadas horas, hoy sin embargo no pudo reconocer a ninguno de los mártires entre la muchedumbre.

—Lástima —murmuró—. De todos modos, están aquí, y en algún momento me dejarás volver a ver tu luz y a tus santos.

Las dos mujeres que había a su derecha volvieron la cabeza y la miraron: la mora, sentada justo a su lado, con cara de asustada y preocupada; una rubia platino, con un gesto burlón y compasivo. De esta última sabía Matilde que era una prostituta. ¿La de la piel bronceada también lo sería? Llevaba una túnica blanca y un velo que le cubría media cara. ¡Con qué infinita tristeza contemplaban el mundo sus ojos negros!

—Dios te bendiga, hermana. —Matilde le puso la mano en la coronilla—. No temas, todo se te arreglará de nuevo. —Ahora también parecía asustada la rubia platino, y la mora bajó la cabeza y se cubrió completamente la cara con el velo.

Los religiosos de Magdeburgo siguieron al arzobispo y al prepósito del cabildo hacia el coro; los demás se repartieron por el deambulatorio. Tras un hueco de la pared del leccionario, Matilde creyó ver cómo el arzobispo y algunos otros subían al altar mayor. Y luego dio comienzo la primera misa en la nueva catedral.

A la izquierda, bajo la torre del norte, Matilde descubrió al maestro de obras entre su hija y el fraile Rochus. Este llevaba un hábito nuevo y cantaba las piezas litúrgicas. El maestro Bohnsack tenía una cara enfurruñada y Helena estaba como ausente, mirando al suelo.

No lejos de ellos estaba el señor Gotthart.

—Qué contento parece —susurró Matilde. ¿Estaría así por las ocho Vírgenes que para entonces ya decoraban el leccionario, o porque al fin iba a casarse con la pobre Helena? Le llamó la atención cómo la mora, de vez en cuando, se apartaba un poco el velo y miraba a Gotthart.

Moritz, con su abrigo de piel blanco, destacaba entre la multitud con su barba negra y sus rizos negros como el carbón. Se hallaba junto a los canteros y otros cuantos hombres procedentes de Halberstadt. Matilde intentó leer en su cara, pero hoy su rostro le pareció demasiado inescrutable.

No lejos de él, entre unos monjes y concejales de Quedlinburg, Matilde descubrió a la familia del viejo herrero: sus nietos, su nuera y, naturalmente, el nuevo marido de esta, el escultor Jakob. Mónica estaba otra vez embarazada.

Detrás del leccionario, el coro de los dominicos acompañó al arzobispo en el *kyrie eleison*. Cuando el cántico coral se extinguió, alguien rezó tras el leccionario. Matilde reconoció la voz de Wilbrand. A través de los huecos que ornamentaban el leccionario, vio a Dietrich vertiendo vino en el cáliz de la Eucaristía. El arzobispo pronunció las palabras sacramentales. Los canónigos y los abades se congregaron ante el altar mayor para recibir el cuerpo de Cristo. De repente, se hizo un silencio sepulcral en las obras de la catedral y a Matilde se le puso la carne de gallina.

Durante la comunión, a su lado, la mora empezó de pronto a estremecerse y a sollozar. Matilde la rodeó con el brazo, la atrajo hacia sí y le susurró palabras de consuelo al oído. Poco a poco se fue calmando, la mujer de piel bronceína. Su compañera rubia platino esquivó la mirada de Matilde y puso

una cara como si tuviera miedo de ella.

Muchos hermanos minoritas de Magdeburgo siguieron la primera misa desde la capilla lateral, junto a la nueva torre del sur. El inglés Bartholomeus destacaba en la última fila de los monjes, pues era un hombre gallardo y de elevada estatura. Matilde se cruzó con su mirada y le saludó inclinando la cabeza.

Y en la primera fila de los hermanos minoritas descubrió a ese robusto monje que, desde hacía algún tiempo, predicaba en todas las plazas y callejones de la ciudad. Se llamaba Gabriel y, aunque la gente temía sus sermones, acudía en tropel a escucharlos. Tapándose la boca con la mano, los magdeburgueses contaban que el hermano Gabriel había sido un militar asesino; tras una horrible visión, se había convertido en monje y siervo de Dios.

La misa tocaba a su fin, y Matilde volvió a pasear la mirada por todos aquellos a quienes, desde hacía semanas, iban dirigidas sus oraciones más apremiantes: Moritz, Gotthart, Helena, el maestro Bohnsack, Wilbrand y Gabriel.

El corazón se le iba encogiendo mientras observaba a todas esas personas, y de repente fue como si se le cayera la venda de los ojos, pues de ella se apoderó la horrible certeza de que Dios los pondría a prueba, ¡a todos ellos!, y de que en breve los unos se convertirían en la prueba de los otros.

Tan dolorosa le resultó esa certeza que se le saltaron las lágrimas.

—¡Dios mío y Señor mío! —De repente se echó a temblar, le flaqueaban las rodillas—. ¡Apiádate de ellos! ¡No los destruyas! Tiende sobre ellos tu mano protectora.

La gente se volvía hacia ella, le lanzaba miradas severas o se llevaba el índice a los labios. Matilde ya no se tenía de pie. Se arrodilló y exclamó en voz más alta todavía:

—¡Dios mío y Señor mío, no los destroces!

La mora se acuclilló a su lado y la agarró firmemente. Así estuvieron entrelazadas la una a la otra hasta que terminó la misa. La mora la ayudó a levantarse, la cogió del brazo y la acompañó a salir del coro y de las obras en dirección al Camino Ancho.

Por delante de ellas, no lejos, iban Wilbrand y Moritz mezclados con la multitud. A Matilde la extrañó ver allí, entre el pueblo, al prepósito del cabildo con los ornamentos sacerdotales. ¿No estaba hace poco todavía en el altar mayor? Ahora vio que Wilbrand echaba el brazo por el hombro de Moritz y conducía al de la cabeza rizada hacia el baptisterio de san Nicolás. ¿Qué era eso tan urgente que tenía que contarle? Y de nuevo se asustó Matilde.

—Ya empieza el drama —susurró—. Ya sigue su curso, y solo tú puedes detenerlo.

La mora la atrajo hacia ella e intentó consolarla con buenas palabras.

—No ha pasado nada malo —afirmó—. Todo se arreglará.

Helena esperaba a que se hiciera de noche. A su padre le contó que quería ir otra vez a la herrería y ver qué tal se encontraba la embarazada Mónica. Le dijo que le había visto muy mala cara durante la primera misa de la catedral nueva.

—Dale recuerdos de mi parte —dijo el padre—. Y a Jacques también. — Helena asintió con la cabeza y salió a la oscuridad.

Moritz sabía que iría. Justo después de misa, Helena le había entregado una carta para él a Jacques.

Recorrió a pie el Camino Ancho y bajó hasta la Krökentor. Si hubiera sacado el caballo de la cuadra, su padre habría recelado. Pasada la Krökentor, fue andando a lo largo del nuevo muro occidental de la Ciudad Nueva hasta llegar a la finca de Moritz. Allí se aseguró de que no había ningún vecino ante la casa o en una ventana; solo después se coló en el patio y llamó con los nudillos a la puerta trasera.

Moritz abrió, la hizo pasar y la besó.

—¿Qué quería de ti el prepósito del cabildo? —Abrazados, fueron a la cocina y se sentaron en dos banquetas junto a la lumbre. Aquí era donde más calor hacía.

—Me ha cogido aparte y me ha dicho que tiene una buena noticia para mí. —Moritz le pasó un vaso de té caliente—. Como le gusta tanto mi San Mauricio, quiere darme una alegría, me ha dicho, y recompensarme por mi

trabajo.

—¡Qué bien! —Helena se alegró—. Estoy orgullosa de ti. ¿Y cómo te va a recompensar?

—Quiere que le acompañe en varios viajes. —Moritz parecía abatido—. Primero, a algunas ciudades de la archidiócesis y luego a Maguncia, donde el emperador celebrará pronto una Dieta.

—¿A Maguncia? ¿Cuándo?

—Pasado mañana.

—¡Pero eso no puede ser! —Helena le cogió de la mano. De repente, le entró otra vez la angustia de siempre—. El domingo que viene íbamos a montar en el barco que va a Hamburgo. —En su último encuentro habían planeado subir a bordo de la gabarra. Moritz conocía al capitán. Desde Hamburgo querían navegar en otro barco hasta la costa francesa.

—El prepósito del cabildo quiere a todo trance que vea al emperador y a su corte. Me ha dicho que allí podría aprender muchas cosas y que él me lo pagaría todo. ¿Cómo iba a decirle a la cara que no quiero? Wilbrand habría concebido sospechas, sin duda. —Moritz se levantó y se arrodilló ante ella—. No te preocupes, cariño. Huir al Reino de Francia a través de Maguncia es incluso más cómodo que a través de Hamburgo y el mar del norte. Y, sobre todo, menos peligroso.

—¿Debo acompañarte a Maguncia? —Helena se mostró muy contrariada—. Mi padre me perseguiría, o ni siquiera me dejaría ir.

—Naturalmente, no podemos ir juntos a Maguncia. —Moritz le acarició las manos para tranquilizarla—. Tú irás después, Helena. Partirás el domingo siguiente al que habíamos planeado la fuga. Tardarás una semana, como mucho dos. Y en cuanto llegues a Maguncia, irás a la catedral. Allí estaré esperándote. —Moritz le sujetaba las manos con fuerza mientras la miraba a la cara. No parecía tener la menor duda de su plan—. Luego bajaremos juntos por el Meno y subiremos por el Rin hasta llegar a Francia.

—¿Y tengo que ir yo sola a Maguncia? —A Helena no le gustaba la idea.

—No irás sola. La abadesa de las cistercienses quiere viajar con algunas de sus monjas a la Dieta de Maguncia. Pero no este domingo, sino el siguiente. Pídele al fraile Rochus que se una a ellas y te lleve consigo. En secreto, claro

está. Ni el maestro Bohnsack ni tampoco el francés deben enterarse de nada.

—¿Crees que fray Rochus hará eso por mí? —Helena meneó la cabeza con un gesto dubitativo—. Estaría consintiendo un pecado.

—Lo hará. —Moritz la besó tiernamente—. Está en deuda contigo.

Antes de que Helena pudiera decir algo, Moritz la cogió en brazos y la llevó al dormitorio.

A la mañana siguiente, Helena le contó al fraile Rochus que, dentro de dos semanas, tenía que ir sin falta a Maguncia para ver, al menos una vez en la vida, al emperador y a su corte. Le preguntó si la acompañaría con las cistercienses.

—Pero mi padre no tiene que saber nada de este plan. —Contuvo la respiración y esperó su respuesta temblando.

El fraile Rochus la observó atentamente. Por su mirada, a Helena le pareció que le leía el pensamiento. Se le bajó la moral. Pero entonces Rochus dijo:

—No me cuentes nada más. No me cuentes que quieres partir en secreto, ni lo que realmente estás planeando. No quiero saberlo. Dentro de un rato iré a ver a la abadesa y le diré que la acompañaré a ella y a sus monjas hasta Maguncia. Y que con nosotros embarcará una desconocida.

—¡Gracias! —Helena le dio un abrazo.

—Lo hago por tu madre —susurró Rochus—. A Marie-Magdalene le habría gustado que lo hiciera.

## Dieta

El primer día remontaron el Elba con la gabarra hasta llegar a una ciudad llamada Pechau. El prepósito del cabildo viajaba con tres canónigos, cinco acólitos, un grupo de unos treinta piqueros, diez palafreneros y unos cincuenta caballos.

«Acólitos» se llamaba a los alumnos adolescentes de la escuela catedralicia —por regla general, procedentes de familias nobles—, que podían ser candidatos a un escaño en el cabildo de la catedral. Moritz se dio cuenta enseguida de que Wilbrand y los canónigos los habían llevado como criados. Él iba con los caballeros, escuderos y palafreneros más jóvenes.

Pasaron la noche en una posada, junto al Elba, y a la mañana siguiente continuaron el viaje a caballo. Por tierra llegaron luego a Loburg y Zerbst. El prepósito del cabildo tenía que hablar allí de todo tipo de cosas con los alcaides de los castillos y los sacerdotes. Por último, a través de Barby, la comitiva se dirigió hacia el Saale. Para entonces ya había transcurrido una semana, y a Moritz le entraron las primeras dudas sobre si llegaría a Maguncia antes que Helena.

Luego, en barco por el Saale, avanzaron un poco más aprisa. Pero también atracaron en algunas ciudades provistas de monasterios o sedes episcopales. Entre los piqueros se rumoreaba que Wilbrand entablaba en todas partes negociaciones con los religiosos porque, tras la muerte del arzobispo Burkhart, esperaba de ellos apoyo para que le nombraran sucesor suyo.

En Halle, por ejemplo, se reunió con un emisario del duque de Sajonia; en

Merseburg, con un cardenal de la Curia que pertenecía al círculo más íntimo del Papa Gregorio, es decir, al Papa que había asistido como cardenal a la colocación de la primera piedra de la nueva catedral. Este tenía la última palabra en lo relativo a la ocupación de una sede arzobispal.

El domingo en que Helena partiría desde Magdeburgo, a la comitiva de Wilbrand aún le quedaban unos diez días de viaje para llegar a Maguncia. Por primera vez, Moritz se preguntó si el prepósito del cabildo perseguiría con su regalo un objetivo que nada tenía que ver con su recompensa.

Al cabo de veinticinco días, los magdeburgueses llegaron por fin a Maguncia. En una explanada, delante de la ciudad, estaban montando un enorme campamento para los participantes en la Dieta. Al pasar por delante a caballo, contemplaron admirados las suntuosas y extrañas tiendas de campaña. Había cientos de ellas, si no miles. Un poderoso sultán le había regalado al emperador Federico las lujosas carpas, según les contó Wilbrand.

Los de Magdeburgo no se acuartelaron en ese campamento, sino que se alojaron en una casa del cabildo catedralicio maguntino. Moritz apenas vio las grandes casas, torres, iglesias y las antiquísimas murallas. Sus pensamientos giraban en torno a Helena. ¿Estaría ya en la ciudad? En lugar de contemplar las esculturas y los trabajos de los canteros en las fachadas de las casas de Maguncia, solo la buscaba a ella y el hábito blanquinegro de las monjas cistercienses.

En la casa del cabildo catedralicio se enteraron de que el emperador Federico y su corte irían llegando a Maguncia en el transcurso de los tres días siguientes. Moritz llevó su equipaje a una habitación que iba a compartir con un acólito llamado Sebastián: un cajón de mimbre, unas alforjas y una mochila.

En la mochila llevaba una taleguilla de cuero con veinte *pfennig* de plata y una cantidad doble de *heller*. Ese dinero lo había ahorrado en los cuatro últimos años, y con él quería pagar el viaje a Francia y el inicio de una nueva vida con Helena.

—Con mi mujer —murmuró, y sintió un agradable calorcito en el corazón.

En la caja de mimbre llevaba sus herramientas más importantes envueltas en tela aceitada. Debajo, el surtido de cinceles que, en su día, le había forjado Benno en el castillo de Rudelsburg. Así no haría falta que comprara



herramientas si se unía a una *Bauhütte* francesa que necesitara un cantero y escultor. Moritz no dudaba de que encontraría alguna, pues en esos años se construían catedrales en muchas ciudades del Reino de Francia.

Puesto que no le retenía ninguna obligación junto al prepósito del cabildo, se puso en camino hacia la catedral. A Wilbrand le explicó que quería estudiar las esculturas y los relieves de la catedral mientras aún hubiera luz. En realidad, lo que le llevaba a la catedral era el ardiente deseo de ver a Helena y la preocupación de que a lo mejor no se encontraban.

En la catedral maguntina había mucha gente; unos rezaban en silencio en las capillas laterales, otros hacían cola ante los confesonarios o recorrían las naves laterales con recogimiento. Helena no estaba entre ellos. Tampoco vio al fraile Rochus ni a las cistercienses.

Moritz esperó cerca de la portada principal hasta que anocheció. Al ver que ni Helena ni las monjas aparecían, regresó a su alojamiento, en cierto modo, aliviado. Si Helena hubiera llegado ya a Maguncia, le habría esperado en la catedral.

Al día siguiente, con la vanguardia de la comitiva imperial, numerosos soldados llegaron al campamento de la ciudad y miles de personas abarrotaron los callejones de Maguncia. Moritz vio muchos hombres de corta estatura y tostados por el sol, cuando al mediodía se dirigía hacia la catedral. Caballeros de Apulia y de Sicilia, le explicó Sebastián, que le acompañaba junto con un palafrenero de cierta edad llamado Otto.

Al palafrenero de barba gris lo conocía Moritz de las obras. Otto había sido en otro tiempo albañil, hasta que le cayó en la mano izquierda un bloque de piedra y se la destrozó. Como a un palafrenero le bastaba una mano para poder trabajar, el arzobispo Albrecht, poco antes de su muerte, lo había contratado a su servicio.

La catedral estaba mucho más llena de gente que el día anterior. Hombres elegantemente vestidos recorrían la enorme basílica en compañía de canónigos, señalando ora a la derecha, ora a la izquierda. Cuando se acercaron a Moritz, este pescó algunas frases sueltas de su conversación: estaban preparando una misa con el emperador y su corte. A algunos de estos emisarios imperiales los acompañaban unas bellísimas damas nobles de pelo

negro, piel morena y aterciopelada, ojos oscuros y rasgos faciales angulosos.

El hábito blanquinegro de las cistercienses no lo vio Moritz por ninguna parte.

Sebastián guardó cola ante un confesonario. Otto se sentó en una capilla lateral e hizo como que rezaba, aunque en realidad contemplaba a las beldades sureñas que pasaban por allí. Moritz se arrodilló cerca de la portada principal, a la sombra de la bella estatua de un apóstol, pendiente de cada uno de los que entraban en la catedral.

En la mochila llevaba pergaminos viejos y carboncillos. Mientras esperaba a Helena, desplegó el pergamino en las baldosas de piedra arenisca y dibujó la cara de una dama noble que, junto con su caballero, no lejos de él, hablaba con un sacerdote. Jamás había visto Moritz unas mujeres tan bellas como esas damas de la nobleza procedentes de Italia.

Por la tarde, cuando ya hacía tiempo que Sebastián y Otto habían abandonado la catedral, Moritz notó que le rugían las tripas. Helena seguía sin aparecer. Al anochecer, emprendió el camino de vuelta a casa. Los caminos, los callejones y las plazas de Maguncia estaban llenos de gente. Había mucho barullo en toda la ciudad, y en los bordes de las calles se acumulaba la suciedad.

Esa noche, Moritz no durmió bien. Soñó que el barco de Helena había sido apresado por unos piratas de agua dulce.

Al tercer día, además de Sebastián, le acompañaron a la catedral dos jóvenes palafreneros procedentes de Hamburgo. El dibujo de Moritz y lo que contó acerca de las bellas italianas les había despertado la curiosidad. Y, efectivamente, consiguieron ver a numerosas beldades, y no solo italianas... El propio emperador estaba entrando en la ciudad.

Oyeron la noticia en el callejón de la hospedería. Junto con otros muchos, bajaron a toda velocidad por la puerta que daba al Rin, con el fin de ver al emperador y a su comitiva. Desde lejos se oía ya el ruido de las charangas.

Enmudecidos de asombro, se detuvieron entre la multitud muy cerca de la puerta, justo cuando el emperador la estaba cruzando con su comitiva. Moritz se subió al muro de un patio para no perderse nada. Y ya la banda de la fanfarria que encabezaba la comitiva le dejó completamente desconcertado:

¡eran moros!

A ellos les seguía la guardia de corps del emperador, todos de pelo negro y piel bronceada, altos y con turbantes en la cabeza y sables en los tahalíes. Inmediatamente le recordaron a la antigua figura de San Mauricio, que pronto estaría colocada sobre una de las columnas del expolio en el coro de Magdeburgo.

Tras los guardias de corps venían unos silleteros. En una de las sillas de manos, el emperador iba saludando a la gente que se agolpaba en el borde de la calle; en otras ibas sentados otros hombres de piel oscura y pelo rizado: dos cancilleres del emperador, como más tarde se enteraría Moritz. Unos pajes vestidos de blanco y oro llevaban una corona sobre un almohadón de terciopelo rojo.

—¡Es esa! —exclamó entre la multitud un hombre mayor, que estaba al pie del muro del patio, señalando la corona—. ¡Es la corona del Reino de Jerusalén! ¡Yo estaba allí cuando el emperador la ganó! ¡Es esa! —La gente que le rodeaba abrió los ojos como platos, maravillándose tanto de la corona como del viejo cruzado.

A continuación venía un séquito de caballeros montados a caballo y unos soldados que iban a pie: hombres negros que tiraban de sogas atadas a unos enormes animales de color pardo y amarillo cuyos cuellos sobresalían por encima de todas las casas que había a derecha e izquierda. Más tarde, Moritz se enteró por Sebastián que se llamaban «jirafas». Pasaron rodando unos carruajes engalanados llenos de hombres y mujeres de la nobleza. Sus caballos de tiro iban adornados con penachos y con gualdrapas bordadas en colores.

Un murmullo se alzó entre la multitud cuando pasó un carro que llevaba dos grandes jaulas de leones y leopardos. La retaguardia la formaban a su vez una fanfarria y caballeros a lomos de sus caballos.

La muchedumbre siguió a la comitiva dando gritos de júbilo. Moritz se bajó del muro y se quedó mirando cómo se alejaban. El corazón le palpitaba en la garganta de pura emoción; pero más que seguir a la comitiva imperial le atraía ir en busca de Helena a la catedral. Con Sebastián y los dos piqueros, subió a la colina de la catedral.

Ese día, unos caballeros del Oriente visitaban la catedral, unos hombres altos, de pelo negro azulado y rasgos nobles.

—Sarracenos —le susurró uno de los hamburgueses—. Pertenece a la guardia de corps del emperador. Los has visto antes en la comitiva imperial. —Moritz los dibujó.

Un sacerdote maguntino exhortó a los orientales a que se quitaran los turbantes. Cuando estos se negaron, se desencadenó una acalorada discusión. Un cortesano siciliano del emperador intervino y reprendió al sacerdote, el cual se retiró ofendido y desapareció en un confesonario.

A cada hora que pasaba, la decepción de Moritz por no encontrar a Helena iba en aumento. Para sus adentros suplicaba a Dios y confiaba en que la comitiva de las cistercienses no hubiera sufrido algún accidente. No todos los caminos del Imperio eran seguros, ni tampoco los ríos. Acordándose de su sueño, sintió una angustia que le oprimía el pecho.

Cuando tras las suntuosas ventanas de vidrio empezó a extinguirse la luz del día y Moritz se disponía a marcharse, entró en la catedral un grupo de hombres gastándose bromas: unos cuantos meridionales, algunos sarracenos y... dos moros. Moritz contuvo la respiración.

Bajo la impresión de la sublime basílica, sus risas y sus chácharas fueron apagándose poco a poco. Cuando atravesaron la magnífica nave central en dirección al coro principal, mirando admirados a su alrededor, guardaban ya un silencio de recogimiento y en sus rostros se reflejaba un profundo respeto.

Los italianos llevaban pantalones de varios colores, chaquetas y jubones de colores estridentes; los sarracenos, largos sobrevestes, por cuyos ribetes bordados en oro asomaban unos sables, y turbantes. Los africanos —¡tenían que ser africanos!— vestían túnicas blancas y capotes de color burdeos, e iban armados con espadas.

Moritz no se cansaba de mirarlos. Sacó el pergamino y un carboncillo y empezó a dibujar. Durante no mucho tiempo, pues apenas entraba ya luz por las ventanas de la iglesia. Pero cuando pasaron a su lado para abandonar de nuevo la catedral, Moritz pudo contemplar la cara de uno de los moros: era una cara ancha de labios hinchados, nariz grande y bulbosa y una frente despejada.

De repente, le vino a la cabeza la imagen de esa cara negra, junto a las murallas de Havelberg, inclinándose sobre él, un niño huérfano muerto de hambre. De eso hacía diecinueve años. Si ese saltimbanqui negro no se hubiera apiadado entonces de él, ahora Moritz no estaría aquí.

El moro le saludó amablemente antes de desaparecer entre sus compañeros por la puerta que daba a la oscuridad de la noche.

Moritz se levantó de un salto, metió de cualquier manera el pergamino y el carboncillo en la mochila y salió a todo correr tras los desconocidos. ¿Se prestaría alguno de los dos moros a posar media hora para que él pudiera dibujarle?

Entre la multitud de la plaza de la catedral divisó sus rojos capotes y los turbantes de los sarracenos. Los siguió, aunque la muchedumbre le impedía andar más aprisa. En algún momento, en medio del casco antiguo de la ciudad, cruzaron una plaza y se metieron por un callejón. Moritz se abrió paso entre el gentío y dobló por la misma calleja: de los moros y de los sarracenos ya no quedaba ni rastro.

Decepcionado, dio media vuelta. Como estaba desorientado, tuvo que preguntar por la hospedería del cabildo catedralicio. Pronto sus apesadumbrados pensamientos empezaron de nuevo a girar en torno a Helena, el fraile Rochus y las cistercienses. ¿No deberían haber llegado a Maguncia hacía tiempo?

Esa noche, en sueños, se vio otra vez ante la muralla de la ciudad de Havelberg. Las moscas zumbaban sobre su rostro; sentía un enorme agujero en la tripa. Una puerta se abría, la puerta del cielo, su madre aparecía y le tendía la mano, él la agarraba y se dejaba tirar hacia el umbral de esa bonita puerta.

Cuando ya estaba a punto de entrar, una cara negra se interponía entre él y la madre. El hombre sonreía dejando al descubierto unos dientes grandes y blancos. Dos ojos bondadosos brillaban sobre él como dos soles negros. Un moro le abrazaba, le ponía de pie y se lo llevaba.

El cuarto día —el primero de la Dieta imperial—, Moritz volvió a esperar también en vano en la catedral. Contrariado y angustiado, fue abriéndose

camino a través de la multitud que llenaba plazas y callejones en dirección a la hospedería del cabildo catedralicio. Durante la cena con los canónigos, uno contó que había oído hablar a unos viajeros procedentes de Sajonia de una tormenta en el Saale.

Esto alivió un poco a Moritz. Lo más probable era que la comitiva de viaje de Helena sencillamente estuviera en Halle o Jena esperando a que mejorara el tiempo.

A última hora de la tarde, al preósito del cabildo le apeteció darse una vuelta por las callejas de Maguncia. Se cambió la sobrepelliz, el abrigo negro y el pileolo por un jubón, unos pantalones de colores, un abrigo verde y un birrete de terciopelo rojo con una pluma blanca. Eligió como acompañantes a cuatro piqueros y a Moritz.

Estuvieron una hora paseando por las calles, mirando a los hombres y mujeres forasteros y admirando sus extrañas ropas y joyas. Wilbrand —eso le pareció a Moritz— no quitaba ojo sobre todo a las mujeres. De vez en cuando, Moritz pillaba al preósito del cabildo siguiendo disimuladamente con la mirada a alguna dama de la nobleza. Moritz también buscaba con la mirada. A las cistercienses y a los moros.

En una plaza, delante de una iglesia, la gente rodeaba a dos enormes animales de color gris; parecían colosos y tenían una nariz tan larga como las patas. Moritz y los piqueros se quedaron impresionados. Ninguno de ellos había visto nunca un animal así.

—Elefantes —les explicó Wilbrand, impertérrito. Posiblemente conociera a esas criaturas por las narraciones de su muy viajado hermano. Cuando unos hombres orientales condujeron a los elefantes hacia el siguiente callejón, el preósito del cabildo arrugó la nariz por el pestazo que desprendían esos enormes animales. Moritz, en cambio, lamentó haber salido de la hospedería sin pergamino ni carboncillo.

Wilbrand señaló hacia la entrada de una taberna. Dos piqueros entraron para ver si había algún canónigo magdeburgués. Como no vieron a ninguno, le hicieron una seña a Wilbrand, y este subió la escalera y entró. A Moritz y a los otros dos piqueros les dijo que lo siguieran.

En el figón reinaba un barullo tremendo. A Moritz le atronaban los oídos con

tantas risotadas y tanto griterío. Después de tomarse el segundo vaso de vino, se acostumbró al jaleo.

El preósito del cabildo bebía mucho y muy deprisa. Se le soltó la lengua. Contó malas noticias de Magdeburgo: dos piqueros del arzobispo habían asaltado a un comerciante y le habían robado. Como el representante del preósito del cabildo, el deán de la catedral, no había castigado a los culpables como es debido, en la Libertad Catedralicia se habían producido saqueos por parte de ciudadanos magdeburgueses.

El relato aumentó la preocupación de Moritz por Helena. Esos saqueos de los que hablaba el preósito del cabildo, ¿habrían impedido que Helena saliera de viaje? El preósito del cabildo pidió una segunda jarra de vino, acompañada de pan y carne ahumada. Y al poco tiempo, una tercera jarra de vino. Tras su cuarto vaso de vino, se disiparon las preocupaciones de Moritz. Tarde o temprano, aparecería Helena.

En un momento dado, el preósito del cabildo susurró algo al oído del mayor de los cuatro piqueros. Este asintió con la cabeza y se marchó del figón. Cuando volvió al cabo de un rato, esperó en la puerta a que Wilbrand hubiera pagado. A continuación, salieron tambaleándose al fresco de la noche. Moritz también estaba borracho.

Siguieron al mayor de los piqueros por las intrincadas callejas y llegaron a una casa de dos pisos, tras cuyos diminutos ventanucos cubiertos con telas amarillas tremolaba una luz de colores. Moritz distinguió unas sombras de mujeres.

—Y ahora prestad atención, señor escultor. —El preósito del cabildo se apoyó con todo su peso en Moritz, hablaba con la lengua gorda—. Ahora os voy a hacer un regalo muy especial.

A dos piqueros les mandó que esperaran en la escalera. Los otros dos entraron delante de ellos en la casa, muy vieja y escasamente iluminada. Moritz ya intuía cuál sería ese novedoso regalo. Con la cabeza abotagada, siguió al preósito del cabildo.

Los gallos que había sobre las jambas torneadas de la puerta interior confirmaron su intuición: el preósito del cabildo le había llevado a una casa de putas. Y ahora entendió también por qué Wilbrand se había cambiado las

vestiduras religiosas por ropa de seglar.

—No quiero hacer eso —dijo Moritz, avergonzado de cómo farfullaba al hablar—. Yo amo a Helena.

—Eso se pasa. —Wilbrand le empujó hacia una muchacha de pelo negro, que ya se acercaba haciendo mohínes con la boca—. Y cuanto más a menudo tengas a otra en brazos, más aprisa se pasa. —Una prostituta con un vestido amarillo llevó al prepósito del cabildo escaleras arriba y, antes de que Moritz se diera cuenta, ya tenía a la del pelo negro colgada de él. La muchacha abrió la puerta de una alcoba y lo metió para dentro.

—No te quiero a ti. —Moritz se sentó en la cama—. Yo quiero a Helena.

—Estás como una cuba. —La chica soltó una risita e hizo amago de desnudarse.

—No ha venido —le contó Moritz con la lengua pastosa—. Ya es el cuarto día que llevo esperándola, pero Helena sencillamente no llega.

La chica se sentó medio desnuda a su lado, le acarició la mejilla para consolarle, y le preguntó por esto y por lo otro. Y Moritz le contó que Helena iba a seguirle desde Magdeburgo, que habían quedado en la catedral, que querían huir a Francia... Y mientras se lo contaba, le volvió la preocupación por Helena y se puso tristísimo.

—Pobrecito. —La muchacha se volvió a vestir y le echó de la habitación.

El prepósito del cabildo ya le estaba esperando. Le miró con cara de expectación y una sonrisilla de pícaro. Moritz pasó a su lado y al lado de los gallos y bajó la escalera. Wilbrand le alcanzó.

—¿Lo ha hecho bien la chica?

—La he rechazado. —Moritz se apoyó en la barandilla, todo le daba vueltas: el callejón, las casas, el cielo estrellado.

El prepósito del cabildo envió a un joven piquero de vuelta a la casa para que recuperara el dinero que había pagado por la prostituta.

—No lo entiendo —farfulló el prepósito del cabildo—. Pero si era guapa...

El joven piquero regresó con el dinero. Wilbrand se lo guardó y masculló algo incomprensible. Haciendo eses, siguieron al mayor de los piqueros, que se conocía el camino.

Diez varas más adelante, doblaron por un callejón muy estrecho. Estaba



completamente a oscuras y de repente empezaron a moverse unas sombras. Esas sombras asaltaron al piquero que los guiaba, y se abalanzaron sobre Moritz y el prepósito del cabildo.

Moritz notó que algo duro le golpeaba dolorosamente las sienes. Se cayó en el suelo asqueroso del callejón y se quedó muy mareado. Alguien le dio una patada en los riñones, y soltó un grito.

Otros también gritaron: el prepósito del cabildo, los piqueros y unos hombres desconocidos. Moritz lo oyó como desde lejos, pues el mareo amenazaba con arrastrar su conciencia hacia una gruta oscura. Como de lejos oyó también cómo unos cuerpos chocaban contra la pared de una casa y se desplomaban en el suelo.

Guiñando los ojos, miró a su espalda: los piqueros y el prepósito del cabildo se retorcían en el suelo. En parte los había abatido su borrachera y en parte una horda de salteadores, siete u ocho hombres. Moritz se sintió avergonzado.

Los ladrones registraron a cada uno de los piqueros y al prepósito del cabildo y se quedaron con todo lo que encontraron. El que metió la mano en el cinto y en el abrigo de Moritz no encontró nada, porque no había nada que encontrar. De pronto, Moritz le agarró de las orejas y le dio un cabezazo, frente con frente. La vergüenza le había hecho recuperar las fuerzas. El bandido perdió el sentido y no volvió a rechistar.

De repente, a su espalda, en la entrada del callejón, sonó una charanga. La voz grave de un hombre vociferó una orden y un caballero desconocido de robusta figura, junto con la banda de la fanfarria, se lanzó furioso contra los ladrones.

Los salteadores de caminos saltaron a derecha e izquierda de Moritz y se internaron en la oscuridad del callejón. Uno de ellos no vio a Moritz... y al instante quedó tendido en medio de la porquería del suelo, porque Moritz le había agarrado de la pantorrilla.

Moritz se incorporó, miró hacia la penumbra y vio a un hombre con las piernas esparrancadas encima de dos ladrones abatidos. ¡Un moro! Le tendió la mano derecha al prepósito del cabildo y le ayudó a ponerse de pie.

Echando chispas de rabia, Moritz agarró la pantorrilla del ladrón, que

seguía pataleando, le arrancó a uno de los piqueros abatidos la espada de la vaina y, con la hoja plana, atizó al ladrón un golpe en la cabeza.

Bramando de ira, se dispuso a lanzarse sobre los otros. Aún oía el ruido de sus pasos.

El ruido cesó súbitamente. A cambio, se oyeron unos gritos y algo que parecían golpes. De repente, un resplandor iluminó el final del callejón. Moritz siguió corriendo sin parar; de nuevo oyó ruido de pasos, pero esta vez no se alejaba, sino que se acercaba a ellos. Cuatro siluetas se recortaron en la oscuridad, cuatro salteadores de caminos corrían hacia él. Cuando vieron la espada que Moritz sostenía en la mano, se detuvieron.

Moritz no se detuvo. Con un estallido de ira, gritó, se abalanzó sobre ellos y los derribó a todos.

Luego, sin apenas aliento, se recostó contra la pared de una casa. El resplandor se fue acercando, y también unas voces y unos pasos. Moritz parpadeó en la penumbra: cuatro hombres. Dos de ellos llevaban antorchas, los otros dos arrastraban a un ensangrentado salteador de caminos cada uno. Moritz reconoció a un sarraceno.

Uno de los hombres se le acercó con unos andares pausados, le dio una palmadita en el hombro y le dijo algo en una lengua extranjera. Moritz alzó la mirada y vio una cara negra.

Tantos golpes les habían asestado los ladrones, que a dos piqueros hubo que llevarlos al hospital. A Moritz le salió un chichón en la sien derecha, y una patada le había roto, también en el lado derecho, como mínimo una costilla. Los demás salieron mejor librados: a unos les sangraba la nariz y otros tenían algún ojo hinchado y amoratado.

El que más suerte tuvo fue el prepósito del cabildo: a este lo había arrebatado de manos de dos ladrones el caballero negro. Al caerse previamente en el callejón, solo se había excoriado un poco la rodilla.

A media mañana del día siguiente, llegaron ya a la hospedería los cinco caballeros del séquito del emperador: los había citado el agradecido Wilbrand. A todos ellos los recompensó generosamente por haber retenido a

los ladrones y por haber recuperado el botín. Con quien más generoso se mostró fue con el trompeta negro de la charanga, que tan valientemente había acudido en su ayuda.

A esa hora, los salteadores de caminos ya colgaban de un árbol en las afueras de la ciudad. Es decir, los cinco que aún vivían. A los otros tres los había matado Moritz en su arrebato.

El trompeta de la fanfarria y su compañero negro le habían llegado al alma al propósito del cabildo, que intentaba mantener una conversación con ellos valiéndose de pies y manos. Le costó mucho esfuerzo, pero al final lo consiguió, pues los dos moros hablaban un poco de latín y otro poco de italiano.

A estas alturas, hacía mucho que Moritz había desplegado sobre la mesa las hojas de pergamino y había echado mano del carboncillo. Estuvo dibujándolos todo el rato, mientras charlaban con Wilbrand. Cuando se iban a despedir, se interpuso en su camino.

—¡Esperad un momentito! Por favor.

Gracias a Wilbrand y a sus artes como intérprete, a uno le pidió que pusiera una cara como si se enfrentara a su peor enemigo. A otro le dijo a través del propósito del cabildo que le mirara a él, a Moritz, como se mira a un caballero rival ante el cual uno no quiere retroceder un paso ni por nada en el mundo. Dibujó las dos poses y las dos caras.

Ese día Moritz tampoco encontró a Helena ni al fraile Rochus en la catedral maguntina. Monjas vio muchas, ante los confesonarios y en las capillas laterales, pero a ninguna de Magdeburgo. Lo mismo le ocurrió los cuatro días siguientes.

Y entonces llegó el último día de la Dieta de Maguncia. Esa mañana Moritz fue corriendo a la catedral. No le dejaron entrar. Un sacerdote le explicó que el emperador Federico estaba a punto de recorrer las calles de Maguncia, con los grandes del Imperio, en dirección a la catedral, donde iba a asistir a una misa.

Una vez más, la muchedumbre ribeteó las calles maguntinas. Todos querían

echar un vistazo al emperador y a sus nobles. Moritz se mezcló entre los curiosos. ¿Qué otra cosa podía hacer? Cuando terminara la misa del emperador, seguro que la catedral sería de nuevo accesible. Apretujado entre la multitud, siguió buscando imperturbablemente con la mirada a Helena.

La comitiva imperial no tardó en subir por la colina de la catedral, y todo fueron aclamaciones y gritos de júbilo. Moritz, como todos los demás, estiró el cuello: sillas de manos se acercaban balanceándose, caballeros vestidos con costosas armaduras de torneo a lomos de caballos lujosamente engalanados, y delante de todos, de nuevo, la guardia de corps del emperador, compuesta por aguerridos sarracenos de gran estatura.

De repente, la mirada de Moritz recayó en una mujer vestida con una túnica blanca y una capa negra. Se quedó perplejo, entornó los ojos, se los protegió del sol de la mañana, miró muy detenidamente... y reconoció a la abadesa de las cistercienses de Magdeburgo.

A base de codazos y puñetazos, se abrió camino hacia ella. Cuando la agarró del brazo, la abadesa se sobresaltó.

—Hermana, madre... —Estaba tan nervioso, que olvidó el tratamiento—. ¿Dónde puedo encontrar a Helena? —La abadesa retiró el brazo y refunfuñó. A Moritz ni lo vio—. La hija del maestro Bohnsack.. ¿dónde puedo encontrarla? A Helena y al fraile Rochus... ¿dónde? ¡Por favor, dígamelo, señora abadesa!

—¿Qué tengo yo que ver con la hija del maestro de obras, wendo? —La abadesa arrugó enfadada el ceño—. El padre Rochus no subió a bordo. Y la mujer que iba a venir con él, tampoco.

## Pelusilla negra

*Magdeburgo, principios del verano de 1234*

El buque de dos palos atracó a última hora de una tarde de junio. Estaba lloviznando. La mirada de Moritz se paseó por las filas de los apenas treinta hombres y mujeres que habían acudido a dar la bienvenida a su preósito del cabildo. A Helena no la vio por ninguna parte. A Rochus tampoco.

Wilbrand y los canónigos desembarcaron. Tras ellos, los acólitos y los piqueros les llevaban el equipaje. Arriba, en el camino que bordeaba la orilla, el deán y Dietrich saludaron a los que regresaban a casa. Se pusieron uno a cada lado de Wilbrand y, sin esperar siquiera a llegar a la puerta del puerto, empezaron a hablarle con insistencia. Probablemente se tratara de los disturbios de principios de mayo.

Moritz fue de los últimos en abandonar el barco. Estaba atemorizado. Cuando dejó atrás el puerto y divisó los talleres, no vio a ningún cantero trabajando. Tal vez por el mal tiempo.

Fue al Camino del Monasterio. A cada paso que daba hacia las obras de la catedral, prestaba atención por si oía algo. Y, efectivamente, tras los muros del coro y de las torres sonaban voces y martillazos. Así pues, allí sí había gente trabajando.

Moritz se detuvo y miró a su alrededor. Algo había cambiado en Magdeburgo, lo notaba. ¿O solo se lo parecía por el miedo que tenía? Echó un vistazo a la plaza de la catedral: Wilbrand y los religiosos del cabildo catedralicio subían ya las escaleras que conducían al palacio del arzobispo.

Moritz siguió andando por el Camino del Monasterio en dirección a la iglesia de Nuestra Señora. ¿Por qué no habría ido Helena al puerto? Nada más avistar el velero de dos palos, seguro que había corrido rápidamente el rumor de que regresaba el preposición del cabildo.

Moritz tenía miedo.

Desde lejos oyó que en el taller golpeaban la piedra. Cuando abrió la puerta de un tirón, todos le miraron. Las miradas de unos doce pares de ojos se dirigieron a él. A los dos segundos, siguieron dando martillazos en la piedra. Con mayor afán y diligencia que antes; eso le pareció a Moritz.

Cerró la puerta tras él dando un portazo y saludó a voz en grito. Algunos le contestaron por lo bajo. Otros, ni siquiera eso. Al menos, el maestro cantero le saludó como es debido. Se acercó a él tendiéndole la mano, pero las facciones de su rostro distaban mucho de estar relajadas.

—Malas noticias, Moritz. —Le estrechó la mano—. A principios de mayo, el populacho de Magdeburgo irrumpió en nuestro taller. —Hizo una seña a Moritz para que le siguiera—. Mientras estábamos trabajando en la catedral. Los muy bellacos nos han robado muchas herramientas y han roto unas cuantas piedras. —Se paró delante del banco de trabajo en el que habitualmente trabajaba Moritz—. Por desgracia, también esta. —Con un movimiento de cabeza señaló al suelo, debajo del banco de trabajo.

Al principio, Moritz solo vio unos cuantos pedruscos grandes. Pero luego, cuando se puso al lado del maestro cantero, delante del banco de trabajo, reconoció los rasgos faciales de Ansgar entre los escombros. Se quedó petrificado. Sintió un gran vacío en el pecho.

—Lo siento de verdad, Moritz —dijo el maestro cantero—. Como te he dicho, no estábamos aquí, no pudimos evitarlo. —Cada vez hablaba más alto, porque los martillazos del taller cada vez sonaban más fuerte. O eso le pareció al menos a Moritz.

Se puso en cuclillas y observó los restos de su San Mauricio. Los brazos estaban partidos, como mínimo, en siete trozos; los dedos, en el doble, más o menos. Una pierna estaba seccionada; la otra, rota en numerosos fragmentos. Del torso, alguien había quitado a golpes grandes superficies de la cota de malla.

—¿Quién ha sido? —preguntó Moritz. Hablaba en voz baja, como conteniéndose. Tal vez por eso nadie le respondió.

Moritz se levantó de un salto.

—¿Quién ha sido?! —vociferó. Instantáneamente enmudecieron los martillazos. Todos miraron hacia él.

—No lo sabemos, Moritz. —El maestro cantero alzó los brazos en un gesto apaciguador—. Esa chusma estuvo casi dos horas causando estragos en la Libertad Catedralicia, antes de que intervinieran los hombres del burgrave. — Se encogió de hombros—. No había manera de contenerlos.

—¡El deán tiene la culpa! —gritó uno de los canteros—. Tenía que haber tomado inmediatamente medidas eficaces contra los ladrones que hay entre los piqueros. ¡Está demostrado que fueron ellos quienes asaltaron a los comerciantes!

Muchos miraron de repente hacia la puerta y Moritz se volvió. Mónica estaba en el umbral. «Ven conmigo», decía su mirada. Moritz se acercó a ella y la siguió a la herrería.

Solo cuando la puerta del taller se cerró tras ellos, Mónica le abrazó.

—Cuánto lo siento —susurró. Ahora se dio cuenta Moritz de que aún llevaba en la mano la cabeza de su San Mauricio—. Lo siento tantísimo... —A Mónica se le quebró la voz, apoyó la cara en su pecho y sollozó.

—Voy a averiguar quién ha sido —dijo Moritz en voz baja—. Y luego, Dios se apiade de él.

Mónica le apartó un poco de sí, miró primero la cabeza de piedra del caballero y luego examinó el rostro de Moritz. Le miraba como a alguien que no había comprendido bien.

—Sí, lo de San Mauricio es una pena, pero no me refiero a eso.

—¿Cómo? —Moritz no entendía nada.

—¿Todavía no lo sabes?

—¿El qué?

—Lo de Helena.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Moritz de pies a cabeza.

—¿Qué le pasa?! —Mónica tragó saliva y se puso muy pálida—. ¿No estará... —Moritz cerró el puño y lo apretó contra la sien— ... muerta?

Mónica negó con la cabeza como si esta le pesara demasiado. Sus labios se movieron en silencio y Moritz creyó leer en ellos la palabra *peor*.

—¡Dímelo! —La cogió por la nuca y la atrajo hacia sí—. ¿Está muerta?

—No. Se ha casado con Gotthart.

El husillo del torno chirriaba junto a la torre meridional: una cubeta de mortero iba subiendo, mientras bajaba un palé vacío. Matilde, rezando y paseando como a diario por las obras, observaba el espectáculo, siempre invariable.

—Lo mismo ocurre en la vida —murmuró—. Arriba y abajo, arriba y abajo... Nada nuevo bajo el sol.

Siguiendo con sus oraciones, se dirigió lentamente al centro de las obras, hacia los dos andamios en cuyo interior iban creciendo en altura los dos nuevos pilares torales. Eran enormes: ya se alzaban a treinta pies del suelo. Pronto sustentarían la bóveda central de la nave transversal. Matilde se acercó rezando al leccionario, donde ya se podían ver las Diez Vírgenes, las Necias a la izquierda y las Prudentes a la derecha.

Hacía solo dos días que el de Estrasburgo y el señor Gotthart habían colocado las dos últimas Vírgenes en el leccionario. Después fueron a contemplarlas todos los que trabajaban en las obras. Muchos se santiguaron, muchos movieron los labios rezando para sus adentros. Matilde había leído en muchas caras el miedo a quedarse alguna vez ante la puerta cerrada. Y Dietrich von Dobin había llorado de emoción.

—¡Las cosas que pueden crear los hombres cuando les asiste tu espíritu! —murmuró Matilde. Bendijo a Gotthart y al de Estrasburgo.

Siguió andando mientras rezaba. Entró en la girola, fue de capilla en capilla y dio gracias a Dios por cómo iba avanzando la catedral. Ante la capilla axial se quedó paralizada, pues en algún lugar de Magdeburgo un animal bramaba con una fuerza inusitada. Aguzó el oído. Sonaba como si la pobre criatura estuviera siendo torturada y padeciendo una muerte lenta entre grandes dolores.

¿Habría en la plaza del mercado algún carnicero que no conocía su oficio



matando un toro? De repente, se quedó helada: no era un animal el que gritaba en la ciudad. ¡Era una persona!

Salió corriendo del deambulatorio y de las obras y fue en la dirección de la que llegaban los gritos de tortura. Fue a la herrería. Estaba lloviendo.

Una mujer le salió al encuentro a toda velocidad, con la melena rubia y el vestido ondeando al viento. Mónica.

—¡Deprisa, Matilde! ¡Se acaba de enterar! —Por la cara que ponía, parecía que hubiera intentado besarla el mismísimo Maligno—. Al principio no se lo creía, pero ahora está fuera de sí. A ver si tú puedes calmarle.

Juntas, fueron aprisa a la herrería. Moritz ya no estaba allí, pero aún se oían sus bramidos.

Las dos mujeres siguieron la dirección del griterío, salieron de la Libertad Catedralicia por la puerta del monasterio y, pasando por la iglesia de San Juan, llegaron a la plaza del mercado. Magdeburgueses curiosos o asustados de todas las edades se unieron a ellas.

A toda velocidad recorrieron el Camino Ancho y luego se dirigieron hacia el sur, hasta la casa de Gotthart. Allí estaba Moritz, berreando tanto que a Matilde le pitaron los oídos. Entre muchos le sostuvieron e intentaron tumbarlo en el suelo. Moritz no paraba de dar patadas y puñetazos. Cogió impulso y arrojó la cabeza de piedra de su destruido San Mauricio contra la casa de Gotthart. El cristal de la ventana, que el francés había mandado traer de Italia, se hizo añicos.

Unos piqueros del arzobispo acudieron y se liaron a puñetazos con él para tirarlo al suelo. Él los derribó a todos. Entonces los hombres desenvainaron sus espadas y en sus rostros Matilde adivinó la firme resolución de matar a Moritz.

Rápidamente se interpuso entre los piqueros y Moritz, se abalanzó sobre el pecho de este y le abrazó.

—¡Moritz, Moritz! —gritó, sujetándole con todas sus fuerzas—. ¡Moritz, Moritz, criatura amada por Dios, no echés a perder tu vida!

Moritz se hincó de rodillas y gritó tanto, que casi le reventó el tímpano a Matilde. Esta le abrazó con más fuerza, intentando retenerle. Pero él se zafó de su abrazo y dio un cabezazo contra el suelo húmedo y mugriento. Y se echó a

llorar amargamente. Matilde se inclinó sobre él, le levantó la cabeza y de nuevo lo tomó en sus brazos. Moritz enterró la cara en la curva de su cuello y sollozó lastimeramente.

Más tarde le llevaron al hospital del Espíritu Santo. El médico de los dominicos se puso a rezar a su lado y le suministró unos extractos que sumieron a Moritz en el reino de los sueños. Matilde puso una banqueta al pie de su jergón y se quedó a velarle. Durante muchas noches.

Eso mismo hizo a menudo durante los siguientes meses, hasta muy entrado el nuevo año. Porque los accesos de rabia de Moritz iban en aumento y con frecuencia se lesionaba, cuando daba puñetazos contra el banco de trabajo, contra la pared de una casa o incluso contra un árbol. Y bebía vino hasta perder la conciencia. Cada vez que encontraban a Moritz tan herido y tan borracho que temían que nunca volviera en sí —en su dormitorio, en el taller, a orillas del Elba, en el campanario de la iglesia de San Sebastián—, le ingresaban en el hospital del Espíritu Santo e iban en busca de Matilde.

—Un borrachín y un rabioso como Moritz ya no me sirve para nada —dijo un día el maestro Bohnsack, y quiso echarle de la *Bauhütte*. Pero el preósito del cabildo se lo prohibió... por la nueva escultura de San Mauricio que estaba haciendo Moritz.

Seis meses después de que Moritz regresara de Maguncia, la víspera de Navidad, Helena dio a luz a un hijo. Según contaba la sabia Magdalena, el niño había nacido completamente cubierto de una pelusilla negra. Un parto complicado. Y con un mes de antelación.

## El caballero negro

*Magdeburgo, otoño de 1235*

Colocó la gradina en la parte de la boca, golpeó, volvió a colocarla y siguió golpeando. Pequeñas lascas saltaban hacia todos lados; el viento se llevaba el polvillo de la piedra. Moritz continuó aplicando el cincel dentado y dando golpecitos, hasta que el labio superior hinchado adquirió exactamente el aspecto que había procurado darle. No le costaba ningún trabajo, lo hacía con entusiasmo.

Hacía mucho tiempo que ya no necesitaba mirar los dibujos que había clavado en el tronco del tilo, junto a él y a la escultura de San Mauricio. Rara vez se acordaba del modelo de cera que tenía a su espalda, encima del banco de trabajo. Si acaso, cuando medía con el compás la distancia entre las comisuras de los labios y la cofia de malla, para comprobar por centésima vez la exactitud de su trabajo en el rostro de piedra. O bien para cerciorarse por centésima vez de si la proporción entre la cabeza y las manos del caballero era ajustada. Pero la mayor parte de las veces apenas tenía que reflexionar, apenas sabía lo que hacían sus manos. Todo lo que necesitaba le fluía de no se sabía dónde.

Del Espíritu Santo, decía Dietrich, el canónigo. De mi pecho, decía él mismo. Pues era allí, en el pecho, donde albergaba las imágenes de los moros: las imágenes de los dos caballeros negros de Maguncia, la imagen del saltimbanqui de Havelberg.

Y la imagen que no había visto nunca, que solo conocía por las

descripciones de Matilde: San Mauricio, inflexible incluso ante la amenaza de la muerte y decidido a no dar un paso atrás.

Todas ellas, las cuatro imágenes, se habían fusionado en su pecho en una sola imagen. Ya no le hacía falta pensar ni planear, bastaba con que permaneciera fiel a esa viva imagen que albergaba su pecho. Desde ahí le afluía a Moritz, a sus brazos, manos y dedos, y adoptaba forma en la piedra.

Dejó la herramienta, se volvió hacia el banco de trabajo, guardó el cincel dentado en el bolsillo delantero del mandil y cogió la jarra de vino. Llenó su vaso de bronce —un regalo del canónigo Dietrich von Dobin— y lo vació.

Sobre la muralla de la ciudad y en los tilos se congregaron los estorninos pintos. Moritz dejó el vaso y escuchó el reiterado murmullo del Elba. Eso le tranquilizaba. Desde los prados de la orilla oriental del río le llegó el chillido estridente de una grulla. Bajo el cielo azul, el viento del otoño disipó unas cuantas nubecillas blancas. Moritz sacó la gradina del bolsillo, se volvió y continuó cincelando y golpeando.

Cuando labraba la imagen de su pecho en la piedra, no pensaba en nada más. Se olvidaba de Helena, de su hijo, incluso del maldito francés. Lo olvidaba todo: su deseo, su dolor y a sí mismo. Mucho más que cuando empinaba el codo. Por eso trabajaba siempre que podía, y cada día, todo el tiempo que podía.

Le habían echado del taller. Primero los canteros se habían reunido a deliberar a sus espaldas; luego habían comunicado su decisión al maestro cantero, y este tuvo que contársela a Moritz.

—Ya no te soportan —le había dicho—. La furia con la que trabajas, tus maldiciones, tus brutales martillazos, tus gritos. Y te tienen miedo. Quién sabe cuándo te dará otro arrebató de los tuyos. Tienes que marcharte.

De manera que, desde principios del verano, golpeaba la piedra junto al tilo. Cuando llovía, montaba una especie de refugio que, con el tiempo seco, tenía apoyado al otro lado del tronco del tilo. Como ahora. Hacía semanas que no llovía.

Por el Camino del Monasterio, se acercaban pasos apresurados procedentes de las obras. Moritz bajó la maceta y la gradina y retrocedió. No quería saber ni quién andaba por allí. Atentamente, contempló su San Mauricio.

Moritz todavía no había terminado con los pliegues del borde del gambesón. En el lado izquierdo, desde el hombro hasta el arranque del guantelete de malla, había dejado aún mucha piedra por labrar. Y la expresión de la cara todavía no se correspondía del todo con la imagen de San Mauricio que albergaba su pecho. Pero, por lo demás, todo estaba terminado: el jubón, el tahalí, la daga, la larga cota de malla y la mano acorazada, que en su día esgrimiría la lanza. Y estaba perfecto.

—¿Y eso lo he hecho yo? —se preguntó Moritz asombrado, y apenas podía creérselo.

Alguien se desvió del Camino del Monasterio y, por la hierba, llegó hasta el tilo y se le acercó. Alguien que tenía prisa. Moritz alzó la vista: Jakob von Strassburg, el marido de Mónica.

—Tienes que venir. —Respirando con algo de dificultad, se detuvo junto a Moritz. Miró el San Mauricio casi con veneración—. El arzobispo te reclama.

—No quiero. —Moritz se volvió hacia el banco de trabajo y se sirvió vino. El arzobispo había regresado de Italia justo el día anterior... el nuevo arzobispo Wilbrand von Käfernburg. El antiguo, Burkhart, había muerto el invierno pasado en Constantinopla, durante un viaje de peregrinación a Tierra Santa. Moritz bebió.

—Tienes que venir. Ha mandado llamar a todos los escultores: quiere presentarnos su idea para una gran escultura.

—Tengo trabajo aquí. —Moritz le pasó a Jakob el vaso todavía medio lleno.

—Tu trabajo no se te va a escapar. —Jakob dio un sorbito al vaso de vino, luego lo dejó encima del banco de trabajo y le quitó a Moritz el cincel y la maceta de las manos.

»Venga, vamos. —Tiró de él hacia el Camino del Monasterio—. Será solo un momento.

Uno tras otro, fueron subiendo a la torre septentrional: el arzobispo Wilbrand, el maestro Bohnsack, Gotthart de Saint Leonard, el maestro cantero, el de Bamberg, algunos canteros y, al final de todos, Dietrich. Pero ¿dónde se habían metido Moritz y el de Estrasburgo? Matilde permaneció indecisa junto

a la entrada de la torre. Dietrich se volvió hacia ella, alzó las cejas y le hizo un gesto con la mano.

—Anda, sube.

Matilde cobró ánimo y siguió a los hombres. En silencio bendijo al señor Dietrich. ¿No tenía este razón al invitarla a seguir al arzobispo y a los demás hasta la tribuna? Al fin y al cabo, llevaba rezando día tras día por cada uno de esos hombres y, a través de sus rezos, llevaba siete años participando en la construcción de esa catedral.

¿Estaría ya tan avanzada la galería episcopal si Matilde no hubiera deambulado por ella a diario rezando y bendiciendo a todos? Aún faltaba por labrar algunos capiteles, todavía había que montar las ventanas de vidrio. Pero pronto tendría un tejado exterior, la galería, y pronto empezarían a pintarla. Y durante los trabajos de pintura, ya comenzarían a erigir por encima de ella el claristorio, la alta pared oriental con las fuentes de luz más importantes de la catedral: las altas ventanas ojivales.

Al llegar al primer piso de la torre, uno tras otro, los hombres fueron saliendo por la puerta del coro alto a la galería episcopal.

—¡Maravillosa! —oyó Matilde exclamar al arzobispo Wilbrand—. ¡Alabado sea Dios! ¡Démosle gracias! —Desde el invierno anterior, no había vuelto a ver la galería. Había emprendido largos viajes, había recibido del Papa en Italia la bendición y las insignias de un arzobispo—. ¡Qué hermosura! ¡Dios os bendiga a todos!

En lugar de doblar hacia la izquierda, Matilde siguió todo recto hasta llegar a un estrecho corredor que, separado de la nave transversal por un antepecho, discurría en paralelo a la pared interior de la nave transversal. Originariamente, este corredor iba a desembocar en una tribuna que estaba proyectada a lo largo de las naves laterales. Pero al maestro Bohnsack ese plan no le gustaba.

—La catedral ha de ser más ancha —le había oído decir—. ¿Para qué necesitamos entonces una tribuna?

Por debajo de Matilde se oyeron unos pasos apresurados en dirección a la torre. Se asomó por el antepecho: Jakob y Moritz. ¡Al fin! Los dos escultores se metieron en la torre. Matilde saludó a Moritz con la cabeza, cuando este

subió por la estrecha escalera de la torre y dobló hacia el coro alto. Había adelgazado y tenía un aspecto enfermizo: la cara pálida, heridas inflamadas en la barbilla y en las sienes, y las mejillas rehundidas.

Solo hacía dos semanas que Matilde le había estado velando otra vez en su lecho del hospital del Espíritu Santo. Se había peleado con los albañiles de las obras de Santa Catalina. Y luego había estado bebiendo vino hasta caer redondo.

—¿Qué va a ser de él? —murmuró Matilde, mientras seguía a los dos escultores hacia el coro alto—. Como no lo endereces de una vez, acabará fatal.

El arzobispo Wilbrand observó a Moritz un poco asombrado. Matilde se dio cuenta de lo que le había impresionado ver a Moritz con un aspecto tan deplorable. No obstante, el arzobispo le saludó de una manera particularmente cordial y le estrechó la mano. Todo el mundo sabía que, de todos los escultores, al que más apreciaba era al wendo. Y no a todos les gustaba.

—Al regresar de la Curia papal, hemos visitado Milán —contó el arzobispo—. Y allí hemos visto la estatua de un jinete que nos ha entusiasmado tanto, que no se nos quita de la cabeza. —Describió la gran escultura con toda clase de detalles—. Una estatua ecuestre como esa nos gustaría tener también en Magdeburgo —concluyó—. Para que la memoria del gran emperador Otón perdure eternamente.

Durante unos segundos todos guardaron silencio. Ninguno de los canteros ni de los escultores había visto jamás una estatua tan monumental como la que acababa de describir el arzobispo.

Finalmente, el maestro Bohnsack rompió el silencio.

—¿Y dónde tenéis pensado colocar esa estatua ecuestre del emperador Otón, reverendísimo arzobispo? —preguntó.

—¡Ante la portada de la catedral, naturalmente! Todo el que quiera asistir a la sagrada misa debe recordar, antes de entrar en la iglesia, quién fundó la archidiócesis de Magdeburgo y quién construyó la primera catedral.

—Una gran obra, la que os ronda por la cabeza —dijo Dietrich—. Pero ¿podremos llevarla a cabo? Cuesta un dinero adicional y hacen falta escultores que se atrevan a hacer algo así.

—¡He aquí a los escultores del maestro Bohnsack! —Wilbrand extendió los brazos señalando a los escultores, como si los estuviera bendiciendo—. ¡Veo con mis propios ojos las magníficas obras que realizan! ¿Os atrevéis a hacer una estatua ecuestre tan majestuosa o no?

Moritz no reaccionó, Jakob von Strassburg asintió modestamente, el de Bamberg meció la cabeza y Gotthart de Saint Leonard exclamó:

—¡Por supuesto, Su Excelencia Reverendísima!

—Entonces queremos que, en las próximas semanas, nos hagas un dibujo y, tal vez, incluso un modelo. Moritz y Jacques te ayudarán, ¿verdad? —Jakob asintió con la cabeza; Moritz, en cambio, permaneció impertérrito—. Y ahora vamos a ver cómo ha progresado nuestro Caballero Negro.

Los hombres abandonaron el coro alto y bajaron por la escalera de la torre: Wilbrand y el maestro Bohnsack por delante, y Moritz al final. Por su gesto taciturno, parecía contrariado y furioso.

—Moritz no quiere hacer ninguna estatua con Gotthart —murmuró Matilde—. No quiere hacerla y no la hará. —Se unió al grupito que rodeaba a Moritz y al arzobispo.

Debajo del tilo, se congregaron en torno a la nueva estatua de San Mauricio. Al principio, nadie dijo nada, pero en todas las miradas Matilde leyó asombro y admiración. Incluso el maestro Bohnsack, que ya no podía soportar a Moritz, le hizo un gesto de aprobación. Dietrich meneó desconcertado la cabeza y se llevó las manos a la cara. Y el arzobispo se mostró verdaderamente conmovido.

—¡Qué magnífica obra está surgiendo aquí! —exclamó—. ¡Fijaos en esa cara, en esa entereza, en esa serenidad de alguien que está decidido a hacer cualquier cosa! —A Wilbrand le faltó poco para hincarse de rodillas ante la estatua—. Mirad su postura en tensión, cómo se inclina hacia delante, cómo está dispuesto a enfrentarse al martirio. ¿No notáis también vosotros esa inflexibilidad? —Casi todos asintieron; todos encontraron palabras de admiración. Gotthart no había ido con ellos—. Y ahora imaginad esa cota de malla de color dorado —dijo el arzobispo, dejando correr la imaginación.

Moritz se quedó todo el rato junto al banco de trabajo, cabizbajo, como si nada de eso le incumbiera. El arzobispo le pidió que explicara dónde pensaba



colgar de la figura, cuando estuviera terminada, la espada, el escudo y la lanza. Moritz le contestó parco en palabras y parco en gestos.

Matilde le bendijo en silencio y contempló su obra, llena de gratitud. «Este podría haber sido perfectamente San Mauricio —rezó en silencio—; esa actitud podría haber adoptado cuando el emperador impío le amenazó con la muerte si no mataba a sus correligionarios.»

—No queremos que la figura de este santo permanezca más tiempo al aire libre. Podría estropearse, ser destruida por el populacho o incluso ser robada. —El arzobispo se volvió hacia Dietrich y el maestro Bohnsack—. Encargaos de que la lleven a una sala luminosa de nuestro palacio. —Y añadió, dirigiéndose a Moritz—: Allí has de terminarla.

De camino a casa, Moritz cruzó al anochecer la plaza del mercado. La cabeza le ardía y le pesaba, andaba con paso inseguro. De nuevo había bebido demasiado vino. Un profundo rencor hervía en su pecho. Contra el arzobispo, contra el maestro Bohnsack y, desde luego, contra el maldito francés.

¿Y a Helena, le guardaba rencor? Evitaba pensar en ella. Cuando no lo conseguía —y muy rara vez lo conseguía—, entonces sentía algo más que solo rencor, entonces sentía una profunda herida en el fondo de su pecho. Como si Helena le hubiera partido el corazón. Y cada vez que pensaba en ella, esa herida le quemaba como una llaga rociada de sal.

Solo no sentía ningún dolor cuando golpeaba la piedra. O cuando humedecía el gañote con suficiente vino.

En el lado del ayuntamiento de la plaza del mercado, unas personas rodeaban un carro tirado por un burro. Muchas personas. Encima del carro, un monje agitaba el dedo índice y el puño y amenazaba a la multitud. Moritz estaba todavía demasiado lejos como para entender lo que gritaba ese hombre.

El arzobispo había elogiado con palabras aún más exaltadas el Caballero Negro de Moritz y, a continuación, le había echado una reprimenda porque Moritz le había dicho que no trabajaría con el francés bajo ningún concepto.

Junto al ayuntamiento, más de cien espectadores rodeaban ya al predicador del carro. Apenas podía uno abrirse paso a través de la multitud.

—¡No os engañéis, codiciosos! —gritaba el monje—. ¡Iréis de cabeza al infierno si no hacéis penitencia y no compartís vuestras posesiones con los pobres! —Cada vez se acercaban más oyentes, cerrando el paso a Moritz, que refunfuñaba a diestro y siniestro.

«Hazle un retrato al maestro Bohnsack —le había ordenado también el arzobispo, antes de recoger sus herramientas—. El cabildo catedralicio y nos hemos decidido honrarle en la catedral con una pequeña escultura. En señal de agradecimiento.»

Moritz no había respondido nada, pero no tenía ninguna gana de honrar con una escultura al hombre que le había negado a su hija. ¡Que se la hiciera Gotthart!

Un jinete llevó su caballo hasta el borde de la muchedumbre para escuchar al predicador. Moritz no pudo dejarle pasar porque cada vez se agolpaba más gente que venía desde la iglesia de San Juan.

—¡No os engañéis, lujuriosos! ¡Si no abandonáis vuestra abyecta conducta, iréis al infierno! —A base de codazos y soltando maldiciones, Moritz se abrió paso entre la multitud—. ¡Entonces seréis condenados a la perdición eterna! —Por fuerza tuvo que oír lo que gritaba el monje.

—¡Al infierno iréis de cabeza, tragones y borrachos! —El predicador soltó un gallo. Moritz se paró a mirarle. No era demasiado alto, aunque sí fornido; le echó unos cincuenta años. Tenía una cara ancha de un rojo subido—. ¡Os mereceréis la perdición eterna si no os moderáis!

Tambaleándose entre toda esa gente, Moritz observaba al predicador. Pegó un grito y empezó a bracear y manotear. Moritz ya le había visto y oído alguna vez en invierno en la ciudad, pero no desde el deshielo. ¿Acaso no se rumoreaba que había viajado a Italia con Wilbrand? ¡Claro que sí, ahora lo recordaba Moritz! Había ido a visitar la tumba del fundador de su orden, la tumba de san Francisco.

—¡Iréis de cabeza al infierno, iracundos y corroídos por el odio! ¡Os espera la perdición eterna, si no lucháis por tener un corazón tierno y afable!

Moritz se enfadó.

—Reprende a los iracundos y no para de vociferar en su carro, como si toda la cólera del mundo ardiera en él —dijo resentido y tan alto, que le oyeron

todos cuantos le rodeaban. Le llegaron unas miradas reprobatorias, pero al menos ahora la gente le dejó pasar. Cuchichearon a su espalda. Naturalmente, era conocido en todo Magdeburgo, por borracho y por sus arrebatos de ira. Por fin llegó hasta la calleja que llevaba al Camino Ancho.

Allí se volvió y miró otra vez hacia el predicador, que seguía comportándose igual de enérgico e inexorable.

—Entonces yo iré de cabeza al infierno —dijo—. ¡Y a mí qué me importa! —Cabizbajo y taciturno, fue dando tumbos a la Ciudad Nueva. Cuando llegó a casa, se tumbó en el jergón, que estaba todo revuelto, y se durmió al instante.

Soñó que se hallaba ante un ancho y profundo abismo. Unas llamas salían desde las profundidades, pero no llegaban hasta él. No obstante, hacía mucho calor.

Enfrente, al otro lado del precipicio, vio a su San Mauricio, el Caballero Negro, apoyado en el escudo y la lanza. Levemente inclinado hacia delante, la actitud resuelta y el gesto sereno, San Mauricio miraba hacia el ardiente abismo. Tampoco a él le alcanzaban las llamas.

¿Qué miraba el Caballero Negro con tanta serenidad al fondo del barranco en llamas? Moritz se hizo esta pregunta en sueños, en voz alta. Él a su vez lanzó una mirada hacia el fuego del precipicio, intentó seguir la dirección de la mirada del otro y, finalmente, reconoció que había gente entre las llamas.

Moritz comprendió que estaba viendo el infierno. Esa visión le dejó frío. Solo eso le extrañó de su sueño, solo su indiferencia. Pero no las personas que había en el infierno ni el Caballero Negro que había al otro lado del mismo.

La gente del precipicio trepaba por la pared de roca intentando huir de las llamas. Moritz vio de repente, tras la cortina de llamas, varias docenas de personas colgadas de la pared de roca, incluso varios cientos. Cuando por fin alcanzaban el borde superior de las llamaradas, resbalaban y de nuevo se precipitaban hacia las ardientes profundidades.

Le llamó la atención uno de ellos, que escalaba la pared de roca ataviado con toda la armadura. Su coraza brillaba y la cornamenta de su yelmo también brillaba. Moritz miró con más detenimiento y por fin reconoció a Botho von Schwerin. También él se deslizó y cayó al fuego.

En sueños, Moritz se alegraba y se reía. Al mirar hacia el Caballero Negro

de enfrente, vio que este no se reía, sino que seguía contemplando el infernal abismo con la misma serenidad que antes.

La mirada de Moritz atravesó de nuevo la cortina de llamas y escudriñó a la gente que intentaba escapar del infierno. A lo mejor conocía a alguno más. Y efectivamente: uno flaco, el que más aprisa trepaba, era Slawomir, el comandante de Rügen. Tenía la cota de malla negra por la herrumbre. A su espalda, el escudo con la cabeza de toro ardía en llamas y, mientras resbalaba hacia abajo, señalaba a Moritz con su candente dedo de hierro, al tiempo que profería un grito. Un grito que sonaba como el berrido de un macho cabrío.

Moritz soltó una carcajada de alegría. Frente a él, el Caballero Negro le miró alzando las cejas.

Y luego Moritz distinguió también al hombre del hacha. Iba hincando el hacha de guerra en la piedra, luego se aupaba, sacaba la hoja de la roca, la hincaba de nuevo, se volvía a encaramar otro poco, y volvía a clavar el hacha un trocito más arriba. El pelo gris y la túnica marrón desprendían llamaradas, y, cuanto más le observaba Moritz, más desasosegado se sentía, pues el hombre del hacha escalaba deprisa y con mucha agilidad.

Como un redoble de tambores le sonaban a Moritz en sueños los latidos de su corazón. El miedo le atenazaba la garganta, pues de repente el hombre del hacha dejó atrás las llamas. El fuego de su pelo y de su túnica se extinguió y, volviéndose hacia Moritz, gritó:

—¡Irás al infierno de cabeza!

En ese momento, al otro lado del precipicio, el Caballero Negro se puso de rodillas, se inclinó sobre el abismo y le tendió al hombre del hacha su lanza para que pudiera sujetarse a ella.

—¡No! —gritó Moritz—. ¡No!

Se despertó gritando. Estaba bañado en sudor. Las aceleradas palpitations del corazón le tamborileaban en el pecho. Alguien llamó con los nudillos a la puerta del patio.

Escuchó. Los latidos del corazón le atronaban en los oídos. Sin embargo, oyó que llamaban a la puerta. Tras la ventana de su alcoba reinaba la noche cerrada, pero en el farol del patio del vecino tremolaba una luz. ¿Era muy tarde por la noche o muy temprano por la mañana?

Se levantó y se acercó a la puerta.

—¿Quién es?

—Soy yo, Rochus.

Moritz desatancó la puerta y la abrió.

—¿Tú? ¿Qué quieres?

—Darte esta carta. —El fraile le dio un sobre.

Moritz se quedó mirando el sobre fijamente. El color le sonaba, la letra y el sello le resultaban familiares. Un temblor le recorrió el cuerpo, las lágrimas se agolparon en sus ojos. Le arrancó a Rochus el sobre de la mano, rompió el sello y desplegó el pergamino. Leyó los renglones en silencio.

*Se acabó, amado mío. He recibido el castigo que merezco. Pero tres cosas has de saber: Siempre te he querido y te querré hasta la muerte. Otra: El niño es hijo tuyo. Y la tercera: No te delataré. Tuya, Helena.*

## El hombre del hacha

*Magdeburgo, abril de 1236*

Fueron a prenderla poco antes de la Pascua. Tras las rejas de la ventana que daba al patio, vio cómo bajaban del coche el verdugo y el alguacil.

—Madre, han traído incluso a dos piqueros del burgrave. —Helena no estaba sorprendida; más bien le extrañaba que no hubieran venido antes.

Se recogió el pelo, se puso sus mejores zapatos y se echó por los hombros el capote más abrigado, el de la capucha. Se quedó esperando tras la puerta de la alcoba cerrada con llave.

El agente judicial ya le había llevado la mala noticia antes de la víspera de San Silvestre. Para entonces, hacía tiempo que Gotthart la había encerrado allí arriba y la había denunciado ante el Tribunal de Escabinos. Solo al prestigio de su padre tenía que agradecer Helena no haber padecido todavía el hambre y la miseria en la mazmorra del burgrave.

Unos pasos cargados subieron la escalera. Helena alzó la cabeza, estiró la barbilla y enderezó su figura. Los pasos enmudecieron tras la puerta. Se oyó el tintineo de un manojito de llaves. Alguien abrió la puerta. Bodo. Un hombre estúpido y cruel. Le encantaba poner mariposas encima de la llama de una vela y dar patadas a las vacas en las ubres. Desde que Gotthart la había encerrado aquí arriba, Bodo le traía la comida, le vaciaba el orinal y le llevaba ropa limpia. Y la vigilaba.

El alguacil se acercó a ella, le leyó otra vez el motivo de su apresamiento —había sido acusada de fornicación— y luego le hizo una seña al verdugo.

Este la agarró rudamente del brazo, la sacó de un tirón de la habitación que durante tantas semanas había sido su calabozo y le esposó las manos a la espalda.

Bodo se rio por lo bajo. Y el alguacil le advirtió al verdugo que evitara malos tratos innecesarios. Este refunfuñó hacia su barba hirsuta y condujo a Helena escaleras abajo.

El día anterior a la huida, la abadesa le había revelado al padre sus planes. Este la había encerrado. Por aquel entonces, Helena ya sabía que estaba embarazada. No tuvo más remedio que darle el sí a Gotthart. La única alternativa habría sido el verdugo. Y de todas formas, este seguía amenazándola ahora.

Dietrich von Dobin y el padre habían hecho todo lo humanamente posible para que Gotthart retirara su acusación. Eso lo sabía Helena por las cartas que Rochus le llevaba casi semanalmente al patio. Casi siempre a oscuras, cuando Gotthart y su criado estaban en la casa de putas. Con un hilo que Helena había sacado de una manta de lana, solía subir las cartas que le llevaba Rochus y bajar las suyas propias.

El verdugo la empujó al coche de caballos. Él y el alguacil se sentaron en el pescante. Helena miró hacia las ventanas, pero a Gotthart no se le veía por ninguna parte. Como era de esperar. Los piqueros se sentaron a su lado, el coche arrancó y salió por el Camino Ancho. Helena agachó la cabeza, avergonzada de su compañía y de sus esposas.

—Por favor, ponedme la capucha.

El alguacil se volvió y asintió con la cabeza mirando a los piqueros, hasta que uno de ellos le hizo ese favor.

Rochus había ido a visitar al abad de los dominicos. Este había intercedido en favor de Helena ante el arzobispo, y Wilbrand conocía bien al juez del Tribunal de Escabinos de Magdeburgo. A finales de marzo, durante un tiempo, parecía que el juez estaba dispuesto a desistir de la acusación, siempre y cuando Gotthart lo deseara. Pero Gotthart se mantuvo firme:

—El niño no es mío. Helena ha cometido fornicación.

Johannes —así se llamaba el hijo de Helena— tenía los ojos de color castaño oscuro, mientras que los de Gotthart eran azules como el agua.

Johannes tenía el pelo negro azabache, mientras que el pelo de Gotthart era de color claro como la arena. La carita de Johannes era estrecha y, según se le iba quitando la grasa propia de un bebé, cada mes se le estrechaba más. Gotthart tenía una cara redonda y ancha.

Y Johannes tenía un lunar entre los omoplatos. En el mismo sitio en el que también Moritz tenía un lunar. Todo aquel que hubiera visto alguna vez a Moritz bañándose en el Elba lo conocía. Y Gotthart le había visto con frecuencia.

El coche fue rodando por el Camino Ancho en dirección al norte. Helena miraba de reojo a derecha e izquierda. La gente se detenía y la señalaba. El coche atravesó la Krökentor y luego giró a la derecha, hacia el castillo del conde.

En la noche de bodas, al principio, la cosa no salió bien. Pero no fue por culpa de Helena. Para ella era importantísimo, una cuestión de supervivencia, que su hijo tuviera un padre. Esa horrible noche ya sabía que estaba embarazada de tres semanas. Todos los síntomas que le había descrito Mónica, basándose en su propia experiencia, los percibía en su propio cuerpo.

El coche del verdugo entró en el patio del castillo. Los piqueros la ayudaron a apearse, la llevaron al castillo y bajaron al sótano abovedado, donde se encontraba la mazmorra.

Gotthart le había pegado. Al principio, ella pensó que lo hacía porque la cosa no había salido bien. Pero enseguida se dio cuenta de que a él le gustaba hacerle daño. Entonces él se abalanzó sobre ella. Ella se quedó quieta porque necesitaba un padre para su hijo. Pero llegó un momento en que la rabia y la repugnancia se apoderaron de ella hasta tal punto, que lo apartó de sí. Salió corriendo del dormitorio y cogió un cuchillo. Cuando Gotthart quiso volver a pegarle, le amenazó con el arma.

Desde entonces, nunca más permitió que la tocara.

Gotthart aseguraba que el matrimonio no se había consumado y que, ya solo por eso, el niño no podía ser suyo.

El alguacil prendió una antorcha. Su resplandor sacó de la penumbra unas paredes húmedas. El verdugo la llevó por un corredor al que daban muchas puertas de hierro. Un ratón cruzó a toda velocidad.



Helena pensaba en Moritz y sonreía para sus adentros. Entre él y ella también había habido un intercambio de cartas. Ella moriría en paz. Ayer le había escrito a Moritz una carta de despedida. Porque Rochus no podría introducir clandestinamente cartas en la mazmorra del castillo.

El alguacil abrió la pesada puerta de la mazmorra, el verdugo empujó a Helena para dentro; la puerta se cerró, y sonó el ruido de las llaves y el cerrojo. Reinaba una oscuridad casi completa. Apenas entraba luz por la ventana que había bajo el techo. Yapestaba. Olía a cagadas de ratón, a moho y a putrefacción.

Helena estuvo un rato yendo de una pared húmeda a otra. Sus pensamientos giraban en torno a su hijito, a Johannes. La sabia Magdalena se lo había dado a una de sus nietas, que acababa de ser madre y tenía leche para dos niños.

—Me casé con Gotthart para salvarme del verdugo, madre. —Echó la cabeza hacia atrás y exhaló un prolongado suspiro—. Y para proteger a Moritz. Necesitaba un padre para mi hijo. Y ahora es el hombre con quien me casé el que me entrega al verdugo. ¿No es una crueldad? —Se sentó en el frío suelo y lloró.

Más tarde se abrió la puerta y la luz de una antorcha iluminó el calabozo. Entraron un monje y el verdugo. El monje alzó la antorcha.

—Soy tu asistente espiritual, mujer —dijo. Por su robusta figura y la voz ronca, Helena le reconoció: era Gabriel, el predicador de los hermanos minoritas que exhortaba a la penitencia.

El verdugo se acercó a Helena.

—¡Levántate! —Esta obedeció, y hasta ese momento no vio el palo que tenía en la mano derecha. La miró con cara de pocos amigos, mientras se golpeaba con él la palma de la mano izquierda—. ¿Quién es el padre de tu hijo?

Llovía, como casi siempre por Viernes Santo. Desde todas las torres de las iglesias de Magdeburgo sonaban las campanas. Moritz no había asistido a la misa. Un pecado, posiblemente, pero ¿qué importancia tenía ya eso? A través de Sebastián, había hecho llegar un mensaje al arzobispo: que Wilbrand fuera a verle al taller nada más terminar la misa de Viernes Santo; que si no iba, a

las doce en punto haría pedazos el San Mauricio.

Inquieto, no paraba de pasear de una ventana a otra de su taller. Esos días no le resultaba nada fácil esperar. Apenas trescientas varas más al norte, Helena se preparaba para enfrentarse al juez y al verdugo.

Se detuvo junto al banco de trabajo, se sirvió más vino y bebió. Sujeto con cuñas entre dos maderas escuadradas, su San Mauricio estaba tumbado sobre el banco de trabajo. El martillo de forja de Benno se apoyaba contra las botas del Caballero Negro.

Moritz estampó el vaso contra el banco de trabajo y siguió paseando de ventana en ventana. En el ala sudoriental de su palacio, Wilbrand había mandado vaciar un pequeño dormitorio para invitados. Allí trabajaba Moritz en su escultura. Faltaban unos cuantos pliegues en el jubón, algunas líneas en torno a la nariz y a los ojos, la espada, la lanza, el escudo... y ya estaría terminado el Caballero Negro. Salvo la pintura, claro. Pero esta a Moritz le traía sin cuidado. Esos días, todo le era indiferente. Todo menos pensar en Helena.

Se detuvo junto a la ventana septentrional. Mucha gente con abrigo negro se apresuraba a través de la lluvia. Moritz vio a los obreros con sus mujeres y sus hijos: la misa había terminado. Corrió hacia la ventana meridional. La grúa de rueda estaba abandonada, en los talleres no había un alma y los montones de piedras se habían ennegrecido por la lluvia. Un panorama desolador.

Por fin, oyó voces en la escalera. Una puerta se cerró. Moritz fue de prisa al banco de trabajo y apuró el vaso de vino. Pasos presurosos se acercaban. Así pues, Wilbrand se había tomado en serio su amenaza. Más le valía.

Y luego apareció, con una levita negra que cubría la sobrepelliz, pero sin el báculo, la robusta figura del arzobispo en el marco de la puerta abierta. Llevaba la cabeza cubierta por un pileolo rojo. Dietrich von Dobin y cuatro piqueros se agolpaban tras él. Con excesiva complacencia, Moritz se alegró de que le consideraran digno de cuatro hombres armados.

—¡Insolente! —El arzobispo entró en el taller—. ¿Cómo te atreves a amenazarnos?

—No os amenazo a vos, reverendísimo señor, sino a mi obra. Quiero hablar

a solas con vos.

—¿Encima con exigencias? —Wilbrand se puso en jarras. Su cara ancha adoptó un tono rojo subido—. ¡Es el colmo de la arrogancia! ¿O es que estás borracho?

—Ninguna de las dos cosas, reverendísimo señor arzobispo. El miedo —«por la mujer que amo», quiso añadir, pero los otros cinco no tenían que saberlo. Moritz dio la vuelta al banco de trabajo, cogió el martillo de Benno, tomó impulso e hizo amago de golpear a su San Mauricio en la cara.

—¡Espera! —gritó el arzobispo. Luego susurró unas frases por encima del hombro, hacia atrás, y Dietrich cerró la puerta por fuera.

Moritz esperó hasta oír las pisadas en la escalera y luego, abajo, la puerta.

—Tenéis que salvarla. —Puso el martillo de forja a la altura del pecho del Caballero Negro.

—No puedo hacerlo. —Wilbrand se acercó.

—Si alguien puede hacerlo, sois vos.

—En la ciudad se administra justicia con arreglo al Espejo Sajón, en la Libertad Catedralicia nos regimos por el derecho canónico. —Wilbrand se sentó en una banqueta y le escudriñó con la mirada—. Así que la sigues amando. —Puso cara de incredulidad, mientras meneaba la cabeza.

—Yo soy el padre del niño.

—¡No! —Wilbrand se llevó la mano a la cabeza—. Ya lo sé, pero ¿por qué tienes que decirlo en voz alta? ¿No comprendes en qué situación me pones? ¡Tontaina!

—Afortunadamente, no es el único secreto que compartimos, ¿verdad, reverendísimo señor? —Wilbrand miró en silencio a Moritz y se frotó las manos. Sabía perfectamente a qué se refería Moritz—. ¿O es que la fornicación tiene menos peso en Maguncia que en Magdeburgo, señor arzobispo?

Agachando la cabeza, Wilbrand se inclinó sobre las rodillas.

—He hecho por Helena todo lo que he podido. He intentado incluso sobornar al juez. Pero Gotthart ha permanecido en sus trece. ¡Que se vaya al infierno! —El arzobispo se levantó y empezó a andar de acá para allá, entre la puerta y la banqueta—. ¡Exactamente! ¡Esa sería quizás una solución: que se

fuera al infierno! Entonces se podría intentar de nuevo inhibir el día de la vista.

—¿Lo haríais?

—Aunque solo sea por Bohnsack. El pobre hombre está enfermo por la congoja que tiene. —Se detuvo abruptamente y miró a Moritz con los ojos entornados—. ¿No querrás matar a Gotthart? ¡Ni se te ocurra! ¡En tal caso perdería a dos escultores a la vez!

—El martes se reúne el Tribunal de Escabinos y dictará la sentencia de muerte, reverendísimo señor. Tenéis cuatro días para impedir que se celebre el juicio. Si no lo hacéis, entonces... —Agarró el martillo y cogió impulso por encima del San Mauricio.

—¡No! —El arzobispo saltó hacia él. A dos pasos de Moritz, extendió los brazos en un gesto de imploración—. ¿No te das cuenta de que por ello tendrías que rendir cuentas a Dios? ¡Temerario!

—¿Por destruir la figura de un caballero o por intentar en vano salvar la vida de una madre? —Moritz rio amargamente—. Ante Dios, de las dos cosas tendríais que rendir cuentas vos, reverendísimo señor arzobispo.

Desalentado, Wilbrand dejó caer los brazos, dio media vuelta y fue andando otra vez hacia la puerta.

—De verdad que no puedo hacerlo. —Suspiró profundamente—. Lo he intentado todo.

Moritz cogió el martillo, tomó impulso y golpeó en la piedra que había colocado junto a la cabeza de San Mauricio. El arzobispo se volvió y soltó un grito.

—A la próxima vez no fallaré. Así pues, ¿qué vais a hacer por nosotros, reverendísimo señor?

El arzobispo suspiró otra vez.

—Lo único que podría conseguir es que puedas visitarla en la mazmorra.

—¿Cuándo?

—A media mañana del día del juicio.

—Demasiado tarde.

—Entonces el lunes de Pascua. —Wilbrand hizo una mueca de aflicción.

—Demasiado tarde.

Al arzobispo se le puso la cara de color cárdeno.

—¡Entonces el domingo de Pascua, borrico testarudo! —Dio una patada en el suelo—. ¡Es mi última palabra!

El verdugo cogió la antorcha del aplique de la pared y bajó al sótano abovedado. El robusto monje —se había presentado como el asistente espiritual de Helena— iba tras él y les hizo una seña para que los siguieran. Moritz llevaba el hábito de un monje cisterciense, una túnica blanca con un escapulario negro. A su lado bajaba la escalera un auténtico cisterciense. Rochus. También él desprendió una antorcha de un aplique de la pared.

A Moritz le extrañó mucho el «asistente espiritual» de Helena. Hasta entonces solo conocía al monje como un vocinglero que hostigaba a los magdeburgueses. No le caía bien. El monje se hacía llamar hermano Gabriel y había preparado a Helena para la visita.

El verdugo abrió la puerta de una patada y entró. Le siguieron el hermano Gabriel, luego Rochus con la segunda antorcha y luego Moritz. Este parpadeó en la penumbra. Rochus levantó la antorcha... y su resplandor recayó sobre Helena. Pálida y encogida, estaba de pie en medio de la mazmorra. Tenía una costra de sangre en el labio inferior y el ojo derecho hinchado.

—¡Dios mío! —Moritz quiso abalanzarse hacia ella y estrecharla entre sus brazos, pero el fraile Rochus le agarró con energía y lo mantuvo sujeto. Moritz se agachó como para dar un salto y acechó al verdugo. Rochus le sujetó con mayor firmeza.

Helena se le acercó tambaleándose.

—Ay, menos mal que puedo verte otra vez...

Moritz le cogió la mano y besó sus fríos y sucios dedos. Le costó un esfuerzo ímprobo no abrazarla. Pero fray Rochus le había aleccionado para que se contuviera.

Durante unos segundos permanecieron mirándose a los ojos, cogidos de la mano. Las lágrimas corrieron por las mejillas de Helena, su tierna mirada decía todo lo que Moritz necesitaba saber. Le soltó la mano, asintió con la cabeza y movió los labios en silencio. «Antes de que tú mueras, muero yo»,

fue lo que dijo. ¿Lo habría entendido ella? Daba igual, con eso era suficiente.

Helena se volvió hacia el fraile Rochus y le saludó rozándole el brazo.

—¿Qué tal está mi hijo, fray Rochus?

—Se cría bien y tiene buena salud. La sabia Magdalena te manda recuerdos.

Helena asintió lentamente con la cabeza. De nuevo, afloraron las lágrimas a sus ojos. A Moritz se le encogió el corazón.

—¿Y qué tal está mi padre?

—El maestro Bohnsack está enfermo. Hace semanas que no va por las obras. No quiere salir de la cama. —Rochus hizo un leve gesto de pesar—. La congoja. —Rochus sacó un sobre doblado de la manga de su túnica—. El maestro Bohnsack te manda saludos. Te ha escrito unas líneas.

Helena alargó la mano y el verdugo dio un respingo, como si tuviera intención de abalanzarse sobre ella. Pero el alguacil estiró el brazo y le retuvo. Moritz pensó agradecido en Wilbrand: el arzobispo le había pagado al alguacil para que se pudiera entregar una carta a Helena.

Helena le cogió el sobre a Rochus y lo guardó dentro del puño.

—Saluda a mi padre de mi parte —dijo con la voz quebrada. Rochus hizo un gesto de asentimiento.

—¿Van progresando las obras de la catedral? —Helena se volvió de nuevo hacia Moritz.

Y Moritz le habló de la galería episcopal ya terminada, de los últimos trabajos en la nave transversal, de cómo iban creciendo los pilares y del Caballero Negro. Tuvo cuidado de no contar demasiadas cosas de sí mismo delante del verdugo, el alguacil y el monje. El fraile Rochus le había advertido que no dijera nada de su relación con Helena y, sobre todo, que no mencionara que era el padre del hijo de esta.

Helena preguntó por Mónica, por los niños, por Matilde y por algunos hombres de las obras. Moritz y Rochus le contaron lo que sabían. Se trataba de aliviarle un poco su penoso cautiverio, se trataba de hacerla un poco partícipe de la vida exterior.

Y, naturalmente, se trataba de darle la carta.

—Basta por hoy —dijo en algún momento el verdugo.

Se despidieron. Helena intentó ser valiente, pero no pudo contener las

lágrimas. Cuando el verdugo cerró la puerta de la mazmorra y echó el cerrojo, Moritz se sintió como si un arado le hubiera surcado el pecho.

Moritz quiso agarrar al verdugo y advertirle de que no le tocara un pelo a Helena. Rochus, que se dio cuenta de sus intenciones, le agarró del brazo con fuerza.

—¿Le habéis pegado? —le preguntó Moritz al verdugo.

—¡Tú qué te has creído! —masculló el de la barba hirsuta, y el alguacil bajó avergonzado la mirada.

—¿Conocéis los deseos del arzobispo? —Esta vez fue Rochus quien se dirigió al monje, a Gabriel—. Quiere ver a esta mujer completamente intacta, cuando el martes se presente ante el juez y el Tribunal de Escabinos.

El predicador y monje se volvió hacia el verdugo y el alguacil.

—Ya lo habéis oído.

Subieron la escalera y salieron del castillo. El verdugo y el alguacil se quedaron, Moritz les oyó discutir.

Cruzaron el puente levadizo y llegaron a las dependencias exteriores del castillo. Aquí había dejado el predicador su burro y su carro.

Moritz se sentía más aliviado. La carta dirigida a Helena era suya, no del maestro Bohnsack. El pobre maestro de obras se sentía tan mal, que ni siquiera era capaz de escribir una carta.

En las pocas líneas que le había puesto Moritz a Helena le prometía hacer todo lo posible para salvarla. No le había escrito cómo lo conseguiría. Ni él mismo lo sabía.

Junto al carro tirado por el asno, Rochus y Moritz se despidieron del hermano Gabriel. Este se agarró al adral del carro para subirse. Las mangas de su hábito marrón resbalaron dejando al descubierto las manos y las muñecas. En la mano derecha le faltaba el dedo meñique.

Moritz parpadeó varias veces, se puso la mano a modo de visera encima de los ojos y comprobó que, efectivamente, ¡a su mano derecha le faltaba el meñique!

Gabriel agarró las riendas de su burro y lo arreó. Su carro se puso en movimiento y rodó hacia el portón exterior del castillo. Y Moritz revivió los viejos tiempos, los viejos dolores. Siguió con la mirada al monje del carro,

pero al mismo tiempo vio cómo una noche abrían de una patada la puerta de una cabaña. Un caballero flaco en cota de malla, con una antorcha y una espada, irrumpía en el interior de la cabaña. Tras él, un tipo fornido de barba gris que esgrimía un hacha de carnicero agarrándola justo por detrás de la hoja. En la hoja del hacha había sangre, en el puño del hombre del hacha había sangre, y a su puño ensangrentado le faltaba el dedo meñique.

Era él. También sus gestos, su actitud, su cara... ¡El hermano Gabriel era el hombre del hacha!

—¿Qué te pasa? —preguntó el fraile Rochus—. ¿Por qué te has quedado rígido, como una estatua de ti mismo?

Moritz no le hizo caso y echó a correr.

—¡Hermano Gabriel! —Bajo su negro escapulario palpó la daga—. ¡Espera, hermano Gabriel!

El monje miró hacia atrás y se detuvo. Moritz se subió al carro. Bajo la tela negra, sus dedos se aferraron al puño de la daga.

—¿Ahora qué pasa? —El monje frunció el entrecejo y le miró contrariado.

—Es que... —Moritz tragó saliva—. ¿Puedo confesarme contigo?

—¿Ahora mismo?

Moritz asintió.

—Tengo el corazón apesadumbrado.

—Con la cantidad de sacerdotes que hay en la ciudad... ¿Por qué precisamente conmigo?

—Te he oído predicar y entonces...

—Está bien. —El hermano Gabriel arreó al burro y el carro siguió su marcha—. Vayamos a San Pedro, es la iglesia más cercana.

En lugar de enfilarse hacia la Krökentor, se internó más en la Ciudad Nueva. Moritz le observaba de reojo. El hombre del hacha, el asesino de su padre, el asesino de su hermano. Delante de la iglesia se apearon del carro, entraron y se dirigieron al confesonario más próximo.

Estaban solos en el templo. Moritz se arrodilló en el reclinatorio, se santiguó, volvió a agarrar la daga y dijo las palabras habituales:

—Ave María Purísima.

Tras la celosía, el hermano Gabriel se santiguó y le contestó:



—Sin pecado concebida.

—Conocí a un caballero —empezó Moritz— que irrumpió de noche en la cabaña de una familia wenda con una horda de sajones. Ese caballero señaló hacia la madre de la familia y dijo: «Esta me pertenece.» Se llamaba Slawomir von Rügen. Dios se apiade de mí, porque le he matado.

Moritz alzó la vista y espió a través de la rejilla. El hermano Gabriel estaba rígido, callado y con los ojos cerrados.

—Conocí a un segundo caballero —continuó Moritz—. También estuvo aquella noche. Se abalanzó sobre mi madre, mató a mi perro y arrastró a mi hermana hacia la noche de luna llena. La oí gritar. Se llamaba Botho von Schwerin. Dios sabrá a cuántos miembros más de mi familia habrá liquidado. Dios se apiade de mí, porque le he matado.

Moritz se acercó a mirar por la celosía. El hermano Gabriel estaba inclinado hacia delante, tapándose la cara con las manos.

—Y conozco a un tercer caballero —continuó Moritz— que también estuvo esa noche. Ese llevaba un hacha ensangrentada en la mano derecha. Mi padre le enseñó nuestro crucifijo y le dijo que estábamos bautizados. No obstante, el hombre del hacha lo mató y, después, mató a mi hermano. No sé cómo se llamaba entonces, solo sé que en la mano le falta el dedo meñique y cómo se hace llamar hoy. —Moritz sacó la daga del hábito—. Y Dios se apiade de mí, porque le voy a matar.

Se levantó del reclinatorio de un salto y abrió la portezuela del confesonario. El monje estaba en cuclillas, doblado hacia adelante, con el pecho en los muslos y la cabeza en las rodillas. Tiritaba tanto, que temblaba todo el confesonario.

Con la mano izquierda, Moritz le cogió por la oreja y lo levantó; con la derecha, le puso el puñal en la garganta. Y se quedó perplejo: la cara del hombre del hacha estaba empapada de lágrimas.

—Ya no puedo reparar el daño —susurró el hombre del hacha—. Mátame. Jamás podré reparar el daño que hice.

Moritz se quedó mirando cómo lloraba el hombre, sin dar crédito a lo que veía.

—Lo siento mucho —sollozó el hombre del hacha, el monje—. Lo siento

muchísimo. —Moritz apartó la mano que sostenía la daga—. Me alegro de que me hayas encontrado. Mátame.

Moritz le soltó. Con los hombros caídos, no podía dejar de mirar a ese hombre que temblaba y retorció las manos. Por alguna razón, de repente le vino a la memoria su San Mauricio. Dejó caer la daga y se arrodilló ante el confesonario. Sin poderlo remediar, las lágrimas afloraron a sus ojos.

Así siguieron un rato, el uno frente al otro: Moritz, de rodillas y llorando, y el otro, retorciéndose las manos, sollozando y hecho un ovillo en el confesonario. Y sin parar de susurrar:

—Ya no puedo reparar el daño causado. Mátame. Nunca podré repararlo.

En algún momento, Moritz alzó la vista y dijo:

—Quizá sí puedas.

En el patio había cuatro caballos amarrados. ¿Cómo iban a provocar la desconfianza de Gotthart? Por lo general, las putas hacían sus mejores negocios en los días de fiesta. Bodo y él ataron sus propios animales junto a los otros cuatro.

Bodo fue cojeando hacia la puerta trasera y llamó con los nudillos.

Mientras esperaban, una tormenta se desataba en el pecho de Gotthart: triunfo y culpa, miedo y deseo, rabia y añoranza.

Dentro de la casa no se oían pasos.

—Llama más fuerte —le exhortó a su criado. Bodo aporreó la puerta con el puño.

La sensación de triunfo por haber obligado a ponerse de rodillas a la altanera y mojigata hija del maestro de obras le proporcionaba una profunda satisfacción. ¡Cómo le había humillado esa mujer! Mañana la llevarían ante el Tribunal de Escabinos. Y a continuación, ante el verdugo.

Al mismo tiempo, sin embargo, le torturaban sentimientos de culpa y se odiaba a sí mismo por lo que había hecho.

Por fin se oyeron pasos dentro, en la escalera. Abrieron la puerta. La rubia platino, con toda naturalidad, les hizo un gesto para que pasaran; era como si hubiera estado esperando a Gotthart. A Bodo le cogió del brazo y se lo llevó

hacia la escalera. A Gotthart le señaló la puerta de Mavra.

—Se alegrará de verte.

—¿De verdad? —Gotthart soltó una risita—. Eso sí que no me lo esperaba. —La última vez había dejado a la mora sangrando y llorando.

La islandesa llevó al renqueante Bodo escaleras arriba. Gotthart fue a la puerta de Mavra y llamó con los nudillos.

Tuvo que respirar profundamente, pues el miedo le atenazaba la garganta. Miedo ante el castigo divino. Hoy habría preferido seguir labrando en la piedra su jinete, pero era lunes de Pascua y estaba prohibido trabajar. De todos modos, la voluptuosidad que le llevaba allí era superior al miedo que le retenía. El deseo y la ira le habían impulsado a volver al burdel. De la ira que bullía en su pecho no sabía de dónde venía ni contra quién iba dirigida. Llamó otra vez.

Detrás de la puerta se oyeron unos susurros y unas pisadas. La manilla se bajó y la puerta se abrió una rendija.

—¿Tú otra vez? —Le pareció que el bello rostro bronceado de Mavra tenía una expresión temerosa. Más temerosa que otras veces.

—Creí que tenías ganas de verme. —Gotthart abrió la puerta del todo. ¡Santo cielo, cómo la deseaba! Agarró a Mavra por su pelo negro y la empujó hacia dentro—. ¡Qué ganas tengo de poseerte! —Cerró la puerta tras él y cogió impulso para asestarle un golpe. Alguien murmuró a su espalda.

Gotthart se volvió. Vio a la loca junto a la puerta, pegada a la pared, la beata de pelo pajizo y vestido claro. ¿Estaba rezando? A su lado, alguien empuñó la espada.

Gotthart se quedó pálido como la cera. De nuevo se dio la vuelta. De repente, de detrás de la cama de Mavra se levantaron dos hombres: Dietrich von Dobin y un segundo piquero del arzobispo. Gotthart deseó que la tierra se abriera a sus pies y se lo tragara.

—He aquí otra vez al hombre que pone a su mujer en manos del verdugo por fornicación y, al mismo tiempo, él practica una fornicación de la peor clase —dijo Mavra—. Miradlo.

Gotthart se dio otra vez la vuelta, abrió la puerta de un tirón y salió corriendo de la casa.

El arzobispo fue dando vueltas alrededor del Caballero Negro. Con las manos cruzadas se apretaba los labios, una y otra vez meneaba la cabeza con cara de admiración, no se cansaba de mirarlo.

—Maravilloso —decía sin cesar—. Absolutamente maravilloso. —Y también—: Dios te bendecirá por ello.

Moritz había enderezado su San Mauricio en un armazón; la espalda se la sostenía una madera escuadrada. De este modo, el arzobispo podía contemplarla como una estatua de pie, tal y como pronto podría verse en la catedral. Moritz había trabajado en ella día y noche, incluso hoy, lunes de Pascua. Hasta hacía un rato, hasta la puesta del sol. Ahora le temblaban las manos, notaba las rodillas como si fueran un puré caliente y la cabeza le zumbaba como un enjambre de mosquitos.

—Lástima que no puedas dirigir tú personalmente la mano de pintura. —El arzobispo le miró con tristeza.

—Me voy. —Moritz recogió las herramientas del banco de trabajo.

—Vuelve, te lo ruego. —Estaban los dos solos y, bajo la impresión del Caballero Negro, Wilbrand parecía renunciar a todo formalismo—. No quiero perderte.

—¿Que vuelva? ¿Y qué hay del Tribunal de Escabinos?

—Deja que pase un poco de tiempo. Escíbeme adonde pueda enviarte cartas. Cuando haya conseguido calmar aquí los ánimos, regresarás.

—¿Y Helena?

—El tiempo cura las heridas. Veré lo que puedo hacer.

Moritz metió la mano en su mochila, sacó un fardo envuelto en paños y lo colocó encima del banco de trabajo.

—Para vos, reverendísimo señor arzobispo. Y para el maestro Bohnsack. Saludadle de mi parte. —Metió las herramientas en la mochila, se la echó al hombro y se dirigió apresuradamente hacia la puerta.

A su espalda, el arzobispo soltó un grito de alegría. Moritz miró de nuevo hacia atrás. Wilbrand había desenvuelto la pequeña escultura.

—¡Pero si es nuestro maestro de obras! —La volteó entre las manos—. ¡Es el maestro Bohnsack! ¡De manera que has cumplido con mi encargo!

—Solo he hecho el modelo. Jacques puede labrarla en la piedra, si os place.

Moritz cerró la puerta tras él, bajó las escaleras a saltos y salió corriendo del palacio episcopal. En la cuadra ensilló a *Fee*, se montó en ella y cabalgó hacia la Ciudad Nueva. Ya iba anocheciendo.

En casa hizo el equipaje necesario en dos cestos y la mochila. Acto seguido, se enfundó la túnica blanca y se puso el escapulario negro alrededor de los hombros y la cabeza. En el patio sujetó bien el equipaje a la blanca yegua, se subió a la silla de montar y salió del patio cabalgando. En el callejón se volvió a mirar otra vez su casa. La había vendido.

Más tarde, pasó trotando por la Krökentor en dirección al castillo del conde. Los que todavía quedaban en la calle pese a la oscuridad se volvían a mirarle. No todos los días podía verse a un cisterciense a caballo.

El hermano Gabriel le esperaba en su carro tirado por un burro en las dependencias exteriores del castillo. De manera que había cumplido con su palabra.

Se saludaron en silencio y, codo con codo, se encaminaron hacia el castillo. Gabriel se había echado al hombro un pequeño saco de cuero. Un centinela se dirigió a ellos en la entrada; el verdugo y el alguacil se habían ido a casa con sus familias.

—Quiero confesar a la mujer del escultor —le explicó el monje.

—¿A estas horas de la noche?

—Mañana tiene que presentarse ante el juez y el verdugo. Y luego ante Dios. ¿No deberíamos intentar al menos salvar su alma?

El centinela asintió. Conocía al hermano Gabriel y para entonces también conocía la historia de la fornicadora.

—¿Y quién es ese? —inquirió, señalando a Moritz.

—Es nuestro hermano exorcista —dijo Gabriel—. Por desgracia, la mujer del escultor está poseída por el Maligno. —El centinela se estremeció y retrocedió—. Tenemos que expulsar de su cuerpo a unos cuantos demonios.

El centinela dio rápidamente su consentimiento. De repente, le entraron las prisas. Los condujo hasta la mazmorra de Helena y abrió la puerta.

—Yo os espero allí. —Con la antorcha señaló una mesa y una silla que había al otro extremo del corredor.

—Gracias. —Gabriel sacó de su vestimenta un odre de vino y se lo dio al

centinela—. Para ti.

Entraron en la celda. Moritz enganchó la antorcha a un aplique de la pared. Helena estaba hecha un ovillo en un rincón de la mazmorra. Alzó la cabeza y reconoció enseguida a Moritz. Reprimió un grito de alegría. Moritz se puso en cuclillas delante de ella y la abrazó. Esta vez no hacía falta que disimularan: Gabriel estaba al tanto. Se besaron y se susurraron al oído cosas que no habían podido decirse en ninguna de las últimas cartas.

Gabriel sacó unos paños y un hábito marrón de su saco de cuero. Envolvieron a Helena en los paños para que pareciera un poco más rellenita y la ayudaron a ponerse el hábito marrón. Gabriel le ató el cingulo alrededor de la cintura.

Finalmente, temblando de miedo y muy nerviosa, Helena se quedó junto a la puerta de la mazmorra vestida de hermano minorita. Gabriel le cogió a Moritz la mano.

—¿Me perdonas? —susurró.

Moritz asintió lentamente.

—Sí, te perdono. Adiós.

Abrió la puerta de la mazmorra y empujó a Helena en dirección a la escalera. El hermano Gabriel se quedó en la celda. Moritz levantó la antorcha y se acercó unos pasos a la mesa del centinela, que se había quedado adormilado y ahora se despertó sobresaltado.

—Ya hemos terminado —dijo Moritz.

—¿Habéis podido expulsarle los demonios? —La voz del centinela sonaba temerosa.

—No. Más vale que no entres en su celda hasta que no haya salido el sol. — Moritz se volvió y corrió tras Helena escaleras abajo. Oyó los pasos apresurados del centinela y el tintineo del manojito de llaves. El hombre tenía una prisa loca por cerrar la puerta de la mazmorra con llave.

Lograron salir del castillo sin que nadie los molestara. Moritz ayudó a Helena a montar en la blanca yegua, pues se encontraba muy debilitada. Por la puerta del castillo salieron cabalgando hasta el camino de la orilla y, por él, hasta el puerto del Elba. En la gabarra, los faroles de aceite se balanceaban con el viento de la noche. Helena fue la primera en subir a bordo. Una mujer la

abrazó con fuerza. Moritz guio su blanca yegua por la pasarela de embarque. Un niño pequeño empezó a berrear.

El obispo se había encargado de suministrarles el barco; el fraile Rochus, las provisiones; Mónica, ropa limpia de mujer y una nodriza, pues Helena hacía tiempo que no tenía leche.

—Os acompañará hasta Hamburgo. —Mónica señaló al ama de cría. Luego abrazó y besó otra vez a Helena y a Moritz. Y se fue corriendo y llorando por la pasarela de desembarque.

El fraile Rochus bendijo a Helena y al niño, lanzó a Moritz una mirada de admonición y abandonó asimismo el barco.

Los marineros recogieron el puente, el capitán mandó levar anclas y la gabarra zarpó del embarcadero. Mónica y Rochus les dijeron adiós con la mano.

—¡Piensa en la época del castillo de Rudelsburg, Mónica! —gritó Moritz—. ¡Yo era un esclavo! ¡No era nada! ¡Sin ti y sin Benno no habría conseguido llegar hasta aquí! ¡Nunca lo olvidaré!

El puerto iba quedando atrás. A la luz del fanal, Helena puso al niño en brazos de su padre. Moritz le miró la carita. Tras el velo de sus lágrimas vio cómo el niño sonreía. Le besó. Luego lanzó otra mirada hacia atrás. La silueta de la ciudad desaparecía en la noche. Moritz aupó al niño y gritó:

—¡Volveremos, Magdeburgo! ¡Algún día regresaremos!

## Epílogo

*Magdeburgo, 22 de septiembre de 1275*

Era el primer día de la Feria del Señor. Las procesiones habían terminado, y el arzobispo había inaugurado el mercado y la fiesta de San Mauricio. Miles de personas abarrotaban las callejas y las plazas de Magdeburgo. Muchos se dirigían también a las obras de la catedral; en su mayoría, para ver la nueva catedral por primera vez.

Matilde había venido para verla por última vez.

Los niños la rodeaban y la asediaban con preguntas: quién había construido la catedral, cuándo estaría al fin terminada, y si era verdad que santa Catalina era una reina y san Mauricio un moro. Alguien había enviado a los niños con sus preguntas hacia la anciana Matilde. Todo el mundo en la ciudad sabía que sentía debilidad por los niños y que llevaba cincuenta años viviendo en Magdeburgo y estaba al corriente de todo. Seguramente, aún no había corrido el rumor de que hoy era el último día que estaría en Magdeburgo. Por fin había venido a despedirse de la catedral, pero antes respondió pacientemente a las preguntas de los niños.

—Sí, san Mauricio era africano y tenía la piel negra. Y su compañero, san Inocencio, también. —Se detuvo ante los cimientos de las torres occidentales y cerró los ojos—. No quisieron perseguir ni matar a los cristianos, pues ellos también lo eran.

Imaginó la resplandeciente portada occidental a la luz vespertina: la doble portada de bronce, la majestuosa columna de en medio, coronada por la triple tracería, y, por encima de todo, una efigie de san Mauricio.

Los niños la miraban fascinados. Rara vez habían visto a un adulto que, a



plena luz del día, tuviera los ojos cerrados y la cabeza echada hacia atrás mientras murmuraba para sus adentros.

—Pero el emperador quería que mataran a los creyentes, ¿no? —preguntó un chico.

—Efectivamente, eso quería. Pero san Mauricio y sus caballeros se negaron a hacerlo. —Matilde hablaba sin abrir los ojos—. Entonces mandó que les cortaran la cabeza.

Los niños soltaron un suspiro gutural. Algunos hasta se llevaron asustados la mano a la boca.

—¿De verdad? ¿A todos?

—A todos. —Matilde aún seguía imaginando la espléndida portada que, hasta entonces, solo existía en forma de plano. Sabía todos los detalles de ella. Era una portada abocinada formada por numerosas arquivoltas, de tal modo que uno creía entrar en otro mundo.

—Pues si te cortan la cabeza, eso tiene que doler muchísimo, ¿no? —preguntó un niño petulante.

—Duele una barbaridad, aunque el dolor dura poco —respondió Matilde—. Pero a veces el camino de la vida pasa por muchos dolores y el camino hacia el cielo pasa por una puerta muy estrecha. —La portada occidental se esfumó y Matilde abrió los ojos.

—Eso no lo entiendo —dijo el muchacho petulante.

—Ya llegarás a entenderlo. —Matilde se paseó entre los cimientos de las torres y se internó en las obras. Los niños la siguieron—. Mucho más doloroso es errar el camino que conduce a la vida y a Dios —explicó Matilde.

—¿Cuántos caballeros tenía el tal Mauricio? —quiso saber un niño pequeño.

—Más de mil.

—Como mucho, seiscientos, dice mi padre. —De nuevo hablaba el niño repipi.

—¡Como mínimo! —Matilde le revolvió el pelo oscuro y le bendijo.

Acompañada por el grupo de niños y sus preguntas, atravesó los cimientos de la nave central en dirección a la nave transversal. Esta se hallaba ya completamente cubierta y por su tejado asomaban numerosas torrecillas. El

andamiaje de algunos travesaños de la nave lateral del sur ya estaba montado, y la nave lateral del norte podía verse ya medio terminada.

Los niños admiraron el leccionario, las Diez Vírgenes, las majestuosas bóvedas de la nave principal y los poderosos pilares que las sustentaban.

—Ese de ahí es mi bisabuelo —dijo una niña pequeña, señalando hacia una pequeña escultura del pilar toral. Matilde le acarició la cabeza sonriendo y la bendijo.

La figura que la niña tomó por su bisabuelo parecía que brotaba del pilar y daba la impresión de que sostenía con la espalda el bocel que recorría el pilar hasta una altura de vértigo, donde se fusionaba con el arco de una bóveda de crucería.

—Ese es el maestro Bohnsack —explicó Matilde—. Pasó muchos años construyendo esta catedral. —Señaló hacia el coro alto—. La galería episcopal es obra suya.

—Ya lo sé —indicó el chico petulante, y la niña pequeña, obviamente su hermana, asintió llena de convicción. A Matilde los dos le parecieron un poco precoces, pero eran unos niños encantadores, como todos. Les preguntó por sus nombres y rezó por ellos.

Rodeada de niños, la anciana se internó en el deambulatorio. Recordó con nostalgia sus años de juventud y las horas tan maravillosas en las que allí se le aparecían los santos y la luz divina. Desde que sus enemigos del cabildo catedralicio la habían estigmatizado como hereje, aquello se acabó. Matilde temía que Dios dejara de apiadarse de la ciudad.

Llegaron a la segunda capilla de la girola.

—Esta es mi bisabuela. —Una niña mayorcita señaló a la estatua de Santa Catalina.

Veinte años atrás, el arzobispo había mandado colocar provisionalmente esa estatua y la del Caballero Negro en el deambulatorio. Y hoy todavía seguían allí las dos esculturas.

Una pareja de mediana edad no dejaba de mirar la estatua de Santa Catalina. El matrimonio hablaba en voz baja y la mujer apoyaba la cabeza sobre el hombro del marido. Tres de los niños abrazaron las piernas o la cintura de la mujer o del hombre. También la niña pequeña que había descubierto la

escultura del maestro Bohnsack.

—Mi abuelo hizo a mi bisabuela —explicó con toda seriedad el muchacho petulante.

—Vaya, vaya. —Poco a poco, Matilde fue preguntándose por qué a los niños les divertía tanto tomarle el pelo. Pasando por la capilla axial y por la tumba de Edith, se dirigió a la siguiente capilla lateral. Probablemente les habría instigado algún canónigo, cantero o monje. «Esa es la loca», les habría susurrado alguien a los niños, «id y hacedle rabiarse un poco».

Pocos la tomaban ya en serio, desde que el deán Dietrich von Dobin muriera dos años atrás. Desde entonces, el cabildo catedralicio quería deshacerse de ella. Matilde se iría voluntariamente mañana mismo. La idea de la despedida la entristecía.

Se detuvo ante la siguiente capilla absidal. Escultores de la última generación habían colocado aquí al Caballero Negro sobre un pedestal de piedra, junto a la pared.

—Este también lo hizo mi abuelo —dijo el niño precoz, lleno de orgullo.

Matilde contempló el soberbio San Mauricio. Una resplandeciente cofia de malla enmarcaba su rostro de color muy negro. La coraza de malla, bajo la levita verde oscura, también desprendía un brillo dorado. La boca roja de gruesos labios destacaba en la cara negra como el azabache del africano. Desde sus grandes ojos miraba hacia delante y al observador con los párpados caídos. Era como si quisiera decir: «No te preocupes, todo ha pasado. Ni la peor de las pruebas puede afectarte si te mantienes fiel al Dios todopoderoso.»

Cuántas veces había llorado Matilde ante esta escultura durante los últimos años, y cuántas veces había regresado luego a casa, aliviada y consolada. Hoy se hallaba ante ella por última vez.

Un hombre se puso a su lado para contemplar también al Caballero Negro. Matilde le oyó suspirar. Con el rabillo del ojo vio cómo agitaba su mata de pelo rizada y canosa.

—Ahí está —dijo el chico petulante.

Matilde frunció el ceño.

—¿Quién? —Matilde no entendía a qué se refería el muchacho. Una mujer

de pelo blanco iba agarrada del brazo del de los rizos canosos.

—Pues mi abuelo, el que hizo a mi bisabuela y al negro ese. —El chico miró orgulloso y radiante de alegría al del pelo rizado y gris. Matilde alzó la mirada y vio unos ojos de color castaño oscuro.

—¡Matilde! —susurró de repente la del pelo blanco, que estaba junto al hombre—. ¡Matilde! —exclamó la desconocida casi gritando y, al momento siguiente, se echó en sus brazos—. ¡Oh, Matilde, aún estás viva!

No, no era una desconocida, era Helena, la hija del maestro de obras Bohnsack. Se abrazaron y se besaron. La una lloró sobre el hombro de la otra. El de la cabeza rizada y canosa apartó a su mujer y estrechó entre sus brazos a Matilde, que a punto estuvo de quedarse sin aire por la fuerza del abrazo de Moritz. Los niños y dos parejas de mediana edad los rodearon y los miraron con ojos de asombro.

Cuando ya se habían besado, abrazado, llorado y reído lo suficiente, Moritz y Helena presentaron a sus hijos, a sus hijos políticos y a sus nietos. A estos les contó Moritz cómo había conocido a Matilde, las experiencias que habían compartido y que, sin ella, no habría llegado a ser el hombre que era hoy. Todos saludaron a Matilde educadamente, estrechándole la mano y haciéndole una reverencia. Matilde no daba crédito a que de nuevo pudiera vivir un momento tan dichoso en Magdeburgo.

Recorrieron el deambulatorio contándose cómo los había tratado Dios en la vida. Moritz y Helena vivían con su gran familia en Reims, una rica ciudad del Reino de Francia. Moritz pertenecía como escultor a la *Bauhütte* que estaba construyendo en Reims la nueva catedral. Habían venido a Magdeburgo con motivo de la Feria del Señor, querían visitar la tumba del padre de Helena y seguir viajando, tras las huellas de los padres de Moritz, hasta la costa del mar Báltico.

—¿Habéis vuelto a saber algo de Gotthart? —les preguntó Matilde—. Huyó de Magdeburgo el mismo día que vosotros.

El rostro de Helena se ensombreció, y Moritz dijo:

—El conde de Saint Leonard murió hace muchos años. Un escultor inglés lo mató en un duelo.

Juntos recorrieron la fachada exterior de la nave transversal, las torres

orientales y las capillas absidales del coro. Los muros exteriores de la nueva catedral eran de un color blanco puro y radiante. Moritz y Matilde iban señalando aquí y allá y recordando dónde estaba antes tal taller o tal grúa de rueda.

Les costó mucho separarse unos de otros, y también de la catedral. Cuando por fin se despidieron entre los pilares torales, Matilde tenía el corazón apesadumbrado.

—Allí me sentaba a rezar. —Señaló hacia donde ahora estaba el altar de la Cruz—. Por el maestro Bohnsack, por los obreros y por la catedral. El maestro de obras murió, vino otro y siguió construyendo. Los obreros se marcharon, vinieron otros y siguieron construyendo. Mañana partiré hacia un convento de Turingia y no volveré más. Otra seguirá rezando por los obreros y por la catedral. ¿No es todo un constante ir y venir? —Meneó la cabeza como si, pese a su avanzada edad, siguiera sin entenderlo.

—Todos nosotros vamos y venimos —indicó Moritz—. Así es la vida. —Señaló hacia la girola, en una de cuyas capillas absidales se hallaba su Caballero Negro. Luego alzó la vista hacia las bóvedas de la nave central, señaló las ventanas policromadas del coro alto y, por último, dio un puñetazo al sólido pilar toral junto al que se encontraba—. Menos mal que hay cosas que perduran y nos sobreviven —dijo con una sonrisa.

## Colofón y agradecimientos

La iniciativa que me llevó a contar esta historia —la «ignición inicial», por así decirlo— puede contemplarse en la catedral de Magdeburgo: si se entra en el coro alto desde el lado meridional del deambulatorio, puede verse, justo a la izquierda, la escultura de un caballero o, mejor dicho, el torso de un caballero, pues le faltan las piernas y las botas. La efigie lleva todos los distintivos de un caballero medieval: cota de malla, cofia de malla, guerrera, tahalí, daga y espada. Pero si se mira la cara del caballero, veremos un rostro negro de grandes ojos, labios carnosos y nariz negroide.

Unos doscientos años antes de que la representación de personas negras hiciera su entrada en el arte europeo, un escultor medieval esculpió aquí a san Mauricio como un africano negro.

La estatua de este caballero me fascinó y me inspiró nada más verla. ¿Sería por la cantidad de refugiados africanos que entonces aparecieron por las calles y en los medios de comunicación? ¿Se debería a la omnipresencia del entonces presidente afroamericano de Estados Unidos? ¿O a los automovilistas estadounidenses negros que, en esos meses, eran abatidos a tiros por policías blancos? No lo sé. En cualquier caso, quise averiguar qué le había llevado a un escultor de principios del siglo XIII a representar a un santo como un hombre negro. Así surgió la historia de Moritz, Helena y Gotthart.

Mucho no he podido averiguar acerca del creador del Caballero Negro. Tan solo que formaba parte del denominado «primer taller», que en los años treinta del siglo XIII creó la galería episcopal gótica de la catedral de Magdeburgo. A este taller se atribuyen también las esculturas que están enfrente del Caballero Negro: Santa Catalina, las Diez Vírgenes, el Jinete de

Magdeburgo y la denominada Pareja Real. Los nombres, el origen, la edad y la vida de estos artistas se ignoran por completo. Asimismo, sobre el emplazamiento original de sus esculturas solo se pueden hacer conjeturas. Eso es lo que he hecho, con gran profusión y sumo placer, en las páginas anteriores.

Naturalmente, existen puntos en los que poder apoyarse. Del arzobispo Albrecht, por ejemplo, conde de Käfernburg, se sabe que era un cosmopolita, como se diría hoy en día. Cursó estudios superiores en París y Bolonia, ocupó cargos políticos en Italia y, en la mundana Corte del emperador Federico II, se sentía como en su casa, quizás incluso más que en Magdeburgo. Sin duda alguna, Albrecht era el que realmente contrató al maestro Bohnsack y a sus artistas, y que en la Corte imperial hubiera conocido africanos negros es más que probable.

De todas maneras, seguramente Albrecht ya estaba muerto cuando se creó el Caballero Negro. Y prescindiendo del encargo de Albrecht, un escultor que fue capaz de representar una cara africana de un modo tan realista, como lo hizo el artista desconocido en Magdeburgo, a la fuerza tuvo que haber visto con sus propios ojos, o incluso retratar, a algún africano. Y esa ocasión solo pudo presentarse en la Dieta de Maguncia.

Pero aquí ya hay cierto margen de maniobra para la especulación y la fantasía. Sin duda, se trata de un margen alentador para un narrador, pues sobre los escultores, como ya he dicho, no se sabe mucho, e incluso sobre el maestro Bohnsack solo se sabe que presumiblemente construyó para los cistercienses en Maulbronn y que estaba impregnado de ese nuevo estilo francés, creado por el abad cisterciense francés Suger, que desde el siglo XIX recibe el nombre de *gótico*.

Acerca de los protagonistas eclesiásticos, de la técnica de la arquitectura medieval y la época de la construcción de la catedral de Magdeburgo, que se prolongó hasta 1520, en cambio, se sabe tanto que hasta podemos diferenciar las distintas etapas constructivas y reconstruir los cambios que se produjeron en el plan de ejecución de las obras. Así pues, a la fantasía del narrador también se le ponen límites o, mejor dicho, «barandillas», a las que puede y debe agarrarse para no ir a ciegas.

En algunos pasajes, sin embargo, he enderezado un poco esas barandillas para dar aún más margen de maniobra a la dramaturgia de mi historia. He de admitir, en primer lugar, que Dietrich von Dobin (en algunas fuentes también llamado Theodericus von Thobin) no entró en el cabildo catedralicio magdeburgués hasta 1228. Si efectivamente fue él quien les transmitió al maestro Bohnsack y a sus escultores las ideas teológicas de quienes los contrataban, es algo que se ignora.

En segundo lugar, confieso que he anticipado en el tiempo los cambios en el plan de ejecución de las obras, que no se produjeron hasta después de la época del maestro Bohnsack. Los cimientos de las naves longitudinales ampliadas, a diferencia de lo que ocurre en mi historia, en su época aún no habían sido excavados.

Los asaltos a ciudadanos magdeburgueses por parte de soldados arzobispaes y los consiguientes disturbios y saqueos en la ciudad no tuvieron lugar en 1234, sino probablemente en torno al año 1236 o más tarde todavía.

Y, por último, confieso haber adelantado también la fecha de la Dieta de Maguncia: concretamente, algo más de un año. En realidad, la Dieta no se celebró en la primavera de 1234, sino en el verano de 1235. La señora Pudewell, la siempre recordada y admirada profesora de historia de mi etapa escolar en Karlsruhe, jamás me lo habría perdonado. Espero que los profesores y las profesoras de historia que figuren entre mis lectores sean más benévolos.

En cuanto a los hechos y las ficciones históricas, quizá convenga decir que el maestro Bohnsack aparece mencionado por primera vez en un documento en torno a 1230. Su hija Helena, en cambio, es pura ficción.

Mi versión de la figura de Matilde la he creado a partir de los pocos hechos que se conocen. Vivía cerca de Magdeburgo en un castillo; de joven, llegó a la ciudad a casa de un familiar; allí vivió unos cincuenta años como beguina y escribió su famoso libro; cultivaba una relación de confianza con el canónigo y posterior deán Dietrich von Dobin; tuvo visiones desde que cumplió doce años; padeció la persecución de algunos clérigos de la ciudad; abandonó Magdeburgo en los años 70 del siglo XIII y murió hacia 1282 en el convento de Helfta, cerca de Eisleben.



Para la carta de Mauricio y sus legionarios al emperador Maximiano, he citado algunos pasajes del informe del obispo Euquerio de Lyon (finales del siglo IV hasta aprox. 450), según la versión que he encontrado en Wolfgang Urban (*Tras las huellas de San Mauricio*, Rottenburg, 2009).

Los datos que nos han llegado sobre la temprana historia de la construcción de la catedral siguen siendo imprecisos. En general, la época en la que trabajó el maestro Bohnsack y la creación de la galería episcopal son fechadas a partir de 1230, ya que el maestro de obras aparece mencionado por primera vez en los documentos en ese año. He partido de la base de que una persona tiene que haber pasado cierto tiempo en un lugar hasta que su nombre se refleje en los documentos.

La época de la creación del «Caballero Negro» —mi particular protagonista — se fija por lo general «en torno a 1240». Eso me proporcionó suficiente margen de maniobra para la datación por la que opté en mi historia. Sobre si esta increíble escultura procede del mismo artista que la de Santa Catalina, no existe unanimidad de criterios. Michael Sussmann (*La catedral de Magdeburgo*, Passau, 2002) ve en ellas al mismo escultor, que también creó el famoso Jinete de Magdeburgo y la Pareja Real de Otón y Edith, en la capilla situada bajo el púlpito.

El impresionante grupo escultural de las Diez Vírgenes, por otra parte, se encuentra hoy en la portada norte de la catedral, la así llamada «Paraíso». De la estatua ecuestre —la primera escultura ecuestre de bulto redondo al norte de los Alpes— existe hoy una copia de bronce en el Mercado Antiguo de Magdeburgo. Una pequeña escultura del «jefe» de esos escultores desconocidos, es decir, del maestro Bohnsack —una fuente lo escribe *Bonsac* —, podemos descubrirla dos metros por encima de nosotros si nos situamos ante el pilar toral noroccidental y echamos la cabeza hacia atrás.

En Magdeburgo tuve ocasión de conocer a un moderno sucesor del maestro Bohnsack que me enseñó a ver espacios que normalmente no se aprecian a simple vista. Y no me refiero en modo alguno solo a los espacios arquitectónicos, sino sobre todo a los espacios espirituales y teológicos sugeridos por una catedral gótica y por su arquitectura. De estos inestimables conocimientos se beneficia en muchos pasajes mi narración. Quien me los

proporcionó fue el «maestro de obras» Michael Sussmann, presidente y portavoz del Comité de Construcción de la Catedral de Magdeburgo, que, como arquitecto y consejero en materia de construcción de iglesias —ya jubilado—, es corresponsable del cuidado y la restauración de la catedral de Magdeburgo. Haciendo de guía, me ha obsequiado con algunas horas tan ilustrativas como conmovedoras en la *Catedral de la luz* de Magdeburgo. Nunca podré estarle lo suficientemente agradecido.

Asimismo, estoy muy agradecido a mi lectora Judith Mandt, que cuidó de este libro con mucha paciencia y esmero, y que me contagió su entusiasmo en algunos momentos de desánimo en que, de no haber sido por ella, habría renunciado a seguir escribiéndolo.

Y, por último, quisiera dar aquí las gracias a mi compañero de toda la vida Norbert Mierswa, sin el cual la historia de Moritz, Helena y Gotthart aún seguiría en el cajón de mi escritorio.

*Ruben Laurin,  
Wismar, octubre de 2017*

## Glosario

**Agauno:** De origen latino. También llamado *Acaunus*; San Mauricio, en el cantón de Valais. Localidad situada en la entrada del valle del Ródano, donde san Mauricio y su Legión Tebana hallaron la muerte tras ser martirizados.

**Alba:** Túnica blanca; prenda de lino que llega hasta los pies utilizada por los sacerdotes católicos.

**Archidiócesis:** territorio de un arzobispado.

**Arquitraabe:** Viga horizontal colocada sobre columnas o pilares.

**Atrio:** Espacio central de una villa romana, casi siempre al descubierto y similar a un patio interior.

**Baptisterio:** Capilla o iglesia en la que se celebra el bautismo.

**Barbacana:** Parte de un castillo; la zona amurallada anterior a la muralla de defensa propiamente dicha del castillo; una vez que los asaltantes superaban este muro de la barbacana, normalmente más bajo, que les dificultaba la retirada, se convertían en un blanco fácil para los defensores que estaban en la muralla defensiva.

**Basílica:** En el Imperio Romano, una plaza alargada que se utilizaba como mercado y para administrar justicia; más tarde, una iglesia de varias naves con columnas y pilares y una nave central más alta que las laterales; hoy en día, título honorífico que el Papa concede a las iglesias de especial relieve (*véase Catedral*).

**Bauhütte:** Designación que se da a todo el equipo o cuadrilla de artesanos, artistas y maestros de obras alemanes que trabajan en una catedral; también se llaman así las barracas o talleres en los que trabajaban.

**Beguinas:** Mujeres piadosas que, a partir del siglo XII, vivían en comunidades cristianas sin votos monásticos, pero permaneciendo célibes.

**Bocel o toro:** Moldura convexa de sección semicircular antepuesta a un muro o a un pilar con el fin de sustentar la nervadura, el cincho y los arcos fajones de una bóveda de crucería; los pequeños se llaman *bocelotes* y los de mayor tamaño *bocelones*.

**Bóveda de crucería:** En la arquitectura, una bóveda que consta de cuatro paños o plementos triangulares reforzados por unos nervios de piedra arqueados que se cruzan en lo más alto de la bóveda, donde son sustentados por una clave. Es el resultado de la intersección de dos bóvedas de cañón apuntado.

**Burgwall:** Obra de fortificación eslava circular hecha a base de armazones de madera cubiertos de tierra. Muralla. También fortaleza.

**Cabildo catedralicio:** Comunidad —literalmente: reunión— de los canónigos.

**Canónigos:** Religiosos de todas las jerarquías monásticas que participan de la liturgia en una catedral; también se les llama *capitulares* o *señores del coro*.

**Capilla absidal:** Capilla de un absidiolo que rodea al deambulatorio de una catedral; también se la conoce como *capilla radial* o, simplemente, *capilla del coro*.

**Capilla axial:** La capilla central del absidiolo o corona de capillas, que sobresale por el Este y que está emplazada en el eje central del coro.

**Capilla lateral:** Capilla situada en la nave lateral de una iglesia.

**Capitel:** En la arquitectura, el remate superior, casi siempre artísticamente decorado, de una columna o de un pilar.

**Catedral:** En origen, la casa del obispo o del arzobispo; más tarde, una iglesia episcopal o arzobispal; en general, se llama así a una iglesia con una arquitectura monumental y una ornamentación artística especialmente valiosa (*véase Basílica*).

**Chimenea:** El gran sótano del edificio principal de un castillo, la zona palaciega (*véase más adelante*); desde allí se caldeaba todo el edificio.

**Cillerero:** En un convento, el monje encargado de los asuntos económicos.

**Cimbra:** Encofrado arqueado que consta de tablas, maderos, vigas y troncos, con los que se apuntala —en la construcción de una bóveda— la nervadura,

sus claves y sus dovelas, así como las superficies intermedias o plementos, hasta que se seca el mortero.

**Cíngulo:** Cordón con una borla en cada extremo con que los sacerdotes católicos se ciñen el alba a la cintura.

**Claristorio:** La superficie de pared más alta de la nave central de una catedral; dado que normalmente el claristorio consta de ventanas, ello permite la iluminación natural de la nave central.

**Coro:** Zona situada casi siempre al Este de una iglesia y destinada al canto y a la oración de los clérigos.

**Deambulatorio** o **girola:** Arcada situada entre el coro y la corona de capillas o absidiolo; a menudo, la nave lateral de una iglesia desemboca en la girola.

**El Maligno:** Sinónimo de «demonio» que se utilizaba para no tener que nombrarle.

**Escapulario:** Pieza de tela que va sobre la túnica de un hábito religioso.

**Escudero trinchante:** También llamado *senescal*; originariamente, el jefe de cocina encargado de supervisar la mesa de los príncipes; ya en época de los francos ascendió a jefe de la administración cortesana.

**Espejo Sajón:** Una colección de derecho jurisprudencial y tradiciones jurídicas, que fue recopilada y escrita por el erudito Eike von Repgow en los alrededores de Magdeburgo, poco antes de la época en la que está ambientada la presente novela.

**Expolios:** Elementos de construcción, esculturas, relieves, etc., que proceden de obras arquitectónicas antiguas y que se vuelven a utilizar en edificios nuevos.

**Feria del Señor:** También llamada *Feria de San Mauricio*; feria o mercado anual que, desde principios del siglo XI, se celebraba en Magdeburgo entre el 22 y el 28 de septiembre; hoy en día, fiesta popular celebrada en primavera y otoño.

**Grúa de rueda:** Estructura de madera utilizada desde el siglo XIII en la construcción de iglesias para izar cargas pesadas a grandes alturas; constaba de un mástil, un brazo articulado, un polipasto y una gran jaula en forma de rueda, a la que debe su nombre la grúa.

**Hermanos minoritas:** Nombre que se pusieron a sí mismos los monjes

franciscanos.

**Imposta:** En la arquitectura, losa que remata una columna, un pilar o un bocel y sirve como base de una arcada o de la nervadura de una bóveda.

**Justa:** Un tipo de torneo en el que combatían a caballo dos caballeros armados de lanzas.

**Lituo:** Instrumento de viento-metal corniforme utilizado por las tropas romanas hasta el siglo IV.

**Lugdulum:** En el Imperio Romano, la actual Lyon.

**Maceta:** También llamada *combo* o *almádena*; martillo de madera que se utiliza para trabajar la piedra y la madera.

**Manípulo:** En el ejército romano, una unidad de combate que constaba de 60 a 160 hombres.

**Matalobos:** Antigua designación que recibía la planta llamada acónito.

**Mauricio:** Oficial romano, comandante de la denominada «Legión Tebana»; presumiblemente procedía del Alto Egipto; en torno a 385 d. J.C., fue ejecutado cerca de la actual St. Moritz.

**Milla romana:** 1 miliario = 1,48 kilómetros.

**Moro** o **mora:** En la Alta Edad Media, los españoles llamaban moros a aquellos miembros de las tribus norteafricanas que, durante la islamización y conquista de la Península Ibérica, luchaban en favor de los invasores.

**Mujerzuela:** Forma despectiva de llamar a una muchacha de clase baja.

**Octoduro:** En el Imperio Romano, la actual Martigny.

**Palio:** Una especie de estola de lana de oveja y con cruces bordadas que el Papa concede a un arzobispo tras su juramento de lealtad y su consagración como emblema de su cargo.

**Pilar toral:** Son los pilares situados en los ángulos del espacio cuadrado que se forma en una catedral por el cruce de la nave principal y la nave transversal, cruce al que se denomina *crucero* o *transepto*.

**Pileolo:** Solideo de un sacerdote.

**Podaga:** Diosa eslava.

**Ramera:** En la Edad Media, usado despectivamente para *prostituta*.

**Svarog:** Divinidad eslava de la luz celestial y del fuego; uno de los dioses más poderosos de los eslavos occidentales.

**Tenazas de piedra:** Tenazas en forma de tijeras que servían para levantar grandes piedras; las puntas se metían en pequeños agujeros cuadrados hechos en la superficie visible y en la parte de atrás de un bloque de piedra; mediante la tracción del cable surgía un efecto palanca, gracias al cual las tenazas taladraban los agujeros de las piedras y quedaban firmemente sujetas.

**Torre del homenaje:** Torreón principal de un castillo medieval.

**Tracería:** Ornamentos de piedra a base de círculos y segmentos de círculos, contruidos con el compás, que en el gótico adornaban —a modo de calado— sobre todo la parte superior arqueada de las ventanas.

**Trascoro:** También llamado «leccionario». Cancel de madera, de piedra o de fundición suntuosamente ornamentado entre el espacio del coro o altar mayor y la nave de la iglesia; servía para separar a los clérigos de los laicos.

**Tribunal de Escabinos:** El Tribunal de Escabinos de Magdeburgo fue el primer tribunal alemán que impartió justicia con arreglo al famoso Espejo Sajón; tuvo un reconocimiento muy amplio.

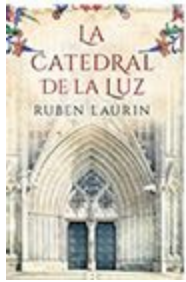
**Vara:** Antigua medida de longitud; en esta novela, para los datos de longitud se ha utilizado la *vara forestal*: su longitud equivale a 16 pies = 4,80 m.

**Wendos:** Tribu eslava del Este del Elba; algunos historiadores denominan así al conjunto de los pueblos eslavos asentados en la zona oriental del Elba; hoy en día, los wendos viven casi exclusivamente en la Baja Lusacia; en algunas regiones son conocidos como *sorbios*.

**Werder:** Isla o islote localizado entre brazos fluviales; terreno ganado al agua mediante diques o drenaje; el *Gran Werder* y el *Pequeño Werder* se hallan entre dos brazos del Elba.

**Zona palaciega:** Edificio representativo principal de un castillo.

## Una historia de amor, celos y traiciones durante la construcción de la catedral de Magdeburgo, uno de los primeros templos góticos del imperio germánico



Año 1219. Moritz ha encontrado en la escultura la pasión que le permite olvidar la pérdida de su madre siendo solo un niño y, con su recuerdo y su añoranza, crea una maravillosa estatua que llama la atención de Bohnsack, uno de los constructores de la catedral de Magdeburgo, de paso por su ciudad.

Juntos, viajarán hasta la ciudad a orillas del Elba, donde está en marcha uno de los proyectos arquitectónicos más ambiciosos del siglo: la construcción del templo consagrado a los santos Mauricio y Catalina. Para esculpir sus estatuas, ha arribado procedente de París un reputado escultor al que, además, Bohnsack quiere casar con su hija Helena. Con la llegada de Moritz, la rivalidad entre los dos artistas, no solo por el talento de ambos sino también por el amor que sienten por la hermosa Helena, pondrá en peligro sus vidas, la mujer a la que aman y el futuro de la catedral de la luz.



**Ruben Laurin** es el seudónimo de un prestigioso autor alemán. Su fascinación por la historia de la ciudad de Magdeburgo y la arquitectura medieval, inspiró esta novela sobre la construcción de la catedral de la ciudad. Ruben Laurin vive en Wismar.

Título original: *Die Kathedrale des Lichts*

Edición en formato digital: octubre de 2018

© 2018, Bastei Lübbe AG, Köln

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2018, María Dolores Ábalos Vázquez, por la traducción

Diseño de portada: Adaptación de Johannes Wiebel / punchdesign, Penguin Random House Grupo Editorial

Ilustración de portada: Johannes Wiebel / punchdesign, München unter Verwendung von Motiven von shutterstock / pavila; Shutterstock / scottchan y dreamstime / Zwawol

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-666-6456-1

Composición digital: Infillibres, S.L.

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

megustaleer

# Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás  
recomendaciones de lecturas  
personalizadas.

ME APUNTO



[megustaleerEbooks](#)



[@megustaleer](#)



[@megustaleer](#)

# Índice

La catedral de la luz

Dramatis personae

Cuadro cronológico

Prólogo

Primer libro. De camino hacia Magdeburgo

1. Luna llena
2. Madre
3. Luna llena
4. Manos sucias
5. La caída
6. Amoríos peligrosos
7. Caín
8. Justa
9. Caídas
10. ¡Corre!
11. Luz
12. Bella como el sol
13. Asado de ganso
14. Nieve roja
15. Magdeburgo
16. ¡Mira hacia allí!

Intermezzo I

Segundo libro. Los escultores

1. Caras
2. Beso
3. 1150 *pfenning* de plata
4. Astas de toro
5. Muetre a orillas del Elba
6. Planos

7. Ángeles
8. Enemigo mortal
9. Misa de acción de gracias
10. La feria del Señor
11. Robo
12. Guerra
13. Crecimiento

#### Intermezzo II

#### Tercer libro. El caballero negro

1. Tentación
2. Demasiado tarde
3. Miedo atroz
4. Despedida
5. Voto
6. Misa
7. Dieta
8. Pelusilla negra
9. El caballero negro
10. El hombre del hacha

#### Epílogo

#### Colofón y agradecimientos

#### Glosario

#### Sobre este libro

#### Sobre Ruben Laurin

#### Créditos